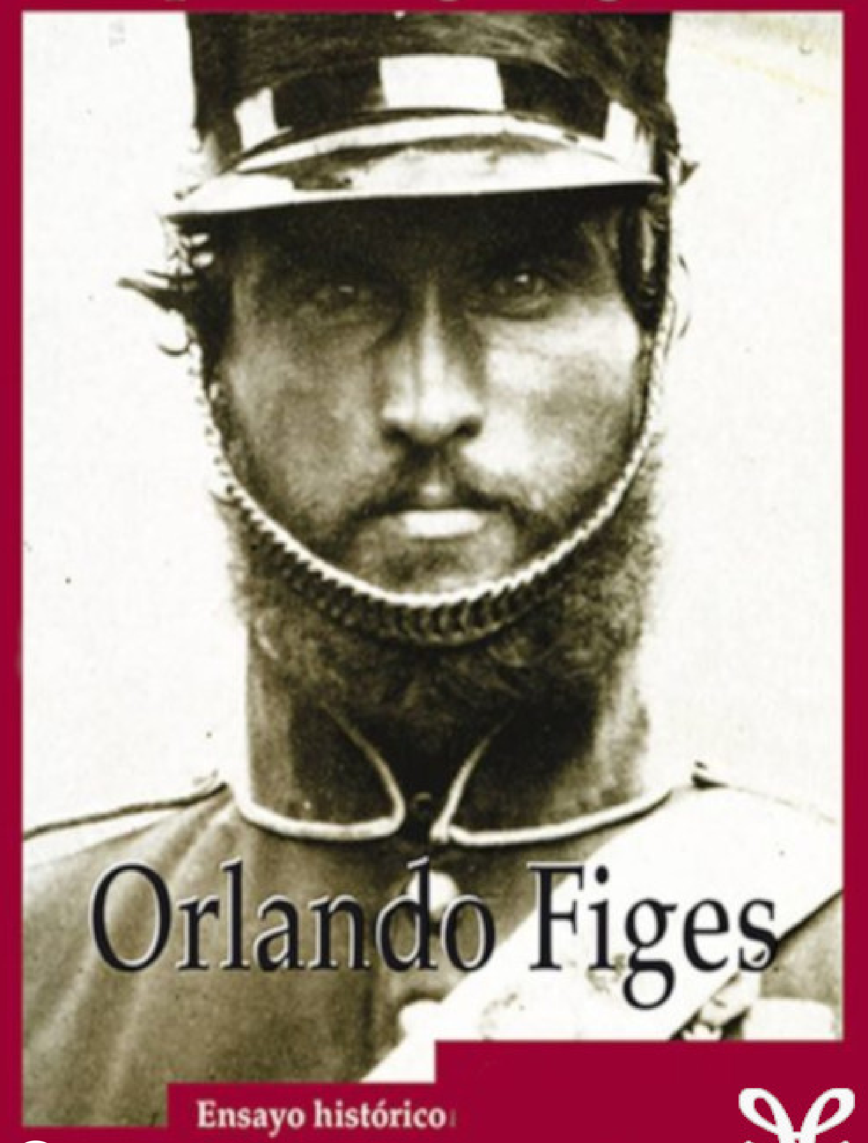
Crimea

La primera gran guerra



Orlando Figes

Ensayo histórico

Sobre todo en el mundo anglosajón, la bibliografía sobre la guerra de Crimea (1853-1856) es muy abundante, y en principio podría resultar extraño que alguien como Orlando Figes dedicara un libro al tema, pues es además su primer libro sobre una guerra. Sin embargo, lo que es evidente que un autor del prestigio de Figes si aborda la guerra de Crimea es porque tiene algo radicalmente nuevo que decir sobre ella. Tras exponer las estrategias de los contendientes (Gran Bretaña, Francia, Imperio Otomano y Piamonte-Cerdeña frente al Imperio Ruso), Figes plantea la guerra como una auténtica cruzada en la que la religión tuvo un papel fundamental que acabó por convertirla en la primera "guerra total" de la Historia. Como es habitual en Figes, el empleo de material de primera mano (cartas de los soldados, diarios personales, etc.) le sirve para captar el pálpito de un proceso histórico trascendental y dota a su libro de una tremenda y conmovedora humanidad. La guerra que culminó con el Tratado de París de 1856, y que dio episodios tan mitificados como la batalla del río Alma o la carga de la Brigada Ligera en Balaclava, es tratada por Figes desde una nueva perspectiva, lo que la dota de un nuevo significado (incluso como un antecedente de la Primera Guerra Mundial) y de una calidez humana que emerge del empleo de los testimonios acerca de la experiencia de las tropas (en particular en el duro invierno de 1854-1855, por ejemplo) y del empleo por primera vez de documentos de interés custodiados en el Archivo General del Estado de Rusia.



Orlando Figes

CRIMEA

La primera gran guerra

ePub r1.3

Titivillus 24-06-2022

Título original: *Crimea: The Last Crusade*
Orlando Figes, 2010
Traducción: Mirta Rosenberg

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







Para Seren.

Índice de ilustraciones

- **El general Pélissier**
- **El cementerio británico de la colina de Cathcart, 1855**
- **François Rochebrune**
- **«Right Against Wrong». (El bien contra el mal) (Punch, 8 de abril de 1854)**
- ***La muerte del almirante Najimov*, de Vasili Timm (1856)**

Nota sobre fechas, nombres propios y citas

Desde 1700 hasta 1918 Rusia adoptó el calendario juliano, que tenía trece días de retraso con respecto al calendario gregoriano en uso en Europa Occidental. Para evitar confusiones, todas las fechas de este libro se consignan según el calendario gregoriano.

La transcripción de los nombres rusos de este libro evita la translación de las formas del original inglés y se adecúa a las normas de transcripción al español recogidas en el *Manual de estilo* del diario *El País* (Título VIII, Sección 7). (*N. de la T.*).

Agradecimientos

La investigación destinada a la escritura de este libro se realizó durante muchos años, y debo dar las gracias a un gran número de personas.

En las primeras etapas de la investigación, Helen Rappaport me ayudó a compilar una bibliografía funcional extraída de la lista potencialmente infinita de libros, memorias publicadas, diarios y cartas entre participantes de la guerra de Crimea. También me ofreció consejos invalorables sobre la historia social de la guerra, compartiendo conmigo información de su propia investigación para el volumen de su autoría *No Place for Ladies: The Untold Story of Women in the Crimean War*.

En el National Army Museum de Londres, doy las gracias a Alastair Massie, cuyas propias obras, *The National Army Museum Book of the Crimean War: The Untold Stories*, y *A Most Desperate Undertaking: The British Army in the Crimea, 1854-56*, sirvieron de inspiración para mi propio libro. Agradezco el permiso otorgado por Su Majestad la Reina Isabel II para hacer uso de los materiales de los Royal Archives, y también doy las gracias a Sophie Gordon por su asesoramiento sobre las fotografías de la Royal Collection de Windsor. Murat Siviloglu y Melek Maksudoglu me ayudaron en el Archivo BaŞbakanlik Osmanlik de Estambul; Luisa Jabibulina en el Archivo de Historia Militar del Estado Ruso.

Varias personas me hicieron comentarios sobre todas las secciones de la primera versión –Norman Stone, Sean Brady, Dou-

glas Austin, Tony Margrave, Mike Hinton, Miles Taylor, Dominic Lieven y Mark Mazower– y a todas les estoy agradecido. Douglas Austin y Tony Margrave, en particular, fueron una mina de información sobre diversos aspectos militares. También doy las gracias a Mara Kozelsky por haberme permitido leer el original de su entonces inconcluso volumen sobre Crimea, a Metin Kunt y a Onar Önal por ayudarme con respecto a temas turcos, a Edmund Herzig por su asesoramiento sobre asuntos armenios, a Lucy Riall por su asesoramiento sobre Italia, a Antony Beevor por su ayuda sobre los húsares, a Ross Belson por haberme proporcionado información sobre la renuncia de Sidney Herbert, a Keith Smith por su generosa donación de la extraordinaria fotografía «La antigua Scutari y la moderna Üsküdar», de James Robertson, y a Hugh Small, cuyo libro *The Crimean War: Queen Victoria's War with the Russian Tsars* me hizo cambiar de opinión sobre muchos temas.

Como siempre, estoy en deuda con mi familia, mi esposa Stephanie y nuestras hijas, Lydia y Alice, que nunca creyeron del todo que yo estaba escribiendo un libro de guerra, pero que de todas maneras consintieron mis intereses; a mi agente Deborah Rogers, que me brindó todo su apoyo, y a su soberbio equipo de Rogers, Coleridge y White, especialmente a Ruth McIntosh, que se ocupa de mis devoluciones impositivas y a Melanie Jackson en Nueva York; a Cecilia Mackay por su atento trabajo con las ilustraciones; a Elizabeth Stratford por la corrección del manuscrito, y sobre todo a mis dos grandes editores, Simon Winder de Penguin y Sara Bershtel de Metropolitan.

Introducción

En la iglesia parroquial de Witchampton, en Dorset, hay un monumento conmemorativo dedicado a cinco soldados de este pacífico pueblito que combatieron y murieron en la guerra de Crimea. La inscripción dice:

MUERTOS AL SERVICIO DE SU PAÍS.
SUS CUERPOS ESTÁN EN CRIMEA.
QUE SUS ALMAS DESCANSEN EN PAZ. MDCCCLIV

En el cementerio comunal de Héricourt, en el sudeste de Francia, hay una lápida con los nombres de los nueve hombres de la zona que murieron en Crimea:

ILS SONT MORTS POUR LA PATRIE.
AMIS, NOUS NOUS REVERRONS UN JOUR[1]

En la base de la lápida conmemorativa alguien ha puesto dos balas de cañón, una con el nombre del Bastión «Malakoff». (Malajou), capturado por los franceses durante el sitio de Sebastopol, la base naval rusa de Crimea, la otra con el nombre «Sebastopol». Miles de soldados franceses y británicos yacen en Crimea, tumbas sin marcar y abandonadas.

En Sebastopol mismo hay cientos de monumentos e inscripciones conmemorativas, muchos de ellos en el cementerio militar (*bratskoe kladbishche*), uno de los tres enormes camposantos establecidos por los rusos durante el sitio, donde están sepultados 127 583 hombres –un número asombroso– que murieron en la defensa de la ciudad. Los oficiales tienen tumbas individuales con sus nombres y regimientos, pero los soldados están enterrados en fosas comunes de cincuenta o cien hombres. Entre los ru-

sos hay militares que habían venido de Serbia, Bulgaria o Grecia, sus correligionarios en la Iglesia oriental, en respuesta al llamamiento hecho por el zar a los ortodoxos para que defendieran su fe.



El monumento conmemorativo de Héricourt

Una pequeña placa, apenas visible en la hierba crecida, donde yacen quince marineros, conmemora su «heroico sacrificio durante la defensa de Sebastopol en 1854-1855»:

MURIERON POR SU MADRE PATRIA,
POR EL ZAR Y POR DIOS

En otros sitios de Sebastopol hay «llamas perpetuas» y monumentos a los incontables soldados desconocidos que murieron combatiendo por la ciudad. Se estima que un cuarto de millón de soldados, marineros y civiles rusos están sepultados en las fosas comunes de los tres cementerios militares de Sebastopol[2].

Dos guerras mundiales han oscurecido la escala gigantesca y el coste humano enorme de la guerra de Crimea. Hoy nos parece una guerra relativamente pequeña, y está casi olvidada, como las placas y las lápidas de esos cementerios. Ni siquiera en los países

que participaron en la contienda (Rusia, Reino Unido, Francia, el Imperio otomano, Piamonte-Cerdeña en Italia y los territorios que más tarde serían Rumania y Bulgaria) hay muchas personas que puedan decirnos gran cosa sobre la guerra de Crimea. Pero para nuestros antepasados, antes de la Primera Guerra Mundial, la guerra de Crimea fue el conflicto más importante del siglo XIX, la guerra más significativa de sus vidas, al igual que las guerras mundiales del siglo XX son el hito histórico dominante de las nuestras.

Las bajas fueron inmensas: al menos tres cuartos de millón de soldados murieron en batalla o desaparecieron por las enfermedades y plagas, dos tercios de ellos rusos. Los franceses perdieron alrededor de 100 000 hombres, los británicos una pequeña fracción de esa cifra, alrededor de 20 000, porque enviaron una cantidad mucho menor de tropas (98 000 soldados y marineros británicos participaron en la guerra de Crimea, frente a 310 000 franceses). Pero aun así, para una pequeña comunidad agrícola como Witchampton, la pérdida de cinco hombres aptos y capaces se sintió como un golpe devastador. En las parroquias de Whitegate, Aghada y Farsid, del condado de Cork, en Irlanda, donde el ejército británico hizo un reclutamiento intensivo, casi un tercio de la población masculina murió en la guerra de Crimea[3].

Nadie ha contado las bajas civiles: víctimas de la metralla, personas que murieron de hambre en las ciudades sitiadas, poblaciones devastadas por las enfermedades propagadas por los ejércitos, comunidades enteras eliminadas en las masacres y en las campañas organizadas de limpieza étnica que acompañaron la lucha en el Cáucaso, los Balcanes y Crimea. Ésta fue la primera «guerra total», una versión del siglo XIX de las guerras de nuestra propia época, que involucró a civiles e incluyó crisis humanitarias.

También fue el primer ejemplo de una guerra verdaderamente moderna, en la que se combatió con nuevas tecnologías indus-

triales, rifles modernos, barcos de vapor y ferrocarriles, formas nuevas de logística y comunicación como el telégrafo, innovaciones importantes en medicina militar, y corresponsales de guerra y fotógrafos situados en el campo de batalla. Sin embargo, al mismo tiempo fue la última guerra conducida según los antiguos códigos de caballerosidad, con «parlamentarios» y treguas en la lucha para poder retirar a muertos y heridos de la escena del combate. Las primeras batallas de Crimea, la del río Alma y la de Balaclava, donde se llevó a cabo la famosa Carga de la Brigada Ligera, no fueron demasiado diferentes de la clase de lucha que se desarrolló durante las Guerras Napoleónicas. Sin embargo, el sitio de Sebastopol, la fase más prologada y crucial de la guerra de Crimea, fue precursor de la guerra de trincheras industrializada de 1914-1918. Durante los once meses y medio que duró el sitio, los rusos, los británicos y los franceses excavaron 120 kilómetros de trincheras; entre ambos bandos se intercambiaron 150 millones de disparos y 5 millones de bombas y obuses de diversos calibres[4].

El nombre de la guerra de Crimea no refleja su escala global y su enorme importancia para Europa, Rusia y esa área del mundo —que se extiende desde los Balcanes hasta Jerusalén, desde Constantinopla hasta el Cáucaso– que llegó a definirse por la Cuestión Oriental, el problema internacional planteado por la desintegración del Imperio otomano. Tal vez sería mejor adoptar el nombre ruso de la guerra de Crimea, la «Guerra Oriental» (*Vostochnaia voina*), que al menos tiene el mérito de relacionarla con la Cuestión Oriental, o incluso llamarla la «Guerra Turco-Rusa», el nombre que se le asigna en muchas fuentes turcas, que la sitúa dentro del contexto histórico de siglos de conflicto entre los rusos y los otomanos, aunque esa designación omite el factor crucial de la intervención occidental en la guerra.

La guerra empezó en 1853 entre fuerzas rusas y otomanas en los principados del Danubio de Moldavia y Valaquia, el territo-

rio de la actual Rumania, y se propagó hasta el Cáucaso, donde los turcos y los británicos alentaron y apoyaron la lucha de las tribus musulmanas contra Rusia, y desde allí se extendió a otras áreas del mar Negro. En 1854, con la intervención de los británicos y los franceses del lado de los turcos y la amenaza de los austríacos de unirse a esta alianza antirrusa, el zar retiró sus fuerzas de los principados y el combate se trasladó a Crimea. Pero hubo otros diversos escenarios de guerra entre 1854 y 1855: el mar Báltico, donde la Royal Navy planeaba atacar San Petersburgo, la capital rusa; el mar Blanco, donde bombardearon el monasterio de Solovetsky en julio de 1854, e incluso la línea costera siberiana del Pacífico.

La escala global del conflicto estuvo a la altura de la diversidad de gente que involucró. Los lectores encontrarán aquí un amplio fresco menos poblado de lo que esperaban por personajes militares y más poblado por reyes y reinas, príncipes, cortesanos, diplomáticos, líderes religiosos, revolucionarios húngaros y polacos, médicos, enfermeras, periodistas, artistas y fotógrafos, panfletistas y escritores, ninguno de ellos más fundamental en el relato, desde la perspectiva rusa, que León Tolstoi, quien sirvió como oficial en tres frentes distintos de la guerra de Crimea (el Cáucaso, el Danubio y Crimea). Sobre todo, el lector hallará aquí, a través de sus propias palabras consignadas en cartas y memorias, el punto de vista de oficiales y soldados, desde los «Tommy» británicos hasta los zuavos franco-argelinos y los siervos soldados rusos.

En inglés hay muchos libros sobre la guerra de Crimea. Pero este es el primero en cualquier idioma dedicado a basarse extensamente en fuentes rusas, francesas y otomanas, así como británicas, para iluminar los factores geopolíticos, culturales y religiosos que determinaron la participación en el conflicto de cada una de las potencias principales. Espero que emerja de estas páginas una nueva apreciación de la importancia de la guerra en su

condición de hito de la historia de Europa, Rusia y Oriente Próximo, cuyas consecuencias aún se sienten en la actualidad. No se da lugar en este libro a la difundida opinión británica de que fue una guerra «sin sentido» e «innecesaria» –una idea que se remonta a la desilusión pública que causó la campaña militar mal conducida y sus limitados logros en aquel momento–, que desde entonces ejerció un impacto tan perjudicial sobre la literatura histórica. Abandonada desde hace mucho tiempo y con frecuencia desestimada como tema serio por los académicos, la guerra de Crimea fue dejada principalmente en manos de los historiadores militares británicos, muchos de ellos aficionados y entusiastas, que han vuelto a contar constantemente las mismas historias (la Carga de la Brigada Ligera, la torpeza de los comandantes ingleses, Florence Nightingale), con poca dedicación a los orígenes religiosos de la guerra, la complejidad política de la Cuestión Oriental, las relaciones entre cristianos y musulmanes en la región del mar Negro, o la influencia de la rusofobia europea, temas sin los cuales resulta difícil comprender la verdadera significación del conflicto.

La guerra de Crimea fue un punto de inflexión crucial. Rompió la antigua alianza conservadora entre rusos y austríacos que había mantenido el orden existente en el continente europeo, lo que dio lugar al surgimiento de nuevos estados-nación en Italia, Rumania y Alemania. A los rusos les dejó un profundo resentimiento hacia Occidente, la sensación de haber sido traicionados porque otros estados cristianos habían tomado partido por los turcos y un sentimiento de frustración de sus ambiciones en los Balcanes que seguiría desestabilizando las relaciones entre las potencias en la década de 1870 y en las crisis que condujeron al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Fue el primer conflicto europeo importante que involucró a los turcos, si descontamos su breve participación en las guerras revolucionarias y napoleónicas francesas. Abrió el mundo musulmán del Imperio

otomano a los ejércitos y la tecnología occidentales, aceleró su integración a la economía capitalista global y desencadenó una reacción musulmana contra Occidente que persiste hasta hoy.

Cada potencia entró en la guerra de Crimea por motivos propios. El nacionalismo y las rivalidades imperiales se combinaron con los intereses religiosos. Para los turcos, se trataba de luchar por su imperio que se desmoronaba en Europa, de defender su soberanía imperial contra los rusos, que alegaban representar a los cristianos ortodoxos del Imperio otomano, y de evitar la amenaza de una revolución islámica nacionalista en la capital turca. Los británicos alegaron ir a la guerra para defender a los turcos de la intimidación de Rusia, pero en realidad les interesaba más asestarle un golpe al Imperio ruso, al que temían como rival en Asia, y usar la guerra para estimular el avance de su libre comercio y de sus intereses religiosos en el Imperio otomano. Para el emperador de Francia, Napoleón III, la guerra era una oportunidad de que su país recuperara su posición de influencia y respeto en el exterior, si no la gloria del reinado de su tío, y tal vez de redibujar el mapa de Europa como una familia de Estados nación liberales siguiendo las líneas imaginadas por Napoleón I, aunque la influencia de los católicos sobre su débil régimen también lo impulsó a entablar la guerra contra Rusia por motivos religiosos. Para los británicos y los franceses, era una cruzada en defensa de la libertad y la civilización europeas contra la amenaza primitiva y despótica de Rusia, cuyo agresivo expansionismo representaba una verdadera amenaza, no sólo para Occidente, sino para toda la cristiandad. En cuanto al zar, Nicolás I, el hombre más responsable del estallido de la guerra de Crimea, en parte estaba impulsado por el orgullo y la arrogancia, resultado de haber sido zar durante veintisiete años, en parte por su idea de cómo debía comportarse una gran potencia como Rusia con sus vecinos más débiles y en parte por un grave error de cálculo respecto a la manera en que las otras potencias responderían a sus

acciones; pero sobre todo Nicolás estaba convencido de que combatía una guerra religiosa, una cruzada, para cumplir con la misión de Rusia, que debía defender a los cristianos del Imperio otomano. El zar juró atacar a todo el mundo para cumplir lo que creía su misión sagrada: extender su imperio de ortodoxos hasta Constantinopla y Jerusalén.

Los historiadores han tendido a desestimar los motivos religiosos de la guerra. Pocos dedican más de uno o dos párrafos a la disputa en Tierra Santa –la rivalidad entre los católicos o latinos (apoyados por Francia) y los griegos (apoyados por Rusia) con respecto a quién tenía derecho a controlar la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén y la iglesia de la Natividad de Belén–, pese a que ese incidente fue el punto de partida (y para el zar, razón suficiente) del estallido de la guerra de Crimea. Hasta las guerras religiosas de nuestra propia época, parecía poco plausible que una pelea insignificante por ver quién era el guardián de una iglesia pudiera enredar a las grandes potencias en un conflicto bélico de grandes dimensiones. En algunos trabajos históricos, la disputa de Tierra Santa es usada para ilustrar la absurda naturaleza de esta guerra «tonta» e «innecesaria». En otros, sólo aparece como el disparador de la verdadera causa de la guerra: la lucha entre las potencias europeas por ganar influencia en el Imperio otomano. Esos relatos históricos alegan que las guerras están motivadas por rivalidades imperiales, por la competencia por ganar mercados o por la influencia de las opiniones nacionalistas dentro de los imperios y los Estados nación. Aunque todos esos motivos son genuinos, este enfoque subestima la importancia de la religión en el siglo XIX (si las guerras de los Balcanes de la década de 1990 y la emergencia del islam militante nos han enseñado algo, es por cierto que la religión desempeña un papel vital como desencadenante de las guerras). Todas las potencias usaron la religión como medio de influencia en la Cuestión Oriental, la política y la fe estaban estrechamente interrelacionadas en las ri-

validades imperiales y todas las naciones, especialmente Rusia, fueron a la guerra con la convicción de que Dios estaba de su lado.

Mapas



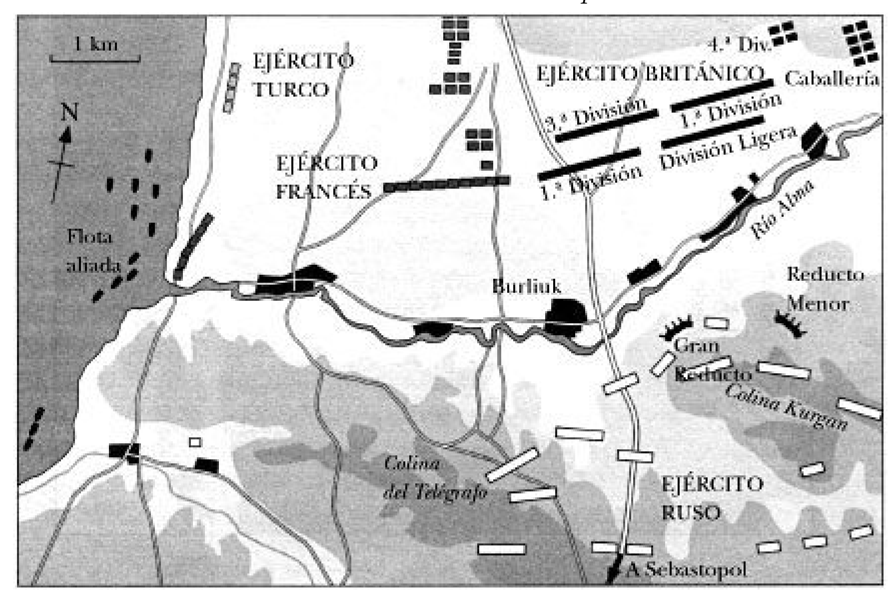
Zona de conflicto de la Cuestión Oriental



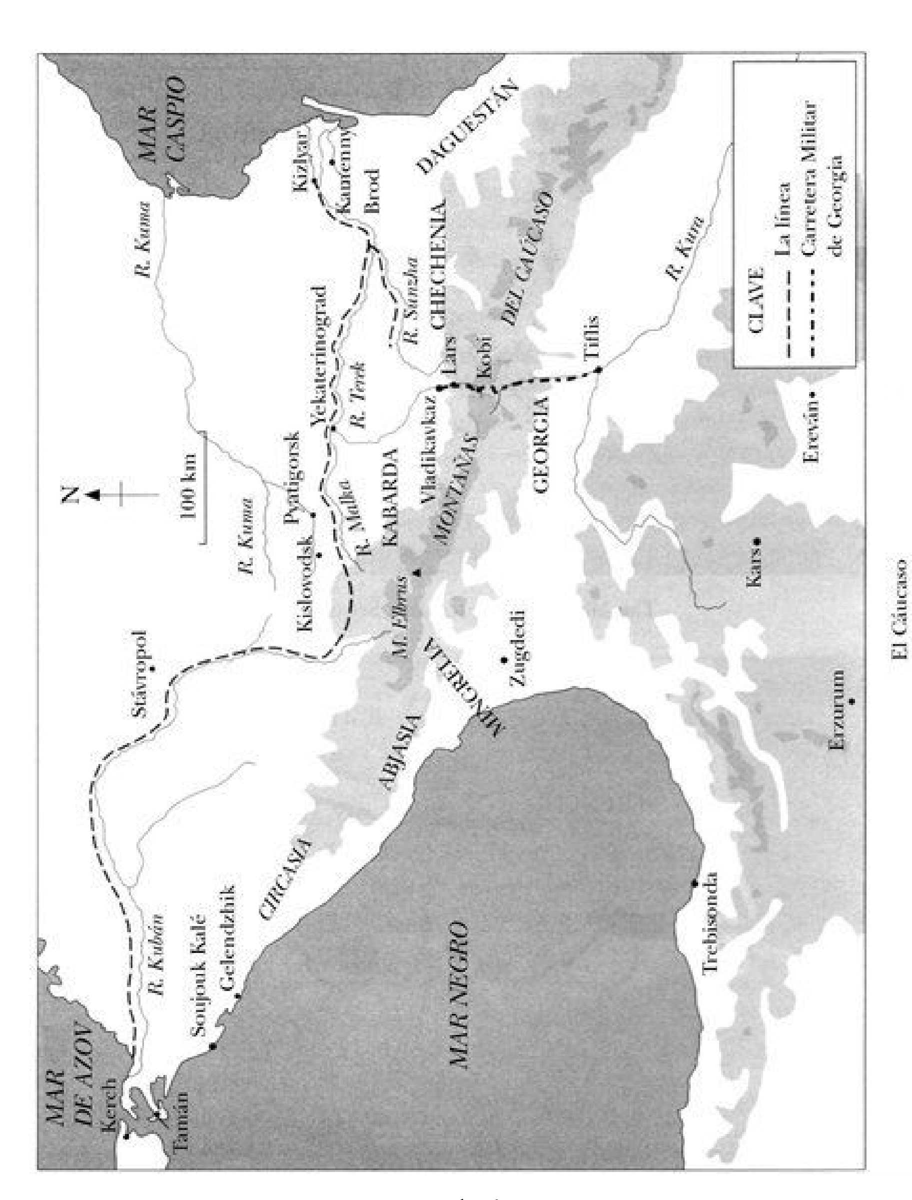
Zona de conflicto del Danubio

Eupatoria
Sak
CRIMEA
N
50 km
Bahía de
Kalamita
R. Bulganak
Simferópol
R. Alma
Bajchisarái
R. Kacha
R. Belbek
Sebastopol
Kamiesh
Altos
Mackenzie
Kadikoi
R. Chernaya
MAR
NEGRO
Balaclava

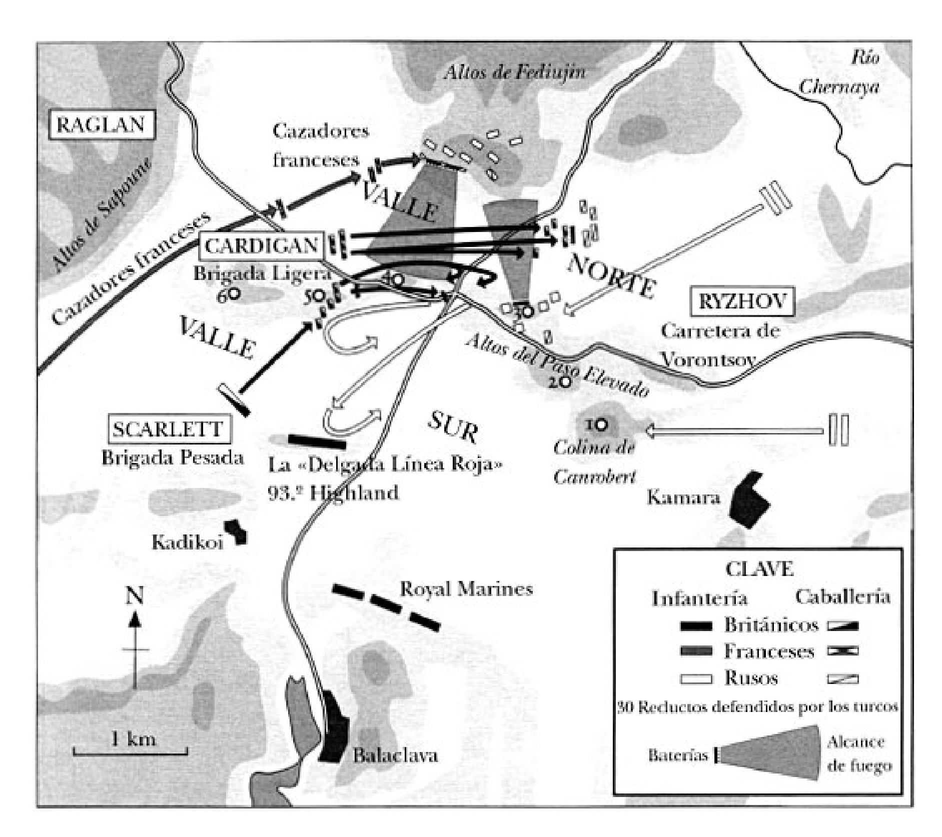
Avance aliado hacia Sebastopol



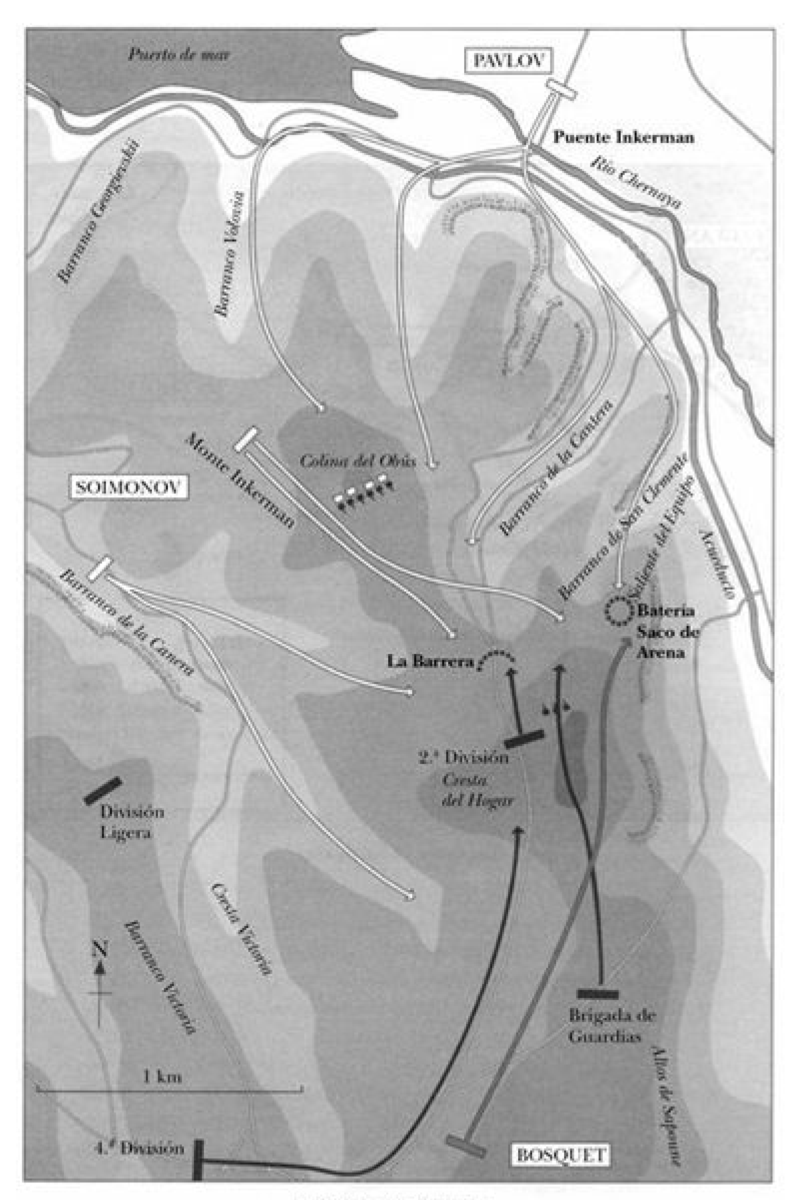
La batalla del Alma


MAR CASPIO
DAGUESTÁN
Kizlyar
Kamenny Brod
R. Kuma
CHECHENIA
DEL CÁUCASO
R. Sunzha
Yekaterinograd
R. Terek
Lars
Kobi
Tiflis
R. Kura
CLAVE
La línea
Carretera Militar de Georgia
N
100 km
R. Kuma
Pyatigorsk
Kislovodsk
R. Malka
KABARDA
Vladikavkaz
MONTAÑAS
GEORGIA
Ereván
M. Elbrus
Kars
Zugdedi
MINGRELIA
Stávropol
ABJASIA
Erzurum
El Cáucaso
CIRCASIA
R. Kubán
Soujouk Kalé
Gelendzhik
MAR NEGRO
Trebisonda
MAR DE AZOV
Kerch
Tamán

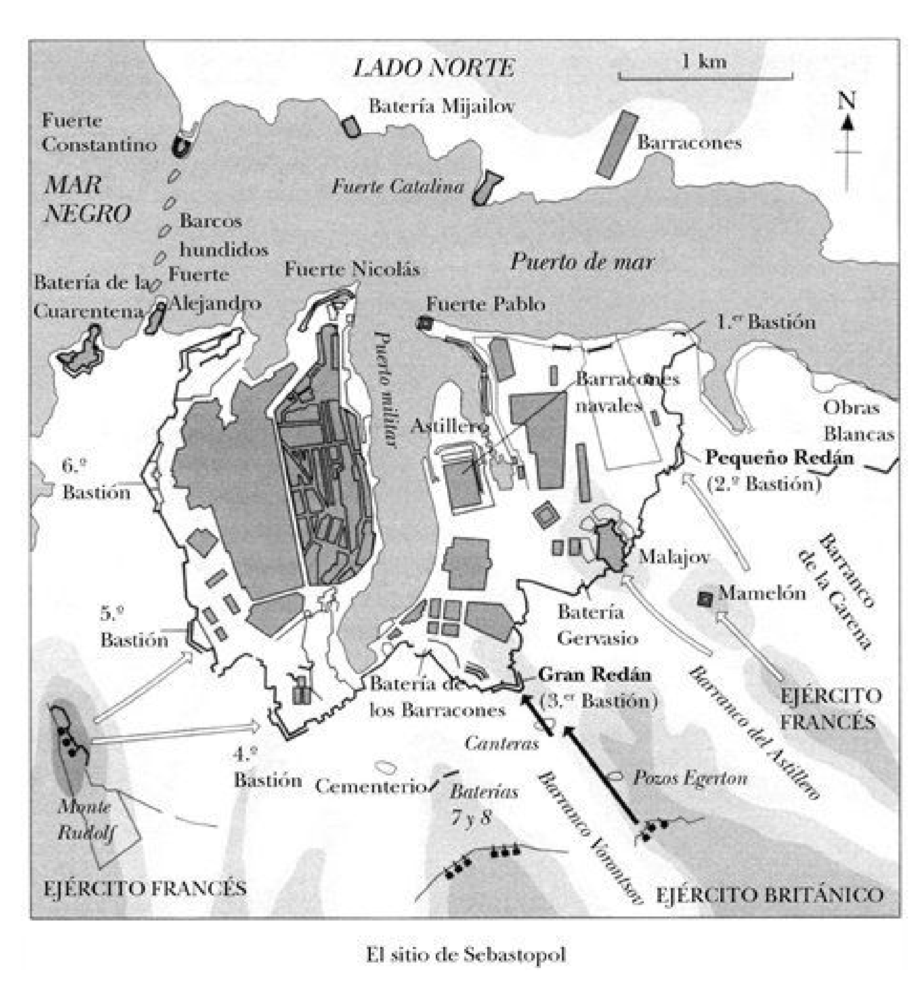
El Cáucaso



La batalla de Balaclava



La batalla de Inkerman



El sitio de Sebastopol

Capítulo 1

Guerras religiosas

Durante semanas los peregrinos habían estado llegando a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Llegaban desde todos los rincones de Europa Oriental y de Oriente Próximo, desde Egipto, Siria, Armenia, Anatolia, la península griega, pero principalmente desde Rusia, viajando por mar hasta el puerto de Jaffa, donde alquilaban camellos o asnos. El 10 de abril de 1846, Viernes Santo, había 20 000 peregrinos en Jerusalén. Alquilaban cualquier vivienda que pudieran conseguir o dormían bajo las estrellas en grupos familiares. Para pagar su largo viaje casi todos ellos habían traído algunas mercancías, un crucifijo u ornamento hecho a mano, sartas de cuentas o bordados, que vendían a los turistas europeos en los santuarios. La plaza situada ante la iglesia del Santo Sepulcro, el centro de la peregrinación, era un concurrido mercado donde se exhibían coloridas frutas y verduras que competían por el espacio con los productos de los peregrinos y los apestosos cueros de cabras y bueyes que las curtidurías situadas detrás de la iglesia ponían a secar al sol. También los mendigos se reunían allí. Asustaban a los extranjeros para que les dieran limosna, amenazando con tocarlos con sus manos leprosas. Los turistas ricos debían ser protegidos por sus guías turcos, que les abrían paso a bastonazos hasta las puertas de la iglesia.

En 1846, la Pascua cayó el mismo día en el calendario latino y en el griego ortodoxo, por lo que los santuarios estaban mucho

más atestados de lo habitual y reinaba una atmósfera de gran tensión. Las dos comunidades religiosas habían disputado desde hacía tiempo cuál de ellas tendría el derecho prioritario a celebrar sus rituales del Viernes Santo en el altar del Calvario de la iglesia del Santo Sepulcro, el sitio donde se suponía que la cruz de Jesús había sido clavada en la roca. Durante los últimos años, la rivalidad entre latinos y griegos había alcanzado un punto tan extremo que Mehmed Pachá, el gobernador otomano de Jerusalén, se había visto obligado a apostar soldados dentro y fuera de la iglesia para preservar el orden. Pero ni siquiera esa medida había impedido que estallaran reyertas entre los fieles.

Ese Viernes Santo, los sacerdotes latinos llegaron con su paño de hilo blanco para cubrir el altar, sólo para descubrir que los griegos habían llegado primero con su paño de seda bordado. Los católicos exigieron ver el firmán de los griegos, el decreto del sultán de Constantinopla que los autorizaba a poner primero su paño de seda bordada sobre el altar. Los griegos exigieron ver el firmán de los latinos, que los autorizaba a quitar ese paño. Estalló una pelea entre los sacerdotes, a los que rápidamente se unieron monjes y peregrinos de ambos bandos. Pronto la iglesia se convirtió en un campo de batalla. Los grupos rivales de fieles no sólo luchaban con sus puños, sino también con crucifijos, candelabros, cálices, lámparas e incensarios, e incluso con pedazos de madera que arrancaron de los santuarios sagrados. La lucha continuó con cuchillos y pistolas que los fieles de ambos bandos habían entrado a escondidas en el Santo Sepulcro. Para cuando los guardias de Mehmed Pachá lograron restablecer el orden en la iglesia, más de cuarenta personas yacían muertas en el suelo[5].

«¡Las cosas que se hacen aquí en nombre de la religión!», escribió la comentarista social inglesa Harriet Martineau, que viajó a las Tierras Santas de Palestina y Siria en 1846.

> Jerusalén es el lugar más sagrado del mundo, excepto La Meca para los mahometanos, pero para los cristianos y los judíos, es el lugar más sagrado del mundo. ¿Y qué están haciendo en este santuario de su Padre común, como todos ellos afirman que es? Aquí están los mahometanos ansiosos por matar a cualquier judío o cristiano que quiera entrar en la mezquita de Omar. Están los cristianos griegos y los latinos que se odian entre sí, y dispuestos a matar a cualquier judío o cristiano que pretenda entrar en la iglesia del Santo Sepulcro. Y aquí están los judíos suplicando en contra de sus enemigos, en el vengativo lenguaje de sus antiguos profetas[6].

La rivalidad entre las iglesias cristianas se acentuó con el rápido aumento de los peregrinos que viajaban a Palestina en el siglo XIX. Los ferrocarriles y los buques a vapor posibilitaban los viajes masivos; abrían las puertas de la región a grupos de católicos de Francia e Italia y a las devotas clases medias de Europa y América. Las diversas iglesias competían entre sí por ganar influencia. Establecieron misiones destinadas a dar apoyo a sus peregrinos, rivalizaban en la compra de tierras, ofrecían fondos a obispados y monasterios y establecían escuelas para convertir a los árabes ortodoxos (principalmente sirios y libaneses), la comunidad cristiana más grande pero menos educada de Tierra Santa.

«Durante los últimos dos años, los gobiernos de Rusia, Francia, Nápoles y Cerdeña han enviado a Jerusalén considerables presentes destinados a decorar la iglesia del Santo Sepulcro», informó en 1839 William Young, el cónsul británico en Palestina y Siria, a lord Palmerston, cabeza del Foreign Office británico.

> Hay muchos síntomas de celos cada vez más intensos y de sentimientos hostiles entre las iglesias. Las pequeñas disputas que siempre han existido entre los conventos latinos, griegos y armenios no tenían demasiada importancia mientras sus diferencias eran zanjadas, de tanto en tanto, cuando uno de ellos ofrecía un soborno más grande a los turcos que el resto. Pero esa época ya pasó, porque esos países ya no son ajenos a las intrigas europeas en lo referido a los asuntos eclesiásticos[7].

Entre 1842 y 1847 se produjo un torbellino de actividad en Jerusalén: los anglicanos fundaron un obispado; los austríacos establecieron una imprenta franciscana; los franceses inauguraron un consulado en Jerusalén e inyectaron dinero en escuelas e iglesias para los católicos, el papa Pío IX volvió a establecer un patriarca latino residente, el primero desde las Cruzadas del siglo XII; el patriarca griego regresó de Constantinopla para controlar más de cerca a los ortodoxos y los rusos enviaron una misión eclesiástica, que generó la fundación de un complejo ruso constituido por un albergue, un hospital, una capilla, una escuela y una plaza de mercado, todo ello destinado a abastecer al gran número –que seguía creciendo– de peregrinos rusos.

En las primeras décadas del siglo XIX, la Iglesia ortodoxa rusa envió más peregrinos a Jerusalén que cualquier otra rama de la fe cristiana. Cada año llegaban a la ciudad, para la Pascua, alrededor de 15 000 peregrinos rusos, algunos de los cuales incluso hacían el largo trayecto a pie atravesando Rusia y el Cáucaso, Anatolia y Siria. Para los rusos, los santuarios sagrados de Palestina eran objeto de una devoción intensa y apasionada: hacer la peregrinación hasta ellos era la más alta expresión posible de su fe.

En algunos aspectos, los rusos veían Tierra Santa como una extensión de su madre patria espiritual. La idea de la «Santa Rusia» no estaba contenida dentro de las fronteras territoriales: era un imperio de los ortodoxos con santuarios en todas las tierras de la cristiandad oriental y con el Santo Sepulcro como iglesia madre. «Palestina –escribió un teólogo ruso en la década de 1840–, es nuestra tierra natal, en la que no nos sentimos extranjeros[8]». Siglos de peregrinación habían sentado los fundamentos de esa afirmación, estableciendo un vínculo entre la Iglesia rusa y los Santos Lugares (los relacionados con la vida de Cristo en Belén, Jerusalén y Nazaret), que muchos rusos consideraban más importantes –la base de una autoridad espiritual más elevada–

que la soberanía política y temporal de los otomanos en Palestina.

Nada semejante a este ardor se podía encontrar entre los católicos o los protestantes, para quienes los Santos Lugares eran objeto de interés histórico o de sentimientos románticos más que de devoción religiosa. El cronista de viajes y escritor Alexander Kinglake consignó que «lo más parecido a un peregrino que podía proporcionar la Iglesia latina era con frecuencia un simple turista francés que llevaba un periódico y tenía una teoría y el proyecto de escribir un libro». Los turistas europeos sentían casi repugnancia por la intensa pasión de los peregrinos ortodoxos, cuyos extraños rituales les resultaban «primitivos» y «supersticiones degradantes». Martineau se negó a ir al Santo Sepulcro para ver el lavado de pies de los peregrinos el Viernes Santo. «No podía ir a ver las mascaradas que se hacían en nombre del cristianismo –escribió–, comparado con las cuales el más bajo fetichismo celebrado a orillas de un río africano hubiera resultado inofensivo». Por la misma razón, no quiso asistir a la ceremonia del Fuego Sagrado el Sábado Santo, cuando miles de fieles ortodoxos se apretujaban en el Santo Sepulcro para encender sus antorchas en las milagrosas llamas que aparecían sobre la tumba de Cristo. Grupos rivales de ortodoxos–griegos, búlgaros, moldavos, serbios y rusos– se empujaban para encender primero sus velas; empezaban las riñas y a veces los fieles morían aplastados o asfixiados por el humo. El barón Curzon, que fue testigo de tal hecho en 1834, describió la ceremonia como «una escena de caos y profanación» en la que los peregrinos, «en un estado casi de desnudez, bailaban con gestos frenéticos, aullando y gritando como si estuvieran poseídos»[9].

No resulta para nada sorprendente que una unitaria como Martineau o un anglicano como Curzon se hayan mostrado tan hostiles hacia esos rituales: las manifestaciones de emoción religiosa habían sido borradas de la Iglesia protestante mucho tiem-

po atrás. Como gran parte de los turistas que viajaban a Tierra Santa, sentían que tenían menos en común con los peregrinos ortodoxos, cuya conducta salvaje apenas parecía cristiana, que con los musulmanes, relativamente seculares, cuya estricta reserva y dignidad era mucho más afín con sus propias formas privadas de silenciosa plegaria. Esta clase de actitudes ejercerían influencia sobre las políticas occidentales hacia Rusia en las disputas diplomáticas sobre Tierra Santa que acabarían por conducir a la guerra de Crimea.

Ajenos o indiferentes a la importancia que tenía Tierra Santa para la identidad espiritual rusa, los comentaristas europeos sólo veían una amenaza creciente para los intereses de las iglesias occidentales en esa región. A principios de la década de 1840, William Young, el cónsul británico en Jerusalén, enviaba informes regulares al Foreign Office acerca del aumento constante de «agentes rusos» en la región, cuyo propósito era, en su opinión, preparar «la conquista rusa de las Tierras Santas» por medio del patrocinio de las peregrinaciones y de las compras de tierras para la construcción de iglesias y monasterios ortodoxos. Desde luego, se trataba de una época en la que la misión eclesiástica rusa ejercía su influencia sobre las comunidades ortodoxas griega, armenia y árabe por medio de la financiación de iglesias, escuelas y albergues en Palestina y en Siria (un activismo al que se resistía el Ministerio de Exteriores de San Petersburgo, que temía con razón que esas actividades despertaran la hostilidad de las potencias occidentales). Los informes de Young sobre los planes de conquista de los rusos se hicieron cada vez más histéricos. «Se ha escuchado a los peregrinos rusos hablar abiertamente del período inminente en que este país estará sometido al gobierno de Rusia –escribió a Palmerston en 1840–. En una noche, durante la Pascua, los rusos podrían armar a 10 000 peregrinos dentro de las murallas de Jerusalén. Los conventos de la ciudad son espaciosos y, con un gasto mínimo, podrían convertirse en fortale-

zas». Los temores británicos suscitados por este «plan ruso» aceleraron las iniciativas anglicanas, que finalmente dieron como resultado la fundación, en 1845, de la primera iglesia anglicana en Jerusalén[10].

Pero los franceses eran los más alarmados por la creciente presencia rusa en Tierra Santa. Según los católicos franceses, Francia tenía una larga relación con Palestina, que se remontaba a las Cruzadas. En opinión de los católicos franceses, ese hecho confería a Francia, «la primera nación católica» de Europa, la misión especial de proteger la fe en Tierra Santa. «Tenemos un patrimonio que conservar allí, un interés que defender», declaró la prensa provincial católica, pese a la marcada disminución de las peregrinaciones latinas durante los años anteriores. «Pasarán siglos antes de que los rusos derramen una fracción de la sangre derramada por los franceses en los Santos Lugares en la época de las Cruzadas. Los rusos no participaron en las Cruzadas [...]. La primacía de Francia entre las naciones cristianas está tan bien establecida en Oriente que los turcos llaman a la Europa cristiana Frankistán, el país de los franceses[11]».

Para contrarrestar la creciente presencia rusa y consolidar su papel de grandes protectores de los católicos en Palestina, los franceses establecieron un consulado en Jerusalén en 1843 (una multitud musulmana indignada, hostil a la influencia de las potencias occidentales, muy pronto arrancó la impía bandera tricolor de su mástil). En los servicios religiosos latinos en el Santo Sepulcro y en la iglesia de la Natividad de Belén, el cónsul francés empezó a presentarse con su uniforme de gala y con un largo séquito de funcionarios oficiales. Para la misa de medianoche del día de Navidad, en Belén, se presentó acompañado por un importante contingente de infantería proporcionado por Mehmed Pachá pero pagado por Francia[12].

Las peleas entre latinos y ortodoxos eran tan comunes en la iglesia de la Natividad como en el Santo Sepulcro. Durante años

habían disputado sobre si los monjes latinos debían o no tener una llave de la iglesia principal (de la que eran guardianes los griegos), para que pudieran pasar a través de ella a la Capilla del Pesebre, que pertenecía a los católicos; sobre si debían tener una llave de la Gruta de la Natividad, un antigua caverna situada debajo de la iglesia que se suponía había sido el lugar donde había nacido Cristo, y sobre si se les debía permitir colocar en el piso de mármol de la Gruta, en el supuesto sitio del Nacimiento, una estrella de plata adornada con las armas de Francia y esta inscripción en latín: «Aquí nació Jesucristo de la Virgen María». La estrella había sido colocada allí por los franceses en el siglo XVIII, pero siempre había generado resentimiento porque los griegos la veían como «un emblema de conquista». En 1847 la estrella de plata fue robada y las herramientas empleadas para arrancarla del piso de mármol fueron abandonadas en el lugar. Los latinos inmediatamente acusaron a los griegos de ser responsables del delito. Poco tiempo atrás los griegos habían construido un muro para impedir que los sacerdotes latinos pudieran acceder a la Gruta y ese gesto había terminado en una pelea entre los sacerdotes griegos y latinos. Tras el robo de la estrella de plata, los franceses elevaron una queja diplomática a la Sublime Puerta, el gobierno otomano con sede en Constantinopla, citando un olvidado tratado de 1740 que, según alegaban, aseguraba el derecho de los católicos a la Gruta como guardianes de la estrella de plata. Pero los griegos alegaron, por su parte, la fuerza de la costumbre y las concesiones hechas por el gobierno otomano[13]. Este pequeño conflicto producido por la llave de una iglesia fue en realidad el principio de una crisis diplomática relacionada con el control de los Santos Lugares que tendría consecuencias profundas.

Además de las llaves de la iglesia de Belén, los franceses reclamaban que los católicos tuvieran derecho a reparar el techo del Santo Sepulcro, basándose también en el tratado de 1740. El techo necesitaba atención urgente. Casi todo el plomo había sido

arrancado de uno de los lados (y los griegos y los latinos se acusaban entre sí de haber cometido ese desmán). La lluvia se filtraba a través del techo y los pájaros entraban sin obstáculos para volar dentro de la iglesia. Según la ley turca, el dueño del techo de una casa era el dueño de la casa. De manera que el derecho a hacer las reparaciones era grave motivo de disputa entre latinos y griegos, ya que quien pudiera reparar el techo sería, ante los ojos de los turcos, el verdadero protector del Santo Sepulcro. Para contrarrestar la embestida de los franceses, los rusos respaldaron el derecho de los ortodoxos, que apelaban al Tratado de Kuchuk Kainarji, firmado por los turcos en 1774, tras haber sido derrotados por Rusia en la guerra de 1768-1774. Según los rusos, el Tratado de Kuchuk Kainarji les había conferido el derecho de representar los intereses ortodoxos en el Imperio otomano. Pero eso no era cierto. El lenguaje empleado en la redacción del tratado era ambiguo y resultaba muy fácil distorsionarlo en las traducciones a las diversas lenguas (los rusos firmaron el tratado en ruso y en italiano, los turcos en turco e italiano y después los rusos lo tradujeron al francés con propósitos diplomáticos)[14]. Pero la presión ejercida por los rusos sobre el gobierno otomano garantizó que los latinos no pudieran salirse con la suya. Los turcos ganaron tiempo y esquivaron el problema con expresiones conciliadoras dirigidas a ambas facciones.

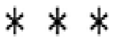
El conflicto se acrecentó en mayo de 1851, cuando Luis Napoleón nombró a su amigo el marqués Charles de La Valette embajador en la capital turca. Dos años y medio después de haber sido elegido presidente de Francia, Napoleón aún luchaba por consolidar su poder ante la Asamblea Nacional. Para fortalecer su posición había hecho una serie de concesiones a la opinión católica: en 1849 las tropas francesas habían vuelto a instalar al Papa en Roma, tras haber sido obligado a abandonar el Vaticano por las masas revolucionarias, y la Ley Falloux, de 1850, había despejado el camino para un aumento del número de escuelas ca-

tólicas. La designación de La Valette era otra concesión importante a la postura clerical. El marqués era un católico devoto, una figura de peso dentro del oscuro «partido clerical», al que todo el mundo atribuía la responsabilidad de dirigir clandestinamente la política exterior de Francia. La influencia de esta facción clerical era particularmente fuerte en la política francesa respecto de los Santos Lugares, donde exigía una firme postura contra la amenaza ortodoxa. La Valette excedió con mucho las atribuciones de su cargo cuando tomó posesión de él. En su camino hacia Constantinopla, hizo una escala no programada en Roma para convencer al Papa de que debía respaldar las reclamaciones de los católicos en Tierra Santa. Instalado en Constantinopla, se esforzó por emplear un lenguaje agresivo en sus tratos con la Puerta: una táctica, según explicó, destinada a «lograr que el sultán y sus ministros retrocedan y capitulen» ante los intereses franceses. La prensa católica apoyó plenamente a La Valette, especialmente el influyente *Journal des débats*, cuyo editor era amigo íntimo del nuevo embajador. La Valette, a su vez, alimentó a los periódicos con citas que inflamaron la situación y enfurecieron al zar Nicolás I.[15]

En agosto de 1851 los franceses crearon una comisión conjunta con los turcos para debatir el problema de los derechos religiosos. La comisión se alargó sin llegar a ninguna conclusión mientras los turcos evaluaban cuidadosamente las reivindicaciones respectivas de griegos y latinos. Antes de que la tarea pudiera terminarse, La Valette proclamó que el derecho de los latinos estaba «demostrado con toda claridad», lo que significaba que no era necesario seguir adelante con las negociaciones. Dijo que Francia «estaba plenamente justificada si recurría a medidas extremas» para respaldar el derecho latino, y se jactó de «sus fuerzas navales superiores en el Mediterráneo» como medio destinado a imponer los intereses franceses.

Es dudoso que La Valette contase con la aprobación de Napoleón para enunciar una amenaza de guerra tan explícita. Napoleón no estaba particularmente interesado en la religión. Ignoraba los detalles de la disputa en Tierra Santa y tenía una actitud básicamente defensiva en Oriente Próximo. Pero es posible y tal vez hasta probable que Napoleón aprobara que La Valette causara una crisis con Rusia. Estaba ansioso por probar cualquier cosa que se interpusiera entre los tres poderes (Reino Unido, Rusia y Austria) que habían aislado a Francia del Concierto de Europa, sometiéndola a los «mortificantes tratados» del acuerdo de 1815 que siguió a la derrota de su tío abuelo, Napoleón Bonaparte. Luis Napoleón tenía motivos razonables para esperar que de la disputa de Tierra Santa surgiría un nuevo sistema de alianzas: Austria era un país católico, al que se podría convencer de que apoyara a Francia contra la Rusia ortodoxa, mientras que el Reino Unido tenía sus propios intereses imperiales que defender contra los rusos en Oriente Próximo. Sea cual fuere el motivo subyacente, el premeditado acto de agresión de La Valette enfureció al zar, quien advirtió al sultán que cualquier gesto de reconocimiento de la reclamación latina violaría los tratados existentes entre la Puerta y Rusia, hecho que lo forzaría a romper sus relaciones diplomáticas con los otomanos. Este repentino giro de los acontecimientos alertó a los británicos, quienes previamente habían alentado a Francia a llegar a un acuerdo, pero que ahora debía prepararse para una posible guerra[16].

En realidad, la guerra no empezaría hasta dos años más tarde, pero cuando lo hizo, la conflagración que se desencadenó fue alimentada por las pasiones religiosas que se habían estado acumulando durante siglos.



Más que en ninguna otra potencia, la religión ocupaba el centro del Imperio ruso. El sistema zarista organizaba a sus súbditos

por medio de su estatus confesional; entendía sus límites y compromisos internacionales casi por completo en términos de su fe.

Dentro de la ideología fundacional del estado zarista, que cobró nueva fuerza por medio del nacionalismo ruso en el siglo XIX, Moscú era la última capital de la ortodoxia que quedaba, la «Tercera Roma», después de la caída de Constantinopla, el centro de Bizancio, en manos de los turcos en el año 1453. Según esta ideología, la misión divina de Rusia en el mundo incluía liberar a los ortodoxos del imperio islámico de los otomanos y devolverle a Constantinopla su jerarquía de sede de la cristiandad oriental. El Imperio ruso fue concebido como una cruzada ortodoxa. Desde la derrota de los kanatos mongoles de Kazán y Astracán en el siglo XVI hasta la conquista de Crimea, el Cáucaso y Siberia en los siglos XVIII y XIX, la identidad imperial rusa se definió prácticamente a través del conflicto entre los colonos cristianos y los nómadas tártaros en la estepa euroasiática. Esta división religiosa fue siempre más importante que cualquier consideración étnica para la definición de la conciencia nacional rusa: los rusos eran ortodoxos y los extranjeros eran de otra fe.

La religión ocupó el lugar central en las guerras de Rusia contra los turcos, quienes a mediados del siglo XIX tenían 10 millones de súbditos ortodoxos (griegos, búlgaros, albaneses, moldavos, valacos y serbios) en sus territorios europeos y alrededor de otros 3 o 4 millones de cristianos (armenios, georgianos y un pequeño número de abjasianos) en el Cáucaso y Anatolia[17].

Sobre la frontera norte del Imperio otomano se extendía una línea defensiva de fortalezas, que discurría desde Belgrado en los Balcanes hasta Kars en el Cáucaso. A lo largo de esta línea defensiva se desarrollaron todas las guerras turco-rusas desde la segunda mitad del siglo XVII (en 1686-1699, 1710-1711, 1735-1739, 1768-1774, 1787-1792, 1806-1812 y 1827-1829). La guerra de Crimea y la ulterior guerra rusoturca de 1877-1878 no fueron

una excepción a la regla. Las fronteras defendidas por esas fortalezas eran campos de batalla religiosos, la falla geológica entre los ortodoxos y el islam.

Dos regiones en particular fueron vitales en esas guerras ruso-turcas: el delta del Danubio (que abarcaba los principados de Moldavia y Valaquia) y la costa norte del mar Negro (incluyendo la península de Crimea). Ambas zonas se convertirían en los dos escenarios principales de la guerra de Crimea.

Con sus amplios ríos y marismas pestilentes, el delta del Danubio constituía una zona tapón que protegía a Constantinopla de cualquier ataque por tierra que intentaran los rusos. El abastecimiento de alimentos en la zona del Danubio era esencial para las fortalezas turcas, al igual que para cualquier ejército ruso que lanzara un ataque contra la capital otomana, de manera que la lealtad del campesinado de la región era un factor vital en estas guerras. Los rusos apelaron a la religión ortodoxa de los campesinos en un intento de ponerlos de su lado en una guerra de liberación contra el dominio musulmán, mientras que los turcos adoptaron la política de incendiar las tierras. El hambre y la enfermedad derrotaron reiteradamente los avances de los rusos, cada vez que intentaron marchar a través de las tierras del delta del Danubio cuyas cosechas habían sido incendiadas por los turcos en retirada. Así, cualquier ataque contra la capital turca dependía de que los rusos establecieran una ruta marítima –a través del mar Negro– para llevar provisiones a sus tropas ofensivas.

Pero los otomanos también usaron la costa norte del mar Negro y Crimea como zona de contención contra Rusia. En vez de colonizar la zona, los otomanos confiaron en sus vasallos de la región, las tribus tártaras de lengua turca del kanato de Crimea, para proteger las fronteras del islam contra los invasores cristianos. Gobernado por la dinastía Giray –descendientes del propio Gengis Kan–, el kanato de Crimea era el último puesto de avanzada superviviente de la Horda de Oro. Desde el siglo XV hasta

el siglo XVIII, su ejército de jinetes había dominado las estepas meridionales que se extendían entre Rusia y la costa del mar Negro. Por medio de sus incursiones en Moscovia, los tártaros se abastecían de una provisión regular de esclavos eslavos para vender en los mercados sexuales y como remeros de las galeras de Constantinopla. Los zares de Rusia y los reyes de Polonia pagaban tributo al kan para que sus hombres se mantuvieran a distancia[18].

Desde fines del siglo XVII, cuando tomó posesión de Ucrania, Rusia inició una lucha de un siglo para liberar a esas zonas de contención del control otomano. Los puertos de aguas cálidas del mar Negro, tan esenciales para el desarrollo del poderío naval y el comercio de Rusia, fueron los motivos estratégicos de esta guerra, pero los intereses religiosos nunca perdieron relevancia. Así, tras la derrota sufrida por los otomanos a manos de Rusia y sus aliados en 1699, Pedro el Grande exigió a los turcos una garantía de los derechos de los griegos en el Santo Sepulcro y el libre acceso de todos los rusos a Tierras Santas. La lucha por los principados del Danubio (Moldavia y Valaquia) también fue, en parte, una guerra religiosa. En el conflicto rusoturco de 1710-1711, Pedro el Grande ordenó a las tropas rusas que cruzaran el río Prut e invadieran los principados, con la esperanza de provocar un levantamiento de la población cristiana contra los turcos. La sublevación no se materializó. Pero la idea de que Rusia podía apelar a sus correligionarios del Imperio otomano para debilitar a los turcos siguió ocupando el centro de la política zarista durante los doscientos años siguientes.

Esa política cobró carácter formal durante el reinado de Catalina la Grande (1762-1796). Después de la decisiva derrota de los otomanos en la guerra de 1768-1774, durante la que habían vuelto a ocupar los principados, los rusos habían exigido muy poco a los turcos en términos territoriales antes de retirarse de los principados. El Tratado de Kuchuk Kainarji, firmado a conti-

nuación (1774) sólo les otorgaba una pequeña franja costera del mar Negro, entre los ríos Dniéper y Bug (incluyendo el puerto de Jersón), la región de Kabarda en el Cáucaso y los puertos de Kerch y Enikale en Crimea, donde el mar de Azov se une con el mar Negro, aunque el acuerdo también forzaba a los otomanos a deponer su soberanía sobre el kanato de Crimea y conceder la independencia a los tártaros. Además, las disposiciones otorgaban a los buques rusos libertad de paso por los Dardanelos, el angosto estrecho turco que conecta el mar Negro con el Mediterráneo. Pero si bien los rusos no ganaron muchos territorios, sí adquirieron importantes derechos a interferir en los asuntos otomanos para proteger a los ortodoxos. El Tratado de Kuchuk Kainarji restituía los principados a su estatus anterior de sometimiento a la soberanía otomana, pero los rusos asumían el derecho de proteger a la población ortodoxa. El acuerdo también concedía a los rusos permiso para construir una iglesia ortodoxa en Constantinopla, un derecho que los rusos interpretaron como la capacidad más amplia de representar a los súbditos ortodoxos del sultán. Y autorizaba a los comerciantes cristianos del Imperio otomano (griegos, armenios, moldavos y valacos) a navegar en aguas turcas con bandera rusa, una concesión importante que favorecía al mismo tiempo los intereses comerciales y religiosos de Rusia. Estas reivindicaciones religiosas tuvieron algunas interesantes ramificaciones pragmáticas. Como los rusos no podían anexar los principados del Danubio sin suscitar la oposición de las grandes potencias, procuraron en cambio conseguir de los otomanos concesiones que convertirían a los principados en regiones semiautónomas bajo la influencia rusa. Esperaban que, en su momento, la fidelidad religiosa compartida conduciría a alianzas con los moldavos y valacos capaces de debilitar la autoridad otomana y de asegurar el dominio ruso sobre el sudeste de Europa en caso de que el Imperio otomano se derrumbara.

Alentada por la victoria sobre Turquía, Catalina también emprendió una política de colaboración con los griegos, cuyos intereses religiosos Rusia tenía la obligación y el derecho de proteger, según el tratado. Catalina envió agentes militares a Grecia, entrenó a oficiales griegos en sus instituciones militares, invitó a comerciantes y marinos griegos a establecerse en sus nuevas ciudades de la costa del mar Negro y alentó la convicción griega de que Rusia apoyaría el movimiento de liberación nacional contra los turcos. Catalina se identificó con la causa griega más que cualquier otro gobernante de Rusia. Bajo la influencia, cada vez mayor, de su supremo comandante militar, estadista y favorito de la corte, el príncipe Grigori Potemkin, Catalina incluso llegó a albergar el sueño de recrear el antiguo Imperio bizantino sobre las ruinas del Imperio otomano. El filósofo francés Voltaire, con quien la emperatriz mantenía correspondencia, la llamaba «votre majesté impériale de l'église grecque», mientras que el barón Friedrich Grimm, su corresponsal alemán favorito, se refería a ella como «l'Impératrice des Grecs». Catalina concebía este imperio helénico como un vasto dominio ortodoxo protegido por Rusia, cuya lengua eslava había sido alguna vez la lengua franca del Imperio bizantino, según lo afirmaba (erróneamente) el primer gran historiador de Rusia, Vasili Tatishchev. La emperatriz dio el nombre de Constantino –como el primero y el último emperador de Bizancio– a su segundo nieto. En 1779, para conmemorar su nacimiento, hizo acuñar unas monedas especiales, de plata, con la imagen de la gran iglesia de Santa Sofía (Hagia Sophia) de Constantinopla, cruelmente convertida en una mezquita tras la conquista otomana. En vez de un minarete, la moneda mostraba una cruz ortodoxa sobre la cúpula de la antigua basílica bizantina. Para educar a su nieto como gobernante de ese renacido imperio oriental, la emperatriz rusa hizo traer institutrices desde Naxos para que le enseñaran griego, una lengua que, de adulto, Constantino hablaba con gran fluidez[19].

Nunca se supo hasta qué punto tomaba en serio su «Proyecto griego». Según la forma en que fue expresado en 1780 por el conde Bezborodko, su secretario privado y virtual ministro de Exteriores, el proyecto implicaba nada más y nada menos que la expulsión de los turcos de Europa, la división de sus territorios balcánicos entre Rusia y Austria y el «restablecimiento del antiguo imperio griego», con Constantinopla como su capital. En el año 1781, Catalina discutió el proyecto con el emperador austríaco José II. Coincidieron en que se trataba de una idea deseable en las cartas que intercambiaron durante el año siguiente. Pero no se sabe si se proponían llevar a cabo el plan. Algunos historiadores han concluido que el proyecto griego era tan sólo otra pieza de iconografía neoclásica, o teatro político, como «las aldeas Potemkin», que no desempeñaron ningún papel real en la política exterior rusa. Sin embargo, aun cuando no hubiera ningún plan concreto de actuación inmediata, resulta al menos bastante claro que el proyecto formaba parte de los objetivos generales que Catalina había planteado para el Imperio ruso, en tanto que potencia del mar Negro vinculada por medio del comercio y la religión con el mundo ortodoxo del Mediterráneo oriental, incluyendo a Jerusalén. En las palabras del poeta favorito de Catalina, Gabril Derzhavin, quien también fue uno de los más importantes estadistas de Rusia durante su reinado, el propósito del proyecto griego era:

Marchar en una Cruzada
para purificar el río Jordán,
liberar el Santo Sepulcro,
devolver Atenas a los atenienses,
Constantinopla a Constantino
y restablecer la Tierra Santa de Jafet[20].
«Oda a la captura de Ismael».

Sin duda fue algo más que teatro político la ocasión en la que Catalina y José, acompañados por un gran séquito internacional, recorrieron los puertos del mar Negro. La emperatriz visitó las

obras en construcción de las nuevas ciudades y bases militares rusas, pasando bajo arcadas que Potemkin había hecho erigir en su honor y en las que se leía la inscripción: «El camino hacia Bizancio»[21]. El viaje de la emperatriz fue una declaración de intenciones.

Catalina creía que Rusia debía dirigirse hacia el sur para convertirse en una gran potencia. No era suficiente que exportara pieles y madera desde los puertos del Báltico, como en la época de la Moscovia medieval. Para competir con las potencias europeas debía desarrollar salidas comerciales para los productos agrícolas de sus fértiles tierras meridionales y acumular presencia naval en los puertos de aguas cálidas del mar Negro, desde donde sus barcos podían entrar al Mediterráneo. Debido a la extraña geografía rusa, el mar Negro era crucial, no sólo para la defensa militar del Imperio ruso en la frontera sur con el mundo musulmán, sino también para hacer viable su imagen de potencia en el continente europeo. Sin el mar Negro, Rusia no tenía acceso a Europa por mar, salvo a través del Báltico, que otros poderes del norte podían bloquear con facilidad en el caso de que se produjera un conflicto europeo (tal como lo harían los británicos durante la guerra de Crimea).

El plan de convertir a Rusia en una potencia meridional había empezado seriamente en 1776, cuando Catalina puso a Potemkin a cargo de Nueva Rusia (*Novorossiia*), los territorios escasamente poblados conquistados recientemente a los otomanos y situados en la línea costera norte del mar Negro, y le ordenó que colonizara la región. Otorgó enormes extensiones de tierras a los miembros de la nobleza e invitó a colonos europeos (alemanes, polacos, italianos, griegos, búlgaros y serbios) a establecerse en las estepas como agricultores. También se fundaron nuevas ciudades en la región –Ekaterinoslav, Jersón, Nikolaev y Odesa–, muchas de ellas construidas en estilo rococó francés e italiano. Potemkin en persona supervisó la construcción de Ekaterinoslav

(que significa «Gloria de Catalina») bajo la forma de una fantasía grecorromana con el propósito de simbolizar así la herencia cultural que él mismo y todos los partidarios del proyecto griego habían concebido para Rusia. Imaginó grandiosas estructuras neoclásicas, la mayoría de las cuales nunca fueron construidas, como «tiendas erigidas en semicírculo como el Propileo o umbral de entrada a las puertas de Atenas», un edificio de la gobernación «de estilo griego y romano», tribunales con la forma de «antiguas basílicas» y una catedral, «una suerte de imitación de San Pablo fuera de las murallas de Roma», tal como explicó a Catalina en una carta. Era, decía, «un signo de la transformación de esta tierra, llevada a cabo por su celo, que pasará de ser una estepa estéril a un amplio jardín, y de un páramo para los animales a un hogar que dé la bienvenida a gente de toda la tierra»[22].

Odesa era el diamante de la corona meridional de Rusia. Su belleza arquitectónica debía mucho al duque de Richelieu, un refugiado de la Revolución francesa, quien durante muchos años ocupó el cargo de gobernador de la ciudad. Pero la importancia que cobró como puerto fue obra de los griegos, que fueron los primeros que recibieron el aliento de Catalina para establecerse en la ciudad. Gracias a la libertad de movimiento otorgada a los barcos rusos por el Tratado de Kuchuk Kainarji, Odesa pronto se convirtió en punto importante del comercio en el mar Negro y el Mediterráneo, suplantando en gran medida el dominio francés.

La anexión rusa de Crimea siguió un camino distinto. Como parte del Tratado de Kuchuk Kainarji, el kanato de Crimea se había independizado de los otomanos, aunque el sultán había conservado una autoridad religiosa nominal por su puesto de califa. Pese a que habían firmado el tratado, los otomanos se habían mostrado reticentes a aceptar la independencia de Crimea, temiendo que muy pronto fuera engullida por los rusos, como había ocurrido con el resto de la costa del mar Negro. Se aferraron

a la poderosa fortaleza de Ochakov, situada en la boca del río Dniéper, desde donde podían atacar a los rusos en el caso de que intervinieran en la península. Pero tenían pocas defensas contra la política rusa de infiltración política y religiosa.

Tres años después de la firma del tratado, Sagin Giray fue elegido kan. Educado en Venecia y semioccidentalizado, era el candidato preferido por Rusia (como cabeza de la delegación de Crimea enviada a San Petersburgo, había impresionado a Catalina por su «carácter dulce» y su apostura física). Sagin era respaldado por la considerable población cristiana de la península (comerciantes griegos, georgianos y armenios) y por muchos de los nómadas de la horda Nogái, establecidos en la estepa continental, que siempre habían mostrado una actitud de feroz independencia del kanato otomano y que debían lealtad a Sagin como comandante de la horda. Sin embargo, Sagin resultó inaceptable para los otomanos, que enviaron una flota con su propio kan para reemplazarlo y alentaron a los tártaros de Crimea a sublevarse contra Sagin por ser un «infiel». Sagin huyó, pero pronto regresó para emprender una matanza de los tártaros rebeldes que horrorizó incluso a los rusos. Como respuesta, animados por los otomanos, los tártaros lanzaron en represalia una guerra religiosa contra los cristianos de Crimea, lo que obligó a los rusos a organizar un apresurado éxodo de sus fieles (30 000 cristianos fueron trasladados a Taganrog, Mariupol y otras ciudades de la costa del mar Negro cuando muchos de ellos quedaron sin hogar).

La partida de los cristianos debilitó seriamente la economía de Crimea. Sagin se volvió aún más dependiente de los rusos, quienes empezaron a presionarlo para que aceptara la anexión. Ansioso por conseguir la península de Crimea antes de que el resto de Europa pudiera reaccionar, Potemkin se preparó para una guerra rápida contra los turcos, mientras procuraba que Sagin abdicara a cambio de una magnífica pensión. Con el kan trasladado a San Petersburgo, los tártaros fueron convencidos para

que se sometieran a Catalina. En toda Crimea se escenificaron ceremonias en las que los tártaros se reunían con sus mulás para jurar sobre el Corán su fidelidad a una emperatriz ortodoxa que se encontraba a miles de kilómetros de distancia. Potemkin estaba decidido a que la anexión pareciera al menos un resultado de la voluntad popular.

La anexión rusa de Crimea, en 1783, fue una amarga humillación para los turcos. Era el primer territorio musulmán que el Imperio otomano perdía a manos de los cristianos. El gran visir de la Puerta la aceptó de mala gana. Pero otros políticos de la corte del sultán consideraron la pérdida de Crimea como un peligro mortal para el Imperio otomano: argumentaron que los rusos usarían la península como base militar para atacar Constantinopla y socavar el control otomano de los Balcanes y ejercieron presión para desencadenar una nueva guerra contra Rusia. Sin embargo, para los turcos era poco realista combatir solos contra los rusos y las esperanzas que podían albergar sobre alguna intervención de Occidente no eran muy grandes: Austria se había alineado con Rusia previendo una futura división ruso-austríaca del Imperio otomano; Francia estaba demasiado agotada por su implicación en la guerra de la Independencia norteamericana para poder enviar una flota al mar Negro; mientras que los británicos, profundamente dañados por sus pérdidas en América, se mostraban esencialmente indiferentes (si «Francia pretende mantenerse al margen del conflicto de los turcos –subrayó lord Graham, el secretario de Exteriores–, ¿por qué deberíamos involucrarnos nosotros? No es momento de empezar una nueva contienda»[23]).

La tolerancia otomana se agotó cuatro años más tarde, en 1787, poco después de la provocativa procesión de Catalina a través de sus recientemente conquistadas ciudades costeras del mar Negro, que coincidió con el momento en el que los turcos debían enfrentarse a más pérdidas provocadas por los rusos en el

Cáucaso[24]. Con la esperanza de una alianza con Prusia, el partido probélico del gobierno otomano prevaleció y los otomanos declararon la guerra a Rusia, que fue respaldada por su aliada, Austria, que muy pronto también declaró la guerra a Turquía. Al principio los otomanos tuvieron cierto éxito. En el frente del Danubio, hicieron retroceder a los austríacos hasta la zona del Banato. Pero la ayuda militar de Prusia nunca llegó y, tras un largo asedio, los turcos perdieron su estratégica fortaleza de Ochakov (Yedisan) a manos de los rusos, que fue sucedida por la pérdida de Belgrado y de los principados del Danubio por una contraofensiva austríaca, antes de que los rusos tomaran importantes fuertes turcos en el estuario del Danubio. Los turcos se vieron obligados a negociar la paz. En 1792, por las disposiciones del Tratado de Iasi, recuperaron el control nominal de los principados del Danubio, pero cedieron la zona de Ochakov a Rusia, lo que hizo del río Dniéster la nueva frontera rusoturca. También declararon su reconocimiento formal de la anexión rusa de Crimea. Pero en realidad nunca aceptaron plenamente la derrota y se dispusieron a esperar para poder vengarse.



En la guerra religiosa de Rusia contra sus vecinos musulmanes, las culturas islámicas del mar Negro eran consideradas especialmente peligrosas. Los gobernantes rusos temían la posibilidad de un eje islámico, una amplia coalición de pueblos musulmanes con liderazgo turco, que pudiera amenazar las fronteras meridionales de Rusia, donde la población musulmana crecía rápidamente, en parte como resultado del alto índice de natalidad y en parte debido a la conversión al islam de las tribus nómadas. Para consolidar el control imperial en esas agitadas zonas fronterizas, los rusos lanzaron una nueva etapa de su estrategia meridional durante las primeras décadas del siglo XIX: expulsar a las

poblaciones musulmanas y alentar a los colonos cristianos a establecerse en las tierras recientemente conquistadas.

Los rusos se apoderaron de Besarabia durante la guerra de 1806-1812 contra Turquía. Los turcos cedieron formalmente la región a Rusia por medio del Tratado de Bucarest de 1812, que también ponía a los principados del Danubio bajo la soberanía conjunta de Rusia y el Imperio otomano. Los nuevos gobernantes zaristas de Besarabia expulsaron a la población musulmana mediante el envío de miles de agricultores tártaros a Rusia en calidad de prisioneros de guerra. Repoblaron las fértiles llanuras de Besarabia con moldavos, valacos, búlgaros, rutenos y griegos, atraídos a la zona por las exenciones fiscales y del servicio militar y por los préstamos que el gobierno ruso otorgaba a los trabajadores calificados. Presionados por la necesidad de poblar la región, que ampliaba el territorio ruso hasta unos pocos kilómetros del Danubio, las autoridades zaristas locales incluso hicieron la vista gorda con respecto a los siervos fugitivos procedentes de Rusia y de Ucrania, que empezaron a llegar en gran número a Besarabia después de 1812. Se inició un activo programa de construcción de iglesias y la creación de una eparquía en Kishinev encerró a los líderes eclesiásticos locales en la iglesia ortodoxa rusa (y no en la griega[25]).

También la conquista rusa del Cáucaso formó parte de esta Cruzada. En gran medida, dicha conquista fue concebida como una guerra religiosa contra las tribus montañesas musulmanas –chechenos, ingusetios, circasianos y daguestanos– para promover la cristianización del Cáucaso. Las tribus musulmanas eran mayoritariamente sunitas, ferozmente independientes del control ejercido por cualquier poder secular pero alineadas por motivos religiosos con el sultán otomano, que ostentaba el título de «supremo califa de la ley islámica». Bajo el mando del general Alexander Ermolov, designado gobernador de Georgia en 1816, los rusos entablaron una despiadada guerra de terror, asolando

aldeas, incendiando casas, destruyendo las cosechas y quemando bosques, en un vano intento de someter a las tribus montañesas. La cruel campaña generó un movimiento organizado de resistencia por parte de las tribus, que muy pronto cobró un carácter religioso propio.

La principal influencia religiosa, conocida bajo el nombre de «muridismo», provenía de la secta naqshbandiya (sufí), que empezó a florecer en Daguestán en la década de 1810 y que desde allí se difundió a Chechenia, donde los predicadores organizaron la resistencia como una yihad (guerra santa) encabezada por el imán Ghazi Muhamad, en defensa de la ley de la *sharia* y de la pureza de la fe islámica. El muridismo era una poderosa combinación de guerra santa y guerra social contra los infieles rusos y los príncipes que los apoyaban. Infundió nueva unidad a las tribus montañesas, antes divididas por disputas de sangre y venganzas, y permitió al imán implementar impuestos y el servicio militar universal. El cumplimiento de las disposiciones del imán era vigilado por los muridas (discípulos religiosos), que actuaban como funcionarios y jueces locales en las aldeas rebeldes.

Cuanto más religiosa se tornó la resistencia, tanto más se intensificó el carácter religioso de la invasión rusa. La cristianización del Cáucaso se convirtió en un objetivo primordial, ya que los rusos rechazaban la posibilidad de sellar cualquier clase de acuerdo con los líderes del movimiento rebelde musulmán. «Un acercamiento entre ellos y nosotros sólo puede darse cuando la Cruz se haya plantado en las montañas y los valles, y cuando las iglesias de Cristo el Salvador hayan reemplazado a las mezquitas –declaraba un documento oficial ruso–. Hasta entonces, la fuerza de las armas es el verdadero baluarte de nuestro dominio en el Cáucaso». Los rusos destruyeron mezquitas e impusieron restricciones a las prácticas musulmanas: la mayor protesta popular surgió a causa de la prohibición de la peregrinación a La Meca y a Medina. En muchas áreas, la destrucción de los asentamientos

musulmanes estaba relacionada con una política rusa que hoy sería conocida como «limpieza étnica», que implicaba el traslado forzoso de las tribus montañesas y la reasignación de sus tierras a colonos cristianos. En Kubán y en el norte del Cáucaso, las tribus musulmanas fueron reemplazadas por colonos eslavos, principalmente campesinos rusos, ucranianos y cosacos. En partes del sur del Cáucaso, los armenios y georgianos cristianos apoyaron la invasión rusa y se quedaron con parte del botín. Durante la conquista del kanato de Ganja (Elizabetopol), por ejemplo, los georgianos se unieron al ejército invasor ruso en calidad de auxiliares; los rusos los alentaron entonces a mudarse al territorio ocupado y apoderarse de las tierras abandonadas por los musulmanes cuando una campaña de persecución religiosa los había obligado a marcharse. La provincia de Ereván, que corresponde a grandes rasgos a la Armenia actual, tenía una importante población de turcos musulmanes hasta la guerra rusoturca de 1828-1829, en la que los rusos expulsaron de la región a alrededor de 26 000 musulmanes. Durante la década siguiente se instalaron allí alrededor de 50 000 armenios[26].

Pero en Crimea fue aún más claro el carácter religioso de las conquistas rusas del sur. Crimea tenía una historia religiosa larga y compleja. Para los rusos era un lugar sagrado. Según sus crónicas, había sido en Quersonesos, la antigua ciudad colonial griega situada en la costa sudoeste de la península de Crimea, exactamente en las afueras de la moderna Sebastopol, donde fue bautizado en el año 988 Vladimir, gran príncipe de Kiev, lo que llevó la cristiandad a los rus de Kiev. Pero Crimea también fue el hogar de escitas, romanos, griegos, godos, genoveses, judíos, armenios, mongoles y tártaros. Situada sobre una profunda falla histórica que dividía a la cristiandad del mundo musulmán de los otomanos y las tribus de lengua turca, Crimea estuvo en disputa constante y fue sede de muchas guerras. Los edificios religiosos y los santuarios de la península se convirtieron en campos de bata-

lla de la fe a medida que cada nueva oleada de colonos los reclamaba como propios. En la ciudad costera de Sudak, por ejemplo, hay una iglesia de San Mateo. Originalmente fue construida como mezquita, pero luego fue destruida y reconstruida por los griegos como iglesia ortodoxa. Más tarde fue transformada en una iglesia católica por los genoveses, que llegaron a Crimea en el siglo XIII, y después volvió a ser una mezquita por obra de los otomanos. Siguió siendo mezquita hasta la anexión rusa, cuando volvió a ser convertida en una iglesia ortodoxa[27].

La anexión rusa de Crimea había generado 300 000 nuevos súbditos imperiales, casi todos ellos tártaros y nogái musulmanes. Los rusos intentaron cooptar a los notables locales (beyes y mirzas) integrándolos a su gobierno si se convertían al cristianismo y concediéndoles estatus nobiliario. Pero su invitación fue ignorada. El poder de esos notables nunca había dependido de cargos civiles, sino del hecho de que fueran propietarios de tierras y de políticas basadas en la estructura de los clanes: mientras se les permitiera conservar sus tierras, la mayoría prefería conservar su posición dentro de la comunidad local en vez de servir a sus nuevos amos imperiales. Prácticamente todos ellos tenían lazos de parentesco o comerciales o religiosos con el Imperio otomano. Muchos emigraron allí después de que los rusos se apoderaron de la península.

La política rusa con respecto a los campesinos tártaros era mucho más brutal. La servidumbre era desconocida en Crimea, a diferencia de lo que ocurría en casi todo el resto de Rusia. La libertad de los campesinos tártaros fue reconocida por el nuevo gobierno imperial, que los convirtió en campesinos del Estado (una nueva categoría legal diferente de la de los siervos). Pero la persistente lealtad de los tártaros al califa otomano, a quien dirigían sus súplicas durante las plegarias de los viernes, era una provocación constante para los rusos. Les daba motivos para dudar de la sinceridad del juramento de lealtad al zar que habían pro-

nunciado los nuevos súbditos. A lo largo de sus muchas guerras contra los otomanos en el transcurso del siglo XIX, los rusos siempre estuvieron aterrados por las revueltas de los tártaros en Crimea. Acusaban a los líderes musulmanes de rezar por la victoria turca y a los campesinos tártaros de albergar la esperanza de que los turcos los liberaran, pese al hecho de que en su mayoría, hasta la guerra de Crimea, la población musulmana siguió siendo fiel al zar.

Convencidos de la perfidia de los tártaros, los rusos hicieron todo lo posible para que sus nuevos súbditos abandonaran Crimea. El primer éxodo masivo de los tártaros de Crimea hacia Turquía se produjo durante la guerra rusoturca de 1787-1792. La causa principal fue el pánico de los campesinos que temían las represalias rusas. Pero el éxodo de los tártaros también fue estimulado por otras medidas adoptadas por los rusos, como la confiscación de tierras, impuestos punitivos, trabajos forzados y la intimidación de los pelotones de cosacos. En 1800, casi un tercio de la población tártara de Crimea, alrededor de 100 000 personas, había emigrado al Imperio otomano, y otras 10 000 personas se marcharon después de la guerra rusoturca de 1806-1812. Fueron reemplazados por colonos rusos y otros cristianos orientales: griegos, armenios, búlgaros, muchos de ellos refugiados del Imperio otomano que ansiaban la protección de un estado cristiano. El éxodo de los tártaros de Crimea fue el principio de una gradual retirada musulmana de Europa. Formó parte de una larga historia de intercambio demográfico y conflictos étnicos entre otomanos y ortodoxos que duraría hasta la crisis de los Balcanes de fines del siglo XX[28].

La cristianización de Crimea también se concretó en grandiosos diseños de iglesias, palacios y ciudades neoclásicas que borrarían todos los rastros musulmanes del entorno físico. Catalina imaginaba Crimea como un paraíso meridional, un jardín de las delicias donde se podrían disfrutar los frutos de su ilustrado go-

bierno cristiano y exhibirlos al mundo que se extendía más allá del mar Negro. Le gustaba llamar a la península por su nombre griego, Táuride, que prefería al de Crimea (Krym), el nombre tártaro, porque creía que eso vinculaba a Rusia con la civilización helénica de Bizancio. Otorgó enormes extensiones de tierras a los nobles rusos para que establecieran magníficas residencias a lo largo de la montañosa costa sur, una línea costera cuya belleza rivalizaba con la de Amalfi; sus edificios clásicos, jardines y viñedos mediterráneos eran, según se suponía, los portadores de una nueva civilización cristiana a esa tierra antes pagana.

La planificación urbana reforzó el dominio ruso de Crimea: viejas ciudades tártaras como Bajchisarái, capital del antiguo kanato, fueron degradadas o abandonadas por completo; las ciudades con etnias mixtas como Teodosia o Simferópol, la capital administrativa rusa, fueron reordenadas gradualmente, alejando el centro de la ciudad del antiguo barrio tártaro y trasladándolo a zonas nuevas en las que se construyeron iglesias y edificios oficiales rusos, y ciudades nuevas como Sebastopol, la base naval rusa, fueron construidas completamente en estilo neoclásico[29].

En la recientemente conquistada colonia, la construcción de iglesias fue relativamente lenta y las mezquitas siguieron dominando el horizonte en muchas ciudades y aldeas. Pero a principios del siglo XIX el interés se concentró en el descubrimiento de antiguos restos arqueológicos cristianos, ruinas bizantinas, iglesias ascéticas en cavernas y monasterios. Ese emprendimiento formaba parte de un esfuerzo deliberado que permitiera a los rusos reclamar Crimea como un lugar cristiano sagrado, un Monte Athos ruso, un sitio de peregrinación para los que quisieran relacionarse con la cuna de la cristiandad eslava[30].

El lugar sagrado más importante era, por supuesto, el de las ruinas de Quersonesos, excavado por la administración imperial en 1827 y donde más tarde se construyó la iglesia de San Vladimir para marcar el sitio aproximado en el que el Gran Príncipe

había convertido a los rus de Kiev al cristianismo. Fue tan sólo una de las ironías simbólicas de la historia que ese santuario sagrado se encontrara a apenas unos metros del sitio donde desembarcaron y establecieron su campamento las tropas francesas durante la guerra de Crimea.

Capítulo 2

Cuestiones orientales

El sultán cabalgaba a lomo de un caballo blanco a la cabeza del desfile, seguido por su séquito de ministros y oficiales a pie. Con el estrépito de la salva de artillería, emergieron de la Puerta Imperial principal del palacio Topkapi al calor del mediodía de un día de julio en Constantinopla, la capital turca. Era viernes, 13 de julio de 1849, el primer día del sagrado mes musulmán del Ramadán. El sultán Abdülmecid iba en camino a reinaugurar la gran mezquita de Hagia Sophia. Durante los últimos dos años, el edificio había permanecido cerrado para ser sometido a urgentes restauraciones, ya que había caído en un mal estado permanente después de décadas de abandono. Cabalgando entre la multitud reunida en la plaza que se hallaba sobre el lado norte de la antigua basílica ortodoxa, donde su madre, hijos y harén lo esperaban en carruajes dorados, el sultán llegó a la entrada de la mezquita, donde lo recibieron sus funcionarios religiosos y, en una transgresión de la tradición islámica que excluía específicamente a los no musulmanes de esas sagradas ceremonias, también se unieron a él dos arquitectos suizos, Gaspare y Giuseppe Fossati, quienes habían supervisado las obras de restauración.

Los Fossati condujeron a Abdülmecid a través de una serie de cámaras privadas hasta el palco del sultán en la sala de oración principal que habían reconstruido y redecorado en un estilo neobizantino cumpliendo con las instrucciones del sultán, cuya in-

signia destacaba sobre la puerta de entrada. Cuando los dignatarios terminaron de reunirse en la sala, los ritos de consagración fueron oficiados por el jeque ül-Islam, el funcionario religioso supremo del Imperio otomano, a quien los visitantes europeos equiparaban (erróneamente) al Papa[31].

Era una ocasión extraordinaria: el sultán-califa y los líderes religiosos del imperio musulmán más grande del mundo consagrando una de sus más sagradas mezquitas en salas reconstruidas por arquitectos occidentales con el estilo de la catedral bizantina original convertida en mezquita tras la conquista turca de Constantinopla. Después de 1453, los otomanos habían desmontado las campanas, reemplazado la cruz por cuatro minaretes, habían quitado el altar y los iconos y durante el transcurso de los dos siglos siguientes habían recubierto con yeso los mosaicos bizantinos de la catedral ortodoxa. Los mosaicos habían permanecido ocultos hasta que los hermanos Fossati los descubrieron por accidente mientras restauraban los revestimientos y el yeso en 1848. Tras haber dejado al descubierto parte de los mosaicos de la bóveda de la nave norte, se los mostraron al sultán, quien quedó tan impresionado por sus brillantes colores que ordenó que todos fueran despojados del yeso que los cubría. Los ocultos orígenes cristianos de la mezquita habían sido revelados.

Advirtiendo la importancia de su descubrimiento, los hermanos Fossati hicieron dibujos y acuarelas de los mosaicos bizantinos, que luego presentaron al zar con la esperanza de recibir una subvención para la publicación de su obra. Previamente los arquitectos habían trabajado en San Petersburgo y el hermano mayor, Gaspare, había llegado en un principio a Constantinopla para construir la embajada rusa, un palacio neoclásico terminado en 1845, momento en el que Giuseppe se reunió con él. Era una época en la que muchos arquitectos europeos construían edificios en la capital turca, sobre todo embajadas extranjeras, una época en la que el joven sultán prestaba apoyo a una serie de re-

formas liberales occidentalizantes y abría su imperio a la influencia de Europa en pos de lograr una modernización económica. Entre 1845 y 1847, el sultán contrató a los Fossati para erigir un enorme complejo de edificios de tres plantas destinados a la universidad de Constantinopla. Construido entre las mezquitas de Hagia Sophia y Sultán Ahmed, el complejo fue incendiado en 1936[32].



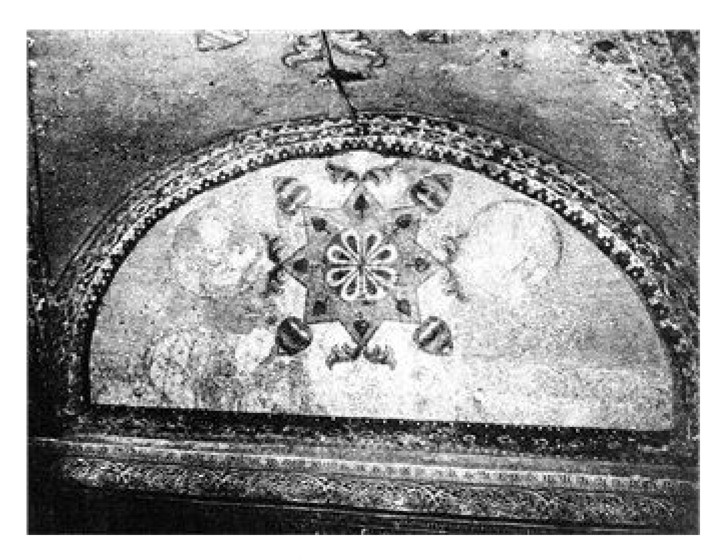
Hagia Sophia, principios de la década de 1850

El zar de Rusia, Nicolás I, sin duda se sintió entusiasmado por el descubrimiento de los mosaicos bizantinos. La iglesia de Hagia Sophia era un punto central de la vida religiosa de la Rusia zarista, una civilización construida sobre el mito de la sucesión ortodoxa del Imperio bizantino. Hagia Sophia era la Madre de la Iglesia rusa, el eslabón histórico entre el mundo ortodoxo del Mediterráneo oriental y Tierra Santa. Según la *Crónica primaria*, la primera historia registrada de los rus de Kiev, compilada por monjes en el siglo XI, los rusos fueron originalmente impulsados a convertirse al cristianismo por la belleza visual de la iglesia. Los emisarios del gran príncipe Vladimir, enviados a diversos países en busca de la verdadera fe, informaron sobre Hagia So-

phia: «No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra. Porque en la tierra no existe tal esplendor ni tal belleza y nos faltan palabras para describirlos. Sólo sabemos que Dios reside allí, entre ellos, y todos los servicios son más hermosos que las ceremonias de otras naciones. Pues no podemos olvidar tanta belleza»[33].

La reclamación de la iglesia siguió siendo un objetivo persistente y fundamental de los nacionalistas y de los líderes religiosos rusos durante todo el siglo XIX. Soñaban con la conquista de Constantinopla y con su resurrección como capital rusa («Zargrado») de un imperio ortodoxo que se extendería desde Siberia hasta Tierra Santa. En palabras del misionero más importante del zar, el archimandrita Uspenski, que había encabezado la misión eclesiástica enviada a Jerusalén en 1847, «Rusia ha recibido desde la eternidad la orden de iluminar Asia y unir a los eslavos. Habrá una unión de todas las razas eslavas con Armenia, Siria, Arabia y Etiopía y todas ellas alabarán a Dios en Santa Sofía»[34].

El zar rechazó la petición de subsidio de los Fossati, destinado a publicar los planos y dibujos de la gran iglesia bizantina y sus mosaicos. Aunque Nicolás manifestó gran interés por sus trabajos, no era el momento para que un gobernante ruso se involucrara en la restauración de una mezquita que era tan importante para las reivindicaciones religiosas y políticas del Imperio otomano sobre los antiguos territorios de Bizancio. Pero el núcleo del conflicto que finalmente desencadenó la guerra de Crimea fue la reclamación de los propios rusos que exigía liderar y proteger a los cristianos del Imperio otomano, una demanda centrada en su aspiración de recuperar Hagia Sophia en su carácter de Iglesia Madre y Constantinopla como capital de un vasto imperio ortodoxo que conectara a Moscú con Jerusalén.



Panel de mosaico sobre las puertas reales de Hagia Sophia.

Los Fossati pintaron la estrella de ocho puntas sobre un panel de mosaico encalado que mostraba al emperador bizantino de rodillas ante Cristo entronizado.

Los bocetos de los Fossati no serían publicados hasta un siglo más tarde, aunque el rey prusiano Federico Guillermo IV, cuñado de Nicolás I, encargó algunos dibujos de los mosaicos bizantinos al arqueólogo alemán Wilhelm Salzenberg, que fueron publicados en Berlín en 1854[35]. Solamente gracias a esos dibujos el mundo del siglo XIX se enteraría de la existencia de los ocultos tesoros cristianos de la mezquita de Hagia Sophia. Por orden del sultán, los paneles de mosaicos figurativos volvieron a ser cubiertos con yeso y pintados siguiendo la costumbre religiosa musulmana que prohibía la representación de seres humanos. Pero a los Fossati se les permitió dejar al descubierto los mosaicos bizantinos puramente ornamentales y los arquitectos incluso pintaron decorativamente los diseños de los mosaicos supervivientes sobre paneles encalados que cubrían las imágenes humanas.

La suerte de los mosaicos bizantinos ofrecía un ejemplo gráfico de la compleja mezcla y de reclamaciones enfrentadas de las culturas de musulmanes y cristianos en el Imperio otomano. A

principios del siglo XIX, Constantinopla era la capital de un extenso imperio multinacional que se extendía desde los Balcanes hasta el golfo Pérsico, desde Adén hasta Argelia, con una población de alrededor de 35 millones de personas. Los musulmanes constituían la mayoría absoluta, representando más o menos el 60 por ciento de la población total, y casi todos ellos residían en la Turquía asiática, África del Norte y en la península Arábiga; pero los turcos eran, en cambio, una minoría, tal vez unos 10 millones, casi todos concentrados en Anatolia. En los territorios europeos del sultán, que habían sido arrebatados a Bizancio, la mayoría de sus súbditos eran cristianos ortodoxos[36].

Desde sus orígenes, en el siglo XIV, la dinastía gobernante, los osmanlíes o Casa de Osmán, había conseguido su legitimidad gracias al ideal de una constante guerra santa destinada a extender las fronteras del islam. Pero los otomanos eran pragmáticos, no fundamentalistas religiosos, y en sus tierras cristianas –las más ricas y populosas de su imperio– atemperaron su animosidad ideológica contra los infieles con un enfoque práctico que implicaba explotarlos en nombre de los intereses imperiales. Gravaron a los no musulmanes con impuestos extra, los menospreciaban considerándolos «animales» inferiores (*rayah*) y los trataban de manera diferente, sometiéndolos a diversas condiciones humillantes (en Damasco, por ejemplo, se prohibía a los cristianos montar animales de cualquier clase[37]). Pero les permitieron conservar su religión, en general no los sometieron a persecuciones ni intentaron convertirlos y, por medio del sistema de segregación religiosa *millet*, que otorgaba a los líderes eclesiásticos poderes dentro de sus «naciones» basadas en la fe o *millets*, incluso concedieron a los no-musulmanes cierto grado de autonomía.

El sistema *millet* se había desarrollado como un medio de permitir a la Casa de Osmán usar a las élites religiosas como intermediarias en los territorios recientemente conquistados. Mientras se sometieran a la autoridad otomana, los líderes eclesiásticos

podían ejercer un control limitado sobre la educación, el orden público y la justicia, la recaudación de impuestos, la caridad y los asuntos de la Iglesia, sometido a la aprobación de los funcionarios musulmanes del sultán (incluso en asuntos tales, por ejemplo, como la reparación del techo de una iglesia). En este sentido, el sistema *millet* no sólo servía para reforzar la jerarquía étnica y religiosa del Imperio otomano –en el que los musulmanes ocupaban la cima y todos los otros *millets* (ortodoxos, armenios gregorianos, católicos y judíos) se encontraban por debajo– que promovía los prejuicios musulmanes contra cristianos y judíos, sino que además alentaba a esas minorías a expresar sus quejas y organizar la lucha contra el dominio musulmán a través de sus iglesias nacionales, lo cual fue una importante fuente de inestabilidad dentro del imperio.

En ningún ámbito resultaba más evidente esa situación que entre los ortodoxos, el *millet* cristiano más grande, que contaba con 10 millones de súbditos del sultán. El patriarca de Constantinopla era la más alta autoridad ortodoxa del Imperio otomano. Hablaba en nombre de los otros patriarcas ortodoxos de Antioquía, Jerusalén y Alejandría. En un amplio rango de asuntos seculares era el verdadero gobernante de los «griegos» (denominación referida a todos aquellos que observaban el rito ortodoxo, incluyendo a los eslavos, albaneses, moldavos y valacos) y representaba sus intereses tanto en contra de los musulmanes como de los católicos. El patriarcado estaba controlado por los fanariotas, una poderosa casta de familias de comerciantes griegos (y rumanos y albaneses helenizados) originarios del distrito de Fanar, en Constantinopla (de donde derivaba su nombre). Desde principios del siglo XVIII los fanariotas habían proporcionado al gobierno otomano la mayoría de sus dragomanes (secretarios extranjeros e intérpretes), habían comprado otros cargos importantes, habían asumido el control de la Iglesia ortodoxa en Moldavia y Valaquia, donde eran los principales gobernadores provin-

ciales (hospodares), y habían usado su dominio del patriarcado para promover los ideales imperiales griegos. Los fanariotas se consideraban herederos del Imperio bizantino y soñaban con reinstaurarlo con ayuda de los rusos. Pero eran hostiles a la influencia de la Iglesia rusa, que había promovido al clero búlgaro como rival eslavo del control griego del patriarcado, y temían las ambiciones de la propia Rusia con respecto al Imperio otomano.

Durante el primer cuarto del siglo XIX, las otras iglesias nacionales (búlgara y serbia) cobraron gradualmente la misma importancia que el patriarcado de Constantinopla dominado por los griegos. El control griego de los asuntos ortodoxos, incluyendo la educación y los tribunales de justicia, resultaba inaceptable para muchos eslavos, que recurrían cada vez más a sus propias iglesias para definir su identidad nacional y hallar liderazgo contra los turcos. El nacionalismo era una fuerza poderosa en los diferentes grupos de cristianos balcánicos –serbios, montenegrinos, búlgaros, moldavos, valacos y griegos– que se unieron sobre la base de su lengua, su cultura y su religión para emanciparse del control otomano. Los serbios fueron los primeros que consiguieron su liberación por medio de los levantamientos, patrocinados por los rusos, que se produjeron entre 1804 y 1817 y que motivaron primero el reconocimiento turco de la autonomía serbia y finalmente el establecimiento de un principado de Serbia con su propia constitución y un parlamento encabezado por la dinastía Obrenovich. Pero el Imperio otomano estaba tan debilitado que su derrumbe en el resto de los Balcanes parecía ser sólo una cuestión de tiempo.



Mucho antes de que el zar definiera al Imperio otomano como «el enfermo de Europa», en las vísperas de la guerra de Crimea, la idea de que ese imperio estaba a punto de desmoronarse

se había convertido en un lugar común. «Turquía no puede sostenerse, está cayendo por sí misma –dijo el príncipe de Serbia al cónsul británico en Belgrado en 1838–; la sublevación de sus provincias mal gobernadas la destruirá[38]».

El mal gobierno se originaba en la incapacidad del imperio para adaptarse al mundo moderno. El dominio del clero musulmán (los muftíes y ulemas) actuaba como un poderoso freno de cualquier reforma. «No cambiar las cosas establecidas, no pedir nada a los infieles, porque la ley lo prohíbe» era el lema de la institución musulmana, que se aseguraba de que las leyes del sultán cumplieran con los mandamientos del Corán. Las ideas y tecnologías de Occidente penetraron con lentitud en las partes islámicas del imperio: los oficios y el comercio estaban dominados por no musulmanes (cristianos y judíos); no hubo ninguna imprenta turca hasta la década de 1720 y en fecha tan tardía como 1853 el número de niños que estudiaban la ley y la teología islámica tradicionales en Constantinopla quintuplicaba a los que asistían a las escuelas modernas de la ciudad que impartían un currículo secular[39].

El estancamiento de la economía igualaba la proliferación de una burocracia corrupta. La compra de cargos para el lucrativo negocio de recaudar los impuestos sobre la agricultura era casi universal en las provincias. Poderosos pachás y gobernadores militares manejaban regiones enteras como si fueran sus feudos personales, exprimiéndolas con tantos impuestos como podían. Mientras entregaran una parte de sus ingresos al gobierno otomano y devolvieran el dinero a sus patrocinadores financieros, a nadie importaba mucho ni nadie cuestionaba la violencia arbitraria que ejercían. La mayor parte de los impuestos del imperio se cargaba sobre los no musulmanes, que carecían de protección legal y no tenían medios para resarcirse ante los tribunales musulmanes, donde el testimonio de un cristiano no tenía ningún valor. Se estima que a principios del siglo XIX el comerciante o el

agricultor cristiano promedio pagaba al Imperio otomano la mitad de sus ganancias en impuestos[40].

Pero la clave de la decadencia del Imperio otomano era su retraso en el ámbito militar. En el siglo XIX, Turquía tenía un gran ejército, que representaba hasta el 70 por ciento de los gastos del tesoro, pero que era técnicamente inferior a los modernos ejércitos de soldados de leva europeos. Carecía de administración centralizada, estructuras de mando y escuelas militares, estaba mal entrenado y dependía aún del reclutamiento de mercenarios, fuerzas irregulares y tribales de la periferia del imperio. Era esencial realizar una reforma militar, algo que reconocían los sultanes reformistas y sus ministros, particularmente después de las reiteradas derrotas ante los rusos, seguidas por la pérdida de Egipto ante el ejército de Napoleón. Pero era imposible construir un moderno ejército de leva sin una transformación fundamental del imperio que centralizara el control de las provincias y permitiera vencer los intereses creados de los 40 000 jenízaros, la infantería asalariada del sultán, que representaban las anticuadas tradiciones del sistema militar y que se resistían a cualquier reforma[41].

Selim III (1789-1807) fue el primer sultán que reconoció la necesidad de occidentalizar el ejército y la armada otomanos. Sus reformas militares fueron guiadas por los franceses, que ejercieron la mayor influencia extranjera sobre los otomanos en las décadas finales del siglo XVIII, particularmente debido a que sus enemigos (Austria y Rusia) eran también los enemigos del Imperio otomano. El concepto de occidentalización de Selim era similar al de la occidentalización de las instituciones rusas llevada a cabo por Pedro el Grande a principios del siglo XVIII y los turcos eran perfectamente conscientes de esa semejanza. Ese concepto implicaba solamente la aceptación de las nuevas tecnologías y prácticas de los extranjeros y en absoluto la adopción de principios occidentales que pudieran significar un desafío de la

posición dominante del islam dentro del imperio. Los turcos habían invitado a los franceses a que los asesoraran, en parte porque suponían que Francia era la nación menos religiosa de Europa y por lo tanto la que probablemente menos amenazaría el islam, una idea que habían concebido a partir de las políticas anticlericales de los jacobinos.

Las reformas de Selim fueron impugnadas por los jenízaros y los clérigos musulmanes, que se oponían a cualquier cambio. Pero fueron continuadas por Mahmud II (1808-1839), quien reforzó las escuelas militares fundadas por Selim para socavar el dominio que los jenízaros ejercían sobre el ejército, promoviendo el ascenso de los oficiales según sus méritos. Logró introducir reformas del uniforme militar, imitando el equipamiento occidental, y abolió los feudos de los jenízaros en un intento de crear un ejército centralizado al estilo europeo, en el que los guardias personales del sultán acabarían por quedar incluidos. En 1826, cuando los jenízaros se rebelaron contra las reformas, fueron derrotados, ya que el nuevo ejército del sultán mató a varios millares, y el resto de la fuerza fue suprimida más tarde por decreto imperial.

A medida que el imperio del sultán se debilitaba a tal punto que parecía en peligro de derrumbe inminente, las grandes potencias empezaron a intervenir cada vez más en sus asuntos, aparentemente para proteger a las minorías cristianas, pero en realidad para promover sus propias ambiciones respecto de toda la región. Las embajadas europeas ya no se contentaban con limitar sus contactos con la administración otomana, como habían hecho antes, sino que empezaron a intervenir directamente en la política del imperio, apoyando a súbditos de distintas nacionalidades, grupos religiosos, partidos y facciones políticas, interfiriendo incluso en la designación de los ministros del sultán con el propósito de promover sus propios intereses imperiales. Para apoyar el crecimiento del comercio, desarrollaron vínculos di-

rectos con mercaderes y financieros y establecieron cónsules en las ciudades comerciales más importantes. También empezaron a emitir pasaportes a los súbditos otomanos. A mediados del siglo XIX, un millón de los habitantes del imperio del sultán usaban la protección de las legaciones europeas para escapar a la jurisdicción y los gravámenes impuestos por las autoridades turcas. En este aspecto, Rusia fue la nación más activa, desarrollando su comercio en el mar Negro por medio de la concesión de pasaportes a un gran número de los griegos del sultán y permitiéndoles navegar bajo bandera rusa[42].

Para las comunidades ortodoxas del Imperio otomano, Rusia era su protectora contra los turcos. Las tropas rusas habían ayudado a los serbios a conseguir su autonomía. Moldavia y Valaquia estaban bajo la protección de los rusos, que también habían liberado a los moldavos del dominio turco en Besarabia. Pero el papel que desempeñaron en el movimiento independentista griego demostró las dimensiones del apoyo que estaban dispuestos a brindar a sus correligionarios para que se apoderaran de los territorios europeos de Turquía.

La revolución griega en realidad se inició en Rusia. En sus primeras etapas fue conducida por políticos rusos de origen griego que nunca habían pisado la Grecia continental (una verdadera «expresión geográfica»), pero que soñaban con unir a todos los griegos por medio de una serie de levantamientos contra los turcos, que planeaban iniciar en los principados del Danubio. En 1814, nacionalistas griegos y estudiantes establecieron una Sociedad de Amigos (*Philiki Etaireia*) en Odesa, de la que muy pronto se establecieron filiales en todas las áreas en las que vivían los griegos –Moldavia, Valaquia, las islas Jónicas, Constantinopla, el Peloponeso–, así como en otras ciudades rusas en las que los griegos tenían una fuerte presencia. La Sociedad organizó el levantamiento griego de 1821 en Moldavia (una sublevación encabezada por Alexander Ypsilantis, un oficial de alto grado de la

caballería turca e hijo de una prominente familia fanariota de Moldavia que había huido a San Petersburgo al desencadenarse la guerra rusoturca de 1806). Ypsilantis tenía vínculos estrechos con la corte rusa, donde había gozado del auspicio de la emperatriz María Fedorovna (la viuda de Pablo I) desde los quince años de edad. El zar Alejandro I lo había designado su edecán en 1816.

Había un poderoso grupo de presión griego en los círculos gobernantes de San Petersburgo. El Ministerio de Exteriores incluía un número considerable de diplomáticos de origen griego y activistas de la causa griega. Los más importantes eran Alexandru Sturdza de Moldavia, un fanariota por parte de madre, que se convirtió en el primer gobernador ruso de Besarabia, o Ioannis Kapodistrias, un noble de Corfú que fue designado ministro de Exteriores de Rusia conjuntamente con Karl Nesselrode en 1815. El Gymnasium Griego de San Petersburgo había estado entrenando a jóvenes de origen griego para el servicio diplomático y militar desde la década de 1770 y muchos de sus graduados habían combatido en el ejército ruso contra los turcos en la guerra de 1806-1812 (tal como lo hicieron miles de voluntarios griegos del Imperio otomano, que huyeron a Rusia al finalizar la guerra). Para cuando Ypsilantis planeó el levantamiento de Moldavia, ya había una gran cohorte de luchadores griegos experimentados, entrenados por los rusos, con los que podía contar.

El plan era iniciar la sublevación en Moldavia y luego trasladarla a Valaquia. Los insurgentes combinarían sus ataques con los de la milicia pandur (guerrilla) liderada por el revolucionario valaco Tudor Vladimirescu, otro veterano del ejército del zar durante la guerra rusoturca de 1806-1812, cuyos seguidores campesinos eran, en la práctica, más hostiles a sus gobernantes y patrones fanariotas que a los distantes otomanos. El tratado de Bucarest había sometido a los principados a la soberanía conjunta de Rusia y el Imperio otomano. No tenían allí ninguna guar-

nición turca, pero los hospodares locales estaban autorizados a mantener pequeños ejércitos que, según esperaba Ypsilantis, podrían unirse al levantamiento en cuanto su ejército de voluntarios griegos de Rusia cruzara el río Prut. Ypsilantis confiaba en que la revuelta provocara una intervención rusa destinada a defender a los griegos una vez que los turcos tomaran represalias contra ellos. En la capital moldava de Iasi, Ypsilantis se presentó con uniforme ruso y anunció a los nobles locales que tenía «el apoyo de una gran potencia». Desde luego, tenía un gran apoyo en los círculos de élite de San Petersburgo, donde cundía el sentimiento filohelénico, así como entre los líderes del ejército y de la Iglesia. Los consulados rusos en los principados se convirtieron en centros de reclutamiento para la sublevación. Pero ni Kapodistrias ni el zar sabían nada de los preparativos para la sublevación y ambos la condenaron en cuanto se inició. Por más que simpatizaran con la causa griega, Rusia era fundadora de la Santa Alianza, la unión conservadora constituida con los austríacos y los prusianos en 1815, cuya *raison d'être* era combatir los movimientos revolucionarios y nacionalistas en el continente europeo.

Sin el apoyo de Rusia, el levantamiento griego en los principados fue rápidamente aplastado por 30 000 soldados turcos. El ejército campesino valaco se replegó a las montañas e Ypsilantis huyó a Transilvania, donde fue arrestado por las autoridades austríacas. Los turcos ocuparon Moldavia y Valaquia y tomaron represalias contra la población cristiana. Los soldados turcos saquearon las iglesias, mataron a sacerdotes, hombres, mujeres y niños y mutilaron sus cuerpos cortándoles la nariz, las orejas y la cabeza, mientras sus oficiales se quedaban mirando el espectáculo. Miles de aterrorizados civiles huyeron a la vecina Besarabia, lo que causó a las autoridades rusas el problema de acoger a un número enorme de refugiados. La violencia se propagó incluso hasta Constantinopla, donde un grupo de jenízaros ahorcó pú-

blicamente al patriarca y varios obispos el domingo de Pascua de 1821.

Cuando se difundió la noticia de estas atrocidades, suscitando aún más simpatía rusa por la causa griega, el zar se sintió cada vez más obligado a intervenir, pese a su compromiso con los principios de la Santa Alianza. En opinión de Alejandro, los turcos habían excedido con mucho la defensa legítima de la soberanía otomana; habían entablado una guerra religiosa contra los griegos, cuyos derechos religiosos Rusia tenía la obligación de proteger, según su interpretación del Tratado de Kuchuk Kainarji. El zar transmitió a los turcos un ultimátum para evacuar los principados, restaurar las iglesias destruidas y reconocer el derecho de Rusia a dar protección a los súbditos ortodoxos del sultán. Era la primera vez que una potencia se expresaba claramente a favor de los griegos. Los turcos respondieron apoderándose de buques rusos, confiscando el cereal que transportaban y encarcelando a los marineros en Constantinopla.

Rusia rompió las relaciones diplomáticas. Muchos de los asesores del zar estaban a favor de una guerra. La sublevación griega se había propagado al centro de Grecia, el Peloponeso, Macedonia y Creta. Los rusos temían que, si no intervenían, la revuelta en esas regiones sería reprimida por medio de la misma clase de atrocidades cometidas en los principados. En 1822 tropas otomanas aplastaron brutalmente un levantamiento griego en la isla de Quíos ahorcando a 20 000 isleños y deportando como esclavos a casi todo el resto de la población sobreviviente, alrededor de 70 000 griegos. Europa se indignó ante la masacre, cuyos horrores fueron pintados por el pintor francés Eugène Delacroix en su gran obra maestra *La masacre de Quíos* (1824). En el Ministerio de Exteriores ruso, Kapodistrias y Sturdza instaron a una intervención militar basada en motivos religiosos. En un ensayo de esa argumentación, empleada para la invasión rusa de los principados en 1853, decidieron que la defensa de los cristianos contra la

violencia musulmana debía pesar más que cualquier consideración de la soberanía del Imperio otomano. Sostuvieron que apoyar revueltas, por ejemplo, en España o en Austria sería traicionar los principios de la Santa Alianza, porque esas dos naciones estaban gobernadas por soberanos cristianos legítimos, pero ningún poder musulmán podía considerarse legal o legítimo y por eso los mismos principios no eran aplicables a la sublevación griega contra los otomanos. La retórica sobre el deber de la Santa Rusia con respecto a sus correligionarios también fue empleada por Pozzo di Borgo, el embajador del zar en Francia, pese a que este funcionario estaba más interesado en promover las ambiciones estratégicas de Rusia y llamaba a una guerra destinada a expulsar a los turcos de Europa para establecer un nuevo Imperio bizantino bajo la protección de Rusia.

Era una idea ampliamente compartida por los altos funcionarios, los oficiales del ejército y los intelectuales, quienes a principios de la década de 1820 estaban cada vez más unidos por el nacionalismo y a veces por un compromiso casi mesiánico con la causa ortodoxa. En todas partes se hablaba de «cruzar el Danubio y liberar a los griegos de las crueldades del imperio musulmán». Un líder del ejército del sur hizo un llamamiento a la guerra contra los turcos para unir a los cristianos balcánicos en un «reino griego». El grupo de presión probélico también tenía partidarios en la corte, donde la legitimidad de los principios de la Santa Alianza se respetaba con mayor rigor. La más entusiasta era la baronesa Von Krüdener, una mística religiosa que alentaba al zar Alejandro a creer en su papel mesiánico y que hacía campaña en favor de una cruzada ortodoxa destinada a expulsar a los musulmanes de Europa y de la instauración de la cruz en Constantinopla y en Jerusalén. Fue despedida de la corte y el zar le ordenó que abandonara San Petersburgo[43].

Alejandro estaba demasiado comprometido con el Concierto de Europa para considerar con seriedad la idea de una interven-

ción unilateral de Rusia con el objetivo de liberar a los griegos. Apoyaba firmemente el Sistema del Congreso establecido en Viena, según el cual las grandes potencias habían acordado resolver las crisis importantes por medio de negociaciones internacionales, y se daba cuenta de que cualquier intervención en la crisis griega suscitaría oposición. En octubre de 1821, ya se había puesto en marcha una política europea de mediación internacional con respecto al problema de Grecia, coordinada por el príncipe Metternich, ministro de Exteriores de Austria y conductor del Concierto de Europa, junto con el secretario de Exteriores británico, lord Castlereagh. Así, cuando el zar les pidió apoyo contra Turquía, en febrero de 1822, se acordó convocar un congreso internacional con el propósito de resolver la crisis.

Alejandro abogó por la creación de un gran Estado griego autónomo bajo protección rusa, a la manera de Moldavia y Valaquia. Sin embargo, los británicos temían que para Rusia eso significara una oportunidad de fortalecer sus propios intereses e intervenir en los asuntos otomanos con el pretexto de proteger a sus correligionarios. Austria, por su parte, temía que una sublevación griega exitosa desencadenara otros levantamientos en las regiones de Europa Central que estaban bajo su propio control. Como para Alejandro la alianza con Austria era su logro más preciado, retiró la ayuda que había prestado a los griegos, mientras proseguía instando a Europa a una acción colectiva para auxiliarlos. Ninguna de las potencias quería respaldar a los griegos. Pero en 1825 ocurrieron dos cosas que las hicieron cambiar de idea: primero, el sultán llamó a Mehmed Alí, su poderoso vasallo de Egipto, para que se hiciera cargo de aplastar la sublevación griega, orden que los egipcios cumplieron cometiendo nuevas atrocidades que suscitaron en la Europa liberal una nueva y más intensa simpatía hacia la causa griega y llamamientos más audibles que instaban a intervenir. Y entonces murió Alejandro.

* * *

El nuevo zar –el hombre más responsable que cualquier otro de la guerra de Crimea– tenía 29 años cuando sucedió a su hermano en el trono de Rusia. Alto e imponente, con una gran cabeza semicalva, largas patillas y bigote de oficial, Nicolás I era en todo un «militar». Desde edad temprana había desarrollado un obsesivo interés por los temas militares, aprendiendo de memoria todos los nombres de los generales de su hermano, diseñando uniformes y asistiendo con el mayor entusiasmo a las maniobras y desfiles militares. Por no haber cumplido su sueño adolescente de combatir en la guerra contra Napoleón, se preparó para la vida de soldado. En 1817 se le asignó su primer cargo, inspector general de Ingenieros, del que conservó un interés perenne por la ingeniería militar y la artillería (los elementos más fuertes de los militares rusos durante la guerra de Crimea). Adoraba las rutinas y la disciplina de la vida del ejército: eran afines a su carácter estricto y pedante, así como a sus gustos espartanos (durante toda la vida insistió en dormir en un catre militar). Cortés y encantador con todos los que formaban su círculo íntimo, con los demás Nicolás se mostraba frío y severo. Más tarde se tornó cada vez más irritable e impaciente, proclive a los accesos de cólera y a conductas imprudentes, a medida que sucumbía a la enfermedad mental hereditaria que había aquejado a su hermano Alejandro y a su hermano mayor, el gran duque Constantino, quien abdicó del trono en 1825[44].

Aún más que Alejandro, Nicolás otorgó a la defensa de la religión ortodoxa un lugar central dentro de su política exterior. Durante todo su reino estuvo gobernado por una absoluta convicción en su misión divina de salvar a la Europa ortodoxa de las herejías occidentales del liberalismo, el racionalismo y la revolución. Durante sus últimos años, esa convicción lo hizo concebir fantásticos sueños sobre una guerra contra los turcos que liberara

a los cristianos balcánicos y los uniera a Rusia en un Imperio ortodoxo cuyos centros serían Constantinopla y Jerusalén. Anna Tiutcheva, quien estuvo en su corte desde 1835, describió a Nicolás como «el Don Quijote de los autócratas, terrible en su caballerosidad y su capacidad de subordinar todo a su fútil lucha contra la Historia»[45].

Nicolás tenía una conexión personal con Tierra Santa a través del monasterio Nueva Jerusalén, situado cerca de Moscú. Fundado por el patriarca Nikon en la década de 1650, el monasterio fue construido en un sitio elegido por su semejanza simbólica con Tierra Santa (el río Istra simbolizaba el Jordán). El conjunto de iglesias del monasterio se erigió siguiendo una sagrada disposición topográfica para representar los Santos Lugares de Jerusalén. Nikon también aceptó monjes extranjeros para que el monasterio representara además la ortodoxia multinacional que unía a Moscú con Jerusalén. Nicolás había visitado el monasterio en 1818, el año en que nació su primer hijo, el heredero del trono (una coincidencia que interpretó como una señal de la divina providencia). Después de que el monasterio fue parcialmente destruido por un incendio, Nicolás dirigió el proyecto de reconstrucción de su pieza central, la iglesia de la Resurrección, para crear una réplica de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Envió incluso a su propio artista en peregrinación para que hiciera dibujos del original y pudiera ser reconstruido en suelo ruso[46].

En 1825, ninguna de las ambiciones religiosas de Nicolás resultaba inmediatamente obvia. Sus opiniones evolucionaron gradualmente desde los primeros años de su reino, cuando sostenía los principios legitimistas de la Santa Alianza, hasta el período final anterior a la guerra de Crimea, cuando convirtió su papel de adalid de la ortodoxia en objetivo primordial de su agresiva política exterior en los Balcanes y en Tierra Santa. Pero desde el principio hubo signos claros de que estaba decidido a defender a

sus correligionarios y a adoptar una dura posición con respecto a Turquía, empezando por la disputa por Grecia.

Nicolás reanudó la relación con Kapodistrias, cuyo activo apoyo a la causa griega lo había obligado a renunciar al Ministerio de Exteriores y a exiliarse de Rusia en 1822. El zar amenazó con desatar una guerra contra los turcos si estos no evacuaban los principados del Danubio, y aceptó los planes propuestos por sus asesores militares para ocupar Moldavia y Valaquia en apoyo de la causa griega. Nicolás estaba guiado por su ministro de Exteriores, Karl Nesselrode, quien había perdido la paciencia con el Concierto de Europa y se había unido al partido bélico, no por amor a los rebeldes griegos, sino porque se había dado cuenta de que una guerra contra los turcos promovería los objetivos rusos en Oriente Próximo. Como mínimo, pensaba Nesselrode, la amenaza de una intervención rusa obligaría a los británicos a unirse con Rusia en el intento de resolver la Cuestión Griega, aunque tan sólo fuera para impedir que el zar ejerciera una influencia absoluta en la región[47].

En 1826, el comandante de las fuerzas aliadas que combatieron contra Napoleón, el duque de Wellington, quien era entonces un estadista de peso del gobierno británico, viajó a San Petersburgo para negociar un acuerdo anglorruso (al que más tarde se unió Francia, con el Tratado de Londres de 1827) con el propósito de mediar entre griegos y turcos. Inglaterra, Rusia y Francia acordaron pedir el establecimiento de una provincia griega autónoma bajo la soberanía de los turcos. Cuando el sultán rechazó la propuesta, las tres potencias enviaron una fuerza naval conjunta, bajo el mando del ardiente filohelénico británico, el almirante Edward Codrington, con la orden de imponer una resolución por medios pacíficos, si era posible, y «por los cañones» como último recurso. Codrington no era famoso por sus dotes diplomáticas y en octubre de 1827 destruyó íntegramente las flotas de Turquía y de Egipto en la batalla de Navarino. Enfu-

recido por esa acción, el sultán se negó a toda mediación, declaró una yihad y rechazó el ultimátum ruso que lo instaba a retirar sus tropas de los principados del Danubio. Su actitud desafiante favoreció a Rusia.

Nicolás sospechaba desde hacía tiempo que los británicos no estaban dispuestos a ir a la guerra en nombre de la causa griega. El zar había estado considerando la posibilidad de ocupar los principados para someter a los turcos, pero temía que eso animara a los británicos a renunciar al Tratado de Londres. Ahora que el sultán había rechazado su ultimátum, esa actitud le había proporcionado una excusa legítima para declarar la guerra a Turquía sin el consenso de los británicos o los franceses. Rusia lucharía sola para garantizar «un gobierno nacional en Grecia», escribió Nesselrode a Kapodistrias en enero de 1828. El zar envió dinero y armas al gobierno revolucionario de Kapodistrias y recibió de él la garantía de que Rusia gozaría de una «influencia exclusiva» en Grecia[48].

En abril de 1828, una fuerza ofensiva rusa de 65 000 soldados y cosacos cruzó el Danubio y atacó en tres direcciones, contra Vidin, Silistria y Varna, en la ruta hacia Constantinopla. Nicolás insistió en participar en la campaña: fue su primera experiencia bélica. Los rusos avanzaron con rapidez (la tierra estaba pletórica de forraje para sus caballos), pero luego quedaron varados en la lucha en los alrededores de Varna, donde sucumbieron a las pestilentes condiciones del delta del Danubio y sufrieron graves pérdidas. La mitad de los soldados rusos murieron a causa de enfermedades y plagas durante 1828-1829. También los refuerzos pronto cayeron enfermos. Entre mayo de 1828 y febrero de 1829, un gran número –210 000– de soldados recibió tratamiento en los hospitales militares, el doble de las tropas que participaron en la campaña[49]. Esas bajas enormes no eran inusuales en el ejército del zar, donde había poca preocupación por el bienestar de los siervos enviados al combate.

Al renovar su ofensiva en la primavera de 1829, los rusos capturaron la fortaleza turca de Silistria, seguida por la ciudad de Edirne (Adrianópolis), a poca distancia de Constantinopla, donde se podían oír los cañones de la cercana flota rusa. En este punto, los rusos podrían haber tomado con facilidad la capital turca y depuesto al sultán. Su flota controlaba el mar Negro y el Egeo, disponían de los refuerzos que les ofrecían los voluntarios griegos y búlgaros y las fuerzas turcas estaban completamente desorganizadas. En el Cáucaso, donde los rusos habían lanzado una ofensiva simultánea, habían capturado las fortalezas turcas de Kars y Erzurum, lo que permitía un ataque contra los territorios turcos de Anatolia. La caída del Imperio otomano parecía tan inminente que el rey de Francia, Carlos X, propuso repartir sus territorios entre las grandes potencias[50].

También Nicolás estaba convencido de que la caída del Imperio otomano era cosa de días. Estaba dispuesto a apresurar su desaparición y liberar a los cristianos balcánicos, siempre que estuviera apoyado por las otras potencias, o al menos por Austria (su aliado más estrecho, con intereses en los Balcanes). Mientras sus tropas avanzaban sobre la capital turca, Nicolás informó al embajador austríaco en San Petersburgo que el Imperio otomano estaba «a punto de caer» y sugirió que sería conveniente para los intereses de Austria unirse a Rusia en el reparto de territorios para «anticiparse a la gente dispuesta a llenar el vacío». Los austríacos, sin embargo, desconfiaron de Rusia y prefirieron preservar el Concierto de Europa. Sin su apoyo, Nicolás no asestó el golpe fatal al Imperio otomano en 1829. Temía desencadenar una guerra europea contra Rusia, ya que su ataque a Turquía quizás instara a las otras potencias a unirse para defenderla y temía más aún que la caída del Imperio otomano generara en los poderes europeos una frenética competencia por apoderarse de los territorios turcos. En cualquiera de ambos casos, Rusia saldría perdiendo. Por esa razón, Nicolás se atuvo al punto de vista de su

frío y calculador ministro de Exteriores: la mejor manera de favorecer los intereses rusos era mantener la existencia del Imperio otomano, pero debilitado, porque si su supervivencia dependía de Rusia, aquél promovería los intereses rusos en los Balcanes y en la región del mar Negro. Una Turquía enferma resultaba más útil para Rusia que una Turquía muerta[51].

En consecuencia, el Tratado de Adrianópolis fue sorprendente benévolo con los derrotados turcos. Impuesto por los rusos en septiembre de 1829, el tratado establecía la virtual autonomía de Moldavia y Valaquia bajo protección rusa. Otorgaba a los rusos algunas islas situadas en la boca del Danubio, un par de fortalezas en Georgia y el reconocimiento, por parte del sultán, de la posesión rusa del resto de Georgia, así como de los kanatos de Ereván y Najicheván, en el sur del Cáucaso, que habían arrebatado a los persas en 1828. Sin embargo, éstas eran ganancias relativamente menores comparadas con las que los rusos podrían haber forzado a cumplir a los turcos. Las dos cláusulas más importantes del tratado obligaban a los turcos a hacer las dos concesiones más deseadas por todos los signatarios del Tratado de Londres: el reconocimiento de la autonomía griega y la apertura de los Estrechos a todos los barcos comerciales.

Sin embargo, las potencias occidentales no confiaban en esta aparente moderación de Rusia. El silencio del tratado sobre los movimientos de los buques de guerra a través de los Estrechos los llevó a concluir que Rusia debía de haber establecido alguna cláusula secreta o que les había extraído a los turcos alguna promesa verbal que les permitía el control exclusivo de esta vía marítima crucial que conectaba el mar Negro con el Mediterráneo. El temor de Occidente hacia Rusia había aumentado desde el estallido de la sublevación griega y el tratado exacerbó la rusofobia. Los británicos estaban especialmente alarmados. Wellington, que para entonces era el primer ministro, pensaba que el tratado había convertido el Imperio otomano en un protectorado ruso,

un resultado peor que si sus territorios hubieran sido repartidos (ya que al menos el reparto hubiera sido consensuado entre varias potencias). Lord Heytesbury, el embajador británico en San Petersburgo, declaró (sin pretender ser irónico) que el sultán muy pronto se mostraría «tan sumiso a las órdenes del zar como cualquiera de los príncipes de India a las de los directivos de la Compañía de las Indias Orientales»[52]. Los británicos habían suplantado al Imperio mughal en India, pero estaban resueltos a impedir que los rusos hicieran lo mismo en el caso del Imperio otomano, presentándose como honrados defensores del *statu quo* en Oriente Próximo.

Temerosos de la observada amenaza rusa, los británicos empezaron a dar forma a una política con respecto a la Cuestión Oriental. Para impedir que Rusia ganara mayor influencia en Grecia, dieron apoyo a la independencia del nuevo Estado griego y no a una simple autonomía bajo soberanía turca (situación que, según temían, haría a Grecia demasiado dependiente de los rusos). Las preocupaciones británicas no eran infundadas. Alentado por la intervención rusa, Kapodistrias había instado al zar a expulsar a los turcos de Europa y a crear una Grecia más grande, una confederación de Estados balcánicos bajo la protección de Rusia, siguiendo el modelo antes propuesto por Catalina la Grande. Sin embargo, la posición del zar sufrió un duro golpe con el asesinato de Kapodistrias en 1831, seguido por la decadencia del partido prorruso que se produjo con la aparición de nuevos partidos liberales griegos alineados con Occidente. Estos cambios moderaron las expectativas rusas y abrieron el camino para un acuerdo internacional en la Convención de Londres celebrada en 1832: el moderno Estado griego se estableció con la garantía de las grandes potencias y el Reino Unido fue responsable de la elección de quien sería su primer rey, el joven Otto de Baviera.

* * *

La política del «vecino débil» prevaleció en la actitud rusa hacia la Cuestión Oriental entre 1829 y la guerra de Crimea. No todos la compartían: en el ejército del zar y en el Ministerio de Exteriores había quienes favorecían una política más expansionista y agresiva en los Balcanes y en el Cáucaso. Pero la estrategia adoptada era suficientemente flexible como para satisfacer las ambiciones de los nacionalistas rusos y también las preocupaciones de los que querían evitar una guerra europea. La clave de la política del «vecino débil» era el uso de la religión –respaldada por la constante amenaza militar– para aumentar la influencia de Rusia dentro de los territorios cristianos del sultán.

Cumpliendo con las disposiciones del Tratado de Adrianópolis, los rusos ocuparon Moldavia y Valaquia. Durante los cinco años que duró la ocupación, desde 1829 hasta 1834, introdujeron una constitución (*Règlement organique*) y reformaron la administración de los principados según principios relativamente liberales (mucho más liberales que los vigentes en Rusia en esa época) para socavar los últimos vestigios del control otomano. Los rusos trataron de aliviar las cargas del campesinado y de ganarse su simpatía por medio de concesiones económicas, ejercieron su influencia sobre las iglesias, reclutaron milicias locales y mejoraron la infraestructura de la región como base militar para futuras acciones contra Turquía. Durante un tiempo, los rusos incluso pensaron convertir la ocupación en una anexión permanente, aunque finalmente se retiraron en 1834, dejando atrás una significativa fuerza rusa para controlar las rutas militares, la cual también servía para recordar a los príncipes nativos que asumieron el gobierno que ocupaban esos cargos por voluntad de San Petersburgo. Los príncipes designados para ocupar el poder (Michael Sturdza en Moldavia y Alexander Ghica en Valaquia) habían sido elegidos por los rusos por sus relaciones con la corte

zarista. Eran vigilados de cerca por los consulados rusos, que con frecuencia intervenían en las asambleas de boyardos y en la política principesca para defender los intereses de Rusia. Según lord Ponsonby, el embajador británico en Constantinopla, Strudza y Ghica eran «súbditos rusos disfrazados de hospodares». Eran «tan sólo gobernadores nominales [...] que funcionan como ejecutores de las medidas que les impone el gobierno ruso»[53].

El deseo de mantener el Imperio otomano en condiciones de debilidad y dependencia a veces requería intercesiones *a favor* de los turcos, como ocurrió en 1833, cuando Mehmed Alí desafió el poder del sultán. Tras haber ayudado al sultán a combatir contra los rebeldes griegos, Mehmed Alí exigió un título hereditario sobre Egipto y Siria. Cuando el sultán se negó, el hijo de Mehmed Alí, Ibrahim Pachá, marchó con sus tropas contra Palestina, Líbano y Siria. Su poderoso ejército, que había sido entrenado por los franceses y estaba organizado de acuerdo con los principios europeos, aplastó con facilidad a las fuerzas otomanas. Constantinopla estaba a merced de los egipcios. Mehmed Alí había modernizado la economía egipcia, integrándola en el mercado mundial como proveedora de algodón en rama para las industrias textiles británicas, e incluso construyendo fábricas, especialmente para equipar su enorme ejército. En muchos aspectos, la invasión de Siria fue consecuencia de la necesidad de ampliar sus cultivos comerciales, a medida que las exportaciones egipcias empezaron a sufrir la presión de los competidores en la economía globalizada. Sin embargo, Mehmed también llegó a representar un poderoso renacimiento religioso ante los musulmanes tradicionalistas y una alternativa al liderazgo religioso más acomodaticio e indulgente del sultán. Llamaba a su ejército los *Cihadiye*, los Yihadistas. Según algunos observadores contemporáneos, de haberse apoderado de la capital turca, Mehmed Alí hubiera establecido «un nuevo imperio musulmán» hostil a la

creciente intervención de las potencias cristianas en Oriente Próximo[54].

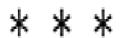
El sultán recurrió a los británicos y a los franceses, pero ninguno de ellos demostró mucho interés por ayudarlo, de manera que, desesperado, recurrió al zar, quien rápidamente envió una flota de siete buques con 40 000 hombres para defender la capital turca contra el ataque de los egipcios. Los rusos consideraban a Mehmed Alí un lacayo de Francia que planteaba un peligro significativo para los intereses rusos en Oriente Próximo. Desde 1830 los franceses habían estado dedicados a la conquista de la Argelia otomana. Tenían el único ejército de la región capaz de poner freno a las ambiciones rusas. Más aún, los rusos se habían sentido perturbados por los informes de sus agentes que consignaban que Mehmed Alí había jurado «resucitar la antigua grandeza del pueblo musulmán» y vengarse de Rusia por la humillación sufrida por los turcos en 1828-1829. Temían que el líder egipcio no se detuviera hasta «la conquista de toda Asia Menor» y el establecimiento de un nuevo imperio islámico que suplantara al de los otomanos. En vez de un vecino débil, los rusos tendrían que enfrentarse con una poderosa amenaza islámica en su frontera sur, con fuertes vínculos religiosos con las tribus musulmanas del Cáucaso[55].

Alarmados por la intervención rusa, los británicos y los franceses trasladaron sus flotas a la bahía de Besika, cruzando apenas los Dardanelos, y en mayo de 1833 facilitaron un acuerdo conocido como la Convención de Kütahya entre Mehmed Alí y los turcos, en el que el líder egipcio accedía a retirar sus fuerzas de Anatolia a cambio de los territorios de Creta e Hijaz (en Arabia occidental). Ibrahim fue designado gobernador vitalicio de Siria, pero a Mehmed Alí se le negó su principal demanda de un reino hereditario en Egipto, hecho que le causó frustración y lo dejó ansioso por reanudar su guerra contra los turcos en cuanto se presentara la oportunidad. Los británicos reforzaron su flota del

Levante, con la instrucción de ayudar al sultán si Mehmed Alí volvía a convertirse en una amenaza. La llegada de los buques ingleses a la escena bastó para obligar a los rusos a retirarse, pero sólo después de que consiguieron que el sultán aceptara –como reconocimiento del papel desempeñado por Rusia en el rescate del Imperio otomano– importantes nuevas concesiones por medio del Tratado de Unkiar-Skelessi, firmado en julio de 1833. Básicamente, el tratado reafirmaba las ganancias rusas de 1829, pero contenía también un artículo secreto que garantizaba la protección militar rusa de Turquía a cambio de la promesa turca de cerrar los Estrechos a los barcos extranjeros cuando Rusia así lo requiriera. El efecto de esa cláusula secreta era mantener alejada a la flota inglesa y garantizar a los rusos el control absoluto del mar Negro; pero lo que era aún más importante, desde la perspectiva rusa, era que de esa manera tenían un derecho legal exclusivo para intervenir en los asuntos otomanos[56]. Sobre esa base Rusia ocupó los principados en la víspera de la guerra de Crimea.

Los británicos y los franceses pronto descubrieron la existencia de la cláusula secreta, gracias a la filtración de información proveniente de funcionarios turcos. La prensa occidental manifestó su indignación, ya que de inmediato se sospechó que los rusos no sólo habían conseguido el derecho a cerrar el paso de los Estrechos a otros países, sino también el derecho a mantenerlos abiertos para sus propios buques de guerra, en cuyo caso podrían desembarcar una fuerza considerable en el Bósforo y tomar Constantinopla en un ataque relámpago, antes que cualquier flota occidental tuviera tiempo de intervenir (la flota del mar Negro, en Sebastopol, estaba a sólo cuatro días de navegación de la capital turca). De hecho, la cláusula secreta no esclarecía este punto. Los rusos alegaron que todo lo que pretendían con esa conflictiva cláusula era un medio de defenderse ante la posibilidad de un ataque francés o británico, los principales poderes na-

vales del Mediterráneo, cuyas flotas, en el caso de poder navegar por los Estrechos, podrían destruir las bases rusas de Sebastopol y Odesa antes de que San Petersburgo descubriera que habían entrado en el mar Negro. Los Estrechos eran «la llave de la casa de Rusia». Si no podían cerrarlos, los rusos serían vulnerables a un ataque contra su frontera más vulnerable –el litoral del mar Negro y el Cáucaso–, y de hecho fue su punto débil en el ataque de Turquía y las potencias occidentales durante la guerra de Crimea.



Esa argumentación fue pasada por alto en Occidente, donde la opinión informada desconfiaba cada vez más de las intenciones de Rusia. Ahora, prácticamente cada acción rusa era interpretada en el continente como parte de un reaccionario y agresivo plan de expansión imperial. «No puede albergarse ninguna duda razonable de que el gobierno ruso está abocado a esos proyectos de expansión hacia el sur que, desde el reinado de Catalina, han sido una característica prominente de la política rusa», escribió Palmerston a lord John Ponsonby, el embajador británico en Constantinopla, en diciembre de 1833.

> El gabinete de San Petersburgo, en lo que a su política exterior se refiere, recurre a firmes declaraciones de desinterés y protesta que, satisfecho con los amplios límites de su imperio, no desea aumentar su territorio y ha renunciado a esos planes expansionistas que se han imputado a Rusia […].
>
> Pero pese a esas declaraciones, se ha podido observar que las invasiones rusas han seguido avanzando en todas direcciones a un ritmo constante y con propósitos claros, y que casi toda transacción importante a la que Rusia se ha abocado en los últimos años ha conducido de una u otra manera a un aumento de su influencia o de su territorio.
>
> De hecho, por una desafortunada combinación de circunstancias, los recientes acontecimientos que se han producido en el Levante le han permitido dar un enorme paso hacia el logro de sus intenciones con respecto a Turquía y resulta de gran importancia para Gran Breta-

ña considerar la manera de impedir que Rusia logre más ventajas y ver si es posible incluso despojarla de las ventajas que ya ha ganado.

El estadista francés François Guizot sostuvo que el tratado de 1833 había convertido el mar Negro en un «lago ruso» custodiado por Turquía, el «Estado vasallo» del zar, «sin que nada obstaculice el paso de Rusia por los Estrechos para lanzar sus buques y sus soldados al Mediterráneo». El encargado de negocios en San Petersburgo presentó una protesta ante el gobierno ruso, advirtiendo de que si el tratado impulsaba a Rusia a intervenir «en los asuntos internos del Imperio otomano, el gobierno francés se sentiría en absoluta libertad para adoptar la línea de conducta que considerara más apropiada para las circunstancias». Palmerston autorizó a Ponsonby a llamar a la flota británica del Mediterráneo para defender Constantinopla, en el caso de que percibiera que la capital otomana estaba amenazada por Rusia[57].

Los acontecimientos de 1833 representaron un giro decisivo en la política británica hacia Rusia y Turquía. Hasta entonces, la principal preocupación británica en el Imperio otomano había sido preservar el *statu quo*, más por temor de cualquier cambio que pudiera afectar el equilibrio de poder en Europa y conducir, posiblemente, a una conflagración europea que por un firme compromiso con la soberanía del sultán (el apoyo que los británicos habían prestado a Grecia no reveló que hubiera mucho de eso). Pero una vez que los británicos advirtieron el peligro de que el Imperio otomano fuera tomado por los egipcios, que encabezarían un poderoso renacimiento musulmán, o peor aún, que podría llegar a convertirse en un protectorado ruso, empezaron a interesarse activamente por Turquía. Intervinieron cada vez más en los asuntos otomanos, promoviendo reformas económicas y políticas con las cuales los ingleses esperaban recuperar la salud del Imperio otomano y ampliar su propia influencia.

Los intereses británicos eran primordialmente comerciales. El Imperio otomano era un mercado en crecimiento para las expor-

taciones de las manufacturas británicas y una valiosa fuente de materias primas. Por ser la potencia industrial dominante del mundo, en general el Reino Unido actuaba con la intención de abrir los mercados globales al libre comercio; como potencia naval dominante, los ingleses estaban dispuestos a usar su flota para obligar a los gobiernos extranjeros a abrir sus mercados. Era una clase de «imperio informal», un «imperialismo del libre comercio», en el que el poder militar y la influencia política británicos impulsaban su hegemonía comercial y restringían la independencia de los gobiernos extranjeros que no estuvieran directamente controlados por el poder imperial.

Esta actitud era muy evidente con respecto al Imperio otomano. Ponsonby se esforzó por subrayar los dividendos económicos que reportaría una mayor influencia británica en Constantinopla. «La protección de nuestros intereses políticos –escribió el embajador a Palmerston en 1834– redituará grandes fuentes de prosperidad comercial que posiblemente no podríamos esperar de nuestra relación con cualquier otro país de la tierra». Para entonces, ya había una enorme y poderosa cantidad de comerciantes ingleses con grandes intereses en Turquía, que presionaban al gobierno a intervenir. Su punto de vista se expresaba a través de periódicos importantes, como *Blackwood's* y la *Edinburgh Review*, los cuales dependían de su patrocinio, y encontraba eco en el pensamiento de los turcófilos como David Urquhart, el líder de una misión comercial secreta a Turquía en el año 1833, quien vio en el desarrollo de la economía turca un enorme potencial para el comercio británico. «El progreso de Turquía –escribió Urqhart en 1835–, si no es perturbado por acontecimientos políticos, probablemente la convierta, en pocos años, en el mercado más grande del mundo para las manufacturas inglesas[58]».

En 1838, por medio de una serie de amenazas militares y promesas, el Reino Unido impuso a la Puerta una Convención Arancelaria que de hecho transformaba el Imperio otomano en

una zona de libre comercio. Despojada del ingreso de los aranceles, la capacidad de la Sublime Puerta de proteger sus industrias nacientes se vio seriamente debilitada. A partir de ese momento, las exportaciones de manufacturas británicas a Turquía aumentaron considerablemente. En 1850, las exportaciones aumentaron once veces, lo cual convirtió al Imperio otomano en uno de los más valiosos mercados de las exportaciones británicas (sólo superado por las ciudades hanseáticas y los Países Bajos). Después de la revocación de las proteccionistas Leyes del Maíz en 1846, también aumentaron las importaciones británicas de cereales de Turquía, especialmente de Moldavia y Valaquia. La aparición de los vapores oceánicos, los vapores fluviales y los ferrocarriles convirtieron por primera vez al Danubio en una atareada ruta comercial. El comercio del río estaba dominado por barcos mercantes británicos que exportaban cereal a Europa Occidental e importaban manufacturas desde el Reino Unido. Los británicos competían directamente con los mercaderes de Odesa, Taganrog y otros puertos del mar Negro, desde donde los cereales del granero ruso de Ucrania y del sur eran exportados a Occidente. El mercado de exportación de cereales era cada vez más importante para Rusia, dado que el valor de su comercio maderero había declinado debido al advenimiento de las máquinas a vapor. A mediados del siglo XIX, los puertos del mar Negro despachaban un tercio de las exportaciones rusas. Los rusos procuraron otorgar a sus comerciantes ventajas por encima de sus competidores británicos por medio del control que ejercieron sobe el delta del Danubio después de 1829, sometiendo a los barcos extranjeros a controles de cuarentena destinados a hacerles perder tiempo e incluso permitiendo que el Danubio se encenagara y se tornara innavegable.

Del lado este del mar Negro los intereses comerciales del Reino Unido dependieron cada vez más del puerto de Trebisonda, en el noreste de Turquía, desde donde los comerciantes grie-

gos y armenios importaban grandes cantidades de manufacturas inglesas para venderlas en el interior de Asia. El creciente valor de este comercio para los ingleses, señalado por Karl Marx en el *New York Tribune*, «puede advertirse en la Bolsa de Manchester, donde los compradores griegos, de piel aceitunada, crecen en número e importancia, y donde la lengua griega y los dialectos eslavos del sur se escuchan tanto como el inglés y el alemán». Hasta la década de 1840, los rusos tuvieron prácticamente el monopolio del comercio de manufacturas en esa parte de Asia. Los productos textiles, de soga y de hilo ruso prevalecían en los bazares de Bayburt, Bagdad y Basora. Pero los vapores y los ferrocarriles posibilitaron la creación de una ruta más corta hacia la India, ya fuera a través del Mediterráneo hasta El Cairo y después desde Suez hasta el mar Rojo, o desde el mar Negro hasta Trebisonda y el Éufrates al golfo Pérsico (los barcos a vela no podían superar los fuertes vientos y los monzones del golfo de Suez o el estrecho curso del Éufrates). Los británicos preferían la ruta del Éufrates, principalmente porque pasaba por territorios gobernados por el sultán (y no por Mehmed Alí). El desarrollo de esa ruta fue considerado una manera de aumentar la influencia británica y poner a prueba el creciente poder de Rusia en esa parte del Imperio otomano. En 1843 Inglaterra obtuvo permiso del gobierno otomano para que el general Francis Chesney realizara una inspección de la ruta del Éufrates. Ésta tuvo resultados negativos y el interés inglés por ella decayó. Pero el proyecto de construcción de un Ferrocarril del Valle del Éufrates, desde el Mediterráneo hasta el golfo Pérsico, a través de Alepo y Bagdad, fue revivido en la década de 1850, cuando el gobierno británico buscaba una manera de aumentar su presencia en una zona en la que percibían una creciente amenaza rusa sobre la India (los ingleses nunca construyeron el ferrocarril por falta de garantías financieras, pero el Ferrocarril de Bagdad, construido por los alemanes en 1903, siguió casi la misma ruta).

El peligro que Rusia planteaba a la India era la *bête noire* de los antirrusos británicos. Para algunos, ese hecho se convertiría en el objetivo subyacente de la guerra de Crimea: detener a una potencia decidida no sólo a la conquista de Turquía, sino también a la dominación de toda Asia Menor, hasta Afganistán y la India. En su sobresaltada imaginación, los designios de Rusia no tenían límites y era el imperio de crecimiento más rápido del mundo.

En realidad, nunca hubo ningún riesgo serio de que los rusos llegaran a la India en los años anteriores a la guerra de Crimea. Estaba demasiado lejos y era dificultoso hacer marchar un ejército todo ese camino aunque el emperador ruso Pablo I en una oportunidad había considerado el descabellado plan de enviar a la India una fuerza combinada de rusos y franceses. La idea había sido retomada por Napoleón en sus conversaciones con el zar Alejandro en 1807. «Cuanto más descabellada sea la expedición –explicó Napoleón–, tanto más se la podrá usar para aterrorizar a los ingleses». El gobierno británico siempre supo que esa expedición no era factible. Un oficial del servicio de inteligencia británico pensaba que cualquier invasión rusa de la India «sería poco más que enviar una caravana». Pero aunque pocos miembros de los círculos oficiales británicos creían que Rusia fuera una amenaza seria para India, eso no impidió que la prensa británica antirrusa presionara para incrementar ese miedo, subrayando el potencial peligro que planteaba la conquista rusa del Cáucaso y sus «actividades solapadas» en Persia y en Afganistán[59].

La teoría hizo su primera aparición en 1828, en un panfleto titulado *On the Designs of Russia*, escrito por el coronel George de Lacy Evans (ascendido a general en el momento en que asumió el mando de la 2.ª División de Infantería del ejército británico durante la guerra de Crimea). Especulando sobre el resultado de la guerra rusoturca, De Lacy Evans conjuraba una delirante fantasía sobre la agresión y la expansión rusa, que acababa con la conquista de toda Asia Menor y el derrumbe del comercio británico

con la India. El principio fundamental de De Lacy –que el rápido crecimiento experimentado por el Imperio ruso desde principios del siglo XVIII era una demostración de la férrea ley que disponía que la expansión rusa proseguiría mientras no se le pusiera freno– reapareció en un segundo panfleto que publicó en 1829, *On the Practicality of an Invasion of British India*, en el que alegaba, sin ofrecer ninguna evidencia de las verdaderas intenciones rusas, que una fuerza rusa podría destacarse en la frontera noroeste de la India. El panfleto fue muy leído en los círculos oficiales. Wellington lo tomó como una advertencia y dijo a lord Ellenborough, el presidente de la Comisión de Control para la India, que estaba «dispuesto a plantear el tema en Europa, si los rusos avanzan sobre India con intenciones evidentemente hostiles». Después de 1833, con el dominio ruso del Imperio otomano aparentemente asegurado, estos temores cobraron la fuerza de una profecía autocumplida. En 1834, el teniente Arthur Connolly (quien acuñó el término «el Gran Juego» para describir la rivalidad anglorusa en Asia Menor) publicó una crónica de viaje, *Journey to the North of India*, en la que argumentaba que los rusos podían atacar la frontera noroeste, si eran respaldados por los persas y los afganos[60].

De hecho, los rusos habían incrementado constantemente su presencia en Asia Menor, cumpliendo con su política de mantener la debilidad de sus vecinos. Agentes rusos asesoraban a Persia en política exterior y organizaron apoyo para el ejército del sah. En 1837, cuando los persas tomaron la ciudad afgana de Herat, muchos políticos británicos no dudaron de que esa acción formaba parte de los preparativos rusos de una invasión de la India. «Herat, en manos de Persia –escribió un exembajador británico en Teherán– es un hecho que no puede considerarse bajo otra luz que como un avanzado *point d'appui* para los rusos en su camino hacia India». La prensa antirrusa criticó la inacción de los gobiernos británicos que no habían advertido las «solapadas» y

«nefastas» actividades de los rusos en Persia. «Durante varios años –advirtió el *Herald*–, hemos procurado hacerles entender que los ambiciosos designios de Rusia iban más allá de Turquía y Circasia y Persia, incluso hasta nuestros territorios de las Indias Orientales, que Rusia no ha perdido de vista desde que Catalina amenazó con mandar allí sus ejércitos, y reunir a los príncipes indios en torno al estandarte del Gran Mogol». El periódico *Standard* pidió más que una atenta vigilancia de Rusia: «De poco sirve *vigilar* a Rusia, si todo nuestro esfuerzo y preocupación se reduce al ejercicio de vigilancia. Hemos estado *vigilando* a Rusia durante ocho años y durante ese tiempo ha impulsado sus territorios y sus puestos de avanzada militares unas 2000 millas en el camino hacia la India»[61].

La opinión de que Rusia, por su propia naturaleza, era una amenaza contra la India se difundió ampliamente entre los británicos lectores de periódicos. Quedó expresada por el anónimo autor de un panfleto muy leído publicado en 1838, bajo el título de *India, Great Britain, and Russia*, en un fragmento que recuerda a la teoría del dominó de la Guerra Fría:

> Las agresiones sin precedente de Rusia en todas direcciones deben destruir toda confianza en sus protestas de pacifismo y deberían satisfacer a cualquier inquisidor razonable de que el único límite de sus conquistas serán las limitaciones de su poder. En el oeste, Polonia ha sido reducida al estado de una provincia vasalla. En el sur, el soberano otomano ha sido despojado de parte de sus posesiones y conserva las que le restan sometidas a la conveniencia del conquistador. No se puede navegar por el mar Negro sin permiso de los moscovitas. La bandera de Inglaterra, que ha flameado con orgullo en todas las aguas del mundo, ha sido insultada, y las empresas comerciales de sus mercaderes han sido debilitadas y arruinadas. En el este, Rusia sigue sistemáticamente el mismo rumbo: Circasia será aplastada; Persia se convertirá primero en aliada, después en una provincia dependiente y finalmente en una parte más del Imperio ruso. Más allá de Persia se halla Afganistán, un país dispuesto, por muchas circunstancias, a proveer un camino libre al invasor. Una vez cruzado el Indo, ¿quién podrá impedir el vuelo del águila rusa hasta el corazón de la India británica? Allí es donde Rusia tiene puestos sus ojos. Que Inglaterra lo advierta[62].

Para contrarrestar la amenaza rusa, los británicos intentaron crear estados que funcionaran como barreras en Asia Menor y en el Cáucaso. En 1838 ocuparon Afganistán. Oficialmente, su propósito era reinstalar al recientemente depuesto emir Shah Shuja en el trono afgano, pero después de que esa meta se cumplió, en 1839, continuaron con la ocupación para dar apoyo a su gobierno-títere –y establecer en última instancia el dominio británico–, hasta que en 1842 se vieron forzados a retirarse debido a rebeliones tribales y a desastrosos reveses militares. Los británicos también intensificaron su presencia diplomática en Teherán, intentando separar a los persas de los rusos por medio de una alianza defensiva y de promesas de ayudar a su ejército. Bajo la presión británica, los persas abandonaron Herat y firmaron un nuevo tratado comercial con el Reino Unido en 1841. Los británicos incluso consideraron la posibilidad de ocupar Bagdad, creyendo que esa acción sería bien recibida por los árabes como liberación de los turcos, o al menos que cualquier resistencia sería muy débil a causa de la división entre sunitas y chiitas, a quienes, según palabras de Henry Rawlinson, el cónsul general británico en Bagdad, «siempre era sencillo enfrentar entre sí». Oficial del ejército de la Compañía de las Indias Orientales y distinguido orientalista que fue el primero en descifrar las inscripciones cuneiformes persas de Behistún, Rawlinson fue también una de las figuras más importantes que apoyaron la implementación de una activa política británica destinada a poner freno a la expansión rusa en Asia Central, Persia y Afganistán. Pensaba que Inglaterra debía establecer un imperio mesopotámico bajo la protección europea, para que actuara como barrera contra la creciente presencia rusa en el Cáucaso e impidiera a Rusia conquistar los valles del Tigris y el Éufrates en su avance hacia la India. Incluso defendió la posibilidad de enviar un ejército indio contra los rusos de Georgia, Ereván y Najicheván, territorios que los británicos jamás habían reconocido como rusos, a diferencia de los tur-

cos, quienes habían consignado ese reconocimiento por medio del Tratado de Adrianópolis[63].

La presencia de Rawlinson también fue fundamental para conseguir ayuda británica para las tribus musulmanas del Cáucaso, cuya guerra contra los rusos cobró nueva fuerza durante el carismático liderazgo del imán Shamil, a partir de 1834. Para sus seguidores, Shamil parecía invencible: un caudillo militar enviado por Dios. Había historias sobre su valor legendario, sobre sus famosas victorias contra los rusos y sobre sus milagrosas huidas en momentos en que había estado a punto de ser capturado y derrotado. Un líder semejante infundió nueva confianza a las tribus musulmanas y las unió en torno al llamamiento del imán que convocaba a una yihad contra la ocupación rusa. El punto fuerte del ejército de Shamil radicaba en sus estrechos vínculos con las aldeas montañesas: eso le permitía efectuar operaciones de guerrilla estratégica que sumían en gran confusión a las tropas rusas. Con el apoyo de la población local, el ejército de Shamil era ubicuo y prácticamente invisible. Los aldeanos podían convertirse en soldados y los soldados en aldeanos en un momento. Los montañeses eran los oídos y los ojos del ejército –servían como exploradores y espías– y en cualquier lugar los rusos podían sufrir una emboscada. Los guerreros de Shamil literalmente corrían en círculos en torno del ejército del zar, desatando ataques súbitos sobre las tropas, los fuertes y los suministros que se encontraban en situación vulnerable antes de desaparecer nuevamente en las montañas o de mezclarse con la población tribal de las aldeas. Rara vez se enfrentaban a los rusos en terreno abierto, donde sabían que corrían el riesgo de ser derrotados debido a la superioridad numérica y la artillería del enemigo. Era difícil vencer esas tácticas, especialmente porque ninguno de los comandantes rusos se había topado con ellas antes, y durante mucho tiempo tan sólo aumentaron el número de sus soldados, en un infructuoso intento de derrotar a Shamil en su base principal

de Chechenia. A fines de la década de 1830, el método de lucha de Shamil se había tornado tan eficaz que los rusos empezaron a creer que era tan invencible como decían las tribus musulmanas. Tal como lamentó un general zarista, el dominio de Shamil había cobrado «un carácter religioso-militar, el mismo que, al principio del islam, logró que la espada de Mahoma hiciera temblar a tres cuartas partes del universo»[64].



Pero fue en Turquía donde los británicos procuraron crear su barrera más importante contra Rusia. No les llevó demasiado tiempo advertir que al ignorar la petición de auxilio del sultán ante la invasión egipcia habían perdido la mejor oportunidad de instalarse como el poder extranjero dominante en el Imperio otomano. Palmerston dijo que fue «el peor error de cálculo en el ámbito de la política exterior que había cometido nunca un gabinete inglés». Tras haber desaprovechado esa ocasión, redoblaron sus esfuerzos de ejercer influencia sobre la Sublime Puerta y de imponerle una serie de reformas con el propósito de resolver los problemas de la población cristiana que había dado motivos a Rusia para intervenir en su defensa.

Los británicos creían en la reforma política y pensaban que con el apoyo de sus buques de guerra podían exportar sus principios liberales a todo el mundo. En su opinión, la reforma del Imperio otomano era la única solución real de la Cuestión Oriental, que estaba causada por la decadencia del reino del sultán: si se curaba al «enfermo» el problema oriental desaparecería. Pero los motivos de los británicos para promover reformas liberales no se limitaban al deseo de asegurar la independencia del Imperio otomano con respecto a Rusia. También querían promover la influencia británica en Turquía: deseaban que los turcos dependieran de los británicos en lo referido a asesoramiento político y préstamos financieros y ponerlos bajo la protección del

ejército inglés. Es decir, «civilizarlos» bajo la tutela inglesa, enseñándoles las virtudes de los principios liberales británicos, la tolerancia religiosa y los métodos administrativos (aunque sin introducir en Turquía parlamentos ni constituciones, ya que se consideraba que los turcos carecían de las cualidades «europeas» necesarias), promover los intereses británicos de libre comercio (algo que tal vez sonara espléndido, pero que se podía considerar perjudicial para el Imperio otomano) y garantizarse la seguridad de la ruta a la India (donde por cierto no regía la política británica de libre comercio).

La misión reformista de los británicos fue alentada por los signos externos de occidentalización que habían advertido en la cultura turca durante los últimos años del reinado de Mahmud. Aunque las reformas militares aplicadas por el sultán habían tenido un éxito limitado, las élites otomanas de la capital turca habían introducido cambios en su estilo de vestir y en sus costumbres: la túnica y el fez habían reemplazado las togas y turbantes, habían desaparecido las barbas y las mujeres habían tenido acceso a la sociedad. Estos cambios cosméticos se reflejaban en la aparición de una nueva clase de funcionario o caballero, el turco europeo, que había aprendido lenguas extrajeras y adoptado los hábitos, modales y vicios occidentales, mientras en otros aspectos seguía arraigado a la cultura tradicional del islam.

Los viajeros que llegaban a Turquía quedaban impresionados por las manifestaciones de progreso que veían en los modales turcos y sus crónicas transformaron la actitud británica al respecto. La más difundida e influyente de esas publicaciones fue indudablemente *The City of the Sultan and Domestic Manners of the Turks in 1836*, de Julia Pardoe, que vendió más de 30 000 ejemplares en cuatro ediciones entre 1837 y el inicio de la guerra de Crimea. Pardoe se propuso corregir lo que consideraba eran prejuicios de los anteriores cronistas que habían viajado al Imperio otomano. Superficialmente, Turquía parecía conformar todos

los estereotipos europeos –una tierra exótica, indolente, sensual, supersticiosa, oscurantista y colmada de fanatismo religioso–, pero si se hacía una observación más detallada, se advertía que poseía «nobles cualidades» que la convertían en terreno fértil para introducir una reforma liberal. «¿Quién que observe con ojos desprejuiciados el estado moral de Turquía puede dejar de impresionarse ante la ausencia de delitos capitales, la satisfacción e incluso el orgullo de las clases bajas y la ausencia de toda soberbia en las clases más altas?». El único obstáculo para «la civilización de Turquía –afirmaba Pardoe– era la política rusa, que frenaba cada avance hacia el esclarecimiento de un pueblo al que ya ha maniatado, y al que querría someter»[65].

En la década de 1840, esas ideas eran la moneda común de numerosas crónicas de viaje y panfletos políticos escritos por turcófilos. En *Three Years in Constantinople; or, Domestic Manners of the Turks in 1844*, Charles White alentaba la idea de que el Reino Unido se abocara a «civilizar a los turcos», dando ejemplos de los progresos de sus costumbres y de su conducta, como la adopción de la vestimenta occidental, la decadencia del fanatismo religioso y un creciente apetito de educación entre «las clases medias e inferiores». En esas dos clases,

> la ascendencia del bien sobre el mal resulta incuestionable. En ninguna ciudad se observan más tenazmente las convenciones sociales o morales. En ninguna ciudad pueden encontrarse ejemplos más numerosos de probidad, una cierta ingenuidad y dignidad doméstica. En ninguna ciudad hay menos delitos contra la propiedad o las personas, un resultado que debe atribuirse a cierta honradez inherente y no a las medidas preventivas[66].

Muchos turcófilos británicos asociaban estrechamente esas ideas con su romántica simpatía por el islam, al que consideraban una fuerza básicamente benévola y progresista (y preferible a la profundamente supersticiosa y apenas «semicristiana» ortodoxia de los rusos). Urquhart, por ejemplo, evaluaba el papel del islam

—de manera muy semejante a la que sentían los propios turcos— como una fuerza tolerante y moderadora que mantenía la paz entre las belicosas sectas cristianas del Imperio otomano:

> ¿Qué viajero no ha observado el fanatismo, la antipatía entre todas esas sectas, su mutua hostilidad? ¿Quién ha asociado su verdadero estado de tranquilidad con la *tolerancia* del islamismo? El islamismo, calmo, concentrado, sin espíritu dogmático, ni intenciones de proselitismo impone en este momento a los otros credos la reserva y el silencio que son sus propias características. Pero si ese moderador se elimina, las humildes profesiones de fe ahora confinadas a los santuarios se proclamarían a viva voz en la corte y en los campamentos militares; el poder político y la enemistad política se combinarían con la dominación religiosa y la animosidad religiosa y el imperio se inundaría de sangre, hasta que un brazo nervioso —el brazo de Rusia— apareciera para restituir la armonía por medio del despotismo[67].

Algunas de esas ideas eran compartidas por lord Stratford de Redcliffe (1786-1880), conocido como Stratford Canning hasta su elevación social, producida en 1852, quien fue al menos cinco veces embajador británico en Constantinopla y que guió directamente el programa de reformas para el joven sultán Abdülmecid y para su principal ministro reformista, Mustafá Reshid Pachá, a partir de 1839. Primo hermano de George Canning, quien había sido secretario de Exteriores, y durante un breve período primer ministro antes de su fallecimiento, acaecido en 1827, Stratford Canning era un personaje dominante e impaciente, tal vez como consecuencia de que nunca tuvo que esperar para ser promovido (tenía apenas veinticuatro años, y acababa de salir de Eton y Cambridge cuando fue designado para su primer cargo, el de ministro plenipotenciario en Constantinopla). Es irónico que en la época de su primera designación como embajador ante la Sublime Puerta, en 1824, Stratford albergara un profundo desagrado hacia Turquía, el país que, según dijo, debía salvar «de sí mismo». En las cartas a su primo George, hablaba de su «secreto anhelo» de expulsar de Europa «hasta el último rastro» de los turcos y confesaba que «le daban ganas de arruinar el equilibrio de

Europa porque el continente se había abocado a proteger a estos horribles turcos». Pero la rusofobia de Stratford excedía con mucho su disgusto por los turcos (en 1832, el zar, que conocía ese hecho, adoptó la extraordinaria medida de negarse a recibirlo como embajador en San Petersburgo). El creciente dominio que Rusia ejercía sobre Turquía convenció a Stratford de que tan sólo una reforma liberal podría salvar al Imperio otomano.

A diferencia de Urquhart y de los turcófilos, Stratford Canning poseía un conocimiento limitado de Turquía. No hablaba turco. No viajó extensamente por el país, permaneciendo casi todo el tiempo recluido en la embajada británica de Pera o en su residencia de verano en Therapia. Stratford no tenía fe en la modernización de las antiguas instituciones turcas y ninguna simpatía por el islam, que no comprendía. En su opinión, la única esperanza de Turquía era que le aplicaran una inyección completa de civilización europea —y cristiana por eso mismo— para rescatarla del oscurantismo religioso y encaminarla hacia la ilustración racional. También él se sintió alentado ante los signos de occidentalización de la vestimenta y los modales turcos que había observado durante su segunda designación como embajador en 1832. Eso lo convenció de que, si bien los turcos no eran perfectibles, al menos era posible mejorarlos. «Los turcos han experimentado una metamorfosis completa desde la última vez que estuve aquí, al menos en lo referido a la vestimenta», escribió a Palmerston.

> Están ahora a mitad de camino entre el turbante y el sombrero, entre las enaguas y los pantalones. No me atrevo a decir hasta qué punto estos cambios pueden ir más allá de la superficie. No conozco ningún sustituto concebible más que la civilización en el sentido de la cristiandad. ¿El sultán podrá lograrlo? Tengo mis dudas. En todo caso, será un proceso arduo y lento, si es que no es impracticable[68].

Durante el cuarto de siglo siguiente, Stratford dio clases al sultán y entrenó a sus ministros reformistas sobre la manera de

liberalizar Turquía siguiendo el modelo inglés.

Mustafá Reshid (1800-1858) era un perfecto ejemplo del turco europeo que Stratford Canning esperaba pudiera liderar la reforma otomana. «Por nacimiento y educación un caballero, por naturaleza un temperamento amable y liberal, Reshid tenía más cosas para ganarse mi simpatía que cualquier otro de su raza y clase», escribió Stratford Canning en sus memorias. Un hombre bajo y robusto con facciones animadas enmarcadas por una barba negra, Reshid había sido embajador otomano en Londres y en París, donde se destacó como una figura popular en los teatros y salones franceses, antes de convertirse en ministro de Exteriores en 1837. Hablaba bien inglés y francés. Como muchos reformistas turcos del siglo XIX, Reshid tenía conexiones con los francmasones europeos. En la década de 1830 fue admitido en una logia de Londres. Coquetear con la francmasonería era, para los turcos orientados hacia Occidente como Reshid, una manera de adoptar ideas seculares sin abandonar su fe y su identidad musulmanas o de exponerse a la acusación de apostasía del islam (un delito que hasta 1844 fue castigado con la pena de muerte). Inspirado por Occidente, Reshid quería transformar el Imperio otomano en una monarquía moderna, en la que el sultán reinaría pero no gobernaría, el poder del clero sería limitado y una nueva casta de burócratas ilustrados se ocuparía de los asuntos del Estado imperial[69].

En 1839, el nuevo sultán Abdülmecid, de 16 años, emitió un decreto, el Hatt-i Sharif de Gülhane (Noble Decreto de la Cámara Rosa), que anunciaba un conjunto de reformas, las primeras de una serie conocida como reformas Tanzimat, que se extenderían durante todo el período de su reinado (1839-1861), y que finalmente conducirían al establecimiento del primer parlamento otomano en el año 1876. El decreto fue obra de Reshid Pachá, quien lo había bosquejado en su residencia londinense de Bryanston Square y se lo había mostrado primero a Stratford

Canning para que le diera su aprobación, durante su breve segunda designación como embajador en el Reino Unido en 1838. Los valores ingleses de la Carta Magna eran evidentes en la redacción. El Hatt-i Sharif prometía a todos los individuos del imperio del sultán seguridad para su vida, honor y propiedad, independientemente de su fe; enfatizaba el imperio de la ley, la tolerancia religiosa, la modernización de las instituciones del imperio y un racional y justo sistema impositivo y de servicio militar. En esencia, el decreto suponía que se promovería el bienestar general dando garantías de libertad personal a los elementos más dinámicos del imperio, los *millets* no musulmanes, que habían creado inestabilidad debido al trato injusto que les infligía la mayoría musulmana[70].

No se puede afirmar en qué medida este decreto estuvo motivado por el deseo de conseguir el apoyo británico para el Imperio otomano en un momento de crisis. Sin duda, había cierto elemento evidentemente inglés en el lenguaje liberal del Hatt-i Sharif, cuya redacción final también debió mucho a Ponsonby, el embajador británico. Pero eso no significa que el Hatt-i Sharif fuera insincero, algo concedido a regañadientes como un recurso táctico destinado a conseguir el apoyo británico. En el fondo del decreto había una genuina convicción de la necesidad de modernizar el Imperio otomano. Reshid y sus seguidores estaban convencidos de que para rescatar el imperio debían crear en última instancia un nuevo concepto secular de unidad imperial (otomanismo), basado en la igualdad de los súbditos del sultán, independientemente de su fe. El hecho de que las concesiones del Hatt-i Sharif estuvieran formuladas en términos de la defensa de las tradiciones islámicas y de los preceptos del «glorioso Corán», era una prueba de la seriedad con la que los reformadores habían abordado su tarea y también un signo de su preocupación por pacificar la oposición potencial de los conservadores. De hecho, el sultán y muchos de sus más prominentes ministros reformis-

tas, incluyendo a Mustafá Reshid y a Mehmed Hüsrev, el gran visir entre 1839 y 1841, tenían relaciones estrechas con las logias Naqshbandi (*tekkes*), en las que se predicaba rigurosamente el cumplimiento de la ley islámica. En muchos aspectos, las reformas Tanzimat fueron un intento de crear un Estado islámico más centralizado pero también más tolerante[71].

Sin embargo, el gobierno otomano no hizo gran cosa por aplicar sus altisonantes y elevadas declaraciones. Su promesa de mejorar las condiciones de vida de la población cristiana era el punto más controvertido, que suscitó la oposición del clero musulmán tradicionalista y de los conservadores. Sólo se concretaron progresos menores. El sultán eliminó la pena de muerte como castigo de la apostasía en 1844, aunque un pequeño número de musulmanes que se habían convertido al cristianismo (y de cristianos que habían revertido su conversión al islam) fueron ejecutados por orden de los gobernadores locales. La blasfemia siguió siendo castigada con la pena de muerte. Los cristianos fueron admitidos en algunas escuelas militares y eran elegibles para el servicio militar, pero como no era probable que fueran ascendidos a los rangos más altos, casi todos ellos preferían pagar un impuesto especial para ser eximidos de él. A partir de finales de la década de 1840, se permitió a los cristianos convertirse en miembros de los consejos provinciales que supervisaban la labor de los gobernadores. También empezaron a integrar los jurados, junto a los musulmanes, de los tribunales comerciales en los que se aplicaban liberalmente los principios legales occidentales. Pero por lo demás no se produjeron grandes cambios. El tráfico de esclavos continuó, casi siempre con la captura de niños y niñas cristianos en el Cáucaso que luego eran vendidos en Constantinopla. Los turcos seguían considerando inferiores a los cristianos y creían que no había que renunciar a los privilegios de los musulmanes. Las reglas informales y las prácticas de la administración, si no todas las leyes escritas, siguieron asegurando que los

cristianos fueran tratados como ciudadanos de segunda clase, aunque estaban surgiendo rápidamente como el grupo económico dominante del Imperio otomano, hecho que generó cada vez más tensiones y envidia, especialmente cuando los cristianos evadían los impuestos gracias a sus pasaportes extranjeros y la protección que se les concedía.

Al regresar a Constantinopla en 1842, para cumplir con su tercer período en calidad de embajador, Stratford Canning se sintió cada vez más desalentado con respecto a las perspectivas de reforma. El sultán era demasiado joven y Reshid demasiado débil para imponerse a los conservadores, quienes gradualmente derrotaron a los reformistas en el Consejo (Diván) de la Puerta. La agenda de reformas se enredó cada vez más en las rivalidades personales, en particular la que existía entre Reshid y Mehmed Alí Pachá[72], uno de los protegidos reformistas de Reshid, que fue embajador en Londres desde 1841 a 1844, y luego ministro de Exteriores desde 1846 hasta 1852, cuando reemplazó a Reshid en el cargo de gran visir. Tan celoso estaba Reshid de Mehmed Alí que, a principios de la década de 1850, con la esperanza de detener a su rival, incluso se había unido a la oposición musulmana que se negaba a conceder iguales derechos a los súbditos cristianos del sultán. Las reformas también se vieron obstaculizadas por dificultades prácticas. El gobierno otomano de Constantinopla estaba demasiado lejos y era demasiado débil para hacer cumplir las leyes en una sociedad que carecía de ferrocarriles, oficinas de correo, telégrafos y periódicos.

Pero el principal obstáculo era la oposición de las élites tradicionales –los líderes religiosos de los *millets*– que se sentían acosadas por las reformas Tanzimat. Todos los *millets* protestaron, especialmente los griegos, y en el de los armenios se produjo una especie de golpe secularista, pero los que más se oponían a las reformas eran los líderes islámicos y las élites musulmanas. Era una sociedad en la que los intereses de los pachás locales y del clero

musulmán estaban comprometidos con la preservación del sistema tradicional de los *millets* y con todas las desventajas civiles que infligía a los cristianos. Cuanto más intentaba convertirse la Puerta en un agente de centralización y de reforma, tanto más estos líderes suscitaban los resentimientos locales y los sentimientos reaccionarios musulmanes contra un Estado al que denunciaban como «infiel» debido a su dependencia creciente de los extranjeros. Incitados por los clérigos, los musulmanes protestaron públicamente contra las reformas en muchas ciudades, se produjeron actos de violencia contra los cristianos, se destruyeron iglesias e incluso hubo amenazas de incendiar el barrio latino de Constantinopla.

Para Stratford Canning, que no era amigo del islam, esta reacción causó un dilema moral: ¿el Reino Unido podía seguir apoyando a un gobierno musulmán incapaz de acabar con la persecución de sus ciudadanos cristianos? En febrero de 1850 cayó en la desesperación tras haber escuchado hablar de «las atroces masacres» de la población cristiana de Rumelia (una región que más tarde formó parte de Bulgaria). Escribió en términos sombríos a Palmerston, el secretario de Exteriores, explicándole que «el gran juego del progreso ha terminado absolutamente por el momento».

> El mayor mal de este país es la religión dominante [...]. Aunque totalmente decadente como principio de fuerza nacional y poder de reactivación, el espíritu del islamismo, así pervertido, vive aún en la supremacía de la raza conquistadora y en los prejuicios engendrados por una prolongada dominación tiránica. No sería exagerado decir que el progreso del imperio hacia un firme restablecimiento de su prosperidad e independencia depende de su grado de emancipación de esa fuente de injusticia y de debilidad.

Palmerston coincidió en que la persecución de los cristianos no sólo instaba, sino que incluso justificaba la política seguida por los rusos. En su opinión, al Reino Unido no le quedaba más opción que retirar el apoyo al gobierno otomano. En una carta

que dirigió a Reshid el siguiente mes de noviembre, predecía que el Imperio otomano estaba «condenado a caer por la timidez y la debilidad y la vacilación de su soberano y sus ministros, y es evidente que pronto deberemos considerar qué otro sistema podrá reemplazarlos»[73].

Mientras tanto, la intervención británica en la política turca había provocado una reacción musulmana contra la interferencia occidental en los asuntos otomanos. A principios de la década de 1850, Stratford Canning se había convertido para la Puerta en mucho más que un embajador o un asesor. El «Gran Elchi», o gran embajador, como se lo conocía en Constantinopla, ejercía una influencia directa sobre la política del gobierno turco. De hecho, en una época en la que no había telégrafo entre Londres y la capital turca, y en la que podían transcurrir muchos meses antes de que llegaran instrucciones de Whitehall, Canning tenía un considerable poder de decisión sobre la política británica en el Imperio otomano. Su presencia generaba un profundo resentimiento a los ministros del sultán, que vivían aterrorizados ante la posibilidad de que el dictatorial embajador les hiciera una visita. Los notables locales y los clérigos musulmanes también estaban resentidos por sus acciones en defensa de los cristianos y consideraban su influencia sobre el gobierno como una pérdida de soberanía turca. Esta hostilidad a la intervención extranjera en los asuntos otomanos –ya fuera por parte del Reino Unido, de Francia o de Rusia– llegaría a desempeñar un papel importante en la política turca en vísperas de la guerra de Crimea.

Capítulo 3

La amenaza rusa

El vapor holandés entró en la dársena de Woolwich a una hora tardía de la noche del sábado 1 de junio de 1844. Sus únicos pasajeros eran «el conde Orlov» –el seudónimo del zar Nicolás– y su séquito de cortesanos que habían viajado de incógnito desde San Petersburgo. Desde el brutal aplastamiento ruso de la insurrección polaca de 1831, Nicolás había vivido con miedo de ser asesinado por los nacionalistas polacos que se oponían al dominio de Rusia en su tierra natal, de manera que solía viajar en secreto. En Londres había una comunidad importante de exiliados polacos y la seguridad del zar causó preocupación desde que se había hablado de su viaje con el gobierno británico, en el mes de enero. Para reforzar su seguridad, Nicolás no había hablado con nadie sobre sus planes de viaje. Deteniéndose brevemente en Berlín, los carruajes del zar marcharon a toda velocidad por el continente, mientras en el Reino Unido nadie sabía nada de su inminente llegada hasta el momento en que Nicolás abordó el vapor en Hamburgo el 30 de mayo, menos de dos días antes de su arribo a Woolwich.

Ni siquiera al barón Brunov, el embajador ruso en Londres, se le comunicaron los detalles precisos del itinerario del zar. Como no sabía a qué hora llegaría el vapor, Brunov se había pasado todo el sábado en los muelles de Woolwich. Finalmente, a las diez de la noche, el barco entró a puerto. El zar desembarcó –apenas

reconocible envuelto en una capa gris que había usado durante la campaña turca de 1828– y acompañado por Brunov se dirigió con premura a la embajada rusa, situada en Ashburnham House, en Westminster. Pese a la hora tardía, envió una nota al príncipe consorte requiriéndole una reunión con la reina lo antes posible. Acostumbrado a convocar a sus ministros a cualquier hora del día o de la noche, no se le ocurrió que podría ser descortés despertar al príncipe Alberto en las primeras horas de la madrugada[74].

Éste no era el primer viaje del zar a Londres. Tenía buenos recuerdos de su visita previa, en 1816, a los 20 años y aún un gran duque, cuando había tenido enorme éxito con la mitad femenina de la aristocracia inglesa. Lady Charlotte Campbell, una famosa belleza y dama de compañía de la princesa de Gales, había dicho de él: «¡Qué criatura tan afable! ¡Es endiabladamente apuesto! Será el hombre más apuesto de Europa». De ese viaje, Nicolás se había quedado con la impresión de que tenía un aliado en la monarquía y la aristocracia inglesas. Como despótico gobernante del Estado más grande del mundo, Nicolás tenía poca conciencia de las limitaciones de una monarquía constitucional y suponía que podía viajar a Inglaterra y decidir temas de política exterior directamente con la reina y sus ministros más importantes. Era «excelente», dijo a Victoria en su primer encuentro, «ver las cosas de tanto en tanto con nuestros propios ojos, porque no sirve confiar solamente en los diplomáticos». Esos encuentros creaban «un sentimiento de amistad e interés» entre los soberanos reinantes y se podía lograr más «en una sola conversación destinada a explicar los propios sentimientos, opiniones y motivaciones, que en una multitud de mensajes y cartas». El zar creía que podría llegar a «un acuerdo de caballeros» con el Reino Unido acerca de la manera de manejar el problema planteado por el Imperio otomano en caso de que se derrumbara[75].

Tampoco era éste el primer intento de Nicolás de conseguir el apoyo de otra potencia para sus planes de partición del Imperio otomano. En 1829 había sugerido a los austríacos una división bilateral de sus territorios europeos para impedir el caos que, según temía, podía suceder al derrumbe, pero su propuesta había sido rechazada porque los austríacos habían preferido conservar el Concierto de Europa. Luego, en el otoño de 1843, había abordado nuevamente a los austríacos, reviviendo la idea de un imperio griego respaldado por Rusia, Austria y Prusia (la Triple Alianza de 1815) para impedir que los británicos y los franceses se dividieran entre ellos el botín y los despojos del desmoronado Imperio otomano. Repitiendo que Rusia no quería expandirse a los Balcanes, Nicolás propuso que los austríacos recibieran todas las tierras turcas que se extendían entre el Danubio y el Adriático y que Constantinopla se convirtiera en una ciudad libre bajo custodia de Austria. Pero nada de lo que dijo había logrado disipar la profunda desconfianza de Viena respecto de las ambiciones rusas. El embajador austríaco en San Petersburgo creía que el zar estaba urdiendo una situación en la que Rusia podría usar la excusa de defender a Turquía para intervenir en los asuntos del imperio e imponer sus propios planes de partición por medio de la fuerza militar. Según mantenía el embajador, lo que verdaderamente quería el zar no era un imperio griego respaldado por las tres potencias, sino «un Estado ligado a Rusia por sus intereses, principios y religión y gobernado por un príncipe ruso. […] Rusia nunca pierde de vista este objetivo. Es una condición necesaria para la realización de su destino […]. La Grecia de hoy sería engullida por el nuevo Estado[76]». Profundamente suspicaces, los austríacos no quisieron saber nada de los planes de partición del zar sin el consentimiento de los británicos y los franceses. Por eso ahora Nicolás había viajado a Londres, con la esperanza de conseguir que los británicos apoyaran su punto de vista.

En principio, no había demasiados indicios de que Nicolás tuviera alguna posibilidad de sellar una alianza con el Reino Unido. Los británicos estaban comprometidos con sus planes reformistas liberales destinados a salvar al Imperio otomano y veían las ambiciones rusas como una amenaza importante. Pero el zar estaba alentado por el acercamiento diplomático que se había producido entre Rusia y el Reino Unido durante los últimos años, promovido por la alarma que había provocado en ambas potencias la creciente involucración de los franceses en Oriente Próximo.

En 1839, los franceses habían dado apoyo a una segunda insurrección del gobernante egipcio Mehmed Alí contra el dominio del sultán en Siria. Con respaldo francés, los egipcios derrotaron al ejército otomano, lo que suscitó nuevos temores de que atacaran la capital turca, tal como lo habían hecho seis años antes. El joven sultán Abdülmecid parecía demasiado débil para resistir las renovadas exigencias de Mehmed Alí, quien quería que se le concediera la titularidad de una dinastía hereditaria en Egipto y Siria, especialmente después de que la armada otomana derrotara a los egipcios en Alejandría, y una vez más la Puerta se vio obligada a pedir ayuda exterior. En 1833, los rusos habían intervenido solos para rescatar al Imperio otomano, pero en esta segunda crisis procuraron asociarse con el Reino Unido para restituir el gobierno del sultán, ya que su objetivo era interponerse entre los británicos y los franceses.

Al igual que los rusos, los británicos estaban alarmados por la creciente participación francesa en Egipto. Allí había sido donde Napoleón había amenazado con destruir al Imperio británico en 1798. En la década de 1830, Francia había invertido mucho en el floreciente cultivo de algodón en rama y en la economía industrial de Egipto. Había destacado asesores para contribuir a entrenar el ejército y la armada de Egipto. Con apoyo francés, los egipcios no sólo eran una amenaza importante para los turcos.

Como líder de un poderoso movimiento de reactivación islámica contra la intervención de las naciones cristianas en el Imperio otomano, Mehmed Alí era también una inspiración para los musulmanes sublevados contra el dominio zarista en el Cáucaso.

En consecuencia, Rusia e Inglaterra, junto con Austria y Prusia, instaron a Mehmed Alí a retirarse de Siria y a aceptar los términos de un acuerdo con el sultán. Esos términos establecidos en la Convención de Londres de 1840 y ratificados por las cuatro potencias con el Imperio otomano, permitían a Mehmed Alí el establecimiento de una dinastía hereditaria en Egipto. Para asegurar su retirada, una flota británica navegó hasta Alejandría y se envió a Palestina una fuerza angloaustríaca. Durante un tiempo, el líder egipcio se resistió, con la expectativa de conseguir apoyo francés: hubo temores de que se desatara una guerra en Europa cuando el gobierno francés rechazó los términos propuestos por las cuatro potencias y prometió ayudar a Alí. Pero en el último momento los franceses, poco dispuestos a ser arrastrados a una guerra, dieron marcha atrás y Mehmed Alí se retiró de Siria. Según los términos de una subsiguiente Convención de Londres negociada en 1841, que los franceses firmaron de mala gana, se reconocía a Mehmed Alí como gobernante hereditario de Egipto a cambio de su aceptación de la soberanía del sultán en el resto del Imperio otomano.

La importancia de la Convención de 1841 excedía el objetivo de garantizar la rendición de Mehmed Alí. También acordaba el cierre de los Estrechos Turcos a todos los buques de guerra salvo a los de los aliados del sultán en época de guerra: una enorme concesión por parte de los rusos, porque esa disposición permitía que la armada británica entrara al mar Negro, donde podía atacar la vulnerable frontera sur de Rusia. Al firmar la convención, los rusos habían cedido su posición de privilegio en el Imperio otomano y su control de los Estrechos, con la esperanza de mejorar sus relaciones con los británicos y dejar aislada a Francia.

Desde la perspectiva del zar, apuntalar el poder del sultán sólo podía ser una medida transitoria. Ahora que los franceses estaban debilitados por el apoyo que habían prestado a la insurrección y que Rusia había llegado a lo que Nicolás consideraba un nuevo entendimiento con los británicos en lo referido a Oriente Próximo, el zar concluyó que la Convención de Londres abría una nueva posibilidad de establecer una alianza más formal entre Rusia y el Reino Unido. En 1841, la elección de un gobierno conservador encabezado por sir Robert Peel proporcionó al zar nuevos argumentos para esperar resultados favorables, porque los *tories* eran menos hostiles a Rusia que el anterior gobierno *whig* de lord Melbourne (1835-1841). El zar estaba convencido de que el gobierno conservador atendería favorablemente su sugerencia de que Rusia y el Reino Unido asumieran la conducción de Europa y decidieran el futuro del Imperio otomano. En 1844, confiando que podría convencer a los ingleses de que apoyaran sus planes de partición, Nicolás partió hacia Londres.

Su súbita llegada en junio tomó a todo el mundo por sorpresa. Había habido vagos rumores de su visita desde la primavera. Peel había recibido con agrado la idea de ofrecer un banquete a la Compañía Comercial Rusa el 2 de marzo en la London Tavern y tres días más tarde lord Aberdeen, el secretario de Exteriores, había enviado una invitación formal a través del barón Brunov, asegurándole al zar que su presencia «disiparía cualquier prejuicio polaco» contra Rusia en el Reino Unido. «El hecho de que un hombre tan reservado y nervioso como Aberdeen hable de manera tan confiada de este tema resulta significativo», escribió Brunov a Nesselrode. En cuanto a la reina, al principio se mostró reacia a recibir al zar, debido al antiguo conflicto del emperador ruso con su tío Leopoldo, rey del recientemente independiente Estado de Bélgica, quien había atraído a su ejército a muchos exiliados polacos durante la década de 1830. Decidido a cumplir con los principios legitimistas de la Santa Alianza, Nicolás había

querido restablecer las monarquías depuestas por las revoluciones francesa y belga de 1830 y lo único que se lo había impedido había sido el estallido de la sublevación polaca en Varsovia en noviembre del mismo año. Sus amenazas de intervención le habían ganado la desconfianza de los liberales de Europa Occidental, quienes lo apodaron «el gendarme de Europa», mientras los rebeldes polacos que huyeron al extranjero después de la represión de su revuelta encontraban refugio en París, Bruselas y Londres. Esos acontecimientos preocupaban a la reina Victoria, pero finalmente su esposo, el príncipe Alberto (quien también era sobrino del rey Leopoldo) la convenció de que una visita del zar contribuiría a reparar las relaciones entre las casas reinantes del continente. En la invitación que Victoria envió al zar se decía que lo recibiría gustosa a fines de mayo o principios de junio, pero sin que se estableciera una fecha determinada. A mediados de mayo aún no se sabía con certeza si Nicolás viajaría a Londres. Finalmente, la reina se enteró de su llegada pocas horas antes de que su vapor echara anclas en Woolwich. Su personal entró en pánico, especialmente porque esperaban una visita del rey de Sajonia el mismo día y tuvieron que improvisar preparativos precipitados para recibir al zar[77].

La imprevista visita del zar fue una de las muchas señales de la creciente temeridad e irreflexión de su conducta. Tras dieciocho años en el trono había empezado a perder las cualidades que habían caracterizado la primera etapa de su gobierno: la cautela, el conservadurismo y la reserva. Cada vez más afectado por la enfermedad mental que había aquejado a Alejandro durante los últimos años de su vida, Nicolás se volvió impaciente e impetuoso, proclive a dejarse llevar por sus impulsos, como el de partir premiosamente a Londres para imponer su voluntad a los británicos. El príncipe Alberto y la reina Victoria advirtieron la naturaleza errática del temperamento del zar y Victoria escribió a su tío Leopoldo: «Albert cree que es un hombre que se entrega dema-

siado a sus impulsos y sentimientos, lo que hace que a menudo actúe equivocadamente»[78].

El día siguiente a la llegada del zar, la reina lo recibió en el palacio de Buckingham. Se celebró una reunión con los duques de Cambridge, Wellington y Gloucester, seguida de un paseo por las elegantes calles del West End londinense. El zar inspeccionó las obras de construcción del Parlamento, que en ese momento era reconstruido tras el incendio de 1834, y visitó Regent's Park, que acababa de terminarse. Al atardecer el grupo real se trasladó en tren hasta Windsor, donde permaneció durante los cinco días siguientes. Los hábitos espartanos del zar dejaron atónitos a los criados. Lo primero que hicieron sus asistentes cuando los condujeron a las habitaciones asignadas al zar en el castillo de Windsor fue pedir que trajeran paja del establo para rellenar el saco de cuero que servía de colchón del catre militar sobre el que usualmente dormía el zar[79].

Como la reina se encontraba en un avanzado estado de gestación y los Sajonia-Coburgo estaban de luto por el fallecimiento del padre del príncipe Alberto, no se celebró un baile real en honor del zar. Pero sí se ofrecieron muchas ocasiones entretenidas: partidas de caza, desfiles militares, una salida a las carreras hípicas de Ascot (donde la Copa de Oro fue rebautizada como Fuente del Emperador en honor del zar[80]); una velada en la ópera con la reina y un deslumbrante banquete en el que más de sesenta invitados disfrutaron de cincuenta y tres platos diferentes presentados en el Gran Servicio, posiblemente la más refinada colección de vajilla de plata de todo el mundo. Las dos últimas noches se celebraron grandes cenas en las que los invitados masculinos vistieron uniformes militares, cumpliendo con los deseos del zar, quien se sentía incómodo vestido de frac y que le había confesado a la reina que no lucir un uniforme le causaba embarazo[81].

Como ejercicio de relaciones públicas, la visita del zar fue un gran éxito. Las mujeres de la sociedad estaban encantadas y de-

leitadas por su apostura y sus buenos modales. «Sigue siendo un devoto de la belleza femenina –señaló el barón Stockmar–, y prestó la mayor atención a sus antiguas enamoradas inglesas». La reina también simpatizó con él. Le gustó «su comportamiento digno y gracioso», su bondad con los niños y su sinceridad, aunque también le pareció un poco triste. «A Albert y a mí nos da la impresión de que no es un hombre feliz, a quien la carga de su inmenso poder y elevada posición le pesa mucho y dolorosamente», escribió a su tío Leopoldo el 4 de junio. «Rara vez sonríe y, cuando lo hace, no tiene una expresión feliz». Una semana más tarde, al final del viaje, volvió a escribir a su tío y le dio una penetrante evaluación del carácter del zar:

> Hay en él muchas cosas que no puedo evitar que me agraden, y creo que es necesario comprender su carácter y aceptarlo tal como es. Es riguroso y severo, con rígidos principios sobre el *deber* que *nada* en el mundo podría instarlo a cambiar; *no* creo que sea muy *inteligente* y tiene una mente incivilizada; han descuidado su educación: sólo se interesa mucho por temas políticos y militares, es insensible a las artes y a todas las disciplinas menos rígidas, pero es sincero, estoy segura, *sincero* incluso en sus actos más despóticos, porque cree que ésa *es* la *única* manera de gobernar.

Lord Melbourne, uno de los *whigs* más antirrusos, se entendió muy bien con Nicolás durante un desayuno celebrado en Chiswick House, el centro de operaciones *whig*. Hasta Palmerston, el antiguo portavoz *whig* en lo referido a la política exterior, que era conocido por su dura postura contra Rusia, creyó importante darle al zar «una impresión favorable de Inglaterra»: «Es muy poderoso y podría actuar a nuestro favor, o perjudicarnos, dependiendo de si tiene una buena disposición o es hostil hacia nosotros»[82].

Durante su estancia en Inglaterra el zar sostuvo una serie de conversaciones políticas con la reina y el príncipe Alberto, con Peel y Aberdeen. Los británicos quedaron sorprendidos por la franqueza de sus opiniones. La reina incluso llegó a pensar que

era «demasiado franco, por hablar demasiado abiertamente ante la gente, algo que no debería hacer, y sólo se refrena con dificultad», según escribió a Leopoldo. El zar había llegado a la conclusión de que la transparencia era la única manera de superar la desconfianza y los prejuicios de los británicos hacia Rusia. «Sé que me toman por un actor —dijo a Peel y Aberdeen—, pero de hecho no lo soy, sino que soy completamente directo y sincero; digo exactamente lo que pienso y siempre cumplo lo que prometo[83]».

Con respecto al tema de Bélgica, el zar declaró que le gustaría reparar su relación con Leopoldo, pero «mientras el rey tenga a su servicio a oficiales polacos, eso será completamente imposible». Intercambiando opiniones con Aberdeen, «no como un emperador con un ministro, sino como dos caballeros», le explicó lo que pensaba, expresando su resentimiento por el doble rasero que Occidente aplicaba a Rusia:

> Los polacos se rebelaron y aún se rebelan contra mi gobierno. ¿Acaso es aceptable que un caballero tome a su servicio a personas culpables de sublevación contra su amigo? Leopoldo puso a esos rebeldes bajo su protección. ¿Qué diría usted si yo me convierto en protector de [el líder de la independencia irlandesa Daniel]. O'Connell y le otorgo un cargo de ministro?

En lo referido a Francia, Nicolás quería que Inglaterra se uniera a Rusia en la realización de una política de contención. Apelando a la común desconfianza que suscitaban los franceses después de las Guerras Napoleónicas, manifestó a Peel y Aberdeen que «nunca más habría que permitirle a Francia crear desorden ni hacer marchar sus ejércitos más allá de sus fronteras». Esperaba que, debido a sus intereses comunes respecto de Francia, el Reino Unido y Rusia se convirtieran en aliadas. «Por medio de nuestra amistosa relación —declaró de manera sentida—, espero aniquilar los prejuicios que dividen a nuestros países. Pues valoro

mucho la opinión de los ingleses. En cuanto a lo que los franceses dicen de mí, no me importa. Escupo sobre ello[84]».

Nicolás recurrió especialmente al miedo que el Reino Unido sentía por la actitud de Francia en Oriente Próximo, que fue el tema principal de sus conversaciones con Peel y Aberdeen. «Turquía es un hombre que agoniza», les expresó.

> Podemos intentar mantenerlo con vida, pero no lo conseguiremos. Morirá, debe hacerlo. Ése será un momento crítico. Preveo que tendré que poner mis ejércitos en marcha y que Austria tendrá que hacer lo mismo. En esta crisis sólo temo a Francia. ¿Qué quieren los franceses? Supongo que harán movimientos en muchos sitios: en Egipto, en el Mediterráneo y en Oriente. ¿Recuerdan ustedes la expedición francesa a Ancona [de 1832]? ¿Por qué no harían lo mismo en Creta o en Esmirna? Y si lo hicieran, ¿acaso los ingleses no movilizarían su flota? Así, en esos territorios estarían los ejércitos de Rusia y Austria y todos los buques de la flota inglesa. Se haría inevitable una conflagración de grandes proporciones.

El zar alegó que había llegado el momento de que las potencias europeas, conducidas por Rusia y el Reino Unido, intervinieran para decidir una partición de los territorios turcos y evitar así, cuando finalmente el imperio del sultán se derrumbara, una lucha caótica por las tierras, que posiblemente incluiría revoluciones nacionales y una guerra continental. Impresionó a Peel y Aberdeen con la firme convicción de que el Imperio otomano se desmoronaría muy pronto y de que Rusia y el Reino Unido debían actuar de consuno para prever ese acontecimiento, aunque sólo fuera para impedir que los franceses se apoderaran de Egipto y del Mediterráneo oriental, una de las mayores preocupaciones de los ingleses en ese momento. Tal como Nicolás le dijo a Peel:

> No reclamo ni un solo centímetro de suelo turco, pero tampoco permitiré que nadie más, especialmente los franceses, se apropien de un centímetro del territorio. [...] No podemos estipular ahora qué se hará con Turquía tras su muerte. Esas estipulaciones sólo apresurarían su desaparición. Por lo tanto, haré todo lo que pueda por mantener el *statu quo*. Pero debemos considerar honrada y razonablemente el caso

> de su posible y eventual derrumbe. Debemos deliberar de manera razonable y procurar llegar a un entendimiento honrado y directo sobre el tema[85].

Peel y Aberdeen se mostraron dispuestos a aceptar la necesidad de elaborar un plan anticipado sobre la posible partición del Imperio otomano, pero sólo cuando surgiera claramente esa necesidad, y no creían que aún hubiera llegado el momento. Brunov redactó un memorándum secreto que contenía las conclusiones de las conversaciones, que fue aceptado (aunque no firmado) por Nicolás y Aberdeen.

El zar se marchó de Inglaterra con la firme convicción de que las conversaciones que había mantenido con Peel y Aberdeen eran declaraciones políticas y de que ahora podía esperar una asociación con el Reino Unido, cuyo objetivo era idear un plan coordinado para la partición del Imperio otomano en el momento que fuera necesario, salvaguardando los intereses de ambas potencias. No era una suposición descabellada, dado que podía mostrar un memorándum secreto que avalaba sus gestiones en Londres. Pero, en realidad, para Nicolás fue un error fatal creer que, con respecto a la Cuestión Oriental, había sellado un «acuerdo de caballeros» con el gobierno británico. Los británicos consideraron las conversaciones tan sólo como un intercambio de opiniones sobre asuntos que preocupaban a ambas potencias y no como un compromiso formal. Convencido de que lo único que importaba era el punto de vista de la reina y de sus principales ministros, Nicolás no tuvo en cuenta la influencia ejercida por el Parlamento, los partidos opositores, la opinión pública y la prensa sobre la política exterior del gobierno británico. Este malentendido desempeñaría un papel crucial en los garrafales errores diplomáticos que Nicolás cometió en vísperas de la guerra de Crimea.



La visita del zar a Londres no disipó en nada la desconfianza inglesa hacia Rusia, que se había estado acumulando durante décadas. Pese a que la amenaza que Rusia significaba para los intereses británicos era mínima, y a que las relaciones diplomáticas y comerciales entre ambos países no eran malas en los años previos a la guerra de Crimea, la rusofobia era, por cierto, el más evidente y duradero elemento en la visión que los británicos se habían formado del mundo exterior. En toda Europa, la actitud respecto de Rusia estaba mayormente basada en miedo y fantasías, y en ese sentido Inglaterra no era una excepción a la regla. La rápida expansión territorial del Imperio ruso en el siglo XVIII y la demostración de su poderío militar frente a Napoleón habían dejado una profunda impresión en la opinión europea. A principios del siglo XIX hubo un huracán de publicaciones europeas –panfletos, crónicas de viaje y tratados políticos– sobre «la amenaza rusa» contra el continente. Toda esa literatura tenía tanto que ver con la imaginación de un «otro» asiático que amenazaba las libertades y la civilización de Europa como con cualquier amenaza real que pudiera percibirse. El estereotipo de Rusia que surgía de esas obras fantasiosas era el de una potencia salvaje, agresiva y expansionista por naturaleza, pero también suficientemente astuta y engañosa como para ser capaz de conspirar con «fuerzas invisibles» contra Occidente e infiltrarse en sus sociedades[86].

La base documental de esta idea de «la amenaza rusa» era el así llamado «Testamento de Pedro el Grande», ampliamente citado por los escritores, políticos, diplomáticos y militares antirrusos como prueba *prima facie* de la ambición rusa de dominar el mundo. En ese documento, los objetivos que Pedro establecía para Rusia eran megalómanos: expandirse en el mar Báltico y el mar Negro, aliarse con los austríacos para expulsar a los turcos de Europa, «conquistar el Levante» y controlar el comercio de Indias, sembrar desacuerdos y confusión en Europa y convertirse en amo del continente europeo.

El «Testamento» era una falsificación. Fue creado en algún momento, a principios del siglo XVIII, por diversos personajes polacos, húngaros y ucranianos vinculados con Francia y con los otomanos, y se hicieron varios borradores hasta que la versión final terminó en los archivos del Ministerio de Exteriores francés durante la década de 1760. Por razones de política exterior, los franceses estaban dispuestos a creer en la autenticidad del «Testamento»: sus aliados principales en Europa Oriental (Suecia, Polonia y Turquía) habían sido debilitados por la agresión rusa. La convicción de que el «Testamento» reflejaba los objetivos de Rusia fue la base sobre la que se moldeó la política exterior francesa durante todo el siglo XVIII y principios del siglo XIX[87].

Napoleón I fue particularmente influido por el «Testamento». Sus principales asesores de política exterior citaban abundantemente sus ideas y su fraseología, alegando, según palabras de Charles Maurice de Talleyrand, el ministro de Exteriores del Directorio y del Consulado (1795-1804), que «todo el sistema [del Imperio ruso] seguido constantemente desde Pedro I […] tiende a volver a aplastar a Europa bajo una marea de bárbaros». Esas ideas fueron expresadas de manera aún más explícita por Alexandre d'Hauterive, una figura influyente del Ministerio de Exteriores que gozaba de la confianza de Bonaparte:

> En épocas de guerra Rusia procura conquistar a sus vecinos; en épocas de paz procura mantener, no sólo a sus vecinos sino a todos los países del mundo en un confuso estado de desconfianza, agitación y discordia […]. Se conoce perfectamente todo lo que esta potencia ha usurpado en Europa y en Asia. Rusia procura destruir el Imperio otomano, procura destruir el Imperio alemán. Y no avanzará directamente sobre su objetivo […] sino que de una manera clandestina socavará la base [del Imperio otomano], fomentando intrigas, promoviendo las rebeliones en las provincias […]. Al hacerlo, no dejará de expresar sus más benévolos sentimientos por la Sublime Puerta, afirmando constantemente ser la amiga y protectora del Imperio otomano. De manera similar, Rusia atacará […] la casa de Austria […]. Entonces ya no existirá más la corte de Viena [*sic*], y nosotros, las naciones occidentales,

habremos perdido una de las barreras más capaces de defendernos contra las incursiones de Rusia[88].

Los franceses publicaron el «Testamento» en 1812, el año en que invadieron Rusia, y a partir de ese momento el documento fue ampliamente reproducido y citado en toda Europa como prueba concluyente de la política exterior expansionista de Rusia. Fue reeditado en vísperas de cada una de las guerras que involucraron a Rusia en el continente europeo –en 1854, 1878, 1914 y 1941– y fue citado durante la Guerra Fría para explicar las intenciones agresivas de la Unión Soviética. Durante la invasión soviética de Afganistán, en 1979, el *Christian Science Monitor*, la revista *Time* y la Cámara de los Comunes británica lo usaron como explicación de los orígenes de los objetivos de Moscú[89].

En ninguna parte fue más evidente la influencia de ese documento que en Inglaterra, donde los temores fantásticos suscitados por la amenaza rusa –y no sólo por la amenaza contra India– eran el tema periodístico básico. «Desde hace mucho tiempo los rusos se han convencido de que están destinados a ser los soberanos del mundo, y esa idea ha sido expresada más de una vez en publicaciones en lengua rusa», declaró el *Morning Chronicle* en 1817. Hasta los periódicos serios sucumbieron a la opinión de que la derrota de Napoleón había instado a los rusos a empeñarse en el dominio del mundo. Examinando retrospectivamente los acontecimientos de los últimos años, en 1817 la *Edinburgh Review* opinó que «hubiera sido mucho menos extravagante predecir la entrada de un ejército ruso en Delhi, o incluso en Calcuta, que su entrada en París»[90]. Los temores británicos eran reforzados por las opiniones e impresiones no profesionales de los cronistas de viaje sobre Rusia y Oriente, un género literario que gozó de gran popularidad a principios del siglo XIX. Estos libros de viaje no sólo determinaban la percepción pública de Rusia, sino

que además proporcionaban gran parte del conocimiento básico sobre el que Whitehall decidía sus políticas hacia ese país.

Uno de los primeros y más controvertidos libros del género fue *A Sketch of the Military and Political Power of Russia in the Year 1817*, de sir Robert Wilson, un veterano de las guerras napoleónicas que había servido brevemente como inspector en el ejército ruso. Wilson hacía una cantidad de afirmaciones extravagantes–imposibles de comprobar o rebatir– que presentaba como producto del conocimiento que había adquirido directamente durante su contacto con el gobierno zarista: que Rusia estaba resuelta a expulsar a los turcos de Europa, conquistar Persia, marchar sobre la India y dominar el mundo. Las especulaciones de Wilson eran tan descabelladas en ciertos aspectos que fueron ridiculizadas (*The Times* sugirió que posiblemente Rusia avanzara sobre el Cabo de Buena Esperanza, el Polo Sur y la Luna), pero el carácter extremo de sus argumentos garantizaron que su obra concitara mucha atención y fuera debatida y comentada ampliamente. La *Edinburgh Review* y la *Quarterly Review* –los periódicos más leídos y respetados en los círculos gubernamentales– coincidieron en que Wilson había sobrestimado la amenaza inmediata representada por Rusia, pero no obstante lo elogiaban por plantear el tema y pensaban que, en adelante, la conducta de ese país merecía «el escrutinio cuidadoso de la desconfianza»[91]. En otras palabras, la premisa general planteada por las opiniones extremas de Wilson –que el expansionismo ruso era un peligro para el mundo– fue aceptada en principio.

A partir de ese momento, el espectro de la amenaza rusa entró en el discurso político británico con carácter de realidad. La idea de que Rusia planeaba dominar Oriente Próximo y conquistar el Imperio británico empezó a aparecer con regularidad en panfletos, que a su vez más tarde fueron citados como pruebas objetivas por los propagandistas antirrusos en las décadas de 1830 y 1840.

El panfleto más influyente fue *On the Designs of Russia*, ya mencionado, obra del futuro comandante de la guerra de Crimea, George de Lacy Evans, que fue el primero en revelar el peligro que planteaban las actividades rusas en Asia Menor. Pero este panfleto también era notable por otra razón: allí De Lacy Evans presentaba el primer plan detallado para desmembrar el Imperio ruso, un programa que el gabinete volvería a considerar durante la guerra de Crimea. Proponía una guerra preventiva contra Rusia, para bloquear así sus intenciones agresivas. La alternativa que prefería era atacar a Rusia en Polonia, Finlandia, el mar Negro y el Cáucaso, donde era más vulnerable. Su plan de ocho puntos parece casi un anteproyecto de los más amplios objetivos británicos contra Rusia durante la guerra de Crimea:

1. Cortar el comercio con Rusia para que los nobles perdieran sus beneficios y se rebelaran contra el gobierno zarista.
2. Destruir las instalaciones navales de Kronstadt, Sebastopol, etc.
3. Lanzar una serie de «incursiones predatorias adecuadamente apoyadas contra las fronteras marítimas rusas, especialmente en el mar Negro, dentro de cuyas costas, e incluso en la retaguardia de su línea de puestos militares, la nación tiene una multitud de indomables, rebeldes y armados enemigos montañeses…».
4. Ayudar a los persas a reclamar el Cáucaso.
5. Despachar una cantidad importante de tropas y una flota al golfo de Finlandia «para amenazar los flancos y la reserva de los ejércitos rusos de Polonia y Finlandia».
6. Financiar revolucionarios para «crear insurrecciones y una guerra de los siervos».

7. Bombardear San Petersburgo, «si eso fuera practicable».
8. Enviar armas a Polonia y Finlandia «para que se liberen de Rusia»[92].

David Urquhart, el famoso turcófilo, también recomendó la idea de una guerra preventiva contra Rusia. Ningún escritor hizo más que él para preparar al público británico para la guerra de Crimea. Escocés educado en lenguas clásicas en Oxford, Urquhart se topó por primera vez con la Cuestión Oriental en 1827, cuando, a los 22 años, se alistó en un grupo de voluntarios que fueron a luchar por la causa griega. Viajó extensamente por la Turquía europea, se enamoró de las virtudes de los turcos, aprendió turco y griego moderno, adoptó la vestimenta turca y rápidamente se ganó la reputación de experto en Turquía gracias a sus artículos sobre ese país, que fueron publicados en el *Morning Courier* durante 1831. Usando la amistad de su familia con sir Herbert Taylor, secretario privado del rey Guillermo IV, Urquhart consiguió una designación como miembro de la misión de Stratford Canning a Constantinopla, cuyo propósito, en 1831, era negociar un acuerdo definitivo sobre la frontera griega. Durante el tiempo que permaneció en Constantinopla se convenció de la amenaza que planteaba la intervención rusa en Turquía. Alentado por sus patrocinadores de la corte, escribió *Turkey and Its Resources* (1833), obra en la que negaba que el Imperio otomano estuviera a punto de desmoronarse y en la que destacaba las oportunidades comerciales que aguardaban al Reino Unido si prestaba ayuda a Turquía y la protegía de la agresión rusa. El éxito del libro le ganó a Urquhart el favor de lord Palmerston, el secretario de Exteriores del gobierno de lord Grey (1830-1834), y un nuevo nombramiento en la capital turca como integrante de una misión secreta destinada a examinar las

posibilidades del comercio británico en los Balcanes, Turquía, Persia, el sur de Rusia y Afganistán.

En Constantinopla, Urquhart se convirtió en un estrecho aliado político del embajador británico, lord John Ponsonby, un ardiente antirruso que albergaba la convicción inquebrantable de que el objetivo de Rusia era subyugar a Turquía. Ponsonby instó al gobierno británico a despachar buques de guerra al mar Negro y a ayudar a las tribus musulmanas del Cáucaso en su lucha contra Rusia (en 1834 incluso consiguió de Palmerston una «orden discrecional» que le concedía autoridad para pedir que los buques de guerra británicos se trasladaran al mar Negro si lo consideraba necesario, pero esa autorización fue cancelada rápidamente por el duque de Wellington, quien no creía prudente otorgar tanto poder para desatar una guerra a un antirruso tan notorio). Bajo la influencia de Ponsonby, las actividades de Urquhart se hicieron cada vez más políticas. No dejó de escribir, pero hizo cosas concretas para conseguir que la guerra contra Rusia se tornara más probable. En 1834 visitó a las tribus circasianas y les prometió apoyo británico en su guerra contra la ocupación rusa, un acto de provocación que obligó a Palmerston a ordenarle que regresara a Londres.

Allí Urquhart intensificó su campaña a favor de la intervención militar británica contra Rusia en Turquía. En diciembre de 1834 se publicó un panfleto que había escrito con Ponsonby, *England, France, Russia and Turkey*, el cual tuvo cinco reediciones en un año y recibió reseñas muy positivas. Alentado por este éxito, en noviembre de 1835 Urquhart lanzó un periódico, *The Portfolio*, en el que difundía sus opiniones rusófobas, que eran usualmente de este tenor: «La ignorancia del pueblo ruso le impide albergar cualquier idea de comunidad con los sentimientos de otras naciones y lo dispone a considerar cualquier denuncia de la injusticia de sus gobernantes como un ataque contra ellos, y el gobierno ya ha anunciado por medio de sus leyes la determi-

nación de no someterse a ninguna influencia moral que pudiera llegarle desde el exterior»[93].

En otro acto de provocación, Urquhart publicó en *The Portfolio* supuestas copias de documentos diplomáticos rusos capturados en el palacio del gran duque Constantino, el gobernador de Polonia, durante la insurrección de Varsovia de noviembre de 1830, y que los emigrados polacos habían hecho llegar a Palmerston. Casi todos, si no todos, estos documentos habían sido fabricados por Urquhart, incluyendo «el párrafo suprimido de un discurso» en el que supuestamente el zar Nicolás había declarado que Rusia no dejaría de aplicar sus medidas represivas mientras no lograra el absoluto sometimiento de Polonia, y también una «declaración de Independencia» que presuntamente habían proclamado las tribus circasianas. Pero el clima antirruso era tal que la prensa inglesa aceptó ampliamente la autenticidad de esos documentos[94].

En 1836 Urquhart volvió a Constantinopla como secretario de la embajada. Su creciente fama e influencia en los círculos diplomáticos y políticos británicos habían forzado a Palmerston a devolverle un cargo público, aunque su papel en la capital turca era bastante limitado. Una vez más, Urquhart recurrió a la causa circasiana para intentar causar un conflicto entre Rusia y Reino Unido. En su acción más descabellada hasta el momento, conspiró para enviar una goleta británica, la *Vixen*, a Circasia, contraviniendo deliberadamente el embargo ruso que prohibía la entrada de barcos extranjeros en la costa oriental del mar Negro y que había sido impuesto como parte del Tratado de Adrianópolis. La *Vixen* pertenecía a una empresa naviera, George y James Bell de Glasgow y Londres, que ya había chocado con los rusos debido a sus obstructivas regulaciones sobre la cuarentena impuestas en el Danubio. Oficialmente, la *Vixen* estaba transportando sal, pero en realidad su carga consistía en gran cantidad de armas destinadas a los circasianos. En Constantinopla, Ponsonby

había sido informado de la travesía proyectada del barco y no había hecho nada por impedirla; tampoco respondió a la pregunta de los Bell, que querían saber si el Foreign Office reconocía el embargo y si el Reino Unido defendería sus derechos de navegación, tal como Urquhart les había asegurado. Los rusos estaban enterados de los planes de Urquhart: en el verano de 1836 el zar ya se había quejado al embajador británico en San Petersburgo después de que un seguidor de Urquhart había viajado a Circasia a prometer a las tribus rebeldes el apoyo británico en su lucha contra Rusia. La *Vixen* zarpó en octubre. Tal como Urquhart había previsto, un buque de guerra ruso capturó a la *Vixen* en la costa caucásica, en Soujouk Kalé, lo que generó denuncias indignadas de la acción rusa y llamamientos a declarar la guerra por parte de *The Times* y otros periódicos. Ponsonby pidió a Palmerston que despachara una flota al mar Negro. Aunque era reticente a reconocer el embargo de Rusia o su reclamación de Circasia, Palmerston no estaba dispuesto a ser empujado a la guerra por Urquhart, Ponsonby y la prensa británica. Aceptó que la *Vixen* había contravenido las regulaciones rusas, reconocidas por el Reino Unido, pero sólo en la medida en que se referían a Soujouk Kalé, no a toda la línea costera caucásica.

Obligado una vez más a abandonar Constantinopla, Urquhart fue despedido del servicio diplomático y acusado por Palmerston, en 1837, de haber violado secretos oficiales. Urquhart siempre alegó que Palmerston estaba enterado del plan de la *Vixen*. Durante años albergó un profundo resentimiento contra el secretario de Exteriores, quien supuestamente lo había traicionado. Conforme el Reino Unido avanzó hacia una *entente* con Rusia, Urquhart se sintió cada vez más frustrado y su rusofobia se hizo aún más extrema, lo que lo condujo a exigir una línea más dura contra Rusia –sin descartar la guerra– para defender el comercio inglés y sus intereses en la India. Incluso acusó a Palmerston de estar pagado por el gobierno ruso, imputación de la que

se hicieron eco sus partidarios periodísticos, incluyendo *The Times*, cuya influencia era determinante para la opinión de la clase media, que acabó por apoyar a Urquhart oponiéndose a la política exterior «prorrusa» de Palmerston. En 1839, una larga serie de cartas enviadas a *The Times* por «Anglicus» –el seudónimo de Henry Parish, uno de los acólitos de Urquhart– cobró casi el estatus de editoriales, que advertían sobre los peligros de cualquier concesión a un imperio decidido a la dominación de Europa y Asia.

Urquhart continuó sus ataques contra Rusia en la Cámara de los Comunes, para la que fue elegido en 1847 como candidato independiente (adoptando como colores de su insignia el verde y amarillo de Circasia). Para entonces Palmerston era secretario de Exteriores del gobierno *whig* de lord John Russell, que asumió el poder en 1846, tras la división de los conservadores en el tema de la revocación de los aranceles de importación de cereales (las Leyes del Maíz). Urquhart renovó sus acusaciones contra el secretario. En 1848, incluso encabezó una campaña para impugnar a Palmerston por no haber seguido una política más agresiva contra Rusia. En un discurso de cinco horas pronunciado en la Cámara de los Comunes, el principal aliado de Urquhart, el miembro del Parlamento Thomas Anstey, acusó a Palmerston de mantener una política exterior vergonzosa que ponía en peligro la seguridad nacional inglesa por no defender la libertad de Europa de la agresión rusa; en particular, las libertades constitucionales de Polonia, cuya conservación era una condición para que las otras potencias, en la Conferencia de Viena de 1815, pusieran el reino polaco bajo la protección del zar. La brutalidad con que Rusia reprimió el levantamiento de Varsovia de 1831 había obligado al Reino Unido a intervenir en Polonia en apoyo de los rebeldes, incluso corriendo el riesgo de desencadenar una guerra europea contra Rusia, afirmó Anstey. En su propia defensa, Palmerston explicó por qué había sido poco realista tomar las armas

para apoyar a los polacos, exponiendo al mismo tiempo los principios generales del intervencionismo liberal a los que volvería a recurrir cuando el Reino Unido entró en la guerra de Crimea:

> Sostengo que la verdadera política de Inglaterra –aparte de temas que involucren sus propios intereses particulares, políticos o comerciales– es ser la defensora de la justicia y el derecho, siguiendo ese rumbo con moderación y prudencia, sin convertirse en el Quijote del mundo sino colocando el peso de su sanción moral y su respaldo siempre del lado de la justicia, y en cualquier lugar donde crea que se ha cometido un perjuicio[95].

La rusofobia de Urquhart puede haber estado en desacuerdo con la política exterior británica de la década de 1840, pero consiguió un apoyo considerable en el Parlamento, donde un poderoso grupo de presión de políticos respaldaba sus peticiones de una línea más dura hacia Rusia. Entre ellos se contaban lord Stanley y Stratford Canning, quien reemplazó a Ponsonby como embajador en Constantinopla en el año 1842. Fuera del Parlamento, el apoyo que Urquhart prestó al libre comercio (la reforma más importante de la década de 1840) le ganó un amplio seguimiento por parte de empresarios del norte y de la región central, a quienes sus frecuentes discursos públicos habían convencido de que los aranceles rusos eran una de las causas importantes de la depresión económica inglesa. También tenía el apoyo de importantes diplomáticos y hombres de letras, entre los que se contaban Henry Bulwer, sir James Hudson y Thomas Wentworth Beaumont, cofundador de la *British and Foreign Review*, una publicación que, bajo la influencia de Urquhart, se volvió cada vez más hostil a Rusia.

A medida que transcurría la década, se empezó a advertir una rusofobia creciente incluso en los círculos intelectuales más moderados. Periódicos, publicaciones periodísticas cultas como la *Foreign Quarterly Review*, que antes había desestimado las advertencias «alarmistas» sobre la amenaza rusa contra la libertad de

Europa y los intereses británicos en Oriente, sucumbieron a la atmósfera antirrusa. Mientras tanto, entre el público en general –en las iglesias, las tabernas, las salas de conferencias y las convenciones cartistas– la hostilidad hacia Rusia se estaba convirtiendo rápidamente en un punto de referencia esencial del discurso político sobre la libertad, la civilización y el progreso que contribuyó a modelar la identidad nacional.



Ni la simpatía por Turquía ni los temores por la India alimentaron la rusofobia inglesa tan intensamente como la causa polaca. Defendido por los liberales de toda Europa como una lucha justa y noble por la libertad contra la tiranía rusa, el levantamiento polaco —y su brutal represión– fue más determinante que cualquier otro acontecimiento para lograr que los británicos se involucraran en los asuntos del continente y para exacerbar las tensiones que condujeron a la guerra de Crimea.

La historia de Polonia no podía haber sido más torturada. Durante el medio siglo anterior, la antigua Mancomunidad Polaca (el reino de Polonia unido con el gran ducado de Lituania) había sido dividida nada menos que tres veces: dos veces (en 1772 y 1795) por las tres potencias vecinas (Rusia, Austria y Prusia) y una vez (en 1792) los rusos y los prusianos, que alegaron que Polonia se había convertido en un baluarte del sentimiento revolucionario. Como resultado de estas particiones, el reino polaco había perdido más de dos tercios de su territorio. Desesperados ante la idea de que nunca recuperarían su independencia, los polacos recurrieron a Napoleón en 1806, sólo para ver que su territorio era aún más cercenado tras la derrota napoleónica. En 1815, en el Tratado de Viena, las potencias europeas establecieron el Zarato de Polonia o Polonia del Congreso (un área que correspondía a grandes rasgos al ducado napoleónico de Varsovia) y lo colocaron bajo la protección del zar con la condición de

que conservara las libertades constitucionales polacas. Pero Alejandro nunca reconoció plenamente la autonomía política del nuevo Estado –era muy difícil combinar la autocracia rusa con el constitucionalismo polaco– y el gobierno represivo de Nicolás I se ganó aún más la antipatía de muchos polacos. Durante la década de 1820 los rusos violaron los términos del tratado, eliminando la libertad de prensa, imponiendo tributos sin el consentimiento del parlamento polaco y usando poderes especiales para perseguir a los liberales que se oponían al gobierno zarista. La gota que colmó el vaso se produjo en noviembre de 1830, cuando el virrey de Polonia, el gran duque Constantino, hermano del zar, dio la orden de reclutar tropas polacas para reprimir las revoluciones de Francia y Bélgica.

La insurrección empezó cuando un grupo de oficiales polacos de la Academia Militar Rusa de Varsovia se sublevó contra la orden del gran duque. Los oficiales se adueñaron de su guarnición y atacaron el palacio Belvedere, sede principal del gran duque, quien consiguió escapar (disfrazado con ropas de mujer). Los rebeldes tomaron el arsenal de Varsovia y, apoyados por civiles armados, obligaron a las tropas rusas a retirarse de la capital polaca. El ejército polaco se unió a la sublevación. Se estableció un gobierno provisional, encabezado por el príncipe Adam Czartoryski, y se convocó un parlamento nacional. Los radicales que asumieron el poder declararon una guerra de liberación contra Rusia y en una ceremonia de destronamiento del zar proclamaron la independencia polaca en enero de 1831. Pocos días después de la proclamación, el ejército ruso cruzó la frontera polaca y avanzó sobre la capital. Las tropas estaban encabezadas por el general Iván Paskevich, un veterano de las guerras contra los turcos y las tribus montañesas del Cáucaso, cuyas medidas represivas brutales convirtieron su nombre, para la memoria nacional polaca, en sinónimo de la crueldad rusa. El 25 de febrero, una fuerza polaca de 40 000 hombres hizo retroceder sobre el Vístu-

la a 60 000 rusos para salvar Varsovia. Pero pronto llegaron refuerzos rusos y desgastaron gradualmente la resistencia polaca. Rodearon la ciudad, en la que los ciudadanos hambrientos empezaron a saquear y a rebelarse contra el gobierno provisional. Varsovia cayó el 7 de septiembre, tras una intensa lucha en las calles. En vez de someterse a los rusos, el resto del ejército polaco, unos 20 000 hombres, huyó a Prusia, donde fueron apresados por el gobierno prusiano, otro de los gobernantes de los territorios polacos anexados y aliado de Rusia; el príncipe Czartoryski logró llegar al Reino Unido, mientras que muchos otros rebeldes huyeron a Francia y Bélgica, donde fueron recibidos como héroes.

La reacción del público británico también fue solidaria. Tras el aplastamiento de la sublevación, hubo actos públicos masivos, manifestaciones de apoyo y se firmaron peticiones para protestar contra la acción rusa y demandar la intervención del Reino Unido. La prensa se unió a la llamada a una guerra contra Rusia, incluyendo *The Times*, que en julio de 1831 preguntaba: «¿Cuánto tiempo más se permitirá a Rusia hacer la guerra con impunidad contra la antigua y noble nación de los polacos, los aliados de Francia, amigos de Inglaterra, los genuinos y, siglos atrás, probados y victoriosos protectores de la Europa civilizada contra la barbarie turca y moscovita?». En Londres, Nottingham, Birmingham, Hull, Leeds, Glasgow y Edimburgo se establecieron asociaciones de Amigos de Polonia con el propósito de organizar el apoyo a la causa polaca. Los parlamentarios radicales (muchos de ellos irlandeses) pidieron que el Reino Unido actuara en defensa de «los polacos oprimidos». Grupos cartistas de hombres y mujeres trabajadores (comprometidos en la lucha por los derechos democráticos) declararon su solidaridad con la pugna por la libertad de los polacos, a veces incluso afirmando su voluntad de ir a la guerra para defender la libertad en su país y en el exterior. «Si la nación inglesa no toma las armas –declaraba el periódico car-

tista *Northern Liberator*–, seremos testigos del detestable espectáculo ofrecido por una flota rusa armada hasta los dientes y colmada de soldados, que se atreve a navegar por el canal de la Mancha, ¡y probablemente a anclar en Spithead o en la rada de Plymouth!»[96].

La lucha por la libertad de Polonia sedujo la imaginación del público inglés, que rápidamente la asimiló a los ideales que le gustaba considerar «británicos»; en particular, el amor a la libertad y el compromiso de defender de los «matones» a los «hombres pequeños» (el principio al que los británicos le adjudicaron su participación en las guerras de 1854, 1914 y 1939). En una época de reformas liberales y nuevas libertades para la clase media británica, esta asociación con la causa polaca suscitaba emociones poderosas. Poco después de la aprobación parlamentaria de la Ley de Reforma de 1832, el editor del *Manchester Times* dijo en una reunión de la Asociación de Amigos de Polonia que los británicos y los polacos peleaban la misma batalla por la libertad:

> Era nuestra propia lucha (*aclamaciones*). Estábamos luchando en el extranjero basados en el mismo principio por el que luchábamos contra la opresión doméstica. Polonia era tan sólo uno de nuestros puestos de avanzada. Todos los pesares de Inglaterra y el continente pueden remontarse a la primera división de Polonia. Si ese pueblo hubiera permanecido libre y sin cadenas, jamás habríamos visto a las hordas bárbaras de Rusia arrasar toda Europa; ni a los calmucos y cosacos del déspota acampados en las calles y los jardines de París. ¿Acaso habrá un solo marinero en nuestra armada, o un solo soldado, que no se regocije de que lo envíen a defender la causa de la libertad en auxilio de los desafortunados polacos? (*vítores*). No supondría un esfuerzo demasiado grande hacer volar el castillo de Kronstadt alrededor de las orejas del déspota ruso (*vítores*). En un mes [...] nuestra armada habría barrido todos los barcos mercantes rusos de todos los mares de la tierra (*vítores*). Si se envía una flota al Báltico para cerrar los puertos rusos, ¿qué sería entonces el emperador de Rusia? Un calmuco rodeado de unas pocas tribus bárbaras (*vítores*), un salvaje que, enfrentado a Inglaterra y Francia, no tendría más poder sobre el mar que el emperador de China (*vítores*[97]).

La presencia en Londres del príncipe Czartoryski, «el rey no coronado de Polonia», aumentó la simpatía británica por la causa polaca. El hecho de que el polaco exiliado fuera un ex ministro de Exteriores de Rusia confería aún más credibilidad a sus advertencias sobre la amenaza que Rusia suponía para Europa.

Czartoryski había entrado en el servicio diplomático del zar Alejandro I a los 33 años, en 1803. Pensaba que Polonia podría recuperar su independencia y una buena parte de sus territorios si se promovía una relación amistosa con el zar. Como miembro del Comité Secreto del Emperador, en una oportunidad había presentado un extenso memorándum que proponía una transformación completa del mapa de Europa: Rusia sería protegida de la amenaza austríaca y prusiana gracias al restablecimiento de un reino de Polonia bajo la protección del zar; la Turquía europea se convertiría en un reino balcánico dominado por los griegos, con control ruso de Constantinopla y de los Dardanelos; los eslavos conquistarían su libertad de los austríacos bajo la protección de Rusia; Alemania e Italia se transformarían en Estados nación independientes organizados de manera federal al estilo de los Estados Unidos; mientras que Rusia y el Reino Unido deberían mantener conjuntamente el equilibrio del continente. El plan era poco realista (ningún zar consentiría el restablecimiento del viejo reino de Polonia y Lituania).

Después de que las aspiraciones nacionales de Polonia fueron aplastadas por la derrota de Napoleón, Czartoryski se encontró exiliado en Europa, pero volvió a Polonia a tiempo para la sublevación de noviembre. Se unió al comité ejecutivo revolucionario, fue elegido presidente del gobierno provisional y convocó el parlamento nacional. Después de la represión del levantamiento, huyó a Londres, donde él y otros emigrados polacos continuaron luchando contra Rusia. Czartoryski trató de convencer al gobierno británico de que debía intervenir en Polonia y, si era necesario, entablar una guerra europea contra Rusia. El aconte-

cimiento inminente, dijo a Palmerston, era una lucha inevitable entre el Occidente liberal y el despótico Oriente. Fue audiblemente respaldado por varios influyentes liberales y rusófobos, entre los que se contaban George de Lacy Evans, Thomas Attwood, Stratford Canning y Robert Cutlar Fergusson, los cuales pronunciaron discursos en la Cámara de los Comunes reclamando la guerra contra Rusia. Palmerston simpatizaba con la causa polaca y condenaba las acciones del zar, pero, dada la postura de los austríacos y los prusianos, que muy improbablemente se enfrentarían a Rusia porque también ellos habían anexado territorios polacos, no le parecía «prudente apoyar con la fuerza de las armas la opinión de Inglaterra», y arriesgarse «a involucrar a Europa en una guerra general». La designación del antirruso Stratford Canning como embajador en San Petersburgo (un nombramiento que el zar rechazó) era todo lo lejos que el gobierno británico estaba dispuesto a ir para demostrar su oposición a las acciones de los rusos en Polonia. Desilusionado por la inacción británica, Czartoryski se marchó a París en el otoño de 1832. «Ahora ya no les importamos –escribió–. Sólo les importan sus propios intereses y no harán nada por nosotros[98]».

A continuación Czartoryski fijó su residencia en el hotel Lambert, el centro de los emigrados polacos en París y en muchos aspectos la sede del gobierno no oficial de Polonia en el exilio. El grupo del hotel Lambert mantenía vivas las convicciones y la cultura constitucionalistas de los emigrados que se reunían allí, entre los que se contaban el poeta Adam Mickiewicz y el compositor Frédéric Chopin. Czartoryski mantenía relaciones estrechas con los diplomáticos y políticos británicos partidarios de declarar la guerra a Rusia. En particular, desarrolló una intensa amistad con Stratford Canning, y sin duda durante las décadas de 1830 y 1840 ejerció influencia sobre las opiniones cada vez más rusófobas del británico. El principal agente de Czartoryski en Londres, Wladislaw Zamoyski, ex asistente del gran duque

Constantino que había desempeñado un papel relevante en el levantamiento polaco, mantenía buenas relaciones con Ponsonby y el bando de Urquhart, e incluso contribuyó a financiar la aventura de la *Vixen*. A través de Stratford Canning y de Zamoyski, no hay dudas de que Czartoryski ejerció una influencia importante sobre las ideas de Palmerston en las décadas de 1830 y 1840, cuando el futuro líder de la guerra de Crimea se convenció gradualmente de la conveniencia de una alianza europea contra Rusia. Czartoryski también cultivó relaciones estrechas con los líderes liberales de la Monarquía de Julio francesa, en particular con Adolphe Thiers, el ministro de Exteriores durante la década de 1840 y el último primer ministro de la Monarquía de Julio, desde 1847 hasta 1848. Ambos estadistas franceses advertían el valor de un emigrado polaco en su carácter de vínculo amistoso con el gobierno y la opinión pública británicos, cuya relación con los franceses era bastante fría en ese momento. En ese sentido, gracias a sus esfuerzos realizados en Londres y París, Czartoryski desempeñaría un papel significativo en la concreción de la alianza anglofrancesa que entraría en guerra contra Rusia en 1854.

Czartoryski y el grupo de exiliados polacos del hotel Lambert también desempeñaron un papel significativo en el aumento de la rusofobia francesa, que cobró fuerza en las dos décadas anteriores a la guerra de Crimea. Hasta 1830, la opinión francesa sobre los rusos era relativamente moderada. Un número considerable de franceses había ido a Rusia con Napoleón, y habían regresado con una impresión favorable sobre el carácter de ese pueblo, que había bastado para contrarrestar los escritos de los rusófobos como el estadista y propagandista católico François-Marie de Froment, quien advirtió sobre los peligros del expansionismo ruso en *Observations sur la Russie* (1817), o el sacerdote y político Dominique-Georges-Frédéric de Pradt, quien describió a Rusia como «el enemigo asiático de la libertad en Europa» en su muy

difundida polémica *Parallèle de la puissance anglaise et russe relativement à l'Europe* (1823[99]). Pero la oposición del zar a la revolución de julio de 1830 había despertado el odio hacia él en los liberales de izquierda, mientras que los aliados tradicionales de Rusia, los legitimistas partidarios de la dinastía de Borbón, teníian intensas opiniones católicas, que los distanciaban de los rusos en lo referido a la cuestión polaca. También los liberales y la izquierda aborrecían a Rusia.

La imagen de Polonia como una nación martirizada quedó fijada firmemente en la imaginación de los católicos franceses gracias a una serie de obras sobre la historia y la cultura polacas publicadas en la década de 1830, entre las que se destacaba por su importancia el *Livre des pèlerins polonais*, obra escrita por Mickiewicz, traducida al francés con un prefacio por el radical propagandista católico Charles Montalembert y publicado con el agregado de un «Himno a Polonia» del sacerdote y escritor Felicité de Lamennais[100]. El apoyo de los franceses a la liberación nacional de Polonia fue muy reforzado por la solidaridad religiosa, que se extendía a los católicos rutenos (uniatos) de Bielorrusia y Ucrania occidental, territorios antes dominados por Polonia, donde los católicos fueron convertidos por la fuerza a la Iglesia rusa después de 1831. La persecución religiosa de los rutenos concitó poca atención en Francia durante la década de 1830, pero cuando la persecución se extendió a la Polonia del Congreso a principios de la década de 1840, la opinión católica reaccionó con indignación. Abundaron los panfletos que pedían una guerra santa destinada a defender a «los cinco millones» de católicos polacos a los que Rusia había obligado a renunciar a su fe. Alentada por un manifiesto papal –«Sobre la persecución de la religión católica en el Imperio ruso y en Polonia»— de 1842, la prensa francesa se unió al sentimiento antirruso. «Como todo lo que queda hoy de Polonia es su catolicismo, el zar ha decidido acabar con él», afirmaba el influyente *Journal des débats* en un edi-

torial de octubre de 1842. «Quiere destruir la religión católica en su calidad de último y más poderoso principio de la nacionalidad polaca, de última libertad y signo de independencia de ese desdichado pueblo y de último obstáculo para el establecimiento en su vasto imperio del mismo sistema de leyes y moral, de ideas y de fe[101]».

La furia francesa a causa de la persecución de los católicos lanzada por el zar alcanzó su punto más alto en 1845, cuando llegaron noticias del trato brutal infligido a las monjas de Minsk. En 1839, el Sínodo de Polotsk, en Bielorrusia, había proclamado la disolución de la Iglesia católica griega, cuyo clero prolatino había apoyado activamente la insurrección polaca de 1831, y ordenado que todas sus propiedades fueran transferidas a la Iglesia ortodoxa rusa. El líder del Sínodo de Polotsk era un obispo prorruso llamado Semashko, que previamente había sido capellán de un convento de 245 monjas situado en Minsk. Una de las primeras medidas que adoptó al asumir su cargo en el episcopado fue ordenar a las monjas que se sometieran a la Iglesia rusa. Según las noticias que llegaron a Francia, cuando las monjas se negaron a cumplir la orden, Semashko las hizo arrestar. Encadenadas de manos y pies, las monjas fueron trasladadas a Vitebsk, donde cincuenta de ellas fueron encarceladas y obligadas a desempeñar duros trabajos manuales sin quitarles los grilletes, padeciendo las espantosas torturas y palizas que les propinaban los guardias. Después, en la primavera de 1845, cuatro de las hermanas lograron escapar. Una de ellas, la abadesa del convento, madre Makrena Mieczyslawska, quien contaba entonces 61 años, consiguió llegar a Polonia, donde recibió la ayuda del arzobispo de Poznan, cuyos funcionarios eclesiásticos la acompañaron luego a París. Volvió a relatar su espantosa historia al grupo de emigrados polacos del hotel Lambert. Después Makrena llevó su historia a Roma y se reunió con el papa Gregorio XVI justo antes de la visita del zar al Vaticano, en diciembre de 1845. Se dice

que Nicolás salió de su audiencia con el Papa cubierto de vergüenza y confusión, después de que sus negativas con respecto a la persecución de los católicos rutenos fueron refutadas por documentos en los que él mismo había elogiado «los santos actos» de Semashko.

La historia de las «monjas martirizadas» de Minsk se publicó por primera vez en el periódico francés *Le Correspondant* en mayo de 1846 y fue repetida muchas veces en los panfletos populares. Se propagó rápidamente por todo el mundo católico. Los diplomáticos y agentes del gobierno ruso en París trataron de desacreditar la versión que Makrena había dado de los acontecimientos, pero un examen médico ordenado por las autoridades papales confirmó que la monja sin duda había sufrido castigos físicos durante muchos años. La historia ejerció un duradero y poderoso impacto sobre los católicos franceses como ejemplo de la manera en que el zar estaba «extendiendo la ortodoxia hacia Occidente» y convirtiendo a los católicos «por la fuerza de las armas»[102]. Esta idea ejerció enorme influencia sobre la opinión francesa referida a la disputa de Tierra Santa contra Rusia[103].

El miedo a la persecución religiosa se juntó con el temor causado por la posibilidad de que una pantagruélica Rusia engullera la civilización europea. Uno de los amigos exiliados de Czartoryski, el conde Valerian Krasinki, era el autor de una serie de panfletos que advertían sobre los peligros que corría Occidente ante la existencia de un Imperio ruso extendido desde el Báltico y el Adriático hasta el océano Pacífico. «Rusia es una potencia agresiva –escribió Krasinki en una de sus obras de mayor circulación– y si se echa apenas un vistazo a los nuevos territorios que ha anexionado en el transcurso de un solo siglo bastará para ratificar ese hecho más allá de cualquier controversia posible». Desde la época de Pedro el Grande, argumentaba Krasinki, Rusia había engullido más de la mitad de Suecia, territorios de Polonia del tamaño del Imperio austríaco, tierras turcas de mayor tamaño que el

reino de Prusia y tierras de Persia que equivalían al territorio de Gran Bretaña. Desde la primera partición de Polonia en 1772, Rusia había avanzado su frontera 1370 kilómetros en dirección a Viena, Berlín, Dresde, Múnich y París; 520 kilómetros hacia Constantinopla; hasta unos pocos kilómetros de la capital sueca y se había apoderado de la capital polaca. La única manera de proteger a Occidente de esta amenaza rusa, concluía el conde, era por medio de la reinstauración de un Estado polaco fuerte e independiente[104].

En Francia, la percepción de la agresión rusa y de la amenaza que implicaba se exacerbó gracias al marqués de Custine, cuyo entretenido diario de viaje, *La Russie en 1839*, hizo más que cualquier otra publicación para moldear las actitudes europeas respecto de Rusia en el siglo XIX. La obra, un relato de las impresiones y reflexiones del noble a partir de un viaje a Rusia, se publicó por primera vez en París en 1843; fue reeditada muchas veces y rápidamente se convirtió en un superventas internacional. Custine había viajado a Rusia con el propósito específico de escribir un libro de viaje popular para ganarse un nombre como escritor. Antes había intentado lograrlo con novelas, piezas teatrales y dramáticas, pero sin gran éxito, de manera que la literatura de viajes era su última oportunidad para ganar reputación.

El marqués era un católico devoto que tenía muchos amigos en el grupo del hotel Lambert. A través de uno de sus contactos polacos, que tenía una medio hermana en la corte rusa, consiguió acceso a los más altos círculos de la sociedad de San Petersburgo e incluso le concedieron una audiencia con el zar, una garantía de que su libro despertaría interés en Occidente. La simpatía de Custine por Polonia lo puso en contra de Rusia desde el principio. En San Petersburgo y Moscú pasó mucho tiempo en compañía de nobles e intelectuales liberales (varios de ellos convertidos a la Iglesia de Roma) que estaban profundamente desilusionados con las políticas reaccionarias de Nicolás I. La repre-

sión de la sublevación polaca, que se produjo justo seis años después del aplastamiento de la revuelta decembrista en Rusia, había logrado que esos hombres desesperaran de la idea de que su país siguiera alguna vez el camino constitucional de Occidente. Sin dudas, su pesimismo influyó sobre la sombría impresión que Custine tuvo de la Rusia contemporánea. Todo eso colmó al francés de desprecio y temor: el despotismo del zar; el servilismo de los miembros de la aristocracia, que no eran más que esclavos; sus pretenciosos modales europeos, que era tan sólo una delgada capa de civilización destinada a ocultar su barbarie asiática ante los ojos de Occidente; la falta de libertad y dignidad individual; el carácter fraudulento y de desprecio por la verdad que parecía inundar toda la sociedad. Como muchos viajeros a Rusia anteriores a él, el marqués quedó impresionado por la escala de todo lo que había construido el gobierno. San Petersburgo mismo era un «monumento creado para anunciar la llegada de Rusia al mundo». Custine consideraba esa grandiosidad como un signo de la ambición rusa de apoderarse de Occidente. Rusia envidiaba a Europa con gran resentimiento, «como el esclavo a su amo», alegaba Custine, y en ese sentimiento radicaba la amenaza de su agresión:

> Una ambición excesiva e inmensa, la clase de ambición que sólo puede albergar el pecho de los oprimidos y que sólo encuentra alimento en las miserias de toda una nación, fermenta en el corazón del pueblo ruso. Esa nación, esencialmente agresiva, codiciosa como consecuencia de las privaciones, expía de antemano, por medio de una sumisión degradante, su intención de ejercer una tiranía sobre otras naciones: la gloria y las riquezas que son objeto de sus esperanzas la consuelan de la desgracia a la que se somete. Para purificarse del horrible e impío sacrificio de toda libertad pública y personal, el esclavo, de rodillas, sueña con dominar el mundo.

La Providencia había puesto a Rusia sobre la faz de la tierra para «castigar a la civilización corrupta de Europa por medio de una nueva invasión», sostenía Custine. Servía de advertencia y

de lección a Occidente y Europa sucumbiría ante su barbarie «si nuestras extravagancias e iniquidades nos hacen merecedores del castigo». Tal como el marqués concluía en el famoso párrafo final de su libro:

> Para tener idea de la libertad de la que gozamos en otros países europeos, uno debe haber estado en esa soledad sin alivio, en esa prisión constante que se llama Rusia. Si alguna vez tu hijo está descontento con Francia, prueba mi receta: dile que viaje a Rusia. Es un viaje útil para cualquier extranjero: quien haya observado detenidamente ese país estará contento de vivir en cualquier otra parte[105].

En los años posteriores a su publicación, *La Russie en 1839* tuvo seis reediciones en Francia; fue copiada y publicada con varias ediciones en Bruselas, fue traducido al alemán, al danés y al inglés, y abreviada en forma de panfleto en otros diversos idiomas europeos. En total debe de haber vendido varios cientos de miles de ejemplares, lo que la convierte, de lejos, en la obra más popular e influyente sobre Rusia escrita por un extranjero en vísperas de la guerra de Crimea. La clave de su éxito fue que justificaba articuladamente los miedos y prejuicios sobre Rusia que prevalecían en Europa en ese momento.

En todo el continente cundía una profunda ansiedad generada por el rápido crecimiento de Rusia y por su potencia militar. La invasión rusa de Polonia y de los principados del Danubio, combinada con su influencia creciente en los Balcanes, provocó el temor de una amenaza eslava contra la civilización occidental, tal como lo expresaba el libro de Custine. En particular en tierra alemana, donde el libro de Custine fue muy bien recibido, la prensa panfletaria afirmaba que Nicolás planeaba convertirse en el emperador de los eslavos en toda Europa y que no se podría lograr la unidad alemana sin una guerra destinada a hacer retroceder la influencia rusa. Esas ideas fueron avivadas por la aparición de *Russland und die Zivilisation*, un panfleto publicado anónimamente en varias ediciones alemanas a principios de la década

de 1830 y traducido al francés por el conde Adam Gurowski en 1840. Por ser una de las primeras expresiones publicadas sobre una ideología paneslava, el panfleto suscitó muchas discusiones en el continente. Gurowski mantenía que la historia europea hasta el momento sólo había conocido dos civilizaciones, la latina y la germánica, pero que la Providencia había asignado a Rusia la misión divina de darle al mundo una tercera civilización, la eslava. Bajo el dominio alemán, las naciones eslavas (checos, eslovacos, serbios, eslovenos y demás) estaban en decadencia. Pero se unirían y recuperarían nueva fuerza bajo el liderazgo de Rusia y acabarían por dominar el continente[106].

En la década de 1830, el miedo de Occidente al paneslavismo se centraba específicamente en los Balcanes, donde la influencia de Rusia parecía estar claramente en ascenso. Los austríacos recelaban cada vez más de las intenciones de Rusia en Serbia y en los principados del Danubio, al igual que los británicos, que establecieron consulados en Belgrado, Iasi y Braila con el propósito de promover el comercio británico y poner freno a Rusia. La interferencia rusa en la política serbia causaba especial preocupación. En 1830 Serbia había logrado el autogobierno bajo soberanía otomana, con el príncipe Milos, de la familia Obrenovich, como gobernante hereditario. El «partido ruso» de Belgrado –eslavófilos que deseaban que Rusia adoptara una política exterior más agresiva en apoyo de los eslavos balcánicos– rápidamente consiguió respaldo entre los notables serbios, el clero, el ejército e incluso entre los miembros de la corte del príncipe Milos. Los británicos respondieron apuntalando el régimen de Milos, ya que pensaron que un déspota probritánico era preferible a una oligarquía de notables serbios controlada por los rusos, y ejerció presión sobre el príncipe para que fortaleciera su posición por medio de reformas constitucionales. Pero Rusia usó su influencia para amenazar a Milos con una rebelión y para conseguir de las autoridades otomanas, en 1838, un Estatuto Orgánico que fun-

cionaba como una alternativa al modelo constitucional británico. El estatuto concedía libertades civiles, pero implantaba un sistema de consejeros nobles vitalicios en vez de asambleas electas con el propósito de contrarrestar el poder del príncipe. Como la mayoría de los consejeros eran prorrusos, el gobierno zarista estuvo en condiciones de ejercer una presión importante sobre el gobierno serbio durante la década de 1840[107].

Es difícil determinar cuáles eran las motivaciones que impulsaban al zar en los Balcanes. Él mismo repetía que se oponía a cualquier movimiento paneslavo o nacionalista que desafiara a los legítimos soberanos del continente, incluidos los otomanos y el propio Milos. El objetivo de su intervención en los Balcanes era tan sólo sofocar la posibilidad de cualquier revolución nacional que pudiera estallar allí y propagarse a las naciones eslavas que se encontraban bajo el dominio ruso (particularmente los polacos). En su patria, condenaba abiertamente a los paneslavos, calificándolos de peligrosos liberales y revolucionarios. «Bajo el disfraz de su solidaridad con los eslavos oprimidos de otros Estados –escribió–, ocultan la idea insurrecta de unirse con esas tribus, pese a que gozan de ciudadanía legítima en los Estados vecinos y aliados, y esperan que esto no ocurra por voluntad de Dios sino gracias a intentos violentos que serán la ruina de la propia Rusia[108]» Nicolás consideraba que el «partido ruso» era una grave amenaza y había ordenado a la Tercera Sección, la policía política, que lo mantuviera bajo vigilancia estrecha durante las décadas de 1830 y 1840. En 1847, la Hermandad de San Cirilo y San Metodio, el centro del movimiento paneslavo en Kiev, fue cerrada por la policía[109]..

Sin embargo, el zar era pragmático en lo referido a su adhesión a los principios legitimistas. Los aplicaba a los Estados cristianos, pero no necesariamente a los Estados musulmanes si eso implicaba ponerse en contra de los cristianos ortodoxos, como quedó demostrado cuando prestó apoyo a la insurrección de los

griegos contra el Imperio otomano. Con el transcurso de los años, Nicolás concedió cada vez más importancia a la defensa de la religión ortodoxa y de los intereses rusos –que en su opinión eran prácticamente sinónimos– que al Concierto de Europa o a los principios internacionales de la Santa Alianza. Así, aunque compartía la ideología reaccionaria de los Habsburgo y respaldaba su imperio, eso no le impedía estimular las simpatías nacionalistas de los serbios, rumanos y ucranianos dentro del Imperio austríaco, por el simple motivo de que eran ortodoxos. Su actitud hacia los eslavos católicos gobernados por los Habsburgo (checos, eslovenos, croatas y polacos) era mucho menos alentadora.

En cuanto a los eslavos del Imperio otomano, la renuencia inicial demostrada por el zar para prestar apoyo a su lucha de liberación se fue debilitando gradualmente cuando Nicolás se convenció de que la caída de la Turquía Europea era inevitable e inminente y de que la promoción de los intereses rusos implicaba sellar alianzas con las naciones eslavas a fin de prepararse para la partición que seguiría a la caída. Este cambio de opinión del zar fue una modificación de estrategia más que una alteración fundamental de su ideología: si Rusia no intervenía en los Balcanes, lo harían las naciones occidentales, como había ocurrido en Grecia, para instar a las naciones cristianas a volverse contra Rusia y convertirse en Estados afines a Occidente. Pero también hay evidencias de que en el transcurso de la década de 1840 Nicolás empezó a experimentar cierta simpatía por los sentimientos religiosos y nacionalistas de los eslavófilos y los paneslavos, cuyas místicas ideas de la Santa Rusia como un imperio de los ortodoxos cada vez encajaba mejor con su propia idea de la misión internacional que debía cumplir por ser el zar:

Moscú, y la ciudad de Pedro, y la ciudad de Constantino
son las sagradas capitales del zarato ruso…
¿Pero dónde termina?, ¿cuáles son sus fronteras
hacia el norte, el este, el sur, hacia el ocaso?

El destino lo revelará en el futuro…
¡Siete mares interiores y siete grandes ríos!
Del Nilo al Neva, del Elba a China,
del Volga al Éufrates, del Ganges al Danubio…
Ese es el imperio de los zares… y no desaparecerá
con los siglos.
El Espíritu Santo lo previó y Daniel lo predijo.
Fedor Tiutchev, «Geografía rusa», 1849[110]

El principal ideólogo paneslavo era Mijaíl Pogodin, profesor de la Universidad de Moscú y fundador de la influyente publicación *Moskvitianin* (Moscovita). Pogodin tuvo acceso a la corte y los altos círculos oficiales por intermediación del ministro de Educación, Serguéi Uvarov, quien lo protegió de la policía y convenció a muchos de sus colegas ministeriales de la idea de Pogodin, quien sostenía que Rusia debía respaldar la liberación de los eslavos por razones religiosas. En la corte, Pogodin tenía una activa seguidora en la persona de la condesa Antonina Bludova, hija de un estadista imperial de posición elevada. También gozaba de la simpatía del gran duque Alejandro, el heredero al trono. En 1838 Pogodin expresó sus ideas en un memorándum dirigido al zar. Argumentando que la historia avanzaba por medio de una sucesión de personas elegidas, mantenía que el futuro pertenecía a los eslavos, si Rusia asumía su misión providencial de crear un imperio eslavo y conducirlo a su destino. En 1842 volvió a escribirle:

> Así es nuestro propósito: ¡ruso, eslavo, europeo, cristiano! Como rusos, debemos capturar Constantinopla por nuestra propia seguridad. Como eslavos, debemos liberar a millones de nuestros parientes mayores, hermanos en la fe, educadores y benefactores. Como europeos, debemos expulsar a los turcos. Como cristianos ortodoxos, debemos proteger la Iglesia oriental y devolver a Santa Sofía su cruz ecuménica[111].

Nicolás siguió oponiéndose oficialmente a estas ideas. Su ministro de Exteriores, Karl Nesselrode, era inflexible en su opi-

nión de que cualquier señal de aliento a los eslavos balcánicos alejaría a los austríacos, los más antiguos aliados de Rusia, y arruinaría la *entente* con las potencias occidentales, lo que dejaría a Rusia aislada del mundo. Pero a juzgar por las notas apuntadas por el zar en los márgenes de los escritos de Pogodin, parece que, al menos en privado, simpatizaba con sus ideas.



Los temores occidentales con respecto a Rusia se intensificaron por la violenta reacción de ese imperio contra las revoluciones de 1848. En Francia, donde la ola revolucionaria se inició en febrero, con la caída de la Monarquía de Julio y el establecimiento de la Segunda República, la izquierda se unió por el temor de que las fuerzas rusas vinieran en auxilio de la derecha contrarrevolucionaria para restaurar el «orden» en París. Todo el mundo esperaba la invasión rusa. «Estoy aprendiendo ruso –escribió el dramaturgo Prosper Mérimée a un amigo que estaba en Italia–. Tal vez eso me ayude a conversar con los cosacos en las Tullerías». Esa primavera, cuando las revoluciones democráticas se propagaron en las tierras de Alemania y de los Habsburgo, muchos pensaron que (tal como había dicho Napoleón en una oportunidad) o bien Europa se volvería republicana o sería arrasada por los cosacos. Las revoluciones continentales parecían destinadas a una lucha de vida o muerte contra Rusia y el zar Nicolás, el «gendarme de Europa». En Alemania, los diputados recientemente electos de la Asamblea Nacional de Fráncfort, el primer parlamento alemán, llamaron a una unión con Francia y pidieron la creación de un ejército europeo para defender el continente contra una invasión rusa[112].

Para los alemanes y los franceses, Polonia era la primera línea de defensa contra Rusia. En el transcurso de la primavera de 1848, en la Asamblea Nacional de París se produjeron declaraciones de apoyo y se pronunciaron discursos que instaban a una

guerra para la restauración de una Polonia independiente. El 15 de mayo la Asamblea fue invadida por una multitud de manifestantes enfurecidos por el rumor (que era cierto) de que Alphonse de Lamartine, el ministro de Exteriores, había llegado a un acuerdo con los rusos sobre Polonia. Ante los gritos de la multitud que coreaba «¡Viva Polonia!», los diputados radicales se turnaron para declarar su respaldo apasionado a una guerra de liberación destinada a devolver a Polonia sus fronteras previas a la partición y a expulsar a los rusos de suelo polaco[113].

Luego, en julio, los rusos intervinieron contra la revolución rumana de Moldavia y Valaquia, hecho que exacerbó aún más los ánimos en Occidente. La revolución de esos principados había sido antirrusa desde el principio. Los liberales y nacionalistas rumanos se oponían al gobierno prorruso que había sido instalado por las tropas zaristas que partieron tras haber ocupado Moldavia y Valaquia desde 1829 hasta 1834. La oposición liberal se centró primero en las asambleas de boyardos, cuyos derechos políticos habían sido rigurosamente limitados por el Reglamento Orgánico implantado por los rusos antes de devolver los principados a la soberanía de los otomanos. Los gobernantes de los principados, por ejemplo, ya no eran elegidos por las asambleas, sino designados directamente por el zar. Durante la década de 1849, cuando los líderes moderados como Ion Campineanu estaban en el exilio, el movimiento nacional pasó a manos de una generación más joven de activistas –muchos de ellos hijos de boyardos educados en París– que se organizaron en sociedades revolucionarias secretas que seguían las premisas de los carbonarios o los jacobinos.

La más grande de esas sociedades secretas, la *Fratja* o «Hermandad», entró en escena en la primavera de 1848. En Iasi y Bucarest hubo rumiones públicas que pedían la reinstauración de los antiguos derechos que habían sido anulados por el Reglamento Orgánico. Se constituyeron comités revolucionarios. En

Bucarest, grandes manifestaciones organizadas por la *Fratja* obligaron al príncipe Gheorghe Bibescu a abdicar en favor de un gobierno provisional. Se estableció una república y se promulgó una constitución para reemplazar el Reglamento Orgánico. El cónsul ruso huyó a la Transilvania austríaca. La tricolor rumana fue exhibida en desfiles a través de las calles de Bucarest entre las multitudes que ovacionaban, cuyos líderes pedían la unión de los principados para constituir un Estado nacional independiente.

Alarmados por estos acontecimientos y temiendo que el espíritu de la rebelión pudiera extenderse a sus propios territorios, en julio los rusos ocuparon Moldavia con 14 000 solados para impedir el establecimiento de un gobierno revolucionario como había ocurrido en Bucarest. También trajeron 30 000 soldados de Besarabia a la frontera de Valaquia, preparados para un ataque contra el gobierno provisional.

Los revolucionarios de Bucarest pidieron apoyo a los británicos. El cónsul británico, Robert Colquhoun, había estado alentando activamente la oposición nacional contra Rusia, no porque el Foreign Office quisiera promover la independencia rumana, sino porque quería revertir el dominio de Rusia y reinstaurar la soberanía turca sobre una base de mayor liberalismo, para poder promover mejor los intereses británicos en los principados. El consulado de Bucarest había sido uno de los centros principales de reunión de los revolucionarios. Los británicos incluso habían traído clandestinamente a algunos exiliados polacos para organizar un movimiento antirruso que integrara a polacos, húngaros, moldavos y valacos bajo la tutela británica[114].

Entendiendo que la única esperanza de que Valaquia fuera independiente era impedir la intervención de Rusia, Colquhoun actuó como mediador entre los líderes revolucionarios y las autoridades otomanas con la esperanza de conseguir que los turcos reconocieran el gobierno provisional. Aseguró al comisionado otomano Suleimán Pachá que el gobierno de Bucarest seguiría

siendo leal al sultán –un engaño deliberado– y que su odio a Rusia sería muy útil para Turquía en cualquier guerra futura contra los rusos. Suleimán aceptó los argumentos de Colquhoun y pronunció un discurso ante la enfervorizada multitud de Bucarest, en el que brindó por la «nación rumana» y habló de la posibilidad de «la unión de Moldavia y Valaquia como una estaca en las entrañas de Rusia»[115].

Todo esto fue un trapo rojo agitado ante las narices del toro ruso. Vladimir Titov, el embajador ruso en Constantinopla, exigió que el sultán cesara las negociaciones con los revolucionarios y restituyera el orden en Valaquia, porque en otro caso Rusia tomaría cartas en el asunto. Esto bastó para producir un cambio de actitud de los turcos a principios de septiembre. Enviaron a un nuevo comisionado, Fuad Efendi, para poner fin a la revuelta con la ayuda del general ruso Alexander Duhamel. Fuad entró en Valaquia y acampó a las puertas de Bucarest con 12 000 soldados turcos, mientras que Duhamel trajo consigo los 30 000 soldados rusos que habían sido movilizados desde Besarabia. El 25 de septiembre avanzaron conjuntamente sobre Bucarest y derrotaron fácilmente a los pequeños grupos de rebeldes que les opusieron débil resistencia en las calles. La revolución había terminado.

Los rusos asumieron el control de la ciudad y llevaron a cabo una serie de arrestos masivos, lo que obligó a miles de rumanos a huir al exterior. También fueron arrestados ciudadanos británicos. El gobierno prorruso instalado por las tropas de ocupación prohibió cualquier clase de reunión pública. Escribir sobre temas políticos se convirtió en un delito punible; la policía examinaba incluso las cartas personales. «Se ha establecido aquí un sistema de espionaje –informó Colquhoun–. No se permite a nadie hablar de temas políticos, los periódicos alemanes y franceses están prohibidos [...]. El comisionado turco se siente obligado a orde-

nar a todo el mundo que deje de hablar en público sobre temas políticos[116]».

Tras haber restaurado el orden en los principados, el zar pidió a los otomanos un nuevo acuerdo a cambio de sus servicios: aumentar el control de Rusia sobre esos territorios. Esta vez, las condiciones eran abusivas: la ocupación militar rusa debía durar siete años; las dos naciones designarían los gobernantes de los principados y se autorizaría al ejército ruso a atravesar el territorio de Valaquia para aplastar la revolución húngara que en ese momento había estallado en Transilvania. Sospechando que en realidad los rusos pretendían lograr la anexión de los principados, Stratford Canning urgió a los turcos a resistirse firmemente a los deseos del zar. Pero no podía prometer una intervención británica en el caso de que se desencadenara una guerra entre Turquía y Rusia. Pidió a Palmerston que disuadiera a Rusia y demostrara su apoyo al Imperio otomano enviando una flota, una medida que consideraba esencial para impedir el estallido de las hostilidades. Si Palmerston hubiera seguido el consejo de Canning, el Reino Unido posiblemente hubiera entrado en guerra con Rusia seis años antes de la guerra de Crimea. Pero una vez más el secretario de Exteriores no estuvo dispuesto a actuar. Pese a su dura postura hacia Rusia, Palmerston (por el momento) estaba dispuesto a confiar en las intenciones del zar respecto de los principados, no creía que intentara anexarlos y tal vez incluso celebrara que los rusos restauraran el orden en las tierras cada vez más caóticas de los otomanos y de los Habsburgo.

Sin el respaldo de los británicos, al gobierno turco no le quedaba más alternativa que negociar con los rusos. Por el Tratado de Balta Liman, firmado en abril de 1849, el zar consiguió casi todo lo que había exigido: los gobernantes de los principados serían elegidos por los rusos y los turcos; las asambleas de boyardos serían completamente reemplazadas por consejos asesores elegidos y supervisados por ambas potencias y la ocupación rusa

duraría hasta 1851. Las disposiciones establecidas en el tratado equivalían en la práctica a la reinstauración del control ruso y a una sustancial reducción de la autonomía de la que los principados habían gozado antes, incluso cuando estaban sometidos a las restricciones del Reglamento Orgánico[117]. El zar concluyó que a partir de ese momento los principados eran áreas de influencia rusa, que los turcos las conservaban tan sólo porque él lo permitía y que incluso después de 1851 los rusos podrían entrar en los principados a voluntad para obligar al gobierno otomano a hacerles más concesiones.

El éxito de la intervención rusa en los principados del Danubio influyó sobre la decisión del zar de entrar en Hungría en junio de 1849. La revolución húngara había empezado en marzo de 1848 cuando, inspirada por los acontecimientos de Francia y Alemania, la Dieta húngara, conducida por el brillante orador Lajos Kossuth, proclamó la autonomía de Hungría del Imperio de los Habsburgo y aprobó una serie de reformas que abolían la servidumbre y establecían el control húngaro del presupuesto nacional y de los regimientos húngaros que formaban parte del ejército imperial. Enfrentado con una revolución popular en Viena, el gobierno austríaco aceptó al principio la autonomía de Hungría, pero una vez que la revolución de la capital fue reprimida, las autoridades imperiales ordenaron la disolución de la Dieta húngara y declararon la guerra a Hungría. Apoyados por las minorías eslovacas, alemanas y rutenas de Hungría y por un gran número de voluntarios polacos e italianos que también se oponían al dominio de los Habsburgo, los húngaros eran un digno enemigo de las fuerzas austríacas, y en abril de 1849, tras una serie de encuentros militares sin claro vencedor, Hungría también declaró una guerra para independizarse de Austria. El emperador Francisco José, quien acababa de asumir el trono a los 18 años, pidió al zar que interviniera.

Nicolás accedió a actuar para sofocar la revolución sin poner ninguna condición. Básicamente, lo hacía por solidaridad con la Santa Alianza –el derrumbe del Imperio austríaco tendría consecuencias importantes para el equilibrio de poder europeo–, pero el zar también tenía en cuenta los intereses de Rusia. No podía permitirse hacerse a un lado y quedarse mirando la propagación de movimientos revolucionarios en Europa Central, ya que eso podía producir, seguramente, una nueva insurrección en Polonia. El ejército húngaro tenía en sus filas a muchos exiliados polacos. Algunos de sus mejores generales eran polacos, incluyendo al general Jozef Bem, uno de los líderes principales de la insurrección polaca, y en 1848-1849 comandante de las fuerzas húngaras que salieron victoriosas en Transilvania. Si la revolución húngara no era reprimida, seguramente se propagaría a Galitzia (un territorio en su mayor parte polaco, controlado por Austria), lo que reabriría la Cuestión Polaca en el Imperio ruso.

El 17 de junio de 1849, 190 000 soldados rusos cruzaron la frontera húngara y entraron en Eslovaquia y Transilvania. Estaban dirigidos por el general Paskevich, el líder de la campaña punitiva de 1831 contra los polacos. Los rusos llevaron a cabo una serie de feroces operaciones represivas contra la población, pero ellos mismos sucumbieron en gran número a las enfermedades, especialmente el cólera, en una campaña que duró tan sólo ocho semanas. Avasallado por la enorme superioridad numérica de los rusos, casi todo el ejército húngaro se rindió en Vilagos el 13 de agosto. Pero alrededor de 5000 soldados (incluyendo a 800 polacos) huyeron al Imperio otomano, especialmente a Valaquia, donde algunas fuerzas turcas seguían luchando contra la ocupación rusa, desafiando los términos del acuerdo de Balta Liman.

El zar se pronunció a favor de dar un trato clemente a los líderes húngaros. Se oponía a las represalias brutales que solían efectuar los austríacos. Pero estaba resuelto a perseguir a los refugiados polacos, en particular a los generales polacos del ejército

húngaro que podían llegar a convertirse en líderes de otra insurrección destinada a lograr la liberación de Polonia del control ruso. El 28 de agosto, los rusos exigieron al gobierno turco la extradición de los polacos que eran súbditos del zar. Los austríacos demandaron la extradición de los húngaros, incluyendo a Kossuth, que habían sido albergados por los turcos. La ley internacional tomaba en cuenta la extradición de criminales, pero los turcos no consideraban que los exiliados lo fueran. Les complacía tener a esos soldados antirrusos en su suelo y les concedieron asilo político, tal como lo habían hecho en 1831, bajo ciertas condiciones, los Estados liberales de Occidente con respecto a los refugiados polacos. Alentados por los británicos y los franceses, los turcos se negaron a someterse a las amenazas de los rusos y los austríacos, quienes rompieron relaciones con la Puerta. Como respuesta a la petición de ayuda militar de los turcos, en octubre los británicos enviaron su escuadrón de Malta a la bahía de Besico, situada justo a las puertas de los Dardanelos, donde se les unió más tarde una flota francesa. Las potencias occidentales estaban al borde de una guerra contra Rusia.

Para entonces, el público británico estaba exaltado en su defensa de los refugiados húngaros. Su lucha heroica contra la poderosa tiranía zarista había capturado la imaginación de los británicos, alimentando una vez más sus poderosas pasiones antiarrugas. En la prensa, la revolución húngara era idealizada comparándola con la Revolución Gloriosa de 1688, cuando el Parlamento británico había destronado al rey Jacobo II para establecer una monarquía constitucional. Kossuth era considerado un «tipo muy británico» de revolucionario: un caballero liberal y partidario de la aristocracia ilustrada, un luchador por los principios de las normas parlamentarias y del gobierno constitucional (dos años más tarde fue recibido como un héroe por las multitudes británicas, cuando viajó al Reino Unido para pronunciar una serie de charlas). Los refugiados polacos y húngaros eran vistos co-

mo románticos luchadores por la libertad. Karl Marx, quien había llegado a Londres como exiliado político en 1849, inició una campaña contra Rusia en su condición de enemiga de la libertad. Las noticias sobre la represión y las atrocidades cometidas por las tropas rusas en Hungría y en los principados del Danubio fueron recibidas con indignación y el público británico quedó encantado cuando Palmerston anunció que estaba despachando buques de guerra a los Dardanelos para ayudar a los turcos a hacer frente al zar. Ésa era la clase de vigorosa política exterior –la buena disposición a intervenir en defensa de los valores liberales británicos en cualquier lugar del mundo– que la clase media esperaba de su gobierno, tal como lo demostraría el incidente de Don Pacifico[118].

La movilización de las flotas británica y francesa convenció a Nicolás de que debía llegar a un acuerdo con las autoridades otomanas en lo concerniente a los refugiados. Los turcos se comprometieron a mantener a los refugiados polacos bien lejos de la frontera rusa –una concesión que cumplía en general con los principios del asilo político reconocidos por los Estados occidentales– y el zar abandonó su demanda de extradición.

Pero en el momento en que se estaba llegando a este acuerdo, llegó de Constantinopla la noticia de que Stratford Canning había improvisado una interpretación de la convención de 1841 para permitir que la flota británica se refugiara dentro del estrecho de los Dardanelos si así lo exigían los fuertes vientos que soplaban en la bahía de Besico; de hecho, eso fue exactamente lo que ocurrió cuando los barcos llegaron allí a fines de octubre. Nicolás estaba furioso. Titov recibió la orden de informar a la Sublime Puerta de que Rusia tenía en el Bósforo los mismos derechos que los que el Reino Unido acababa de reclamar en los Dardanelos: una réplica brillante, porque desde el Bósforo los buques rusos podrían atacar Constantinopla mucho antes de que la flota británica pudiera llegar desde los remotos Dardanelos.

Palmerston retrocedió, se disculpó con Rusia y reafirmó el compromiso de su gobierno con la convención de 1841. Las flotas aliadas recibieron la orden de retirarse y una vez más se evitó la amenaza de una guerra.

Sin embargo, antes de que llegara la disculpa de Palmerston, el zar endilgó un sermón al enviado británico en San Petersburgo. Sus palabras revelan perfectamente el estado de ánimo de Nicolás apenas cuatro años antes de entrar en guerra contra las potencias occidentales:

> No entiendo la conducta de lord Palmerston. Si pretende declararme una guerra, que lo haga libre y lealmente. Será un gran infortunio para nuestros dos países, pero estoy resignado a ello y dispuesto a aceptarlo. Sin embargo, debería dejar de tenderme trampas por todos lados. Esa política es indigna de una gran potencia. Si el Imperio otomano aún existe, es por mí. Si retiro la mano que lo protege y lo sostiene, se derrumbará en un instante.

El 17 de diciembre, el zar ordenó al almirante Putiatin que preparara un plan para un ataque sorpresa en los Dardanelos por si llegaba a producirse otra crisis debido a la presencia rusa en los principados. Quería estar seguro de que la flota del mar Negro pudiera impedir que los británicos volvieran a entrar en los Dardanelos. Como señal de su resolución, dio su aprobación a la construcción de los cuatro nuevos y costosos vapores de guerra que requería ese plan[119].

La decisión de Palmerston de retirarse del conflicto fue un golpe severo para Stratford Canning, quien había pretendido una acción militar decisiva con el propósito de disuadir al zar de socavar la soberanía turca en los principados. Después de 1849, Canning se mostró aún más resuelto a fortalecer la autoridad otomana en Moldavia y Valaquia, por medio de la aceleración del proceso de reforma liberal en esas regiones –pese a sus dudas crecientes con respecto a las reformas Tanzimat en general– y del robustecimiento de las fuerzas armadas turcas, para contra-

rrestar la amenaza de Rusia. La importancia que asignaba a los principados era cada vez más compartida por Palmerston, quien, debido a la crisis de 1848-1849, se mostró dispuesto a respaldar una defensa más agresiva de los intereses turcos amenazados por los rusos.

La próxima vez que el zar invadiera los principados, para obligar a Turquía a someterse a su voluntad en lo referido a la disputa de la Tierra Santa, se desencadenaría la guerra.

Capítulo 4

El fin de la paz en Europa

La Gran Exposición se inauguró en Hyde Park el 1 de mayo de 1851. Seis millones de personas, una tercera parte de la población total de Gran Bretaña en ese momento, circularía por las gigantescas salas de exhibición del Crystal Palace –el mayor invernadero hasta el momento, construido especialmente para la ocasión– y se maravillarían ante las 13 000 piezas ofrecidas a la vista –manufacturas, artesanías y otros objetos diversos provenientes de todas las partes del mundo–. Por realizarse después de dos décadas de agitación política y social, la Gran Exposición parecía representar la promesa de una época más próspera y pacífica, basada en los principios británicos del industrialismo y el libre comercio. La maravilla arquitectónica del Crystal Palace era en sí misma una prueba del ingenio constructivo de los británicos, capaces de idear un lugar digno de alojar una exposición cuyo propósito era demostrar que el Reino Unido estaba a la cabeza en casi todos los campos de la industria. Simbolizaba la *Pax Britannica* que los ingleses esperaban dar a Europa y al mundo.

La única amenaza posible contra la paz parecía provenir de Francia. Por medio de un golpe de Estado perpetrado el 2 de diciembre de 1851, el aniversario de la coronación de Napoleón como emperador en el año 1804, Luis Napoleón, presidente de la Segunda República, derogó la constitución y se instaló en el poder como dictador. Por obra de un referéndum nacional cele-

brado el siguiente mes de noviembre, la Segunda República se transformó en el Segundo Imperio, y el 2 de diciembre de 1852 Luis Napoleón se convirtió en el emperador de los franceses con el nombre de Napoleón III.

La aparición de un nuevo emperador francés puso en alerta a las grandes potencias. En el Reino Unido se temió un renacimiento napoleónico. Los miembros del Parlamento pidieron que se llamara de regreso al Escuadrón Lisboa para proteger el canal de la Mancha contra un posible ataque francés. Lord Raglan, el futuro líder de las fuerzas británicas en la guerra de Crimea, pasó el verano de 1852 planificando la defensa de Londres frente a un ataque potencial de la armada francesa, y ésa fue la prioridad absoluta en cuanto a la planificación naval británica durante todo el año 1853. El conde Buol, ministro de Exteriores de Austria, exigió confirmación de las intenciones pacíficas de Napoleón. El zar quería que hiciera un humillante desmentido público de cualquier plan de agresión y prometió a Austria 60 000 soldados en caso de sufrir un ataque francés. En un intento de tranquilizarlos a todos, en octubre de 1852 Napoleón hizo una declaración en Burdeos: «La gente desconfiada dice que el imperio quiere guerra, pero yo digo que el imperio quiere paz»[120].

En realidad, había buenos motivos para desconfiar. Era poco probable que Napoleón III se contentara con el acuerdo vigente en Europa en ese momento, que se había establecido para contener las ambiciones de Francia después de las Guerras Napoleónicas. La genuina y amplia popularidad de la que el nuevo emperador gozaba entre los franceses se basaba en que suscitaba en el pueblo recuerdos bonapartistas, aunque en casi todos los aspectos era inferior a su tío. De hecho, con su cuerpo grande y desmañado, sus piernas cortas, su bigote y su perilla, parecía más un banquero que un Bonaparte («extremadamente bajo, pero con una cabeza y un busto que deberían pertenecer a un hombre

mucho más alto»: así lo describió la reina Victoria en su diario después de reunirse por primera vez con él en 1855[121]).



Luis Napoleón, 1854

La política exterior de Napoleón estaba condicionada, en gran parte, por su necesidad de responder a esa tradición bonapartista. Su intención era devolver a Francia una posición de respeto e influencia en el exterior, si no la gloria del reinado de su tío, por medio de la revisión del acuerdo de 1815 para dar nueva forma a Europa y convertirla en una familia de Estados nación liberales siguiendo las premisas supuestamente imaginadas por Napoleón I. Se trataba de un objetivo que podría lograr forjando una alianza con el Reino Unido, el enemigo tradicional de Francia. Su estrecho aliado político y ministro del Interior, el duque de Persigny, quien había pasado cierto tiempo en Londres en 1852, lo convenció de que el Reino Unido ya no estaba dominado por la aristocracia, sino por un nuevo «poder burgués» decidido a conquistar el continente. Si se aliaba con el Reino Unido, Fran-

cia podría «desarrollar una gloriosa política exterior y vengarse de nuestras pasadas derrotas de manera más efectiva que con cualquier ventaja que pudiéramos conseguir volviendo a combatir la batalla de Waterloo»[122].

Rusia era el único país contra el que Francia podía luchar para recomponer su orgullo nacional. El recuerdo de la retirada napoleónica de Moscú, que tanto influyó en la rápida caída del Primer Imperio, de las subsiguientes derrotas militares y de la ocupación rusa de París, eran una constante fuente de dolor y humillación para los franceses. Rusia era la mayor fuerza determinante del acuerdo de 1815 y de la reinstauración de la dinastía de los Borbones en Francia. El zar era el enemigo de la libertad y un obstáculo importante para el desarrollo de naciones Estado libres en el continente europeo. También era el único soberano que no reconocía al nuevo Napoleón como emperador. El Reino Unido, Austria y Prusia estaban dispuestos a concederle ese estatus, aunque de mala gana en el caso de las dos últimas potencias, pero Nicolás se negó, alegando que los emperadores eran nombrados por Dios y no elegidos en un referéndum. El zar demostró su desprecio por Napoleón dirigiéndose a él como «mon ami» (mi amigo) en vez de llamarlo «mon frère» (mi hermano), el saludo que era costumbre intercambiar con otro miembro de la familia europea de soberanos reinantes[123]. Algunos de los asesores de Napoleón, en particular Persigny, querían que asignara gran valor a ese insulto hasta el punto de forzar una ruptura con Rusia. Pero el emperador francés no quería empezar su reinado con una disputa personal y desestimó la injuria con el siguiente comentario: «Dios nos da hermanos, pero nosotros elegimos a nuestros amigos»[124].

Para Napoleón, el conflicto con Rusia en Tierra Santa servía como medio de reunificar a Francia tras la división de 1848-1849. La izquierda revolucionaria podía reconciliarse con el golpe de Estado y el advenimiento del Segundo Imperio si estaba

abocada a una lucha patriótica en nombre de la libertad contra «el gendarme de Europa». En cuanto a la derecha católica, desde hacía tiempo pedía una cruzada contra la herejía ortodoxa que amenazaba a la cristiandad y a la civilización francesa.

Fue en este contexto que Napoleón designó al radical católico La Valette como embajador francés en Constantinopla. La Valette formaba parte de un poderoso grupo de presión clerical en el Quai d'Orsay, el Ministerio de Exteriores francés, que usaba su influencia para enfervorizar los ánimos en la disputa de Tierra Santa, según afirmaba Persigny.

> Nuestra política exterior fue perturbada con frecuencia por una camarilla clerical (*coterie cléricale*) que se abrió paso arrastrándose hasta los secretos rincones del Ministerio de Exteriores. El 2 de diciembre no logró desalojarlo. Por el contrario, se volvió incluso más audaz, aprovechando nuestra preocupación por los problemas internos, y enredó a nuestra diplomacia en las complicaciones de los Santos Lugares, en los que celebró sus éxitos infantiles como si fueran triunfos nacionales.

La Valette proclamó agresivamente que el derecho latino a los Santos Lugares había sido «claramente establecido», y respaldó estas reivindicaciones contra Rusia con la amenaza de poner en movimiento la armada francesa. Su gesto fue recibido con beneplácito por la prensa ultracatólica francesa. Hasta el propio Napoleón era más moderado y conciliador en su enfoque de la disputa de Tierra Santa. Confesó al jefe del directorio político, Édouard-Antoine de Thouvenel, que ignoraba los detalles de las polémicas reclamaciones y que lamentaba que el conflicto religioso hubiera «cobrado dimensiones desproporcionadas», como sin duda había ocurrido. Pero su necesidad de congraciarse con la opinión católica francesa, combinada con sus planes de sellar una alianza con el Reino Unido para oponerse a Rusia, también implicaba que no le interesaba demasiado poner freno a la conducta provocadora de La Valette. Sólo en la primavera de 1852 finalmente hizo regresar al embajador francés de la capital turca

y casi exclusivamente por las quejas sobre La Valette que le presentó lord Malmesbury, el secretario de Exteriores británico. Pero incluso tras su regreso, el francés siguió adelante con la política de amenazar con el uso de sus cañoneras para presionar al sultán y obtener de él concesiones, confiando en que eso enfurecería al zar y con la esperanza de obligar a los británicos a aliarse con Francia para repeler la agresión rusa[125].

La política tuvo sus dividendos. En noviembre de 1852, la Puerta emitió un nuevo decreto que concedía a los católicos el derecho a la tenencia de una llave de la iglesia de la Natividad de Belén, permitiéndoles libre acceso a la Capilla del Pesebre y a la Gruta de la Natividad. Con Canning lejos, de regreso en el Reino Unido, el enviado diplomático británico en Constantinopla, el coronel Hugh Rose, justificó ese decreto explicando que el cañonero más recientemente incorporado a la flota de vapores de Francia, el *Charlemagne*, podía navegar desde el Mediterráneo a una velocidad de ocho nudos y medio por hora, mientras que su gemelo, el *Napoleón*, era capaz de desarrollar una velocidad de doce nudos…, lo que significaba que los franceses podían derrotar a la flota rusa y la turca sumadas, ya que sus barcos tenían una tecnología mucho menos avanzada[126].

El zar estaba furioso con los turcos por haber cedido ante la presión francesa y también amenazó con acciones violentas. El 27 de diciembre ordenó la movilización de 37 000 soldados del 4.° y 5.° Cuerpos del Ejército que se encontraban en Besarabia, preparándose para un ataque relámpago sobre la capital turca, y fueron movilizados otros 91 000 soldados para llevar a cabo una campaña simultánea en los principados del Danubio y en el resto de los Balcanes. Fue una manifestación de su petulancia que tomara la decisión por sí solo, sin consultar a Nesselrode, su ministro de Exteriores, ni al ministro de la Guerra, el príncipe Dolgorukov, y ni siquiera al conde Orlov, jefe de la Tercera Sección, con quien consultaba casi a diario. En la corte se hablaba del des-

membramiento del Imperio otomano, que empezaría con la ocupación rusa de los principados del Danubio. En un memorándum redactado durante las últimas semanas de 1852, Nicolás expuso sus planes para la partición del Imperio otomano: Rusia se quedaría con los principados del Danubio y Dobrudja, las tierras del delta del río; Serbia y Bulgaria se convertirían en Estados independientes; la costa del Adriático le correspondería a Austria; Chipre, Rodas y Egipto al Reino Unido; Francia se quedaría con Creta; se crearía una Grecia más grande con la incorporación del archipiélago; Constantinopla se transformaría en una ciudad libre bajo protección internacional, y los turcos serían expulsados de Europa[127].

En este punto Nicolás inició una nueva ronda de negociaciones con los británicos, cuyo abrumador poderío naval los convertía en un factor decisivo en caso de cualquier enfrentamiento que pudiera producirse entre Rusia y Francia en Oriente Próximo. Todavía convencido de que había forjado un entendimiento con los británicos durante su visita de 1844, el zar creía que podía recurrir a ellos para poner freno a los franceses y hacer cumplir los derechos que Rusia había obtenido por tratados en el Imperio otomano. Pero también esperaba poder convencerlos de que había llegado el momento adecuado para la partición de Turquía. Nicolás sostuvo una serie de conversaciones con lord Seymour, el embajador británico en San Petersburgo, durante los meses de enero y febrero de 1853. «Tenemos un hombre enfermo en las manos –empezó diciendo sobre el tema de Turquía–, un hombre gravemente enfermo; sería una gran desdicha que se nos escapara de la manos, especialmente antes de que se tomen las disposiciones necesarias». Con el Imperio otomano «rompiéndose en pedazos, era muy importante» que el Reino Unido y Rusia llegaran a un acuerdo sobre su partición organizada, aunque sólo fuera para impedir que los franceses enviaran una expedición a Oriente, en cuyo caso se vería obligado a orde-

nar a sus tropas que invadieran el Imperio otomano. «Si Rusia e Inglaterra están de acuerdo –declaró el zar a Seymour–, resulta irrelevante lo que piensen o hagan las otras potencias». Hablando «como un caballero», Nicolás le aseguró al embajador que Rusia había renunciado a las ambiciones territoriales de Catalina la Grande. No tenía ningún deseo de conquistar Constantinopla, que quería convertir en una ciudad internacional, pero por esa misma razón no podía permitir que los británicos o los franceses asumieran el control de la capital. En el caos del derrumbe otomano, se vería forzado a tomar Constantinopla temporalmente (*en dépositaire*) para impedir que «Turquía se dividiera en pequeñas repúblicas que fueran asilo de los Kossuth y Mazzini y de otros revolucionarios de Europa» y para proteger a los cristianos orientales de los turcos. «No puedo desentenderme del cumplimiento de una obligación sagrada –subrayó el zar–. Nuestra religión, tal como se estableció en este país, llegó a nosotros desde Oriente, y éstos son sentimientos, además de obligaciones, que nunca debemos perder de vista[128]».

Seymour no se escandalizó ante los planes de partición del zar, y en su primer informe dirigido a lord John Russell, el secretario de Exteriores, incluso parecía celebrar la idea. Si Rusia y el Reino Unido, los dos poderes cristianos «más interesados en el destino de Turquía», podían ocupar el lugar del dominio musulmán en Europa, «la civilización del siglo XIX lograría un noble triunfo», argumentaba. En el gobierno de coalición de lord Aberdeen había muchos, entre los que se contaban Russell y William Gladstone, el ministro de Hacienda, que se preguntaban si era correcto seguir apuntalando el Imperio otomano mientras los turcos seguían persiguiendo a los cristianos. Pero otros estaban comprometidos con las reformas de la Tanzimat y querían darles tiempo de que funcionasen. La procrastinación sin duda convenía a los británicos, ya que estaban atrapados entre los rusos y los franceses, y de ambos desconfiaban igualmente.

«Los rusos nos acusan de ser demasiado franceses –comentó la astuta reina Victoria–, y los franceses nos acusan de ser demasiado rusos». El gabinete rechazó la idea del zar que afirmaba que el derrumbe otomano era inminente y acordó no hacer planes anticipados para afrontar contingencias hipotéticas, un rumbo que probablemente apresurara la desaparición del Imperio otomano, al provocar insurrecciones cristianas e inspirar acciones represivas por parte de los turcos. De hecho, la insistencia del zar en un derrumbe inminente despertó en Westminster la sospecha de que él mismo estaba conspirando para lograr la caída y la estaba precipitando con sus acciones. Tal como señaló Seymour sobre la conversación que sostuvo con el zar el 21 de febrero, «es indudable que si un soberano insiste con tanta pertinacia en la inminente caída de un Estado vecino es porque debe de haber dispuesto que la hora de su disolución ha llegado»[129].

En ulteriores conversaciones con Seymour, Nicolás se tornó más confiado e incluso reveló más detalles de sus planes de partición. Habló de la posibilidad de reducir a Turquía a la condición de Estado vasallo, como había hecho con Polonia, y de concederla independencia bajo protección de Rusia a los principados del Danubio, Serbia y Bulgaria, y afirmó que contaba con el apoyo de Austria. «Debe entender –manifestó a Seymour– que cuando hablo de Rusia también hablo de Austria. Lo que resulta adecuado para una es adecuado para la otra, nuestros intereses en lo referido a Turquía son perfectamente idénticos». Por su parte, Seymour estaba cada vez más desalentado por los planes «imprudentes e insensatos» del zar – parecía dispuesto a jugarse todo en una guerra contra Turquía– y los atribuyó a la arrogancia del poder autocrático acumulado durante casi treinta años[130].

Seguramente, la confianza del zar también se fundamentaba en la idea equivocada de que gozaba del respaldo del gobierno británico; sentía que había establecido un lazo con lord Aberdeen en 1844, cuando Aberdeen, quien ahora ocupaba el cargo

de primer ministro y era el más prorruso de los dirigentes británicos, era secretario de Exteriores. Nicolás suponía que el respaldo concedido por Aberdeen a la posición rusa en la disputa de Tierra Santa implicaba que los británicos estaban de acuerdo con sus planes de partición. En un despacho enviado desde Londres a principios de febrero, el barón Brunov, embajador ruso en esa ciudad, informó al zar de que Aberdeen había comentado de improviso que el gobierno otomano era el peor del mundo y que los británicos eran muy poco proclives a seguir respaldándolo. Ese informe alentó a Nicolás a hablar más libremente con Seymour y (con la convicción de que ya no había motivos para temer que se constituyera una alianza anglofrancesa) a adoptar una posición más agresiva contra los franceses y los turcos durante la primavera de 1853[131]. No tenía idea del creciente aislamiento que padecía Aberdeen dentro de su propio gabinete en lo referido a la Cuestión Oriental y tampoco tomaba en cuenta el viraje de la política británica, cada vez más hostil a Rusia.

Para obligar al sultán a restituir los derechos de Rusia en los Santos Lugares, el zar despachó a su propio enviado a Constantinopla en febrero de 1853.

La elección del enviado fue deliberada y una muestra en sí misma de las intenciones militantes que atribuía a la misión. En vez de elegir un avezado diplomático que podría haber conservado la paz durante más tiempo, Nicolás decidió designar a un militar de reputación aterradora. El príncipe Alexander Menshikov tenía 65 años, era un veterano de las guerras de 1812 contra los franceses y había sido almirante en la guerra de 1828-1829 contra los turcos, cuando fue castrado por una bala de cañón. Tenía experiencia como ministro naval involucrado en planes de captura de los Estrechos Turcos, como gobernador general de la Finlandia ocupada en 1831 y como negociador con Persia. Menshikov era «un hombre notablemente bien informado –según la evaluación de Seymour–, tal vez con mayor indepen-

dencia de carácter que cualquier otro de los asociados del zar, y su peculiar línea de pensamiento se revela por medio de observaciones sarcásticas que hacen que en San Petersburgo se lo tema un poco». Pero carecía del tacto y la paciencia necesarios para actuar como negociador y apaciguar a los turcos, hecho que, según Seymour, resultaba muy significativo.

> Si fuera necesario enviar un militar a Constantinopla, el emperador no podría haber hecho una elección mejor […] que la que hizo; sin embargo, es imposible no tener en cuenta que la elección de un soldado tiene de por sí cierta significación especial y que si se demuestra que una negociación […] resulta inútil, el negociador puede convertirse de inmediato en un comandante con autoridad suficiente para convocar a 100 000 soldados que él mismo liderará[132].

La misión de Menshikov era exigir al sultán la anulación del decreto de noviembre que favorecía a los católicos, la restitución de los privilegios de los griegos en el Santo Sepulcro y una reparación, bajo la forma de una convención formal o *sened*, que garantizara los derechos concedidos a Rusia por medio de tratados (que se remontaban supuestamente al Tratado de Kuchuk Kainarji, de 1774) de representar a los ortodoxos no sólo en Tierra Santa, sino también en todo el Imperio otomano. Si los franceses se resistían a aceptar que los griegos tuvieran el control del Santo Sepulcro, Menshikov propondría una alianza defensiva secreta en la que Rusia pondría a disposición del sultán una flota y 400 000 soldados rusos en el caso de que llegara a necesitarlos para defenderse de alguna potencia occidental, con la condición de que ejerciera su soberanía a favor de los ortodoxos. Según su diario, Menshikov recibió el mando del ejército y de la flota «y el cargo de enviado plenipotenciario de la paz o de la guerra». Sus instrucciones eran combinar la persuasión con las amenazas militares. El zar ya había aprobado los planes de ocupar los principados del Danubio y concederles la independencia si los turcos rechazaban las demandas de Menshikov. Había ordenado el trasla-

do de 140 000 soldados a las fronteras de los principados y estaba dispuesto a usar esas tropas junto con la flota del mar Negro para capturar Constantinopla, en el caso de que fuera necesario para someter la voluntad del sultán. En Sebastopol se realizó una llamativa ceremonia de revista de la flota como despedida a Menshikov antes de su partida hacia la capital turca, donde llegó en una fragata a vapor que ostentaba el apropiado nombre de *Thunderer* el 28 de febrero. Aclamado por una enorme multitud de griegos que se habían reunido en el puerto para darle la bienvenida, Menshikov llegó acompañado por un gran séquito de oficiales navales y militares, que incluía al general Nepokoichitski, jefe del Estado Mayor del 4.° Cuerpo del Ejército, y al vicealmirante Vladimir Kornilov, jefe del Estado Mayor de la flota del mar Negro, cuya misión era espiar las defensas del Bósforo y de Constantinopla en previsión de un posible ataque relámpago[133].

Era poco probable que las demandas de Menshikov fueran satisfechas en su forma original. El solo hecho de que el zar creyese que podría tener éxito revela hasta qué punto estaba alejado de la realidad política. El bosquejo del *sened* preparado por Nesselrode excedía con mucho la disputa de Tierra Santa. De hecho, Rusia estaba exigiendo un nuevo tratado que reafirmara sus derechos de proteger la Iglesia griega en todo el Imperio otomano (mientras los patriarcas ortodoxos fueran designados de por vida) y sin ningún control del gobierno turco. La Turquía europea se convertiría en un protectorado ruso y, en la práctica, el Imperio otomano se transformaría en un dominio de Rusia, siempre amenazado por su poderío militar.

Pero las pocas posibilidades de éxito diplomático que podría haber tenido el almirante fueron arruinadas por la manera en que se comportó Menshikov en la capital turca. Dos días después de su llegada, violó los precedentes diplomáticos e insultó a los turcos presentándose con ropas de civil y un abrigo en vez de vestir uniforme de gala para la ceremonia de bienvenida que ha-

bía organizado la Puerta. En cuanto se reunió con el gran visir Mehmed Alí, Menshikov le exigió la destitución de Fuad Efendi, el ministro de Exteriores que había cedido a las demandas de los franceses en noviembre, y se negó a iniciar negociaciones mientras no se designara a un nuevo ministro de Exteriores que tuviera mayor consideración hacia los intereses rusos. En una afrenta deliberada contra Fuad, Menshikov se negó a dirigirle la palabra ante los ojos de una gran multitud; fue un acto destinado a demostrar que un ministro hostil a Rusia «sería humillado y castigado incluso en medio de la corte del sultán»[134].

Los turcos quedaron horrorizados ante la conducta de Menshikov, pero la acumulación de tropas rusas en Besarabia ya era suficientemente preocupante como para instarlos a consentir a sus demandas. Tragándose el orgullo, incluso permitieron que el dragomán ruso entrevistara al sucesor de Fuad, Rifaat Pachá, en nombre de Menshikov antes de designarlo ministro de Exteriores. Pero Menshikov no abandonó su actitud de hostigamiento: sus amenazas de romper toda relación con la Puerta si no se satisfacían sus demandas de inmediato le ganaron también la antipatía de los ministros turcos y los inclinó a resistirse a la presión y a recurrir a los británicos y los franceses en busca de ayuda. Era necesario defender la soberanía de Turquía.

A fines de la primera semana de la misión de Menshikov, lo más esencial de sus instrucciones había sido filtrado o vendido por los funcionarios turcos a todas las embajadas occidentales y un nervioso Mehmed Alí había consultado con los diplomáticos británicos y franceses, pidiéndoles secretamente que llamaran a sus flotas al Egeo por si eran necesarias para defender la capital turca de un ataque ruso. El coronel Rose se alarmó particularmente por las actitudes de Menshikov. Temía que los rusos estuvieran a punto de imponer a los turcos un nuevo tratado de Unkiar-Skelessi, o «algo peor», por medio de la ocupación de los Dardanelos (una clara derogación de la Convención sobre los Es-

trechos de 1841). Creía que debía actuar, sin esperar el regreso de Stratford Canning, quien había renunciado a su cargo de embajador en enero, pero que había sido designado una vez más por el gobierno de Aberdeen en febrero. El 8 de marzo Rose envió un mensaje por vapor rápido al vicealmirante sir James Dundas, quien se encontraba en Malta, pidiéndole que trasladara su escuadra a Urla, cerca de Esmirna. Dundas se negó a obedecer la orden sin la confirmación del gobierno de Londres, donde un grupo de ministros, que más tarde se convertiría en el «gabinete interno» de la guerra de Crimea[135], se reunió el 20 de marzo para discutir la demanda de Rose. Los ministros estaban preocupados por la acumulación de fuerzas militares rusas en Besarabia, por los «grandes preparativos navales en Sebastopol» y por el «lenguaje hostil» empleado por Menshikov en su trato con la Puerta. Convencido de que los rusos se disponían a destruir Turquía, Russell se pronunció a favor de permitir que sus flotas se internaran en el Bósforo y capturaran la capital turca, para que el Reino Unido y Francia pudieran usar la defensa de la Convención sobre los Estrechos como motivo suficiente para declarar una guerra naval total contra Rusia, en el mar Negro y en el Báltico. Apoyado por Palmerston, Russell hubiera tenido a la mayoría del público británico de su lado. Pero los otros ministros eran más cautelosos. Recelaban de los franceses, a los que aún consideraban una amenaza militar, y no coincidían con Russell en que una alianza anglofrancesa pudiera contrarrestar el desafío al poder marítimo británico representado por la flota a vapor de los franceses. Sostuvieron la opinión de que los franceses habían provocado a los rusos, quienes merecían una concesión en Tierra Santa, y confiaban en las garantías ofrecidas por el barón Brunov (su palabra «de caballero») de que las intenciones del zar seguían siendo pacíficas. Sobre esta base rechazaron la demanda de una escuadra que había formulado Rose. No era el cometido de un encargado de negocios, según les parecía, convocar flotas o deci-

dir cuestiones de guerra y paz, y además Rose se había dejado influir por «la alarma del gobierno turco […] y por los rumores que habían ganado el crédito general en Constantinopla, sobre el avance del ejército y de la flota de Rusia». Los ministros decidieron que esperarían que Stratford Canning volviera a la capital turca y negociara un acuerdo pacífico[136].

La noticia de la demanda de Rose a Dundas llegó a París el 16 de marzo. Tres días más tarde, en una reunión de gabinete realizada para discutir la situación, el ministro de Exteriores Drouynde Lhuys pintó un cuadro de catástrofe inminente: «Ha sonado la hora final para Turquía y debemos esperar ver el águila bicéfala [de los Romanov] posada sobre las torres de Santa Sofía». Drouyn rechazó la idea de despachar una flota, al menos hasta que lo hicieran los británicos, por temor a quedar aislados en Europa, donde todos temían un renacimiento de la Francia napoleónica. Ésa era también la posición adoptada por los otros ministros, salvo Persigny, quien alegó que el Reino Unido «se alegraría y se uniría a nosotros» si Francia adoptase una postura «para detener el avance de Rusia hacia Constantinopla». Para Persigny era un tema de honor nacional. El ejército que había llevado a cabo el golpe de Estado del 2 de diciembre era «un ejército de pretorianos» que tenía una herencia gloriosa que defender. Advirtió a Napoleón que si adoptaba una posición contemporizadora, como le aconsejaban sus ministros, «la primera vez que pase ante sus tropas, usted verá entristecerse sus rostros, silenciarse las filas y sentirá que el suelo tiembla bajo sus pies. Así que, como sabe muy bien, para ganarse al ejército debe correr algunos riesgos; y ustedes, señores, que quieren la paz a cualquier precio, se verán envueltos en una terrible conflagración». En este punto el emperador, que hasta entonces se había mostrado vacilante, sucumbió ante el argumento de Persigny y ordenó el avance de la flota francesa, no hasta los Dardanelos, sino hasta Salamina, en aguas griegas, como manera de advertir a los rusos que «Francia

no se desinteresaba de lo que estaba ocurriendo en Constantinopla»[137].

Su decisión de movilizar la flota se basaba en tres razones fundamentales. Primero, tal como había dado a entender Persigny, había rumores de una conspiración contra Napoleón en el ejército y una demostración de fuerza era una buena manera de acabar con ella de raíz. «Debo decirte –escribió Napoleón a la emperatriz Eugénie en el invierno de 1852– que en el ejército se están urdiendo graves conspiraciones. Estoy vigilando todo eso y creo que por algún medio puedo impedir su estallido: tal vez por medio de una guerra». En segundo lugar, Napoleón estaba ansioso por lograr que Francia volviera a ser una potencia naval en el Mediterráneo, porque todo el mundo sabía, según palabras de Horace de Viel-Castel, el director del Louvre, que «el día en que el Mediterráneo esté repartido entre Rusia e Inglaterra, Francia ya no será incluida entre las grandes potencias». En una conversación con Stratford Canning, quien pasó por París en su viaje entre Londres y Constantinopla, Napoleón se preocupó de destacar los intereses de Francia en el Mediterráneo. Stratford redactó este memorándum de la conversación el 10 de marzo:

> Dijo que no deseaba convertir el Mediterráneo en un lago *francés* –por usar una expresión muy conocida– pero que sí le gustaría convertirlo en un lago *europeo*. No explicó el significado de esa expresión. Si quiso decir que las costas del Mediterráneo deberían estar exclusivamente en manos de la cristiandad, su sueño es más bien colosal […] La impresión que me quedó […] es que Luis Napoleón, con la intención de mantener una buena relación con nosotros, al menos por ahora, está dispuesto a actuar políticamente en Constantinopla concertadamente con Inglaterra, pero aún queda por verse si su idea se refiere a la reinstauración del poder turco o tan sólo a las consecuencias de su decadencia, y se dispone a aprovecharlas en lo sucesivo para favorecer los intereses de Francia.

Pero, sobre todo, el deseo de Napoleón era «actuar […] concertadamente con Inglaterra» y establecer una alianza anglofrancesa que lo indujera a movilizar la flota. «Persigny tiene razón –

dijo a sus ministros el 19 de marzo–. Si enviamos nuestra flota a Salamina, Inglaterra se verá obligada a hacer algo semejante y la unión de ambas flotas conducirá a la unión de las dos naciones contra Rusia». De acuerdo con Persigny, el emperador razonó que la movilización de la flota francesa apelaría a la rusofobia inglesa, ganaría el apoyo de la prensa burguesa y obligaría al más cauteloso gobierno de Aberdeen a unirse a Francia[138].

De hecho, la flota inglesa permaneció en Malta mientras la flota francesa zarpaba de Tolón el 22 de marzo. Los británicos estaban furiosos con los franceses por haber producido una escalada de la crisis y les pidieron que no avanzaran más allá de Nápoles, para dar a Stratford el tiempo necesario para llegar a Constantinopla y articular un acuerdo antes de que sus buques de guerra entraran en el mar Egeo. Canning llegó a la capital turca el 5 de abril. Encontró a los turcos ya proclives a resistirse a Menshikov –las emociones nacionalistas y religiosas estaban en ebullición–, aunque había división con respecto a la gravedad de lo que debían hacer y al tiempo que debían esperar el respaldo militar de Occidente. Esta discusión se enredaba en la rivalidad personal, que venía de antiguo, existente entre el gran visir Mehmed Alí y Reshid, el viejo aliado de Stratford, quien en ese momento no ocupaba ningún cargo de poder. Al enterarse de que Mehmed Alí estaba a punto de hacer concesiones a Menshikov, Stratford lo instó a permanecer firme contra los rusos, asegurándole (por su propia autoridad) que la flota británica lo apoyaría en caso de ser necesario. La clave, le aconsejó, era separar el conflicto de Tierra Santa (donde la reclamación rusa de restauración de los derechos que le habían sido conferidos por tratado era legítima) de las demandas más amplias planteadas en el *sened*, que debían ser rechazadas para conservar la soberanía turca. Era vital que el sultán concediera derechos religiosos por medio de su autoridad soberana directa y no por un mecanismo impuesto por los rusos. En opinión de Stratford, la verdadera in-

tención del zar era usar su derecho a proteger la Iglesia ortodoxa como caballo de Troya que le permitiera penetrar en el Imperio otomano y desmembrarlo[139].

El Gran Consejo prestó atención a sus palabras cuando se reunió el 23 de abril para debatir las demandas de Menshikov. Acordó negociar sobre el tema de Tierra Santa, pero no con respecto al tema más amplio referido a la protección rusa de los súbditos ortodoxos del sultán. El 5 de mayo Menshikov regresó con una versión corregida del *sened* (sin la designación vitalicia de los patriarcas), pero con el ultimátum de que si no era firmado dentro del plazo de cinco días, el enviado ruso abandonaría Constantinopla y rompería las relaciones diplomáticas con el imperio. Stratford instó al sultán a que se mantuviera firme y el gabinete otomano rechazó el ultimátum el 10 de mayo. En un intento desesperado por satisfacer las exigencias del zar sin llegar a una guerra, Menshikov dio a los turcos otros cuatro días más para firmar el *sened* corregido. Durante ese período de tregua, Stratford y Reshid lograron que Mehmed Alí fuera depuesto de su cargo y que Reshid se hiciera cargo del Ministerio de Exteriores. Siguiendo el consejo del embajador británico, Reshid era proclive a mantener una actitud más dura hacia los rusos, porque suponía que era la manera más segura de llegar a un acuerdo en lo concerniente a la cuestión religiosa sin comprometer la soberanía del sultán. Reshid pidió cinco días más de tiempo a Menshikov. Habían llegado noticias del embajador otomano en Londres, Kostaki Musurus, según las cuales el Reino Unido defendería los derechos soberanos del Imperio otomano, y eso envalentonó al ministro de Exteriores turco, quien necesitaba ganar tiempo para conseguir el apoyo de los otros ministros y adoptar una postura más firme contra los rusos.

El 15 de mayo el Gran Consejo volvió a reunirse. Los ministros y los líderes musulmanes estaban colmados de un ardiente sentimiento antirruso, que en gran parte había sido estimulado

por Stratford, quien había hablado personalmente con muchos de ellos para instarlos a resistirse con firmeza. El Consejo rechazó las exigencias de Menshikov. Al recibir la noticia, esa misma noche, Menshikov replicó que ahora Rusia rompería relaciones con la Puerta, pero que él esperaría unos días más en la capital turca, alegando que había tormentas en el mar Negro como la razón de la demora de su partida, aunque en realidad tenía la esperanza de sellar un acuerdo de último momento. Finalmente, el 21 de mayo, el escudo de armas ruso fue retirado de la embajada y Menshikov partió hacia Odesa en el *Thunderer*[140].



El fracaso de la misión de Menshikov convenció al zar de que debía recurrir a medios militares. El 29 de mayo escribió al mariscal de campo Paskevich que si hubiera sido más agresivo desde el principio tal vez habría logrado obtener concesiones de los turcos. No quería una guerra –temía la intervención de las potencias occidentales–, pero ahora estaba dispuesto a usar la amenaza de guerra, para sacudir los cimientos mismos del Imperio turco, para conseguir lo que quería y dar vigencia a lo que él consideraba derechos de Rusia, concedidos por los tratados, de proteger a los ortodoxos. Reveló su pensamiento (y su estado de ánimo) a Paskevich:

> La consecuencia [del fracaso de Menshikov] es la guerra. Sin embargo, antes de llegar a ese punto, he decidido enviar mis tropas a los principados [del Danubio] –para demostrar al mundo hasta qué punto estoy dispuesto a evitar la guerra– y enviarles un ultimátum final a los turcos para que satisfagan mis demandas en el lapso de ocho días, y si no lo hacen, les declararé la guerra. Mi intención es ocupar los principados sin que haya guerra, si los turcos no se enfrentan a nosotros en la orilla izquierda del Danubio […]. Si los turcos se resisten, bloquearé el Bósforo y capturaré a todos los barcos turcos en el mar Negro, y le propondré a Austria que ocupe Herzegovina y Serbia. Si eso no surte efecto, declararé la independencia de los principados, de Serbia y de Herzegovina… y entonces el Imperio turco empezará a desmoronarse,

> porque en todas partes habrá insurrecciones cristianas y sonará la hora final del Imperio otomano. No me propongo cruzar el Danubio; el Imperio [turco] se derrumbará aunque no lo hagamos, pero tendré mi flota preparada y las Divisiones 13 y 14 permanecerán en pie de guerra en Sebastopol y Odesa. Los actos de Canning [...] no me desalientan: debo seguir mi propio camino y cumplir con mi deber según lo dispone mi fe, como corresponde al honor de Rusia. No puede imaginarse cómo me entristece todo esto. Ya soy viejo, pero me gustaría terminar mi vida en paz[141].

El plan del zar era resultado de una transacción entre su propia inclinación natural a capturar Constantinopla en un ataque sorpresa (antes de que las potencias occidentales pudieran reaccionar) y la idea más cauta de Paskevich. Paskevich había comandado la campaña punitiva contra los húngaros y los polacos y era, para el zar, su asesor militar más confiable. El mariscal se mostraba escéptico con respecto a una ofensiva como la propuesta por Nicolás y temía que eso enredara a Rusia en una guerra de dimensiones europeas. La diferencia clave entre ambos hombres era su opinión sobre Austria. Nicolás depositaba demasiada fe en su relación personal con Francisco José. Estaba convencido de que los austríacos –a quienes había salvado de los húngaros en 1849– se unirían a él en sus amenazas contra los turcos y, si era necesario, también en el reparto del Imperio otomano. Eso es lo que lo hacía tan agresivo en lo concerniente a su política exterior: la convicción de que con Austria de su lado no podía haber una guerra europea y que los turcos se verían obligados a capitular. Paskevich, por su parte, dudaba del respaldo austríaco. Tal como comprendió con acierto, no se podía esperar que los austríacos celebraran la entrada de tropas rusas en los principados y en los Balcanes, donde ya temían que los serbios y otros eslavos se sublevaran contra ellos; incluso podían llegar a aliarse con las potencias occidentales contra Rusia si se producían esas insurrecciones balcánicas, en el caso de que las tropas del zar llegaran a cruzar el Danubio.

Decidido a limitar los planes ofensivos del zar, Paskevich apeló a las fantasías paneslavistas del soberano. Convenció a Nicolás de que bastaría con que las tropas rusas ocuparan los principados en una guerra defensiva para que los eslavos balcánicos se sublevaran y obligaran a los turcos a ceder a las demandas del zar. Habló de la posibilidad de ocupar los principados durante varios años, si era necesario, y afirmó que la propaganda rusa reclutaría alrededor de 50 000 soldados cristianos para el ejército del zar en los Balcanes, una cantidad suficiente como para impedir la intervención de las potencias occidentales y por lo menos neutralizar a los austríacos. En un memorándum dirigido al zar a principios de abril, Paskevich perfiló su visión de la guerra religiosa que se desencadenaría en los Balcanes a medida que avanzaran las tropas rusas:

> Los cristianos de Turquía proceden de tribus guerreras y si los serbios y los búlgaros han permanecido en paz es tan sólo porque aún no han sentido el peso del dominio turco en sus aldeas [...]. Pero su espíritu guerrero se despertará con los primeros conflictos entre cristianos y musulmanes, no soportarán las atrocidades que cometerán los turcos en sus aldeas [...] cuando nuestros ejércitos inicien la guerra. No existe una aldea, tal vez incluso una familia, donde no haya cristianos oprimidos, dispuestos a unirse a nuestra lucha contra los turcos. [...] Tendremos un arma que puede acabar con el imperio turco[142].

A fines de junio el zar ordenó a sus dos ejércitos estacionados en Besarabia que cruzaran el río Prut y ocuparan Moldavia y Valaquia. Paskevich todavía esperaba que la invasión de los principados no desatara una guerra europea, pero temía que el zar no retrocediera en caso de que sí se desencadenara una conflagración generalizada, tal como se lo explicó el 24 de junio al general Gorchakov, comandante de las fuerzas rusas. Las tropas del zar avanzaron hasta Bucarest, donde el mando estableció su cuartel general. En cada población pegaron en los muros copias de un manifiesto del zar que afirmaba que Rusia no quería hacer conquistas territoriales y que sólo ocupaba los principados como una

«garantía» de que el gobierno otomano diera satisfacción a sus quejas religiosas. «Estamos dispuestos a detener a nuestras tropas si la Puerta garantiza los derechos inviolables de la Iglesia ortodoxa. Pero si sigue resistiéndose, entonces, con Dios de nuestro lado, avanzaremos para luchar por nuestra verdadera fe»[143].

Las tropas de ocupación entendían muy poco de la disputa de Tierra Santa. «No pensábamos nada, no sabíamos nada. Dejábamos que nuestros comandantes pensaran por nosotros y hacíamos lo que nos decían», recordó Teofil Klemm, un veterano de la campaña del Danubio. Klemm tenía apenas dieciocho años y era un siervo alfabetizado que había sido elegido para recibir entrenamiento de oficial en Kremenchug, Ucrania, cuando fue llamado a filas por la infantería en 1853. Klemm permaneció indiferente a los panfletos paneslavistas que circulaban ampliamente entre los soldados y los oficiales del 5.° Cuerpo del Ejército. «A ninguno de nosotros nos interesaban esas ideas», escribió. Pero al igual que todos los otros soldados del ejército ruso, Klemm iba al combate con una cruz colgando del cuello y entendiendo su misión como una lucha en nombre de Dios[144].

El ejército ruso era un ejército campesino –siervos y campesinos del Estado eran los grupos principalmente sometidos al reclutamiento militar– y ése era su mayor problema. Era de lejos el ejército más grande del mundo, con más de un millón de soldados de infantería, un cuarto de millón de irregulares (casi todos concentrados en la caballería cosaca) y tres cuartos de millón de reservistas en asentamientos militares especiales. Pero ni siquiera ese enorme número bastaba para defender las enormes fronteras de Rusia, en las que había tantos puntos vulnerables, como la costa báltica, o Polonia, o el Cáucaso, y el ejército no podía reclutar más soldados sin perjudicar el equilibrio económico del sistema de servidumbre y causar sublevaciones campesinas. El punto débil de la base demográfica de la Rusia europea –un territorio de la misma dimensión que todo el resto de Europa, pe-

ro con menos de una quinta parte de su población– se agravaba por la concentración de la población de siervos en la zona agrícola central de Rusia, situada a gran distancia de las fronteras del imperio donde era necesario que el ejército llegara en poco tiempo en caso de guerra. Sin ferrocarriles, llevaba meses reclutar a los siervos y enviarlos a pie o en carro a sus regimientos. Incluso antes de la guerra de Crimea, el ejército ruso ya estaba sobredimensionado. Casi todos los siervos elegibles para el reclutamiento habían sido movilizados y la calidad de los reclutas había decaído significativamente, ya que los terratenientes y las aldeas, desesperados por conservar a sus últimos agricultores capaces, enviaban hombres menos dotados al ejército. Un informe de 1848 revelaba que durante las levas recientes un tercio de los reclutas habían sido rechazados porque no satisfacían el requerimiento de estatura mínima (de apenas un metro sesenta) y otra mitad había sido rechazada a causa de enfermedades crónicas o de otras deficiencias físicas. La única manera de resolver la escasez de soldados hubiera sido ampliar la base social del reclutamiento e implantar el sistema europeo de servicio militar universal, pero eso hubiera implicado el fin de la servidumbre, que era el cimiento del sistema social con el que la aristocracia estaba firmemente comprometida[145].

Pese a dos décadas de reformas, la fuerza militar rusa estaba muy retrasada con respecto a los ejércitos de los otros Estados europeos. El cuerpo de oficiales tenía escasa educación y casi todos los soldados eran analfabetos: las cifras oficiales de la década de 1850 revelaban que en un grupo de seis divisiones, compuesto por un total de 120 000 hombres, sólo 264 (el 0,2 por ciento) eran capaces de leer y escribir. Los valores y costumbres del ejército estaban condicionados por la cultura de desfile que regía la corte zarista en el siglo XVIII, en la que el ascenso, para citar a Karl Marx, estaba reservado a «los que cumplían rígidamente con el orden establecido, cuyo mérito principal consiste en una

obediencia estólida y un servilismo inquebrantable, sumados a una vista aguda para detectar cualquier defecto en los botones y los ojales del uniforme». Se ponía más énfasis en la instrucción militar y en la apariencia de las tropas que en su eficiencia en combate. Incluso durante la lucha había que cumplir con elaboradas reglas que determinaban la postura, la longitud del paso, el alineamiento y los movimientos de los soldados, todas ellas establecidas en los manuales del ejército, que resultaban irrelevantes para la situación real en el campo de batalla:

> Cuando una formación de combate está avanzando o retrocediendo es necesario observar un alineamiento general del batallón en cada una de las filas y mantener correctamente los intervalos entre batallones. En este caso no basta que cada batallón mantenga su propio alineamiento, sino que es necesario que el paso sea el mismo en todos los batallones, para que los sargentos portaestandartes que marchan delante de los batallones también mantengan el alineamiento y marchen paralelos entre sí siguiendo una línea perpendicular a la de la formación común.

El predominio de esta cultura de desfile estaba vinculado con el atraso del armamento del ejército. La importancia atribuida a mantener a los soldados perfectamente encuadrados se debía a la intención de conservar la disciplina y evitar el caos durante el desplazamiento de grandes formaciones, como ocurría en otros ejércitos de la época. Pero también resultaba imprescindible a causa de la ineficacia de los mosquetes rusos y de la consecuente confianza que se depositaba en la bayoneta (justificada por los mitos patrióticos sobre «la valentía del soldado ruso», cuya mejor prueba era el uso de la bayoneta). Tan poca atención se prestaba a las armas de fuego pequeñas en la infantería que «muy pocos hombres sabían cómo usar sus mosquetes», según palabras de un oficial. «En nuestro caso, el éxito en combate se confiaba por completo al arte de marchar y a la manera correcta de estirar los dedos de los pies[146]».

Estos métodos de combate anticuados habían reportado a Rusia la victoria en todas las guerras importantes de principios del siglo XIX –contra los persas y los turcos y por supuesto en la guerra más importante de Rusia, contra Napoleón (un triunfo que convenció a los rusos de que su ejército era invencible)–, de manera que no había habido gran presión para actualizarlos a las necesidades bélicas en la nueva época del vapor y el telégrafo. El atraso económico y la debilidad financiera de Rusia, comparada con las nuevas potencias industriales de Occidente, también constituían un freno severo a la modernización de su enorme y costoso ejército en épocas de paz. Sólo durante la guerra de Crimea –cuando los mosquetes demostraron ser inútiles ante los rifles Minié de los británicos y los franceses– los rusos compraron rifles para su propio ejército.

De los 80 000 soldados rusos que cruzaron el río Prut, la frontera entre Rusia y Moldavia, menos de la mitad sobreviviría un año. El ejército zarista perdió hombres en un porcentaje mucho mayor que los otros ejércitos europeos. Los oficiales aristócratas los sacrificaban en gran número para obtener triunfos relativamente menores, ya que les importaba poco el bienestar de los siervos reclutados, pero muchísimo su propio ascenso en el caso de que pudieran informar a sus superiores que habían logrado una victoria. La gran mayoría de los soldados rusos no murieron en combate, sino a causa de heridas y enfermedades que podrían no haber sido fatales de existir un servicio médico adecuado. Cada ofensiva rusa repetía la misma triste historia: en 1828-1829, la mitad del ejército murió de cólera y enfermedades en los principados del Danubio; durante la campaña polaca de 1830-1831, murieron en combate 7000 soldados rusos, pero 85 000 perdieron la vida a causa de heridas y enfermedades; durante la campaña húngara de 1849, sólo 708 hombres murieron en la lucha, pero 57 000 soldados rusos fueron ingresados en los hospitales aus-

tríacos. Incluso en tiempos de paz el porcentaje de enfermedades en el ejército ruso alcanzaba el 65 por ciento[147].

La causa de este alto índice de enfermedades era el espantoso trato que se daba a los soldados siervos. Los azotes eran un aspecto cotidiano del sistema disciplinario; las palizas eran tan comunes que regimientos enteros estaban compuestos por hombres heridos por sus propios oficiales. El sistema de aprovisionamiento estaba plagado de corrupción, porque los oficiales recibían una paga mínima —todo el ejército padecía una falta de fondos crónica, ya que el gobierno todo el tiempo estaba corto de dinero– y después de sacar su parte de las sumas que les enviaban para comprar provisiones, quedaba muy poco dinero para financiar las raciones de las tropas. Sin un sistema de aprovisionamiento eficaz, se suponía que los soldados debían arreglárselas por su cuenta. Cada regimiento era responsable de la fabricación de sus uniformes y botas con materiales provistos por el Estado. Los regimientos no sólo tenían sus propios sastres y zapateros, sino también sus propios barberos, panaderos, herreros, carpinteros y trabajadores en metal, ebanistas, pintores, cantantes y músicos de banda, todos los cuales habían aportado al ejército el oficio que desempeñaban en sus aldeas. Sin esta pericia campesina, el ejército ruso, por no hablar de un ejército ofensivo, jamás hubiera existido. El soldado ruso en marcha debía basarse en su saber de campesino y en su abundancia de recursos. Llevaba vendas en su morral para poder curar sus propias heridas. Era muy bueno para improvisar maneras de dormir al aire libre (usando hojas y ramas, heno, cereales e incluso cavando un hoyo en la tierra para dormir allí), una habilidad crucial que permitió que el ejército marchara grandes distancias sin necesidad de llevar tiendas[148].

Cuando los rusos cruzaron el Prut, el gobierno turco ordenó a Omar Pachá, comandante del ejército rumelio[149], que robusteciera los fuertes turcos de la orilla del Danubio y se preparara para defenderlos. La Puerta también pidió refuerzos a los domi-

nios otomanos de Egipto y Túnez. A mediados de agosto había 20 000 soldados egipcios y 8000 tunecinos acampados alrededor de Constantinopla y listos para marchar hasta los fuertes del Danubio. Un funcionario de la embajada británica los describió en una carta dirigida a lady Stratford de Redcliffe:

> Es una lástima que usted no pueda ver el Bósforo alrededor de Therapia, colmado de buques de guerra, y las alturas de la otra costa coronada por las tiendas verdes del campamento egipcio. Constantinopla ha retrocedido cincuenta años y las figuras más extrañas llegan desde las provincias más remotas para medirse contra los moscovitas. Turbantes, lanzas, mazos y hachas de combate se acumulan en las calles estrechas e inmediatamente son enviados al campamento de Shumla para preservar la tranquilidad urbana[150].

El ejército turco estaba compuesto por individuos de muchas nacionalidades. Incluía árabes, kurdos, tártaros, egipcios, tunecinos, albaneses, griegos, armenios y otros pueblos, muchos de ellos hostiles al gobierno turco o incapaces de entender las órdenes de sus oficiales turcos o europeos (en las divisiones de Omar Pachá había muchos polacos e italianos). La más pintoresca de las fuerzas turcas eran los Bashi Bazouks, irregulares de África del Norte, Asia Central y Anatolia, que habían abandonado sus tribus en grupos de veinte o treinta individuos por vez, un grupo variopinto de jinetes de todas las edades y apariencias, para dirigirse a la capital turca y unirse a la yihad contra los infieles rusos. En sus memorias de la guerra de Crimea, el oficial naval británico Adolphus Slade, quien contribuyó en el entrenamiento de la armada turca, describió un desfile de Bashi Bazouks en Constantinopla antes de que los enviaran al frente del Danubio. Casi todos estaban ataviados con viejas ropas tribales, «con faja y turbante y pintorescamente armados con pistolas, yataganes [espadas turcas] y sables. Algunos llevaban lanzas con pendones. Cada escuadrón tenía sus propios colores y timbales semejantes, si no iguales, a los que llevaban sus ancestros cuando marcharon al sitio de Viena». Hablaban tantas lenguas diferentes que, incluso en

las unidades pequeñas, era necesario emplear traductores para repetir las órdenes que vociferaban los oficiales[151].

El lenguaje no era el único problema para el ejercicio del mando. Muchos soldados musulmanes estaban poco dispuestos a obedecer a oficiales cristianos, incluso a Omar Pachá, que era por nacimiento serbocroata y ortodoxo (su verdadero nombre era Mihailo Latas) y que había sido educado en una escuela militar austríaca antes de huir, debido a cargos de corrupción, a la provincia otomana de Bosnia y convertirse al islam. Jocoso y conversador, Omar Pachá disfrutaba del lujoso estilo de vida que le había permitido su cargo de comandante del ejército rumelio. Vestía un uniforme adornado con hilos de oro y piedras preciosas, tenía un harén privado y empleaba una orquesta de alemanes para acompañar a sus tropas (en Crimea les hizo tocar «Ah! Che la morte» de la reciente ópera de Verdi *Il Trovatore*). Omar Pachá no era un comandante excepcional. Se decía que había sido ascendido debido a su hermosa caligrafía (había sido el maestro calígrafo del joven Abdülmecid y lo habían nombrado coronel cuando su pupilo se convirtió en sultán en 1839). En este sentido, pese a su nacimiento cristiano, Omar Pachá era un ejemplar típico de oficial otomano, que para ascender todavía dependía del patrocinio personal y no de su saber militar. Las reformas militares del reinado de Mahmud y la Tanzimat aún no habían creado los cimientos de un ejército profesional moderno y la mayoría de los oficiales turcos estaban desinformados en cuanto a tácticas de combate. Muchos aún seguían a la anticuada estrategia de dispersar las tropas para cubrir todo el terreno, en vez de desplegarlas en grupos más grandes y compactos. El ejército otomano era bueno para la «pequeña guerra» de emboscadas y escaramuzas, y excelente para los sitios, pero, a diferencia de los rusos, siempre había carecido de la disciplina y el entrenamiento necesarios para dominar las formaciones de orden cerrado y el empleo de mosquetes de ánima lisa[152].

En lo referido al salario y las condiciones había un abismo entre oficiales y soldados, una brecha aún más grande que la del ejército ruso, porque muchos comandantes vivían como pachás y sus soldados no recibían su paga durante meses, a veces años, en épocas de guerra. El diplomático y geógrafo ruso Piotr Chijachev informó del problema mientras trabajaba en la embajada rusa en Constantinopla, en 1849. Según sus cálculos, el coste anual de un soldado de la infantería turca (salario, raciones y vestimenta) era de 18 rublos de plata; el coste equivalente de un soldado ruso era de 32 rublos; en el caso de los austríacos, de 53 rublos; de los prusianos, de 60 rublos; de los franceses, de 85 rublos, y en el caso del soldado de infantería británico, de 134 rublos. Los soldados europeos quedaron consternados por las condiciones en las que se encontraban los soldados turcos en el frente del Danubio. «Mal alimentados y vestidos con harapos, eran los más desdichados especímenes de la humanidad», según lo expresó un oficial británico. Un oficial ruso describió a los refuerzos egipcios como «viejos y muchachos campesinos sin ningún entrenamiento para el combate»[153].



Los británicos estaban divididos en cuanto a su reacción frente a la ocupación rusa de los principados. El miembro del gabinete más pacífico era el primer ministro, lord Aberdeen, quien se negó a considerar la ocupación como una declaración de guerra –incluso pensaba que se justificaba, en parte, como medio de presionar a la Puerta para que reconociera las legítimas demandas rusas en Tierra Santa– y buscó medios diplomáticos para ayudar al zar a retirarse sin que perdiera prestigio. Desde luego, no era proclive a alentar la resistencia turca. Su mayor temor era que los turcos, de los que en general desconfiaba, lo involucraran en una guerra contra Rusia. En febrero había escrito a lord Russell

para desaconsejar el envío de una flota británica en ayuda de los turcos:

> Estos bárbaros nos odian a todos y estarían encantados de aprovechar la oportunidad de conseguir ventajas embrollando nuestras relaciones con otras potencias de la cristiandad. Tal vez sea necesario darles nuestro apoyo moral y esforzarnos por prolongar su existencia, pero deberíamos considerar como una gran desgracia cualquier compromiso que nos obligara a tomar las armas en nombre de los turcos.

En el extremo más beligerante del gabinete, Palmerston creía que la ocupación era «un acto hostil» que exigía una acción inmediata por parte del Reino Unido «para la protección de Turquía». Quería buques de guerra ingleses en el Bósforo para ejercer presión sobre los rusos y lograr que se retiraran de los principados. Palmerston tenía el apoyo de la prensa rusófoba inglesa y de diplomáticos antirrusos como Ponsonby y Stratford Canning, quienes creían que la ocupación de los principados era una oportunidad de que los británicos se resarcieran de no haberse enfrentado a los rusos en el Danubio en 1848-1849[154].

En Londres había una gran comunidad de exiliados rumanos de la anterior ocupación rusa de los principados. Los rumanos constituían un grupo de presión influyente a favor de la intervención británica y gozaban del apoyo de varios miembros del gabinete, incluyendo a Palmerston y Gladstone, y de muchos miembros del Parlamento que planteaban constantemente el asunto del Danubio. Los líderes rumanos tenían estrecha relación con los exiliados italianos en Londres y formaban parte del Comité Democrático establecido por Mazzini, al que por entonces también se habían unido los exiliados griegos y polacos de la capital británica. Los rumanos ponían buen cuidado en mantenerse a distancia de las políticas revolucionarias de esos nacionalistas y eran conscientes de que debían adaptar sus argumentos a los intereses liberales de la clase media británica. Con el apoyo de varios periódicos nacionales, lograron transmitir al público bri-

tánico la idea de que la defensa de los principados contra la agresión rusa era de vital importancia para promover en el continente los intereses, más amplios, de la libertad y del libre comercio. Por medio de una serie de artículos casi cotidianos publicados en el *Morning Advertiser*, Urquhart se unió a sus peticiones de intervención en los principados, aunque él estaba más preocupado por la defensa de la soberanía turca y de los intereses comerciales británicos que por la causa nacional rumana. A medida que avanzaba la ocupación rusa de los principados, los propagandistas de la causa rumana se volvieron más audaces y apelaron directamente al público haciendo giras de charlas. En todos sus discursos el tema fundamental era la cruzada europea por la libertad contra la tiranía rusa (una llamada a las armas cuya visión de un levantamiento cristiano en el Imperio otomano era a veces un poco fantasiosa). Constantine Rosetti, por ejemplo, manifestó a una multitud, en Plymouth, que «un ejército de 100 000 rumanos estaba preparado en el Danubio, listo para unirse a los soldados de la democracia»[155].

Mientras la naturaleza de la ocupación rusa de los principados no se definió claramente, el gobierno británico vaciló con respecto al lugar al que debía enviar la Royal Navy. Palmerston y Rissell querían buques de guerra británicos en el Bósforo para impedir que la flota rusa atacara Constantinopla, pero Aberdeen prefería retrasar el envío de buques para no amenazar la posibilidad de una paz negociada. Finalmente, se llegó a un acuerdo de compromiso y la flota permaneció en pie de guerra en la bahía de Besika, justo fuera de los Dardanelos, suficientemente a mano –o al menos, así se creía– como para impedir un ataque ruso contra la capital turca, pero no bastante cerca como para causar un conflicto entre Rusia y el Reino Unido. Luego, en julio, la ocupación rusa de los principados empezó a cobrar un carácter más serio. A las capitales europeas llegó la noticia de que los hospodares de Moldavia y Valaquia habían recibido la orden rusa de

romper relaciones con la Puerta y rendir tributo al zar. La noticia causó alarma porque insinuaba que la verdadera intención de Rusia era tomar posesión permanente de los principados, pese a las garantías de lo contrario que el zar había expresado en su manifiesto[156].

La reacción de las potencias europeas fue inmediata. Los austríacos movilizaron 25 000 soldados en su frontera sur, principalmente como advertencia a los serbios y otros eslavos de los territorios de los Habsburgo de que no debían sublevarse para apoyar la invasión rusa. Los franceses pusieron su flota en pie de guerra y los británicos los imitaron. Stratford Canning, que fue el primero en enterarse de la noticia de la orden dada a los hospodares y que estaba ansioso por enmendar el error cometido por los británicos cuando no se opusieron a la última invasión rusa de 1849, pidió una acción militar decisiva para defender los principados. Advirtió al Foreign Office de que «toda la Turquía europea, desde la frontera de Austria hasta la de Grecia», estaba a punto de caer en manos rusas; de que si los rusos cruzaban el Danubio se producirían levantamientos cristianos a lo largo de los Balcanes; de que el sultán y sus súbditos musulmanes estaban dispuestos a entrar en guerra contra Rusia siempre que pudieran contar con el apoyo del Reino Unido y Francia, y de que, aunque sería un infortunio para el Reino Unido que lo arrastraran a una guerra cuyas consecuencias eran tan impredecibles, era mejor enfrentarse al peligro de Rusia ahora que después, cuando ya fuera demasiado tarde[157].

La naturaleza amenazante de la ocupación rusa planteó una buena cantidad de preocupaciones de seguridad a las potencias europeas, ninguna de las cuales podía permitirse quedarse de brazos cruzados mientras Rusia desmantelaba el Imperio otomano. El Reino Unido, Francia, Austria y Prusia (que básicamente seguía el ejemplo de Austria) ahora accedieron a actuar en conjunto en una iniciativa de paz. Los austríacos asumieron el lide-

razgo diplomático por ser los garantes fundamentales del Tratado de Viena, del cual eran los principales beneficiarios. El comercio exterior austríaco dependía estrechamente del Danubio y Austria no podía tolerar que los rusos anexaran los principados, pero menos aún podía permitirse una guerra contra Rusia en la que probablemente le tocaría soportar la mayor carga. La propuesta de los austríacos probablemente fuera imposible: una solución diplomática que permitiera al zar deponer sus demandas y retirarse de los principados sin perder prestigio.

El proceso de paz supuso un elaborado intercambio de misivas diplomáticas entre las capitales europeas e interminables variaciones sobre la manera de expresar con precisión una fórmula que pudiera satisfacer los intereses de Rusia y subrayar la independencia de Turquía. La culminación de este proceso fue la Nota de Viena redactada por los ministros de Exteriores de las cuatro naciones en una conferencia realizada en Viena el 28 de julio para defender el gobierno de Turquía. Como todos los documentos diplomáticos destinados a acabar con las hostilidades, la formulación de la nota era deliberadamente vaga: la Puerta accedía a respetar el derecho —concedido por tratado– de Rusia de defender a los súbditos cristianos del sultán. El zar consideró la Nota como una victoria diplomática y accedió a firmarla de inmediato «sin modificaciones» el 5 de agosto. El problema empezó cuando los turcos (que ni siquiera habían sido consultados para la redacción de la nota) pidieron que se aclararan algunos detalles. Les preocupaba que la nota no estableciera límites apropiados al derecho de Rusia a intervenir en los asuntos otomanos, una preocupación que muy pronto demostró ser justificada cuando un documento diplomático privado que fue filtrado a un periódico de Berlín reveló que los rusos habían interpretado la nota como una autorización a intervenir para la protección de los ortodoxos en cualquier lugar del Imperio otomano y no sólo en las áreas donde se había producido un conflicto específico, co-

mo en Tierra Santa. El sultán sugirió un par de cambios verbales menores en la nota, meros matices de expresión, pero importantes para un gobierno al que se le pedía firmar la nota como una concesión a Rusia o de lo contrario afrontar la pérdida de dos de sus provincias más ricas. También querían que Rusia evacuara los principados antes de restablecer las relaciones diplomáticas y una garantía de las cuatro potencias de que Rusia no repetiría la invasión. Eran demandas razonables por parte del soberano, pero el zar se negó a aceptar las modificaciones turcas, alegando que él mismo había accedido a firmar la nota tal como estaba, pese a que su sospecha de que Stratford Canning había instado a los turcos a no ceder ante cualquier cosa no era en absoluto irrelevante. A principios de septiembre, la Nota de Viena fue descartada a regañadientes por las cuatro potencias y, con Turquía al borde de una declaración de guerra contra Rusia, las negociaciones tuvieron que volver a empezar de cero[158].

De hecho, contrariamente a lo que sospechaba el zar, Stratford Canning había desempeñado un papel menor en la decisión turca de rechazar la nota. El embajador británico era conocido por su defensa feroz de la soberanía turca y su odio hacia Rusia, de manera que no resultaba sorprendente que se lo hiciera responsable de la inesperada negativa de los turcos a avenirse con la solución diplomática impuesta por las cuatro potencias con el propósito de apaciguar al zar. La idea de que Stratford había impulsado a los turcos a una guerra contra Rusia fue aceptada más tarde por el Foreign Office, que adoptó el enfoque de que el embajador podría haber convencido a los turcos de que aceptaran la nota, pero que no lo había hecho porque «él mismo no es mejor que un turco y ha vivido allí tanto tiempo y está animado por tal odio personal hacia el emperador [ruso], que está invadido por el espíritu turco, y eso combinado con su temperamento lo han convertido en un opositor de los deseos y las instrucciones de su gobierno»[159].

El 1 de octubre, recordando retrospectivamente el fracaso de la paz, el secretario de Exteriores, lord George Clarendon, concluyó que habría sido mejor tener a un hombre más moderado que Stratford como embajador en la capital turca. El juego engañoso de los rusos «hacía surgir todas sus antipatías hacia Rusia y lo había convertido, desde el principio, en partidario de una guerra por considerarla la mejor opción para Turquía. De hecho, no le hubiera causado satisfacción ningún acuerdo que no humillara a Rusia»[160]. Sin embargo, esto era injusto para Stratford, quien tuvo que cargar con la culpa del fracaso de su gobierno. La verdad es que Stratford hizo todo lo que pudo para lograr que el gobierno otomano aceptara la nota, pero su influencia sobre los turcos había menguado notablemente durante el verano, cuando Constantinopla se colmó de manifestantes que pedían una «guerra santa» contra Rusia.

La invasión de los principados despertó en la capital una poderosa combinación de sentimientos musulmanes y nacionalismo turco. La Puerta había alentado a la población musulmana a resistirse a la invasión y ahora no podía contener las emociones religiosas desatadas. El lenguaje empleado por el ulema metropolitano se tornó cada vez más beligerante, pues alentó en los devotos el temor de que los invasores destruyeran sus mezquitas para reemplazarlas por iglesias. Mientras tanto, la Puerta mantuvo al público en la ignorancia con respecto a la iniciativa de Viena, alegando que cualquier paz tendría que ser consecuencia «del respeto del zar hacia el sultán» (una idea que animó los sentimientos de superioridad de los musulmanes nacionalistas). Circulaban rumores de que el sultán estaba pagando a las armadas inglesa y francesa para que lucharan por Turquía; de que Europa había sido elegida por Alá para defender a los musulmanes; de que el zar había enviado a su esposa a Constantinopla para rogar por la paz y de que había ofrecido compensar a Turquía por la invasión de los principados entregándole la península de Crimea.

Muchos de estos rumores eran fabricados o promovidos por el recientemente depuesto gran visir, Mehmed Alí, para perjudicar a Reshid. A fines de agosto, Mehmed ya estaba instalado como líder de un «partido bélico» que había ganado ascendencia en el Gran Consejo. Apoyado por los líderes musulmanes, gozaba del respaldo de un gran grupo de jóvenes oficiales turcos, nacionalistas y religiosos, que se oponían a la intervención de Occidente en los asuntos otomanos, pero que, no obstante, calculaban que si podían contar con los británicos y los franceses de su lado en una guerra contra Rusia, eso significaría una ventaja enorme que incluso podría revertir los cien años de derrotas militares sufridas ante los rusos. Para conseguir el apoyo de las flotas occidentales, estaban dispuestos a prometer una administración sana y buen gobierno a europeos entrometidos como Stratford, pero rechazaban las reformas de la Tanzimat, porque consideraban que garantizaban más derechos civiles a los cristianos, lo cual implicaba una amenaza potencial al dominio musulmán[161].

El espíritu bélico reinante en la capital turca alcanzó su punto más alto durante la segunda semana de diciembre, con una serie de manifestaciones a favor de la guerra y un petitorio masivo con 60 000 firmas que demandaba que el gobierno lanzara una «guerra santa» contra Rusia. Las escuelas teológicas (*madrazas*) y mezquitas eran los centros de organización de las protestas y su influencia era claramente visible en el leguaje religioso empleado por los carteles que aparecieron por toda la ciudad:

> ¡Oh, Glorioso Padishah! Todos tus súbditos están dispuestos a sacrificar sus vidas, propiedades y niños en nombre de tu majestad. Tú también tienes el deber ahora de desenvainar la espada de Mahoma que ceñiste en la mezquita de Eyyub-i Ansari como lo hicieron tus abuelos y predecesores. La vacilación de tus ministros procede de su adicción a la enfermedad de la vanidad y esa situación tiene posibilidades (Dios no lo quiera) de llevarnos a todos a un mayor peligro. Por eso, tus soldados victoriosos y tus siervos en la oración quieren la guerra en defensa de sus claros derechos, ¡oh, Padishah!

Había 45 000 estudiantes religiosos en las *madrazas* de la capital turca. Era un grupo de descontentos –las reformas de la Tanzimat habían reducido su estatus y las perspectivas de su carrera porque promovían a los graduados de las nuevas escuelas seculares– y ese agravio social enfervorizó las protestas. El gobierno turco estaba aterrado por la posibilidad de que se produjera una revolución islámica en el caso de que no declarara la guerra a Rusia[162].

El 10 de septiembre, treinta y cinco líderes religiosos presentaron una petición al Gran Consejo, que la debatió al día siguiente. Según *The Times* de Londres:

> La petición estaba compuesta principalmente por numerosas citas del Corán, que instaban a la guerra contra los enemigos del islam, y contenía amenazas encubiertas de insurrección si no se la escuchaba ni se accedía a las demandas enunciadas. El tono de la petición es excesivamente audaz y rayano en la insolencia. Algunos de los principales ministros intentaron razonar con los que la presentaron, pero sólo obtuvieron respuestas secas y precisas. «Éstas son las palabras del Corán: si somos musulmanes, debemos obedecerlas. Ahora se presta demasiada atención a los embajadores extranjeros, infieles enemigos de la Fe; nosotros somos hijos del Profeta, tenemos un ejército y el ejército pide la guerra como nosotros, para vengar los insultos que los infieles han acumulado sobre nosotros». Se dice que cada intento de los ministros de razonar con estos fanáticos tuvo la misma respuesta: «Éstas son las palabras del Corán». Los ministros se encuentran sin dudas en estado de alarma, porque consideran las circunstancias actuales (un acontecimiento muy inusual en Turquía) casi el comienzo de una revolución y temen ser obligados a declarar una guerra en esta coyuntura inoportuna.

El 12 de septiembre los líderes religiosos consiguieron una audiencia con el sultán. Le dieron un ultimátum: o declaraba la guerra o abdicaba. Abdülmecid recurrió a Canning y al embajador francés, Edmond de Lacour, en busca de ayuda, y ambos accedieron a traer sus flotas si era necesario para sofocar una revolución en la capital turca[163].

Esa noche, el sultán convocó a sus ministros a una reunión. Éstos accedieron a declarar la guerra contra Rusia, aunque hasta que la Puerta tuviera el tiempo necesario para confirmar el apoyo de las flotas occidentales y sofocara las protestas religiosas en Constantinopla. Esta decisión fue formalmente aceptada en una prolongada sesión del Gran Consejo celebrada el 26 y 27 de septiembre, a la que asistieron los ministros del sultán, los principales clérigos musulmanes y los altos mandos militares. Los líderes religiosos fueron los que más insistieron en la necesidad de luchar, pese a las vacilaciones de los comandantes militares, quienes tenían sus dudas sobre la capacidad de las fuerzas turcas de ganar una guerra contra Rusia. Omar Pachá pensaba que se necesitarían 40 000 soldados más en el Danubio, donde llevaría varios meses preparar los fuertes y los puentes para una guerra contra Rusia. Mehmed Alí, quien recientemente había sido designado comandante en jefe del ejército, se negó a decir si era posible lograr una victoria sobre Rusia, pese a su asociación con el «partido belicista». Tampoco quiso hacerlo Mahmud Pachá, el gran almirante de la armada, quien dijo que los turcos podrían igualar a la flota rusa, pero que no se hacía responsable de esas palabras en caso de que más tarde lo llamaran para que diera cuenta de una derrota. Finalmente, fue Reshid quien cedió ante el punto de vista de los líderes musulmanes, tal vez percibiendo que oponerse a la guerra en ese momento desencadenaría una revolución religiosa y destruiría las reformas de la Tanzimat, de las que dependería el apoyo de las potencias occidentales en una guerra contra Rusia. «Mejor morir luchando que sin luchar –declaró Reshid–. Si Dios quiere, saldremos victoriosos[164]».

Capítulo 5

La guerra falsa

La declaración de guerra turca apareció en el periódico oficial *Takvim-i Veyaki* el 4 de octubre. Fue seguida rápidamente por un «Manifiesto de la Sublime Puerta» que explicaba que el gobierno se había visto obligado a declarar la guerra debido a la negativa de Rusia a evacuar los principados, pero añadía que, como señal de sus intenciones pacíficas, el comandante del ejército rumelio Omar Pachá daría a las fuerzas rusas otros quince días para llevar a cabo la evacuación antes de iniciar las hostilidades[165].

Incluso en ese momento todavía había esperanzas de un arreglo diplomático. La declaración turca era un medio de ganar tiempo para intentar calmar la fiebre belicista de las multitudes religiosas de Constantinopla y de presionar a los gobiernos occidentales para que intervinieran. Al no estar preparados para entablar una verdadera guerra contra Rusia, los otomanos iniciaron una contienda falsa para evitar la amenaza de una revolución islámica en la capital turca y para obligar a Occidente a enviar sus flotas a fin de que los rusos retrocedieran.

El 19 de octubre expiró el ultimátum de los turcos. Desatendiendo el consejo de los británicos y los franceses, que intentaron refrenarlos, los turcos lanzaron un ataque contra los principados, calculando que la prensa occidental suscitaría el apoyo público de su causa contra Rusia. El gobierno turco era muy consciente del poder de la prensa británica en particular, tal vez

incluso pensando que era lo mismo que el gobierno, y se esforzó mucho por ponerla de su lado. Durante todo el otoño de 1853, la Puerta invirtió considerables fondos en su embajada de Londres, para poder «pagar y organizar en secreto una serie de manifestaciones públicas y artículos periodísticos» que exigieran al gobierno una intervención contra Rusia[166].

Tras haber recibido de la Puerta la orden de iniciar las hostilidades, el 23 de octubre las tropas de Omar Pachá cruzaron el Danubio en Kalafat y arrebataron esa población a los cosacos, en la primera escaramuza de la guerra. Los aldeanos de la región de Kalafat —un bastión antirruso de la revolución valaca de 1848– se armaron con fusiles de caza y se unieron a la lucha contra las tropas cosacas. Los turcos también cruzaron el río en Oltenitsa, donde entablaron un combate más intenso pero sin resultados concluyentes contra los rusos, tras el cual ambos bandos reclamaron la victoria[167].

Estas escaramuzas iniciales decidieron al zar a lanzar una ofensiva importante contra los turcos, tal como lo había expresado en su carta a Paskevich del 29 de mayo. Pero su comandante en jefe se manifestó aún más contrario a la idea que en la primavera. Paskevich creía que los turcos eran demasiado fuertes y que las flotas occidentales se encontraban demasiado cerca para que los rusos pudieran lanzar un ataque contra la capital turca. El 24 de septiembre había enviado al zar un memorándum en el que lo instaba a adoptar una postura más defensiva en la orilla norte del Danubio, mientras organizaba a las milicias cristianas para que se sublevaran contra los turcos al sur del río. Su objetivo era presionar a los turcos para que hicieran concesiones a los rusos sin necesidad de una guerra. «Tenemos el arma más letal que podemos usar contra el Imperio Otomano –escribió Paskevich–. Las potencias occidentales no podrán evitar que tenga éxito. Nuestra arma más aterradora es nuestra influencia sobre las tribus cristianas de Turquía».

Lo que más preocupaba a Paskevich era la posibilidad de que los austríacos se opusieran a la ofensiva rusa en los Balcanes, donde eran vulnerables a los levantamientos eslavos en sus propios territorios adyacentes. El comandante ruso no quería comprometer las tropas rusas en una batalla contra los turcos, porque tal vez fueran necesarias para rechazar un ataque austríaco, que probablemente se produciría en Polonia, cuya pérdida podría significar el derrumbe del Imperio ruso en Europa. Paskevich no tenía valor para enfrentarse con el zar. De manera que lo que hizo fue demorar las cosas, ignorando las órdenes de avanzar hacia el sur lo antes posible y concentrándose en cambio en consolidar las posiciones rusas a lo largo del Danubio. Tenía dos propósitos: convertir el río en una línea de abastecimiento desde el mar Negro hasta los Balcanes y organizar a los cristianos en grupos militares, preparándolos para una futura ofensiva contra los turcos, tal vez para la primavera de 1854. «Es una idea nueva y hermosa –escribió Paskevich–. Nos permitirá establecer una relación estrecha con las tribus más belicosas de Turquía: los serbios, los herzegovinos, los montenegrinos y los búlgaros que, si bien no están de nuestro lado, al menos están en contra de los turcos, y que con un poco de ayuda nuestra sin duda son capaces de destruir el Imperio turco [...] sin que se derrame sangre rusa[168]» Consciente de que el hecho de promover revueltas en tierras extranjeras contravenía los principios legitimistas del zar, Paskevich defendió su idea alegando motivos religiosos –la protección de los ortodoxos contra las persecuciones musulmanas– y citó precedentes de las guerras anteriores contra Turquía (en 1773-1774,1788-1791 y 1806-1812), cuando el ejército ruso había reclutado tropas cristianas en los territorios otomanos[169]..

El zar no necesitó que lo convenciera demasiado. En un memorándum revelador escrito a principios de noviembre de 1853, Nicolás perfiló su estrategia para la guerra contra Turquía. Enviado a sus ministros y comandantes, el memorándum en cues-

tión estaba claramente redactado bajo la influencia de Paskevich, el general en el que más confiaba. El zar contaba con que los serbios se rebelarían contra los turcos, seguidos un poco más tarde por los búlgaros. El ejército ruso consolidaría una posición defensiva sobre el Danubio y luego se desplazaría hacia el sur para liberar a los cristianos cuando éstos se sublevaran contra los turcos. La estrategia dependía de la ocupación a largo plazo de los principados, para dar tiempo a los rusos a organizar a los cristianos en grupos militares. El zar calculaba por lo menos un año:

> El principio de 1855 nos revelará cuántas esperanzas podemos depositar en los cristianos de Turquía y si Francia e Inglaterra seguirán oponiéndose a nosotros. No tenemos otra manera de avanzar, salvo por medio de un levantamiento popular (*narodnoe vosstanie*) por la independencia en la escala más amplia y más general posible; sin esa colaboración popular ni siquiera podemos pensar en una ofensiva; la lucha debe entablarse entre los cristianos y los turcos, y nosotros, por así decirlo, permaneceremos en la reserva[170].

Nesselrode, el cauteloso ministro de Exteriores del zar, trató de enfriar esta estrategia revolucionaria y su cautela era compartida por la mayoría de los diplomáticos rusos. En un memorándum del 8 de noviembre dirigido al zar, argumentó que los eslavos balcánicos no se sublevarían en gran número[171]; que las incitaciones a sublevarse provocarían en Europa más sospechas sobre las ambiciones de Rusia en los Balcanes, y que, en cualquier caso, se trataba de un juego peligroso, porque Turquía también podía incitar levantamientos de los musulmanes bajo el dominio del zar en el Cáucaso y Crimea[172].

Pero nada podía desviar a Nicolás de su objetivo, que era una guerra religiosa. Se consideraba el defensor de la fe ortodoxa y se negó a que un ministro de Exteriores, cuyos orígenes protestantes lo disminuían en el campo religioso ante el zar, lo disuadiera de su misión. Nicolás consideraba que su deber sagrado era liberar a los cristianos del dominio musulmán, En todos los mani-

fiestos dirigidos a los eslavos balcánicos explicitaba que Rusia estaba luchando una guerra religiosa para liberarlos de los turcos. Cumpliendo con sus instrucciones, los comandantes de su ejército donaban campanas a las iglesias de las ciudades y aldeas cristianas que ocupaban, como medio de conquistar el apoyo popular. Las tropas rusas convertían las mezquitas en iglesias[173].

El fervor religioso del zar se enredó con los cálculos militares —especialmente en el pensamiento más táctico de Paskevich– que suponían que los cristianos balcánicos podrían proporcionar un ejército barato y muchos recursos a la causa rusa. En 1853, Nicolás se había acercado mucho más a los eslavófilos y los paneslavos, que tenían una buena cantidad de patrocinadores en la corte, así como el apoyo de Barbette Nelidov, la amante del zar desde hacía mucho tiempo. Según Anna Tiutcheva, hija del poeta Fedor Tiutchev y dama de honor de la corte, las ideas de los paneslavos empezaron a ser expresadas abiertamente por el gran duque Alejandro, el heredero al trono, y su esposa, la gran duquesa María Alexandrovna. En varias ocasiones les oyó decir, en el transcurso de conversaciones, que los aliados naturales de Rusia eran los eslavos balcánicos, cuya lucha por la independencia debía ser apoyada por las tropas rusas en cuanto éstas cruzaran el Danubio. La condesa Bludova, otra paneslava de la corte, instó al zar a declarar la guerra a Austria además de a Turquía, en nombre de la liberación de los eslavos. Pasó al zar muchas cartas de Pogodin en las que el líder paneslavo pedía a Nicolás que uniera a los eslavos bajo el liderazgo de Rusia y fundara un imperio eslavo cristiano con sede en Constantinopla[174].

Los apuntes tomados por el zar en los márgenes de un memorándum de Pogodin revelan el pensamiento del monarca en el mes de diciembre de 1853, el momento en que estuvo más cerca de abrazar la causa paneslava. Nicolás había pedido a Pogodin que le dijera lo que pensaba acerca de la política rusa hacia los eslavos durante la guerra contra Turquía. La respuesta de Pogodin

fue un examen detallado –repleto de quejas contra Occidente– de las relaciones de Rusia con las potencias europeas. El memorándum claramente encontró eco en Nicolás, quien compartía con Pogodin la sensación de que el papel de Rusia como protectora de los ortodoxos no había sido reconocido o entendido y de que Occidente trataba injustamente al imperio. Nicolás expresó su especial aprobación del siguiente fragmento, en el que Pogodin condenaba el doble rasero de las potencias occidentales, que les permitía conquistar tierras extranjeras y al mismo tiempo prohibir a Rusia que hiciera lo mismo:

> Francia quita Argelia a Turquía y casi todos los años Inglaterra anexa otro principado de la India: nada de todo eso perturba el equilibrio de poder, pero cuando Rusia ocupa Moldavia y Valaquia, aunque sólo provisionalmente, eso altera el equilibrio de poder. Francia ocupa Roma y permanece allí varios años en época de paz[175]: eso no significa nada, pero basta con que Rusia piense en ocupar Constantinopla para que la paz de Europa esté amenazada. Los ingleses declaran la guerra a los chinos[176], que según parece los han ofendido: nadie tiene derecho a intervenir, pero Rusia se ve obligada a pedir permiso a Europa para pelearse con su vecino. Inglaterra amenaza a Grecia con apoyar las afirmaciones falsas de un miserable judío y quema su flota[177]: ésa es una acción legítima, pero Rusia exige un tratado para proteger a millones de cristianos y se considera que ese hecho fortalece su posición en Oriente a expensas del equilibrio de poder. No podemos esperar de Occidente otra cosa que no sea mala intención y un odio ciego, que no entiende ni quiere entender [*comentario de Nicolás I en el margen*: «Ésta es exactamente la cuestión»].

Tras haber activado el resentimiento del zar contra Occidente, Pogodin lo alentó a actuar solo, según su conciencia ante Dios, para defender a los ortodoxos y promover los intereses de Rusia en los Balcanes. Nicolás manifestó su aprobación:

> ¿Quiénes son nuestros aliados en Europa? [*comentario de Nicolás*: «Nadie, y no los necesitamos, si ponemos nuestra confianza en Dios, de manera incondicional y de buen grado»]. Nuestros únicos aliados verdaderos en Europa son los eslavos, nuestros hermanos de sangre, lenguaje, historia y fe, y hay diez millones de ellos en Turquía y millones en Austria […]. Los eslavos turcos podrían proporcionarnos más de

200 000 soldados, ¡y qué soldados! Y eso sin contar a los croatas, dálmatas y eslovenos, etc. [*comentario de Nicolás*: «Una exageración; si se reduce esa cifra a la décima parte, será más verdadera»] [...].

Al declararnos la guerra, los turcos han destruido todos los viejos tratados que definían nuestras relaciones, así que ahora podemos exigir la liberación de los eslavos y lograr ese objetivo por medio de una guerra, ya que ellos mismos han elegido la guerra [*comentario de Nicolás*: «Eso es correcto»].

Si no liberamos a los eslavos y los ponemos bajo nuestra protección, nuestros enemigos, los ingleses y los franceses, lo harán en nuestro lugar. En Serbia, Bulgaria y Bosnia, están activos entre los eslavos, con sus partidos occidentales, y si tienen éxito, ¿en qué posición quedaremos nosotros? [*comentario de Nicolás*: «Absolutamente correcto»].

¡Sí! Si no aprovechamos esta oportunidad favorable, si sacrificamos a los eslavos y traicionamos sus esperanzas, o permitimos que su destino sea decidido por otras potencias, entonces no sólo habremos puesto en contra nuestra a una lunática Polonia, sino a diez (que es lo que desean nuestros enemigos y en eso trabajan para lograrlo) [...] [*comentario de Nicolás*: «Así es»].

Con los eslavos de enemigos, Rusia se convertiría en «una potencia de segunda clase», argumentaba Pogodin, cuyas oraciones finales Nicolás subrayó con triple línea:

Ha llegado el momento más grande de la historia de Rusia —más grande tal vez que la época de Poltava[178] y Borodino—. Si Rusia no avanza, retrocederá; esa es la ley de la historia. Pero ¿Rusia verdaderamente puede caer? ¿Acaso Dios lo permitiría? ¡No! Él guía el gran alma rusa y lo advertimos en las páginas gloriosas que hemos dedicado a Él en la Historia de nuestra Patria. Sin duda Él no permitirá que se diga: Pedro fundó los dominios de Rusia en Oriente, Catalina los consolidó, Alejandro los expandió y Nicolás los traicionó entregándolos a los latinos. No, eso no puede ser y no será. Con Dios de nuestro lado, no podemos retroceder[179].

Para lograr que adoptara su ideología paneslava, Pogodin había apelado con astucia a la convicción del zar en su misión divina, la de defender a los ortodoxos, así como a su creciente distanciamiento de Occidente. En el memorándum de noviembre dirigido a sus ministros, Nicolás había declarado que Rusia no tenía más opción que recurrir a los eslavos porque las potencias

occidentales, el Reino Unido en particular, habían apoyado a los turcos en contra de la «sagrada causa» rusa.

> Convocamos a todos los cristianos a unirse a nosotros en la lucha por su liberación de siglos de opresión otomana. Declaremos nuestro apoyo a la independencia de moldavos y valacos, serbios, búlgaros, bosnios y griegos. [...] No veo otra manera de poner fin a la hostilidad de los británicos, porque es improbable que después de esta declaración sigan aliados con los turcos y luchando junto a ellos contra los cristianos[180].

Nicolás siguió albergando dudas respecto de la causa paneslava: no compartía las ilusiones de Pogodin respecto del número de tropas eslavas que podrían movilizar en los Balcanes e ideológicamente seguía oponiéndose a la idea de alentar insurrecciones revolucionarias, prefiriendo en cambio proclamar su apoyo a la liberación de los eslavos basándose en principios religiosos. Pero cuanto más expresaba Occidente su oposición a la ocupación rusa de los principados, tanto más proclive se sentía el zar a apostar todo a una gran alianza de los ortodoxos, amenazando incluso con apoyar las revueltas de los eslavos contra los austríacos, si es que éstos se unían a Occidente en contra de Rusia. Las convicciones religiosas volvían imprudente y temerario al zar, instándolo a arriesgar todas las conquistas que Rusia había logrado en Oriente Próximo a lo largo de muchos decenios de diplomacia y de luchas en una apuesta por los eslavos[181].

Con la esperanza de un levantamiento serbio, el zar favorecía la idea de marchar hacia el sudoeste desde Bucarest hacia Rustschuk (Ruse), de manera que sus tropas estuvieran en disposición de ayudar a los serbios si éstos se sublevaban, en vez de concentrarse sobre la fortaleza turca de Silistria, situada más al este a orillas del Danubio, como prefería Paskevich. Tal como Nicolás explicaba en una carta del 5 de enero dirigida a Paskevich, quería subordinar su estrategia militar a la causa más grande de la libe-

ración de los eslavos, que se iniciaría con una sublevación de los serbios:

> Por supuesto que Silestria es un punto importante [...] pero me parece que si queremos el progreso de nuestra causa por medio de los cristianos, manteniéndonos en reserva, tendría más sentido tomar Rustschuk, desde donde podemos atacar el centro de Valaquia mientras permanecemos entre los búlgaros y cerca de los serbios, de los que por cierto tendremos que depender. Avanzar más allá de Rustschuk dependerá de un levantamiento general de los cristianos, que debería estallar poco después de que hayamos ocupado Rustschuk; según creo, la captura de Silestria no ejercería ese efecto [sobre los serbios], porque está lejos de ellos[182].

Pero Paskevich era más cauteloso. Le ponía nervioso la posibilidad de que un levantamiento serbio obligara a los austríacos a intervenir para impedir que la insurrección se propagara a otros territorios de los Habsburgo. En diciembre, aconsejó al zar que mantuviera reservas en Polonia en el caso de que se produjera un ataque austríaco y que decidiera marchar hacia el sudeste desde Bucarest en dirección a Silistria, donde los rusos podrían confiar en el apoyo de los búlgaros sin temor alguno a una reacción austríaca. Paskevich pensaba que la fortaleza de Silistria podía capturarse en tres semanas, lo que permitiría al zar lanzar un ataque contra Adrianópolis en primavera y sojuzgar a Turquía antes de que las potencias occidentales tuvieran tiempo de intervenir. Sobre esta base Nicolás accedió al plan de su comandante[183].

Sin embargo, mientras las tropas rusas avanzaban hacia Silistria no se produjo ningún levantamiento masivo de los búlgaros, ni de ningún otro pueblo eslavo, pese a que los búlgaros eran en general prorrusos y de que en años recientes habían participado en revueltas a gran escala contra el dominio musulmán en Vidin, Nish y otras ciudades. Los búlgaros dieron la bienvenida a las tropas rusas como soldados que venían a liberarlos de los turcos, se unieron a ellos en los ataques contra los emplazamientos turcos, pero muy pocos se enrolaron como voluntarios y sólo se

produjeron pequeños levantamientos esporádicos, casi todos ellos aplastados con brutal violencia por los hombres de Omar Pachá. En Stara Zagora, donde se produjo la revuelta búlgara más grande, docenas de mujeres y muchachas jóvenes fueron violadas por las tropas turcas[184].

En enero de 1854, el cónsul británico en Valaquia señaló que la fuerza de ocupación estaba «activamente dedicada a reclutar una división de voluntarios compuesta principalmente por griegos, albaneses, serbios y búlgaros». Fueron incorporados al ejército ruso como una «Legión Greco-eslava». Hasta entonces sólo se habían reclutado unos mil voluntarios, informaba el cónsul. Convocados para combatir una «guerra santa» contra los turcos, «se espera que constituyan una fuerza de cruzados, que será equipada y armada a expensas de las autoridades militares rusas», señalaba. Los voluntarios eran conocidos como «los portacruces», porque lucían en los birretes de su uniforme una «cruz ortodoxa roja sobre fondo blanco». Según un oficial ruso, casi todos estos voluntarios tuvieron que ser empleados como auxiliares de policía para mantener el orden en la retaguardia, aunque habían recibido entrenamiento militar. El carácter represivo de la ocupación rusa, que prohibía las reuniones públicas, ponía en manos de militares los consejos locales, intensificaba la censura y requisaba los alimentos y los transportes, generó gran resentimiento. Los rusos eran despreciados por los moldavos y los valacos, informaba el cónsul británico, «y todo el mundo se ríe de ellos cuando es posible hacerlo sin correr riesgos». En las zonas rurales estallaron docenas de sublevaciones debido a las requisas, algunas de ellas reprimidas por los cosacos con violencia despiadada, ya que mataban a los campesinos e incendiaban las aldeas. Las fuerzas turcas de Omar Pachá también se embarcaron en una guerra de terror contra docenas de asentamientos búlgaros –destruyendo iglesias, decapitando sacerdotes, mutilando a los muertos y violando a las muchachas– para disuadir a otros de cualquier idea de

sublevación o de enrolarse como voluntarios en el ejército ruso[185].

Omar Pachá estaba aún más preocupado por impedir que los rusos entraran en Serbia, sobre el flanco turco, donde la idea de una sublevación para apoyar a Rusia gozaba de intenso favor entre los clérigos ortodoxos serbios y una parte del campesinado (lo cual sugería que la evaluación y la preferencia del zar de atacar desde Serbia habían sido acertadas). El comandante de las fuerzas turcas concentró sus defensas en la zona estratégica que circundaba Vidin, la entrada oriental a los territorios serbios sobre el Danubio, y a fines de diciembre empleó 18 000 soldados para expulsar a 4000 rusos de Cetatea, al otro lado del río (en un anticipo de la clase de lucha que se produciría durante la guerra de Crimea, los turcos mataron a más de mil rusos heridos que habían sido dejados atrás en el campo de batalla[186]).

El apremio con el que los turcos defendieron Serbia estaba condicionado por la inestabilidad que reinaba en el país. El príncipe Alexander, que gobernaba con autorización de la Puerta, había perdido toda autoridad, y los elementos prorrusos de la Iglesia y la corte serbias se preparaban activamente para una sublevación contra su gobierno calculada para coincidir con la llegada esperada de las tropas rusas a Serbia. Los líderes del ejército serbio estaban resignados e incluso en secreto aliados con una ocupación rusa, según el cónsul británico en Belgrado. En enero de 1854, el comandante en jefe del ejército serbio había dicho al cónsul que era «insensato resistirse a una potencia tan invencible como Rusia, que conquistaría los Balcanes y transformaría Constantinopla en capital del reino eslavo ortodoxo»[187].

Si se perdía Serbia, existía un peligro real de que todos los Balcanes se rebelaran contra los otomanos. Serbia no estaba lejos de Tesalia y Épiro, donde ya había 40 000 griegos organizados en una rebelión armada contra los turcos, apoyados por el gobierno de Atenas, que aprovechó la oportunidad proporcionada

por la ocupación rusa de los principados para empezar una guerra contra Turquía y anexar los territorios rebeldes. Advertido por los británicos de que no debía intervenir en Tesalia y Épiro, el rey Otto decidió ignorarlos. Apostando por una victoria rusa, o al menos por una guerra prolongada en el Danubio, Otto esperaba conseguir apoyo para su dictadura monárquica estableciendo una Grecia más grande. Los sentimientos nacionalistas habían cobrado gran intensidad en Grecia en 1853, cuando se cumplían 400 años de la caída de Constantinopla en manos de los turcos, y muchos griegos miraban hacia Rusia con la esperanza de reconstruir un nuevo imperio griego sobre las ruinas de Bizancio[188].



Temerosos de perder todos sus territorios balcánicos, los turcos decidieron establecer y mantener una línea defensiva en el Danubio y atacar a los rusos en el Cáucaso, donde podrían conseguir el apoyo de las tribus musulmanas, para obligarlos a retirar parte de sus tropas del frente occidental. Podían contar con el apoyo de los rebeldes musulmanes contra el dominio ruso en el Cáucaso. En marzo de 1853, Shamil, el imán de las tribus rebeldes, había recurrido a los otomanos en busca de ayuda en su guerra contra el zar. «Nosotros, tus súbditos –había escrito al sultán–, hemos perdido nuestra fuerza, tras haber luchado largo tiempo contra los enemigos de nuestra Fe. […] Hemos perdido todos nuestros recursos y ahora nos hallamos en una desastrosa situación». El ejército de Shamil había sido despojado de sus bases de guerrilla en Chechenia y Daguestán por las fuerzas rusas, cuyo número se había incrementado constantemente desde 1845, cuando Mijaíl Vorontsov, el gobernador general de Nueva Rusia y Crimea, fue designado comandante en jefe y virrey del Cáucaso[189]. En vez de atacar directamente los bastiones rebeldes, Vorontsov los rodeó y los aniquiló por hambre, incendiando las cosechas y las aldeas; sus tropas talaron los bosques para ex-

pulsar de ellos a los rebeldes y construyeron caminos en las zonas insurgentes. En 1835, su estrategia ya revelaba signos de éxito: cientos de aldeas chechenas se habían pasado al bando de los rusos, con la esperanza de que los dejaran cultivar sus tierras en paz, y los rebeldes estaban desmoralizados. Creyendo que habían contenido la insurgencia, los rusos empezaron a reducir sus fuerzas en el Cáucaso y transfirieron gran parte de sus tropas al frente del Danubio. Clausuraron muchos de sus fuertes más pequeños a lo largo de la costa circasiana[190].

Ésa fue la oportunidad que los turcos decidieron aprovechar. Una guerra exitosa contra los rusos en el Cáucaso alentaría a los persas y musulmanes de toda la zona del mar Negro y hasta podía llegar a causar la caída del Imperio ruso en la región. Con seguridad eso conseguiría además el apoyo de los británicos, que durante varios años habían estado repartiendo armas y dinero entre los rebeldes de Circasia y Georgia y desde hacía tiempo planeaban unirse a Shamil[191].

Antes de 1853, los turcos no se habían animado a prestar apoyo a Shamil. Según el Tratado de Adrianópolis (1829), la Puerta había accedido a deponer todas sus reclamaciones sobre los territorios rusos del Cáucaso y desde entonces los rusos le habían dado protección contra la amenaza de Mehmed Alí de Egipto (quien mantenía buenas relaciones con Shamil). Pero todo eso había cambiado con la declaración de guerra de los turcos. El 9 de octubre el sultán respondió a la petición de Shamil, que lo instaba a lanzar una «guerra santa» en defensa del islam y a atacar a los rusos en el Cáucaso en colaboración con el ejército anatolio bajo el mando de Abdi Pachá. Previendo este acontecimiento, Shamil ya había marchado con 10 000 hombres hacia Tiflis y más voluntarios fueron movilizados desde Circasia y Abjasia para atacar la capital militar rusa. El 17 de octubre, el cónsul británico en Erzurum informó al Foreign Office de Londres que Shamil había puesto 20 000 soldados a disposición de Abdi Pachá

para combatir contra Rusia. Ocho días más tarde empezó la campaña turca en el Cáucaso, cuando los Bashi Bazouks del ejército de Abdi Pachá en Ardahan capturaron la importante fortaleza rusa de San Nicolás (Shekvetili en georgiano), situada al norte de Batumi, donde mataron a alrededor de mil cosacos y, según el informe enviado al príncipe Menshikov, el comandante en jefe, torturaron a cientos de civiles, violaron a mujeres y se llevaron a gran número de muchachos y niñas georgianos para venderlos como esclavos en Constantinopla[192].

Para apoyar su ofensiva terrestre en el Cáucaso, los turcos dependían de que su flota del mar Negro los abasteciera. La flota turca nunca se había recuperado plenamente de la derrota aplastante que había sufrido en Navarino en 1827. Según el asesor naval británico del gobierno otomano, Adolphus Slade, en 1851 la armada turca tenía 15 000 marineros en 68 barcos que estaban más o menos en condiciones de navegar, pero carecía de buenos oficiales y la mayoría de sus marineros no tenía un entrenamiento adecuado. Aunque no era rival para la flota rusa, la armada turca ganó confianza a fines de octubre, cuando las flotas británica y francesa echaron anclas en Beykoz, un suburbio de Constantinopla sobre el Bósforo: con cinco buques para la primera línea de combate (navíos con dos o tres cubiertas, cada una de ellas con un mínimo de setenta cañones), once de doble cubierta, cuatro fragatas y trece vapores, tenían un poder combinado más que suficiente para mantener a raya a los rusos. La flota rusa del mar Negro estaba dividida en dos escuadrones: uno bajo el mando del almirante Vladimir Kornilov patrullaba la mitad occidental del mar Negro; el otro, bajo el mando del vicealmirante Pavel Najimov, patrullaba la mitad oriental. Ambos tenían órdenes de Menshikov de destruir cualquier barco turco que transportara provisiones al Cáucaso. Los ministros y comandantes turcos sabían que el enemigo patrullaba las aguas, pero de todas maneras decidieron enviar una pequeña flota al mar Negro. Los rusos te-

nían buenos motivos para creer que los barcos turcos transportaban armas y hombres al Cáucaso y, de hecho, eso era lo que hacían. Pero los turcos confiaban en que si sus barcos eran atacados por los rusos, los británicos y los franceses vendrían en su auxilio. Tal vez ése fuera precisamente su objetivo: provocar un ataque ruso y con ello obligar a las potencias occidentales a involucrarse en una batalla naval en el mar Negro. Ciertamente, parecían indiferentes a la precaria situación de su flota, que estaba anclada en Sinope, en la costa de Anatolia, al alcance de la escuadra, más grande y poderosa, de Najimov (seis modernos buques de guerra, dos fragatas y tres vapores[193]).

El 30 de noviembre, Najimov dio la orden de ataque. Los cañones pesados y los obuses explosivos de su escuadra aniquilaron la flota turca. Fue la primera vez que se usaban los obuses explosivos en un combate naval. Los rusos habían diseñado una clase de obús muy avanzado que penetraba en el entablonado de madera de los barcos turcos antes de liberar su carga explosiva y los hacía pedazos desde dentro. Slade estaba en el único barco turco que se salvó, un barco de vapor llamado *Taif*. Dejó esta crónica:

> En una hora u hora y media, toda acción había concluido, salvo algún que otro disparo perdido, por la falta de medios de un bando para continuar la lucha, porque la mitad de las tripulaciones de los barcos turcos estaba muerta, sus cañones desmontados y los cascos literalmente cribados por la cantidad y la fuerza de los disparos enemigos. Algunos de los barcos estaban en llamas. […]
>
> Los rusos lanzaban exclamaciones, porque habían logrado aquello que los había hecho entrar en la bahía, la destrucción de la escuadra turca, y sobre toda consideración deberían haber cesado el fuego, y de haberlo hecho, hubieran evitado la merecida censura, pero volvieron a abrir fuego contra los cascos varados y, además de los barcos ya enzarzados en combate, sus fragatas entraron en la bahía para acercarse a ellos y completar la aniquilación. Muchos hombres perdieron la vida, ya sea por los disparos o porque se ahogaron en su intento de alcanzar la costa […]. Junto con los barcos, los rusos destruyeron el barrio turco de Sinope con sus bombas y metralla, la ruina es completa, no queda ni una casa en pie, aunque los habitantes siguieron al gobernador y huyeron de la ciudad en cuanto sonó el primer cañonazo.

Según Slade, el ataque ruso mató en Sinope a 2700 marineros turcos, de un total de 4200. En la ciudad cundía el caos y la destrucción reinaba en todas partes. Los cafés se convirtieron en hospitales improvisados. Había cientos de civiles heridos, pero tan sólo tres médicos en la ciudad. Pasaron seis días antes de que los rusos cesaran el bombardeo y los heridos pudieran ser trasladados en barco a Constantinopla[194].

Pocos días más tarde Slade relató los detalles del combate al gobierno otomano. Extrañamente, los ministros le parecieron poco afectados por las noticias, lo que reforzó las sospechas de que los turcos habían provocado el ataque ruso para conseguir que las potencias occidentales se involucraran en la guerra:

> Su confortable y mullida habitación y sus personas elegantemente envueltas en pieles recordaban profundamente en la imaginación, por la intensidad del contraste, los sombríos y sucios cafés de Sinope, con sus doloridos ocupantes. Escucharon, aparentemente indiferentes, el penoso relato; miraron con toda calma una vista panorámica de la bahía de Sinope, tomada unos pocos días después de la acción por el teniente O'Reilly, del *Retribution*. Un extranjero, ignorante del *nil admirari* [nada me asombra] de los otomanos, hubiera creído que estaban escuchando un relato y mirando una imagen de algún desastre ocurrido en aguas chinas[195].

De hecho, la derrota revivió los esfuerzos diplomáticos otomanos. Era señal de la influencia de Reshid y de su determinación de impedir una escalada de la guerra. En su opinión, hacía falta un último esfuerzo destinado a involucrar a las potencias occidentales en un acuerdo, si es que se pretendía lograr que prestaran su apoyo a los turcos en caso de que se desencadenara una guerra general.

El 5 de diciembre, el conde Buol, ministro de Exteriores austríaco, presentó a los rusos un conjunto de condiciones de paz de la Puerta, que había sido acordado por las cuatro potencias (Austria, Prusia, Reino Unido y Francia) en la Conferencia de Viena. Si el zar accedía a la evacuación inmediata de los principados del

Danubio, los turcos enviarían representantes para negociar la paz directamente con los rusos, bajo supervisión internacional. Prometían renovar sus tratados con Rusia y aceptar sus propuestas referidas a Tierra Santa. El 18 de diciembre, el Gran Consejo resolvió aceptar la paz en esas condiciones.

En Constantinopla, los estudiantes religiosos organizaron furibundas manifestaciones en contra de la decisión del Gran Consejo. «Durante los últimos tres días la capital turca ha vivido en estado de insurrección», informó Stratford Canning el 23 de diciembre. Los estudiantes se reunieron en asambleas ilegales y amenazaron a Reshid Pachá y a los otros ministros. Había rumores de una masacre de cristianos en los barrios europeos de la ciudad. Canning invitó a algunos diplomáticos y a sus familias a refugiarse en la embajada británica. Escribió a Reshid Pachá instándolo a permanecer firme ante los estudiantes, pero Reshid, que no era conocido precisamente por su coraje, había renunciado y se ocultaba de la turba en la casa de su hijo, en Besiktas. Canning no pudo comunicarse con él. Temiendo una revolución religiosa, Canning llamó a varios vapores de la flota británica, que se encontraba en Beykoz, al centro de la capital, y acudió al sultán para exigir medidas firmes contra los potenciales insurrectos. El día siguiente, 160 estudiantes religiosos fueron arrestados por la policía y llevados ante el Gran Consejo. Cuando se les inquirió por la insurrección, los líderes respondieron que el Gran Consejo «no había tomado en cuenta las prescripciones del Corán para acordar la paz después de una guerra». Después de explicarles que la Puerta no había acordado la paz, sino que tan sólo había establecido las condiciones para iniciar una negociación, se les preguntó a los estudiantes si les gustaría ir al frente de batalla, ya que tanto querían una guerra, pero ellos respondieron que su deber era predicar y no luchar. De manera que fueron enviados al exilio en Creta[196].

Las noticias de Sinope llegaron a Londres el 11 de diciembre. La destrucción de la flota turca era una acción rusa justificada, ya que después de todo estaban en guerra contra Turquía, pero la prensa británica inmediatamente la calificó de «un violento ultraje» y de una «masacre», y alegó, exageradamente, que los rusos habían matado a 4000 civiles. «Sinope –afirmó *The Times*– disipa las esperanzas de pacificación que nos habían hecho albergar [...]. Pensamos que era nuestro deber sostener y defender la causa de la paz mientras la paz era compatible con el honor y la dignidad de nuestro país [...] pero el emperador de Rusia ha arrojado su guante contra las potencias marítimas [...] y ahora ha empezado la guerra en serio». El *Chronicle* declaró: «Desenvainaremos la espada, si debemos hacerlo, no sólo para preservar la independencia de un aliado, sino para humillar las ambiciones y frustrar las maquinaciones de un déspota cuyas pretensiones intolerables lo han convertido en enemigo de todas las naciones civilizadas». La prensa de provincia siguió la belicosa línea rusófoba de Fleet Street. «No se llegará a nada con una simple conversación con el zar –alegaba un editorial del *Sheffield and Rotherham Independent*–. Parece haber llegado el momento en el que debemos actuar para disipar los malvados designios de los intentos rusos». En Londres, Manchester, Rochdale, Sheffield, Newcastle y muchas otras ciudades se celebraron reuniones públicas en defensa de Turquía. En Paisley, el propagandista antirruso David Urquhart se dirigió a la multitud durante dos horas, para concluir rogándole al «pueblo de Inglaterra [...] que pida a su soberana que, o bien declare la guerra a Rusia, o bien retire las escuadras británicas de aguas turcas». Los periódicos publicaron peticiones a la reina exigiendo una postura más activa contra Rusia[197].

La posición del gobierno británico –una frágil coalición de liberales y conservadores partidarios del libre comercio sostenida por lord Aberdeen– se alteró drásticamente con la reacción pú-

blica ante el desastre de Sinope. Al principio, el gobierno reaccionó con calma ante la noticia. Casi todo el gabinete adoptó la opinión del primer ministro, quien sostuvo que había que dar más tiempo a la iniciativa de paz promovida por los austríacos. Se acordó que las flotas británica y francesa tendrían que hacer sentir su presencia en el mar Negro, pero que esa demostración de poderío naval debía usarse para forzar a los rusos a aceptar las negociaciones de paz, no para provocar una guerra. El sentimiento general que prevalecía era que el Reino Unido no debía permitir que los turcos, que habían atraído el desastre sobre sí mismos, arrastraran a una guerra. Tal como había advertido la misma reina Victoria:

> […] nosotros, junto con Francia, hemos asumido todos los riesgos de una guerra europea, sin haber sometido a Turquía a ninguna condición por el hecho de haberla provocado. Se ha permitido que los ciento veinte turcos fanáticos que constituyen el Diván en Constantinopla sean los únicos jueces que deciden la línea política que seguir, ¡y al mismo tiempo se les ha hecho saber que Inglaterra y Francia se han comprometido a defender el territorio turco! Eso es confiarles un poder que el Parlamento ni siquiera ha accedido a confiar a la Corona británica[198].

En esta etapa, la reina coincidía con Aberdeen con respecto a que la invasión de los principados no debía ser considerada una causa de declaración de guerra contra Rusia. Como él, aún se sentía inclinada a confiar en el zar, a quien había conocido y por el que había sentido aprecio diez años atrás, y pensaba que sus agresivas acciones podían refrenarse. En privado, tenía opiniones antiturcas, que ejercían influencia sobre su actitud respecto de la invasión rusa. Antes de Sinope, Victoria había escrito en su diario que «sería favorable para la paz y muy ventajoso en general que los turcos recibieran un buen castigo». Después adoptó una opinión diferente sobre la invasión, esperando que el castigo propinado por Rusia a los turcos lograra que ambos bandos se mostraran mejor dispuestos a aceptar las iniciativas europeas de

paz. «Una clara victoria rusa por *tierra* puede tener, y *confío en que tendrá*, un efecto pacificador, ya que eso inspirará al embajador un espíritu magnánimo y forzará a los turcos a mostrarse más razonables», anotó en su diario el 15 de diciembre[199].

Oponerse al espíritu bélico de los turcos era una cosa, pero otra muy diferente era resistirse a los gritos de guerra de la prensa británica, especialmente porque Palmerston, quien había renunciado al gabinete el 14 de diciembre, ostensiblemente a causa de la reforma parlamentaria, había agregado su voz al coro que exigía una acción bélica: su propósito era desafiar al pacifista Aberdeen desde fuera del gobierno, mediante la obtención del apoyo público para su propia campaña, que favorecía una política exterior más agresiva. Palmerston sostenía que el ataque de Sinope era una acometida indirecta contra las potencias occidentales, que habían enviado sus flotas al Bósforo como advertencia a Rusia. «El escuadrón del sultán fue destruido en un puerto turco, que las flotas inglesa y francesa, de estar presentes, habrían protegido», explicó a Seymour. Sinope era una prueba de la agresión rusa –era el pretexto moral que necesitaba el Reino Unido (y que Palmerston había estado buscando) para destruir la amenaza rusa en Oriente– y continuar las negociaciones de paz en Viena sólo lograría hacer más difícil a las potencias occidentales luchar en esta «guerra justa y necesaria». En el gabinete, Palmerston era apoyado por Russell, el líder de la Cámara de los Comunes, y fundamentalmente por Clarendon, el secretario de Exteriores, quien cambió de posición y se aunó con Palmerston cuando advirtió la reacción pública ante la destrucción de la flota turca (la reina anotó en su diario el 15 de diciembre que Clarendon se había hecho «más belicista de lo que era, por miedo a los periódicos»). «Usted cree que me importa demasiado la opinión pública –escribió Clarendon a Aberdeen el 18 de diciembre–, pero, en realidad, cuando la espantosa matanza de Sinope se haga pública, será una deshonra para nosotros si, aunque sea solamen-

te por motivos humanitarios, no tomamos medidas activas para impedir que se repitan atrocidades semejantes[200]».

Como Palmerston ya no formaba parte del gabinete, correspondía a Clarendon representar a los belicistas. Sinope había demostrado que los rusos «no tenían ninguna intención genuina de sellar la paz aunque los turcos propusieran términos razonables», dijo Clarendon a Aberdeen, por lo cual ya no tenía sentido seguir hablando con ellos. Urgió al primer ministro a usar la carnicería de Sinope como «argumento moral» para rechazar la iniciativa de paz austríaca y para adoptar medidas firmes contra Rusia. Decidido a socavar las negociaciones de paz, instó a Canning a que aconsejara a los turcos reforzar su posición y advirtió a Boul de que Austria era demasiado blanda con Rusia. Era demasiado tarde para negociaciones, manifestó a lord Cowley, el embajador británico en París: había llegado el momento de que las potencias occidentales «acabaran con Rusia como potencia naval en Oriente»[201].

El apoyo francés era crucial para Palmerston y para los belicistas del gabinete británico. Napoleón estaba decidido a usar la masacre de Sinope como pretexto para iniciar acciones contra Rusia, en parte debido a su cálculo de que era una buena oportunidad para consolidar una alianza con el Reino Unido y en parte porque creía que un emperador de Francia no debía tolerar que se humillara su flota, que es lo que ocurriría si la acción rusa quedaba sin castigo. El 19 de diciembre Napoleón propuso que las flotas francesa y británica se internaran en el mar Negro y obligaran a los buques de guerra rusos a regresar a Sebastopol. Incluso amenazó con que los franceses actuarían solos si el Reino Unido se negaba a hacerlo. Eso fue suficiente para lograr que Aberdeen, aunque a regañadientes, capitulara: el miedo a un resurgimiento francés, si no el miedo a Rusia, lo obligó a consentir. El 22 de diciembre se acordó que una flota de ambos países protegería la navegación turca en el mar Negro. Palmerston vol-

vió al gabinete, como líder indiscutido de la facción belicista, el día de Nochebuena[202].



Pero los orígenes de la guerra de Crimea no pueden entenderse si se estudian únicamente las motivaciones de estadistas y diplomáticos. Fue una guerra –la primera de la historia– que se produjo a causa de la presión ejercida por la prensa y la opinión pública. Como el desarrollo de los ferrocarriles permitió la aparición de una prensa nacional en las décadas de 1840 y 1850, la opinión pública se convirtió en una fuerza poderosa de la política británica, que –podría decirse– eclipsaba incluso la influencia del Parlamento y del propio gabinete gubernamental. *The Times*, el periódico más importante del país, desde hacía tiempo estaba asociado con el partido conservador, pero cada vez más actuó –y fue considerado– como una institución nacional, un «Cuarto Estado», según las palabras de Henry Reeves, su editor de asuntos exteriores, quien escribió sobre su profesión en 1855: «El periodismo no es el instrumento por medio del cual se expresan las varias divisiones de la clase gobernante, sino más bien el instrumento por medio del cual la inteligencia colectiva de la nación critica y controla a la clase gobernante. Es sin duda el "Cuarto Estado" del reino y no tan sólo la contraparte escrita y la voz del Tercer Estado». Al gobierno no le quedaba otra alternativa que reconocer esta nueva realidad. «Un ministro inglés debe complacer a los periódicos», se lamentó Aberdeen, un conservador de la vieja escuela que iba del palacio a su club de la calle Pall Mall. «Los periódicos siempre vociferan para interferir. Son matones y convierten en matón al gobierno[203]».



Palmerston

En este sentido, Palmerston fue el primer político moderno. Entendió la necesidad de cultivar una relación con la prensa y de dirigirse al público en términos sencillos para crear un electorado político de base masiva. El tema que le permitió conseguirlo fue la guerra contra Rusia. Su política exterior capturó la imaginación del público británico, que la consideró la encarnación de su propio carácter nacional y de los ideales populares: era protestante y amante de la libertad, enérgica e intrépida, segura y audaz, beligerante en defensa del hombre pequeño, orgullosamente británica y desdeñosa hacia los extranjeros, particularmente aquellos de religión ortodoxa o católica romana, a los que Palmerston asociaba con los peores vicios y excesos del continente. El público amaba su compromiso verbal con el intervencionismo liberal en el extranjero: reforzaba la idea típica del inglés medio de que el Reino Unido era el país más grande del mundo y que

la tarea del gobierno debía ser la exportación de su estilo de vida a aquellos menos afortunados que vivían más allá de sus costas.

Palmerston se hizo tan popular y su política exterior se relacionó, en la mente del público, tan íntimamente con la defensa de los «valores británicos» que cualquiera que intentara detener la tendencia hacia la guerra seguramente sería vilipendiado por la prensa patriótica. Ésa fue la suerte que corrieron Richard Cobden y John Bight, pacifistas y radicales partidarios del libre comercio, cuya negativa a considerar a Rusia como una amenaza contra los intereses británicos (que, según ellos, eran mejor defendidos por medio del comercio con Rusia) llevó a la prensa a denunciarlos como «prorrusos» y, por lo tanto, «no ingleses». Hasta el príncipe Alberto, cuyos hábitos continentales provocaban disgusto, fue atacado por ser alemán o ruso (mucha gente parecía incapaz de distinguir entre ambas nacionalidades). La prensa lo acusó de traición, especialmente el *Morning Advertiser* (el periódico «sensacionalista» de la época), después de que se rumoreó que una intriga de la corte había sido responsable de la renuncia de Palmerston en diciembre. Cuando Palmerston volvió a asumir su cargo, el extremo más difamatorio de la prensa informó a viva voz de que Alberto había sido enviado, por traidor, a la Torre de Londres y las multitudes se apiñaron allí para tratar de echar un vistazo al príncipe encarcelado. El *Morning Advertiser* incluso pidió su ejecución, agregando por si acaso: «¡Mejor que unas pocas gotas de sangre culpable se derramen en un cadalso en Tower Hill antes que todo un país vea frustrado su deseo de guerra!». La reina Victoria estaba tan indignada que amenazó con abdicar. Aberdeen y Russell hablaron en nombre de la reina con los editores de todos los periódicos importantes, pero las respuestas que recibieron no permitían albergar mucha esperanza de que se pusiera fin a la campaña: los editores mismos habían aprobado la publicación de los artículos y en algunos casos inclu-

so los habían escrito, porque eso les aseguraba unas buenas ventas[204].

En la imaginación popular la lucha contra Rusia era por los «principios británicos»: la defensa de la libertad, la civilización y el libre comercio. La protección de Turquía contra la agresión rusa se asociaba con la galante virtud británica de defender a los indefensos y a los débiles de toda clase de tiranos y bravucones. El odio a los rusos convirtió a los turcos, a los ojos del público, en parangones de virtud, una visión romántica que se originó en 1849, cuando los turcos habían dado refugio a los húngaros y polacos que luchaban por la libertad oponiéndose a la opresión zarista. Cuando el turcófilo Urquhart fundó a principios de 1854 la Asociación para la Protección de Turquía y Otros Países de la Partición, rápidamente se unieron a ella varios miles de radicales.

El tema de defender a los turcos musulmanes de los rusos cristianos representaba un obstáculo importante para los conservadores anglicanos como Aberdeen y Gladstone, y sin duda también para la reina, cuyas simpatías religiosas la hacían hostil a los turcos (en privado, deseaba el establecimiento de un «Imperio griego» que reemplazase a los otomanos en Europa y esperaba que con el tiempo los turcos «se convirtieran *todos* en cristianos»[205]). El obstáculo fue eliminado por los radicales evangélicos que señalaron la existencia de las reformas de la Tanzimat como evidencia del liberalismo y la tolerancia religiosa de los turcos. Algunos líderes eclesiásticos incluso argumentaron que los turcos habían contribuido a la difusión del protestantismo en Oriente Próximo, una idea que se basaba en el trabajo de los misioneros protestantes en el Imperio otomano. Debido a que la Puerta les había prohibido convertir a musulmanes, los misioneros anglicanos se habían concentrado en los ortodoxos y los católicos, y cada converso relataba anécdotas sobre la conducta perversa de sus sacerdotes. Lord Shaftesbury aludió al tema en

un debate, celebrado en la Cámara de los Lores, sobre la represión otomana de las insurrecciones griegas de Tesalia y Épiro. En un discurso inspirado por el entusiasmo misionero evangélico, Shaftesbury alegó que los cristianos balcánicos eran tanto víctimas de los sacerdotes ortodoxos griegos y de sus patrocinadores rusos como de las autoridades turcas. Desde la perspectiva de lograr la conversión de cristianos a la religión protestante, concluyó Shaftesbury, el dominio turco era preferible a la creciente influencia del zar, que ni siquiera permitía la circulación de la Biblia en ruso en sus propios territorios[206]. Si los rusos llegaban a conquistar los Balcanes, esas tierras también serían envueltas en la misma oscuridad y se perdería toda esperanza de que la religión protestante pudiera arraigarse en la región. El gobierno otomano, en cambio, mantenía Shaftesbury, no era hostil al trabajo misionero de los anglicanos: había intervenido para proteger a los conversos protestantes de las persecuciones de otros cristianos, e incluso en 1850 había concedido estatus de *millet* a la religión protestante (pero no mencionó que los conversos que procedían del islam habían sido ejecutados según lo disponía la ley otomana). Como muchos anglicanos, Shaftesbury pintó un cuadro amable del islam, cuyos calmos rituales parecían más afines con sus propias formas de plegaria contemplativa que los ruidosos rituales semipaganos de los ortodoxos. Esas ideas eran comunes dentro de la comunidad evangélica. Por ejemplo, en una reunión pública realizada en diciembre y destinada a la discusión del conflicto rusoturco, un orador insistió en que «El turco no era infiel, sino unitario». «En cuanto a los griegos rusos, o griegos cristianos –informaba el *Newcastle Guardian*–, no dijo nada en contra de su credo, pero afirmó que eran una raza de ebrios, aficionados al baile y a los chanchullos. Y habló basándose en su observación personal[207]».

La sola mención del nombre del sultán bastaba para inspirar un aplauso tumultuoso. En una reunión realizada en una sala

teatral de Chester, por ejemplo, dos mil personas aprobaron por aclamación una resolución que pedía al gobierno que asistiera al sultán «por medio de las más fuertes medidas bélicas», sobre la base de que

> […] no hay en Europa otro soberano que tenga más derecho que el sultán a pedir apoyo para su país; ningún soberano ha hecho más por la tolerancia religiosa, porque él ha establecido la igualdad religiosa en sus dominios. No sería deshonra para los ingleses otorgarle el mismo rango que los Alfred y los Edward, y si las naciones de Europa Occidental lo apoyan adecuadamente en la crisis actual, con seguridad hará que sus dominios sean felices y prósperos, y establecerá relaciones comerciales mutuamente ventajosas entre ellos y Gran Bretaña.

Cuando *The Times* sugirió que los cristianos balcánicos tal vez prefirieran la protección del zar a la persistencia del dominio del sultán, fue refutado con violentos matices nacionalistas por el *Morning Herald* y el *Morning Advertiser*, que lo acusaron de no ser inglés: «El periódico está impreso en lengua inglesa, pero eso es lo único inglés que tiene. En lo referido a Rusia, es completamente ruso»[208].

También en Francia la prensa ejerció una influencia activa sobre la política exterior de Napoleón. La mayor presión provenía de la prensa católica provincial, que había estado reclamando la guerra contra Rusia desde el principio de la disputa de Tierra Santa. Después de la noticia de lo ocurrido en Sinope, sus peticiones subieron de tono. «Una guerra con Rusia es lamentable, pero necesaria e inevitable —afirmaba un editorial del periódico *Union franc-comtoise*, el 1 de enero de 1854, porque—: si Francia y el Reino Unido no combaten la amenaza Rusia en Turquía, también terminarán esclavizados por los rusos, igual que los turcos».

El motivo conductor de esta propaganda antirrusa era «la cruzada de la civilización contra la barbarie», un tema que también domina el superventas rusófobo de 1854 la *Histoire pittoresque,*

dramatique et caricaturale de la Sainte Russie, de Gustavo Doré. La idea central de este prototipo de tira cómica de Doré –que la barbarie de Rusia era el origen de su agresividad– fue un lugar común de los grupos de presión que pedían la guerra a ambos lados del Canal. En el Reino Unido, se la usaba para contrarrestar la argumentación de Cobden y Bright, quienes afirmaban que Rusia era un país demasiado atrasado como para poder invadir Inglaterra: se lanzó una campaña publicitaria destinada a documentar la idea de que precisamente *porque* Rusia era tan atrasada necesitaba aumentar sus recursos por medio de la expansión territorial. En Francia ese argumento tenía connotaciones culturales más fuertes, ya que instaba a comparar a los rusos con los hunos. «El emperador Nicolás se parece a Atila», alegaba un editorial del periódico *L'Impartial* a fines de enero de 1854.

> Pensar otra cosa es anular todas las ideas de orden y justicia. Falsedad en política y falsedad en religión: eso es lo que Rusia representa. Su barbarie, que pretende imitar a nuestra civilización, nos inspira desconfianza; su despotismo nos colma de horror […]. Su despotismo tal vez sea adecuado para una población que se arrastra en el límite con la animalidad como un rebaño de bestias fanáticas, pero no es adecuada para la gente civilizada. […] Las políticas de Nicolás han suscitado un huracán de indignación en todos los Estados civilizados de Europa; son políticas de violación y saqueo, bandolerismo a gran escala[209].

Para la prensa ultramontana, la mayor amenaza para la civilización occidental era la religión rusa. Alegaba que si no se detenía el avance hacia el oeste de los ejércitos del zar, los ortodoxos se apoderarían de la cristiandad y un nuevo período de persecución religiosa acabaría por convertir a los católicos en esclavos. «Si permitimos que los rusos se apoderen de Turquía –escribió el editor del *Union franc-comtoise*–, pronto veremos cómo los cosacos nos imponen la herejía griega; Europa no sólo perderá su libertad sino también su religión […]. Nos veremos obligados a ver cómo nuestros hijos son educados en el cisma griego y la religión católica morirá en los helados desiertos de Siberia, donde

serán enviados todos aquellos que alcen la voz en defensa de su fe». Haciéndose eco de las palabras del cardenal de París, el *Spectateur* de Dijon hacía a los católicos franceses un llamamiento a la lucha en una «guerra santa» contra los rusos y los griegos, para defender su herencia religiosa:

> Rusia representa una amenaza especial para todos los católicos y ninguno de nosotros debe malinterpretarla. El emperador Nicolás habla de privilegios para los griegos en el Santo Sepulcro, privilegios comprados con sangre rusa. Pasarán siglos antes de que los rusos derramen una fracción de la sangre derramada por los franceses en los Santos Lugares en la época de las Cruzadas [...]. Tenemos allí una herencia que conservar, un interés que defender. Pero eso no es todo. Estamos amenazados de forma directa por el proselitismo de la Iglesia grecorusa. Sabemos que en San Petersburgo sueñan con imponer una autocracia religiosa en Occidente. Esperan convertirnos a su herejía por medio de la expansión ilimitada de su poderío militar. Si Rusia se instala en el Bósforo, conquistará Roma tan rápidamente como conquistará Marsella. Un ataque súbito bastaría para destituir al Papa y a los cardenales antes de que nadie tuviera oportunidad de intervenir.

Para la prensa católica provincial, esta guerra santa sería también una oportunidad para reforzar la disciplina religiosa en el ámbito nacional, de contrarrestar la influencia secularizadora de la Revolución y de reinstaurar a la Iglesia como centro de la vida nacional. Los franceses que habían sido divididos por las barricadas en 1848 volverían a reunirse, aunados por la defensa de su fe[210].

Napoleón se aferró a esa idea. Sin duda imaginaba que una guerra gloriosa reconciliaría a la nación con el ejército represivo de su golpe de Estado. Pero el pueblo francés nunca compartió verdaderamente su entusiasmo, sino que más bien permaneció indiferente a la disputa de Tierra Santa y a la Cuestión Oriental, incluso después de enterarse de las noticias de la batalla de Sinope. Era Napoleón quien hablaba de seguir el «camino del honor» luchando contra la agresión rusa, la prensa la que hablaba de la «indignación del público francés», pero, según los informes de

prefectos y procuradores, la gente común permanecía impasible ante los acontecimientos. Aunque los franceses lucharían –y morirían– en Crimea en número mucho mayor que los ingleses, nunca manifestaron tanto entusiasmo como sus aliados con respecto a las causas de la guerra. En todo caso, si los franceses albergaban algún sentimiento sobre la guerra, era la hostilidad a aliarse con los ingleses, sus enemigos tradicionales. El sentimiento general era que Francia sería arrastrada a una guerra para defender los intereses imperiales británicos –un tema enunciado permanentemente por los opositores a Napoleón– y que los franceses pagarían el precio por ello. La comunidad comercial se oponía particularmente a la idea de la guerra, temiendo una subida de impuestos y una sangría de la economía. Había predicciones que afirmaban que antes de un año cualquier guerra se volvería tan impopular que Francia se vería obligada a hacer una propuesta de paz.

A fines de enero, los sentimientos antibélicos se habían propagado al entorno más íntimo del emperador. En una reunión de funcionarios de importancia convocada por Napoleón el 4 de enero para discutir la protesta rusa por la entrada en el mar Negro de las flotas de Francia y el Reino Unido, dos de los más estrechos aliados políticos del emperador, Jean Bineau, ministro de Hacienda, y Achille Fould, consejero de Estado, defendieron una negociación con Rusia con el propósito de evitar la guerra. Les preocupaba la falta de preparativos militares: en los primeros meses de 1854, el ejército no estaba movilizado ni listo para una guerra y había sido reducido para apaciguar el temor inglés de una posible invasión francesa tras el golpe de Estado de diciembre de 1851. Bineau incluso amenazó con renunciar si se declaraba la guerra, alegando que sería imposible aumentar necesariamente los impuestos sin causar agitación social (fue una amenaza que no cumplió). El entusiasmo de Napoleón se volvió más sensato con esas voces de disenso, hasta el punto de hacerle repensar

sus planes de guerra y renovar la búsqueda de una resolución diplomática de la crisis. El 29 de enero escribió directamente al zar, ofreciéndole la negociación de un acuerdo con la mediación de los austríacos y sugiriendo como base de las conversaciones la retirada de las flotas francesa y británica del mar Negro, siempre que el zar retirara sus tropas de los principados del Danubio. La carta de Napoleón se hizo pública de inmediato, como un gesto destinado a demostrar al ansioso público francés que el emperador estaba haciendo todo lo posible por lograr la paz, según él mismo confió al barón Hübner, el embajador austríaco en París[211].

Palmerston y su partido vigilaban de cerca a los franceses. Les preocupaba la posibilidad de que Napoleón tratara de retirarse en el último momento de un enfrentamiento militar con Rusia y emplearon todos los medios a su disposición para reforzar la resolución del emperador y debilitar sus intentos de llegar a un acuerdo diplomático. Eran los británicos, no los franceses, los que deseaban la guerra y los que más intensamente trabajaron por ella durante los primeros meses de 1854.



Su tarea fue facilitada por la intransigencia del zar. El 16 de febrero Rusia rompió relaciones con el Reino Unido y Francia y retiró a sus embajadores de Londres y París. Cinco días más tarde, el zar rechazó la propuesta de Napoleón de un *quid pro quo* en el mar Negro y los principados. En cambio, propuso que las flotas occidentales debían impedir que los turcos transportaran armas a las costas rusas del mar Negro, una clara alusión a las causas de la matanza de Sinope. Solamente con esa condición estaba dispuesto a negociar con el enviado de la Puerta en San Petersburgo. Sabiendo que su postura desafiante era una invitación a la guerra, advertía a Napoleón de que la actitud de Rusia en 1854 sería la misma que había tenido en 1812.

Fue un rechazo asombrosamente categórico del zar a cualquier propuesta de los franceses, que le habían ofrecido la mejor oportunidad para evitar un enfrentamiento con los británicos y los turcos. La aproximación de los franceses era su última posibilidad de evitar el aislamiento total en el continente. A finales de enero había tratado de crear vínculos con los austríacos y prusianos, enviando al conde Orlov a Viena con la propuesta de que Rusia defendería a Austria de las potencias occidentales (una obvia referencia al temor de Francisco José de que Napoleón pudiera crear agitación contra los Habsburgo en Italia) si los austríacos firmaban una declaración de neutralidad junto con Prusia y el resto de los Estados alemanes. Pero los austríacos estaban alarmados por la ofensiva rusa en los Balcanes –no prestaron atención a la sugerencia del zar que los instaba a unirse a la partición del Imperio otomano– y dijeron con toda claridad que no cooperarían con los rusos a menos que las fronteras turcas permanecieran inalteradas. Estaban tan preocupados por la amenaza de un levantamiento serbio en apoyo de la ofensiva rusa que enviaron otros 25 000 soldados a la frontera con Serbia[212]

El 9 de febrero el zar se enteró de que la misión de Orlov había sido un fracaso. También fue informado de que los austríacos se disponían a enviar tropas a Serbia para impedir la ocupación rusa. Así, resulta extraordinario que rechazara la única oportunidad que le quedaba –la propuesta de Napoleón– de evitar una guerra contra las potencias occidentales, una guerra que habría debido temer perder en el caso de que Austria se opusiera a Rusia. Resulta tentador creer, como algunos historiadores, que Nicolás finalmente había perdido el sentido de la proporción, que su tendencia congénita a la perturbación mental –su impulsividad y su conducta irreflexiva– se había mezclado con la arrogancia adquirida por un gobernante autocrático después de casi treinta años de escuchar a los aduladores[213]. Durante la crisis de 1853-1854 se comportó a veces como un jugador insensato que

revela sus cartas: después de años de paciente construcción de la posición de Rusia en Oriente Próximo, lo arriesgaba todo en una lucha contra los turcos, apostando todas sus ganancias en una sola jugada de ruleta.

Pero ¿desde su punto de vista eso era realmente una apuesta arriesgada? Sabemos, por los escritos privados de Nicolás, que extraía su confianza de la comparación de su situación con lo ocurrido en 1812. Aludía constantemente a la guerra de su hermano mayor contra Napoleón como prueba de que Rusia podía luchar sola contra el mundo. «Si Europa me obliga a ir a la guerra –escribió en febrero–, seguiré el ejemplo de mi hermano Alejandro en 1812 y entablaré una guerra sin cuartel, si es necesario me retiraré detrás de los Urales y no depondré las armas mientras los pies extranjeros sigan hollando la tierra rusa[214]».

No era un argumento razonado. No se basaba en ningún cálculo sobre las tropas que tenía a su disposición ni en ninguna idea sensata sobre las dificultades prácticas que los rusos deberían afrontar en una lucha contra las fuerzas superiores de las potencias occidentales, dificultades que a menudo le habían señalado Menshikov y otros comandantes, quienes varias veces le habían advertido de que no provocara una guerra contra Turquía y las potencias occidentales por medio de la invasión de los principados del Danubio. Era más bien una reacción puramente emocional, basada en el orgullo y la arrogancia del zar, en su inflada percepción del poder y el prestigio de Rusia, y tal vez sobre todo en su profunda convicción de que estaba embarcado en una guerra religiosa que completaría la misión que la Providencia había asignado a Rusia en el mundo. Nicolás creía sinceramente que Dios lo había elegido para conducir una guerra santa destinada a liberar a los ortodoxos del dominio musulmán y nada lo desviaría de esa «causa divina». Tal como explicó a Federico Guillermo, el rey prusiano, en marzo de 1854, estaba dispuesto a

combatir esa guerra solo, contra las potencias occidentales, si éstas tomaban partido por los turcos:

> En una guerra cuyo propósito no es ganar ventajas mundanas ni conquistas, sino exclusivamente un propósito cristiano, ¿debo quedarme solo para luchar bajo el estandarte de la Santa Cruz y ver a los otros, que se dicen cristianos, unidos bajo la Media Luna para luchar contra la cristiandad? [...]. No me queda más que luchar, para ganar o perecer con honor, como un mártir de nuestra santa fe, y cuando digo esto lo hago en nombre de toda Rusia[215].

Éstas no eran las palabras de un jugador insensato, sino los cálculos de un creyente.

Rechazado por el zar, Napoleón no tuvo más alternativa que agregar su firma al ultimátum que los ingleses habían dispuesto enviar al zar para que se retirara de los principados: para él era un tema de honor nacional y de prestigio. Mandado al zar el 27 de febrero, el ultimátum declaraba que, si el emperador de Rusia no respondía en un plazo de seis días, automáticamente quedaría declarada la guerra entre las potencias occidentales y Rusia. Ya no se hacía referencia a conversaciones de paz –no se ofrecía al zar la oportunidad de establecer términos y condiciones–, de manera que era claro que el propósito del ultimátum era precipitar una guerra. Se daba por descontado que el zar rechazaría el ultimátum –el emperador consideraría indigna cualquier respuesta– de manera que, en cuanto enviaron el documento, las potencias occidentales actuaron como si la guerra ya se hubiera declarado. A fines de febrero ya se habían movilizado las tropas.

Antoine Cetty, el intendente del ejército francés, escribió el 24 de febrero al mariscal De Castellane:

> El zar ha respondido negativamente [a la carta de Napoleón]; ahora sólo queda prepararse para la guerra. La idea del emperador era hacer todo lo posible para no enviar una fuerza expedicionaria a Oriente, pero Inglaterra nos arrastró en su precipitada carrera hacia la guerra. Era imposible permitir que la bandera inglesa flameara sola, sin la nuestra a su lado, en las murallas de Constantinopla. En todos los sitios en

> los que Inglaterra se aventura sola, muy pronto se convierte en la única dueña y no suelta su presa.

Esto resume la situación: en el momento de decidir, Napoleón había vacilado en declarar la guerra. Pero finalmente necesitaba la alianza con los ingleses y temía perder su parte del botín si no se unía a ellos en una guerra destinada a defender los intereses de Occidente en Oriente Próximo. El emperador francés así lo confesó en su discurso dirigido al Senado y a la Asamblea Legislativa el 2 de marzo:

> Francia tiene tanto interés como Inglaterra –quizá más– en garantizar que la influencia de Rusia no se extienda de manera permanente a Constantinopla, porque dominar Constantinopla significa dominar el Mediterráneo y creo que ninguno de ustedes, caballeros, dirá que solamente Inglaterra tiene intereses vitales en este mar, que baña trescientas leguas de nuestras costas. […] ¿Por qué vamos a Constantinopla? Vamos allí junto con Inglaterra para defender la causa del sultán y también para proteger los derechos de los cristianos; vamos allí para defender la libertad de los mares y nuestra legítima influencia en el Mediterráneo[216].

De hecho, no estaba claro en absoluto por qué lucharían los aliados. Como tantas otras guerras, la expedición aliada a Oriente empezó sin que nadie conociera su propósito. A las potencias occidentales les llevaría meses establecer las razones de la guerra, en el curso de extensas negociaciones entre ellas y con los austríacos, llevadas a cabo en 1854. Incluso después de haber desembarcado en la península de Crimea, en septiembre, los aliados aún estaban lejos de haberse puesto de acuerdo sobre los objetivos de la guerra.

Desde el principio, los franceses y los ingleses habían tenido ideas diferentes. Durante el mes de marzo celebraron una serie de reuniones en París para determinar sus objetivos y estrategia. Los franceses estaban a favor de una campaña en el Danubio, además de la campaña de Crimea. Si era posible convencer a Austria y a Prusia de que se unieran a la guerra apoyando a los

aliados, los franceses eran partidarios de lanzar una ofensiva por tierra a gran escala, en los principados y en el sur de Rusia, combinada con una campaña austroprusiana en Polonia. Pero los británicos desconfiaban de los austríacos –pensaban que eran demasiado blandos con Rusia– y no querían comprometerse a una alianza con ellos que pudiera inhibir sus planes más ambiciosos contra Rusia.

El gabinete británico estaba dividido con respecto a los objetivos y la estrategia de la guerra. Aberdeen insistía en una campaña limitada a reinstaurar la soberanía de Turquía, mientras que Palmerston y su partido belicista defendía la idea de una ofensiva más agresiva destinada a reducir la influencia rusa en Oriente Próximo y a doblegar a Rusia. Ambos bandos llegaron a una suerte de compromiso por medio de una estrategia naval elaborada por sir James Graham, primer lord del Almirantazgo, quien la había ideado como reacción a la batalla de Sinope, en diciembre de 1853. El plan de Graham era lanzar un ataque rápido contra Sebastopol para destruir la flota rusa del mar Negro y apoderarse de Crimea antes de que el inicio de una campaña de primavera más importante en el Báltico llevara las fuerzas británicas hasta San Petersburgo; una estrategia desarrollada para planes anteriores, preparados para el caso de una guerra contra Francia (en lugar de Sebastopol, léase Cherburgo[217]).

Mientras el Reino Unido movilizaba sus fuerzas durante los primeros meses de 1854, la idea de una campaña limitada a la defensa de Turquía se perdió en medio de la fiebre bélica que arrasó el país. Los objetivos británicos se volvieron más y más ambiciosos, no solamente debido al chauvinismo belicoso de la prensa, sino también por la convicción de que los enormes gastos potenciales de la guerra exigían objetivos más grandes, «dignos del honor y la grandeza del Reino Unido». Palmerston no dejaba de mencionar este tema. Sus objetivos de guerra cambiaron en los detalles, pero nunca perdieron su carácter antirruso. En un me-

morándum dirigido al gabinete el 19 de marzo, desarrolló un plan ambicioso para lograr el desmembramiento del Imperio ruso y el rediseño del mapa de Europa: Finlandia y las islas Aland pasarían de Rusia a Suecia; las provincias bálticas del zar se entregarían a Prusia; Polonia sería ampliada como reino independiente para que sirviera como estado de contención de Europa contra cualquier posible agresión rusa; Austria ganaría los principados del Danubio y Besarabia quitándoselos a Rusia (y se la obligaría a abandonar sus territorios del norte de Italia); Crimea y Georgia pasarían a manos de Turquía, mientras que Circasia sería independiente, bajo protección turca. El plan requería una gran guerra europea contra Rusia, ya que involucraba a Austria y Prusia, e idealmente a Suecia, en el bando antirruso. En el gabinete el plan fue recibido con un alto nivel de escepticismo. Aberdeen, que esperaba una campaña corta para que su gobierno pudiera «volver celosamente a la tarea de las reformas internas», objetó que ese plan exigiría otra Guerra de los Treinta Años. Pero Palmerston siguió promoviendo sus proyectos. De hecho, cuanto más larga se hizo la guerra, tanto más decidido se mostró a promoverlos, con el argumento que sólo «grandes cambios territoriales» podrían justificar la enorme pérdida de vidas causada por la guerra[218].

A finales de marzo, la idea de ampliar la defensa de Turquía a una guerra europea contra Rusia había ganado mucho apoyo dentro del sistema político británico. El príncipe Alberto dudaba de que se pudiera salvar a Turquía, pero estaba seguro de que podría ponerse freno a la influencia Rusa en Europa mediante una guerra destinada a privarla de sus territorios occidentales. Creía que Prusia podía ser atraída a esa guerra con promesas de «territorios que la protejan de las agresiones rusas» y defendió la adopción de medidas destinadas a lograr que los Estados alemanes apoyaran a los aliados y también a domesticar al oso ruso, «a quien hay que extraerle los dientes y cortarle las garras». Escribió

a Leopoldo, el rey de Bélgica: «Toda Europa, Bélgica y Alemania incluidas, tienen el mayor interés de que se asegure, para el futuro, la integridad y la independencia de la Puerta, pero tienen un interés aún más grande en que Rusia sea derrotada y castigada». Sir Henry Layard, el famoso asiriólogo y miembro del Parlamento, que ocupaba el cargo de subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores, pidió una guerra que dejara a Rusia «inválida». Stratford Canning propuso una guerra destinada a desarticular el imperio del zar «para beneficio de Polonia y otros vecinos expoliados y para liberar duraderamente a Europa de los dictados rusos». En una carta ulterior dirigida a Clarendon, Stratford acentuaba la necesidad de frustrar la voluntad de Rusia, no sólo conteniendo su «estallido actual», sino «estampando en su conciencia interior un sentimiento de restricción permanente». El objetivo de cualquier guerra declarada por las potencias europeas debería ser la destrucción definitiva de la amenaza rusa, alegaba Stratford, y debían seguir luchando hasta que Rusia estuviera rodeada de una zona de separación constituida por Estados independientes (los principados del Danubio, Crimea, Circasia y Polonia) para asegurar ese sentimiento de restricción. Mientras el gobierno se preparaba para declarar la guerra a Rusia, Russell llamó a Clarendon para que en el mensaje de la reina al Parlamento no se incluyera nada que comprometiera a las potencias occidentales con la preservación de las fronteras territoriales europeas existentes[219].

Incluso en ese momento Aberdeen seguía siendo reacio a declarar la guerra. El 26 de marzo, la víspera de la declaración de guerra británica, explicó a la reina y al príncipe Alberto que había sido «arrastrado a la guerra» por Palmerston, que gozaba de todo el apoyo de la prensa y la opinión pública. Tres meses antes, la reina había compartido las reservas de Aberdeen a comprometer tropas británicas para defender a los turcos. Pero ahora enten-

día que una guerra era necesaria, tal como ella y el príncipe Alberto se lo explicaron al primer ministro:

> Ambos le repetimos nuestra convicción de que *ahora* era necesaria, algo que él no podía negar, y observé que creía que no podríamos haberla evitado, aun cuando se hubieran producido errores e infortunios, porque el poder de Rusia y sus invasiones deben ser rechazados. A él no le parecía así, y creía que Rusia era un «espectro imaginario», ¡que la única potencia temible era Francia! y que las tres potencias del norte deberían mantenerse unidas, aunque no sabía sobre qué base. Por supuesto que no pudimos estar de cuerdo con él y hablamos del estado en el que el emperador Nicolás había puesto a Alemania y de la imposibilidad de considerar la época actual con la perspectiva de épocas anteriores. Todo había cambiado. A lord Aberdeen no le gustó aceptar esto y dijo que sin duda en poco tiempo los sentimientos del país hacia la guerra habrían cambiado y que todo el mundo pediría la paz[220].

No queda del todo claro a qué se refería la reina con «todo había cambiado». Tal vez pensaba en el hecho de que Francia se había unido al ultimátum inglés a los rusos y en que el primer contingente de tropas británicas y francesas ya había zarpado hacia Turquía. O tal vez, al igual que Alberto, la reina pensaba que había llegado el momento de involucrar a los Estados alemanes en una guerra europea contra Rusia, cuya invasión de los principados representaba un nuevo peligro para el continente. Pero también es posible que tuviera presente la campaña xenófoba con la que la prensa había atacado al príncipe consorte –una preocupación constante para ella, anotada en su diario durante esos meses– y había llegado a la conclusión de que una guerra corta y victoriosa garantizaría el apoyo de la monarquía.

Esa noche la reina ofreció un pequeño baile íntimo para celebrar el cumpleaños de su primo, el duque de Cambridge, quien muy pronto partiría hacia Constantinopla para asumir la comandancia de la 1.ª División británica. El conde Vitzthum von Eckstadt, ministro de Sajonia en Londres, fue invitado al baile:

> La reina participó activamente en las danzas, incluyendo una danza escocesa con el duque de Hamilton y lord Elgin, que lucían ambos la

> vestimenta nacional. Como yo había abandonado el vals, la reina bailó conmigo una cuadrilla y me habló con fluidez amistosa de los acontecimientos del día, diciéndome que, aunque lo lamentaba grandemente, la mañana siguiente se vería forzada a declarar la guerra a Rusia.

La mañana siguiente –un día antes de que los franceses hicieran pública su propia declaración de guerra contra Rusia– Clarendon leyó en el Parlamento la declaración de la reina. Tal como escribió el gran historiador de la guerra de Crimea Alexander Kinglake (y sus palabras podrían aplicarse a cualquier guerra):

> Para los estadistas, el trabajo de poner por escrito los motivos de una decisión de importancia capital es una disciplina saludable, y sería bueno para la humanidad si, en un momento en que el asunto se encuentra verdaderamente en suspenso, los amigos de una política favorable a la guerra fueran obligados a salirse de la bruma de los intercambios orales y las notas privadas y a poner por escrito sus opiniones en un documento sólidamente redactado.

Si los responsables de la guerra de Crimea hubieran redactado un documento de esas características, se hubiera revelado que su verdadero propósito era reducir el tamaño y el poder de Rusia para beneficio de «Europa» y de las potencias occidentales en particular, pero ese argumento no podía figurar en el mensaje de la reina, que mencionaba en cambio, en los términos más vagos, el propósito de defender a Turquía, sin ningún interés egoísta, «en nombre de la causa del bien y contra la injusticia»[221].



En cuanto la declaración se hizo pública, los líderes de la Iglesia calificaron a la guerra de lucha honrada y de cruzada. El domingo 2 de abril se predicaron sermones a favor de la guerra desde todos los púlpitos del territorio. Muchos de ellos fueron publicados en forma de panfletos, algunos de los cuales vendieron decenas de miles de ejemplares, porque era una época en la que

los predicadores tenían el estatus de celebridades, tanto en la iglesia anglicana como en las Iglesias inconformistas[222].

En Trinity Chapel, situada en la calle Conduit, en Mayfair (Londres), el reverendo Henry Beamish dijo a su congregación que para el Reino Unido era «un deber cristiano».

> […] interponer su poder para mantener la independencia de un débil aliado contra la injustificable agresión de un déspota pérfido y ambicioso, y castigar con el brazo del poder un acto de opresión brutal y egoísta, una opresión aún más aborrecible y destructiva porque pretendía ser justificada con la excusa de promover la causa de la libertad religiosa y los más altos intereses del reino de Cristo.

El miércoles 16 de abril, un día de ayuno destinado a «la humildad nacional y a la plegaria por la declaración de la guerra», el reverendo T. D. Harford Battersby pronunció un sermón en la iglesia de Saint John, en Keswick, en el que afirmó que

> […] la conducta de nuestros embajadores y estadistas ha sido tan honorable y directa, tan tolerante y moderada en las negociaciones que han conducido a esta guerra que esta vez no hay motivos de humillación, sino más bien de fortalecernos en nuestra rectitud, para que podamos presentarnos ante Dios con palabras autocomplacientes y decir: «Te agradecemos, Señor, por no ser como otras naciones: injustas, codiciosas, opresivas, crueles; somos un pueblo religioso, que lee la Biblia y va a la iglesia y que envía misioneros a todos los lugares de la tierra».

En Brunswick Chapel, en Leeds, el mismo día, el reverendo John James dijo que la ofensiva rusa contra Turquía era un ataque contra «los derechos más sagrados de nuestra común humanidad, un ultraje de la misma categoría que el comercio de esclavos y apenas inferior a él como delito». Los cristianos balcánicos, sostuvo James, tenían mayor libertad religiosa bajo el gobierno del sultán de la que tendrían nunca bajo el dominio del zar:

> Si se deja Turquía al sultán, auxiliados por los buenos oficios de Francia e Inglaterra, esos humildes cristianos, con la bendición de Dios, disfrutarán de una perfecta libertad de conciencia. […] Si se en-

> trega Turquía a Rusia, sus establecimientos serán destruidos, sus escuelas clausuradas y sus lugares de oración serán derrumbados o convertidos en templos de una fe tan impura, desmoralizante e intolerante como el propio papismo. ¿Qué cristiano británico puede dudar con respecto a la dirección adecuada para un país como el nuestro, en un caso así?… Es una guerra divina la que se entabla para rechazar a cualquier coste las hordas del moderno Atila, que amenazan a la libertad y la cristiandad, no sólo en Turquía, sino en todo el mundo civilizado[223].

Para señalar la partida de los «soldados cristianos» británicos hacia Oriente, el reverendo George Croly pronunció un sermón en la iglesia de St. Stephen, en Walbrook, Londres, en el que afirmó que el Reino Unido se estaba embarcando en una guerra «en defensa de la humanidad» contra los rusos, un «pueblo degenerado y sin esperanzas», decidido a conquistar el mundo. Era «una guerra religiosa» para defender la verdadera religión occidental contra la fe griega, la «primera guerra oriental desde las Cruzadas». «Si en la última guerra [contra Napoleón]. Inglaterra fue el refugio de los principios de la libertad, en ésta posiblemente sea el refugio de los principios de la religión. ¿Acaso no es posible que la Voluntad Divina haya destinado a Inglaterra, que ya ha triunfado como defensora de esos principios, a ocupar el más elevado cargo de maestra de la humanidad?». La misión del Reino Unido en Oriente, afirmó el reverendo Croly, podría progresar gracias a la inminente guerra: se trataba, nada menos, que de convertir a los turcos al cristianismo: «La gran obra puede ser lenta, difícil e interrumpida por los reveses de los reinos o por las pasiones humanas, pero prosperará. ¿Por qué la Iglesia de Inglaterra no contribuiría con esta obra? ¿Por qué no ofrecer de inmediato una solemne plegaria pública por el éxito de nuestra guerra justa, el regreso de la paz y la conversión de los infieles?»[224].

En diferentes grados, todas las partes más importantes involucradas en la guerra de Crimea –Rusia, Turquía, Francia e Inglaterra– llevaron la religión al campo de batalla. Sin embargo,

cuando la guerra dio comienzo, su origen en Tierra Santa había sido olvidado e incluido en la guerra europea contra Rusia. Las celebraciones de la Pascua en el Santo Sepulcro «pasaron casi desapercibidas» en 1854, según James Finn, el cónsul británico en Jerusalén. Había pocos peregrinos rusos a causa del estallido de la guerra y los servicios religiosos griegos fueron severamente vigilados por las autoridades otomanas para impedir una repetición de las peleas religiosas que se habían vuelto comunes en el curso de los últimos años. Al cabo de pocos meses, la atención del mundo se centraría en los campos de batalla de Crimea y Jerusalén desaparecería de la vista de Europa, pero desde Tierra Santa esos acontecimientos remotos se veían bajo una luz diferente. Tal como lo expresó el cónsul británico en Palestina:

> En Jerusalén era diferente. Esos importantes acontecimientos parecían tan sólo superestructuras construidas sobre los cimientos originales, porque aunque en la diplomacia el tema (la Cuestión Oriental) había sido nominalmente desplazado y convertido en un asunto de protección religiosa [...] todos nosotros teníamos la convicción de que el núcleo de la cuestión radicaba en los Santos Lugares, que las pretensiones de San Petersburgo de convertirse en protector eclesiástico en virtud de un tratado apuntaban aún, como lo habían hecho desde el principio, a apoderarse realmente de los santuarios locales, la fuente de la cristiandad... y que esos santuarios eran la recompensa por la que luchaban en la lejanía esos atletas gigantescos[225].

Capítulo 6

Los turcos se llevan el primer triunfo

En marzo de 1854, un joven oficial de artillería llamado León Tolstoi llegó al cuartel general del comandante Mijaíl Gorchakov. Se había alistado en el ejército en 1852, el año en que había llamado por primera vez la atención del mundo literario con su memoria *Infancia*, publicada en el periódico literario *Contemporáneo*, la más importante publicación mensual de Rusia en ese momento. Insatisfecho con su frívolo estilo de vida de aristócrata en San Petersburgo y en Moscú, había decidido empezar de nuevo siguiendo a su hermano Nikolái al Cáucaso cuando éste se reintegró a su unidad después de una licencia. Tolstoi fue asignado a una brigada de artillería de la aldea cosaca de Starogladskaya, en el norte del Cáucaso. Participó en las incursiones realizadas contra el ejército musulmán de Shamil, escapándose por poco de ser capturado por los rebeldes en más de una ocasión, pero tras el estallido de la guerra contra Turquía, pidió ser transferido al frente del Danubio. Tal como explicó en una carta a su hermano Serguéi en noviembre de 1853, quería participar en una guerra de verdad: «Desde hace casi un año sólo he estado pensando en cómo podría desenvainar mi espada, y no puedo hacerlo. Pero como me veo obligado a luchar de todas maneras, me resultaría más agradable hacerlo en Turquía que aquí»[226].

En enero Tolstoi aprobó el examen para el grado de alférez, el más bajo para un oficial del ejército zarista, y partió para Vala-

quia, donde fue asignado a la 12.ª Brigada de Artillería. Viajó dieciséis días en trineo a través de las nieves del sur de Rusia hasta su finca de Yasnaya Poliana, a la que llegó el 2 de febrero, y volvió a partir el 3 de marzo, otra vez en trineo y luego, cuando la nieve se convirtió en fango, a caballo y en carro, cruzando Ucrania hasta Kishinev y llegando a Bucarest el 12 de marzo. Dos días, más tarde, Tolstoi fue recibido por el príncipe Gorchakov en persona, quien trató al joven conde como a un miembro de su familia. «Me abrazó, me hizo prometerle que comería con él todos los días y quiere integrarme a su Estado Mayor», escribió Tolstoi a su tía Toinette el 17 de marzo.



León Tolstoi en 1854

Las relaciones entre aristócratas tenían mucho peso en el ejército ruso. Tolstoi fue rápidamente atrapado en el torbellino social de Bucarest, asistiendo a cenas en la casa del príncipe, a reuniones para jugar a los naipes y a veladas musicales en los salones, a la ópera italiana y al teatro francés (un mundo aparte

de los ensangrentados campos de batalla del frente del Danubio, situado apenas a unos kilómetros de distancia). «Mientras me imaginas expuesto a todos los peligros de la guerra, todavía ni siquiera he olido la pólvora turca, sino que estoy muy tranquilo en Bucarest, paseando, haciendo música y comiendo helados», escribió a su tía a principios de mayo[227].

Tolstoi llegó a Bucarest a tiempo para el inicio de la ofensiva de primavera en el frente del Danubio. El zar estaba decidido a marchar hacia el sur y llegar a Varna y a la costa del mar Negro lo antes posible, antes de que las potencias occidentales tuvieran tiempo de desembarcar sus tropas y detener el avance ruso hacia Constantinopla. La clave de esta ofensiva era la captura de la fortaleza turca de Silistria. Eso les daría a los rusos un baluarte dominante en la zona del Danubio, les permitiría convertir el río en una vía de aprovisionamiento desde el mar Negro hasta el interior de los Balcanes y les proporcionaría una base desde la cual reclutar a los búlgaros para luchar contra los turcos. Paskevich había logrado convencer al zar de que debían actuar según ese plan para no distanciarse de los austríacos, que podrían intervenir en contra de una ofensiva rusa a través de las zonas del Danubio dominadas por los serbios, más hacia el oeste, desde donde los levantamientos serbios a favor de los rusos podían propagarse a los territorios de los Habsburgo. «Los ingleses y los franceses no podrán desembarcar sus tropas hasta dentro de quince días, al menos –escribió Nicolás a Gorchakov el 26 de marzo– y supongo que desembarcarán en Varna para apresurarse hacia Silistria. [...] Debemos tomar la fortaleza antes de que ellos lleguen [...]. Con Silistria en nuestro poder, ya habrá tiempo para que los voluntarios recluten más soldados entre los búlgaros, pero no debemos tocar a los serbios para no alarmar a los austríacos[228]».

El zar tenía esperanzas de conseguir más tropas de los búlgaros y de otros eslavos. Aunque era cauteloso porque no quería inflamar las pasiones de los serbios contra los austríacos, tenía la ex-

pectativa de que su ofensiva causaría levantamientos cristianos que conducirían a la caída del Imperio otomano, momento en el que una Rusia victoriosa impondría un nuevo entorno religioso en los Balcanes. «Todas las partes cristianas de Turquía –escribió en la primavera de 1854– deben necesariamente ser independientes, deben convertirse otra vez en lo que eran anteriormente, principados, Estados cristianos, y como tales volver a unirse a la familia de los Estados cristianos de Europa». Su compromiso con esta causa religiosa era tal que estaba dispuesto a explotar las revoluciones incluso contra Austria, en caso de que eso fuera necesario si los austríacos se oponían a que Rusia zanjara definitivamente la Cuestión Oriental. «Es muy probable que nuestras victorias causen revueltas eslavas en Hungría –escribió al embajador ruso en Viena–. Las aprovecharemos para amenazar el corazón del Imperio austríaco y obligar a su gobierno a aceptar nuestras condiciones». Para entonces, el zar sin duda estaba dispuesto a abandonar prácticamente todos sus principios legitimistas en nombre de su guerra santa. Furioso por la postura antirrusa adoptada por las potencias europeas, empezó a hablar de atizar la agitación revolucionaria en España para distraer tropas francesas de Oriente, e incluso pensó en la posibilidad de forjar una alianza con el movimiento de liberación de Mazzini en Lombardía y Venecia con el propósito de socavar el poder austríaco. Pero en ambos casos, el zar fue disuadido de ofrecer apoyo a los revolucionarios demócratas[229].

El inicio de la ofensiva de primavera fue celebrado por los eslavófilos como el amanecer de una nueva era religiosa en la historia del mundo, el primer paso hacia la resurrección del Imperio cristiano de Oriente con capital en Zargrado, el nombre que daban a Constantinopla. En «A Rusia» (1854), el poeta Jomiakov celebraba el principio de la ofensiva con el poema «Un grito a la guerra santa»:

¡Levántate, mi madre patria!

¡Por nuestros hermanos! Dios te llama
a cruzar las olas del feroz Danubio [...]

En un poema anterior del mismo título, escrito en 1839, Jomiakov se había referido a la misión rusa de llevar la verdadera religión ortodoxa a todos los pueblos del mundo, pero había advertido a Rusia contra el orgullo. Ahora, en su poema de 1854, instaba a Rusia a entablar «combates sangrientos» y a «blandir su espada / la espada de Dios»[230].

Los rusos avanzaron lentamente, combatiendo la obstinada resistencia turca en varios puntos de la orilla norte del Danubio, antes de quedar virtualmente detenidos. En Ibrail, 20 000 granaderos rusos, apoyados desde el río por cañoneras y vapores, no lograron derrotar a las bien defendidas fortalezas turcas. En Macin había 60 000 soldados rusos acampados fuera de las murallas de la ciudad fortificada, pero sin poder ocuparla. Detenidos por los turcos, los rusos emplearon su tiempo construyendo balsas y puentes flotantes con troncos de pino, preparándose para un cruce sorpresa del Danubio en Galati, un movimiento que completaron sin ninguna oposición a finales de marzo[231].

En su avance hacia el sur en dirección a Silistria, los rusos quedaron estancados en la zona pantanosa del delta del Danubio, el mismo lugar en el que tantos de ellos habían sido abatidos por el cólera y el tifus en 1828-1829. Eran tierras escasamente pobladas, sin alimentos para las tropas invasoras, que muy pronto sucumbieron a los efectos del hambre y la enfermedad. En el mes de abril, de los 210 000 soldados rusos enviados a los principados, 90 000 estaban demasiado enfermos para poder entrar en combate. Los alimentaban con raciones de pan seco, tan desprovistas de elementos nutritivos que ni siquiera las ratas y los perros querían comerlas, según un oficial francés que vio esas farfollas abandonadas en la ciudad fortificada de Giurgevo tras la retirada de las tropas rusas en el verano de 1854. Un médico alemán del ejército zarista pensaba que «la mala calidad de los ali-

mentos servidos habitualmente a los soldados rusos» era una de las razones principales por las que «caían como moscas» cuando estaban heridos o expuestos a enfermedades. «El soldado ruso tiene un sistema nervioso tan pequeño que se hunde con la pérdida de unas pocas onzas de sangre y con frecuencia muere por heridas que seguramente se curarían si hubieran sido infligidas a una persona de constitución más sana[232]».

Los soldados escribían a sus familias contándoles las terribles condiciones que reinaban en las filas y muchos rogaban que les enviaran dinero. La policía interceptó algunas de esas cartas, por considerarlas políticamente peligrosas, y se las envió a Gorchakov; los documentos terminaron entonces en los archivos. Estas simples cartas ofrecen una visión única del mundo de los soldados rusos. Grigori Zubianka, un soldado de infantería del 8.° Escuadrón de Húsares, escribió el 24 de marzo a su esposa Maria:

> Estamos en Valaquia, en las riberas del Danubio, y nos enfrentamos al enemigo que está en la otra orilla. […] Todos los días hay disparos a través del río y cada hora y cada minuto esperamos morir, pero le pedimos a Dios que nos salve, y cada día que pasa y seguimos con vida y sanos y salvos damos las gracias al Señor y Creador de todas las cosas por esa bendición. Pero nos hacen pasar todo el día y la noche hambrientos y con frío, porque no nos dan nada que comer y tenemos que seguir vivos arreglándonos como podamos, Dios nos ayude.

Nikifor Burak, un soldado del 2.° Batallón del Regimiento de Infantería Tobol'sk, escribió a sus padres, a su esposa e hijos de la aldea de Sidorovka, en la provincia de Kiev:

> Ahora estamos muy lejos de Rusia, la tierra no se parece a Rusia en absoluto, estamos casi en Turquía, y cada hora esperamos morir. Para decir la verdad, casi todo nuestro regimiento fue destruido por los turcos, pero por la gracia del Altísimo todavía sigo vivo y sano y salvo […]. Espero volver a casa y veros a todos otra vez, estar y hablar con nosotros, pero ahora me encuentro en el mayor peligro y tengo miedo de morir[233].

A medida que crecían las bajas rusas, Paskevich se manifestó cada vez más contrario a la ofensiva. Aunque previamente había defendido la marcha hacia Silistria, le preocupaba la acumulación de tropas austríacas en la frontera serbia. Con los ingleses y los franceses que llegarían en cualquier momento, los turcos que mantenían su línea defensiva en el sur y los austríacos movilizando sus tropas en el oeste, los rusos corrían grave peligro de quedar rodeados de ejércitos hostiles en los principados. Paskevich urgió al zar a ordenar una retirada. Demoró la ofensiva contra Silistria, desafiando la orden del zar de avanzar con la mayor rapidez posible, por temor de que un ataque austríaco lo sorprendiera sin reservas suficientes.

Paskevich tenía razón al preocuparse por los austríacos, quienes estaban alarmados por la creciente amenaza rusa contra Serbia. Las tropas austríacas se habían movilizado en la frontera serbia para aplastar cualquier levantamiento serbio a favor de Rusia y para oponerse a las fuerzas rusas que se acercaban desde el este hacia los territorios serbios controlados por los Habsburgo. Durante toda la primavera, los austríacos exigieron la retirada de los rusos de los principados, amenazando con aliarse a las potencias occidentales si el zar no acataba la exigencia. Los británicos también estaban preocupados por la influencia rusa sobre Serbia. Según el cónsul inglés en Belgrado, los serbios habían recibido instrucciones de «esperar tropas rusas en Serbia en cuanto hubiera caído Silistria… y de unirse entonces a una expedición contra las provincias eslavas del sur controladas por Austria». Siguiendo las instrucciones de Palmerston, el cónsul advirtió a los serbios de que el Reino Unido y Francia se opondrían, usando sus fuerzas militares, a cualquier revuelta serbia que pretendiera dar apoyo a los rusos[234].

Mientras tanto, el 22 de abril, sábado de Pascua según el calendario ortodoxo, las flotas occidentales iniciaron su primer ataque directo sobre suelo ruso con el bombardeo de Odesa, el

importante puerto del mar Negro. Los británicos habían recibido informes de marinos mercantes capturados que decían que los rusos habían reunido en Odesa 60 000 soldados y grandes suministros de municiones para transportarlos al frente del Danubio (en realidad el puerto tenía poca relevancia militar y sólo media docena de baterías para defenderse de las flotas extranjeras). Enviaron un ultimátum al gobernador de la ciudad, el general Osten-Sacken, que exigía que todos sus barcos se rindieran, y como no recibieron respuesta, empezaron el bombardeo con una flota de nueve vapores, seis cañoneras y una fragata. El fuego continuó durante once horas, destruyó varios barcos y mató a docenas de civiles. También hizo blanco en el palacio neoclásico de Vorontsov situado en la cima de la colina que dominaba el puerto; una bala impactó en la estatua del duque de Richelieu, el primer gobernador de Odesa, aunque irónicamente el edificio que sufrió más daño fue el hotel Londres, situado en el bulevar Primorski.

El 12 de mayo, durante un segundo bombardeo, uno de los barcos británicos, un vapor llamado *Tiger*, se acercó mucho a tierra, encalló en medio de una densa niebla y recibió un bombardeo cerrado desde la costa. Su tripulación fue capturada por un pequeño pelotón de cosacos comandado por un joven alférez llamado Shchegolov. Los británicos intentaron incendiar su barco, mientras las damas de Odesa con sus parasoles observaban los acontecimientos desde el terraplén, donde los restos del naufragio, incluyendo cajas de ron inglés, fueron más tarde arrastrados a la costa. Los cosacos apresaron a la tripulación británica (24 oficiales y 201 hombres) y la encarcelaron en la ciudad, donde los ingleses fueron sometidos a las burlas humillantes de los marineros y los civiles rusos, cuya indignación por el momento en que se había producido el ataque (durante la Pascua) había sido estimulada por sus sacerdotes, aunque el capitán del barco, Henry Wells Giffard, quien había sido herido por la metralla y murió de

gangrena el 1 de junio, recibió un funeral militar con todos los honores en Odesa y, en un acto de caballerosidad típico de épocas pasadas, un mechón de su cabello fue enviado a su viuda en el Reino Unido. Los cañones del *Tiger* fueron exhibidos en la ciudad como trofeos de guerra[235].

Los sacerdotes declararon que la captura del vapor británico era un símbolo de la venganza divina por el ataque producido el Sábado Santo que, según proclamaron, había iniciado una guerra religiosa. El licor que las aguas habían arrastrado hasta la costa fue consumido por los marineros rusos y los trabajadores de los muelles. Hubo riñas de borrachos y varios hombres resultaron muertos. El alférez cosaco Shchegolov se convirtió en un héroe popular de la noche a la mañana. Fue homenajeado casi como un santo. Se hicieron brazaletes y medallones con su imagen, que se vendieron incluso en Moscú y San Petersburgo. Y hasta se manufacturó una nueva marca de cigarrillos con su nombre, que llevaba en la cajetilla una imagen de Shchegolov[236].

El bombardeo de Odesa anunció la llegada de las potencias occidentales a las cercanías del frente del Danubio. Ahora la pregunta era cuánto tardarían los británicos y los franceses en llegar a Silistria para dar apoyo a los turcos. Temiendo que la continuación de la ofensiva hacia Constantinopla pudiera acabar mal para los rusos, Paskevich quiso la retirada. El 23 de abril escribió a Menshikov, el recién designado comandante en jefe de las fuerzas rusas en Crimea:

> Desafortunadamente ahora no sólo nos enfrentamos a las potencias marítimas sino también a Austria, apoyada, según parece, por Prusia. Inglaterra no ahorrará dinero para poner a Austria de su lado, porque sin los alemanes no pueden contra nosotros. [...] Si vamos a encontrar a toda Europa alineada contra nosotros, no lucharemos en el Danubio.

Durante toda la primavera, Paskevich demoró el cumplimiento de la orden del zar que le exigía poner sitio a Silistria. A mediados de abril, 50 000 soldados habían ocupado las islas del Da-

nubio situadas frente a la ciudad, pero Paskevich siguió difiriendo el asedio. Nicolás estaba furioso por la falta de vigor demostrada por su comandante. Aunque él mismo admitía que Austria podía unirse a los enemigos de Rusia, el zar envió una furibunda nota a Paskevich que lo urgía a lanzar el ataque. «Si los austríacos nos atacan a traición –escribió el 29 de abril–, debe enfrentarse a ellos con 4 cuerpos de ejército y los dragones; ¡eso bastará para ellos! ¡Y ni una palabra más, no tengo nada que agregar!».

Sólo el 16 de mayo, tras tres semanas de escaramuzas que les habían dado el control de los terrenos altos situados al sudoeste de Silistria, los rusos iniciaron el bombardeo de la ciudad, e incluso entonces Paskevich concentró el ataque en sus defensas exteriores, un semicírculo de fortines de piedra y terraplenes situado a varios kilómetros de la fortaleza de Silistria propiamente dicha. Paskevich esperaba desgastar la oposición de los turcos y permitir así que sus tropas atacaran la ciudad sin grandes bajas. Pero los oficiales a cargo de las operaciones de asedio sabían que era una esperanza vana. Los turcos había usado los meses transcurridos desde la declaración de guerra contra Rusia para reforzar sus defensas. Los fuertes turcos habían sido muy fortalecidos por el coronel Grach, un prusiano experto en fortificaciones y minas, y no sufrieron grandes daños con el bombardeo ruso, pese a que el reducto principal, las trincheras conocidas como la Tabia Árabe, quedó tan maltrecho debido a la metralla y las minas rusas que los turcos debieron reconstruirlo varias veces durante el sitio. Había 18 000 soldados en los fuertes turcos, casi todos ellos egipcios y albaneses, y combatieron con un espíritu tan desafiante que tomaron a los rusos por sorpresa. En la Tabia Árabe, las fuerzas otomanas estaban conducidas por dos expertos oficiales de artillería británicos, el capitán James Butler, de los Fusileros de Ceilán, y el teniente Charles Nasmyth, de la Artillería de Bombay. «Es imposible no admirar la fría indiferencia con que los turcos arrostran el peligro», pensaba Butler.

Tres hombres fueron alcanzados en el transcurso de cinco minutos, mientras paleaban tierra para reconstruir el parapeto, en el que tan sólo podían trabajar dos hombres a la vez para que todos estuvieran a cubierto, y fueron reemplazados por el soldado más próximo, que tomó la pala de manos del agonizante y reanudó el trabajo con tanta calma como si estuviera abriendo una zanja a la vera de un camino.

Advirtiendo que los rusos debían acercarse más para poder infligir algún daño a los fuertes, Paskevich ordenó al general Shil'der que iniciara una elaborada obra de ingeniería, excavando trincheras para permitir que la artillería se acercara hasta las murallas. El asedio muy pronto siguió una monótona rutina, con bombardeos de las baterías rusas desde la madrugada hasta el anochecer, apoyadas por los cañones de la flota fondeada en el río. En la historia bélica, nunca había habido una época en la que los soldados estuvieran sometidos a tanto peligro constante durante tanto tiempo. Pero no había señales de ningún avance[237].

Butler llevó un diario del asedio[238]. Creía que el poder de los cañones pesados rusos había «sido muy exagerado» y que la artillería turca, más liviana, estaba más que a su altura, aunque los turcos conducían todas las operaciones «de manera descuidada». Según Butler, la religión desempeñaba un papel importante en el bando turco. Cada día, durante las plegarias matinales ante la Puerta de Estambul, el comandante de la guarnición, Musa Pachá, instaba a sus soldados a defender Silistria «como corresponde a los descendientes del Profeta», a lo que «los hombres respondían con gritos de "¡Alabado sea Alá!"»[239]. No había edificios seguros en la ciudad, pero los residentes habían cavado cuevas en las que se refugiaban durante el bombardeo diario. La ciudad «parecía desierta y sólo había perros y soldados a la vista». Al anochecer, Butler observaba la última ronda de proyectiles rusos que provenían de las murallas de la fortaleza: «Vi a varios pilluelos, de 9 o 10 años, que perseguían las balas de cañón en sus rebotes, con tanta calma como si fueran pelotas de críquet; competían para ver quién de ellos las alcanzaba primero, ya que el Pa-

chá había ofrecido 20 monedas por cada bala de cañón recuperada». Por la noche, podía oír a los rusos que cantaban en sus trincheras, y «cuando festejaban en serio, incluso tenían una banda que tocaba polcas y valses».

Como el zar lo presionaba cada vez más para que tomara Silestria, Paskevich ordenó más de veinte ataques de infantería entre el 20 de mayo y el 5 de junio, pero aun así no logró avanzar. «Los turcos luchan como demonios», informó un capitán de artillería el 30 de mayo. Pequeños grupos de hombres escalaban las murallas de la fortificación, sólo para ser rechazados por los defensores en combate cuerpo a cuerpo. El 9 de junio se produjo una batalla importante fuera de las murallas de la fortaleza principal, después de que un ataque a gran escala de los rusos fuera rechazado y las fuerzas turcas realizaran una salida para atacar las posiciones rusas. Cuando acabó el combate, 2000 rusos yacían muertos en el campo de batalla. El día siguiente, señaló Butler:

> [...] un grupo de gente de la ciudad salió y cortó la cabeza a los muertos y las trajo como trofeos por los cuales esperaban recibir recompensa, pero a esos salvajes no se les permitió traer sus sangrientos botines dentro de las murallas. Sin embargo, una pila de cabezas quedó largo tiempo sin sepultura ante las puertas de la ciudad. Mientras estaba sentado con Musa Pachá, apareció un rufián que arrojó a sus pies un par de orejas que había cortado a un soldado ruso; otro se jactó de que un oficial ruso le había pedido clemencia en nombre del Profeta, pero él había desenvainado su cuchillo y a toda sangre fría lo había degollado.

Los rusos yacieron sin sepultura durante varios días, hasta que los pobladores de la ciudad los despojaron de todo. Los irregulares albaneses también participaron en la mutilación y el saqueo de los muertos. Butler los vio unos días más tarde. Era «un espectáculo repugnante», escribió. «El olor ya era nauseabundo. Los que estaban en la zanja habían sido despojados de todo y yacían en diversas actitudes, algunos troncos sin cabeza, otros de-

gollados, con los brazos extendidos en el aire o señalando hacia arriba en el sitio en que cayeron[240]».

Tolstoi llegó a Silistria el día de este combate. Había sido transferido como oficial de artillería del Estado Mayor del general Serzhputovski, que había establecido su cuartel general en los jardines de la residencia de Musa Pachá, situada en la cima de la colina. Tolstoi disfrutó del espectáculo de la batalla desde ese seguro mirador. La describió en una carta dirigida a su tía:

> Por no hablar del Danubio, sus islas y sus riberas, algunas ocupadas por nosotros, otras por los turcos, se podía ver la ciudad, la fortaleza y los pequeños fortines de Silistria como si uno los tuviera en la palma de la mano. Se oían los cañonazos y los disparos de fusil que no cesaban de noche ni de día, y con binoculares se alcanzaba a ver el rostro de los soldados turcos. Realmente es un extraño placer ver personas que se matan entre sí y, sin embargo, cada mañana subía a mi carro y me pasaba horas observando, y no era el único. El espectáculo era realmente bello, especialmente de noche [...]. De noche usualmente nuestros soldados se dedicaban a excavar trincheras y los turcos se lanzaban sobre ellos para impedírselo; deberías haber visto y escuchado los disparos de los fusiles. La primera noche [...] me entretuve, reloj en mano, calculando los disparos de cañón que oía, y conté 100 explosiones en el transcurso de un minuto. Y, sin embargo, desde cerca, nada de todo esto era tan aterrador como podría suponerse. A la noche, cuando no se veía nada, era cuestión de quién quemaba más pólvora y como máximo 30 hombres de ambos bandos resultaban muertos por estos miles de cañonazos[241].

Paskevich afirmó que había recibido un fragmento de metralla durante la lucha del 10 de junio (en realidad estaba indemne) y delegó el mando en el general Gorchakov. Aliviado de haberse librado de la responsabilidad de una ofensiva a la que había llegado a oponerse, cruzó el Danubio en su carruaje con destino a Iasi.

El 14 de junio el zar recibió la noticia de que Austria estaba movilizando su ejército y que en julio podría unirse a la guerra contra Rusia. También debía enfrentarse a la posibilidad de que en cualquier momento los británicos y los franceses pudiesen lle-

gar para ayudar a Silistria. Sabía que se estaba quedando sin tiempo, pero ordenó un último ataque contra la ciudad fortificada, que Gorchakov preparó para las primeras horas del 22 de junio[242].



Para entonces los británicos y los franceses estaban reuniendo sus ejércitos en la zona de Varna. Habían empezado a desembarcar sus fuerzas en Galípoli a principios de abril, con la intención de proteger Constantinopla de un posible ataque ruso. Pero pronto se hizo evidente que la zona no podía albergar un ejército de esas dimensiones, de manera que tras unas pocas semanas de tratar laboriosamente de encontrar suministros escasos, las tropas aliadas se trasladaron para hacer campamento en las vecindades de la capital turca, donde podían ser abastecidas por las flotas británica y francesa.

Los dos ejércitos acamparon uno junto al otro en las llanuras que dominaban el antiguo puerto fortificado, mirándose con mutua cautela y desconfianza. Eran aliados incómodos. En su historia reciente había demasiadas cosas que les provocaban suspicacia. Era un hecho famoso que lord Raglan, el casi provecto comandante en jefe del ejército británico, quien había sido secretario militar del duque de Wellington durante la guerra de España de 1808-1814, y había perdido un brazo en Waterloo[243], solía ocasionalmente referirse al enemigo como «los franceses» en vez de «los rusos».



Lord Raglan

Desde el principio había habido disputas por la estrategia que seguir: los ingleses estaban a favor del desembarco en Galípoli, seguido de un cauteloso avance hacia el interior, mientras que los franceses querían desembarcar en Varna para impedir el avance ruso hacia Constantinopla. Los franceses también habían sugerido sensatamente que los británicos debían controlar la campaña por mar, donde eran superiores, lo que dejaba a los franceses la iniciativa de la campaña por tierra, donde podrían aplicar las enseñanzas adquiridas durante su guerra por la conquista de Argelia. Pero los británicos temblaron ante la sola idea de recibir órdenes de los franceses. Desconfiaban del mariscal Saint-Arnaud, el comandante bonapartista de las fuerzas francesas, cuyas famosas especulaciones en la Bolsa habían inducido a muchos ingleses de la clase gobernante a suponer que el hombre pondría sus propios intereses por delante de la causa aliada (el príncipe Alberto creía que hasta era capaz de aceptar sobornos de los rusos). Esas ideas se filtraron hasta los oficiales y los soldados. «Odio a los franceses –escribió el capitán Nigel Kingscote, quien, como casi todos los asistentes de Raglan, era uno de sus

sobrinos–.Todo el Estado Mayor de Saint-Arnaud, con una o dos excepciones, son como monos, fajados tan apretadamente como pueden y dando saltitos como si fueran globos[244]».

Y los franceses tampoco tenían buena opinión de los ingleses. «Visitar el campamento inglés me hace sentir orgullo de ser francés», escribió el capitán Jean-Jules Herbé a sus parientes desde Varna.

> Los soldados británicos son hombres entusiastas, fuertes y de buena constitución. Admiro sus elegantes uniformes, todos ellos nuevos, su buen comportamiento, la precisión y regularidad de sus maniobras y la belleza de sus caballos, pero su mayor debilidad es que están demasiado acostumbrados al confort; será difícil satisfacer sus numerosas exigencias una vez que estemos en marcha[245].

Louis Noir, un soldado del primer batallón de zuavos, el grupo de infantería de élite establecido durante la guerra de Argelia[246], recuerda la mala impresión que le causaron las tropas inglesas en Varna. Quedó particularmente consternado ante los azotes que los oficiales solían infligir a los soldados como castigo por la indisciplina o la ebriedad –ambos problemas corrientes entre las tropas británicas–, que le recordaron el antiguo sistema feudal que ya había desaparecido en Francia:

> Los reclutadores ingleses parecen haber conseguido la escoria de su sociedad, ya que las clases bajas son más susceptibles a sus ofrecimientos de dinero. Si se hubieran reclutado los hijos de las clases más pudientes, los azotes que los oficiales propinan a los soldados estarían prohibidos por el código penal militar. El espectáculo de esos castigos corporales nos repugna, recordándonos que la Revolución de [17]89 abolió los azotes en el ejército al establecer la leva universal. [...] El ejército francés está formado por una clase especial de ciudadanos sometidos a las leyes militares, que son severas pero que se aplican igualitariamente a todos los rangos. En Inglaterra, un soldado es realmente apenas un siervo, es tan sólo una propiedad del gobierno, que lo estimula por medio de dos impulsos contradictorios. El primero es el palo. El segundo es el bienestar material. Los ingleses han desarrollado un instinto para el confort, para vivir bien en una tienda cómoda con un buen trozo de rosbif, una jarra de vino tinto y una buena provisión de

ron… Ése es el *desiderátum* del soldado inglés, ésa es la precondición necesaria de su valentía. […] Pero si esas provisiones no llegan puntualmente, si tiene que dormir en el barro al aire libre, buscar su leña y arreglárselas sin su bistec y su grog, el inglés rehúye el combate y la desmoralización se propaga entre sus filas[247].

El ejército francés era superior al británico en muchos aspectos. Sus escuelas de oficiales habían producido una nueva clase de militares profesionales, técnicamente más avanzados, superiores tácticamente y mucho más cercanos socialmente a sus soldados que los oficiales aristocráticos del ejército británico. Armada con el moderno fusil Minié, que podía disparar rápidamente y con una precisión letal hasta 1600 metros de distancia, la infantería francesa era celebrada por su ímpetu en los ataques. Los zuavos en particular eran maestros del ataque rápido y la retirada táctica, un tipo de combate que habían desarrollado en Argelia, y su coraje era una inspiración para el resto de la infantería francesa, que invariablemente los seguía durante el combate. Los zuavos eran veteranos combatientes, expertos en la lucha en los más difíciles terrenos montañosos y unidos por fuertes lazos de camaradería que habían forjado durante los años que habían luchado juntos en Argelia (y en muchos casos en las barricadas revolucionarias de París en 1848). Paul de Molènes, un oficial de los regimientos de caballería ligera espahíes reclutados por Saint-Arnaud en Argelia, pensaba que los zuavos ejercían «un especial poder de seducción» sobre los jóvenes parisinos, que corrieron a unirse a sus filas en 1854. «El poético uniforme de los zuavos, su apariencia temeraria y libre, su fama legendaria… Todo esto les confería una imagen popular de caballerosidad que no se veía desde la época de Napoleón[248]».

La veteranía del combate en Argelia era una ventaja decisiva del ejército francés sobre el ejército británico, que no había participado en ninguna batalla importante desde Waterloo y que en muchos aspectos estaba medio siglo atrasado. En algún momen-

to, un tercio del ejército francés, formado por 350 000 hombres, había sido enviado al frente argelino. A partir de esa experiencia, los franceses habían aprendido la importancia crucial de que las pequeñas unidades colectivas mantuvieran la disciplina y el orden en el campo de batalla: una idea archisabida para los teóricos militares del siglo XX que fue enunciada primero por Ardant du Picq, un graduado de la Escuela Militar Especial de Saint-Cyr, la escuela de élite del ejército situada en Fontainebleau, cerca de París, quien sirvió como capitán en la expedición a Varna y que desarrolló su idea a partir de la observación de los soldados franceses durante la guerra de Crimea. Los franceses también habían aprendido a aprovisionar eficientemente al ejército en marcha, un área de especialización en la que su superioridad sobre los británicos se hizo evidente desde el momento en que ambos ejércitos desembarcaron en Galípoli. Durante dos días y medio, a las tropas británicas no se las permitió desembarcar «porque no había nada preparado para los soldados», informó William Russell, de *The Times*, el corresponsal pionero que se había unido a la expedición a Oriente, mientras que los franceses estaban admirablemente preparados, con una gran flotilla de barcos de aprovisionamiento: «Hospitales para los enfermos, hornos para hacer pan y galletas, vagones para transportar provisiones y equipaje; de hecho, todo lo que es necesario y confortable tener a mano, en el momento en que llegaron sus barcos. ¡Por nuestro lado no había en el puerto ni una sola bandera británica! Nuestra gran nación naval estaba representada por un único vapor que pertenecía a una empresa privada[249]».

El estallido de la guerra de Crimea había tomado por sorpresa al ejército británico. De hecho, el presupuesto militar había estado disminuyendo durante muchos años, y sólo en las primeras semanas de 1852, tras el golpe de Estado de Napoleón y la erupción del temor a la guerra francesa en el Reino Unido, el gobierno de Russell pudo conseguir la aprobación parlamentaria de

un modesto aumento de los gastos. En 1854, de los 153 000 hombres alistados, dos tercios servían en ultramar en diversas partes remotas del imperio, de manera que los soldados necesarios para la expedición al mar Negro tuvieron que ser reclutados con urgencia. Al carecer del sistema de leva de los franceses, el ejército británico debía confiar por completo en el reclutamiento de voluntarios, a los que ofrecía una recompensa económica como incentivo. Durante la década de 1840, la existencia de hombres capaces y fuertes disponibles había sido severamente reducida por los grandes proyectos de construcción industrial y por la emigración a Estados Unidos y Canadá, lo que dejaba al ejército tan sólo la franja de los desempleados y los sectores más pobres de la sociedad, como las víctimas de la hambruna irlandesa, que aceptaban la recompensa en un intento desesperado de saldar sus deudas y salvar a su familia del hospicio. Los principales sitios de reclutamiento eran, para el ejército inglés, las tabernas, las ferias y las carreras, donde los pobres se emborrachaban y se endeudaban[250].

Si bien los soldados británicos provenían de las clases más modestas de la sociedad, el cuerpo de oficiales procedía mayormente de la aristocracia, una situación prácticamente garantizada por la compra de nombramientos. Así, la plana mayor estaba ocupada por caballeros ancianos bien relacionados con la corte pero con poca experiencia o pericia militar; era un mundo completamente diferente del profesionalismo que reinaba en el ejército francés. Lord Raglan tenía 65 años; sir John Burgoyne, el jefe de ingenieros del ejército, 72 años. Cinco de los comandantes del cuartel general de Raglan eran parientes. El más joven de ellos, el duque de Cambridge, era primo de la reina. Era un ejército, como el ruso, cuyos pensamientos y cultura militares permanecían estancados en el siglo XVIII.

Raglan insistía en mandar a los soldados británicos al combate con guerreras ajustadas y chacós altos que posiblemente los ha-

cían lucir espectaculares cuando marchaban en estricta formación durante un desfile militar, pero que en combate resultaban muy poco prácticos. Cuando Sidney Herbert, secretario de Estado de Guerra, le escribió en mayo para sugerirle que el código de vestimenta se distendiera un poco y que tal vez se pudiera disculpar a los soldados si no se afeitaban todos los días, Raglan replicó:

> Veo su propuesta de introducir las barbas bajo una luz bastante diferente y seguramente no será necesario adoptar esa medida en este momento. Tengo ideas bastante anticuadas y me aferro al deseo de que un inglés debe verse como un inglés, por más que los franceses se esfuercen en parecer africanos, turcos e infieles. Siempre he advertido en las clases bajas inglesas que su primera noción de limpieza es afeitarse y me atrevo a decir que ese sentimiento prevalece en nuestras filas, pese a que algunos de nuestros oficiales puedan envidiar a los hombres con barba que se ven entre nuestros aliados. Sin embargo, si cuando marchemos y estemos expuestos a un gran calor y suciedad advierto que el sol deja su marca en el rostro de los hombres, consideraré si es necesario excusarlos de afeitarse, pero, mientras tanto, mantengamos la apariencia de ingleses[251].

La sanción en contra de las barbas sólo se mantuvo hasta el calor de julio, pero los soldados británicos todavía seguían excesivamente vestidos si se los comparaba con los uniformes livianos y simples de los rusos y los franceses, tal como se quejó el teniente coronel George Bell, del Primer Regimiento (Real):

> Un traje sobre la espalda y una muda en su mochila es todo lo que necesita un hombre, pero sin embargo anda cargado como una mula: abrigo largo y manta, cinturones […] ajustados que le aprietan los pulmones como la muerte, sus armas y avíos, 60 cartuchos de municiones para su Minié, mochila y todo su contenido. El morral de cuero rígido, que nos estrangulaba, fue abolido gracias a «Punch» y a «Times». Durante 40 años, la experiencia no hizo que las autoridades militares dejaran que el soldado fuera al campo de batalla si no estaba semiestrangulado e incapaz de moverse bajo el peso que cargaba, hasta que la opinión pública y la prensa vinieron en su auxilio. La otra cosa de la que me gustaría deshacerme es el abominable Alberto[252], como se lo llama, donde un hombre puede freír su ración de carne al mediodía en

este clima, cuya copa es de charol para atraer diez veces más los rayos del sol y enloquecer el cerebro[253].

Acampados en las llanuras alrededor de Varna, sin mucho que hacer más que esperar las noticias de la lucha en Silistria, los soldados británicos y franceses procuraron entretenerse en las tabernas y burdeles de la ciudad. El calor y la advertencia de no beber el agua local dieron como resultado una enorme juerga alcohólica, especialmente con el consumo del *raki* local, que era muy barato y fuerte. «Miles de ingleses y franceses se apiñaron en tabernas improvisadas –escribió Paul de Molènes–, donde todos los vinos y licores de nuestros países contribuyeron a una ruidosa ebriedad […]. Los turcos se quedaron en las puertas de sus casas, observando sin emoción o sorpresa a estos extraños defensores que la Providencia les había enviado». Las riñas de borrachos entre los soldados eran un problema cotidiano en la ciudad. Hugh Fitzhardinge Drummond, un edecán de los Fusileros Guardias Escoceses, escribió a su padre desde Varna:

> Nuestros amigos, los Highlanders, beben como peces, y nuestros hombres […] beben más que en Scutari. Los zuavos son los sinvergüenzas de peor comportamiento y los villanos más desmandados que puedas imaginar: cometen toda clase de delitos. Anteayer ejecutaron a otro hombre. La semana pasada uno de estos rufianes casi cortó en dos a un cazador de Vincennes, con una espada corta, en un acceso de locura debido a la ebriedad. Los franceses beben mucho –creo que tanto como nuestros propios hombres– y cuando están ebrios son aún más insubordinados.

Se multiplicaron las quejas de los residentes de Varna. La ciudad estaba poblada mayoritariamente por búlgaros, pero había también una considerable minoría turca. Éstos estaban irritados porque los soldados exigían alcohol en los cafés de propietarios musulmanes y se ponían violentos cuando les respondían que allí no se vendían bebidas alcohólicas. Se les podía disculpar que se preguntaran si sus defensores no serían un mayor peligro para ellos que la amenaza de los rusos, tal como observó el oficial na-

val británico Adolphus Slade desde su ventajoso punto de observación en Constantinopla:

> Los soldados franceses holgazaneaban en las mezquitas durante las oraciones, mirando licenciosamente a las damas veladas, envenenaban a los perros callejeros […] disparaban contra las gaviotas en los muelles, se burlaban de los muecines que entonaban el *ezan* desde los minaretes y desenterraban jocosamente lápidas para usarlas como pavimento […]. Los turcos habían oído hablar de civilización: ahora la veían, y así lo pensaban, con enorme asombro. Robos, ebriedad, juego y prostitución abundaban bajo el calor del sol oriental[254].

Los británicos rápidamente se hicieron una mala opinión de los soldados turcos, que acamparon junto a ellos en las llanuras alrededor de Varna. «Lo poco que he visto de los turcos me hace pensar que no son buenos aliados –escribió Kingscote, el asistente de campo de Raglan, a su padre–. Estoy seguro de que son los más grandes mentirosos que hay sobre la faz de la tierra. Si dicen que tienen 150 000 hombres, si investigas un poco verás que son apenas 30 000. Todo se da en la misma proporción, y por lo que me he enterado, no entiendo por qué los rusos no han pasado por encima de ellos». Tampoco los franceses pensaban muy bien de las tropas turcas, aunque los zuavos, que tenían una gran cantidad de efectivos argelinos, establecieron buenas relaciones con los turcos. Louis Noir creía que los ingleses tenían una actitud racista respecto de los turcos que despertaba el odio de las tropas del sultán.

> Los soldados turcos creían que no habían venido a Turquía a salvarla sino a conquistarla. En Galípoli solían divertirse abordando a un caballero turco en la playa; dibujaban un círculo alrededor del hombre y le decían que ese círculo era Turquía, después lo hacían salir del círculo y lo dividían en dos, poniendo en una mitad el nombre de «Inglaterra», y en la otra mitad «Francia», antes de empujar al turco a otro sitio al que asignaban el nombre de «Asia»[255].

Los prejuicios coloniales limitaban el uso que las potencias occidentales pretendían dar a las tropas turcas. Napoleón III creía

que los trucos eran perezosos y corruptos, mientras que lord Cowley, el embajador británico en París, aconsejó a Raglan «no confiar a un turco» ninguna responsabilidad esencial para la seguridad nacional. Los comandantes anglofranceses pensaban que los turcos sólo eran buenos cuando combatían al amparo de sus fortificaciones. Estaban dispuestos a usarlos para tareas auxiliares como excavar trincheras, pero suponían que carecían de la disciplina o el valor necesarios para luchar codo a codo con las tropas europeas en el campo de batalla[256]. El éxito de los turcos para detener a los turcos en Silistria (que fue atribuido mayormente a los oficiales británicos) no cambió esas actitudes racistas, que se agudizarían cuando la campaña se desplazó a Crimea.



Pero, por el momento, los turcos defendían su terreno y más contra los rusos, quienes lanzaron un último ataque contra Silistria el 22 de junio. La mañana del 21, Gorchakov fue con su Estado Mayor a inspeccionar las trincheras de la Tabia Árabe desde donde se iniciaría el ataque. Tolstoi estaba impresionado por Gorchakov (más tarde se basaría en él para su retrato del general Kutuzov en *Guerra y paz*). «Esa mañana lo vi bajo fuego por primera vez –escribió a su hermano Nikolái–. Se lo ve tan absorto en el curso general de los acontecimientos que simplemente no advierte las balas ni los proyectiles de los cañones». Durante todo el día, para debilitar la resistencia de los turcos, 500 cañones rusos bombardearon las fortificaciones, el fuego siguió hasta bien entrada la noche. El ataque se había dispuesto para las tres de la madrugada. «Allí estábamos todos –escribió Tolstoi–, y como siempre en vísperas de una batalla, todos fingíamos no pensar en el día siguiente salvo como en otro día más, común y corriente, aunque todos, estoy seguro, sentíamos en el fondo del corazón una pequeña punzada (y en realidad no era pequeña, sino pronunciada) ante la idea del ataque».

> Como sabes, Nikolái, el período que precede al combate es el más desagradable. Es el único período en el que uno tiene tiempo de tener miedo y el miedo es uno de los sentimientos más desagradables. Hacia la mañana, cuanto más se acercaba el momento, tanto más disminuía ese sentimiento, y alrededor de las 3, cuando todos esperábamos ver la lluvia de cohetes que indicaría el comienzo del ataque, yo estaba de tan buen humor que me hubiera enojado mucho si alguien hubiera venido a decirme que el ataque se suspendía.

Lo que más temía ocurrió. A las dos de la mañana, un asistente trajo un mensaje para Gorchakov que le ordenaba levantar el sitio. «Puedo decir, sin temor a equivocarme», dijo Tolstoi a su hermano,

> […] que todos recibieron la noticia –soldados, oficiales y generales– como una verdadera desdicha, y mucho peor aún porque sabíamos, a través de los espías que acudían a menudo a nosotros desde Silistria y con los que yo mismo tuve ocasión de hablar varias veces, que una vez que tomáramos la fortaleza –algo de lo que nadie tenía dudas– Silistria no podría resistir más de dos o tres días[257].

Lo que Tolstoi no sabía, o se negaba a tomar en cuenta, era que en ese momento había 30 000 franceses, 20 000 británicos y 20 000 turcos preparados para reforzar las defensas de Silistria y que Austria, que había acumulado 100 000 soldados en la frontera serbia, había enviado al zar un ultimátum para que se retirara de los principados del Danubio. En realidad Austria había adoptado una política de neutralidad armada a favor de los aliados, movilizando las tropas de los Habsburgo para obligar a los rusos a retirarse del Danubio. Temiendo que se produjeran insurrecciones entre sus propios eslavos, los austríacos estaban preocupados por la presencia rusa en los principados, que cada día se parecía más a una anexión. Si los austríacos atacaban a los rusos desde el oeste, existía una posibilidad muy factible de que los aislaran de sus líneas de abastecimiento del Danubio y bloquearan su principal ruta de retirada, lo que les dejaría expuestos a los

ejércitos aliados que atacaban desde el sur. El zar no tenía más alternativa que retirarse antes de que su ejército fuera destruido.

Nicolás se sintió profundamente traicionado por los austríacos, cuyo imperio el zar había salvado de los húngaros en 1849. Había desarrollado un afecto paternal por el emperador Francisco José, que era más de treinta años menor, y sentía que merecía la gratitud del monarca austríaco. Visiblemente entristecido y conmocionado por el ultimátum, puso el retrato de Francisco José de cara a la pared y escribió en el reverso, de puño y letra: «Du Undankbarer!». (¡Hombre ingrato!). En julio dijo al enviado austríaco, el conde Esterhazy, que Francisco José se había olvidado por completo de lo que Nicolás había hecho por él y que «como la confianza que había existido hasta ahora entre ambos soberanos para la felicidad de ambos imperios se había destruido, ya no podía existir entre ellos la misma relación íntima»[258].

El zar escribió a Gorchakov para explicarle por qué suspendía el asedio. Era una carta inusualmente personal que resultaba muy reveladora de su pensamiento:

> Qué triste y doloroso es para mí, mi querido Gorchakov, verme forzado a estar de acuerdo con los persistentes argumentos del príncipe Iván Fedorovich [Paskevich] […] y ordenar la retirada del Danubio después de haber hecho tantos esfuerzos y de haber perdido tantas almas valientes sin ninguna ganancia… No necesito decirle lo que eso significa para mí. ¡Podrá juzgarlo por sí mismo! Pero no puedo estar en desacuerdo con él si miro el mapa. Ahora el peligro no es tan grave, porque usted se encuentra en condiciones de infligir un severo castigo a los insolentes austríacos. Sólo temo que la retirada pueda afectar la moral de nuestras tropas. Debe levantarles el espíritu, explicándoles claramente a cada uno de ellos que es mejor retirarse a tiempo para poder atacar más tarde, como ocurrió en 1812[259].

Los rusos se retiraron del Danubio, luchando contra los turcos que los perseguían, oliendo sangre. Las tropas rusas estaban cansadas y desmoralizadas; muchos de los soldados no habían comido durante días enteros y había tantos enfermos y heridos que

no fue posible llevarlos a todos de regreso, cargados en los carros. Miles de soldados fueron abandonados a los turcos. En la ciudad amurallada de Giurgevo, el 7 de julio, los rusos perdieron 3000 hombres en una batalla contra las fuerzas turcas (algunas divisiones turcas estaban comandadas por oficiales británicos) que cruzaron el río desde Rustschuk y atacaron a los rusos con el apoyo de una cañonera inglesa. Gorchakov acudió con refuerzos desde el abandonado asedio de Silistria, pero muy pronto se vio obligado a ordenar una retirada. La bandera inglesa se plantó en la fortaleza de Giurgevo, donde los turcos se cobraron una salvaje venganza contra los rusos: mataron a más de 1400 heridos, les cortaron la cabeza y mutilaron sus cadáveres, mientras Omar Pachá y los oficiales británicos se quedaban mirando sin hacer nada[260].

Las represalias turcas tenían un carácter claramente religioso. En cuanto la ciudad quedó libre de soldados rusos, las tropas turcas (Bashi Bazouks y albaneses) saquearon las casas y las iglesias de la población cristiana, integrada mayoritariamente por búlgaros. Toda la población cristiana abandonó Giurgevo con la infantería rusa, cargando apresuradamente sus pertenencias en carros y encaminándose hacia el norte junto con las columnas del ejército. Un oficial francés describió la escena que encontró en Giurgevo pocas semanas después de que la población fuera abandonada:

> Los rusos, al partir, dejaron solamente 25 habitantes… ¡De una población de 12 000 personas! Sólo un puñado de casas quedó intacto […]. Los saqueadores no se contentaron con someter a pillaje las casas, sino que también varias iglesias fueron arrasadas. Vi con mis propios ojos una iglesia griega en condiciones espantosas. Un viejo sacristán búlgaro estaba limpiando los restos de iconos, vitrales, esculturas, lámparas y otros objetos sagrados que se apilaban en el santuario. Por señas le pregunté quiénes habían cometido esas atrocidades, si los rusos o los turcos. «Turkos», contestó con una sola palabra, con los dientes apretados y un tono que no auguraba ninguna compasión para el primer Bashi Bazouk que cayera en sus manos[261].

En cada pueblo y aldea por los que pasaban las tropas rusas, se les unían más refugiados temerosos de las represalias turcas. En los caminos se producían escenas de caos y pánico, dado que miles de campesinos búlgaros habían abandonado sus pueblos y su ganado para unirse a las columnas –cada vez más largas– de humanidad en fuga. Los caminos estaban tan bloqueados por los carros de los campesinos que la retirada rusa se tornó muy lenta y Gorchakov consideró la posibilidad de usar soldados para contener la turba de campesinos. Pero fue disuadido por sus oficiales y finalmente unas 7000 familias búlgaras fueron evacuadas a Rusia. Tolstoi describió la escena que vio en una aldea en una carta a su tía, escrita cuando llegó a Bucarest el 19 de julio:

> Desde el campamento fui a buscar leche y fruta a una aldea que había sido destruida [por los turcos]. En cuanto el príncipe [Gorchakov] informó a los búlgaros que los que quisieran podían cruzar el Danubio junto con el ejército y convertirse en súbditos rusos, toda la población se puso en actividad y todos ellos, con sus esposas, hijos, caballos y ganado, se dirigieron hacia el puente, pero como era imposible llevarlos a todos, el príncipe se vio obligado a rechazar a los que habían llegado últimos y tendrías que haber visto cuánto lo apenaba eso; recibió a todos los delegados de esa pobre gente, conversó con cada uno de ellos, tratando de explicarles que era imposible, proponiéndoles que cruzaran el río sin sus carros y ganado y, haciéndose responsable de los medios de subsistencia de esos pobres campesinos hasta que llegaran a Rusia, pagó de su bolsillo para que fueran transportados en embarcaciones privadas[262].

En Bucarest reinaba una confusión semejante. Muchos de los descontentos soldados rusos aprovecharon la oportunidad para desertar de sus regimientos y esconderse en la ciudad, lo que obligó a las autoridades militares a hacer públicas funestas amenazas a los habitantes para que entregaran a los desertores si no querían ser castigados. Los voluntarios valacos, que se habían unido a las tropas rusas durante la ocupación de los principados, ahora desaparecieron, y muchos de ellos huyeron hacia el sur para unirse a los aliados. Al evacuar la ciudad, los rusos publicaron

una ominosa advertencia a los «traidores valacos», por medio de un manifiesto del zar:

> Su Majestad el zar no cree que los que profesan la misma religión que el Emperador Ortodoxo puedan someterse a un gobierno que no es cristiano. Si los valacos no lo entienden, porque están demasiado influidos por Europa y se han entregado a falsas creencias, no obstante el zar no puede renunciar a la misión que Dios le ha conferido como líder de los ortodoxos: la de liberar para siempre de la soberanía otomana a aquellos que profesan la verdadera fe cristiana, es decir, la griega. Esa idea ha preocupado al zar desde el principio de su glorioso reinado y ha llegado el momento en que Su Majestad ha decidido llevar a cabo el proyecto que ha planeado durante tantos años, cualquiera que sea la intención de los impotentes Estados europeos que albergan falsas creencias. Llegará el momento en que los rebeldes valacos, que han incurrido en la ira de Su Majestad, tendrán que pagar muy cara su deslealtad.

El 26 de julio la proclama fue leída a los boyardos que Gorchakov había reunido en Bucarest y tras la lectura el comandante pronunció sus propias palabras de despedida: «Caballeros, nos vamos de Bucarest por el momento, pero espero regresar pronto… Recuerden 1812»[263].

La noticia de la retirada fue un enorme golpe para los eslavófilos de Moscú y San Petersburgo, que habían considerado el avance ruso en los Balcanes como una guerra de liberación de los eslavos. Ahora se sintieron descorazonados por un acontecimiento que, para ellos, significaba un abandono de sus ideales. Konstantin Aksakov había soñado con una federación eslava encabezada por Rusia. Había creído que la guerra terminaría con el plantado de una cruz sobre Santa Sofía, en Constantinopla. Pero la retirada del Danubio lo colmó de «sentimientos de repulsión y vergüenza», según explicó en una carta a su hermano Iván:

> Es como si nos retiráramos de nuestra propia fe ortodoxa. Si este sentimiento se debe a la desconfianza, a que nos retiramos de una guerra santa, entonces desde la fundación de Rusia no hemos tenido en nuestra historia un momento tan vergonzoso… Hemos derrotado a los enemigos pero no a nuestros propios miedos. ¡Y mira ahora lo que

> ocurre! […]. Nos retiramos de Bulgaria, pero ¿qué les ocurrirá a los pobres búlgaros, a las cruces de las iglesias de Bulgaria? […]. ¡Rusia! ¡Si abandonas a Dios, Dios te abandonará! ¡Has renunciado a la sagrada misión que Él te confió, la de defender la santa fe y liberar del sufrimiento a tus hermanos, y ahora, Rusia, la ira de Dios caerá sobre ti!

Al igual que muchos eslavófilos, los Aksakov inculpaban a Nesselrode, el ministro de Exteriores «alemán», como responsable de la retirada, y en los círculos nacionalistas empezaron a denunciarlo, acusándolo de traidor a Rusia y de «agente austríaco». Junto con el líder paneslavista Pogodin, montaron una campaña en los salones de San Petersburgo y Moscú que pretendía persuadir al zar de que revirtiera la orden de retirada y que luchara solo contra los austríacos y las potencias occidentales. Se regocijaban con la idea de que Rusia luchara sola contra Europa, creyendo que una guerra santa para liberar a los eslavos de la influencia occidental sería una realización plena del papel mesiánico de Rusia[264].

Mientras los rusos se retiraban de Valaquia, los austríacos entraron en el territorio para reinstaurar el orden en el principado. Un contingente austríaco de 12 000 soldados, bajo el mando del general Coronini, llegó incluso hasta Bucarest, donde chocaron con los turcos, que ya habían ocupado la ciudad tras la retirada de los rusos. Omar Pachá, que se había autodesignado «Gobernador de los Principados Reocupados», se negó a entregar Bucarest al comandante austríaco. Como antiguo súbdito austríaco que se había unido a los turcos, no se podía esperar de él que entregara sus conquistas duramente conseguidas a un cortesano como Coronini, que había sido tutor personal del emperador y que defendía todas las cosas del mundo Habsburgo que Omar Pachá había rechazado cuando se pasó al bando otomano. El comandante turco estaba respaldado por los británicos y los franceses. Tras haber invertido tanto tiempo en conseguir que los austríacos se involucraran en los principados, los aliados ahora consideraban la intervención austríaca como un arma de doble filo. Les compla-

cía que los austríacos hubieran contribuido a liberar los principados del control ruso, pero también sospechaban que intentarían prolongar su propia ocupación de esos territorios, bien con la esperanza de llenar con su propio gobierno el vacío político que había dejado la partida de las tropas rusas, bien en la creencia de que podrían imponer su propia solución al conflicto rusoturco, a expensas de Occidente. Las sospechas de los aliados aumentaron cuando los austríacos impidieron que las fuerzas de Omar Pachá persiguieran a los rusos hasta Besarabia (la táctica preferida de Napoleón III), e incluso se ampliaron más aún cuando reinstalaron en el poder a los hospodares nombrados por los rusos, un gesto que evidentemente pretendía apaciguar al zar. Para los británicos y los franceses, resultaba obvio que los austríacos no habían acudido al rescate de los principados como gendarmes del Concierto Europeo, ni como defensores de la soberanía turca, sino por motivaciones políticas propias[265].

En julio, los franceses enviaron una fuerza expedicionaria a la región de Dobruja, en el delta del Danubio, en parte para contrarrestar la amenaza austríaca y en parte con el propósito de asegurarse la posesión de la línea costera del mar Negro, para poder lanzar desde allí un ataque contra el sur de Rusia y la península de Crimea. La fuerza estaba formada por irregulares Bashi Bazouk (llamados espahíes de Oriente por los franceses) bajo el mando del general Yusuf, y por fuerzas de infantería de la 1.ª División (del general Canrobert), de la 2.ª (del general Bosquet) y de la 3.ª (del príncipe Napoleón). Capturado en Elba a los seis años –cuando se llamaba Giuseppe Vantini– en 1815 por corsarios de la costa bereber y criado en el palacio del bey de Túnez, Yusuf era el fundador y comandante de la caballería espahí empleada por los franceses para la conquista de Argelia. El éxito de Yusuf en Argelia lo convirtió en el candidato ideal para organizar a los Bashi Bazouk bajo las órdenes del ejército francés. El 22 de julio ya había reunido en Varna una brigada de caballería de

4000 Bashi Bazouks que los otomanos habían dado a los franceses junto con otros destacamentos de irregulares, que incluían una banda kurda de jinetes bajo el mando de Fatima Janum. Conocida como la Virgen de Kurdistán, Janum, de setenta años, conducía a sus seguidores tribales, armados con espadas, cuchillos y pistolas, bajo el estandarte verde de una guerra musulmana. Yusuf también apeló a la idea de una yihad para motivar a sus hombres en la guerra contra los rusos y para darles una motivación para la lucha que no fuera la perspectiva del saqueo, su incentivo tradicional, que los franceses estaban decididos a eliminar. «Hemos venido a salvar al sultán, nuestro califa –dijo un grupo de Bashi Bazouk a Louis Noir, cuya brigada de zuavos se unió a la fuerza de Yusuf en la marcha hacia el norte desde Varna–, si morimos luchando por él sin ninguna paga, iremos directamente al paraíso; si nos pagaran para luchar, no tendríamos ningún derecho al paraíso, porque ya habríamos recibido nuestra recompensa aquí en la tierra[266]».

Pero ni siquiera la promesa del paraíso podía garantizar la disciplina de la caballería de Yusuf. En cuanto se les ordenó la partida de Varna, los Bashi Bazouk empezaron a desertar, alegando que no lucharían por oficiales extranjeros (Yusuf hablaba un árabe tunecino que los sirios, turcos y kurdos bajo su mando no entendían). Un escuadrón de caballería de avanzada huyó en bloque en cuanto avistaron a los cosacos cerca de Tulcea y dejaron a los oficiales franceses solos para hacerles frente (todos ellos murieron). El 28 de julio, las tropas de Yusuf derrotaron a los cosacos y los obligaron a retirarse, pero después perdieron toda disciplina: saquearon las aldeas, mataron a cristianos y llevaron sus cabezas a Yusuf con la esperanza de recibir una recompensa (el ejército turco habitualmente pagaba por las cabezas de los infieles, también civiles, que eran derrotados en una guerra santa). Algunos hombres incluso mataron a mujeres y niños cristianos,

los descuartizaron y llevaron los pedazos para recibir una retribución[267].

El día siguiente, los primeros soldados de Yusuf sucumbieron a causa del cólera. Los pantanos y lagunas del delta del Danubio estaban infestados de enfermedades. La cantidad de víctimas fue alarmante. Deshidratados por la enfermedad y por días de marcha bajo un calor abrasador, los hombres caían y morían junto al camino. La fuerza de Yusuf se desintegró rápidamente, dado que sus soldados huían para escapar del cólera o se tendían bajo un árbol para morir. Yusuf ordenó la retirada a Varna y los restos de su fuerza, alrededor de 1500 hombres, llegaron a la ciudad el 7 de agosto.

También en Varna había estallado un brote de cólera. Y en todas partes se hubieran topado con la enfermedad, porque todo el sudeste de Europa estuvo azotado por el cólera durante el verano de 1854. El campamento francés fue el primero en infectarse, seguido poco después por el británico. Soplaba un viento caliente desde el interior, que cubría los campamentos de un polvo calcáreo blancuzco y una capa de moscas muertas. Los hombres empezaron a padecer náuseas y diarrea, y luego se tendían en sus carpas para morir. Ignorantes de las causas, las tropas seguían bebiendo agua en medio del calor agobiante, aunque algunos, como los zuavos, que habían visto la enfermedad en Argelia, sólo bebían vino o hervían el agua para preparar el café (que los franceses ingerían en enormes cantidades). Las epidemias de cólera se desataban regularmente en Londres y en otras ciudades británicas en las décadas de 1830 y 1840, pero sólo en la década de 1880 se entendió plenamente su relación con las condiciones sanitarias. Un médico londinense llamado John Snow había descubierto que si se hervía el agua antes de beberla podía prevenirse el cólera, pero sus descubrimientos fueron ignorados. En cambio, se adjudicó la enfermedad a las miasmas de los lagos que rodeaban Varna, al exceso de ingesta de líquidos o al consumo de

frutas demasiado maduras. Los militares ignoraban las reglas sanitarias más elementales: las letrinas desbordaban, los esqueletos de animales se pudrían al sol. Los enfermos eran trasladados a una barraca infestada de ratas en Varna, donde quedaban al cuidado de ordenanzas exhaustos, que en agosto recibieron el refuerzo de un pequeño grupo de monjas francesas. Los muertos eran envueltos en mantas y sepultados en tumbas comunes (que más tarde los turcos volvieron a excavar para robar las mantas). En la segunda semana de agosto, 500 soldados británicos habían sucumbido a la enfermedad y el índice de muertes entre los franceses ascendía vertiginosamente hasta alcanzar 60 víctimas diarias[268].

Entonces se produjo el incendio de Varna. Empezó la noche del 10 de agosto en el viejo barrio comercial de la ciudad y rápidamente se propagó al puerto vecino, donde los suministros del ejército aliado se acumulaban a la espera de ser cargados en los barcos. El fuego casi con seguridad había sido iniciado por incendiarios griegos y búlgaros que simpatizaban con la causa rusa (varios hombres que tenían fósforos en su poder fueron arrestados en la zona donde había empezado el fuego). La mitad de la ciudad estaba engullida por el fuego cuando las tropas francesas y británicas llegaron al lugar equipadas con bombas de agua. Las tiendas y los muelles repletos de cajas de ron y vino estallaron en medio de las llamas. Por las calles corrieron ríos de alcohol, que los improvisados bomberos sorbían directamente de las zanjas. Para el momento en que se logró contener el incendio, la base de suministros del ejército aliado había sufrido daños severos. «Varna albergaba todas las municiones, los suministros y provisiones necesarios para un ejército en campaña –escribió Herbé a sus padres el 16 de agosto–. Los cargadores de pólvora de los franceses, los ingleses y los turcos se encontraban en el centro del incendio. Gran parte de la ciudad desapareció y, con ella, las esperanzas de los soldados acampados en la llanura[269]».

* * *

Después del fuego, sólo quedaron en la ciudad suficientes provisiones para alimentar a los ejércitos aliados durante ocho días. Era evidente que los soldados debían salir del área de Varna si no querían perecer masivamente a causa del cólera y del hambre.

Como los rusos habían sido forzados a retirarse del Danubio, los ingleses y los franceses podrían haberse ido a casa y reivindicar una victoria sobre Rusia. Hubiera sido factible terminar la guerra en esta etapa. Los austríacos y los turcos podrían haber ocupado los principados como fuerza encargada de mantener la paz (a mediados de agosto ya habían definido sus respectivas zonas de ocupación y habían acordado compartir el control de Bucarest), mientras que las potencias occidentales podrían haber usado la amenaza de intervención para lograr que los rusos prometieran no volver a invadir los territorios turcos. Entonces, ¿por qué los aliados no decidieron pactar la paz una vez que los rusos se retiraron de los principados? ¿Por qué decidieron invadir Rusia si ya habían ganado la guerra contra los rusos? ¿Por qué hubo una guerra de Crimea?

Los comandantes aliados estaban frustrados por la retirada de los rusos. Después de haber llevado a sus ejércitos tan lejos, sentían que les «habían robado la victoria», tal como lo expresó Saint-Arnaud, y querían una victoria militar para justificar todos los esfuerzos que habían hecho. En los seis meses transcurridos desde su movilización, las tropas aliadas prácticamente no habían disparado sus armas contra el enemigo. Los turcos se burlaban de ellos y se los ponía en ridículo en sus respectivos países. «Allí están –escribió Karl Marx en un editorial del *The New York Times* el 17 de agosto– ochenta o noventa mil soldados ingleses y franceses en Varna, comandados por el viejo secretario militar del difunto Wellington y por un mariscal de Francia (cuyas mayores proezas, es cierto, se cumplieron en las tiendas de empeño de

Londres)… Allí están, los franceses sin hacer nada y los británicos ayudándolos tanto como pueden[270]».

En Londres, el gabinete británico también sentía que obligar a Rusia a retirarse de la zona del Danubio no bastaba para justificar los sacrificios que se habían hecho hasta entonces. Palmerston y su «partido bélico» no estaban dispuestos a negociar la paz cuando las fuerzas rusas seguían intactas. Querían infligir graves daños a Rusia, destruir su poderío militar en el mar Negro, no sólo para proteger a Turquía, sino para acabar con la amenaza que Rusia representaba para los intereses británicos en Oriente Próximo. Tal como lo había expresado en abril el duque de Newcastle, el agresivo secretario de Estado de Guerra, expulsar a los rusos de los principados «sin invalidar sus futuros medios de agresión contra Turquía no es un objetivo digno de los grandes esfuerzos realizados por Inglaterra y Francia»[271].

¿Pero cómo infligirles un daño grave? El gabinete había considerado diversas opciones. No creían que tuviera mayor sentido perseguir a los rusos hasta Besarabia, donde las tropas aliadas estarían expuestas al cólera, mientras que la propuesta francesa de entablar una guerra continental para la liberación de Polonia estaba condenada a ser obstaculizada por los austríacos, aun si (y se trataba de una posibilidad muy remota) los miembros conservadores del gabinete británico podían ser convencidos de las virtudes de una guerra revolucionaria. Tampoco estaban convencidos de que una campaña naval en el Báltico pudiera doblegar a Rusia. En la primavera, poco después del comienzo de la campaña, sir Charles Napier, el almirante a cargo de la flota aliada del Báltico, había llegado a la conclusión de que sería prácticamente imposible superar las casi inexpugnables defensas rusas de Kronstadt, la base naval fortificada que protegía San Petersburgo, o ni siquiera la fortaleza más vulnerable de Sveaborg, situada a la entrada del puerto de Helsingfors (Helsinki), sin nuevos cañoneros o barcos equipados para el fuego de mortero que fueran capaces

de navegar por los bajíos de arrecifes que circundaban esas fortalezas[272]. Durante un tiempo se habló de organizar un ataque contra Rusia en el Cáucaso. Una delegación de rebeldes circasianos visitó a los aliados en Varna y les prometió desencadenar una guerra musulmana contra Rusia en todo el Cáucaso si los aliados enviaban sus ejércitos y sus flotas. Omar Pachá apoyaba esta idea[273]. Pero se consideraba que ninguno de estos planes infligiría tanto daño a Rusia como lo harían la pérdida de Sebastopol y de su flota del mar Negro. Para cuando Rusia se había retirado de los principados, el gabinete británico había adoptado la opinión de que Crimea era el único camino obvio para asestar a Rusia un golpe decisivo.

El plan de Crimea había sido propuesto originalmente en 1853 cuando, como reacción a Sinope, Graham había ideado una estrategia naval para destruir Sebastopol con un único ataque por sorpresa. «Estoy seguro de mi plan –escribió el primer lord del Almirantazgo–, hay que extraerle los colmillos al oso, y mientras su flota y el arsenal naval no estén destruidos no habrá seguridad para Constantinopla ni tampoco habrá una paz segura en Europa[274]». El plan de Graham nunca fue formalmente presentado al gabinete, pero éste lo aceptó como base de su estrategia. Y el 29 de junio el duque de Newcastle transmitió a lord Raglan las instrucciones del gabinete, especificando los detalles de una invasión de Crimea. Su despacho era enfático: la expedición debía partir tan pronto como fuera posible y «solamente impedimentos insuperables» podrían demorar el asedio de Sebastopol y la destrucción de la flota rusa del mar Negro, aunque también podría resultar necesario lanzar algunos ataques secundarios contra los rusos en el Cáucaso. El lenguaje empleado en el documento dio la impresión a Raglan de que no existían desacuerdos en el gabinete y ninguna alternativa más que la invasión de Crimea[275].. Pero en realidad había opiniones encontradas con respecto a la factibilidad del plan de Crimea y su acepta-

ción implicaba concesiones mutuas entre aquellos miembros del gabinete, como Aberdeen, que deseaban una campaña más limitada para reinstaurar la soberanía turca, y otros miembros, como Palmerston, que consideraban la expedición a Crimea como una oportunidad de lanzar una guerra más amplia contra Rusia. En aquellos momentos la prensa británica presionaba intensamente al gabinete para que descerrajara a Rusia un golpe mortal y la destrucción de la flota rusa del mar Negro, anclada en Sebastopol, se había convertido en la victoria simbólica que anhelaba el público belicista. La idea de desistir de la invasión de Crimea tan sólo porque los rusos se habían retirado del Danubio y eso la hacía innecesaria era virtualmente impensable.

«El verdadero y principal objetivo de la guerra –admitió Palmerston en 1855– era frenar las ambiciones agresivas de Rusia. No fuimos solamente a la guerra para mantener al sultán y a los turcos en Turquía, sino más bien para mantener a los rusos fuera de ella». Palmerston imaginaba el ataque contra Crimea como la primera etapa de una cruzada prolongada contra el poder zarista en la región del mar Negro y en el Cáucaso, Polonia y el Báltico, tal como lo establecía el memorándum que dirigió al gabinete el 19 de marzo, en el que había detallado su ambicioso plan destinado a lograr el desmembramiento del Imperio ruso. A finales de agosto, ya había ganado en el gabinete un apoyo considerable para esta guerra ampliada. También había sellado un acuerdo extraoficial con Drouyn de Lhuys, el ministro de Exteriores francés, que establecía que los «pequeños resultados» no bastarían para compensar la inevitable pérdida de vidas humanas que implicaba una guerra y que sólo «grandes cambios territoriales» en la región del Danubio, en el Cáucaso, Polonia y el Báltico podrían justificar una campaña en Crimea[276].

Pero mientras Aberdeen fuera primer ministro era imposible que Palmerston lograra que esos planes fueran aceptados como la política seguida por los aliados. Los Cuatro Puntos acordados

por las potencias occidentales con los austríacos el 8 de agosto, después de varios meses de negociación, establecían objetivos más limitados. Las potencias aliadas y Rusia no podrían firmar la paz a menos que:

1. Rusia renunciara a todo derecho especial en Serbia y los principados del Danubio, cuya protección sería garantizada por las potencias europeas junto con la Puerta;
2. la navegación del Danubio fuera libre para todas las transacciones comerciales;
3. la Convención de los Estrechos de 1841 fuera revisada «a favor de los intereses del Equilibrio de Poder en Europa» (lo que terminaría con el dominio naval ruso del mar Negro);
4. Rusia depusiera su derecho de protectorado sobre los súbditos cristianos de Turquía, cuya seguridad sería garantizada por las cinco grandes potencias (Austria, Reino Unido, Francia, Prusia y Rusia) de acuerdo con el gobierno turco.

Los Cuatro Puntos eran de carácter conservador (ninguna otra cosa hubiera podido satisfacer a los austríacos), pero suficientemente vagos como para permitir que los británicos (que querían reducir el poder de Rusia pero no tenían idea de cómo traducir ese deseo a una política concreta) añadieran más condiciones a medida que avanzaba la guerra. De hecho, sin que los austríacos lo supieran, había un quinto punto secreto acordado por los franceses y los británicos, que les permitía plantear más exigencias según el resultado de la guerra. Para Palmerston, los Cuatro Puntos eran un medio de unir a Austria y Francia a una gran alianza europea para entablar una guerra de final abierto contra Rusia, una guerra que podía expandirse incluso después de que se hubiera producido la conquista de Crimea[277].

Palmerston fue tan lejos como para elaborar un amplio plan a largo plazo con respecto a Crimea. Propuso entregar esa zona a los turcos y vincularla con nuevos territorios capturados de manos rusas alrededor del mar de Azov, Circasia, Georgia y el delta del Danubio. Pero muy pocos estaban preparados para pensar en términos tan ambiciosos. Napoleón sobre todo quería capturar Sebastopol como símbolo de la «gloriosa victoria» que anhelaba como medio de castigar a los rusos por la agresión de los principados. Y casi todo el gabinete británico opinaba lo mismo. Se suponía en general que la caída de Sebastopol pondría a Rusia de rodillas, lo que permitiría a las potencias occidentales clamar victoria e imponer sus condiciones a los rusos. Pero eso no tenía mucho sentido. Comparado con Kronstadt y otras fortalezas bálticas que protegían la capital rusa, Sebastopol era un puesto de avanzada relativamente distante dentro del imperio del zar y no había ninguna razón lógica para suponer que su captura obligaría al emperador a rendirse. La consecuencia de esta suposición incuestionada fue que durante 1855, cuando la caída de Sebastopol no se produjo de inmediato, los aliados siguieron sitiando y atacando la ciudad en lo que fue, en esa época, el asedio militar más prolongado y costoso hasta el momento, en vez de desarrollar otras estrategias para debilitar los ejércitos de infantería rusos, que eran, más que la flota del mar Negro, la verdadera clave del poder ruso sobre Turquía[278].

La campaña de Crimea no sólo fue mal concebida, sino también mal planeada y mal preparada. La decisión de invadir Crimea se tomó sin verdaderos conocimientos estratégicos. Los comandantes aliados carecían de mapas de la región. La información de la que disponían había sido extraída de desactualizados diarios de viaje, tales como el escrito por lord de Ros sobre sus viajes por Crimea y el *Journal of the Crimea* del general Alexander Macinstosh, que se remontaban a 1835 y que los instaron a creer que los inviernos de Crimea eran extremadamente benignos,

aun cuando había libros más recientes que subrayaban el frío, tales como *The Russian Shores of the Black Sea in the Autumn of 1852*, de Laurence Oliphant, que fue publicado en 1853. La consecuencia fue que no se prepararon ropas de invierno ni albergues adecuados, en parte por la idea optimista de que sería una campaña breve y que se obtendría la victoria antes de que cayeran las primeras heladas. No tenían idea de cuántos soldados rusos había en Crimea (las estimaciones oscilaban entre los 45 000 y los 80 000 hombres), ni del lugar de la península donde se encontraban destacados. Las flotas aliadas sólo podían transportar hasta Crimea a 60 000 de los 90 000 soldados estacionados en Varna –según los cálculos más optimistas, menos de la mitad de la proporción de tres a uno que los manuales recomendaban para un asedio–, y eso dejando atrás los vagones-ambulancia, los animales de tiro y otros pertrechos esenciales. Los aliados sospechaban que las tropas rusas en retirada del frente del Danubio serían trasladadas a Crimea y que la mejor alternativa para ellos era capturar Sebastopol por medio de un ataque relámpago, lo que les permitiría destruir las instalaciones militares y su flota del mar Negro antes de que llegaran las tropas rusas. La idea era que un ataque menos exitoso contra Sebastopol probablemente requeriría la ocupación de Perekop, el istmo que separaba a Crimea del continente, para poder bloquear los refuerzos y el aprovisionamiento ruso. En su despacho del 29 de junio, Newcastle había ordenado a Raglan cumplir sus tareas «sin demora». Pero Raglan se negó a obedecer la orden, alegando que sus tropas sufrirían el calor de la llanura de Crimea[279].

A medida que se aproximaba el lanzamiento de la invasión, los líderes militares vacilaban. Los franceses, en particular, tenían sus dudas. Las instrucciones enviadas por Newcastle a Raglan fueron mandadas también por el mariscal Vaillant, el ministro de la Guerra francés, a Saint-Arnaud, pero el comandante de las fuerzas francesas se mostró escéptico ante el plan propuesto. Sus

reservas eran compartidas por la mayoría de sus oficiales, que creían que el ataque beneficiaría al Reino Unido, como potencia naval, más que a Francia. Pero esas dudas fueron barridas por la presión aplicada por los políticos desde Londres y París, que ansiaban una ofensiva que diera satisfacción a la opinión pública y que estaban cada vez más preocupados por alejar a las tropas de la zona de Varna, infestada por el cólera. A finales de agosto, Saint-Arnaud había llegado a la conclusión de que se perderían menos hombres en un ataque contra Sebastopol que los que ya habían muerto a causa del cólera[280].

La orden de embarque causó alivio a casi todos los soldados, que «preferían luchar como hombres antes que perecer de hambre y por las enfermedades», según Herbé. «Los hombres y los oficiales están cada día más disgustados con su suerte», escribió Robert Portal, un oficial de caballería británico, a fines de agosto.

> No hacen nada más que sepultar a sus camaradas. Dicen en voz alta que no los trajeron para luchar, sino para debilitarse y morir en este país, azotados por el cólera y la fiebre […]. Nos enteramos de que hay un motín en el campamento francés, donde los soldados juran que irán a cualquier parte y harán cualquier cosa, salvo quedarse a morir aquí.

Los rumores de un motín en el campamento francés fueron confirmados por el coronel Rose, asignado al Estado Mayor francés, quien el 6 de septiembre informó a Londres de que el mando francés «no tenía mucha fe en la estabilidad y la capacidad de resistencia de los soldados franceses»[281].

Era hora de mandarlos a la guerra antes de que sucumbieran a las enfermedades o se sublevaran contra sus oficiales. El 24 de agosto empezó el embarque. La infantería fue trasladada a los barcos, seguida por la caballería y sus caballos, carros de municiones, vagones con provisiones, animales de tiro y finalmente los cañones pesados. Muchos de los hombres que marcharon hacia los muelles estaban demasiado débiles y enfermos como para

cargar su propia mochila o sus armas, que sus compañeros más fuertes les llevaban. Los franceses no tenían suficientes barcos de transporte para trasladar a sus 30 000 hombres, así que los apiñaron en sus buques de guerra, lo cual los inutilizaba en el caso de que fueran atacados por la flota rusa del mar Negro. Así, la defensa del convoy recayó exclusivamente en la Royal Navy, cuyos buques de guerra flanqueaban a los 29 vapores y los 56 barcos que transportaban a las tropas británicas. En los muelles se produjeron escenas perturbadoras cuando se anunció que no todas las esposas de soldados que habían viajado desde el Reino Unido podrían ser transportadas a Crimea[282]. Las mujeres embargadas por la pena que serían separadas de sus esposos lucharon por subir a bordo. Algunas fueron subidas a escondidas. En el último momento, los comandantes se compadecieron de las esposas, dado que les habían informado que en Varna no se habían hecho previsiones de alojamiento para ellas, y permitieron que muchas abordaran.

El 2 de septiembre el embarque había concluido, pero el mal tiempo retrasó la partida hasta el 7 de septiembre. La flotilla de 400 barcos –vapores, buques de guerra, transportes de tropas, barcos a vela, remolcadores del ejército y otras embarcaciones más pequeñas– estaba dirigida por el contralmirante sir Edmund Lyons, en el *HMS Agamemnon*, el primer vapor con propulsión de hélice de la Royal Navy, con capacidad de navegar a 11 nudos y armado con 91 cañones. «Los hombres recuerdan la hermosa mañana del 7 de septiembre», escribió Kinglake.

> La luz de la luna aún flotaba sobre las aguas cuando los hombres, mirando hacia el este desde cubiertas innumerables, pudieron saludar el alba. Desde tierra soplaba una hermosa brisa estival. A las cinco menos cuarto, un cañón del *Britannia* dio la señal de levar anclas. El aire se oscureció con el animado humo de los motores y resultaba difícil ver cómo y de dónde surgiría la esperada orden de zarpar, pero casi de inmediato el *Agamemnon* empezó a moverse, con señales en todos sus mástiles, pues Lyons estaba a bordo, a cargo de gobernar y ordenar el convoy. Los vapores de guerra franceses zarparon con sus transportes a

remolque y sus grandes embarcaciones formaron línea. Los franceses salieron de puerto más rápidamente que los ingleses y en mejor orden. Muchos de sus transportes eran embarcaciones muy pequeñas, por lo cual necesariamente constituían un verdadero enjambre. Nuestros transportes salieron en cinco columnas de tan sólo treinta barcos cada una. Después –custodiando a todo el resto– la flota de guerra inglesa, formada en una única columna, abandonó lentamente la bahía[283].

Capítulo 7

Alma

Pronto las flotas aliadas avanzaron desplegadas a través del mar Negro, un bosque móvil de mástiles de barcos entremezclados con enormes nubes de humo negro y vapor. Era una visión fantástica, «como una enorme ciudad industrial sobre las aguas», señaló Jean Cabrol, el médico del comandante francés, el mariscal Saint-Arnaud, quien ahora se encontraba mortalmente enfermo a bordo del *Ville de France*. Cada soldado francés llevaba raciones para ocho días en su morral –arroz, azúcar, café, manteca de cerdo y galletas– y al abordar los transportes se entregaba a cada uno una gran manta en la que podía envolverse para dormir en cubierta. Los británicos tenían mucho menos. «Lo peor de todo –escribió John Rose, soldado raso del 50.° Regimiento, a sus padres desde Varna– es que no podemos conseguir un vaso de grog por dinero. Estamos viviendo con una libra y media de pan negro y una libra de carne por día, pero eso no es para hombres[284]».

En los barcos, los soldados no tenían una idea clara de hacia dónde se dirigían. En Varna nadie les había comunicado los planes de guerra y entre los hombres había circulado toda clase de rumores. Algunos creían que iban a Circasia, otros a Odesa o a Crimea, pero ninguno sabía con certeza qué esperar. Sin mapas y careciendo de todo contacto directo con la costa sur de Rusia, que miraban desde la cubierta como si estuvieran viendo las cos-

tas de África, la empresa cobró el carácter de una aventura semejante a los viajes de descubrimiento. La ignorancia daba rienda suelta a la imaginación de los hombres, algunos de los cuales creían que tendrían que vérselas con osos y leones cuando desembarcaran en «la jungla» de Rusia. Pocos tenían idea de por qué luchaban, salvo para «derrotar a los rusos» y «cumplir con la voluntad de Dios», para citar tan sólo lo que dos soldados franceses habían escrito en las cartas a sus familias. Si las ideas del soldado raso Rose pueden tomarse en cuenta como ejemplo, muchos soldados ni siquiera sabían quiénes eran sus aliados. «Estamos a 48 horas de navegación de Seebastepol», escribió a sus padres, con su acento del oeste de Inglaterra, que alteraba su ortografía:

> […] y el sitio adonde vamos a desembarcar está a 6 miyas de Seebastepol y nos enfrentaremos por primera ves con los turcos y los russos. Hay 30 000 turcos y 40 000 austriacos además de los franceses y los ingleses y falta poco para que empesemos y todos pensamos que el enamigo bajará las harmas cuando vea las potesias a las que se enfrenta y espero que dios quiera sacarme del problema y me permita volver a mi hogar materno y ayí os contaré todo de la guerra[285].

Cuando la expedición partió hacia Crimea sus líderes no sabían con certeza dónde desembarcar. El 8 de septiembre Raglan, a bordo del vapor *Caradoc*, conferenció con Saint-Arnaud, quien se encontraba en el *Ville de France* (con un solo brazo, Raglan no podía subir a bordo del navío francés, y Saint-Arnaud, que padecía un cáncer de estómago, estaba demasiado enfermo para levantarse de su lecho, así que las conversaciones tuvieron que ser conducidas por intermediarios). Saint-Arnaud finalmente accedió a la elección que Raglan había hecho del punto de desembarco, en la bahía de Kalamita, una larga playa de arena situada a 45 kilómetros al norte de Sebastopol, y el 10 de septiembre el *Caradoc* se dirigió con un grupo de oficiales de alto rango a bordo, incluyendo al segundo de Saint-Arnaud, el general François Canrobert, a hacer un reconocimiento de la costa oeste de Crimea.

El plan de los aliados había sido capturar Sebastopol en un ataque por sorpresa, pero esa posibilidad había quedado descartada con la decisión de desembarcar en un sitio tan distante como la bahía de Kalamita.

Para proteger a las tropas de desembarco de un posible ataque ruso desde uno de los flancos, los comandantes aliados decidieron ocupar primero la ciudad de Eupatoria, el único fondeadero seguro en esa parte de la línea costera y una útil fuente de recursos de agua potable y alimentos. Desde el mar, el rasgo más notable de la ciudad era el gran número de molinos de viento. Eupatoria era un próspero centro comercial y de molienda de cereales para las granjas de la estepa de Crimea. Su población de 9000 personas estaba formada mayoritariamente por tártaros de Crimea, rusos, griegos, armenios y judíos caraítas, quienes habían construido una hermosa sinagoga en el centro de la ciudad[286].

La ocupación de Eupatoria –el primer lugar de desembarco de los aliados en suelo ruso– fue cómicamente sencillo. El mediodía del 13 de septiembre las flotas aliadas se acercaron al puerto. La gente de la ciudad se reunió en los muelles o miraba desde las ventanas y los techos mientras la pequeña figura, de pelo blanco, de Nikolái Ivanovich Kaznachéiev, el comandante, gobernador, jefe de aduana y supervisor de cuarentenas de Eupatoria, se encaminaba al extremo del muelle principal, vestido con uniforme de gala y acompañado por un grupo de oficiales rusos, para recibir a los «parlamentarios» franceses y británicos, los intermediarios, que desembarcaron con su intérprete para negociar la rendición de la ciudad. No había fuerzas rusas en Eupatoria, salvo algunos soldados convalecientes, de manera que Kaznachéiev no tenía nada que oponer a las flotas armadas de las potencias occidentales, excepto las leyes cuyo cumplimiento dependía de su cargo, y en ellas se basó, con calma pero infructuosamente, al insistir en que las fuerzas de ocupación debían desembarcar sus

tropas en el lazareto, para que pasaran allí su cuarentena. Al día siguiente, la ciudad fue ocupada por una pequeña fuerza de tropas aliadas. Ofrecieron a la población garantías de seguridad personal, pagaron por todo lo que se llevaron y dieron a los habitantes un día para abandonar la ciudad, en caso de que prefirieran hacerlo. Mucha gente de la región ya se había marchado, especialmente los rusos, que eran los principales administradores y terratenientes de la zona, quienes desde el momento en que habían avistado por primera vez los barcos occidentales habían empacado sus pertenencias y las habían cargado en carros para huir a Perekop, con la esperanza de regresar al continente antes de que Crimea quedara aislada y ocupada por los enemigos. Los rusos temían tanto a los tártaros –que constituían el 80 por ciento de la población de Crimea– como a los invasores. Cuando las flotas aliadas fueron avistadas desde la costa de la península, grandes grupos de aldeas tártaras se habían rebelado contra sus gobernantes rusos y habían formado bandas armadas para ayudar a los invasores. En camino hacia Perekop, estas bandas turcas robaron a muchos rusos y los mataron, con el argumento de que estaban confiscando bienes para el «gobierno turco» recientemente instalado en Eupatoria[287].

A lo largo de la costa, la población rusa huyó, invadida por el pánico, y fue seguida por los griegos. Los caminos estaban atestados de refugiados, carros y ganado que iban hacia el norte, en sentido contrario de las tropas rusas que se desplazaban hacia el sur desde Perekop. Simferópol se inundó de refugiados procedentes de las áreas costeras, que contaban historias fantásticas acerca del tamaño de las flotas occidentales. «Muchos residentes perdieron la cabeza y no sabían qué hacer –recordó Nikolái Mijno, que vivía en Simferópol, la capital administrativa de la península–. Otros empezaron a empacar sus pertenencias con la mayor rapidez posible para irse de Crimea [...]. Comenzaron a hablar en términos aterrados de que los aliados continuarían su

invasión marchando directamente sobre Simferópol, una ciudad que carecía de defensas[288]».

Este sentimiento de indefensión alentó la huida y el pánico. Menshikov, el comandante de las fuerzas rusas en Crimea, había sido tomado por sorpresa. No había creído que los aliados pudieran atacar tan cerca de la llegada del invierno y no había movilizado fuerzas suficientes para defender la península de Crimea. Había 38 000 soldados y 18 000 marineros a lo largo de la costa sudoeste y 12 000 hombres alrededor de Kerch y Teodosia, una cantidad muy inferior al número de atacantes imaginado por la aterrorizada población de Crimea. Simferópol sólo disponía de un único batallón[289].

El 14 de septiembre, el mismo día en que los franceses habían entrado en Moscú en 1812, las flotas aliadas anclaron en la bahía de Kalamita, al sur de Eupatoria. Desde los altos de Alma, más al sur, donde Menshikov había ubicado a casi todas sus fuerzas para defender la ruta a Sebastopol, Robert Chodasiewicz, el capitán de un regimiento cosaco, describió la impresionante vista:

> Cuando llegamos a nuestra posición, en los altos, vimos que ante nosotros se extendía una de las más bellas vistas que había tenido la suerte de contemplar. Toda la flota aliada se extendía junto a los lagos salados situados al sur de Eupatoria y de noche el bosque de mástiles se iluminaba con faroles de diversos colores. Tanto los soldados como los oficiales quedaron atónitos ante la visión de un número tan enorme de barcos allí reunidos, especialmente porque muchos de ellos nunca antes habían visto el mar. Los soldados decían: «¡Mirad, los infieles han construido otra Moscú sobre el agua!», comparando los mástiles de los navíos con las agujas de las iglesias de esa ciudad[290].

Los franceses fueron los primeros en desembarcar. Sus grupos de avanzada llegaron a tierra y montaron tiendas de colores a distancias predeterminadas sobre la playa, con el propósito de identificar los diferentes puntos de desembarco de las divisiones de infantería de Canrobert, el general Pierre Bosquet y el príncipe Napoleón, sobrino del emperador. Al anochecer, todos ya ha-

bían desembarcado, con su artillería. Los hombres izaron la bandera francesa y se dispersaron para ir a buscar leña y alimentos. Algunos regresaron con patos y pollos, sus cantimploras llenas del vino que habían descubierto en las granjas vecinas. Paul de Molènes y su caballería de espahíes no tuvieron carne ni pan en su primera comida en Rusia, «pero sí teníamos algunas galletas y una botella de champán que habíamos guardado para celebrar nuestra victoria»[291].

El desembarco británico fue caótico comparado con el de los franceses, un contraste que se haría demasiado familiar durante la guerra de Crimea. No se habían hecho planes para un desembarco pacífico, sin oposición (se suponía que deberían combatir para abrirse paso cuando llegaran a la playa), así que primero desembarcó la infantería, cuando el mar estaba en calma, pero cuando los británicos quisieron transportar su caballería hasta la costa, se levantó viento y los caballos se debatieron en el oleaje agitado. Saint Arnaud, cómodamente instalado con su periódico en la playa, observó la escena con frustración creciente, ya que sus planes de lanzar un ataque sorpresa contra Sebastopol se veían arruinados por la demora. «Los ingleses tienen el desagradable hábito de llegar siempre tarde», escribió al emperador[292].

A las tropas y la caballería británica les llevó cinco días desembarcar. Muchos hombres estaban enfermos de cólera y tuvieron que ser cargados desde los botes. No había medios de trasladar equipos y pertrechos por tierra, así que tuvieron que enviar pelotones a buscar carros y vagones en las granjas locales de los tártaros. No había alimentos ni agua para los hombres, salvo las raciones para tres días que les habían dado en Varna, y no se descargaron tiendas ni raciones de los barcos, de manera que los soldados pasaron sus primeras noches al aire libre, sin ninguna protección contra la densa lluvia y el calor abrasador de los días siguientes. «No trajimos nada a la costa, salvo nuestras mantas y nuestros abrigos pesados –escribió a su familia George Lawson,

un cirujano del ejército–. Sufrimos terriblemente la falta de agua. El primer día hizo mucho calor; no teníamos nada para beber salvo el agua que sacamos de los charcos dejados por la lluvia de la noche anterior, y ahora el agua es tan densa que, si se la pone en un vaso, es imposible ver el fondo[293]».

Finalmente, el 19 de septiembre los británicos estuvieron preparados y al alba se inició la marcha hacia Sebastopol. Los franceses marchaban a la derecha, más cerca del mar, y sus uniformes azules contrastaban con las guerreras rojas de los británicos, mientras la flota se desplazaba hacia el sur siguiendo el avance de las tropas que marchaban por tierra. La columna en marcha, de seis kilómetros y medio de ancho y casi cinco kilómetros de largo, era «puro trajín y actividad», escribió Frederick Oliver, director de la banda del 20.º Regimiento, en su diario. Aparte de las compactas filas de soldados, había un tren enorme de «caballería, cañones, municiones, caballos, cabestros, caballos de carga, mulas, dromedarios, bueyes y un gran rebaño de ovejas, cabras y corderos, todos los cuales habían sido requisados de los campos circundantes por las partidas de forrajeo». Al mediodía, cuando el sol caía con toda su fuerza, la columna empezó a romperse, porque los soldados sedientos se quedaban atrás o abandonaban las filas para ir a buscar agua a los asentamientos tártaros más cercanos. Cuando llegaron al río Bulganak, situado a 12 kilómetros de la bahía de Kalamita, a media tarde, la disciplina desapareció por completo cuando los soldados británicos se lanzaron en la «lodosa corriente»[294].

Delante de ellos, en las laderas que se alzaban al sur del río, los británicos vieron a los rusos por primera vez: 2000 cosacos de caballería que abrieron fuego sobre un grupo de reconocimiento del 13.º Regimiento de Dragones Ligeros. El resto de la Brigada Ligera, el orgullo de la caballería británica, se preparó para cargar contra los cosacos, que los superaban duplicándolos en número, pero Raglan vio que detrás de los jinetes rusos había una consi-

derable fuerza de infantería que los comandantes de la caballería, lord Lucan y lord Cardigan, no podían llegar a ver porque se encontraban al pie de la pendiente. Raglan ordenó la retirada y la Brigada Ligera retrocedió, mientras los cosacos se mofaban, disparaban contra ellos y herían a varios jinetes británicos[295], antes de retirarse al río Alma, más al sur, donde los rusos habían preparado sus defensas en las partes altas. El incidente fue una humillación para la Brigada Ligera, que había sido obligada a retirarse de un combate contra los andrajosos cosacos ante la vista de la infantería británica, formada por hombres de familias pobres y campesinas, que se regodearon maliciosamente por la afrenta sufrida por los jinetes de la caballería, elegantemente ataviados y cómodamente montados. «Bien que se lo merecen, esos tontos bastardos engreídos», escribió un soldado raso en una carta a su familia[296].

Los británicos vivaquearon en las laderas meridionales del Bulganak, desde donde alcanzaban a ver a las tropas rusas acampadas en los altos del Alma, a 5 kilómetros de distancia. A la mañana siguiente cruzarían el valle y se enfrentarían a los rusos, cuyas defensas se encontraban en la otra orilla del río.

Menshikov había decidido destinar la mayoría de sus fuerzas de tierra a la defensa de los altos del Alma, la última barrera natural en la ruta de los enemigos hacia Sebastopol, que sus tropas habían ocupado desde el 15 de septiembre, pero su miedo de que se llevara a cabo un segundo desembarco aliado en Kerch o en Teodosia (miedo que el zar compartía) lo instó a conservar una gran reserva de hombres. Así, en los altos del Alma había 35 000 soldados rusos –un número inferior a los 60 000 hombres de los aliados occidentales, pero con la ventaja crucial que les proporcionaba la altura de las colinas– y más de 100 cañones. Los cañones más pesados se desplegaron en una serie de reductos que dominaban el camino a Sebastopol, que cruzaba el río a 4 kilómetros tierra adentro, pero no se instaló ningún cañón en los acan-

tilados que daban al mar, porque Menshikov suponía que eran demasiado escarpados como para que el enemigo pudiera escalarlos. Los rusos se sentían como en su casa, tras haber saqueado la aldea vecina de Burliuk luego de expulsar a los pobladores tártaros y llevarse a los altos camas, puertas, tablones de madera y ramas de árboles. Allí construyeron cabañas improvisadas para ellos y se atiborraron de uvas sustraídas de las granjas abandonadas. Llenaron las casas de la aldea con heno y paja para poder incendiarlas cuando el enemigo avanzara. Los comandantes rusos confiaban en poder defender su posición por lo menos durante una semana –Menshikov había escrito al zar prometiéndole que resistirían seis veces ese lapso–, con lo que ganarían un tiempo precioso para que se reforzaran las defensas de Sebastopol y para demorar la campaña hasta el invierno, que era la mejor arma rusa contra el ejército invasor. Muchos oficiales estaban seguros de la victoria. Bromeaban diciendo que los británicos sólo servían para luchar contra los «salvajes» de sus colonias, brindaban por el recuerdo de 1812 y hablaban de empujar a los franceses de regreso al mar. Menshikov estaba tan confiado que invitó a grupos de damas de Sebastopol a observar en su compañía la batalla desde la cima de los altos del Alma[297].

Los soldados rusos no se sentían tan confiados. Ferdinand Pflug, un médico alemán del ejército zarista, pensaba que «cada uno de ellos parecía convencido de que la batalla del día siguiente acabaría en una derrota»[298]. Muy pocos o ninguno de esos hombres habían entablado un combate con el ejército de una potencia europea importante. El espectáculo de la poderosa flota aliada anclada junto a la costa y preparada para apoyar a las fuerzas de infantería del enemigo con sus cañones pesados les revelaba con claridad que iban a enfrentarse con un ejército más fuerte que el suyo. Aunque casi todos los comandantes veteranos podían remontarse a los recuerdos de las batallas de las guerras contra Napoleón, los hombres más jóvenes, que serían los que

verdaderamente entrarían en combate, no tenían ninguna experiencia similar sobre la que apoyarse.

Como todos los soldados en la víspera de una gran batalla, trataban de ocultar su miedo ante sus camaradas. Cuando la canícula del día dejó paso a una noche fría, los hombres de ambos ejércitos se prepararon para la mañana siguiente: para muchos de ellos éstas serían las últimas horas de su vida. Encendieron los fuegos, cocinaron su cena y esperaron. Casi todos los soldados comieron poco. Algunos se dedicaron al ritual de limpiar sus mosquetes. Otros escribieron cartas a sus familias. Muchos rezaron. El día siguiente era una fiesta religiosa en el calendario ortodoxo, la fecha en la que los rusos celebraban el nacimiento de la Santísima Virgen, y se oficiaban servicios religiosos para orar rogándole protección. Algunos grupos de soldados permanecieron reunidos alrededor del fuego hasta tarde y los mayores relataban anécdotas de batallas anteriores a los más jóvenes. Bebieron, fumaron y bromearon entre sí, tratando de aparentar tranquilidad. De cuando en cuando el sonido de los hombres que cantaban se propagaba por la planicie. Desde el camino a Sebastopol, donde Menshikov había plantado su tienda, se hacía oír la banda y el coro del regimiento Tarutinski. Sus voces profundas de bajo entonaban los versos de una canción compuesta por el general Gorchakov:

Sólo es digno de la vida
el que está siempre dispuesto a morir;
el guerrero ortodoxo ruso
no piensa dos veces antes de atacar.
Los franceses, los ingleses… ¿cómo nos van a asustar?
¿Y las estúpidas filas de los turcos?
¡Que vengan todos los infieles!
¡Los desafiamos a luchar!
¡Los desafiamos a luchar!

Gradualmente, mientras el cielo oscuro se colmaba de estrellas, los fuegos se extinguieron y el rumor de las conversaciones

se hizo más imperceptible. Los hombres se acostaron e intentaron dormir, aunque muy pocos lo consiguieron, y un silencio sobrecogedor se instaló sobre el valle, interrumpido solamente por el ladrido de los perros hambrientos que merodeaban por la aldea desierta[299].

A las tres de la madrugada, Chodasiewicz no podía dormir. Aún estaba oscuro. En el campamento ruso los soldados «estaban reunidos alrededor de los enormes fuegos que habían alimentado con el producto de su saqueo de la aldea de Burliuk».

> Al cabo de un rato ascendí la ladera de la colina (porque nuestro batallón había acampado en el fondo de un barranco) para echar un vistazo al vivac de los ejércitos aliados. Sin embargo, no se veía casi nada, salvo los fuegos, y de vez en cuando alguna sombra oscura, cuando algún hombre pasaba ante las llamas. Todo estaba en calma y nada daba la impresión de que el combate era inminente. Estos dos ejércitos yacían, por así decirlo, uno al lado del otro. Era imposible decir cuántos de ellos o cuáles estarían condenados al juicio final. Involuntariamente me hice la pregunta: ¿sería yo uno de ellos[300]?

A las cuatro de la madrugada el campamento francés empezó a mostrar signos de actividad. Los hombres se prepararon el café y bromearon sobre la paliza que iban a propinar a los rusos, y entonces les llegó la orden de cargar sus morrales y formar fila para escuchar las órdenes de sus oficiales. «¡Rayos y truenos! –exclamó el capitán del 22.º Regimiento dirigiéndose a sus hombres–. ¿Somos franceses o no? El 22.º ganará hoy honor en la lucha o sois todos unos sinvergüenzas. Si alguno se queda atrás, lo destriparé con mi sable. ¡Giro a la derecha!». En el campamento ruso los hombres también se habían levantado con el primer albor y escuchaban las arengas de sus comandantes: «Ahora, muchachos, ha llegado por fin el mejor momento, aunque hemos tenido que esperarlo bastante; no deshonraremos a nuestra tierra rusa, haremos retroceder al enemigo para complacer a nuestro buen padre, Batiushka el zar; después podremos volver a casa con los laureles que nos habremos ganado con justicia». A las sie-

te de la mañana, el campamento ruso resonó con los ruegos a la Madre de Dios, a la que suplicaban su ayuda frente al enemigo, Los sacerdotes llevaron los iconos entre las filas de soldados, que se inclinaban hasta el suelo y se persignaban en medio de sus rezos[301].



A media mañana los ejércitos aliados se agrupaban en la llanura, los británicos a la izquierda de la ruta de Sebastopol, los franceses y los turcos a la derecha del camino, cubriendo todo el terreno hasta los acantilados de la costa. Era un día claro y soleado y el aire estaba en calma. Desde la colina del Telégrafo, adonde habían llegado en carruajes las elegantes espectadoras invitadas por Menshikov para contemplar la escena, se distinguían perfectamente los uniformes franceses y británicos, y se escuchaba claramente el sonido de sus tambores, clarines y gaitas, e incluso se oía el tintineo de los metales y el relincho de los caballos[302].

Los rusos abrieron fuego cuando los aliados estuvieron a 1800 metros de distancia, un sitio marcado con postes para que los artilleros advirtieran que las tropas enemigas ya estaban al alcance de sus proyectiles, pero los británicos y los franceses siguieron avanzando hacia el río. Según el plan que los aliados habían acordado el día anterior, los dos ejércitos debían avanzar simultáneamente, constituyendo un frente muy ancho para atacar el flanco enemigo por la izquierda, el lado contrario al de la costa. Pero en el último momento Raglan decidió retrasar el avance británico hasta que los franceses hubieran atacado desde la derecha; ordenó a sus tropas que se echaran cuerpo a tierra, dentro del alcance de los cañones rusos, en una posición desde la que pudieran abalanzarse sobre el río cuando llegara el momento oportuno. Allí yacieron los hombres durante una hora y media, desde las 13.15 hasta las 14.45, perdiendo hombres cuando los

artilleros rusos acomodaron sus cañones a esa distancia. Fue un asombroso ejemplo de indecisión por parte de Raglan[303].

Mientras los ingleses permanecían echados cuerpo a tierra, la división de Bosquet llegó al bosque próximo al mar, donde los acantilados se elevan tan abruptamente hacia las alturas, casi 50 metros por encima del río, que a Menshikov le había parecido innecesario defender esa posición con piezas de artillería. A la cabeza de la división de Bosquet marchaba un regimiento de zuavos, casi todos ellos norteafricanos, que tenían experiencia en el combate de montaña gracias a su campaña en Argelia. Dejando sus mochilas a orillas del río, cruzaron la corriente a nado y rápidamente escalaron la pared de los acantilados, cubiertos por el denso follaje de los árboles. Los rusos quedaron atónitos por la agilidad de los zuavos, comparándolos con monos por la manera en que usaban los árboles para escalar la pared de los acantilados. Una vez que llegaron a la meseta, los zuavos se ocultaron detrás de las rocas y los arbustos para eliminar, uno por uno, a los defensores del Regimiento de Moscú antes de que pudieran recibir refuerzos. «Los zuavos estaban tan bien escondidos –recordó Noir, quien estuvo entre los primeros que llegaron a la cima–, que un oficial bien entrenado que llegara a la escena difícilmente hubiera podido distinguirlos con sus propios ojos». Inspirados por los zuavos, más soldados franceses escalaron los acantilados. Izaron doce cañones por un barranco –los hombres golpeaban a los caballos con sus espadas si se negaban a escalar el sendero rocoso– y llegaron justo a tiempo para hacer frente a los soldados y la artillería de refuerzo que Menshikov había trasladado desde el centro, en un intento desesperado de evitar la ruptura de su flanco izquierdo[304].

La situación rusa era muy mala. Cuando llegó su artillería, toda la división de Bosquet y muchos soldados turcos ya habían escalado la pendiente y habían llegado a la planicie. Los rusos tenían más cañones –28 contra los 12 de los franceses–, pero los

cañones franceses eran de mayor calibre y más largo alcance y los fusileros de Bosquet mantenían a los artilleros rusos a una distancia a la que sólo los cañones franceses, más pesados, podían resultar efectivos. Advirtiendo su ventaja, algunos de los zuavos, exaltados por el combate, bailaron una polca en el campo de combate para burlarse del enemigo, sabiendo que los cañones rusos no podrían alcanzarlos. Mientras tanto, los cañones de la flota aliada castigaban las posiciones rusas situadas en lo alto del acantilado, socavando la moral de los soldados y oficiales. Cuando llegó la primera batería de artillería rusa, encontró los restos del Regimiento de Moscú que ya emprendía la retirada, hostigado por el denso tiroteo de los zuavos, cuyos rifles Minié tenían mayor alcance y precisión que los anticuados mosquetes del ejército zarista. El oficial al mando del flanco izquierdo, el teniente general V. I. Kiriakov, era uno de los más incompetentes de todo el ejército zarista y rara vez estaba sobrio. Con una botella de champán en la mano, Kiriakov ordenó al Regimiento de Minsk que abriera fuego contra los franceses, pero confundió la dirección y dirigió el fuego contra los Húsares de Kiev, que cayeron y retrocedieron ante la lluvia de plomo. Sin ninguna confianza en su comandante borracho, y alterados por la precisión letal de los rifles franceses, el Regimiento de Minsk también emprendió la retirada[305].

Mientras tanto, en el centro del campo de batalla, las otras dos divisiones francesas, encabezadas por Canrobert y el príncipe Napoleón, no podían cruzar el río Alma debido al cerrado fuego ruso procedente de la colina del Telégrafo, directamente frente a ellos. El príncipe Napoleón envió un mensajero al general De Lacy Evans, que estaba a su izquierda, pidiéndole que los ingleses avanzaran para quitarles un poco de presión a los franceses. Raglan todavía seguía esperando que el ataque francés tuviera éxito antes de comprometer las tropas británicas en el combate y al principio comunicó a Evans que no debía aceptar órdenes

de los franceses, pero, ante la presión del propio Evans finalmente accedió. A las 14.45, ordenó a la infantería de las Divisiones Ligera, 1.ª y 2.ª que avanzaran, aunque no explicitó qué más debían hacer. La orden era típica de la forma de pensar de Raglan, que seguía arraigada en la época pasada de las luchas napoleónicas, cuando la infantería se usaba para lanzar primitivos ataques directos contra posiciones predeterminadas.

En cuanto los hombres se incorporaron del suelo, los combatientes cosacos, que se habían mantenido ocultos en los viñedos, prendieron fuego a la aldea de Burliuk para obstaculizar el avance, aunque de hecho todo lo que consiguieron fue levantar una nube de humo y dificultar aún más la tarea de los artilleros rusos, que no podían acertar en sus blancos. Los británicos avanzaron en líneas muy angostas para maximizar el poder de sus rifles, aunque en esa formación resultaba difícil mantener a los hombres juntos en terreno escarpado y sin comandantes a cargo de las filas. Los rusos quedaron atónitos al divisar la delgada línea roja que emergía del humo. «Para nosotros fue algo extraordinario –recordó Chodasiewicz–. Nunca habíamos visto antes soldados que lucharan en filas de dos y tampoco creíamos que fuera posible encontrar hombres con suficiente firmeza de espíritu para atacar en esta formación aparentemente débil a nuestras enormes columnas».

Las filas que avanzaban se rompieron al pasar a través de la aldea y los viñedos en llamas. Un sabueso corría alrededor de los soldados, cazando liebres. Avanzando en grupos pequeños, los británicos limpiaron la aldea de combatientes emboscados y también los sacaron de los viñedos. «Irrumpimos en la aldea arrastrando a nuestro paso a los combatientes enemigos escondidos –recordó el soldado raso Bloomfield, del Regimiento de Derbyshire–.Algunos de esos francotiradores incluso habían subido a los árboles para poder disparar cómodamente contra nosotros, pero los vimos y los bajamos de las ramas. Algunos se

caían directamente, y sus ropas o sus botas se enganchaban en las ramas y los hombres se quedaron allí colgados durante horas». Al acercarse al río, los ingleses quedaron dentro del alcance de los cañones rusos. Los hombres caían en silencio bajo la metralla, pero la delgada línea roja seguía avanzando. «Lo que más me impresionó –rememoró el teniente general Brown, de la División Ligera– era la manera silenciosa en que la muerte hacía su trabajo. Ni una visión ni un sonido delataba la causa: un hombre caía, rodaba, o se salía de las filas desplomándose en el polvo. Uno sabía que el proyectil había encontrado su blanco, pero todo parecía suceder en medio de un misterioso silencio… Los hombres desaparecían, quedaban allí mientras nosotros pasábamos junto a ellos[306]».

Bajo una densa lluvia de balas, los hombres llegaron al río y se agruparon en la orilla para descargar su equipo, inseguros de la profundidad del agua. Sosteniendo sobre la cabeza los rifles y los morrales de municiones, algunos hombres lograron cruzar vadeando, pero otros tuvieron que nadar y algunos se ahogaron en la rápida corriente. Todo el tiempo los rusos disparaban contra ellos, obuses y metralla. Había 14 cañones rusos en el terraplén y 24 a cada lado del puente por donde pasaba el camino. En el momento en que el soldado raso Bloomfield llegó al Alma, cerca del puente, «el río estaba rojo de sangre». Muchos hombres estaban demasiado asustados para meterse en el agua, que estaba colmada de cadáveres. Se aferraron a tierra, en la orilla del río, mientras los oficiales a caballo galopaban de punta a punta, gritando a los hombres que cruzaran el río y a veces incluso amenazándolos con sus espadas. Una vez que cruzaron el río, desapareció cualquier vestigio de orden. Se mezclaron, apiñados, los soldados de distintas compañías y diferentes regimientos y donde había habido filas de dos hombres había ahora una turba. Los rusos empezaron a bajar de la colina a ambos lados del Gran Reducto, disparando contra los ingleses que estaban a sus pies, mientras los ofi-

ciales a caballo galopaban alrededor de sus hombres, procurando que volvieran a formarse en filas; pero era imposible, los soldados estaban exhaustos tras haber cruzado el río y felices de estar al abrigo de la ribera, donde nadie podía verlos desde los altos. Algunos se sentaron y extrajeron sus cantimploras para beber, otros buscaron pan y carne y se pusieron a comer.

Consciente del enorme peligro de la situación, el general Codrington, al mando de la 1.ª Brigada de la División Ligera, hizo un esfuerzo desesperado de reagrupar a sus soldados. Espoleando a su blanco corcel árabe colina arriba, rugió a la turba de la infantería: «¡Preparad bayonetas! ¡Trepad la ribera y adelante, al ataque!». Pronto toda la brigada de Codrington –los regimientos todos mezclados– empezó a trepar desordenadamente la ladera de la colina Kurgan formando una densa muchedumbre. Los oficiales jóvenes abandonaron el intento de que se formaran filas –no había tiempo–, pero urgían a sus hombres: «¡Adelante de todas maneras!». Una vez que llegaron a las zonas despejadas de la ladera, casi todos los soldados empezaron a correr, con gritos y aullidos, hacia los cañones rusos emplazados en el Gran Reducto, unos 500 metros más arriba. Los artilleros rusos quedaron asombrados ante el espectáculo de esta turba británica –2000 hombres que trepaban corriendo la ladera– y encontraron blancos fáciles. Algunos de los integrantes de la guardia de avanzada de la División Ligera alcanzaron los emplazamientos del Gran Reducto. Los soldados treparon sobre los parapetos y las troneras, sólo para morir a causa de un disparo o de las espadas de los rusos, quienes rápidamente abandonaron los cañones para recurrir a las armas livianas. Al cabo de unos minutos, el Gran Reducto se había convertido en un enjambre de hombres, con grupos que luchaban en los parapetos, mientras otros vitoreaban y hacían flamear sus colores, ya que dos cañones rusos habían sido capturados en medio de la confusión.

Pero de repente los británicos se vieron confrontados con cuatro batallones (alrededor de 3000 hombres) del Regimiento Vladimirski que inundaron el Reducto cayendo desde terreno más elevado, mientras más cañones rusos los bombardeaban con metralla desde la cumbre de la colina Kurgan. Con un fuerte «¡Hurraaa!», la infantería cargó con sus bayonetas, expulsó a los británicos y les disparó mientras se retiraban colina abajo. La División Ligera «formó un frente» para devolver el fuego, pero repentina e inesperadamente sonó un clarín ordenando el cese del fuego, que de inmediato fue imitado por los clarines de todos los demás regimientos. Durante unos pocos minutos fatales se produjo una confusa pausa de los disparos del bando británico: un oficial innominado había creído que los rusos eran franceses y había ordenado a sus hombres el cese del fuego. Para cuando ese error fue corregido, los soldados del Regimiento Vladimirski ya habían ganado la delantera; avanzaban inexorablemente colina abajo y los soldados británicos yacían muertos o heridos por todas partes. Ahora los clarines sí dieron la auténtica señal de retirada y la muchedumbre de la División Ligera –o lo que quedaba de ella– muy pronto corría bajando la pendiente hacia el refugio que ofrecía la ribera.

El ataque había fracasado, en parte, porque no había habido una segunda oleada de atacantes, ya que el duque de Wellington había impedido que los Guardias cargaran para apoyar a la División Ligera debido a que no había recibido más órdenes de Raglan (otro error del comandante). Evans, a su derecha, logró que los Guardias volvieran a avanzar transmitiéndole al duque una orden que supuestamente (era falso) provenía de Raglan, a quien, por cierto, no se lo veía por ninguna parte[307].

Los tres regimientos de la Brigada de Guardias (la de Granaderos, la de Fusileros Escoceses y la Coldstream) vadearon el río. Ataviados con sus guerreras rojas y sus morriones de piel de oso, constituían un espectáculo imponente. Del otro lado del río, lle-

vó muchísimo tiempo rehacer las filas. Irritado por tanta dilación, sir Colin Campbell, comandante de la Brigada Highland, ordenó un avance inmediato. Un firme creyente en la carga con bayonetas, Campbell les dijo a sus hombres que no dispararan sus rifles hasta que no estuvieran «a una yarda de los rusos». Los Fusileros Escoceses, que habían cruzado el río antes que los otros Guardias, lanzaron de inmediato su ataque colina arriba, repitiendo el error de la División Ligera, que en ese momento corría colina abajo perseguida por la infantería rusa. Las dos masas humanas chocaron de frente y los Fusileros Escoceses se llevaron la peor parte en la colisión, con hombres caídos por tierra mientras sus morriones de piel volaban por todas partes, de manera que cuando lograron emerger del otro lado y siguieron corriendo hacia el Gran Reducto, sólo quedaba la mitad de ellos y en un estado caótico. En el centro de esta turba se encontraba Hugh Annesley, un alférez de veintitrés años, quien recordó lo que ocurrió a continuación:

> De repente los rusos parecieron alinearse nuevamente en el reducto y sus disparos se hicieron más intensos, y en ese momento la 23.ª bajó corriendo en una sola masa, para caer justo encima de nuestras filas. [...] yo seguí gritando «¡Adelante, guardias!», y cuando habíamos llegado a 30 o 40 yardas del emplazamiento fortificado, una bala de mosquete me dio directamente en la boca y creí que para mí todo había acabado; justo en ese momento nuestro edecán apareció a caballo, pistola en mano, y nos dio la orden de retirarnos; giré y empecé a bajar la colina tan rápido como pude hacia el río, mientras caía sobre nosotros una lluvia de balas más densa que nunca y estuve seguro de que no podría librarme de un nuevo balazo; a mitad de camino tropecé y me caí, creyendo que me habían alcanzado otra vez, pero pude reincorporarme y seguí adelante. Perdí mi espada y mi morrión de piel; por fin llegué a la orilla del río y me puse a cubierto; había allí una muchedumbre de soldados.

Annesley quedó malherido: la bala había entrado por su mejilla izquierda y había salido por el ángulo derecho de la boca, llevándose veintitrés dientes y parte de su lengua. A su alrededor estaba el resto de su castigado regimiento, que permaneció al

abrigo de la barranca ribereña durante el resto del combate, ignorando las repetidas órdenes de avanzar[308].

Las otras dos brigadas (los Guardias Granaderos y los de Coldstream) cubrieron la brecha dejada por los Fusileros Escoceses, pero se negaron a cumplir las órdenes de avanzar colina arriba. En cambio, por iniciativa propia, los 2000 guardias formaron filas y dispararon catorce descargas de sus rifles Minié contra la infantería rusa. Las descargas produjeron una intensidad de fuego equivalente a media docena de ametralladoras. Dejaron aturdida a la infantería rusa, cuyos soldados cayeron apilados a tierra y luego se retiraron ascendiendo la ladera. Al desobedecer a sus comandantes, que les habían ordenado atacar con bayonetas en ristre, los Guardias habían demostrado una crucial capacidad de innovación –empleando el largo alcance de los disparos de los rifles modernos– que demostraría ser decisiva en las primeras batallas de la guerra de Crimea. El Minié era un arma nueva. Casi todos los regimientos los habían recibido justo antes de ponerse en camino hacia Crimea y también habían recibido un apresurado entrenamiento para su uso. No tenían idea de su importancia en el campo táctico –su capacidad de disparar con precisión letal a una distancia mucho mayor que los mosquetes y la artillería de los rusos– hasta que los Guardias la descubrieron por sí mismos en la batalla del río Alma. Reflexionando sobre el impacto causado por el rifle Minié, el ingeniero militar ruso Eduard Totleben escribió en su historia de la guerra de Crimea:

> Cuando por propia iniciativa desempeñaron el papel de tiradores, los soldados británicos no vacilaron bajo el fuego y no necesitaron órdenes de supervisión. Los soldados armados de esta manera se sintieron muy confiados una vez que descubrieron la precisión y el enorme alcance de su arma […]. Nuestra infantería, con sus mosquetes, no podía alcanzar al enemigo a más de 300 pasos, mientras que ellos podían dispararnos con puntería desde una distancia de 1200 pasos. El enemigo, perfectamente convencido de la superioridad de sus pequeñas armas, evitó el combate cuerpo a cuerpo; cada vez que nuestros batallones cargaban contra ellos, se retiraban a cierta distancia y desencadenaban

una letal descarga de fusilería. Nuestras columnas, al intensificar el ataque, sólo lograban sufrir pérdidas enormes y, al ver que era imposible atravesar el granizo de balas que caía sobre ellas, se veían obligadas a retroceder antes de llegar a la posición enemiga.

Sin trincheras para proteger a su infantería y su artillería, los rusos eran incapaces de defender sus posiciones en los altos contra los letales rifles Minié. Muy pronto las descargas de los Guardias fueron reforzadas por los disparos de la 2.ª División al mando de Evans, en el flanco derecho de los británicos, cuyo 30.° Regimiento, desde la orilla del río, pudo ver claramente a los artilleros de las tres baterías rusas y expulsarlos de su emplazamiento con sus rifles Minié sin que los rusos supieran siquiera de dónde procedían los disparos. Cuando la infantería y la artillería rusa se retiraron, los británicos avanzaron lentamente por la ladera de la colina, saltando por encima de los muertos y heridos enemigos. «Casi todos los heridos gritaban pidiendo agua –escribió el soldado raso Bloomfield–. Un hombre de mi compañía le dio a un ruso herido un sorbo de agua y, cuando lo dejaba, el ruso se incorporó sobre su codo, aferró su mosquete y disparó al hombre que le había dado agua. La bala pasó rozando la cabeza del soldado británico, quien de inmediato giró sobre sí y enterró su bayoneta en el cuerpo del ruso». A las cuatro de la tarde, los británicos convergían en todas direcciones sobre las posiciones rusas: los Guardias desde la izquierda, superando las últimas reservas rusas de la colina Kurgan, los hombres de Codrington y los otros Guardias acercándose al Gran Reducto y la 2.ª División subiendo por el camino a Sebastopol. Con los franceses controlando los acantilados que dominaban el Alma, resultaba claro que la batalla concluía con la victoria de los aliados[309].

Para entonces, empezaron a advertirse señales de pánico en el bando ruso, a medida que el enemigo se acercaba y se hacía evidente el efecto devastador de sus rifles de largo alcance. Los sacerdotes pasaron por las filas a bendecir a las tropas y los solda-

dos rezaron con creciente fervor, mientras los oficiales a caballo usaban sus látigos para evitar que rompieran filas. Pero, por lo demás, cundía una generalizada ausencia de autoridad entre los comandantes rusos. «Nadie daba instrucciones sobre qué hacer –recordó Chodasiewicz–. Durante las cinco horas que duró la batalla nadie vio ni oyó a nuestro general de división, o brigadier, o coronel: no recibimos de ellos ninguna orden de avanzar o retirarnos, y cuando nos retiramos, nadie sabía si debíamos ir hacia la derecha o hacia la izquierda». El ebrio Kuriakov dio una orden general de retirada desde el flanco izquierdo de los altos, pero después perdió la entereza y desapareció durante varias horas (más tarde lo descubrieron oculto en un hoyo en el suelo). Correspondió a los comandantes más jóvenes organizar la retirada de los altos, pero «tuvimos enormes dificultades para mantener el orden entre nuestros hombres», recordó Chodasiewicz, quien tuvo que amenazar con «usar su espada contra el primer hombre que rompiera filas», una amenaza que tuvo que cumplir más de una vez.

Sin ninguna idea clara de hacia dónde ir, las tropas rusas huyeron en todas direcciones, corriendo ladera abajo hacia el valle, alejándose del enemigo. Los oficiales montados intentaban en vano detener el pánico de la huida, cabalgando en círculos alrededor de los hombres y azotándolos, como vaqueros reuniendo ganado, pero los hombres habían perdido la paciencia con sus comandantes. Chodasiewicz escuchó una conversación entre dos soldados:

> Soldado 1: Sí, durante el combate no les vimos ni el pelo a estos señorones [los oficiales], pero ahora son muchos los demonios que gritan: «¡Silencio! ¡Marcad el paso!».
>
> Soldado 2: Siempre estás refunfuñando, como si fueras un polaco, lo que dices basta para enfurecer a la Providencia, a la que deberíamos dar las gracias por conservar la vida.
>
> Soldado 1: A ti te da todo lo mismo, con tal de que no te azoten.

Chodasiewicz hablaba de caos y confusión, de oficiales apenas sobrios, «de los diez minutos de miedo y temblor que cundieron en la segunda línea de los altos cuando vimos que la caballería enemiga avanzaba para capturar a los rezagados en retirada, que eran en su mayoría soldados heridos»[310].

Finalmente, los rusos fueron derrotados no solamente por la superioridad de los rifles Minié, sino también porque sus hombres se amilanaron. Para Ardant du Picq, quien desarrollaría sus teorías militares a partir de los cuestionarios que envió a los franceses que habían combatido en Alma, este factor moral era el elemento decisivo en la guerra moderna. Los grandes grupos de hombres rara vez llegaban a entablar combate físicamente, sostenía, porque en el momento final anterior al punto de contacto uno de los dos bandos siempre perdía el valor y huía. La clave en el campo de batalla era la disciplina militar –la capacidad de los oficiales de mantener unidos a sus hombres e impedir que huyeran a causa del miedo–, porque el instante en el que daban la espalda al enemigo era el momento en el que más probablemente perderían la vida. La supresión del miedo era, en consecuencia, la principal tarea del oficial, algo que sólo podía lograr mediante su propia autoridad y el sentimiento de unidad que pudiera infundir a sus hombres.

> Lo que vuelve a un soldado capaz de obedecer y de actuar con eficacia es el sentido de la disciplina. Éste incluye el respeto y la confianza en sus jefes; la confianza en sus camaradas y el miedo a sus reproches y a sus represalias si los abandona en situación de peligro; su deseo de ir con ellos donde vayan sin vacilar más que ellos; en una palabra, lo que se suele llamar *esprit de corps*. Sólo la organización puede producir estas características. Cuatro hombres equivalen a un león.

Estas ideas, que se convertirían en los fundamentos de las teorías militares del siglo XX, se le presentaron a Du Picq por primera vez en una carta que le escribió en 1869 un veterano de la batalla del Alma. El soldado recordaba en ella la intervención es-

encial del comandante de su compañía, que había controlado el pánico de sus hombres después de que un comandante de mayor rango había supuesto, erróneamente, que la caballería rusa estaba a punto de cargar contra el enemigo y había ordenado que el clarín tocara retirada:

> Felizmente, un oficial sensato, el capitán Daguerre, advirtiendo el grueso error, ordenó «adelante» con tono estentóreo. Esto detuvo la retirada y nos indujo a reanudar el ataque. Como resultado, nos adueñamos de la línea telegráfica y ganamos la batalla. Ante nuestra segunda carga, los rusos cedieron, retrocedieron y casi ninguno de ellos llegó a ser herido por nuestras bayonetas. Así, el comandante de un batallón hace sonar un clarín y pone en peligro el éxito. Un simple capitán ordena «adelante» y decide la victoria[311].

A las cuatro y media de la tarde, el combate había concluido. Casi todos los rusos se habían retirado hasta el río Kacha en grupos pequeños, sin líderes y sin ninguna idea clara de qué debían hacer o dónde debían ir. Muchos no se reunirían con sus regimientos hasta varios días después. En la cima de la colina del Telégrafo, los franceses capturaron el carruaje abandonado del príncipe Menshikov, que algunos cosacos pretendían llevarse de allí. En el carruaje encontraron una cocina de campaña, cartas del zar, 50 000 francos, novelas pornográficas francesas, las botas del general y ropa interior de dama. Sobre la colina había restos de picnics abandonados, parasoles y binoculares que habían dejado atrás los grupos de espectadoras que habían venido de Sebastopol[312].

En el campo de batalla propiamente dicho, el suelo estaba cubierto de heridos y muertos: 2000 británicos, 1600 franceses y quizá 5000 rusos, aunque es imposible calcular los números exactos, ya que muchos de ellos fueron abandonados allí. A los británicos les costó dos días enteros retirar a los heridos del campo de batalla. No habían traído ningún aprovisionamiento médico desde Varna en los barcos –el cuerpo de ambulancias, con sus

carros y vagones y camillas todavía estaba en Bulgaria–, de manera que los médicos tuvieron que rogar a intendencia que les permitiera usar carromatos militares para sacar a los heridos del campo de batalla. John Rowe, quien estaba a cargo de la intendencia, vació su carro de sillas de montar para ayudar con los heridos y cuando regresaba de recoger su cargamento se cruzó con un grupo de oficiales heridos, entre los que se contaba Hugh Annesley:

> Un oficial del 30.°, con un brazo herido, sostenía parcialmente a un oficial de la Guardia de Fusileros Escoceses. El oficial se tambaleaba y perdía sangre por la boca. No podía hablar pero escribió con un lápiz en un pequeño libro que era el honorable Annesley y que tenía una bala en la garganta que además le había arrancado algunos dientes y parte de la lengua. Quería saber en qué parte del campo (si puedo llamarlo así) había instalado su tienda el médico de Fusileros y si yo podía llevarlo hasta allí. No pude decirle nada sobre el médico [...] y también le expliqué que no podía decidir qué uso le daba al carro tirado por la mula, sino que debía cumplir con la tarea que me habían encomendado.

Annesley tuvo que conseguirse un médico por su propia cuenta. No se sabe qué tratamiento recibió, pero seguramente se limitó a la extracción de la bala, probablemente sin elementos adecuados y sin cloroformo para atenuar el *shock* y el dolor. El cirujano de planta de la División Ligera, George Lawson, llevaba a cabo sus operaciones en el suelo, hasta que alguien descubrió una vieja puerta con la que el médico improvisó una mesa de operaciones[313].



Hugh Annesley

La mañana siguiente, bien temprano, Somerset Calthorpe, un sobrino de lord Raglan y uno de sus asistentes de campo, llenó su cantimplora de brandi e «hizo una incursión a pie por el campo de batalla».

> Los pobres heridos estaban mucho más callados que la noche anterior; sin duda muchos de ellos habían muerto durante la noche y muchos estaban demasiado débiles y exhaustos y sólo podían gemir levemente. Todos ellos agradecieron que les diera algo de beber […]. Era una escena horrible… La muerte en todas sus formas y apariencias. Observé particularmente que todos aquellos que habían recibido un disparo en el corazón o en la frente parecían haber muerto con una sonrisa en el rostro, en general yaciendo boca arriba, con los brazos abiertos y las piernas separadas […]. Los que aparentemente habían muerto en medio de terribles dolores eran los alcanzados en el estómago: tenían siempre las piernas y los brazos encogidos y una expresión agónica en el rostro[314].

Los rusos no pudieron retirar a sus heridos del campo de batalla[315]. Los que estaban en condiciones de caminar tuvieron que buscar tratamiento por su propia cuenta y muchos de ellos se tambalearon hasta las estaciones sanitarias establecidas sobre el

río Kacha, a 15 kilómetros al sur del Alma, o a duras penas recorrieron el camino hasta Sebastopol en el transcurso de los días siguientes. Un ordenanza ruso recuerda la escena de la primera noche, cuando se encaminó con sus vehículos hacia el río Kacha:

> Cientos de heridos habían sido abandonados por sus regimientos, y con llantos conmovedores y gemidos y gestos de súplica rogaban que los cargaran en carros y carromatos. Pero ¿qué podía hacer yo por ellos? Ya íbamos sobrecargados. Traté de consolarlos diciéndoles que los carromatos de sus regimientos volverían a buscarlos, aunque por supuesto no lo harían. Un hombre apenas podía avanzar arrastrándose –no tenía brazos y le habían disparado en el estómago–, otro había perdido una pierna y tenía la mandíbula destrozada, con la lengua rasgada y todo el cuerpo cubierto de heridas… Sólo la expresión de su cara suplicaba un sorbo de agua. Pero no había siquiera dónde conseguir agua.

Los que no podían caminar, alrededor de 1600 soldados rusos heridos, fueron abandonados en el campo de batalla, donde yacieron durante varios días, hasta que los británicos y los franceses, tras haber recogido a sus propios heridos, se ocuparon de ellos, enterrando a los muertos y trasladando a los heridos a sus hospitales de Scutari, en los suburbios de Constantinopla[316].

Tres días después de la batalla, William Russell describió a los rusos «que gruñían y se movían, mientras yacían allí tendidos».

> Algunos yacían en pilas, para que pudieran ser trasladados con mayor facilidad. Otros te lanzaban miradas fulminantes desde los arbustos, con la ferocidad de animales salvajes, mientras se abrazaban las heridas. Algunos imploraban, en una lengua desconocida, pero con tonos inconfundibles, pidiendo agua o ayuda, sosteniendo sus miembros mutilados o destrozados o señalando la trayectoria de la bala lacerante. La expresión hosca y el ceño furibundo de algunos de esos hombres resultaban aterradores. El fanatismo y un odio inmortal hablaban a través de sus ojos coléricos y el que los miraba con lástima y compasión podía finalmente (sin quererlo) entender cómo estos hombres podían, en su pasión salvaje, matar a los heridos y disparar contra el conquistador que, con generosa humanidad, los había ayudado al pasar junto a ellos[317].

Había habido casos en los que los heridos rusos habían disparado contra los soldados británicos y franceses que les habían dado agua. También se había informado de algunos casos en que los rusos habían matado a los soldados heridos que yacían en el campo de batalla. El miedo y el odio al enemigo originaban esos incidentes. Los interrogatorios a los que los franceses sometieron a los soldados rusos capturados en el Alma revelaron que «sus sacerdotes les habían contado historias de lo más descabelladas… sobre que éramos monstruos capaces del más feroz salvajismo e incluso caníbales». La difusión de estos crímenes «deshonrosos» indignaron a los soldados británicos y a la opinión pública y reforzó la convicción de que los rusos «no eran mejores que salvajes». Pero esa indignación era hipócrita. También hubo muchos incidentes en que los soldados británicos habían matado a rusos heridos y casos perturbadores en los que los británicos habían eliminado a los prisioneros rusos porque eran «díscolos». También es necesario recordar que los británicos caminaban entre los heridos rusos no sólo para darles agua, sino también, a veces, para robarles. Les quitaban las cruces de plata que pendían de sus cuellos, revolvían sus morrales en busca de recuerdos y se apropiaban de cualquier cosa que se les antojara entre las pertenencias de heridos y muertos. «He conseguido un bello trofeo para ti en el Alma, algo que te sentará muy bien –escribió Hugh Drummond, de los Guardias Escoceses, a su madre–, una gran cruz griega de plata con grabados… Nuestro Salvador y algunas palabras en ruso; la llevaba al cuello un coronel ruso que matamos y, pobre hombre, estaba cerca de su corazón[318]».



Si los aliados hubieran continuado la marcha directamente desde el Alma, habrían tomado a Sebastopol por sorpresa. Con toda seguridad, hubieran capturado la ciudad en pocos días, con un coste relativamente pequeño de vidas humanas comparado

con las decenas de miles de hombres que morirían durante el sitio de 349 días que se produjo debido a sus errores y dilaciones.

Las fuerzas rusas estaban en desorden y Sebastopol virtualmente indefenso, el 21 de septiembre. Para empeorar las cosas, Menshikov decidió que no valía la pena comprometer más cantidad de sus desmoralizadas tropas para la defensa de la ciudad. Una vez que consiguió reunir lo que quedaba de su ejército en el río Kacha, marchó hacia Bajchisarái para impedir que los aliados dejaran aislada la península de Crimea en Perekop y para esperar refuerzos rusos del continente, lo que dejó Sebastopol defendida por tan sólo 5000 soldados y 10 000 marineros, que no estaban en absoluto entrenados para guerras de esta clase. Los rusos no habían creído que los aliados lanzarían su invasión antes de la primavera y no habían reforzado las defensas de Sebastopol. Las fortificaciones del norte de la ciudad no habían sido mejoradas desde su construcción, en 1818[319]. Los muros del Fuerte Estrella se desmoronaban debido a años de descuido y abandono y no estaban provistos de suficientes cañones como para soportar un ataque importante. En el lado sur, Menshikov había ordenado la construcción de tres nuevas baterías en enero de 1854, pero esas defensas apenas si estaban en mejor estado. Frente al mar se alzaban extensos muros, armados con formidables baterías, y a la entrada del puerto se erguían dos fortalezas bien armadas, la Batería de la Cuarentena y el Fuerte Alejandro, que en conjunto eran capaces de anular la potencia de fuego de la flota aliada. Pero del lado de tierra las defensas del sur de Sebastopol eran relativamente débiles. Un único muro de piedra de alrededor de 4 metros de altura y 2 metros de espesor –con troneras y baterías de piedra situadas en las posiciones más favorables– protegía tan sólo algunas partes de la ciudad. No todas estas fortificaciones eran capaces de soportar bombardeos de obuses y morteros y el muro de piedra sólo resistía el fuego de los mosquetes. En general, la ciudad era extremadamente vulnerable y la impresión reinante

era que podía caer en cualquier momento. Según Totleben, quien fue puesto al cargo de las obras defensivas, «no había prácticamente nada que pudiera impedir al enemigo entrar caminando a la ciudad»[320].

En vez de marchar rápidamente hacia Sebastopol para ocuparse de la defensa, las tropas rusas en retirada del campo de batalla del Alma se permitieron distraerse y retrasarse saqueando las propiedades que los terratenientes habían abandonado al enterarse de la derrota. Separadas de sus regimientos y de sus oficiales, las tropas perdieron toda disciplina. «Los cosacos eran los que cometían más delitos –rememoró un testigo presencial–, robaban todo lo que encontraban a su paso».

> Al encontrar una casa acerrojada, destrozaban las puertas, rompían las ventanas y arrasaban las habitaciones, robando todo lo que pudieran llevarse consigo. Suponiendo que los propietarios tenían dinero, diamantes y otros objetos de valor escondidos en la casa, los soldados revolvían y rompían todo, incluso las almohadas y los cojines de los divanes y sillones. Libros y bibliotecas fueron destrozados. Los espejos de gran tamaño, que los soldados no podían acarrear, se rompían para que cada uno pudiera llevarse una pequeña parte en el bolsillo[321].

Los comandantes aliados no tenían idea de la debilidad y el desorden que reinaban en el bando ruso. Raglan había querido seguir adelante hacia Sebastopol con la mayor rapidez posible, tal como lo habían acordado los aliados en la elaboración de sus planes bélicos, pero ahora los franceses no estaban preparados, ya que habían dejado sus mochilas en la otra orilla del Alma antes de escalar los altos y necesitaban tiempo para ir a recogerlas. A diferencia de los británicos, no tenían suficientes fuerzas de caballería para perseguir a los rusos, de manera que eran menos proclives a reanudar la marcha con celeridad. Una vez que se perdió la iniciativa, los comandantes aliados empezaron a dudar de lo que debían hacer a continuación. Los espías tártaros les habían informado, erróneamente, de que el fuerte Estrella era inexpug-

nable, de que Menshikov se proponía defenderla con todo su poder y de que la ciudad estaba casi sin defensas del lado sur. Eso alentó a los comandantes aliados a abandonar su plan inicial de atacar la ciudad rápidamente por el norte y a marchar en cambio alrededor de la ciudad hasta el lado sur, un plan de acción intensamente defendido por sir John Burgoyne, el oficial al mando de los ingenieros[322].

El cambio de plan también fue impulsado por la audaz decisión rusa de hacer volar su propia flota. Reconociendo que no estaban a la altura de los barcos aliados, ni en velocidad ni en capacidad destructiva, los comandantes de la flota del mar Negro hundieron cinco barcos a vela y dos fragatas en la boca del puerto, con el fin de bloquear la entrada e impedir que los barcos aliados apoyaran un ataque desde el norte. Los barcos elegidos fueron remolcados al lugar exacto, se arriaron sus banderas y se celebraron servicios religiosos para encomendarlos a las profundidades del mar. Después, en la medianoche del 22 de septiembre, los barcos fueron destruidos. Una fragata, *Los tres santos*, se resistía a hundirse. A la mañana siguiente fue bombardeada desde corta distancia por una cañonera durante dos horas hasta que finalmente se hundió. El ruido fue oído por los ejércitos aliados, que en ese momento se encontraban en el río Kacha, lo que llevó a Saint-Arnaud a exclamar con asombro, una vez que se descubrió el origen del estruendo: «¡Qué parodia de Moscú en 1812!»[323].

Con el puerto bloqueado y sin posibilidad de recibir apoyo de sus barcos, los comandantes aliados decidieron que era demasiado peligroso atacar Sebastopol desde el norte, de manera que se comprometieron a atacar la ciudad desde el lado sur, donde sus barcos podían usar los puertos de Balaclava (los británicos) y Kamiesh (los franceses) para prestar apoyo a sus ejércitos. El cambio de plan fue un fatal error de juicio, y no porque las defensas de la ciudad fueran más fuertes en el lado sur. Trasladarse hacia el sur

de Sebastopol dificultaba a los ejércitos aliados bloquear la ruta de aprovisionamiento ruso desde el continente, un punto que había sido un elemento crucial del plan estratégico. Si la ciudad hubiera sido tomada rápidamente, eso no hubiera representado un problema importante, pero una vez que los comandantes aliados descartaron un ataque sorpresa, cayeron en la trampa del método militar convencional de poner sitio a una ciudad, un pensamiento que se remontaba al siglo XVII y que involucraba el lento y metódico proceso de cavar trincheras frente a las defensas de la ciudad, para que la artillería pudiera bombardearla antes del ataque de la infantería. Los franceses favorecían la idea de un sitio más prolongado y convencieron a los ingleses de adoptar su pensamiento tradicional. Parecía menos arriesgado que un ataque relámpago. Burgoyne, el jefe de ingenieros, quien había estado a favor de un ataque rápido, cambió de opinión con el absurdo argumento de que apoderarse de Sebastopol por medio de un asalto relámpago costaría 500 vidas, bajas que eran «absolutamente injustificables», aun cuando los aliados habían sufrido 3600 bajas en la batalla del Alma (y perderían decenas de miles de vidas durante el sitio[324]).

El 23 de septiembre se reanudó la marcha hacia el sur. Durante dos días las tropas aliadas avanzaron cruzando el fértil valle del río Kacha y del río Belbek, alimentándose con uvas, melocotones, peras y otras frutas que maduraban en las granjas abandonadas. Exhaustos y hartos de la guerra, muchos soldados se derrumbaron víctimas de la deshidratación y a lo largo de todo el camino las columnas tenían que detenerse para enterrar a las víctimas del cólera. Luego los ejércitos iniciaron su marcha alrededor de Sebastopol, zigzagueando a través de los densos bosques de hayas de los montes Inkerman, hasta que llegaron al claro de la granja Mackenzie, así llamada en homenaje a un colono escocés del siglo XVIII. En este punto, la vanguardia de la caballería inglesa se cruzó con las tropas de la retaguardia de Menshikov

que se dirigían hacia el noreste en dirección a Bajchisarái. El capitán Louis Nolan, del 15.º Regimiento de los Húsares del Rey, que iba a la vanguardia con el Estado Mayor de lord Raglan, creyó que era una oportunidad para que la caballería asestara un fuerte golpe a los rusos. Desde el desembarco en Crimea, Nolan se había sentido cada vez más frustrado por el hecho de que los comandantes no habían ordenado cargar a la caballería –primero en el Bulganak y después en el Alma– contra las fuerzas rusas en retirada. Así que cuando lord Lucan detuvo un ataque de los Húsares contra la retaguardia rusa, Nolan se enfureció. En su diario de campaña, describió su visión desde los altos Mackenzie mientras los rusos continuaban indemnes su retirada:

> Los cañones que habían escapado avanzaban por el camino a nuestros pies con algunos de los pocos carruajes del convoy que habían logrado salvarse. La infantería, desbandada, corría por las laderas empinadas, sin armas, sin cascos, mientras unos pocos disparos de nuestros cañones los hacía apresurarse corriendo hacia un ejército ruso formado en columnas apretadas más abajo. Dos regimientos de nuestra caballería se movían por el camino, en el fondo del valle, recogiendo carros y caballos, de los cuales capturamos 22 en total, entre los que se contaba el carruaje de viaje del general Gorchakov, con dos hermosos caballos negros[325].

Las columnas aliadas se estiraron a medida que los exhaustos rezagados se quedaban atrás o se perdían en los densos bosques. La disciplina se rompió y muchos soldados, como los cosacos antes que ellos, empezaron a saquear las granjas y fincas abandonadas de los alrededores de Sebastopol. El palacio Bibikovs padeció el vandalismo y el saqueo de las tropas francesas, que se sirvieron el champán y el borgoña que abundaba en sus enormes bodegas y empezaron a arrasar todo, arrojando muebles por las ventanas, destrozando las ventanas y defecando en el suelo. El mariscal Saint-Arnaud, presente en esa escena, no hizo nada por impedir el pillaje, que consideró una recompensa para sus tropas exhaustas. Incluso aceptó de sus soldados una pequeña mesa de pedestal

ofrecida como regalo, que luego hizo enviar a su esposa, que se encontraba en Constantinopla. Algunos de los zuavos (que tenían una tradición teatral) se vistieron con ropas de mujer extraídas del tocador de la princesa y pusieron en escena una pantomima. Otros encontraron un gran piano y empezaron a interpretar valses para que los soldados bailaran. Los propietarios del palacio lo habían abandonado apenas unos minutos antes de la llegada de las tropas francesas, tal como lo recuerda uno de los oficiales:

> Entré en un pequeño tocador. [...] Flores recién cortadas lucían aún en sus floreros, sobre la chimenea; en una mesa redonda había algunos ejemplares de [la revista francesa]. *Illustration*, una caja de plumas y papel y una carta inconclusa. La carta estaba escrita por una joven y dirigida a su prometido, que había luchado en el Alma; ella le hablaba de victoria, de éxito, con esa confianza que colmaba todos los corazones, especialmente los corazones de las muchachas jóvenes. La cruel realidad había acabado con todo eso... las cartas, las ilusiones, las esperanzas[326].

A medida que los ejércitos aliados avanzaban hacia el sur en dirección a Sebastopol, el pánico se propagó entre la población rusa de Crimea. Las noticias de la derrota del Alma habían sido un golpe devastador para la moral, ya que quebró el mito de la invencibilidad de los rusos en el ámbito militar, especialmente contra los franceses, que se remontaba a 1812. En Simferópol, la capital administrativa de Crimea, el pánico estaba tan extendido que Vladimir Pestel, su gobernador general, ordenó la evacuación de la ciudad. Los rusos empacaron sus pertenencias y las cargaron en carros para salir de la ciudad hacia Perekop, con la esperanza de llegar al continente antes de quedar aislados por las tropas aliadas. Declarándose enfermo, Pestel fue el primero en partir. Desde que se había desatado el pánico, no había hecho apariciones públicas ni había adoptado ninguna medida destinada a impedir el desorden. Ni siquiera había impedido que los tártaros de la ciudad enviaran a los aliados pertrechos militares de los depósitos rusos. Acompañado por sus gendarmes y por un

largo séquito de funcionarios, Pestel se marchó de la ciudad en medio de una gran multitud de tártaros que se mofaban y gritaban al paso de su carruaje: «¡Mirad cómo corre el *giaour*[327]! ¡Nuestros liberadores ya están cerca!»[328].

Desde la llegada de los ejércitos aliados, la población tártara de Crimea había ganado confianza. Antes del desembarco anglofrancés, los tártaros habían sido muy cuidadosos y precavidos y habían declarado su lealtad al zar. Desde el principio del combate en el frente del Danubio, las autoridades rusas de Crimea habían puesto a los tártaros bajo estricta vigilancia y los cosacos habían patrullado la campiña con ferocidad y rigor. Pero una vez que los aliados desembarcaron en Crimea, los tártaros les dieron todo su apoyo, en particular los tártaros jóvenes, que estaban menos acobardados por los largos años de dominio ruso. Veían la invasión como una liberación, y reconocían a los turcos como soldados de su califa, a quien rezaban en las mezquitas. Miles de tártaros abandonaron sus aldeas y fueron a Eupatoria a recibir a los ejércitos aliados y a declarar su lealtad al «nuevo gobierno turco» que, según creían, acababa de establecerse en esa ciudad. Los ejércitos invasores habían reemplazado rápidamente al gobernador ruso de Eupatoria por Topal Umer Pachá, un mercader tártaro de la ciudad. También habían traído con ellos a Mussad Giray, un descendiente de la antigua dinastía gobernante del kanato de Crimea, quien había instado a los tártaros de Crimea a apoyar la invasión[329].

Creyendo que serían recompensados, los tártaros llevaron ganado, caballos y carros para ponerlos a disposición de las tropas aliadas. Algunos trabajaban de espías o exploradores para los ejércitos invasores. Otros se unieron a las bandas tártaras que cabalgaban por la campiña amenazando a los terratenientes rusos con incendiar sus hogares, y a veces incluso con la muerte, si no les entregaban todo su ganado, alimentos y caballos para el «gobierno turco». Armados con sables, los rebeldes tártaros se po-

nían sus gorros de piel de oveja vueltos del revés para simbolizar el derrocamiento del poder ruso en Crimea. «Toda la población cristiana de la península vive aterrada por las bandas tártaras», informó Innokenti, el arzobispo ortodoxo de la diócesis de Jersón-Táuride. Un terrateniente ruso, a quien le habían robado en su propiedad, creía que los jinetes tártaros habían sido instados por sus *mulás* a buscar venganza contra los cristianos en la convicción de que ahora volvería a instaurarse un gobierno musulmán. Por cierto, se dio el caso de que en algunas áreas los rebeldes no sólo cometieron atrocidades contra los rusos, sino también contra armenios y griegos, destruyendo iglesias y hasta matando a los sacerdotes. Las autoridades rusas jugaban con esos miedos religiosos para conseguir apoyo para los ejércitos del zar. Durante el mes de septiembre, mientras recorría Crimea, Innokenti declaró que la invasión era una «guerra religiosa» y dijo que Rusia «tenía la enorme y sagrada misión de proteger la fe ortodoxa del yugo musulmán»[330].

El 26 de septiembre, los ejércitos aliados llegaron a la aldea de Kadikoi, desde donde podían ver la costa sur. Ese mismo día, Saint Arnaud se rindió a su enfermedad y delegó el mando en Canrobert. Un vapor llevó al mariscal a Constantinopla, pero murió de un ataque al corazón en el camino, de manera que el mismo barco llevó su cadáver de regreso a Francia. También llevó la falsa noticia de que el sitio de Sebastopol se había iniciado, lo que llevó a Cowley, el embajador británico en París, a informar a Londres de que los ejércitos aliados «probablemente estarían en posesión de la ciudad en unos pocos días»[331].

De hecho, a los aliados todavía les faltaban tres semanas para iniciar el sitio. Con el hálito helado del invierno ruso ya en el aire, las tropas aliadas estaban estableciendo lentamente su campamento en la planicie que dominaba Sebastopol desde el lado sur. Durante unos días, ambos ejércitos se aprovisionaron a través de Balaclava, una estrecha ensenada que apenas se advertía desde el

mar, salvo por la presencia del antiguo fuerte genovés emplazado en la cima del acantilado[332]. Pero muy pronto se hizo evidente que el puerto era demasiado pequeño para que pudiera albergar a todos los barcos que debían fondear allí. Entonces los franceses trasladaron su base a la bahía de Kamiesh, que en realidad era superior a Balaclava como punto de aprovisionamiento, ya que era mucho más grande y estaba más próxima al campamento francés establecido en Quersoneso, el sitio en el que el gran príncipe Vladimir había convertido a los rus de Kiev al cristianismo.

El 1 de octubre el capitán Herbé ascendió a los montes con un grupo de oficiales franceses para echar una mirada más meticulosa a Sebastopol, que estaba apenas a 2 kilómetros de distancia. Con sus binoculares, podían «ver lo suficiente de esta famosa ciudad como satisfacer nuestra curiosidad», tal como Herbé escribió a sus padres al día siguiente:

> Allá abajo se podía distinguir la obra de fortificación en la que parecía trabajar una gran cantidad de hombres, con picos y palas; incluso se podía observar a unas pocas mujeres en los grupos de trabajadores. En el puerto, pude divisar perfectamente, con la ayuda de mi larga vista, algunos buques de guerra, de sombría apariencia, con velas blancas en los lados, pasarelas negras y cañones asomando por las troneras. ¡Si a los rusos se les antoja montar todos esos cañones en sus fortificaciones, podemos esperar una buena sinfonía[333]!

Capítulo 8

Sebastopol en otoño

Si Herbé hubiera podido visitar Sebastopol, tal como lo haría Tolstoi en noviembre de 1854, habría encontrado la ciudad en estado de gran alerta y enorme actividad. En el extenso fragmento que inicia *Relatos de Sebastopol*, Tolstoi nos transporta allí temprano por la mañana, cuando en la ciudad empieza a bullir la vida:

> En la Zona Norte, la actividad del día suplanta gradualmente la tranquilidad de la noche: aquí, con un repiquetear de mosquetes, pasa un destacamento de centinelas que va a relevar a la guardia; allá, un soldado, que ha trepado desde su caseta subterránea y ya se ha lavado el rostro atezado con agua helada, se vuelve ahora hacia el este enrojecido, santiguándose rápidamente mientras recita sus oraciones; más allá, un pesado *madzhara* tirado por camellos avanza rechinando hacia el cementerio, donde serán sepultados los ensangrentados cadáveres que se apilan en la plataforma, casi hasta el borde. Al aproximarse al muelle, nuestra nariz se ve invadida por los olores característicos del carbón, la carne de res, el estiércol y la humedad: miles de artículos reunidos arbitrariamente –leña, pedazos de carne, canastos de mimbre, sacos de harina, barras de hierro y otros por el estilo– se apilan cerca del muelle; soldados de diversos regimientos, algunos con morrales y mosquetes, otros sin ellos, dan vueltas por aquí, fumando, gritándose insultos entre sí o arrastrando pesadas cargas hasta el barco de humeante chimenea, anclado en el embarcadero; esquifes civiles, colmados de la gente más diversa –soldados, marineros, comerciantes, mujeres– no dejan de anclar y zarpar a lo largo de toda la zona ribereña. […]
>
> En el muelle pulula una masa ruidosa, que anda a empujones, de soldados vestidos de gris, marineros vestidos de negro y mujeres vestidas de todos los colores. Las campesinas venden panecillos, los *mujiks* rusos con samovares vocean: «*sbitén!*»[334], y justo aquí, aposentados en

los primeros peldaños de la planchada de desembarco, hay oxidadas balas de cañón, obuses, metralla y cañones de hierro fundido de diversos calibres. Un poco más lejos hay un gran trecho abierto sembrado de vigas cuadradas, cureñas y de las siluetas de los soldados que duermen; hay caballos, carros, piezas de artillería con cajas de municiones, mosquetes de infantería en pilas entrelazadas; es constante el movimiento de soldados, marineros, oficiales, mercaderes, mujeres y niños: los carros cargados de heno, de sacos o de barriles van y vienen, y aquí y allá un cosaco o un oficial pasan a caballo, o se ve un general en su *droshky*[335]. A la derecha, la calle está bloqueada por una barricada, cuyas troneras alojan cañones pequeños, junto a ellos hay un marinero sentado, fumando su pipa. A la izquierda hay un hermoso edificio con números romanos grabados en el frontispicio, bajo el cual hay soldados que sostienen camillas manchadas de sangre. En todas partes se perciben las señales desagradables de un campamento militar[336].

Sebastopol era una ciudad militar. Su población de 40 000 personas estaba vinculada de alguna manera con la vida de la base naval, cuya guarnición era de alrededor de 18 000 hombres. De esa unidad procedía la fuerza militar de la localidad. Había marineros que habían vivido allí con sus familias desde la fundación de la ciudad, en la década de 1780. Socialmente, la ciudad presentaba una peculiaridad: en sus bulevares céntricos, rara vez se veían levitas entre los uniformes navales. En Sebastopol no había grandes museos, ni galerías, ni salas de concierto ni tesoros intelectuales. Los imponentes edificios neoclásicos del centro de la ciudad eran todos de uso militar: el almirantazgo, la escuela naval, el arsenal, las comandancias, los astilleros de reparación, los almacenes y depósitos de armas, el hospital militar y la biblioteca de los oficiales, una de las más ricas de Europa. Hasta la Asamblea de Nobles («el hermoso edificio con números romanos») se convirtió en hospital durante el sitio.

La ciudad estaba dividida en dos partes bien diferenciadas, la Zona Norte y la Zona Sur, separadas entre sí por el puerto, y el único medio de comunicación directa entre ambas era por el agua. La zona norte de la ciudad era un mundo aparte de las elegantes fachadas neoclásicas del puerto militar situado en el lado

sur. Tenía pocas calles abiertas y los pescadores y los marineros vivían allí con un estilo semirrural, cultivando hortalizas y criando ganado en los jardines de sus dachas. En el lado sur había otra distinción, menos obvia, entre el centro administrativo que se encontraba al oeste del puerto y los astilleros del lado este del puerto, donde los marineros vivían en cuarteles o con sus familias en pequeñas cabañas de madera situadas a unos metros de las murallas de defensa. Las mujeres secaban la ropa en cuerdas tendidas entre sus casas y las murallas de las fortalezas y los bastiones[337].

Como Tolstoi, los visitantes de Sebastopol siempre quedaban impresionados por la «extraña mezcla de vida de campamento y vida urbana, de hermosa ciudad con sucio vivac». Eugeni Ershov, un joven oficial de artillería que llegó a Sebastopol ese otoño, quedó impresionado por la manera en que la gente de la ciudad seguía con sus asuntos cotidianos habituales en medio de todo el caos del sitio. «Era raro –escribió– ver la manera en que la gente seguía adelante con su vida normal… Una mujer joven que caminaba tranquilamente empujando el cochecito de su bebé, los comerciantes que vendían y compraban, los chicos que corrían y jugaban en las calles, mientras a su alrededor todo era un campo de batalla y podían matarlos en cualquier momento[338]».

Durante las semanas anteriores a la invasión, la gente vivía como si no hubiera un mañana. Se producía una juerga constante, en la que todo el mundo bebía y apostaba con intensidad inusual, mientras las numerosas prostitutas de la ciudad trabajaban horas extra. El desembarco de los aliados ejerció un efecto atemperador, pero los oficiales más jóvenes estaban llenos de confianza, ya que todos suponían que el ejército ruso derrotaría a los ingleses y a los franceses. Hacían brindis conmemorativos de 1812. «Entre nosotros reinaba el entusiasmo –recuerda Mijaíl Botanov, un joven cadete naval– y no teníamos miedo al enemigo. El úni-

co que no compartía nuestra confianza era el comandante de un vapor, quien, a diferencia de nosotros, había estado en el extranjero con frecuencia, y quien solía repetir el proverbio "en la furia no hay fuerza". Los acontecimientos demostrarían que él era mucho más previsor y estaba mejor informado que nosotros sobre las verdaderas condiciones de la situación en la que nos encontrábamos[339]».

La derrota de las fuerzas rusas en el río Alma generó pánico en la población civil de Sebastopol. La gente esperaba que en cualquier momento los aliados invadieran la ciudad desde el norte; reinó la confusión cuando los residentes vieron sus flotas del lado sur y supusieron, erróneamente, que estaban rodeados. «No conozco a nadie que en ese momento no haya pronunciado una plegaria –recuerda un habitante–.Todos creíamos que el enemigo estaba a punto de atacarnos». El capitán Nikolái Lipkin, comandante de una batería del Bastión Cuatro, escribió a finales de septiembre a su hermano, que estaba en San Petersburgo:

> Muchos habitantes ya han abandonado la ciudad, pero nosotros, los militares, nos quedamos aquí para dar una lección a nuestros huéspedes que no han sido invitados. Durante tres días seguidos (el 24, el 25 y el 26 de septiembre) hubo procesiones religiosas a través de la ciudad y en todas las baterías. Era humillante ver a nuestros combatientes, de pie en sus campamentos, arrodillándose ante la cruz y los iconos que portaban las mujeres. [...] Han retirado todos los tesoros de las iglesias; yo dije que no era necesario, pero ahora la gente no me escucha, todos tienen miedo. Esperamos en cualquier momento un ataque general, tanto por tierra como por mar. Así que, hermano, ésta es la situación aquí y sólo el Señor sabe qué ocurrirá a continuación.

Pese a la confianza que demostraba Lipkin, los comandantes rusos, después de la batalla del Alma, estaban considerando seriamente la posibilidad de abandonar Sebastopol. En ese momento había ocho vapores en el lado norte, esperando la orden de evacuar las tropas, y diez buques de guerra del lado sur para cubrir la huida. Muchos residentes de la ciudad se marcharon por su

cuenta cuando el enemigo se aproximó, aunque las rutas de escape estaban bloqueadas por tropas rusas. La provisión de agua de la ciudad estaba aminorando peligrosamente, ya que las fuentes no funcionaban y toda la población dependía exclusivamente de los pozos, que siempre tenían poca agua en esa época del año. Como los desertores habían dicho a los aliados que la ciudad estaba abastecida mediante manantiales y tuberías que corrían a través de un desfiladero desde los altos donde estaban acampados, los británicos y los franceses cortaron ese suministro, lo que dejó a Sebastopol solamente con el suministro del acueducto que aprovisionaba al astillero naval[340].

Mientras los aliados establecían su campamento y preparaban el bombardeo de la ciudad, los rusos trabajaban sin descanso para reforzar sus defensas del lado sur. Como Menshikov no aparecía por ninguna parte, la responsabilidad de la defensa de Sebastopol recayó sobre tres comandantes: el almirante Kornilov, jefe del Estado Mayor de la flota del mar Negro; el ingeniero Totleben, y Najimov, el héroe de Sinope y comandante del puerto, quien era popular entre los marineros, que lo consideraban «uno de ellos». Los tres hombres eran militares profesionales de una nueva clase que contrastaba intensamente con el cortesano Menshikov. Tenían una energía notable. Kornilov estaba en todas partes, inspirando a la gente con su presencia diaria en cada sector de las obras defensivas y prometiendo una recompensa a todo el mundo, si es que lograban conservar la ciudad en su poder. Tolstoi, quien se uniría a Lipkin como comandante de una batería en el Cuarto Bastión, escribió una carta a su hermano al día siguiente de llegar y en ella describía la actitud de Kornilov en sus rondas. En vez de saludar a los hombres con la fórmula acostumbrada, «¡Salud para ti!», el almirante les decía: «Si tienen que morir, muchachos, ¿morirán?». «Y –escribió Tolstoi–, los hombres gritaban: “Moriremos, Su Excelencia. ¡Hurra!”. Y no lo decían

para quedar bien, porque en cada rostro yo veía la mayor seriedad, y nada falso»[341].

El mismo Kornilov no estaba en absoluto seguro de que la ciudad pudiera salvarse. El 27 de septiembre escribió a su esposa:

> Sólo tenemos 5000 soldados de reserva y 10 000 marineros, equipados con armas diversas, incluyendo picas. No se puede decir que sea una guarnición adecuada para defender una fortaleza cuyas defensas se extienden a lo largo de muchas millas, pero están tan dispersas que no hay comunicación entre ellas, pero lo que haya de ser, será. Hemos decidido hacerles frente. Será un milagro que resistamos, y si no…

Su incertidumbre creció cuando los marineros descubrieron una gran cantidad de vodka en un muelle y se emborracharon durante tres días. A Kornilov le correspondió destruir el resto de la provisión de licor y ocuparse de que sus marineros estuvieran sobrios para el combate[342].

Los preparativos para la defensa fueron frenéticos e improvisados. Cuando se inició la tarea, se descubrió que no había palas en Sebastopol, de manera que se enviaron hombres para que consiguieran la mayor cantidad posible en Odesa. Tres semanas más tarde, regresaron con 400 palas. Mientras tanto, la gente de la ciudad trabajó con palas de madera que habían improvisado con listones arrancados. Toda la población de Sebastopol –marineros, soldados, prisioneros de guerra, hombres y mujeres trabajadores (incluyendo a las prostitutas)– se dedicó a excavar trincheras, llevar tierra en carros para los terraplenes de defensa, levantar muros y barricadas y a construir baterías con haces de leña, tierra y gaviones[343], mientras los equipos de marineros trasladaban los cañones pesados que habían descargado de sus barcos. Se empleaban todos los medios posibles de cargar tierra, y cuando no había cestos, sacos o baldes, los excavadores la trasladaban en sus ropas plegadas. La expectativa de un ataque inminente añadía mayor urgencia a su tarea. Al inspeccionar esas de-

fensas un año más tarde, los aliados quedaron atónitos ante la pericia y el ingenio de los rusos[344].

Informado de esos heroicos esfuerzos del pueblo de Sebastopol, a fines de septiembre el zar escribió al general Gorchakov, le recordó «el especial espíritu ruso» que había salvado al país de caer en manos de Napoleón y lo instaba a recuperar ese coraje para enfrentarse a los británicos y los franceses. «Rezaremos a Dios pidiéndole que usted pueda contar con el pueblo para salvar Sebastopol, la flota y la tierra rusa. *No se arrodille ante nadie* –subrayó de su puño y letra–. *Muestre al mundo que somos los mismos rusos que nos mantuvimos firmes en 1812*». El zar también escribió a Menshikov, quien en ese momento se encontraba cerca del río Belbek, al noreste de Sebastopol, con un mensaje para los habitantes de la ciudad:

> Diga a los jóvenes marineros que todas mis esperanzas están puestas en ellos. Dígales que no se inclinen ante nadie, que concentren toda su fe en la misericordia de Dios, que recuerden que somos rusos, que estamos defendiendo nuestra patria y nuestra fe y que se sometan con toda humildad a la voluntad de Dios. ¡Que Dios los proteja! No dejo de rezar por todos nosotros y por nuestra santa causa[345].

Mientras tanto, los aliados se dedicaron a sus largos preparativos para el sitio. Raglan había querido un ataque inmediato. Había advertido la debilidad de las defensas rusas y estaba alentado por el sincero e imperioso sir George Cathcart, que comandaba la 4.ª División, cuyas tropas habían establecido su posición en una colina desde la que podían ver toda la ciudad. Desde allí Cathcart escribió a Raglan:

> Si usted y sir John Burgoyne me hacen una visita, verán perfectamente cómo son las defensas, que no representan gran cosa. Están trabajando en dos o tres reductos, pero el lugar sólo está rodeado por algo semejante a un muro como los que rodean los parques, que además no está en buenas condiciones. Estoy seguro de que podría entrar en la ciudad casi sin perder ningún hombre, por la noche o una hora antes del amanecer si todo el resto de la fuerza estuviera entre el mar y la co-

> lina cuya cima ocupo. Dejaríamos nuestros equipos y entraríamos corriendo a la ciudad incluso en pleno día, arriesgándonos tan sólo a unos pocos disparos al pasar por los reductos.

Burgoyne, quien antes se había mostrado partidario de un ataque rápido, ahora manifestó su desacuerdo. Preocupado por la pérdida de vidas, el jefe de ingenieros del ejército subrayó la necesidad de contener el fuego enemigo con los cañones de asedio antes de lanzar el asalto de las tropas. Los franceses coincidieron con él. De manera que los aliados se aplicaron al lento proceso de trasladar la artillería destinada al asedio y subirla hasta los altos. Hubo problemas interminables con los cañones británicos, muchos de los cuales debieron ser desmantelados antes de descargarlos de los barcos. «Emplazar nuestros cañones en la posición adecuada ha sido una tarea por demás tediosa», escribió a su padre el capitán William Cameron, de la Guardia de Granaderos.

> Hay que desarmar los cañones de los barcos, ya que los carros tienen como ruedas sólo pequeños rodillos y no pueden avanzar por sí mismos, mientras que los cañones comunes de asedio pueden ser trasladados a sus posiciones como están. Acabamos de instalar una batería de cinco cañones de 30 kilos y que pesan toneladas; todos ellos cañones de barcos, que rendirán mucho más que los de cualquier batería que se haya visto antes en un sitio. El terreno es terriblemente rocoso, de manera que hay que acarrear gran parte de la tierra necesaria para construir el parapeto[346].

Transcurrieron dieciocho días hasta que los cañones por fin estuvieron emplazados, días que dieron a los rusos un tiempo crucial para preparar sus defensas.

Mientras los británicos trasladaban sus cañones, los franceses tomaron la delantera en la excavación de trincheras y avanzaron lentamente en una formación en zigzag hacia las defensas de Sebastopol, mientras los rusos les disparaban con su artillería. La excavación de la primera trinchera fue la más peligrosa, porque no había ninguna protección frente a los cañones rusos. Equipados con palas y picos, el primer destacamento de 800 hombres

avanzó sigilosamente, bajo la cobertura de la noche, usando las rocas como refugio, hasta que llegaron a un kilómetro de distancia del bastión Flagstaff de Sebastopol y, siguiendo las líneas marcadas por sus comandantes, empezaran a enterrarse en el suelo, apilando la tierra en gaviones que tenían ante sí para protegerse de los rusos. Esa noche, la del 9 al 10 de octubre, el cielo estaba despejado y brillaba la luna, pero un viento del noroeste alejó de la ciudad el ruido de la excavación, y al amanecer, cuando los adormilados rusos finalmente los descubrieron, los franceses habían acabado una trinchera con protección de 1000 metros de longitud. Bajo un denso bombardeo, 3000 soldados franceses siguieron trabajando, excavando nuevas trincheras cada noche y reparando los daños provocados por los rusos durante el día siguiente, mientras la metralla y los obuses pasaban silbando sobre sus cabezas. El 16 de octubre, las primeras cinco baterías francesas ya estaban construidas, con sacos de tierra y madera formando empalizadas, con terraplenes fortificados y parapetos, y más de 50 piezas de artillería (cañones, morteros y *howitzers*)[347] montadas en plataformas elevadas[348]..

Siguiendo a los franceses, los británicos excavaron sus trincheras y asentaron sus primeras baterías en la colina Verde (el ataque de la izquierda) y en la colina Vorontsov (el ataque de la derecha), ambas posiciones separadas por un barranco profundo. Unos turnos de 500 hombres en cada ataque trabajaban noche y día mientras que más del doble de ese número los protegían de los rusos, quienes lanzaban incursiones nocturnas. «Estoy fuera de servicio esta mañana, desde las 4.00, después de 24 horas en las trincheras», escribió a su familia el capitán Radcliffe, del 20.° Regimiento.

> Cuando nos refugiamos bajo el parapeto que había sido construido durante la noche nos encontramos a cubierto, pero nos veíamos obligados a estar tumbados todo el tiempo porque ése, por supuesto, era día y noche el blanco de la artillería enemiga, y la trinchera aún estaba construida a medias. Sin embargo, unos pocos hombres fueron desti-

nados a vigilar, con sus cabezas unos pocos centímetros por encima del parapeto, para que avisaran cuando los rusos dispararan, algo que distinguían por el humo de las armas durante el día y por los destellos por la noche, y debían gritar «¡Disparo!», y entonces todos en las trincheras nos tendíamos bajo la protección del parapeto hasta que acababa la salva, y después reanudábamos el trabajo. Gracias a esto sólo perdimos un hombre durante el día, que fue abatido por una bala perdida[349].

Finalmente, el 16 de octubre se decidió iniciar el bombardeo de Sebastopol a la mañana siguiente, pese a que las trincheras de los británicos aún no estaban terminadas. En el campamento aliado reinaba un espíritu de optimismo y expectación. «Todos los oficiales de artillería –franceses, ingleses y navales– dicen [que] después de un bombardeo de 48 horas, de Sebastopol sólo quedará un montón de ruinas», escribió Henry Clifford, un oficial de la División Ligera, a su familia. Según Evelyn Wood, un guardiamarina que había observado la batalla del Alma desde lo alto del palo mayor de su barco, antes de que lo transfirieran al ataque por tierra como parte de la Brigada Naval:

El 1 de octubre, casi todo el mundo apostaba en nuestro campamento que la fortaleza caería en unas pocas horas. Algunos de los oficiales mayores y más prudentes estimaban que los rusos podrían resistir unas 48 horas, pero esa era una opinión extrema. Un soldado me ofreció un reloj, hecho en París, que había quitado a un oficial ruso abatido en el Alma, por el que me pidió 20 [chelines]. Mis compañeros de rancho me impidieron comprarlo, pues me dijeron que los relojes de oro estarían mucho más baratos en 48 horas[350].

En la madrugada del 17 de octubre, en cuanto se disipó la niebla, los rusos vieron que las troneras de las baterías enemigas habían sido abiertas. Sin esperar a que los cañones enemigos abrieran fuego, los rusos empezaron a bombardear su línea defensiva, y muy pronto empezó el contrabombardeo aliado, con 72 cañones británicos y 53 franceses. Al cabo de unos minutos, el cañoneo estaba en su punto más alto. El retumbar de los cañones, el rugido y los silbidos de los disparos y las explosiones ensordecedoras de los obuses ahogaban todas las llamadas de clarines y re-

dobles de tambores. Sebastopol estaba envuelta en una densa y negra cortina de humo, que flotaba sobre todo el campo de batalla oscurecido, lo que haría imposible a los artilleros aliados dar en el blanco con precisión militar. «Sólo podíamos quedarnos sentados y suponer y esperar que lo estábamos haciendo bien», escribió Calthorpe, quien vio el bombardeo junto con Raglan desde las canteras de la colina Vorontsov[351].

Para miles de civiles refugiados en las ruinas bombardeadas de sus casas de Sebastopol, éstos fueron los momentos más aterradores de sus vidas. «Nunca vi ni escuché algo parecido antes –redactó un residente–. Durante doce horas, el salvaje aullido de las bombas no cesó; era imposible distinguir de qué bando eran, y el suelo temblaba bajo nuestros pies. [...] Un humo denso llenaba el cielo y ocultaba el sol, todo se puso oscuro como si fuera de noche, y hasta las habitaciones estaban llenas de humo[352]».

En cuanto se había iniciado el bombardeo, Kornilov había salido con su ayuda de campo, el príncipe V. I. Bariatinski, a hacer una ronda de inspección de las defensas. Fueron primero al Cuarto Bastión, el sitio más peligroso de Sebastopol, que era bombardeado tanto por los británicos como por los franceses. «Dentro del Bastión n.º 4 –recuerda Bariatinski–, la escena era terrible, y la destrucción, enorme, ya que grupos enteros de artilleros habían sido abatidos por la metralla; los muertos y los heridos estaban siendo trasladados por los camilleros, pero aún había muchos cuerpos apilados». Kornilov fue a cada cañón, para alentar a los artilleros, y después se dirigió al Quinto Bastión, que sufría una presión semejante por parte de la artillería enemiga y donde se encontró con Najimov, vestido como siempre con su levita con charreteras. Najimov había sido herido en el rostro, aunque no parecía advertirlo, pensó Bariatinski, pese a que la sangre le chorreaba por el cuello y manchaba la cinta blanca de su Cruz de San Jorge mientras hablaba con Kornilov. Mientras estaban conversando allí, Bariatinski reconoció a un oficial que

se acercaba, aunque «no tenía ni ojos ni rostro, porque sus facciones habían desaparecido por completo bajo una masa de carne sanguinolenta», los restos de un marinero que había volado en pedazos y que el oficial simplemente se quitó de la cara, mientras pedía un cigarrillo a Bariatinski. Ignorando el consejo de su asistente, que le decía que seguir adelante era demasiado peligroso, Kornilov continuó con su ronda de inspección en el Tercer Bastión, el Redan, que en ese momento era castigado por los grandes cañones británicos con una concentración de poder letal. Cuando Kornilov llegó allí, el bastión estaba al mando del capitán Popandul, quien pronto fue abatido, al igual que los otros cinco comandantes que lo sucedieron ese día. Kornilov atravesó el sistema de trincheras, al alcance de los cañones británicos, cruzó el barranco y trepó al Bastión Malajov, donde habló con los soldados heridos. Estaba empezando a bajar la colina para completar su ronda en el barranco Ushakov, cuando un obús le voló la mitad inferior del cuerpo. Fue trasladado al hospital militar, donde murió poco después[353].

Hacia el mediodía las flotas aliadas se unieron al bombardeo, apuntando sus pesados cañones hacia Sebastopol desde un arco que rodeaba la entrada del puerto, a 800 y 1500 metros de la costa (los barcos rusos hundidos que bloqueaban el puerto les impedían acercarse más a su blanco). Durante seis horas la ciudad fue bombardeada por una andanada de 1240 cañones; sus baterías costeras contaban con apenas 150 cañones. «La visión fue una de las más horribles en lo tocante a los cañones –escribió en su diario un marino mercante, Henry James, quien vio el bombardeo desde mar adentro–.Varios buques mantuvieron un cañoneo ininterrumpido, que podía compararse con el redoble de un gigantesco tambor […]. Alcanzábamos a ver la lluvia de disparos que levantaban el agua al pie de los fuertes y que saltaban sobre las murallas». El fuego de las flotas generó tanto humo que los artilleros rusos ni siquiera podían ver los barcos. Algunos de

ellos perdieron el valor, pero otros demostraron extraordinario coraje, disparando a los relámpagos producidos por los cañones de los barcos invisibles, mientras los obuses estallaban alrededor de sus cabezas. Un oficial de artillería del Décimo Bastión, el blanco principal del ataque francés, recuerda haber visto salir corriendo a hombres que habían sido recompensados por el valor demostrado en batallas anteriores, víctimas del pánico, en cuanto empezó el cañoneo. «Yo mismo me encontré dividido entre dos sentimientos –recuerda–. Una mitad de mí quería escapar a casa para salvar a mi familia, pero mi sentido del deber me decía que debía quedarme. Mis sentimientos como hombre derrotaron al soldado que había en mí y salí corriendo en busca de mi familia[354]».

De hecho, pese a todos sus cañones, los barcos británicos y franceses sufrieron más daños que los que causaron. Los barcos de madera a vela de la flota aliada no pudieron acercarse lo suficiente a las fortalezas de piedra de los bastiones costeros como para infligirles mucho daño (el bloqueo había cumplido con su objetivo en ese aspecto), pero sí podían ser incendiados por los cañones rusos, no tan numerosos, pero (por estar instalados en tierra firme) mucho más precisos que el bombardeo a distancia de los aliados. Después de disparar alrededor de 50 000 andanadas que tuvieron poco poder destructivo sobre las baterías costeras, la flota aliada levó anclas y navegó mar adentro para contar sus pérdidas: cinco barcos muy dañados, treinta marineros muertos y más de 500 heridos. Sin barcos de hierro a vapor, la flota aliada estaba destinada a desempeñar un papel secundario respecto del ejército durante el sitio de Sebastopol.

En tierra, el resultado del primer día no fue mucho más alentador para los aliados. Los franceses avanzaron un poco contra la batería del monte Rodolph antes que uno de sus polvorines principales estallara a consecuencia del cañoneo ruso y tuvieran que cesar el fuego, y aunque los británicos ocasionaron un daño

considerable al Tercer Bastión, infligiendo a los rusos más de 1100 bajas, carecían de los morteros pesados para imponer su superioridad en el bombardeo. Su muy pregonada arma nueva, el cañón Lancaster de 68 libras, no era confiable disparando obuses y era poco efectivo a larga distancia contra los parapetos rusos, que absorbían el impacto de los proyectiles livianos. «Me temo que el Lancaster es un fracaso –informó al día siguiente el capitán Lushington al general Airey–. Nuestros cañones no tienen el alcance necesario y dañamos nuestras propias defensas más que las del enemigo. […] He tratado de transmitir claramente a todos los oficiales la necesidad de disparar lenta y constantemente […] pero las distancias son demasiado grandes […] y disparar contra esos terraplenes es como disparar contra un pudin[355]».

El fracaso del bombardeo del primer día fue una sorpresa brusca y desagradable para los aliados. «La ciudad parece construida con materiales no inflamables –anotó Fanny Duberly, que había viajado a Crimea como acompañante de su marido, Henry Duberly, tesorero del 8.º Regimiento de Húsares–. Aunque ayer se produjeron dos incendios de poca monta, las llamas fueron extinguidas casi inmediatamente[356]».

Del lado ruso, el primer día sirvió para destruir el aura mística que rodeaba a los ejércitos aliados después de su victoria en la batalla del río Alma. De repente, el enemigo ya no era considerado invencible, y a partir de esa nueva convicción los rusos albergaron nuevas esperanzas y mayor confianza en sí mismos. «Todos pensábamos que era imposible que nuestras baterías pudieran salvarnos –escribió un residente de Sebastopol en una carta redactada el día siguiente–. Así que podrás imaginar nuestra sorpresa cuando hoy descubrimos que todas nuestras baterías estaban intactas, y todos los cañones en su debido emplazamiento […] ¡Dios ha bendecido a Rusia, y nos ha recompensado por los insultos contra nuestra fe que hemos tenido que soportar hasta ahora!»[357].

* * *

Tras haber sobrevivido al bombardeo del primer día, los rusos decidieron romper el asedio atacando Balaclava y aislando a los británicos de su principal base de aprovisionamiento. Después de Alma, Menshikov había partido hacia Bajchisarái. Ahora, con el cambio de estrategia, reunió sus tropas en el valle de Chernaya, situado al este de Sebastopol, donde se les unieron los primeros refuerzos que habían llegado del frente del Danubio, la 12.ª División de Infantería bajo el mando del teniente general Pavel Liprandi. En el anochecer del 24 de octubre, un ejército de 60 000 soldados, 34 escuadrones de caballería y 78 piezas de artillería acampó alrededor de la aldea de Chorgun, en los altos de Fediujin, para lanzar un ataque contra las defensas británicas de Balaclava a la mañana siguiente.

El objetivo estaba bien elegido. Tal como los mismos británicos sabían, la exigencia a sus fuerzas era excesiva, y no tenían grandes defensas para proteger su base de aprovisionamiento en caso de un ataque repentino por parte de una fuerza importante. Los británicos habían construido un total de seis pequeños reductos a lo largo de una parte de los altos del Paso Elevado –la línea de crestas de la carretera Vorontsov que separaba la parte norte del valle de Balaclava, entre los altos Fediujin y la carretera, de la mitad sur, situada entre el camino y el puerto mismo– y habían emplazado en cada uno de los cuatro reductos terminados una guardia turca (formada casi en su totalidad por reclutas inexpertos), con dos o tres cañones de 12 libras. Detrás de los reductos, en la mitad sur del valle, los británicos habían apostado la 93.ª Brigada de Infantería Highland, bajo el mando de sir Colin Campbell, a quien se le confió la defensa del puerto, mientras que, en su flanco, acampaba la división de caballería de lord Lucan, y en las alturas que dominaban el desfiladero que descendía hasta el puerto se encontraban 1000 soldados de los Royal Mari-

nes, equipados con algunas piezas de artillería de campaña. En caso de un ataque ruso, Campbell también podía confiar en el apoyo de la artillería británica, así como de dos divisiones de tropas francesas bajo el mando del general Bosquet, que estaban acampadas en las alturas alrededor de Sebastopol, pero mientras no llegaran, la defensa de Balaclava dependería de 5000 soldados[358].

La madrugada del 25 de octubre los rusos iniciaron su ataque. Tras establecer una batería de campaña cerca de la aldea de Kamara, lanzaron un denso bombardeo sobre el Reducto Número 1, situado en la colina Canrobert (así bautizada en honor del comandante francés). Durante la noche, un desertor ruso había avisado a Raglan de que el ataque era inminente, pero tras haber enviado 1000 hombres a Balaclava tres días antes, debido a lo que acabó por ser una falsa alarma, el comandante en jefe decidió no actuar (otro error más que poner en su haber), aunque sí llegó a los altos de Sapoune a tiempo para tener una excelente vista del combate que se desarrollaba en el valle, cuando le enviaron mensajes a su cuartel general que le avisaban de que el ataque ya había empezado.

Durante más de una hora, los 500 soldados turcos que defendían el Reducto Número 1 opusieron una resistencia obstinada, tal como lo habían hecho en Silistria contra los rusos, y perdieron más de un tercio de sus hombres. Pero entonces 1200 soldados rusos se abrieron paso en el reducto a punta de bayoneta, obligando a los exhaustos defensores a retirarse y a dejar el reducto y los siete cañones británicos prestados a los turcos en posesión de los rusos. «Para nuestro disgusto –recuerda Calthorpe, quien estaba observando la escena desde los altos de Sapoune junto con el Estado Mayor de Raglan–, vimos una delgada fila de hombres que salía de la parte posterior del reducto y corría colina abajo en dirección a nuestras líneas».

Al ver a sus compatriotas en retirada, las guarniciones turcas de los tres reductos vecinos (2, 3 y 4) siguieron su ejemplo y se replegaron hacia el puerto, muchos de ellos cargando sus mantas, cazos y jarros, y gritando «¡Barco, barco!» cuando pasaban junto a las líneas británicas. Calthorpe vio a 1000 soldados turcos que bajaban corriendo la ladera, perseguidos por grandes grupos de cosacos. «Los aullidos de esos salvajes jinetes se oían desde donde estábamos, mientras galopaban persiguiendo a esos desdichados musulmanes, muchos de los cuales encontraron la muerte bajo las lanzas cosacas».

Mientras pasaban corriendo por el campamento de Kadikoi, los soldados turcos fueron blanco de las burlas de un grupo de esposas británicas, incluyendo a una, una enorme lavandera de brazos robustos y «manos duras como astas», que aferró a un turco y le propinó un buen puntapié por haber pisado la ropa que ella había tendido al sol para que se secara. Cuando la mujer advirtió que el turco había desertado del regimiento de su propio esposo, el 93.º, lo reprendió: «¡Cobardes descreídos, han abandonado a los valientes Highlanders cristianos a su suerte, y han salido corriendo!». Los turcos trataron de aplacarla y algunos la llamaron *Kokana*[359], lo cual inflamó aún más la cólera de la mujer. «¡*Kokana*, sin duda! ¡Ya les daré yo una buena *Kokana*!», gritó, y, blandiendo un palo, los persiguió colina abajo. Agotados y abatidos, los soldados turcos continuaron su retirada, hasta que llegaron al barranco que conducía al puerto. Arrojando sus pertenencias a tierra, se tendieron junto a ellas a descansar. Algunos extendieron sus tapetes de oración sobre el suelo y se pusieron a rezar en dirección a la Meca[360].

Los británicos acusaron a las tropas turcas de cobardía, pero era una imputación injusta. Según John Blunt, el intérprete de lord Lucan, casi todos los soldados eran tunecinos que carecían de entrenamiento adecuado y de toda experiencia en la guerra. Acababan de llegar a Crimea y estaban famélicos; ninguno había

recibido raciones que pudieron comer según su fe musulmana desde que habían partido de Varna, varios días antes, y a su llegada se habían desacreditado por atacar a civiles. Blunt cabalgó tras las tropas en retirada y transmitió a un oficial la orden de Lucan que se reagruparan detrás del 93.º Regimiento, pero fue abordado por los soldados, «que parecían muertos de sed y exhaustos». Le preguntaron por qué las tropas británicas no habían acudido a ayudarlos, se quejaron de que los habían dejado en los reductos varios días sin alimentos ni agua y afirmaron que las municiones que les habían dado no servían para los cañones emplazados en los reductos. Uno de los soldados, con la cabeza vendada y fumando una larga pipa, dijo a Blunt en turco: «¿Qué podemos hacer, señor? Es la voluntad de Dios»[361].

La infantería rusa tomó los reductos 1, 2, 3 y 4 en los altos del Paso Elevado, abandonando el cuarto después de destruir las cureñas de los cañones. La caballería rusa, al mando del general Rizhov, avanzó tras la infantería por el Valle Norte y giró para atacar al 93.º Regimiento, la única fuerza de infantería que les impedía ahora avanzar hacia Balaclava, ya que se había ordenado a la caballería británica que se retirara para esperar la llegada de la infantería que venía de la meseta que dominaba Sebastopol. Descendiendo desde los altos del Paso Elevado, cuatro escuadrones de la caballería de Rizhov, alrededor de 400 hombres, cargaron contra los Highlanders[362]. Observando la escena desde un viñedo próximo al campamento de la Brigada Ligera, Fanny Duberly se horrorizó. Los disparos «empezaron a volar» y «de inmediato apareció la caballería rusa cargando por la ladera y a través del valle, directamente contra la pequeña fila de Highlanders. ¡Ah, qué momento! Con una carga arrasadora, ¿qué podía hacer ese pequeño muro de hombres contra un número tan grande que avanzaba a tal velocidad? Y allí permanecieron». Formando a sus hombres en filas de dos en vez del cuadrado usual empleado por la infantería para defenderse de la caballería, Campbell depositó

toda su confianza en el poder letal del rifle Minié, cuyos efectos había visto en la batalla del Alma. A medida que la caballería se acercaba, cabalgó ante las filas, instando a sus hombres a permanecer firmes y «morir allí», según el teniente coronel Sterling del 93.º Regimiento, quien pensó que «parecía decirlo en serio». Para Russell, de *The Times*, que observaba desde las alturas, se veían como «una delgada banda roja con una línea de acero en la punta» (más tarde y para siempre, citado erróneamente como una «delgada línea roja»). La aparición de una firme línea de casacas rojas hizo vacilar a la caballería rusa y, en ese momento de vacilación, a una distancia de alrededor de 1000 metros, Campbell dio la orden de la primera descarga. Cuando el humo se disipó, el sargento Munro, del 93.º, vio «que la caballería avanzaba directamente contra nuestra línea. Hubo una segunda salva, y entonces observamos que reinaba cierta confusión en las filas enemigas, y que viraban hacia nuestra derecha». Una tercera descarga a una distancia mucho menor cayó sobre el flanco de los rusos y los hizo girar bruscamente hacia la izquierda y cabalgar al galope hacia su propio ejército[363].

Los primeros cuatro escuadrones de Rizhov habían sido rechazados, pero el cuerpo principal de la caballería rusa, 2000 húsares flanqueados por una escolta de jinetes cosacos, descendió ahora desde los altos del Paso Elevado para cargar por segunda vez contra los Highlanders. Esta vez la infantería fue rescatada justo a tiempo gracias a la intervención de la caballería británica, ocho escuadrones de la Brigada Pesada, alrededor de 700 hombres, que habían recibido la orden de volver al Valle Sur para apoyar al 93.º Regimiento. Había sido una orden de Raglan, quien desde su posición en los altos de Sapoune había visto la peligrosa situación en la que se encontraban los Highlanders. Cabalgando lentamente colina arriba en dirección al enemigo, la Brigada Pesada se desplazó hasta cubrir la columna enemiga, reacomodó sus filas y, desde unos 100 metros de distancia, cargó di-

rectamente contra los rusos, descargando brutalmente sus espadas sobre ellos. Los jinetes de la vanguardia de la caballería británica, los Scot Greys y los Inniskillings (el 6.º Regimiento de Dragones), quedaron completamente rodeados por los rusos, que se habían detenido brevemente para extender sus flancos justo antes de la carga, pero los casacas rojas del 4.º y 5.º de Dragones muy pronto irrumpieron en la refriega, atacando los flancos y la retaguardia rusos. Los jinetes rivales estaban tan apiñados que no había sitio para la lucha a espada, apenas podían alzar su espada o blandir sus sables, y todo lo que podían hacer era golpear o cortar a cualquiera que estuviera a su alcance, como si estuvieran en una riña. El sargento mayor Henry Franks, del 5.º de Dragones, vio al soldado Harry Herbert atacado por tres cosacos al mismo tiempo.

> Inutilizó a uno con un terrible tajo en la nuca, y el segundo se alejó rápidamente. Herbert tiró una estocada al pecho del tercero, pero la hoja de su espada se quebró a unos ocho centímetros de la empuñadura […]. Le arrojó la pesada empuñadura al ruso, acertándole en la cara, y el cosaco cayó a tierra; no estaba muerto, pero tenía la cara muy lastimada.

El mayor William Forrest, del 4.º de Dragones, recuerda su frenético combate con un

> […] húsar que tiró una estocada contra mi cabeza, pero el casco de latón resistió bien, y tengo apenas una magulladura en la cabeza. Le lancé una estocada, pero no creo que lo haya herido más de lo que él me hirió a mí. Al mismo tiempo recibí un golpe en el hombro, infligido por algún otro hombre, pero no debe de haber sido bien dirigido, porque el filo sólo cortó mi chaqueta y apenas me dejó un cardenal en el hombro.

Sorprendentemente, hubo muy pocas bajas, apenas una docena en cada bando, y alrededor de unos 300 heridos, casi todos del bando ruso, aunque el combate duró menos de diez minutos. Los pesados abrigos largos de los rusos, y sus gruesos chacós, los

protegieron de casi todas las estocadas, mientras sus propias espadas resultaron muy poco efectivas contra el mayor alcance de los jinetes británicos, montados en caballos más pesados y más altos[364].

En esta clase de lucha, un bando siempre debe terminar por ceder. Y fueron los rusos los que perdieron primero el valor. Conmocionados por la lucha, los húsares volvieron la espalda y galoparon de regreso al Valle Norte, perseguidos por la caballería británica, que sólo se retiró bajo las descargas de las baterías rusas instaladas en los altos del Paso Elevado y de Fediujin.

Mientras la caballería rusa se retiraba, la infantería británica descendió de las alturas de Sebastopol y marchó a través del Valle Sur para respaldar al 93.º Regimiento. La Primera División llegó en primer lugar, seguida por la 4.ª, y después por refuerzos franceses: la 1.ª División y dos escuadrones de Cazadores de África. Con la llegada de la infantería aliada, no era probable que la caballería rusa volviera a atacar. Balaclava se había salvado.

Cuando los rusos, decididos a evitar más bajas, regresaron a su base, Raglan y sus asistentes advirtieron que se llevaban los cañones británicos de los reductos. El duque de Wellington nunca había perdido un cañón, o al menos eso creían los guardianes de su culto dentro del sistema militar británico. La perspectiva de que estos cañones fueran lucidos como trofeos por todo Sebastopol resultó intolerable a Raglan, quien de inmediato envió a lord Lucan, el comandante de la División de Caballería, la orden de que recuperara los altos del Paso Elevado, asegurándole el apoyo de la infantería que acababa de llegar. Lucan no podía ver a la infantería, y no podía creer que le ordenaran actuar solo, de manera que durante tres cuartos de hora no hizo nada, mientras Raglan, en la cima de la colina, se alarmaba cada vez más por el destino de los cañones británicos capturados. Finalmente, dictó una segunda orden destinada a Lucan: «Lord Raglan quiere que la caballería avance rápidamente hacia el frente, que siga al enemi-

go y le impida llevarse los cañones. La Artillería Montada puede acompañarlo. La caballería francesa está a su izquierda. De inmediato».

La orden no sólo era poco clara, sino absurda, y Lucan no sabía qué hacer con ella. Desde el lugar donde se encontraba, en el extremo oeste de los altos del Paso Elevado, alcanzaba a ver, a su derecha, los cañones británicos en los reductos que los rusos habían capturado de manos de los turcos; a su izquierda, al final del Valle Norte, donde sabía que estaban apostadas la mayoría de las fuerzas rusas, divisaba un segundo conjunto de cañones, y más a la izquierda, en las lomas más bajas de los altos de Fediujin, alcanzaba a ver que los rusos también tenían una batería de artillería. Si la orden de Raglan hubiera sido más clara, especificando que lo que Lucan debía capturar eran los cañones británicos de los altos del Paso Elevado, la Carga de la Brigada Ligera hubiera tenido otro final, pero tal como era, la orden no especificaba cuáles eran los cañones que la caballería debía recuperar.

El único hombre que podía explicarle lo que la orden significaba era el ayuda de campo que la entregó, el capitán Nolan de los Húsares del Rey. Al igual que muchos integrantes de la Brigada Ligera, Nolan se sentía cada vez más frustrado porque Lucan no usaba la caballería para lanzar la clase de ataque audaz gracias al cual se había ganado la fama de ser la mejor del mundo. En el Bulganak y en el Alma, a la caballería no se le había permitido perseguir a los rusos que habían emprendido la retirada; en los altos Mackenzie, durante la marcha hacia Balaclava, Lucan había impedido que se realizara un ataque contra el ejército ruso que avanzaba hacia el este, cruzando el camino de la caballería, y apenas esa mañana, cuando la Brigada Pesada era superada en número por la caballería rusa, que se encontraba a unos pocos minutos de distancia a caballo, lord Cardigan, el comandante de la Brigada Ligera, no quiso usarla para lanzar un ataque por sorpresa contra el enemigo en fuga. La Brigada Ligera se vio

obligada a mirar cómo sus camaradas luchaban con los mismos cosacos que se habían burlado de ellos en el Bulganak por no haber entablado combate. Uno de los oficiales había pedido reiteradas veces a lord Cardigan que enviara a la brigada al combate, y cuando Cardigan se negó, golpeó su espada, usada para saludar, contra su propia pierna, en una manifestación de su falta de respeto. Hubo varios signos de desobediencia. El soldado John Doyle, del 8.° de Húsares Reales Irlandeses, recuerda:

> La Brigada Ligera no se sintió complacida cuando vio a la Brigada Pesada y no se les permitió asistirla. Se incorporaron en sus estribos y gritaron: «¿Por qué nos tienen aquí?», y al mismo tiempo rompieron filas y se volvieron cruzando nuestras líneas, con el propósito de perseguir a los rusos en retirada, pero éstos ya se habían alejado demasiado para que pudiéramos alcanzarlos[365].

Entonces, cuando Lucan preguntó a Nolan qué significaba la orden de Raglan, flotaba en el aire la amenaza de una insubordinación. Según el relato que ofreció más tarde en una carta dirigida a Raglan, Lucan inquirió al ayuda de campo dónde debía atacar y Nolan le contestó «de manera muy irrespetuosa pero significativa», señalando al otro extremo del valle: «Allí, milord, está su enemigo; allí están sus cañones». Según Lucan, Nolan no había señalado hacia los cañones británicos de los altos del Paso Elevado, sino hacia la batería de doce cañones rusos y la fuerza principal de la caballería cosaca apostada en el extremo del Valle Norte, a ambos lados de la cual, en los altos del Paso Elevado y de Fediujin, los rusos tenían más cañones y también fusileros. Lucan transmitió la orden a Cardigan, quien señaló la locura que implicaba cargar sobre un valle con artillería y fuego de mosquetes desde tres lados, pero Lucan insistió en que la orden debía ser cumplida. Cardigan y Lucan (que eran cuñados) se detestaban entre sí.

Ésta es, usualmente, la explicación que dan los historiadores del motivo por el que no hablaron entre ellos para encontrar la

manera de sortear la orden que creían había sido emitida por Raglan (no hubiera sido la primera vez que se desobedecía una orden de Raglan). Pero también hay evidencia de que Lucan temía desobedecer una orden que, de hecho, era bien recibida por los hombres de la Brigada Ligera, ansiosos de entrar en acción contra la caballería rusa y en peligro de perder toda disciplina si se les impedía otro ataque. Más tarde, el propio Lucas escribió a Raglan que había obedecido la orden porque, de no hacerlo, «me hubiera expuesto, a mí y a la caballería, a acusaciones de las que posiblemente no podríamos defendernos fácilmente», con lo que seguramente se refería a acusaciones y entredichos generados por sus propios hombres y el resto del ejército[366].

Los 661 hombres de la Brigada Ligera avanzaron al paso por la suave pendiente del Valle Norte, el 13.º de Dragones Ligeros y el 17.º de Lanceros en la primera fila, encabezada por Cardigan, el 11.º de Húsares inmediatamente detrás, seguido por el 8.º de Húsares junto con el 4.º de Dragones Ligeros (el regimiento de la reina). Había 2000 metros hasta la posición del enemigo, situada al final del valle, y a velocidad normal a la Brigada Ligera le hubiera llevado alrededor de siete minutos cubrir esa distancia, con fuego de artillería y de mosquete a su derecha, a su izquierda y frente a ellos. Cuando la primera línea se puso al trote, Nolan, que cabalgaba con el 17.º de Lanceros, se adelantó al galope, blandiendo su espada y, según casi todas las versiones, gritando a los hombres que se apresuraran, aunque también se ha sugerido que se dio cuenta del error e intentaba redirigir a la Brigada Ligera hacia los altos del Paso Elevado y tal vez más allá del Valle Sur, donde los hombres estarían a salvo de los cañones rusos. Sea como fuere, el primer obús disparado por los rusos explotó sobre la cabeza de Nolan y lo mató. No se sabe claramente si fue debido al ejemplo de Nolan, a su propia ansiedad, o porque querían pasar a través del fuego que procedía de los flancos con la mayor rapidez posible, pero el hecho es que los dos regi-

mientos que encabezaban la carga iniciaron un galope largo antes de que se les ordenara hacerlo. «Vamos –gritó un hombre del 13.º de Dragones Ligeros–, no dejemos que esos bastardos [el 17.º de Lanceros] se nos adelanten[367]».

Mientras galopaban bajo el fuego cruzado que provenía de las colinas, con las balas de cañón rasgando la tierra y el fuego de mosquete que llovía como granizo, los hombres eran heridos y los caballos caían. «El ruido de los cañones y los obuses que estallaban era ensordecedor», recuerda el sargento Bond, del 11.º de Húsares.

> También el humo era casi cegador. En todas direcciones caían hombres y caballos, y los caballos que no estaban heridos estaban tan enloquecidos que no podíamos mantenerlos en línea recta durante un tiempo. Un hombre llamado Allread, que cabalgaba a mi izquierda, cayó de su caballo como una piedra. Miré hacia atrás y vi al pobrecito que yacía boca arriba, con la sien derecha arrancada y parte de su cerebro esparcido sobre el suelo.

El soldado de caballería Wightman del 17.º de Lanceros vio cómo su sargento fue alcanzado: «Un disparo directo lo descabezó limpiamente, pero, sin embargo, durante treinta metros más su cuerpo decapitado se mantuvo en la silla, con la lanza en ristre, firmemente aferrada bajo su brazo derecho». Tantos hombres y caballos de la primera línea cayeron víctimas del fuego cruzado que la segunda línea, 100 metros más atrás, tuvo que virar y aminorar el galope para evitar los cuerpos heridos que yacían por tierra y los desconcertados y aterrados caballos que galopaban sin jinete en todas direcciones[368].

Al cabo de pocos minutos, los que quedaban de la primera línea se encontraban en medio de los artilleros rusos en el extremo del valle. Se dijo que Cardigan, cuyo caballo se encabritó con la última descarga a corta distancia de los cañones, fue el primero en irrumpir en la posición rusa. «Las llamas, el humo, el estruendo, todo estaba delante de nuestras caras», recuerda el cabo Tho-

mas Morley del 17.º de Lanceros, quien comparó la situación con «cabalgar dentro de la boca de un volcán». Blandiendo sus espadas contra los artilleros, la Brigada Ligera continuó su carga con sables desenvainados para atacar a los cosacos, a quienes Rizhov había ordenado que se adelantaran para proteger los cañones, que algunos atacantes ya intentaban llevarse rodando sobre sus cureñas. Sin tiempo para ponerse en formación antes de ser atacados, a los cosacos «les entró el pánico por el orden y la disciplina de la masa de caballería que se les venía encima», recordó un oficial ruso. Giraron bruscamente para escapar y, viendo que su camino estaba bloqueado por los regimientos de húsares, empezaron a disparar sus mosquetes a quemarropa a sus propios camaradas, a quienes también entró el pánico, giraron sobre sí mismos y cargaron contra los otros regimientos que estaban detrás. Toda la caballería rusa salió en estampida hacia Chorgun, algunos arrastrando tras de sí los cañones montados, mientras los jinetes de vanguardia de la Brigada Ligera, superados en número en proporción de cinco a uno, los persiguieron todo el trayecto hasta el río Chernaya.

El pánico y la huida de la caballería rusa fue observada desde los altos que dominaban el río por Stepan Kozhukov, un joven oficial de artillería, que describió la manera en que la caballería se apiñó en la zona que rodeaba el puente, donde el Regimiento Ukrainski y la batería de Kozhukov, emplazada en la colina, había recibido la orden de bloquear su retirada:

> Aquí estaban, huyendo en estampida, y todo el tiempo la confusión se agravaba. En un pequeño espacio a la entrada del barranco Chorgun, donde estaba la tienda hospital, había cuatro regimientos de húsares y cosacos apiñados, y dentro de esta masa, en sitios aislados, se podían distinguir las guerreras rojas de los ingleses, que probablemente no estaban menos sorprendidos que nosotros por lo inesperado de lo que había ocurrido. […] El enemigo pronto llegó a la conclusión de que no tenían nada que temer de los húsares y cosacos invadidos por el pánico y, cansados de herir y matar con sus espadas, decidieron volver por donde habían venido atravesando otra salva de artillería y fusilería.

> Es difícil, si no imposible, hacer justicia a la proeza de esta loca caballería. Tras haber perdido al menos una cuarta parte de sus hombres durante el ataque, y aparentemente indiferentes a nuevos peligros y pérdidas, rápidamente volvieron a formar sus escuadrones para regresar por el mismo terreno sembrado de sus muertos y sus agonizantes. Con coraje desesperado, estos valientes lunáticos se pusieron en marcha, y ni uno de los vivos, ni siquiera los heridos, se rindió. A los húsares y los cosacos les llevó un largo tiempo recobrar la compostura. Estaban convencidos de que toda la caballería enemiga los perseguía y, llenos de furia, no querían creer que habían sido aplastados por un puñado casi insignificante de jinetes temerarios.

Los cosacos fueron los primeros en recobrar la cordura, pero no quisieron regresar al campo de batalla. En cambio, «se dedicaron a nuevas tareas que se les presentaron, tomar prisioneros, matar a los heridos que yacían por tierra y reunir los caballos ingleses para ponerlos en venta»[369].

Cuando la Brigada Ligera regresó a través del corredor de fuego del Valle Norte, Liprandi ordenó a los Lanceros Polacos, que se encontraban en los altos del Paso Elevado, que les cortaran la retirada. Pero los Lanceros tenían poco estómago para un combate contra la valerosa Brigada Ligera, a la que acababan ver cargar en medio de los cañones rusos y dispersar a los cosacos, obligándolos a huir aterrorizados, y los únicos ataques que lanzaron fueron contra pequeños grupos de hombres heridos. No se metieron con los grupos más grandes. Cuando la columna en retirada del 8.º de Húsares y el 4.º Regimiento de Dragones Ligeros se aproximaron a los Lanceros, recuerda lord George Pater, comandante de los Dragones Ligeros, que los había reagrupado a todos antes de emprender la retirada, «se dirigieron a nosotros [los Lanceros] a una especie de trote».

> Entonces los Lanceros se detuvieron (no se podría decir que hicieron alto) y manifestaron el mismo aire de perplejidad (no se me ocurre otra palabra mejor) que yo ya había advertido dos veces ese mismo día. Unos pocos hombres del flanco derecho de sus escuadrones de vanguardia […] entraron en colisión momentánea con el flanco derecho de los nuestros, pero no hicieron nada más allá de esto, y en realidad

> nos permitieron avanzar despacio, alejándonos, junto a ellos, a una distancia más o menos del tamaño de un caballo. En fin, pasamos junto a ellos, según creo, sin perder ni un solo hombre. ¡No sé cómo! ¡Es un misterio para mí! Bien, si esa fuerza hubiera estado formada por *damas* inglesas, creo que ninguno de nosotros hubiera escapado con vida[370].

De hecho, las damas inglesas estaban en los altos de Sapoune con todos los otros espectadores que vieron cómo los supervivientes de la Brigada Ligera volvían tambaleándose, de a uno y de a dos, muchos de ellos heridos, de la carga. Entre ellas se contaba Fanny Duberly, quien no sólo observó toda la escena con horror, sino que después, esa misma tarde, fue a caballo con su esposo para echar un vistazo más de cerca a la matanza del campo de batalla:

> Cabalgamos lentamente por el escenario de la mañana; estábamos rodeados de caballos muertos y agonizantes, innumerables, y próximo a mí yacía un soldado ruso, boca abajo e inmóvil. En un viñedo, un poco a mi derecha, también había un soldado turco, muerto. Los caballos, casi todos muertos, estaban desensillados, y las actitudes de algunos delataban un dolor extremo… ¡Y después los soldados heridos que se arrastraban hacia las colinas[371]!

De los 661 hombres que habían iniciado la carga, 113 fueron abatidos, 134 heridos y 45 fueron tomados prisioneros; 362 caballos se perdieron o murieron. Las bajas no fueron mucho más numerosas que las que sufrieron los rusos (180 muertos y heridos, casi todos ellos de las dos primeras líneas defensivas) y en realidad mucho más bajas que las que dio la prensa británica. *The Times* informó que 800 jinetes de caballería habían entablado batalla y que sólo 200 habían regresado; el *Illustrated London News* consignó que apenas 163 habían vuelto con vida de la carga. A partir de esas cifras se difundió rápidamente la historia de un trágico «error» redimido por el sacrificio heroico. El mito que quedó grabado en la piedra por el famoso poema de Alfred Tennyson, «La carga de la Brigada Ligera», publicado apenas dos meses después del acontecimiento.

«¡Adelante, Brigada Ligera!».
¿Hubo acaso un hombre que se afligiera?
No, aunque los soldados sabían
que alguien cometía un error:
replicar no correspondía,
ni preguntar la razón,
avanzar y morir era su obligación:
en el valle de la Muerte
los Seiscientos se juegan su suerte.

Pero contrariamente al mito de «un glorioso desastre», la carga fue, en ciertos aspectos, un éxito pese a las nutridas bajas. El objetivo de una carga de caballería era dispersar las líneas enemigas y asustarlas para que se alejaran del campo de batalla, y en este aspecto, tal como lo reconocieron los rusos, la Brigada Ligera había logrado su objetivo. El verdadero error de los británicos en Balaclava no fue tanto la carga de la Brigada Ligera como el hecho de que no hubieran perseguido a la caballería rusa y eliminado al resto del ejército de Liprandi una vez que la Brigada Pesada lo había puesto en fuga y la Brigada Ligera lo había interceptado en medio de su huida[372].

Los británicos inculparon a los trucos de su derrota en Balaclava, acusándolos de cobardía por haber abandonado los reductos. Además, más tarde alegaron que habían saqueado propiedades, no sólo de la caballería británica, sino también de los asentamientos cercanos, donde, según se dijo, «habían cometido algunas crueldades a sangre fría contra los desafortunados aldeanos de los alrededores de Balaclava, cortando el cuello a los hombres y despojando sus cabañas de todo lo que contenían». El intérprete turco de Lucan, John Blunt, pensaba que las acusaciones eran injustas y que, si se había producido alguna clase de saqueo, había sido cometido por «esa indefinida muchedumbre que seguía a los campamentos y merodeaba alrededor del campo de batalla». Los turcos fueron tratados terriblemente mal durante el resto de la campaña. Cotidianamente eran víctimas de los golpes, los

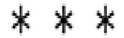
maltratos y las burlas de los soldados británicos, quienes a veces incluso los usaban «para que los llevaran, a ellos y sus mochilas, cargados sobre la espalda para cruzar los estanques y los pantanos del camino de Balaclava», según Blunt. Considerados por los británicos casi como esclavos, las tropas turcas eran empleadas para excavar trincheras o para transportar cargas pesadas entre Balaclava y los altos de Sebastopol. Como su religión les prohibía comer casi todos los alimentos incluidos en las raciones británicas, nunca recibían suficiente comida; desesperados, algunos de ellos empezaron a robar, delito por el que sus amos británicos los azotaban, excediendo con mucho el máximo de cuarenta y cinco latigazos permitido para las tropas de la reina. De los 4000 soldados turcos que combatieron en Balaclava el 25 de octubre, la mitad había muerto de desnutrición a finales de 1854, y muchos de los sobrevivientes estaban demasiado debilitados para cumplir con el servicio activo. Sin embargo, los turcos se comportaron con dignidad y Blunt, al menos, quedó «muy impresionado por la paciencia con la que soportaban los malos tratos y todos los sacrificios a los que los sometían». Rustem Pachá, el oficial egipcio a cargo de las tropas turcas en Balaclava, los instaba a «ser pacientes y resignados, y a no olvidar que las tropas británicas eran huéspedes del sultán y estaban luchando en defensa de la integridad del Imperio otomano»[373].

Los rusos celebraron Balaclava como una victoria. La captura de los reductos de los altos del Paso Elevado fue desde luego un éxito táctico. El día siguiente, en Sebastopol, se ofició un servicio ortodoxo mientras los cañones británicos eran exhibidos por las calles a través de toda la ciudad. Los rusos disponían ahora de una posición dominante desde la que podían atacar la línea de aprovisionamiento británica entre Balaclava y los altos de Sebastopol; los británicos estaban confinados dentro de su línea defensiva interna, situada en las colinas que rodeaban Kadikoi. Los soldados rusos desfilaron por Sebastopol con trofeos consegui-

dos en el campo de batalla: abrigos, espadas, guerreras, chacós, botas y caballos británicos. La victoria levantó inmediatamente la moral de la guarnición de Sebastopol. Por primera vez desde la derrota del Alma, los rusos sintieron que eran un enemigo a la altura de los ejércitos británicos en el campo de batalla.

El zar se enteró de la supuesta victoria en su palacio de Gatchina, el 31 de octubre, cuando llegó de Sebastopol el correo matinal. Anna Tiutcheva, que estaba con la emperatriz en la Sala del Arsenal, escuchando un recital de Beethoven, escribió en su diario ese mismo día:

> Las noticias nos han levantado el espíritu. El zar, que se acercó a la emperatriz para darle la noticia, estaba tan superado por la emoción que, ante todos nosotros, se arrodilló frente a los sagrados iconos y rompió a llorar. La emperatriz y su hija María Nikolaevna, creyendo que la enorme perturbación del zar significaba que Sebastopol había caído, también cayeron de rodillas, pero él las calmó, les dio la alegre noticia y de inmediato ordenó que se oficiara un servicio de acción de gracias, al que asistió la corte en pleno[374].



Alentados por su éxito en Balaclava, al día siguiente los rusos lanzaron un ataque sobre el flanco derecho del ejército británico, en las montañas Cosaco, una cadena con forma de «V» de ondulantes planicies, de 2,5 kilómetros de longitud, que se extendía de norte a sur entre el sector este de Sebastopol y el estuario del Chernaya, un accidente geográfico que los británicos designaban con el nombre de Monte Inkerman. El 26 de octubre, 5000 soldados rusos, bajo el mando del coronel Fedorov, marcharon hacia el este de Sebastopol, giraron a la derecha para ascender las montañas Cosaco y cayeron sobre los desprevenidos soldados de la 2.ª División de De Lacy Evans, acampados en el extremo sur de la altiplanicie, en un lugar denominado cresta del Hogar, donde los altos descendían con laderas empinadas a la llanura de Balaclava. Evans sólo tenía 2600 soldados a su disposición, ya

que el resto de su división estaba en otra parte, cumpliendo servicio de trincheras, pero los piquetes periféricos apostados en la colina del Obús contuvieron a los rusos con sus rifles Minié, mientras Evans traía más artillería e instalaba dieciocho cañones en un sitio oculto. Los británicos atrajeron al enemigo hacia la artillería y lo dispersaron con un fuego devastador que dejó cientos de muertos y heridos rusos en el terreno lleno de zarzas que se extendía delante de la cresta del Hogar[375].

Más rusos fueron tomados prisioneros, muchos de los cuales se rindieron o desertaron para pasarse al bando británico. Contaron anécdotas espantosas sobre las condiciones reinantes en Sebastopol, donde había escasez de agua y los hospitales estaban atestados de víctimas del bombardeo, así como de enfermos de cólera. Un oficial alemán al servicio de los rusos dijo a los británicos que «se habían visto obligados a marcharse de Sebastopol a causa del espantoso olor que flotaba en la ciudad, y que en su opinión la ciudad caería muy pronto en manos de los británicos, ya que los muertos y los heridos yacían en las calles». Según Godfrey Mosley, tesorero del 20.º Regimiento:

> El ejército que salió de Sebastopol para atacar el otro día […] estaba lleno de soldados borrachos. Los hospitales olían tan mal con ellos dentro que nadie podía quedarse más de un minuto en el lugar y un oficial que habían tomado prisionero nos dijo que le habían estado dando vino hasta ponerlo a tono y le habían preguntado quién saldría y empujaría al mar a los Perros Ingleses, en vez de lo cual lo que hicimos fue devolverlos a la ciudad con alrededor de 700 bajas en muy breve tiempo. El mismo oficial nos dijo que podríamos haber entrado en la ciudad fácilmente en cuanto llegamos aquí, pero que ahora nos resultaría más difícil[376].

En realidad, el ataque de los rusos fue un reconocimiento previo a un nuevo ataque de mayor envergadura contra las fuerzas inglesas apostadas en los altos de Inkerman. La iniciativa de ese ataque provino del zar, quien se había enterado de la intención de Napoleón de enviar más tropas a Crimea, y creía que Mens-

hikov debía usar su superioridad numérica para romper el sitio lo más pronto posible, antes de que llegaran los refuerzos franceses, o al menos con el propósito de imponer un retraso a los aliados hasta que llegara el invierno al rescate de los rusos («Tengo dos generales que no me fallarán: el general Enero y el general Febrero», dijo Nicolás, adoptando el antiguo cliché de 1812). El 4 de noviembre los rusos habían recibido refuerzos con la llegada de dos divisiones de infantería del 4.º Cuerpo de Besarabia, la 10.ª División bajo el mando del teniente general Soimonov y la 11.ª División comandada por el teniente general Pavlov, lo cual aumentó las fuerzas a disposición de Menshikov a 107 000 hombres, sin incluir a los marineros. Al principio Menshikov se había opuesto a la idea de una nueva ofensiva (todavía se inclinaba por la posibilidad de abandonar Sebastopol en manos del enemigo), pero el zar se mostró firme y categórico e incluso envió a sus hijos, los grandes duques Miguel y Nicolás, para que alentaran a las tropas e hicieran cumplir su voluntad. Bajo presión, Menshikov accedió a atacar, creyendo que los británicos eran un contrincante menos formidable que los franceses.

Si los rusos podían instalarse con baterías de artillería en el monte Inkerman, las líneas de asedio aliadas de la derecha se encontrarían bombardeadas desde atrás y, si no recuperaban los altos, los aliados se verían forzados a abandonar el asedio[377].

Pese a todas las bajas sufridas por los rusos, su incursión del 26 de octubre había revelado la debilidad de las defensas británicas en el monte Inkerman. De Lacy Evans y Burgoyne habían advertido varias veces a Raglan de que esas alturas, un punto crucial, eran vulnerables, y que debían ser reforzadas y fortificadas; Bosquet, el comandante de una división de infantería apostada en los altos de Sapoune, al sur de Inkerman, también había añadido sus advertencias en cartas que casi diariamente enviaba al comandante británico, mientras que Canrobert incluso había ofrecido su ayuda inmediata. Pero Raglan no había hecho nada

por fortificar las defensas, incluso después de la ofensiva de los rusos, cuando el comandante francés quedó atónito al enterarse de que «una posición tan importante y tan expuesta» había permanecido «totalmente desprotegida y sin fortificaciones»[378].

La actitud de Raglan no se debía simplemente a la negligencia, sino que era también un riesgo calculado: los británicos eran demasiado pocos para poder proteger todas sus posiciones; estaban seriamente forzados y hubieran sido incapaces de rechazar un ataque general lanzado simultáneamente contra varios puntos diferentes de sus líneas. En la primera semana de noviembre, la infantería británica estaba exhausta. Apenas si habían tenido descanso desde el desembarco en Crimea, tal como el soldado Henry Smith recordó en una carta que dirigió a sus padres en febrero de 1855:

> Después de la batalla del Alma y de la marcha hacia Balaclava, inmediatamente nos pusieron a trabajar, empezando el día 24 de septiembre, y durante ese tiempo no tuvimos más de 4 horas de sueño cada 24, y con mucha frecuencia ni siquiera teníamos tiempo para preparar un bote de café, antes de que nos enviaran a cumplir alguna otra tarea, hasta que se inició el sitio el 14 de octubre, y aunque la metralla y las balas llovían como granizo, estábamos tan horriblemente fatigados por lo que habíamos pasado, y tan indiferentes, que incluso podíamos tendernos y dormir ante la boca de un cañón […]. Con frecuencia estábamos 24 horas en las trincheras, y creo que no estábamos secos ni una hora de esas 24, así que cuando volvíamos al campamento estábamos mojados hasta los huesos y cubiertos de lodo, y en ese mismo estado tuvimos que marchar a la batalla de Inkerman sin un pedazo de pan ni un sorbo de agua para satisfacer las necesidades básicas del hambre y la sed[379].

El plan de Menshikov era una versión más ambiciosa de la incursión ofensiva del 26 de octubre («La pequeña Inkerman», como se conoció más tarde ese ensayo general). La tarde del 4 de noviembre, sólo unas horas después de la llegada desde Besarabia del 4.º Cuerpo, ordenó que la ofensiva se iniciara a las seis de la mañana siguiente. Soimonov lideraría una fuerza de 19 000

hombres y 38 cañones que avanzaría por la misma ruta seguida el 26 de octubre. Tras capturar la colina del Obús, se les uniría allí la fuerza de Pavlov (16 000 hombres y 96 cañones), que debían cruzar el río Chernaya y ascender a los altos desde el puente Inkerman. Bajo las órdenes del general Dannenberg, quien asumiría el mando a partir de ese momento, la fuerza debía expulsar a los británicos del monte Inkerman, mientras el ejército de Liprandi distraía a las fuerzas de Bosquet apostadas en los altos de Sapoune.

El plan requería un alto grado de coordinación entre las unidades ofensivas, y eso era demasiado esperar de cualquier ejército en una época anterior a la radio, y menos aún en el caso de los rusos, que carecían de mapas precisos y detallados[380]. También exigía un cambio de comandante en medio del combate (una receta para el desastre, especialmente porque Dannenberg, un veterano de las guerras napoleónicas, tenía antecedentes de derrotas e indecisiones que difícilmente inspirarían a los hombres). Pero el mayor defecto de todo el plan era la idea de que una fuerza de 35 000 hombres y 134 cañones podía incluso ser desplegada en la estrecha cresta que era la colina del Obús, una extensión rocosa cubierta de maleza y de apenas 300 metros de ancho. Advirtiendo que el plan era poco factible, Dannenberg empezó a cambiarlo a último momento. A última hora de la noche del 4 de noviembre ordenó a los hombres de Soimonov que no subieran al monte Inkerman por el lado norte, tal como había sido planeado, sino que marcharan hacia el este hasta llegar al puente Inkerman, para cubrir el cruce del río de las fuerzas de Pavlov. Desde el puente, las fuerzas ofensivas debían ascender a los altos desde tres puntos diferentes y rodear a los británicos desde los flancos. El cambio súbito resultó confuso, pero la confusión se agravaría aún más. A las tres de la mañana, la columna de Soimonov se desplazaba hacia el este de Sebastopol, hacia el monte Inkerman, cuando recibió otro mensaje de Dannenberg que le

ordenaba avanzar en dirección opuesta y atacar desde el oeste. Pensando que otro cambio de planes pondría en peligro toda la operación, Soimonov ignoró la orden, pero en vez de reunirse con Pavlov en el puente, siguió su propio plan preferido, que era atacar desde el norte. Así, los tres comandantes entablaron la batalla de Inkerman siguiendo planes completamente diferentes[381].

A las cinco de la mañana, la guardia de avanzada de Soimonov había ascendido los altos en silencio, desde el lado norte, con 22 cañones de campaña. Los últimos tres días había caído una densa lluvia y las empinadas laderas estaban resbaladizas y llenas de lodo; los hombres y los caballos movieron los cañones pesados con dificultad. La lluvia había parado esa misma noche y flotaba ahora una niebla densa que ocultó el ascenso de las tropas rusas. «La niebla nos cubrió –recordó el capitán Andrianov–. No veíamos más que a unos pocos metros. La humedad nos congelaba los huesos[382]».

La densa niebla iba a desempeñar un papel crucial en el combate inminente. Los soldados no alcanzaban a ver a sus comandantes, cuyas órdenes se volvieron prácticamente irrelevantes. Las tropas confiaron, en cambio, en los oficiales de su compañía, luchando por su cuenta o junto a los camaradas que alcanzaban a ver en medio de la niebla, en general de manera improvisada. Sería «una batalla de los soldados», la prueba definitiva de un ejército moderno. Todo dependía de la cohesión de las pequeñas unidades, y cada hombre se convirtió en su propio general.

En las primeras horas, la niebla jugó a favor de los rusos. Cubrió el acercamiento de las tropas y las llevó hasta poca distancia de las posiciones británicas, eliminando así la desventaja que implicaban sus mosquetes y su artillería con respecto al mayor alcance de los rifles Minié. Los piquetes británicos apostados en la colina del Obús no advirtieron el acercamiento de los rusos: se habían refugiado del mal tiempo desplazándose al pie de la coli-

na, desde donde no veían nada. Los sonidos de advertencia producidos por un ejército en marcha, que habían sido audibles más temprano, no consiguieron suscitar el apropiado estado de alerta. El soldado Bloomfield estaba de guardia esa noche en el monte Inkerman y advirtió los ruidos de la agitación que reinaba en Sebastopol por algún motivo (las campanas de las iglesias habían estado repicando de manera intermitente durante la noche), pero no alcanzó a ver nada. «Había mucha niebla, tanta que no podíamos distinguir a un hombre a 10 metros de distancia, y casi toda la noche cayó una fina lluvia –recordó Bloomfield–.Todo anduvo bien hasta alrededor de la medianoche, cuando algunos de nuestros centinelas informaron haber escuchado ruidos de ruedas y de descargas de municiones y obuses, pero el oficial de campo que estaba de servicio no les prestó más atención. Toda la noche, desde alrededor de las nueve de la noche, las campanas repicaron, y las bandas tocaban y de la ciudad llegaban los sonidos de una gran conmoción».

Antes de darse cuenta, los piquetes de la colina del Obús fueron dominados por la vanguardia de Soimonov y luego, casi de inmediato, emergiendo de la niebla, aparecieron las primeras columnas de la infantería, 6000 hombres de los regimientos de Kolivanski, Ekaterimburgo y Tomsk. Los rusos instalaron sus cañones en la colina del Obús y empezaron a obligar a los británicos a retroceder. «Mientras nos retirábamos los rusos se abalanzaron sobre nosotros prorrumpiendo en los aullidos más brutales que se pueda imaginar», recordó el capitán Hugh Rowlands, al mando del piquete, quien hizo retroceder a sus hombres hasta el siguiente terreno elevado y les ordenó que abrieran fuego, sólo para descubrir que sus rifles no funcionaban porque las municiones se habían mojado con la lluvia[383].

El sonido de los disparos finalmente dio la alarma en el campamento de la 2.ª División, donde los soldados iban de acá para allá en ropa interior, vistiéndose y plegando sus tiendas antes de

aferrar sus rifles y formar filas. «Hubo mucho apresuramiento y confusión –recuerda George Carmichael, del Regimiento Derbyshire–. Algunos animales de carga, asustados por los disparos, aparecieron galopando a través del campamento, y los hombres que habían estado fuera cumpliendo diferentes tareas llegaron corriendo para unirse a las filas[384]».

El mando fue asumido por el general Pennefather, segundo de De Lacy Evans, quien más temprano se había herido al caer de su caballo, pero que de todas maneras estaba presente como asesor. Pennefather eligió una táctica diferente de la empleada por Evans el 26 de octubre. En vez de retroceder para atraer al enemigo hacia los cañones que estaban detrás de la cresta del Hogar, siguió reponiendo fusileros en la línea de los piquetes para mantener a los rusos a la mayor distancia posible, hasta que llegaran los refuerzos. Pennefather no sabía que su división era superada en número por los rusos en una proporción mayor de seis a uno, pero su táctica se basaba en la esperanza de que la espesa niebla ocultara la escasez de sus efectivos a los ojos de los rusos.

Los hombres de Pennefather combatieron con valor y contuvieron a los rusos. Luchaban en pequeños grupos, separados entre sí por la niebla y el humo, y estaban demasiado adelantados como para que Pennefather pudiera verlos, por no hablar de controlarlos, o para ser apoyados con alguna precisión por las dos baterías de campo emplazadas en la cresta del Hogar, que disparaban ciegamente más o menos en dirección al enemigo. Refugiado con su regimiento detrás de los cañones británicos, Carmichael vio que los artilleros hacían lo que podían para mantenerse a la altura del poder muchísimo mayor de las baterías rusas:

> Disparaban, me imagino, contra los fogonazos de los cañones enemigos emplazados en la colina del Obús, y como respuesta atraían densas salvas contra sí. Algunos [de los artilleros] cayeron, y nosotros también sufrimos bajas, pese a que se nos había ordenado permanecer

> cuerpo a tierra para lograr la mayor protección posible de las rocas. Recuerdo que una bala de cañón se abrió paso por mi compañía, arrancó el brazo izquierdo y ambas piernas a un hombre de la primera fila y mató al que estaba en la fila de detrás sin causarle ninguna herida perceptible. Otras bajas se produjeron también en otras compañías [...] Los cañones [...] disparaban con tanta rapidez como podían recargar, y cada descarga y recarga sucesiva los acercaban más a nuestras filas [...]. Ayudamos a los artilleros a poner los cañones en posición, y algunos hombres también colaboraron acarreando municiones[385].

En esa fase, lo principal era mantener el nivel de ruido de las descargas, para hacer creer a los rusos que los británicos tenían más artillería de la que en realidad poseían, trasladar las municiones y esperar que llegaran refuerzos.

Si Soimonov hubiera conocido el grado de debilidad de las defensas británicas, seguramente habría ordenado una carga contra la cresta del Hogar, pero en la niebla no alcanzaba a ver nada, y las densas descargas del enemigo, cuyos rifles Minié eran de una precisión letal disparados desde la corta distancia a la que se encontraban los británicos, lo convencieron de que debía esperar que los hombres de Pavlov se le unieran en la colina del Obús antes de lanzar un ataque de la infantería. A los pocos minutos, el propio Soimonov resultó muerto a consecuencia de un disparo. Asumió el mando el coronel Pristovoitov, quien murió pocos minutos más tarde, y fue sucedido por el coronel Uvazhnov-Aleksandrov, quien corrió rápidamente la misma suerte. Después de eso, ya no se supo con claridad quién asumía el mando, ya que nadie se ofreció a hacerlo, y se envió al capitán Andrianov, a caballo, a consultar con varios generales sobre la cuestión, algo que desperdició un tiempo muy valioso[386].

Mientras tanto, a las cinco de la mañana, Pavlov había llegado al puente Inkerman, sólo para descubrir que el destacamento naval no lo había preparado para su uso, tal como lo había ordenado Dannenberg. Tuvieron que esperar hasta las siete de la mañana a que el puente estuviera listo y pudieran cruzar el Chernaya.

Desde allí, se desplegaron y ascendieron a las alturas desde tres direcciones diferentes: los regimientos Ojotski, Yakutski y Selenginski, y casi toda la artillería desde la derecha para llegar a la cumbre por el camino del Zapador y unirse a los hombres de Soimonov; el Regimiento Borodinski por la ruta del centro a lo largo del barranco Volovia, y el Regimiento Tarutinski trepó por las empinadas y rocosas laderas del barranco de la Cantera hacia la batería Saco de Arena, cubierta por los cañones de Soimonov[387].

Había feroces combates, colmados de disparos y descargas, en los altos –pequeños grupos de combatientes que corrían de aquí para allá, usando los densos arbustos para ocultarse y disparar como francotiradores–, pero el combate más intenso se produjo en el flanco derecho británico, alrededor de la batería del Saco de Arena. Veinte minutos después de haber cruzado el puente, los batallones de avanzada del Regimiento Tarutinski redujeron el pequeño piquete que protegía la batería, pero luego sufrieron una serie de ataques de una fuerza británica combinada de 700 hombres, bajo el mando del brigadier Adams. En una frenética lucha cuerpo a cuerpo, la batería del Saco de Arena cambió de manos varias veces. A las ocho, los hombres de Adam eran superados por los rusos en una proporción de diez a uno, pero debido a la estrecha cornisa en la que se desarrollaba la lucha por la batería, los rusos no lograron hacer pesar su superioridad numérica en un solo combate. Una vez que los británicos recuperaron la batería, los rusos insistieron y lanzaron una serie de ataques contra ellos. El soldado Edward Hyde estaba en la batería con los hombres de Adams:

> La infantería rusa llegó hasta la batería y se encaramó al parapeto del frente y a los costados, y nos costó mucho contenerlos. Veíamos sus cabezas por encima del parapeto, o a través de las troneras, les disparamos o empleamos nuestras bayonetas con tanta rapidez como podíamos. Venían como hormigas; en cuanto uno era rechazado, otro trepaba sobre los cadáveres para ocupar su lugar, todos ellos aullando y gri-

> tando. Nosotros, en la batería, no nos quedábamos quietos, sin duda, y con esos vítores y aullidos, el ruido de los golpes, el entrechocar de bayonetas y espadas, el silbido de las balas, el zumbido de los obuses, la atmósfera brumosa y el olor de la pólvora y la sangre, la escena dentro de la batería trascendía cualquier poder humano de descripción e imaginación[388].

Finalmente resultó imposible seguir rechazando a los rusos –irrumpieron en la batería como un enjambre– y Adams y sus hombres se vieron obligados a retroceder hacia la cresta del Hogar. Pero pronto llegaron refuerzos, el duque de Cambridge con los Granaderos, y se lanzó un nuevo ataque contra los rusos agrupados alrededor de la batería Saco de Arena, que a estas alturas había adquirido un valor simbólico que excedía con mucho su importancia militar para ambos bandos. Los Granaderos cargaron contra los rusos con las bayonetas en ristre, mientras Cambridge les gritaba a sus hombres que se mantuvieran en terreno alto y no se dispersaran persiguiendo a los rusos ladera abajo, pero pocos podían oír las órdenes del duque o verlo en medio de la niebla. Entre los Granaderos estaba George Higginson, quien fue testigo de la carga por la ladera escarpada contra el enemigo que avanzaba:

> Los vítores exultantes […] confirmaron mi temor de que los nuestros muy pronto estarían fuera del alcance, dispersos, y de hecho, salvo por un breve período del largo día en el que conseguimos mantener cierta clase de formación regular, el combate se libró por grupos aislados bajo el mando de los oficiales de las compañías, que, debido a la niebla y al humo de los mosquetes, no lograron ningún resultado definitivo.

La lucha se tornó cada vez más frenética y caótica, mientras un bando atacaba al otro persiguiéndolo ladera abajo, sólo para ser contraatacado por otro grupo de hombres que se encontraba más arriba sobre la ladera de la colina. Los soldados de ambos bandos perdieron toda disciplina y se convirtieron en turbas desordenadas, sin control de sus oficiales e impulsadas por la furia

y el miedo (actitud que se exacerbaba a causa de que no podían verse entre sí debido a la niebla). Atacaron y contraatacaron, entre aullidos y gritos, disparos de las armas, dando mandobles a diestro y siniestro con sus espadas, y cuando se quedaron sin municiones, se arrojaban rocas entre sí, blandían sus rifles como garrotes e incluso se daban patadas y mordiscos[389].

En esta clase de contienda, la cohesión de las pequeñas unidades de combate era decisiva. Todo dependía de que los grupos de hombres y sus mandos pudiesen mantener la disciplina y la unidad, de que fuesen capaces de organizarse y de mantenerse juntos durante la lucha sin perder el valor ni escapar a consecuencia del miedo. Los soldados del Regimiento Tarutinski fallaron en esa prueba crucial. Chodasiewicz era uno de los oficiales de compañía del 4.º Batallón del Regimiento Tarutinski. Su tarea era tomar el lado este del monte Inkerman, para dar cobertura a las otras tropas de Pavlov y que pudieran trasladar gaviones y haces de leña para excavar una trinchera alrededor de la posición británica. Su unidad se extravió en medio de la densa niebla, viró hacia la izquierda y se mezcló con los contrariados soldados del Regimiento Ekaterimburgo, que se contaban entre las tropas de Soimonov, que ya se hallaban en los altos y quienes los condujeron de regreso, colina abajo, hasta el barranco de la Cantera. Para entonces, Chodasiewicz ya había perdido todo control sobre sus hombres, quienes se encontraban totalmente dispersos entre los efectivos del Regimiento Ekaterimburgo. Sin dirección de sus oficiales, algunos de los hombres del Regimiento Tarutinski empezaron a escalar nuevamente la ladera. Frente a ellos podían distinguir a algunos de sus camaradas «de pie ante una pequeña batería, gritando "¡Hurra!" y haciéndonos señas con sus gorras para que nos acercáramos –recordó Chodasiewicz–; los clarines constantemente tocaban a avance, y varios de mis hombres rompieron filas para adelantarse a la carrera». En la batería Saco de Arena, Chodasiewicz encontró a sus hombres en un desorden

total. Había varios regimientos tan mezclados que sus estructuras de mando habían desaparecido por completo. Ordenó a sus hombres que cargaran con las bayonetas en ristre, y redujeron a los británicos de la batería, pero no siguieron avanzando más allá; se quedaron en cambio dentro de la batería, donde «olvidaron su deber y se dedicaron a vagar en busca de botín», recordó otro oficial, quien pensó que «todo esto ocurrió por la falta de oficiales y de capacidad de liderazgo».

Con la niebla y la mezcla de los soldados, hubo muchos casos en que los rusos dispararon contra sus propias fuerzas. Las tropas de Soimonov, especialmente el Regimiento Ekaterimburgo, empezaron a disparar contra los hombres que se encontraban en el interior de la batería Saco de Arena, algunos de ellos creyendo que disparaban contra el enemigo, otros cumpliendo las órdenes de un oficial que temía que sus hombres se insubordinaran e intentaba disciplinarlos por medio de la descarga. «El caos era extraordinario –rememoró Chodasiewicz–: algunos de los hombres protestaban contra el Regimiento Ekaterimburgo, otros pedían a gritos artillería, los clarines llamaban a avanzar constantemente y los tambores redoblaban dando la señal de ataque, pero a nadie se le ocurría moverse; allí permanecían todos juntos como un rebaño de ovejas». Un toque de clarín que indicaba una maniobra hacia la izquierda causó pánico entre los hombres del Tarutinski, quienes creyeron que alcanzaban a oír los ruidos distantes de los tambores franceses. «De todas partes llegaban gritos de "¿Dónde está la reserva?"», recordó un oficial. Temiendo no tener ningún respaldo, las tropas empezaron a bajar la ladera en estampida. Según Chodasiewicz, «los oficiales gritaban a los hombres que se detuvieran, pero ninguno pensó en detenerse, sino que cada uno seguía la dirección que le dictaba su imaginación o su miedo». Ningún oficial, ni los de rango más alto, consiguió detener a los hombres aterrorizados, que siguieron corriendo hasta el fondo del barranco de la Cantera y se apiñaron alre-

dedor del acueducto de Sebastopol, el único accidente capaz de poner freno a la huida. Cuando el teniente general Kiriakov, comandante de la 17.ª División de Infantería, que había estado ausente en el Alma, apareció en el acueducto y cabalgó entre los hombres en su caballo blanco, blandiendo su látigo contra los hombres y ordenándoles a gritos que volvieran a ascender la ladera, los soldados le prestaron poca atención y le gritaron como respuesta: «¡Suba usted si quiere!». Chodasiewicz recibió la orden de reunir a su compañía, pero sólo le quedaban 45 hombres de los 120 originales[390].

Los soldados del Regimiento Tarutinski no se habían equivocado cuando pensaron que oían el sonido de los tambores franceses. A las siete de la mañana, Raglan había enviado una petición urgente de ayuda a Bosquet, que se encontraba en los altos de Sapoune, después de haber ido a inspeccionar el combate en la cresta del Hogar (también había dado la orden de que trajeran dos cañones pesados, de 18 libras, para contrarrestar las salvas rusas, pero su orden se había perdido). Los hombres de Bosquet ya habían percibido que los británicos estaban en peligro cuando escucharon los primeros disparos. Los zuavos incluso habían escuchado los ruidos del avance ruso la noche anterior –su experiencia africana les había enseñado a percibir todos los movimientos pegando la oreja al suelo– y estaban listos para la orden de atacar aun antes de que llegara. Nada era más adecuado para su método de combate que la niebla densa y el terreno cubierto de arbustos y malezas de las laderas: estaban acostumbrados a la lucha en las montañas desde que habían estado en Argelia, y eran expertos en combatir en pequeños grupos y tendiendo emboscadas al enemigo. Los zuavos y los Cazadores estaban deseando avanzar, pero Bosquet los refrenó, temeroso del ejército de Liprandi (22 000 soldados y 88 cañones de campaña apostados en el Valle Sur bajo el mando de Gorchakov), que había iniciado un cañoneo distante contra los altos de Sapoune. «¡Adelante! ¡Avancemos! ¡Es hora

de acabar con ellos!», gritaban los zuavos con impaciencia cuando Bosquet apareció entre sus filas. Estaban furiosos mientras el general caminaba ante ellos. «Un motín era inminente», rememoró Louis Noir, quien se encontraba en la primera columna de zuavos:

> El profundo respeto y genuino afecto que sentíamos por Bosquet fueron puestos a prueba por la impetuosidad de las viejas bandas argelinas. De repente, Bosquet giró sobre sí mismo y desenvainó la espada, poniéndose a la cabeza de sus zuavos, sus Cazadores y sus turcos, tropas invictas que conocía desde hacía años, y apuntando con su espada hacia los 20 000 soldados rusos acumulados en los reductos de los altos del enemigo, gritó con voz tonante: «*En avant! A la baïonnette!*»[391].

De hecho, el ejército de Liprandi no era tan numeroso como Bosquet había temido, dado que Gorchakov había decidido, neciamente, apostar la mitad de los hombres detrás del río Chernaya como reserva, y dispersar al resto en las laderas más bajas de los altos de Sapoune y de la batería Saco de Arena. Pero los zuavos no sabían nada de eso, y tampoco podían ver al enemigo a causa de la niebla, así que atacaron con una energía feroz para compensar de esa manera lo que, según creían, era su desventaja numérica. Avanzando en pequeños grupos y usando los matorrales para cubrirse mientras disparaban contra las columnas rusas, su táctica era espantar a los rusos por cualquier medio. Aullaron, gritaron y dispararon al aire mientras avanzaban. Sus clarines sonaban con estridencia y sus tambores redoblaban con tanta intensidad como les era posible. Jean Cler, un coronel del 2.° Regimiento de Zuavos, incluso dijo a sus hombres mientras se aprestaban para el combate: «Extiendan sus pantalones para que parezcan tan anchos como sea posible, y exhíbanse tan ferozmente como puedan»[392].

Los rusos fueron avasallados por el ataque de los zuavos, cuyos rifles Minié eliminaron a cientos de hombres durante los primeros segundos de la carga. Corriendo ladera arriba alrededor

de la cresta del Hogar, los zuavos expulsaron a los rusos de la batería Saco de Arena y los persiguieron hasta el fondo del barranco de San Clemente. Su impulso los hizo llegar hasta el interior del barranco de la Cantera, y entablar combate con los soldados del Regimiento Tarutinski, que se dejaron llevar por el pánico ante el ataque y dispararon contra los recién llegados, matando principalmente a sus propios hombres, antes de que los zuavos se retiraran del fuego cruzado y treparan hacia la cresta del Hogar.

Allí encontraron a los británicos luchando desesperadamente contra las fuerzas del ala derecha del movimiento de pinza de Pavlov: los regimientos Ojotski, Yakutski y Selenginski, que se habían unido al resto de las tropas de Soimonov y, bajo el mando de Dannenberg, se dirigían a atacar una vez más la batería Saco de Arena. El combate era brutal, oleada tras oleada de soldados rusos cargaba con sus bayonetas en ristre, sólo para caer bajo los disparos de los británicos o para entablar lucha «mano a mano, pie a pie, cara a cara, culata a culata», recordó el capitán Wilson, de los Guardias Coldstream[393]. Los Guardias eran ampliamente superados en número por los rusos y necesitaban refuerzos con urgencia en el momento en que finalmente llegaron seis compañías de la 4.ª División de Cathcart, bajo el mando del general Torrens. Los nuevos soldados ardían por entrar en combate (se habían perdido la acción en Balaclava y en el Alma) y, cuando se les ordenó atacar a los rusos que se encontraban en la cresta, junto a la batería Saco de Arena, cargaron por el valle contra ellos, perdiendo toda disciplina y poniéndose en la línea de fuego de los regimientos Yakutski y Selenginski, apostados en los altos. Entre los que resultaron muertos bajo la lluvia de fuego se contó el propio Cathcart, y el lugar donde fue sepultado se hizo conocido con el nombre de «la colina de Cathcart».

Para entonces, los Guardias y los de Cambridge, 100 hombres en total, estaban en la batería Saco de Arena. Se enfrentaban. Enfrentaban a 2000 rusos. Ya no les quedaban municiones. El du-

que propuso defender la batería Saco de Arena –un sacrificio necio para una posición relativamente menor dentro del campo de batalla–, pero sus oficiales lo disuadieron: sería desastroso que el primo de la reina y los guardias que lucían los colores reales fueran llevados ante el zar. Entre los oficiales que disuadieron al duque se encontraba Higginson, quien encabezó la retirada a la cresta del Hogar. «Apiñados alrededor de los Colores», recordó:

> […] los hombres se retiraban de espaldas, dando la cara al enemigo, con sus bayonetas listas por si «cargaban». Cuando un camarada caía, herido o muerto, el de al lado ocupaba su lugar y mantenía compacto al grupo, que se reducía gradualmente, pero que obstinadamente se empecinaba en proteger los estandartes. […] Felizmente, el terreno que se extendía a nuestra derecha era tan escarpado que no permitía al enemigo flanquearnos por ese lado. De cuando en cuando algunos soldados rusos, más audaces que sus camaradas, se abalanzaban contra nuestro grupo compacto, y dos o tres de nuestros granaderos se adelantaban con sus bayonetas en ristre y los obligaban a retroceder. No obstante, nuestra situación era crítica.

En este momento aparecieron en la cresta los hombres de Bosquet. Los ingleses nunca habían celebrado tanto la llegada de los franceses. Los Guardias los aclamaron en cuanto los vieron, gritando: «*Vivent les Français!*», y los franceses replicaron: «*Vivent les Anglais!*[394]».

Azorados ante la llegada de los franceses, los rusos se retiraron a la colina del Obús e intentaron consolidar sus filas. Pero sus tropas se habían desmoralizado, ya que no creían tener muchas oportunidades contra los británicos y los franceses, y muchos soldados emprendieron la huida, aprovechando la niebla que los cubría para evitar ser vistos por sus oficiales. Durante un rato Dannenberg creyó que podría ganar gracias a su artillería: tenía casi cien cañones, incluyendo cañones de campaña de 12 libras y lanzaobuses, más de lo que tenían los británicos en la cresta del Hogar. Pero a las nueve y media finalmente llegaron dos cañones pesados de 18 libras que había enviado Raglan, y que abrieron

fuego sobre la colina del Obús: sus monstruosas descargas hicieron estragos en la batería rusa y obligaron a la artillería a retirarse del campo de batalla. Los rusos no estaban acabados. Todavía tenían 6000 hombres en los altos, y el doble de ese número en reserva al otro lado del río. Algunos siguieron atacando, pero las columnas que avanzaban fueron mermadas por los cañones pesados británicos.

Finalmente, Dannenberg decidió cancelar la acción y emprender la retirada. Tuvo que acallar las furiosas protestas de Menshikov y de los grandes duques, que habían observado la masacre desde una posición segura, a 500 metros detrás de la colina del Obús, y que pidieron a Dannenberg que cancelara la orden de retirada. Dannenberg dijo a Menshikov: «Alteza, cancelar la retirada de los soldados sería permitir que los aniquilaran hasta el último hombre. Si Su Alteza cree que debe ser así, tendrá la bondad de ordenarlo usted mismo, y asumir el mando, que dejo en sus manos». Este diálogo fue el principio de una larga y cruel discusión entre los dos hombres, que no se soportaban, ya que cada uno trataba de culpar al otro de la derrota de Inkerman, una batalla en la que los rusos habían superado ampliamente en número al enemigo. Menshikov inculpaba a Dannenberg, y Dannenberg culpaba a Soimonov, que estaba muerto, y todo el mundo echaba las culpas a los soldados por su indisciplina y cobardía. Pero en última instancia el desorden fue consecuencia de la falta de mando, y en lo referido a eso la culpa era de Menshikov, el comandante en jefe, quien perdió completamente el control y no tomó parte en la acción. El gran duque Nicolás, quien captaba perfectamente la personalidad de Menshikov, escribió a su hermano mayor Alejandro, quien pronto se convertiría en zar:

> Nosotros [los dos grandes duques] habíamos estado esperando al príncipe Menshikov cerca del puente Inkerman, pero no salió de su escondrijo hasta las seis y media de la mañana, cuando nuestras tropas ya habían ocupado la primera posición. Todo el tiempo estuvimos con el príncipe en el flanco derecho, y ni una vez alguno de los generales le

> envió un informe sobre el transcurso de la batalla. […] Los hombres se desordenaron porque estaban mal conducidos. […] El desorden tuvo su origen en Menshikov. Por asombroso que resulte, hay que decir que Menshikov no tenía ninguna clase de cuartel general, sólo tres personas dedicadas a esas tareas de manera que, si uno quería saber algo, no tenía idea de a quién preguntárselo[395].

Cuando se les ordenó retirarse, los rusos huyeron, presas del pánico, del campo de batalla, sin que sus oficiales pudieran detener la avalancha humana, mientras la artillería británica y francesa disparaba contra sus espaldas. «Estaban petrificados –recuerda un oficial francés–; ya no era una batalla, sino una masacre». Los rusos fueron segados por cientos, otros cayeron y fueron pisoteados por sus camaradas que corrían ladera abajo hacia el puente y se apiñaban para cruzarlo, o atravesaban el río a nado hasta la otra orilla[396].

Algunos de los franceses los persiguieron, y más o menos una docena de los soldados de la brigada Lourmel incluso entraron en Sebastopol. Abstraídos en la persecución, no advirtieron que estaban solos, ya que el resto de las tropas francesas habían emprendido el regreso mucho antes. Las calles de Sebastopol estaban virtualmente vacías, porque toda la población estaba en el campo de batalla, o de guardia en los bastiones. Los franceses vagaron por la ciudad, saqueando casas, y llegaron hasta los muelles, donde su aparición repentina sumió en el pánico a los civiles, que huyeron despavoridos, creyendo que el enemigo los había invadido. Los soldados franceses también tenían miedo. Con la esperanza de escapar por mar, abordaron el primer bote de remos que encontraron, pero justo cuando viraban alrededor del Fuerte Alexander para entrar en mar abierto, su bote fue hundido por un tiro directo de la batería de la Cuarentena. La historia de los soldados de Lourmel se convirtió en una inspiración para el ejército francés durante el largo asedio, y generó la convicción de que era posible tomar Sebastopol por medio de un único ataque temerario. Muchos creían que la historia de esos soldados

demostraba que los ejércitos aliados podrían –y deberían– haber aprovechado el momento en que los rusos huían de los altos de Inkerman para perseguirlos y entrar en la ciudad como habían hecho esos hombres audaces[397].

Los rusos perdieron alrededor de 12 000 hombres en el campo de batalla de Inkerman. Los británicos sufrieron 2610 bajas; los franceses 1276. Fue una enorme cantidad de muertos en apenas cuatro horas de combate, un porcentaje de bajas casi igual al de la batalla del Somme. Los muertos y heridos estaban apilados; pedazos humanos, desgarrados por la metralla, yacían por todas partes. El corresponsal de guerra Nicholas Wood observó:

> Algunos estaban decapitados limpiamente, como con un hacha; a otros les faltaban las piernas desde la altura de la cadera, a otros los brazos, y había otros que, heridos en el pecho o en el estómago, estaban literalmente aplastados como si los hubieran triturado con una máquina. Atravesados en el sendero, de lado a lado, yacían cinco Guardias [rusos[398]], que cayeron muertos por la misma bala de cañón mientras cargaban contra el enemigo. Yacían boca abajo en la misma actitud, con los mosquetes aferrados con fuerza, y todos tenían en el rostro la misma convulsa expresión de dolor.

A Louis Noir le pareció que los muertos rusos, casi todos los cuales habían perdido la vida a causa de las bayonetas, conservaban la expresión de «odio furioso» con que la muerte los había sorprendido. Jean Cler también recorrió el campo de batalla entre los muertos y los heridos.

> Algunos agonizaban, pero la mayor parte estaban muertos, y yacían de cualquier manera, unos sobre otros y en desorden. Había brazos levantados por encima de la masa de carne amarillenta, como si pidieran clemencia. Los muertos que yacían boca arriba en general tenían las manos extendidas, como para protegerse del peligro o pedir clemencia. Todos ellos tenían medallas, o pequeñas cajas de cobre que contenían imágenes de santos, o cadenas en torno al cuello.

Debajo de los muertos había hombres con vida, heridos y después sepultados bajo los que habían caído más tarde. «A veces,

desde el fondo de una pila de cadáveres –escribió André Damas, un capellán del ejército francés–, se alcanzaba a oír que había hombres que aún respiraban, pero carecían de la fuerza necesaria para levantar el montón de carne y hueso que los aplastaba; si alguien escuchaba sus débiles gemidos, pasaban largas horas antes de que pudieran rescatarlos[399]».

El general Codrington, de la División Ligera, quedó horrorizado por los carroñeros que robaban a los muertos. «Lo que produce mayor asco es percibir que esos saqueadores, que merodean los campos de batalla, han estado allí, volviendo los bolsillos del revés, cortando morrales para buscar dinero o cualquier cosa de valor… a los oficiales particularmente, a los que desnudan porque sus ropas son mejores, y a los que dejan cubiertos a medias con cualquier cosa», escribió el 9 de noviembre[400].

A los aliados les llevó varios días sepultar a sus muertos y evacuar a los heridos a los hospitales de campaña. A los rusos la misma tarea les llevó mucho más tiempo. Menshikov había rechazado la propuesta aliada de una tregua para poder limpiar el campo de batalla, por temor de que sus tropas se desmoralizaran e incluso pudieran amotinarse al ver la gran cantidad de muertos y heridos de su lado comparada con las bajas que había sufrido el enemigo. De manera que los muertos y heridos rusos yacieron allí durante varios días, e incluso semanas. Cler encontró cuatro rusos heridos y aún con vida en el fondo del barranco de la Cantera, cuando ya habían transcurrido doce días desde la batalla.

> Los pobres desgraciados yacían bajo una roca que les ofrecía protección y, cuando les pregunté cómo habían logrado subsistir todo ese tiempo, ellos respondieron señalando primero el cielo, que les había dado agua y les había infundido valor, y después unos restos de pan negro y mohoso que habían hallado en los morrales de todos los muertos que yacían a su alrededor.

Algunos muertos sólo fueron hallados tres meses más tarde. Estaban en el fondo del barranco del Manantial, rígidos y conge-

lados, con un aspecto muy similar a «momias resecas», según Cler. El francés quedó impresionado por el contraste que percibió entre los muertos rusos de la batalla del Alma, que tenían «un aspecto saludable… Su ropa, su ropa interior y sus zapatos estaban limpios y en buenas condiciones», y los muertos de Inkerman, que «tenían una apariencia de sufrimiento y de fatiga»[401].

Como había ocurrido en el caso de la batalla del Alma, hubo acusaciones de que los rusos habían cometido atrocidades contra los británicos y los franceses. Se dijo que habían robado y matado a los heridos en el campo de batalla[402], a veces incluso mutilando sus cuerpos. Los soldados británicos y franceses atribuían esos actos al «salvajismo» de las tropas rusas, que según decían, habían sido bien cebadas con vodka. «No dan cuartel –le escribió a su padre el 8 de noviembre Hugh Drummond, de los Guardias Escoceses–, y eso debe denunciarse, ya que es un escándalo para el mundo que Rusia, que se jacta de ser un país civilizado, se deshonre con esos actos de barbarie». Describiendo la «conducta ruin» de las tropas rusas en unas memorias anónimas, otro soldado británico escribió:

> Protegidos por las sombras de la noche, surgen inesperadamente de la niebla, como demonios […]. Jadeando y con intención asesina (porque su objetivo no es la lucha limpia), con la bendición de sacerdotes inhumanos, excitados por líquidos ardientes, alentados por dos de sus grandes duques […] ebrios, enloquecidos, colmados de todas las pasiones malignas, se abalanzan salvajemente sobre nuestros soldados. En Inkerman vimos a la soldadesca rusa clavando sus bayonetas, golpeando las cabezas hasta desparramar el cerebro, saltando como bestias sobre los cuerpos lacerados de los aliados heridos, en donde pudieran encontrarlos. Las atrocidades cometidas por los rusos han cubierto a su nación de infamia y los ha convertido en un ejemplo de horror y aborrecimiento para todo el mundo[403].

Pero en realidad estos actos estaban más bien vinculados a un sentimiento de indignación religiosa. Cuando Raglan y Canrobert escribieron a Menshikov el 7 de noviembre para protestar por las atrocidades cometidas, el comandante en jefe ruso res-

pondió que esa matanza había sido causada por la destrucción de la iglesia de San Vladimir en Quersoneso –la iglesia construida para consagrar el lugar en el que había sido bautizado el gran príncipe Vladimir, lo que convirtió a los rus de Kiev al cristianismo–, que había sido saqueada y luego usada por las tropas francesas como parte de sus obras de sitio. Los «profundos sentimientos religiosos de nuestros soldados» habían sido heridos por la profanación de San Vladimir, argumentó Menshikov en una carta aprobada por el zar, donde añadía, por las dudas, que los mismos rusos habían sido «víctimas» de una serie de «represalias sangrientas» por parte de las tropas británicas en el campo de batalla de Inkerman. Algunos de estos hechos fueron refrendados por César de Bazancourt, el historiador francés oficial de la expedición a Crimea, en su crónica de 1856:

> Cerca de la costa, en medio del terreno irregular en el que se yerguen los remanentes del Fuerte Genovés, y que desciende hacia la bahía de la Cuarentena, se alzaba la pequeña capilla de San Vladimir. Algunos soldados dispersos, más audaces que los otros, solían deslizarse sigilosamente a través de las ondulaciones del terreno hacia los edificios de la Cuarentena que habían sido abandonados por los rusos, para llevarse de allí cualquier cosa que les resultara útil, ya fuera para protegerse o para alimentar las hogueras encendidas ante sus tiendas, ya que la leña era escasa. A estos soldados, cuya conducta ya era reprobable, sucedían esos maleantes que, en todos los ejércitos, se dedican a merodear por allí despreciando todas las leyes y normas de disciplina, en busca de botín. Lograron pasar más allá de la línea de avanzada y penetraron durante la noche en la pequeña capilla encomendada al amparo del santo protector de Rusia.

Pero si los rusos habían sido impulsados a cometer atrocidades por sus profundos sentimientos religiosos, también es cierto que fueron alentados a ello por sus sacerdotes. La noche previa a la batalla, en los servicios oficiados en las iglesias de Sebastopol, los soldados rusos recibieron el mensaje de que los británicos y los franceses luchaban a favor del Diablo, y los sacerdotes los insta-

ron a matarlos sin piedad para vengar la destrucción de San Vladimir[404].



Inkerman fue una victoria pírrica para los británicos y los franceses. Se las habían arreglado para resistir el mayor esfuerzo que habían hecho los rusos por desalojarlos de los altos que rodeaban Sebastopol. Pero el nivel de bajas fue muy elevado, un nivel que al público le resultaba muy difícil tolerar, especialmente después de enterarse de los malos tratos dispensados por los servicios médicos a los heridos y agonizantes. Cuando las noticias de la batalla llegaran a casa, la prudencia de la campaña en su conjunto sería puesta seriamente en cuestión. Con tantas pérdidas, a los ejércitos aliados ya no les resultaba posible realizar un nuevo ataque contra las defensas de Sebastopol si no recibían refuerzos.

En una reunión de planificación conjunta, realizada en el cuartel general de Raglan el 7 de noviembre, los franceses tomaron de manos de los ingleses el control del monte Inkerman, un reconocimiento tácito de que se habían convertido en el socio principal de la alianza militar, dejando que los británicos, que ahora tenían tan sólo 16 000 hombres, ocuparan solamente una cuarta parte de las trincheras alrededor de Sebastopol. En la misma reunión, Canrobert insistió en posponer cualquier plan de ataque contra Sebastopol hasta la primavera siguiente, cuando los aliados ya habrían recibido suficientes refuerzos como para reducir las defensas rusas, que no sólo habían resistido el primer bombardeo aliado, sino que habían sido muy fortificadas desde entonces. El comandante francés argumentó que los rusos habían recibido un gran número de tropas de refresco, lo que había aumentado su contingente en Sebastopol a 100 000 hombres (de hecho, apenas si contaban con la mitad de ese número después de la batalla de Inkerman). Temía que pudieran seguir reforzan-

do sus defensas «mientras la actitud de Austria con respecto a la Cuestión Oriental permita a Rusia seguir enviando la cantidad de tropas que se le antoje desde Besarabia y el sur de Rusia a Crimea». Hasta que los franceses y los británicos no sellaran una alianza militar con los austríacos y hubieran recibido «refuerzos muy numerosos» en Crimea, no tendría ningún sentido perder más vidas en el sitio. Raglan y su Estado Mayor coincidieron con Canrobert. El problema ahora era cómo aprovisionarse para que las tropas aliadas pudieran pasar el invierno en los altos que rodeaban Sebastopol, ya que sólo habían traído tiendas livianas que eran adecuadas exclusivamente para una campaña estival. Canrobert creía (y los británicos compartían su opinión) que «por medio de una simple infraestructura de piedra construida bajo las tiendas, las tropas podrían pasar el invierno aquí». Rose coincidió. «El clima es saludable –explicó a Clarendon– y con la excepción de los fríos vientos del norte, el frío invernal no es muy intenso[405]».

La perspectiva de pasar el invierno en Rusia generaba en muchos oscuros presentimientos: todos pensaban en lo que le había ocurrido a Napoleón en 1812. De Lacy Evans urgió a Raglan a abandonar el sitio de Sebastopol y evacuar las tropas británicas. El duque de Cambridge propuso retirar las tropas a Balaclava, donde podrías reabastecerse y protegerse del frío con mayor facilidad que en los altos de Sebastopol. Raglan rechazó las propuestas y decidió mantener el ejército en los altos durante los meses invernales, una decisión criminal que causó las renuncias de Evans y Cambridge, quienes regresaron al Reino Unido, enfermos y desilusionados, antes de la llegada del invierno. Su partida inició una caravana constante de oficiales ingleses que volvían a casa. En los dos meses que siguieron a la batalla de Inkerman, 225 de los 1450 oficiales destacados en Crimea partieron a climas más cálidos; sólo 60 de ellos regresarían[406].

Entre las tropas, advertir que no habría nada semejante a una victoria rápida resultó aún más desmoralizante. «¿Por qué no lanzamos un ataque audaz después de sentirnos alentados por la victoria del Alma?», preguntó el teniente coronel Mundy del 33.º Regimiento de Infantería. Resumió el estado de ánimo general en una carta que envió a su madre el 7 de noviembre:

> Si los rusos son tan fuertes como dicen, debemos abandonar el asedio, porque todo el mundo entiende que con nuestras fuerzas actuales no lograremos nada atacando Sebastopol. La flota es inútil y nuestras tareas resultan ahora tan pesadas que cuando llegue el frío cientos caerán víctimas del excesivo esfuerzo y las enfermedades. A veces los hombres no tienen una noche de descanso de cada seis, y con frecuencia están 24 horas de servicio. Es necesario recordar que no tienen ropa de abrigo, salvo una manta delgada, y el frío y la humedad son muy severos de noche, y además, estamos en un constante estado de ansiedad, porque el temor de que ataquen nuestras trincheras, baterías y reductos impide que todo el mundo concilie un sueño tranquilo y reparador.

Después de la batalla de Inkerman, los niveles de deserción aumentaron intensamente en las trincheras aliadas a medida que se hizo sentir el frío invernal, con cientos de soldados británicos y franceses pasándose al bando ruso[407].

Para los rusos, la derrota en Inkerman fue un golpe devastador. Menshikov se convenció de que la caída de Sebastopol era inevitable. En una carta dirigida al ministro de la Guerra, el príncipe Dolgorukov, el día 9 de noviembre, recomendó abandonar la ciudad para que las fuerzas rusas pudieran concentrarse en la defensa del resto de Crimea. El zar se enfureció con la actitud derrotista de su comandante en jefe. «¿De qué sirvió el heroísmo de nuestras tropas, y pérdidas tan grandes, si aceptamos la derrota? –escribió a Menshikov el 13 de noviembre–. ¿Acaso nuestros enemigos no han sufrido también grandemente? No puedo estar de acuerdo con su opinión. No se someta, le digo, y no aliente a otros a someterse. […] Dios está de nuestro lado». Pese a estas palabras desafiantes, el zar cayó en una profunda de-

presión al recibir las noticias de la batalla de Inkerman, y toda la corte advirtió su abatimiento. En el pasado Nicolás había procurado ocultar sus sentimientos ante sus cortesanos, pero esa actitud no persistió después de Inkerman. «El palacio de Gatchina está sombrío y silencioso –anotó Tiutcheva en su diario–: por todas partes cunde la depresión y la gente apenas si se atreve a dirigirse la palabra. El aspecto del soberano basta para romperte el corazón. Recientemente se ha vuelto más y más taciturno, su rostro está estragado por la preocupación y su mirada carece de vida». Consternado por la derrota, Nicolás perdió la fe en los comandantes que lo habían llevado a creer que era posible ganar la guerra en Crimea. Empezó a lamentar su decisión de declarar la guerra a las potencias occidentales en primer lugar, y para consolarse recurrió a los asesores, como Paskevich, que siempre se habían opuesto a la guerra[408].

«Fue un asunto traicionero, repugnante», escribió Tolstoi sobre la derrota en su diario el 14 de noviembre.

> Las divisiones 10.ª y 11.ª atacaron el flanco izquierdo del enemigo [...]. El enemigo desplegó 6000 fusileros –sólo 6000 contra 30 000– y nos retiramos tras haber perdido alrededor de 6000 hombres valientes[409]. Y tuvimos que retirarnos porque la mitad de nuestras tropas carecían de artillería debido a que los caminos eran intransitables y a que –Dios sabrá por qué– no había batallones de fusileros. ¡Una carnicería terrible! ¡Pesará intensamente sobre las almas de muchas personas! Señor, perdónalos. Las noticias de esta acción han producido sensación. He visto ancianos que lloraban sin remilgos y a jóvenes que juraban matar a Dannenberg. Grande es la fuerza moral del pueblo ruso. En estos días difíciles, surgirán y se desarrollarán muchas verdades políticas en Rusia. El sentimiento de patriotismo ardiente que ha surgido de las desdichas rusas dejará por mucho tiempo su marca en la nación. Esas personas que ahora se sacrifican [tanto] serán ciudadanos de Rusia y nosotros no olvidaremos ese sacrificio. Participarán en los asuntos públicos con dignidad y orgullo, y el entusiasmo suscitado en ellos por la guerra grabará en su interior para siempre las cualidades de la abnegación y la nobleza[410].

Desde la retirada del ejército ruso de Silistria, Tolstoi había llevado una existencia cómoda en Kishinev, donde Gorchakov había establecido su cuartel general, pero muy pronto se aburrió de asistir a bailes y de jugar a las cartas, actividad en la que perdió mucho dinero, y empezó a soñar con volver a estar cerca de la acción. «Ahora que tengo todas las comodidades, un buen alojamiento, un piano, buena comida, ocupaciones cotidianas y un buen círculo de amigos, he empezado a echar de menos otra vez la vida del campamento y envidio a los hombres que se encuentran allí», escribió Tolstoi a su tía Toinette el 29 de octubre[411].

Inspirados por el deseo de hacer algo por sus congéneres, Tolstoi y un grupo de oficiales pensaron en publicar un periódico. La *Gaceta Militar*, como lo llamaron, tenía como propósito educar a los soldados, consolidar su moral y expresar su patriotismo y su humanidad al resto de la sociedad rusa. «Esta aventura mía me complace mucho –escribió Tolstoi a su hermano Sergei–. El periódico publicará descripciones de batallas –no tan aburridas y falsas como las que aparecen en otras publicaciones–, actos de coraje, biografías y obituarios de personas valiosas, especialmente las menos conocidas; anécdotas de guerra, canciones de soldados, artículos populares sobre la pericia de los ingenieros, etc.». Para financiar la *Gaceta*, que debía ser suficientemente barata como para que los soldados mismos pudieran comprarla, Tolstoi empleó dinero de la venta de la casa familiar de Yasnaya Poliana, que se había visto obligado a vender ese otoño para cubrir sus pérdidas de juego. Tolstoi escribió algunos de sus primeros relatos para el periódico: «Cómo mueren los soldados rusos» y «El tío Zhdanov y el jinete Chernov». En el segundo de ellos reveló la brutalidad de un oficial del ejército que golpeaba a un soldado, no porque hubiera hecho algo mal, sino «porque era un soldado y los soldados deben ser golpeados». Advirtiendo que esa parte no pasaría la censura, Tolstoi omitió esos dos relatos antes de someter la idea del periódico a Gorchakov, quien la en-

vió al Ministerio de la Guerra, pero aun así la publicación fue rechazada por el zar, quien no quería que un periódico no oficial, hecho por soldados, desafiara al *Inválido Ruso*, el periódico del ejército respaldado por el gobierno[412].

La derrota de Inkerman decidió a Tolstoi a ir a Crimea. Uno de sus más íntimos camaradas, Komstadius, con el que había planeado la publicación de la *Gaceta*, había muerto en Inkerman. «Más que nada, su muerte me impulsó a pedir que me trasladaran a Sebastopol –escribió en su diario el 14 de noviembre–. Eso me hizo sentir de algún modo avergonzado». Más tarde, Tolstoi explicó a su hermano que su petición había sido generada «mayormente por el patriotismo, un sentimiento que, debo confesarlo, cada vez pesa más en mí»[413]. Pero, tal vez, en su decisión de ir a Crimea haya sido igualmente importante su conciencia de su destino como escritor. Tolstoi quería ver la guerra y escribir sobre ella, ansiaba revelar al público toda la verdad –tanto el sacrificio patriótico de la gente común como los fracasos de la dirigencia militar–, e iniciar de esa manera el proceso de reforma social y política al que, según creía, la guerra debía conducir.

Tolstoi llegó a Sebastopol el 19 de noviembre, casi tres semanas después de su partida de Kishinev. Ascendido al rango de teniente, fue asignado a la 3.ª Batería Ligera de la 14.ª Brigada de Artillería, y, para su disgusto, fue acuartelado en la ciudad misma, a mucha distancia de las defensas. Tolstoi permaneció sólo nueve días en Sebastopol ese otoño, pero lo que vio fue suficiente para inspirarle su orgullo patriótico y su esperanza en el pueblo ruso, sentimientos que colmaron las páginas de «Sebastopol en diciembre», el primero de sus *Relatos de Sebastopol*, el volumen que le conferiría prestigio literario. «El espíritu del ejército trasciende toda descripción», escribió a Serguéi el 20 de noviembre:

> Un soldado herido, casi agonizante, me contó cómo habían tomado la batería francesa 24, pero no recibieron refuerzos. Sollozaba. Una compañía de marinos casi se amotinó porque iban a ser relevados de

una batería en la que habían soportado un bombardeo durante 30 días. Los soldados les quitan la mecha a las bombas. Las mujeres transportan agua a los bastiones y leen sus oraciones bajo el fuego. En una brigada [en Inkerman], había 160 heridos que se negaban a abandonar el frente. ¡Es una época maravillosa! Pero ahora […] todo se ha aquietado… Todo es hermoso en Sebastopol. El enemigo casi no dispara y todo el mundo está convencido de que no tomarán la ciudad, y en realidad es imposible. Hay tres posibilidades: o bien el enemigo va a lanzar un ataque, o está distrayendo nuestra atención con la construcción de falsos terraplenes y trincheras para disfrazar su retirada, o está fortificando sus posiciones para pasar el invierno. La primera posibilidad es la menos plausible y la segunda la más plausible. Aún no he logrado entrar en acción ni una vez, pero agradezco a Dios haber visto a esta gente y vivir en esta época gloriosa. El bombardeo [del 17 de octubre] quedará como la proeza más brillante y gloriosa, no sólo de la historia rusa, sino de la historia del mundo[414].

Capítulo 9

Los generales Enero y Febrero

El invierno llegó la segunda semana de noviembre. Durante tres días y tres noches el viento helado y la lluvia barrieron los altos que dominaban Sebastopol, haciendo volar las tiendas de las tropas británicas y francesas, y los soldados se apiñaron en el lodo, empapados y temblando, sin nada para cubrirse salvo sus mantas y abrigos. Y después, durante las primeras horas del 14 de noviembre, las costas de Crimea fueron azotadas por un huracán. Las tiendas volaban como pedazos de papel en el viento; cajas, barriles, baúles y vagones se movían raudamente; los postes de las tiendas, mantas, sombreros y abrigos, mesas y sillas se arremolinaban en el aire; los caballos, aterrados, se soltaban de sus estacas y galopaban en estampida por los campamentos; los árboles eran arrancados de raíz, las ventanas se hacían añicos y los soldados corrían en todas direcciones, persiguiendo sus ropas y efectos personales, o buscando desesperadamente algún resguardo en los graneros y establos sin techo, detrás de los parapetos o en hoyos excavados en el suelo. «La escena era de lo más ridícula, ya que las tiendas se habían desmoronado dejando expuesto a todo el mundo, algunos en la cama, algunos como yo mismo [...] en camisa [...] todos empapados y bramando para que vinieran sus criados –escribió el 17 de noviembre, a su hermano, Charles Cocks, de los Guardias Coldstream–. El viento era espantoso y sólo podíamos impedir que nuestras tiendas vo-

laran a Sebastopol yaciendo con los brazos abiertos, como águilas en vuelo, sobre ellas[415]».

Toda la mañana rugió la tormenta, y después, a las dos de la tarde, el viento cesó, lo que permitió que los hombres salieran de sus escondites y recuperaran sus esparcidas pertenencias: ropas y mantas sucias y empapadas, pedazos de muebles rotos, cazos y ollas y otros restos semienterrados en el lodo. Hacia el anochecer la temperatura bajó y la lluvia se transformó en nieve densa. Los hombres intentaron volver a armar sus tiendas, con los dedos entumecidos por el frío helado, o pasaron la noche en los graneros y cobertizos, apiñados contra las paredes buscando inútilmente un poco de calor.

La devastación producida en los altos no fue nada comparada con la que asoló el puerto y el mar abierto. Fanny Duberly, a bordo del *Star of the South*, vio el puerto donde bullía la espuma, los barcos que se balanceaban a punto de hundirse. «La espuma, que salpicaba las montañas a muchas decenas de metros, caía como densa lluvia sobre el puerto. Los barcos se entrechocaban y se apelotonaban, todos a la deriva, golpeándose y frotándose entre sí hasta hacerse pedazos». Entre esos barcos se contaba el *Retribution*, en el que el duque de Cambridge se recuperaba de la batalla de Inkerman, que lo había dejado aterrado. «Era un espantoso temporal –escribió a Raglan al día siguiente– y pasamos las 24 horas más terribles de nuestra vida».

> Se llevó dos anclas y el timón; tuvimos que arrojar todos los cañones de la cubierta superior y sostenernos con un ancla a 200 metros de las rocas, que nos retuvo allí por piedad de la providencia [...]. Esto me ha dejado tan abatido y alterado de salud [...] que espero que no objete a que me vaya por un breve tiempo a Constantinopla, ya que Gibson [su médico] opina que si regresara al campamento con este clima terrible todo lo que podría hacer sería quedarme en cama[416].

Era aún peor fuera del puerto, donde estaban fondeados casi todos los barcos de abastecimiento en prevención de que los ru-

sos decidieran volver a atacar Balaclava. Estrellados contra las rocas, más de veinte barcos británicos quedaron destrozados. Se perdieron además varios cientos de vidas y preciosos víveres para el invierno. El mayor revés fue el hundimiento del vapor *Prince*, que se hundió con toda su tripulación salvo seis marineros y con 40 000 uniformes de invierno a bordo, seguido casi de inmediato por el naufragio del *Resolution*, con su carga de 10 millones de municiones de rifles Minié. En Kamiesh, la flota francesa perdió el barco de combate *Henri Quatre* y el vapor *Pluton*, y la marina mercante perdió dos barcos con toda su tripulación y suministros a bordo. Algunas cajas con alimentos franceses fueron llevadas por la corriente hasta la costa detrás de las líneas rusas, en la bahía de la Cuarentena, y hacia el norte hasta Eupatoria. Iván Kondratov, un soldado de infantería del Kubán, escribió a su familia el 23 de noviembre desde un campamento sobre el río Belbek:

> La tormenta fue tan intensa que hasta se quebraron unos robles enormes. Muchos de los barcos enemigos acabaron hundidos. Tres vapores llegaron hasta cerca de Saki. El regimiento de cosacos de Zhirov salvó a 50 turcos que estaban a punto de ahogarse a bordo de un barco de transporte que se hundía. Creen que más de treinta barcos se hundieron sobre la costa de Crimea. Por eso hemos estado comiendo carne curada inglesa y bebiendo ron y vinos extranjeros[417].

Los franceses se recuperaron de la tormenta en unos pocos días, pero a los británicos les llevó mucho más tiempo, y muchos de los problemas con los que se toparon durante los meses de invierno –la escasez de alimentos y resguardo y de suministros médicos– fueron consecuencia directa del fallo del sistema de aprovisionamiento. La llegada del invierno había convertido la guerra en una prueba de eficiencia administrativa; una prueba que los franceses superaron apenas y que los británicos suspendieron vergonzosamente.

Confiados en lograr una victoria rápida, los comandantes aliados no habían hecho ningún plan para que las tropas pasaran el invierno en los altos que rodeaban Sebastopol. Desconocían el frío con el que tendrían que enfrentarse. Los británicos eran particularmente negligentes. No proporcionaron ropas invernales adecuadas a sus tropas, que fueron enviadas a Crimea con sus uniformes de gala, sin agregar siquiera capotes, que llegaron más tarde, después de que la primera remesa de uniformes de invierno se había perdido con el naufragio del vapor *Prince*. Los franceses estaban mejor preparados. Entregaron a sus tropas abrigos de piel de borrego y finalmente mantos con capucha forrados de piel, que acabaron por ser conocidos con el nombre de «*criméennes*», y que originalmente sólo eran usados por los oficiales. También permitían a los soldados que usaran tantas capas de ropa como quisieran, sin nada de ese fetichismo militar peculiarmente británico de la vestimenta y la apariencia «de caballeros». En el momento más gélido del invierno, los uniformes de las tropas francesas habían cobrado una apariencia tan abigarrada que ya no parecían un ejército regular. Pero los soldados franceses estaban mucho más abrigados que los ingleses. «Puedes quedarte tranquila», escribió Fréderic Japy, del 3.er Regimiento de Zuavos, a su ansiosa madre, que estaba en Beaucourt:

> […] ésta es la ropa que llevo, empezando por la piel: un chaleco de franela (*gilet*), una camisa, un chaleco de lana, una túnica, una chaqueta (*caban*); mis pies están calzados con botas, y cuando no estoy de servicio, con zapatos de cuero y polainas… Como ves, no tengo nada de que quejarme. Tengo dos chaquetas: una más liviana que entregan a los zuavos y otra monumental que compré en Constantinopla para el frío; pesa un poco menos de 50 kilos, y duermo con ella cuando me toca cumplir turno en las trincheras: si se empapa, no hay manera de cargarla ni de marchar con ella; si puedo, la llevaré de vuelta a Francia como una curiosidad.

Louis Noir describió de esta manera cómo se vestían los zuavos para sobrevivir al frío:

Nuestros batallones, y especialmente los que venían de África, sobrevivieron admirablemente a las temperaturas bajo cero. Estábamos bien vestidos. Usualmente, encima del uniforme, llevábamos o bien un gran capote con capucha, tal vez una *criméenne* o un abrigo de piel de borrego con forma de chaqueta; nos protegíamos las piernas con polainas forradas de piel, y a cada hombre se le entregó un cálido gorro de piel de oveja. Pero no había ningún uniforme reglamentario; cada uno se vestía con su propio estilo. Uno se vestía como un beduino, otro como un cochero y otro como un sacerdote; otros preferían vestirse al estilo griego, y algunos estoicos no le agregaban ninguna prenda al uniforme. Había toda clase de zuecos y botas… De cuero, de goma, de suela de madera y por el estilo. Los tocados para cubrirse la cabeza quedaban librados a la imaginación de cada uno…

Vestidos con uniformes de verano, los británicos envidiaban los cálidos abrigos de piel de borrego y las *criméennes* de los franceses. «Sin duda ésa es la clase de ropa adecuada para estar aquí», escribió a su familia George Lawson, el cirujano del ejército:

Me gustaría que nuestros hombres tuvieran algo semejante […]. Muchos de ellos andan casi descalzos y sin camisa, sus capotes gastados y deshilachados en todas partes, ya que no sólo tienen que vivir dentro de ellos durante el día, sino que además deben dormir envueltos en ellos por las noches, cubiertos tan sólo por la manta húmeda que acaban de traer de las trincheras[418].

Los comandantes aliados también habían prestado poca atención al refugio que los hombres necesitarían con ese clima. Las tiendas que habían traído no estaban aisladas del suelo y, en realidad, proporcionaban muy poca protección contra los elementos. Muchas habían sido dañadas hasta un punto irreparable por la tormenta, al menos la mitad de las usadas por el regimiento del capitán Tomkinson de la Brigada Ligera, quien se quejó de que esas tiendas no servían para vivir: «Dejan entrar agua en tal medida que cuando llueve intensamente el terreno bajo ellas se inunda y los hombres se ven obligados a quedarse de pie alrededor del poste central durante toda la noche». Al inspeccionar el campamento de Kadikoi, lord Lucan encontró una gran cantidad de tiendas que no estaban en condiciones de ser habitadas. Esta-

ban «podridas, rasgadas, y no servían para dar ninguna protección a los hombres», que estaban «casi congelados y muertos de frío» y que sufrían terriblemente de diarrea[419].



«Invierno en Crimea, verano en Crimea», por Henry Hope Crealock, capitán en el 90.º Regimiento de Infantería Ligera. En el pie se dice: «El soldado británico; cómo se viste en lo más intenso del invierno en Crimea; ¡17 bajo cero al sol! El soldado británico, cómo se viste en lo más intenso del verano en Crimea; ¡37 grados a la sombra!».

Los oficiales británicos estaban mucho mejor protegidos que sus hombres. Casi todos ellos empleaban sirvientes para que instalaran un suelo de madera o para que excavaran y revistieran con piedras un hoyo dentro de sus tiendas para lograr aislarlas de la tierra. Algunos de ellos habían construido una caseta en el suelo con paredes de piedra y techo de arbustos. El 22 de noviembre, el capitán William Radcliffe, del 20.º Regimiento, escribió a sus padres:

> Mi choza progresa constantemente, espero estar «bajo tierra» el fin de semana. La primera tarea fue excavar un hoyo, de un poco más de un metro de profundidad, unos dos metros y medio de ancho y unos cuatro de largo. Luego se coloca un poste en el centro de cada extremo, y se cruzan otros dos encima de éstos, asegurados con soga, clavos

> o lo que se pueda conseguir; unos postes o cualquier madera que se pueda encontrar, pedir o robar, se coloca entonces entre el suelo y la viga cruzada, y se asegura de la misma manera; los extremos del gablete se rellenan con piedras, barro y tierra, y eso forma el tejado. […] Las paredes son los lados del hoyo, y hacemos un techo de suficiente altura como para que entre un hombre de pie. Ahora viene la cobertura del techo, que generalmente se hace entrelazando hierbas y ramitas entre los postes, y después arrojando encima barro y tierra, pero yo pretendo mejorarlo, y estoy cubriendo el mío gradualmente, con pieles de caballo y buey (los primeros han muerto en gran número), y espero que sea impermeable verdaderamente. Esto lleva más tiempo, porque los cueros deben ser curados, «de cierta manera». [El teniente]. McNeil y yo nos alojaremos juntos, y ya he llamado a nuestra cabaña *Hide Abbey*. Él está construyendo un hogar, un hoyo cortado en un lado de la pared, con la chimenea hecha de recipientes de lata y arcilla. ¡Oh, cuánto ansío sentarme junto a ella!

En el extremo más alto de la escala social, los oficiales británicos gozaban de privilegios que, comparados con el sufrimiento de los soldados rasos, eran abusivos. Lord Cardigan (que tenía problemas de salud) dormía a bordo de su yate privado, disfrutaba de la cocina francesa y recibía a un constante flujo de visitantes del Reino Unido. A algunos oficiales se les permitía pasar el invierno en Constantinopla o encontrar alojamiento, pagado por ellos mismos, en algunas poblaciones. «En lo referido al confort –escribió a su esposa el general Charles Gordon–, te aseguro, querida, que no estaría más confortable en Inglaterra». El conde Vitzthum von Eckstadt, el ministro de Sajonia en Londres, consignó más tarde que «varios oficiales ingleses, que pasaron ese riguroso invierno, me han contado con una sonrisa que se enteraron por los periódicos de los sufrimientos [del ejército]»[420].

Las confortables condiciones de que disponían los oficiales británicos de mayor rango contrastaban agudamente con las circunstancias de los oficiales franceses, quienes vivían mucho más próximos a sus hombres. En una carta a su familia enviada el 20 de noviembre, el capitán Herbé explicaba las consecuencias que había tenido el huracán sobre sus condiciones de vida:

Soldados y oficiales se alojan todos juntos en una pequeña tienda; esta instalación, excelente cuando hay buen tiempo y durante las marchas, es absolutamente inconveniente con lluvia y frío prolongados. El suelo, muy pisoteado, se convierte en una masa de lodo, que se empasta en todas partes y obliga a todo el mundo a caminar hundiéndose en él y salpicando tanto en las trincheras como en el campamento. Todo el mundo está empapado [...]. En estas tiendas, los soldados duermen juntos, apiñados unos contra otros en grupos de seis; cada hombre tiene tan sólo una manta, de manera que extienden tres bajo sus cuerpos, sobre el suelo lodoso, y se cubren con las otras tres; sus mochilas, cargadas, les sirven de almohadas[421].

En general, los franceses disponían de mejor alojamiento. Sus tiendas no sólo eran más espaciosas, sino que casi todas estaban protegidas del viento por empalizadas de madera o paredes de nieve erigidas por los hombres. Los franceses construyeron varios tipos de albergues improvisados: grandes cabañas que los soldados llamaban «toperas» (*taupinères*), de alrededor de un metro de profundidad, excavadas en el suelo, con piso de piedra y ramas entretejidas que hacían las veces de paredes y techo; «tiendas-refugio» (*tentes-abris*), hechas con la tela de las mochilas de los soldados, cosidas entre sí y estiradas sobre ramas clavadas en tierra, y tiendas en forma de cono (*tentes-coniques*), suficientemente espaciosas como para alojar a dieciséis hombres y hechas de lona cosida y extendida sobre un poste central. En todas estas estructuras había hornos para cocinar y mantener abrigados a los hombres. «Nuestros soldados sabían construir hornos que eran la admiración y la envidia de nuestros aliados ingleses», recordó Noir.

Estos hornos a veces estaban hechos de arcilla, y otras veces de grandes fragmentos de bombas pegados entre sí de manera que formaran una bóveda. Las chimeneas se hacían con cajas de metal o de pedazos de metal colocados uno encima de otro. Gracias a estos hornos, nuestros soldados podían calentarse cuando volvían casi congelados de las trincheras o de los turnos de guardia; podían secar su ropa y dormir bien sin despertarse por la terrible fiebre nocturna que atormentaba a los ingleses. Nuestros soldados quemaban tanta madera que el gran bosque de Inkerman desapareció por completo en unos pocos meses:

> no quedó ni un árbol ni un arbusto. Al ver nuestros hornos, los ingleses se quejaban porque cortábamos los árboles. […] Pero ellos no daban ningún uso a esos recursos. Ninguno de los soldados ingleses quería construir hornos, y les gustaba aún menos la idea de talar su propia leña. Esperaban que todo les fuera dado por su administración, sin la cual se hallaban en la más completa indigencia[422].

El desdén de Noir hacia los ingleses era un sentimiento común entre los franceses, quienes pensaban que sus aliados carecían de la habilidad necesaria para adaptarse a las condiciones reinantes. «¡Ah, estos ingleses! Son hombres de indudable coraje, pero sólo saben hacerse matar», escribió Herbé a su familia el 24 de noviembre.

> Tienen grandes tiendas desde el principio del sitio y todavía no saben cómo montarlas. ¡Ni siquiera han aprendido cómo excavar una pequeña zanja alrededor de las tiendas para impedir que la lluvia y el viento entren en ellas! Comen mal, aunque reciben raciones que duplican o triplican las de nuestras tropas, y gastan mucho más que nosotros. No tienen flexibilidad ni resistencia, y no saben afrontar desdichas o privaciones.

Hasta los ingleses se vieron obligados a aceptar que los franceses estaban mejor organizados que ellos. «¡Oh, cuán superiores a nosotros son los franceses en todos los aspectos! –señaló Fanny Duberly el 27 de noviembre–. ¿Dónde están nuestras chozas? ¿Dónde están nuestros establos? Todo allá, en *Constantinopla*. Los franceses se hacen chozas por todas partes mientras nosotros yacemos en el lodo y tanto hombres como caballos mueren congelados, algo que hubiera sido muy sencillo prevenir. Y así en todo… la más absoluta negligencia y falta de organización se ve en cualquier aspecto[423]».

A diferencia de los franceses, aparentemente los ingleses no podían desarrollar un sistema para juntar leña. Asignaban a los hombres una ración de carbón para quemar en sus fuegos, pero, a causa de la escasez de forraje para los animales de carga, resultaba difícil trasladar el carbón desde Balaclava hasta los altos, de

manera que los soldados se quedaban sin el combustible, aunque, desde luego, los oficiales podían mandar a sus criados a buscarlo en sus propios caballos. Los hombres padecían terriblemente las bajas temperaturas de diciembre y enero, y hubo miles de casos de congelación, especialmente entre los nuevos reclutas, que no estaban aclimatados al invierno de Crimea. El cólera y otras enfermedades también hicieron estragos entre las filas debilitadas. «Encontré enormes padecimientos entre las tropas: casi no disponen de combustible, ya que hasta las raíces de los arbustos están agotadas», señaló el teniente coronel Sterling, de la Brigada Highland:

> Se les asignan raciones de carbón, pero no tienen manera de trasladarlas, y sus filas están tan reducidas [por la enfermedad] que no pueden prescindir de la cantidad suficiente de hombres como para traerlas recorriendo las seis o siete millas que hay desde Balaclava. La consecuencia es que no pueden secar sus medias ni sus zapatos; vuelven de las trincheras con los dedos de los pies congelados, los pies hinchados, sabañones, etc.; se les congelan los zapatos y no pueden calzárselos. Aquellos que, pese a su estado, siguen cumpliendo con sus deberes, con frecuencia prefieren ir sin zapatos a las trincheras, o les cortan los talones para poder calzárselos. [...] Si las cosas siguen así, será necesario abandonar las trincheras [...]. Me han contado de hombres de rodillas, llorando de dolor[424].

Pero fue en el suministro de alimentos donde los británicos realmente eran muy inferiores a los franceses. «Me resulta doloroso comparar a los franceses con los ingleses en este aspecto –escribió el general Simpson a lord Panmure–. El equipamiento del que disponen nuestros aliados es *maravilloso*. Veo continuas caravanas de bien provistos carros y vagones [...] que llevan reservas, provisiones, etc. [...] Todo lo que un ejército debe poseer funciona perfectamente en el caso de los franceses –incluso hornean pan todos los días–, bajo un eficaz control y orden militar». Cada regimiento francés tenía un grupo de personas responsable de las necesidades básicas de las tropas: aprovisionamiento y preparación de la comida, atención de los heridos y demás. Había

un panadero y un grupo de cocineros en cada regimiento, que también disponían de sus propias *vivandières* y *cantinières*, mujeres que vestían una versión modificada de los uniformes de cada regimiento y que vendían respectivamente comida y bebida en sus cantinas móviles de campaña.

La comida se preparaba colectivamente –cada regimiento tenía su propia cocina y sus propios cocineros designados–, mientras que en el campamento británico cada hombre recibía su ración y debía cocinársela por su cuenta. Esta diferencia explica por qué los franceses conservaron la salud sorprendentemente bien, comparados con los ingleses, pese a que recibían la mitad de las raciones y un tercio de carne respecto de los británicos. Sólo en diciembre el ejército inglés adoptó el sistema francés de preparación masiva de la comida en cantinas, y en cuanto lo hizo su situación empezó a mejorar[425].



Una cantinière con uniforme del regimiento de zuavos, 1855

«*C'est la soupe qui fait le soldat*», dijo Napoleón en una oportunidad. La sopa era el pilar de la cantina francesa en Crimea. Incluso en medio del invierno, cuando las provisiones frescas escaseaban, los franceses podían confiar en un abastecimiento constante de alimentos secos: vegetales en conserva, que venían en pequeñas tortas duras que sólo necesitaban ser remojadas en agua caliente, junto con carne fresca o seca, para preparar una sustanciosa sopa; galletas de trigo, que duraban meses y eran más nutritivas que el pan común porque contenían menos agua y más grasa, y abundancia de granos de café, una bebida de la que los soldados franceses no podían prescindir. «Café, caliente o frío, era todo lo que yo bebía –recuerda Charles Mismer, un joven dragón–. Además de sus otras virtudes, el café estimula los nervios y mantiene el coraje y la moral, y es la mejor defensa contra las enfermedades». Muchos días, las tropas francesas «vivían de una suerte de sopa hecha con café y galletas desmigajadas», escribió Mismer, aunque normalmente las raciones «estaban compuestas de carne salada, grasa de cerdo y arroz, y carne fresca de cuando en cuando, junto con un suplemento de vino, azúcar y café; sólo el pan faltaba a veces, pero para reemplazarlo teníamos galletas, duras como piedras, que debíamos triturar o cortar con un hacha»[426].

Todos esos productos estaban disponibles porque los franceses habían dispuesto un sistema de abastecimiento eficaz con convoyes bien organizados de vagones y caminos pavimentados entre Kamiesh y las líneas del asedio. El puerto de Kamiesh era mucho más adecuado para desembarcar provisiones que Balaclava. Grandes depósitos, mataderos, tiendas y puestos privados de comercio muy pronto brotaron alrededor de la amplia bahía en forma de herradura, donde trescientos barcos podían descargar sus mercancías, que procedían de todas las partes del mundo. Había bares y burdeles, hoteles y restaurantes, incluyendo uno en el que los soldados pagaban un precio fijo por una orgía de tres días de comida, vino y mujeres, todo ello traído de Francia.

«Fui a Kamiesh –escribió Herbé a su familia–, y se ha convertido en una verdadera ciudad».

> Aquí se consigue lo que a uno se le antoje; hasta vi dos tiendas de moda que venden perfumes y sombreros de París… ¡Para las *cantinières*! También he visitado Balaclava… ¡Qué comparación penosa! Los cobertizos construidos en el pequeño puerto están llenos de productos a la venta, pero todo está apilado desordenadamente, sin ningún criterio o atractivo para el comprador. Me asombra que los ingleses la hayan elegido como base de abastecimiento, prefiriéndola a Kamiesh[427].

Balaclava era un puerto atestado y caótico, en el que la descarga de las provisiones del gobierno tenía que competir con los comerciantes privados de casi todas las nacionalidades que trabajaban en el área del mar Negro: griegos, turcos, judíos, tártaros de Crimea, rumanos, armenios, búlgaros, incluso un puñado de rusos, a los que se les había permitido permanecer en la ciudad. «Si alguna vez a alguien se le ocurre la idea de construir una "Balaclava modelo" en Inglaterra –escribió Fanny Duberly en diciembre–, yo le diré cuáles son los ingredientes necesarios».

> Tomar una aldea de casas y chozas ruinosas en el estado más extremadamente mugriento imaginable; deje que la lluvia se filtre en su interior, hasta que todo el lugar se convierta en una ciénaga de porquería hasta la altura de las rodillas; consígase un promedio de 1000 turcos azotados por la peste, y apíñelos en las casas de manera indiscriminada; mate alrededor de 100 por día, y entiérrelos superficialmente como para que estén apenas cubiertos de tierra, permitiéndoles que se pudran tranquilamente, y tenga la precaución de mantener constante el suministro diario. En una parte de la playa, amontone a todos los caballos de carga exhaustos, los bueyes agonizantes y los camellos a punto de derrumbarse, y déjelos allí para que se mueran de hambre. En general, tardarán en hacerlo unos tres días, y rápidamente empezarán a pudrirse, oliendo de manera acorde. Recoja del agua del puerto las vísceras de los animales sacrificados para alimentar a los ocupantes de más de 100 barcos, por no mencionar a los residentes de la ciudad –vísceras y desechos que, junto con algún ocasional cadáver humano, entero o en partes, y los restos de madera a la deriva que quedan de los naufragios, flotan abundantemente en las aguas– y póngalos a estofar en un puerto

angosto, y así tendrá una imitación aceptable de la verdadera esencia de Balaclava[428].

Balaclava era sólo el principio del problema de los británicos. Las provisiones no podían sacarse del puerto mientras no las liberaran los empleados de la intendencia por medio de un complejo sistema de formularios y autorizaciones, que debían llenarse por triplicado. Cajas de alimentos y fardos de heno se amontaban allí durante semanas y acababan por pudrirse en el muelle, antes de que fueran debidamente identificados y su envío autorizado por ineficaces burócratas[429]. Los británicos no habían construido un camino transitable desde Balaclava hasta su campamento, situado en los altos alrededor de Sebastopol, de manera que cada caja de balas, cada manta y cada gallera, debían ser trasladadas en carro 10 u 11 kilómetros por una senda lodosa y empinada, con caballos de tiro o mulas. En diciembre y enero, casi todas las provisiones debían cargarse a mano, en bultos de unos 20 kilos cada vez, porque no había forraje para los animales de carga, que morían rápidamente.

No era tan sólo una cuestión de mala organización. Las tropas británicas no estaban habituadas a procurarse alimentos ni a arreglarse por sí mismas. Reclutados entre los pobres rurales que no poseían tierras, o entre la escoria urbana, los hombres carecían absolutamente de los conocimientos prácticos o los recursos de los soldados franceses, que sabían cazar, pescar en los ríos y en el mar, y convertir casi cualquier cosa en una buena comida. «El soldado británico está acostumbrado a que se le sirva cada comida –concluía Louis Noir–, en el lugar adonde lo haya llevado la guerra. Con la obstinación que es el fundamento de su carácter, los ingleses preferirían morirse de hambre antes que cambiar sus hábitos». Incapaces de cuidarse solos, los soldados británicos dependían casi absolutamente de las esposas de cada regimiento para que consiguieran y cocinaran su comida, les lavaran la ropa y otras tareas serviles que los franceses hacían por sí mismos, un

factor que justifica el número relativamente grande de mujeres que había en el ejército británico comparado con el francés (donde no había esposas, sino tan sólo *cantinières*). Marianne Young, del Regimiento 28.º de Infantería, se quejó de que los soldados ingleses estaban «casi muertos de hambre con sus raciones, porque no sabían, junto con tres piedras y un cazo de hojalata, convertirlas en una comida aceptable», mientras que no había «prácticamente nada que los franceses despreciaran si podían convertirlo en alimento». Cazaban ranas y tortugas, «que cocinaban a su propio gusto», desenterraban huevos de tortuga, y habían convertido las ratas en un manjar delicado. El cirujano George Lawson vio a un soldado cortando las patas a una rana viva y le reprochó su crueldad, pero el francés «sonrió en silencio –supongo que debido a mi ignorancia– y, palmeándose el estómago, dijo que estaban destinadas a la cocina»[430].

Comparados con los franceses, los ingleses comían mal, pese a que –para empezar– disponían de abundantes raciones de carne y ron. «Querida esposa –escribió el 12 de octubre Charles Branton, un artillero semianalfabeto del 12.º Batallón de Artillería Real–, hemos perdido muchas vidas están muriendo como ovejas podridas pero tenemos mucho para comer y beber. Tenemos dos cuartos de pinta de ron por día y mucha sal y una libra y media de galletas y te aseguro que si tuviéramos 4 cuartos de pinta de ron por día sería un regalo que nos vendría muy bien». A medida que el otoño dejó paso al invierno, el sistema de abastecimiento flaqueó por la dificultad que implicaba recorrer el sendero lodoso entre Balaclava y el campamento británico, y las raciones se redujeron considerablemente. A mediados de diciembre, ya no contenían verduras ni frutas en ninguna forma –solamente, a veces, jugo de limón o de lima que los hombres agregaban al té y al ron para prevenir el escorbuto–, aunque los oficiales que disponían de recursos privados podían comprar queso y jamón, chocolates y cigarros, vino, champán y, de hecho, prácti-

camente cualquier cosa, incluso cestas de Fortnum & Mason, en las tiendas de Balaclava y Kadikoi. Miles de soldados enfermaron y murieron por enfermedades, incluida el cólera, que volvió a propagarse nuevamente con una fuerza vengativa. En enero, el ejército británico sólo disponía de 11 000 hombres sanos, menos de la mitad de los que tenía dos meses antes. El soldado raso John Pine, de la Brigada de Fusileros, había estado sufriendo varias semanas de escorbuto, disentería y diarrea cuando escribió a su padre el 8 de enero:

> Hemos estado viviendo de galletas y raciones de sal casi todo el tiempo que hemos estado acampados, de cuando en cuando nos dan carne fresca y una o dos veces nos dieron carnero pero es espantoso, ni siquiera serviría para alimentar a un perro inglés, pero es lo mejor que podemos conseguir aquí así que debemos agradecérselo a Dios. Miriam [su hermana] me dice que hay en camino una gran cantidad de salchichas alemanas para las tropas. Me gustaría que se apresuraran y las enviaran de una vez, porque creo que nos vendrían muy bien un par de libras en este preciso momento. […] Literalmente, he estado muriéndome de hambre durante las últimas cinco o seis semanas […]. Mi querido padre, si puedes mandarme, en forma de carta, algunos polvos contra el escorbuto, te lo agradecería mucho porque el escorbuto me tiene a mal traer y ya te devolveré el favor si Dios me permite salir con vida.

El estado de Pine empeoró y fue despachado al hospital militar de Kulali, cerca de Constantinopla, donde murió al cabo de un mes. El caos administrativo reinante era tal que no quedó ningún registro de su deceso, y tuvo que transcurrir un año antes de que su familia se enterara de lo ocurrido a través de uno de sus camaradas[431].

No pasó mucho tiempo hasta que las tropas británicas, totalmente desmoralizadas, empezaran a criticar a las autoridades militares. «Aquí todos tienen la esperanza de que muy pronto se declare la paz –escribió el 4 de febrero el teniente coronel Mundy, del 33.º Regimiento, a su madre–. Es todo muy lindo para la gente que allá en casa habla de orden marcial y cosas semejantes,

pero aquí *todos* ya hemos tenido ración suficiente de penurias, de ver a nuestros hombres morir por miles a causa del absoluto descuido». El soldado raso Thomas Hagger, que llegó a fines de noviembre con los refuerzos del 23.º Regimiento, escribió a su familia:

> Lamento decir que los hombres que estaban aquí antes de que yo llegara no han tenido una camisa limpia desde hace más de dos meses, la gente en casa cree que las tropas están bien abastecidas, pero lamento decir que los tratan peor que a los perros en casa y puedo decir a los habitantes de la vieja Inglaterra que si los soldados que están aquí pudieran volver a casa no los sacarían tan fácilmente, no es tanto el miedo al combate como el duro trato que recibimos.

Otros escribieron a los periódicos para hacer público el maltrato que padecía el ejército. El coronel George Bell, del Primer Regimiento Real, envió una carta a *The Times* el 28 de noviembre:

> Todos los elementos de destrucción están en contra: la enfermedad y la muerte, y la falta de abrigo, y las inciertas raciones de carne salada. Durante dos días ni una gota de ron, lo único que puede mantener a un soldado de pie. Si esto sigue así, estamos acabados. La comunicación con Balaclava se ha vuelto imposible, lodo hasta las rodillas durante el trayecto de 12 kilómetros. Las ruedas no giran, y los pobres y famélicos animales de carga no tienen la fuerza necesaria para atravesar el lodo, incluso aunque no lleven carga. Los caballos –de la caballería, de la artillería, los corceles de los oficiales y los de carga– mueren por decenas todas las noches debido al frío y al hambre. Peor aún, los hombres también caen de manera terrible. Hoy vi a *nueve* hombres del 1.er Batallón del Regimiento Real, que yacían *muertos en una tienda*… ¡Y a otros 15 que agonizaban! Todos casos de cólera. […] Las espaldas de esos desgraciados nunca están secas, su único uniforme andrajoso los cubre a trozos, van a las trincheras cada noche mojados hasta los huesos, y allí yacen sobre el agua, el lodo y la nieve derretida hasta la mañana, vuelven con cólicos a un atestado hospital de campaña establecido en una tienda desgarrada por la tormenta, se acuestan en una atmósfera fétida, que sirve para propagar el contagio, y allí agonizan hasta morir. Esto no es una novela, es mi deber como coronel verlo y tratar de aliviar los sufrimientos y privaciones de mis humildes pero valientes camaradas. Pero no puedo hacerlo, no tengo el poder necesario. Casi todo falta en este hospital, tan mal preparado desde el principio.

> Nadie se queja tanto de eso como los oficiales médicos de los regimientos y también los médicos voluntarios.

Al final de su carta, que terminó al día siguiente, Bell agregó una nota privada para el editor del periódico, instándolo a publicarla y concluyendo con estas palabras: «Temo describir el estado de cosas que reina aquí». Una versión aligerada de la carta (fechada el 12 de diciembre) se publicó el día 29 en *The Times*, pero incluso eso, pensó Bell más tarde, había bastado para arruinar su carrera[432].



Fue por medio de un artículo de *The Times* que el público británico se enteró por primera vez de las espantosas condiciones en que se encontraban los soldados heridos y enfermos. El 12 de octubre, los lectores se alarmaron al leer, junto con el desayuno, la noticia transmitida por el corresponsal de *The Times* en Constantinopla, Thomas Chenery, de «que no se efectuaron suficientes preparativos médicos para la atención apropiada de los heridos» que habían sido evacuados de Crimea al hospital militar de Scutari, a 500 kilómetros de distancia. «No sólo no hay suficientes cirujanos –algo que, debemos decir, puede resultar inevitable–, no sólo no hay asistentes y enfermeras –ese podría ser un defecto del sistema del que nadie tiene culpa–, pero ¿qué podemos decir del hecho de que ni siquiera hay lienzo para fabricar vendajes para los heridos?». Un furioso editorial de *The Times* de John Delane, el editor del periódico, publicado al día siguiente, provocó un diluvio de cartas y donaciones, destinadas al establecimiento de un Fondo para la Ayuda de los Enfermos y Heridos de Crimea de sir Robert Peel, el hijo del ex primer ministro. Muchas cartas se referían al escándalo de que el ejército no tuviera enfermeras en Crimea, una carencia que varias mujeres bienintencionadas se proponían remediar. Entre ellas se encontraba Florence

Nightingale, superintendente *ad honorem* del Hospital para Señoras Inválidas de Harley Street, una amiga de la familia de Sidney Herbert, secretario de Estado de Guerra. Escribió a la señora Herbert ofreciéndose a reclutar un equipo de enfermeras para Oriente el mismo día en que el propio Herbert escribió a Nightingale pidiéndole que hiciera precisamente eso: las cartas se cruzaron entre sí.

Los británicos estaban muy por detrás de los franceses en su infraestructura para atender a los enfermos y los heridos. Los visitantes de los hospitales militares franceses de Crimea y Constantinopla quedaron muy bien impresionados por su limpieza y orden. Había allí equipos de enfermeras, casi todas monjas reclutadas de la Orden de San Vicente de Paul, que seguían las instrucciones de los médicos. «Encontramos aquí todas las cosas en mucho mejores condiciones que en Scutari», escribió un visitante inglés del hospital de Constantinopla:

> Reinaba mucho más limpieza y confort, y la atención era mucho mejor: las camas eran más cómodas y estaban mejor equipadas. La ventilación era excelente y, por lo que pudimos ver o advertir, no faltaba nada. El cuidado de algunos de los heridos más graves se confiaba a las Hermanas de la Caridad, de las que se ha fundado aquí una orden (la de San Vicente de Paul). Se dice que el valor, la energía y la paciencia de estas mujeres excelentes trascienden toda posibilidad de elogio. En Scutari todo estaba calmo y silencioso. Sombrío y terrible sería una descripción más acorde. Pero aquí todo era vida y alegría. Allí estaban mis viejos amigos, los soldados franceses, jugando al dominó junto a sus camas, y armando cigarrillos o disputando […]. También me gustó escuchar la agradable manera en que el médico se dirigía a ellos. «Mon garçon» o «mon brave» eran calificativos que los alegraban cuando el médico se acercaba a ellos.

El capitán Herbé fue evacuado al hospital más tarde ese mismo año. Describió su situación en una carta dirigida a su familia:

> Chocolate a la mañana, almuerzo a las diez y cena a las cinco. El médico viene antes de las diez, y pasa visita de nuevo a las cuatro de la tarde. Aquí está el menú del almuerzo de las diez:

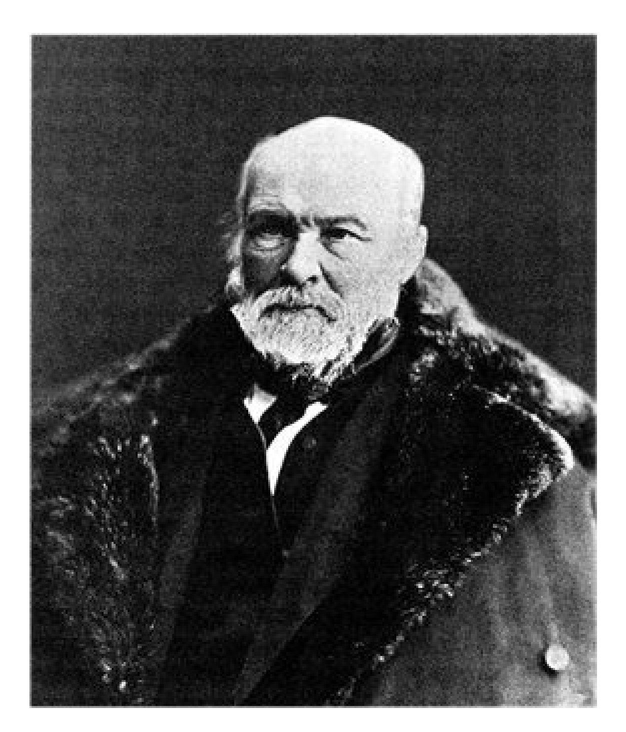
- Sopa de tapioca
- Costilla de cordero jardinera
- Aves asadas
- Patatas asadas
- Buen vino de Burdeos en garrafa
- Pasas frescas y galletas

> Sazonado por el viento marino que sopla a través de nuestras grandes ventanas, este menú, como podrán imaginar, es muy sustancioso, y seguramente muy pronto nos devolverá la salud[433].

Los porcentajes de mortalidad de los heridos y enfermos franceses fueron considerablemente más bajos que los de los británicos durante el primer invierno de la guerra (pero no durante el segundo, cuando las bajas francesas debido a enfermedades fueron terribles). Aparte de la pulcritud de los hospitales franceses, el factor crucial era que los franceses habían establecido centros de tratamiento cerca del frente y auxiliares médicos en cada regimiento, soldados entrenados en primeros auxilios (*soldats panseurs*) capaces de ayudar a sus camaradas en el campo de batalla. El gran error de los británicos fue transportar a casi todos sus enfermos y heridos desde Crimea a Scutari, lo que implicaba una larga e incómoda travesía en barcos de transporte abarrotados que rara vez llevaban a bordo más de un par de oficiales médicos. Raglan había adoptado este método según criterios estrictamente militares («no tener los heridos en medio») y se negó a escuchar las protestas, que alegaban que los heridos y los enfermos no se encontraban en un estado adecuado para hacer un viaje tan largo y que necesitaban tratamiento lo antes posible. En un barco, el *Arthur the Great*, 384 heridos fueron cargados en las cubiertas, apiñándolos tanto como se pudo, de manera muy similar

a lo que se hacía en los barcos que transportaban esclavos, los muertos y los agonizantes junto a los heridos y los enfermos, sin jergones ni almohadas o mantas, sin jofainas ni orinales, alimentos ni medicinas, salvo lo que había en los arcones del barco, que el capitán no permitía usar. Temiendo la propagación del cólera, el agente de transporte de la armada, el capitán Peter Christie, ordenó que todos los que padecían la enfermedad fueran reunidos en un solo barco, el *Kangaroo*, una embarcación capaz de albergar, como máximo, unos 250 hombres, pero que cuando estuvo lista para zarpar hacia Scutari, transportaba a bordo a alrededor de 500 hombres. «Era una escena espantosa, con los muertos y los agonizantes, los enfermos y los convalecientes tendidos en cubierta, apilados casi de cualquier manera», según palabras de Henry Sylvester, un asistente de cirujano de 23 años y uno de los dos oficiales médico que había en el barco. El capitán se negó a zarpar con un barco tan atestado, pero finalmente el *Kangaroo* levó anclas con casi 800 pacientes a bordo, aunque sin Sylvester, quien navegó hacia Scutari a bordo del *Dunbar*. El índice de mortalidad fue abrumador en estos barcos: en el *Kangaroo* y en el *Arthur the Great* se registraron cuarenta y cinco decesos por barco; en el *Caduceus*, un tercio de los pasajeros murió antes de llegar a los hospitales de Scutari[434].

Los rusos también entendían la necesidad de tratar a los heridos lo antes posible, aunque las condiciones reinantes en sus hospitales eran mucho peores que las que Florence Nightingale encontraría en Scutari. De hecho, fue un ruso, Nikolái Pirogov, quien fue pionero del sistema de cirugía de campaña que las otras naciones sólo empezarían a emplear durante la Primera Guerra Mundial. Aunque poco conocido fuera de Rusia, donde se lo considera un héroe nacional, la contribución de Pirogov a la medicina del campo de batalla es tan significativa como lo logrado por Florence Nightingale durante la guerra de Crimea, si no más.



Nikolái Pirogov

Nacido en Moscú en 1810, Pirogov inició sus estudios de Medicina en la Universidad de Moscú apenas con catorce años de edad, y se convirtió en profesor de la universidad alemana de Dorpat a los veinticinco años, antes de aceptar la designación de profesor de Cirugía en la Academia de Medicina Militar de San Petersburgo. En 1847, estuvo con el ejército ruso en el Cáucaso, donde fue pionero en el uso del éter, convirtiéndose así en el primer cirujano que empleó anestesia en una operación de campaña. Pirogov informó sobre los beneficios del éter en varias publicaciones en lengua rusa entre 1847 y 1852, aunque pocos médicos fuera de Rusia conocieron sus artículos. Además del alivio del dolor y del choque a través de la anestesia, Pirogov enfatizó que administrar éter a los heridos en cuanto llegaban al hospital los mantenía en calma y les impedía sufrir desmayos y pérdida de conciencia, lo que permitía al cirujano discriminar los casos que requerían una intervención urgente de los casos que podían

esperar. Este sistema de selección, introducido por primera vez por Pirogov durante la guerra de Crimea, fue en realidad su mayor logro.

Pirogov llegó a Crimea en diciembre de 1854. Su indignación fue mayúscula al ver el caos reinante y el trato inhumano que se daba a los enfermos y los heridos. Miles de soldados heridos habían sido evacuados a Perekop en carros abiertos, con temperaturas bajo cero, y muchos de ellos habían llegado muertos por congelamiento o con los miembros tan helados que sólo era posible amputarlos. Otros fueron abandonados en sucios graneros o a un costado del camino, por falta de transporte. Había escasez crónica de abastecimientos médicos, especialmente debido a la corrupción. Los médicos vendían los medicamentos y daban a sus pacientes sustitutos más baratos, exigiendo sobornos para administrar los tratamientos adecuados. Los hospitales tenían constantes dificultades para atender el enorme número de heridos. En el momento de los desembarcos aliados, los rusos tenían en Crimea plazas hospitalarias para 2000 soldados, pero después de la batalla del Alma se encontraron abrumados por 6000 heridos, y el doble de ese número después de la batalla de Inkerman[435].

Las condiciones reinantes en los hospitales de Sebastopol eran realmente espantosas. Dos semanas después de la batalla del Alma, el cirujano del regimiento de Chodasiewicz visitó el hospital naval:

> Encontró el lugar colmado de heridos que nunca habían sido atendidos desde el día del combate, salvo los vendajes que habían podido hacerse ellos mismos desgarrando sus propias camisas. En el momento mismo en que entró en la sala fue rodeado por una multitud de esas criaturas desdichadas, que lo habían reconocido como médico, algunas de las cuales tendían hacia él los muñones de sus brazos mutilados envueltos en sucios harapos, rogándole que las asistiera. El hedor que flotaba en el lugar era atroz.

Casi todos los cirujanos de esos hospitales tenían una mala formación, eran más «artesanos de aldea» que médicos, según estimó un oficial ruso. Practicaban una cirugía primitiva y práctica, con sucios cuchillos de carnicero, y no sabían nada de la necesidad de higiene ni de los peligros de infección. Pirogov descubrió amputados que habían estado tendidos en su propia sangre durante semanas[436].

En cuanto llegó a Sebastopol, Pirogov empezó a imponer orden en los hospitales, e instauró gradualmente su sistema de selección. En sus memorias relata cómo llegó a elaborarlo. Cuando se hizo cargo del hospital principal de la Asamblea de Nobles, la situación era caótica. Después de un duro bombardeo, los heridos empezaron a llegar sin orden alguno, los que agonizaban mezclados con los que necesitaban atención urgente y con los que padecían heridas leves. En primer término, Pirogov se ocupaba de los que sufrían las heridas más serias a medida que llegaban, diciéndoles a las enfermeras que los llevaran directamente a la mesa de operaciones; pero mientras él se concentraba en un caso, llegaban más y más hombres con heridas graves, y el médico no podía dar abasto. Demasiada gente moría de manera innecesaria antes de que fuera posible atenderlos, mientras él se dedicaba a operar pacientes cuyas heridas eran tan graves que seguramente no sobrevivirían. «Llegué a la conclusión de que la mía era una actitud insensata y decidí ser más contundente y racional –recordó–. La simple organización del hospital de campaña era más importante para salvar vidas que la actividad médica». Su solución fue una forma simple de selección, que puso en práctica por primera vez durante el bombardeo de Sebastopol del 20 de enero. Cuando eran trasladados al Gran Salón de la Asamblea, los heridos eran en primer término divididos en grupos para determinar el orden y la prioridad del tratamiento de emergencia. Había tres grupos principales: los heridos graves que necesitaban asistencia y que podían ser salvados eran operados en otra habi-

tación lo antes posible; los que sufrían heridas leves recibían un número y se les decía que esperaran en las barracas cercanas hasta que los cirujanos pudieran atenderlos, y los que no podían ser salvados eran trasladados a un hospicio, donde los cuidaban asistentes médicos, enfermeras y sacerdotes hasta el momento de su muerte[437].

En el relato «Sebastopol en diciembre», Tolstoi lleva a sus lectores hasta el Gran Salón:

> En cuanto uno abre la puerta es asaltado inopinadamente por la visión y el olor de alrededor de cuarenta o cincuenta amputados y heridos graves, algunos de ellos acostados en catres, pero la mayoría tendidos en el suelo […]. Ahora bien, si usted tiene nervios suficientes, trasponga la puerta de la izquierda: ésa es la sala en que se vendan las heridas y se hacen las operaciones. Allí verá cirujanos de fisionomías pálidas y afligidas, los brazos empapados en sangre hasta los codos, profundamente concentrados sobre una cama en la que yace un hombre herido bajo la influencia del cloroformo, con los ojos abiertos como en medio de un delirio, y pronunciando palabras sin sentido que ocasionalmente resultan simples y conmovedoras. Los cirujanos están dedicados a la repugnante pero benéfica tarea de amputar. Usted verá el filoso cuchillo curvo penetrar el cuerpo blanco y sano; verá al hombre herido recuperar súbitamente la conciencia con un terrible y desgarrador chillido injurioso; verá al apotecario asistente que arroja a un rincón el brazo amputado; verá a otro hombre tendido en una camilla en la misma habitación, mirando la operación de su compañero mientras se retuerce y gruñe, menos por el dolor físico que por la tortura psicológica del miedo; verá escenas pavorosas que lo afectarán hasta las raíces de su ser; verá la guerra no como una formación bella, ordenada y centelleante, con música y redobles de tambor, gallardetes al viento y generales montados en briosos corceles, sino la guerra en su expresión más auténtica: sangre, sufrimiento y muerte[438].

El uso de anestésicos permitió a Pirogov y a su grupo de cirujanos trabajar extremadamente rápido, realizando más de cien amputaciones en un día de siete horas de trabajo, operando simultáneamente en tres mesas de cirugía (sus críticos decían que aplicaba un «sistema fabril»). Desarrolló una nueva clase de amputación del pie a la altura del tobillo, dejando parte del hueso del talón para ofrecer mayor apoyo al hueso de la pierna, y gene-

ralmente, en sus amputaciones, cortaba el miembro mucho más abajo que otros médicos para minimizar el trauma y la pérdida de sangre, que según había entendido, representaba la principal amenaza. Sobre todo, Pirogov era consciente de los peligros de la infección (que creía era causada por los vapores contaminados) y se ocupó especialmente de separar a los pacientes con heridas limpias de aquellos otros cuyas heridas producían pus y revelaban signos de desarrollar gangrena. Por medio de todas estas medidas innovadoras, Pirogov logró porcentajes de supervivencia mucho más elevados que los británicos o los franceses; hasta el 65 por ciento en el caso de las amputaciones de brazo. Para las amputaciones a la altura del muslo, las más peligrosas y comunes en los ejércitos que participaron en la guerra de Crimea, Pirogov consiguió porcentajes de supervivencia de alrededor del 25 por ciento, mientras que sólo un paciente de cada diez sobrevivía a esa intervención en los hospitales británicos y franceses[439].

Los británicos eran mucho menos entusiastas que los rusos o los franceses en lo referido al empleo de anestésicos. Poco después de que el ejército británico partió de Varna hacia Crimea, el principal oficial médico, el doctor John Hall, publicó un memorándum en el que advertía a los cirujanos militares «contra el uso del cloroformo en el choque severo producido por heridas graves causadas por armas de fuego [...] pues por brutal que pueda parecer, el dolor producido por el cuchillo es un poderoso estimulante; y es mucho mejor oír a un hombre aullar con fuerza que verlo hundirse silenciosamente en la tumba». La opinión médica británica estaba dividida con respecto a la nueva ciencia de la anestesia. Algunos temían que el uso del cloroformo debilitara la capacidad de recuperación del paciente y otros creían que era poco práctico para emplearlo en cirugía de campaña debido a la escasez de médicos calificados para administrarlo. Esas actitudes estaban estrechamente relacionadas con ideas sobre la resistencia del dolor, que posiblemente eran típicas de la idea británi-

ca de virilidad (la capacidad de mantenerse impasible[440]). La idea de que el soldado británico era inmune al dolor era muy común. Tal como escribió un médico desde Crimea:

> Nadie ha descrito todavía verdaderamente el coraje de los soldados. Se ríen del dolor, y rara vez se someterán a la muerte. Es perfectamente maravilloso este triunfo de la mente sobre el cuerpo. Si un miembro fuera aplastado o desgarrado en casa, ellos llegarían al hospital desmayados, o en un estado de colapso. Aquí llegan con un brazo colgando o un codo arrancado y dicen: «¡Doctor, por favor, sea rápido; no es tan grave, y puedo volver al frente!». Y muchos de esos valientes muchachos, con un pedazo de toalla mojado enrollado sobre el muñón, se arrastran hasta la retaguardia del combate y, con los obuses estallando a su alrededor, y las balas haciendo saltar terrones del suelo a sus pies, observaban el progreso de la batalla. Le digo, y juro solemnemente que es verdad, que amputé un pie a un oficial, capitán, que insistió en que lo ayudaran a volver a montar su caballo y afirmó que podía luchar, ahora «que le habían vendado el pie»[441].

Al igual que los franceses, Pirogov daba gran importancia al papel de las enfermeras en sus hospitales. Las enfermeras ayudaban a seleccionar los heridos y ofrecían consuelo a los hombres. Administraban medicamentos, les llevaban té o vino, escribían cartas a sus familias y daban apoyo espiritual a los agonizantes. El afecto de las enfermeras se ganó el corazón de muchos hombres, que con frecuencia las comparaban con sus madres. «Es asombroso –le escribió Pirogov a su esposa–, cómo la presencia de mujeres, agradablemente vestidas, entre los asistentes del hospital, alivia la aflicción de los hombres y aplaca sus sufrimientos». Pirogov alentó las iniciativas de las mujeres rusas que reclutaban equipos de enfermeras para Crimea. La gran duquesa Elena Pavlovna, la cuñada del zar nacida en Alemania[442], fundó la Comunidad de la Santa Cruz poco después de que llegara la noticia de la derrota en la batalla de Inkerman. El primer grupo de treinta y cuatro enfermeras siguió a Pirogov a Crimea, y llegó a Simferópol el 1 de diciembre, después de un largo y dificultoso viaje de más de mil kilómetros de caminos de tierra desde San

Petersburgo. Casi todas ellas eran hijas, esposas o viudas de militares, y algunas procedían de familias de comerciantes, sacerdotes y funcionarios estatales de la nobleza menor, aunque por supuesto no tenían ninguna experiencia de las duras condiciones que reinaban en una zona de batalla, y muchas muy pronto cayeron enfermas, víctimas del tifus y de otras epidemias que se extendían entre los hombres. Pirogov dividió a las enfermeras en tres grupos: las destinadas a atender a los heridos y ayudar en las operaciones; las que debían administrar medicamentos, y aquellas que estarían a cargo del trabajo doméstico de mantenimiento del hospital. Para Alexandra Stajovich, que fue asignada a la sala de operaciones, la primera amputación fue una verdadera prueba, pero la pasó, tal como escribió a su familia:

> Estuve en dos operaciones de Pirogov; en una amputamos un brazo, y en otra una pierna; y por la gracia de Dios no me desmayé, porque en la primera, cuando amputamos el brazo, tuve que mantener al hombre tendido y después vendarle la herida. No me jacto de mi coraje, sólo os escribo para que sepáis que no tengo miedo de nada. Si supierais lo gratificante que es ayudar a estos hombres sufrientes… No podéis imaginar cuánto aprecian los doctores nuestra presencia aquí[443].

Y en Crimea misma, mujeres de diversas comunidades se habían organizado en equipos de enfermeras y se habían dirigido a los hospitales de campaña y los puestos sanitarios de los campos de batalla de alrededor de Sebastopol. Entre ellas se contaba Dasha Sevastopolskaya, la muchacha que había atendido a los heridos en la batalla del Alma, quien trabajó con Pirogov en la sala de operaciones de la Asamblea de Nobles. Otra era Elizaveta Jlopotina, la esposa del comandante de una batería herido en la cabeza en Alma, que había seguido a su esposo al combate y había trabajado como enfermera en el puesto sanitario de Kacha. Pirogov sentía gran admiración por el coraje de estas mujeres y combatió con fuerza las objeciones del sistema militar, que se oponía a la presencia de mujeres entre las tropas, para lograr que se orga-

nizaran más equipos de enfermeras. Finalmente, la influencia de la gran duquesa se hizo sentir, y el zar accedió a reconocer el trabajo de la Comunidad de la Santa Cruz. Gran parte del primer trabajo médico de la Comunidad en Crimea fue financiado por la gran duquesa, quien compró suministros médicos, incluyendo la preciosa quinina, por medio de contactos familiares en el Reino Unido, y los acumuló en el sótano de su casa, el palacio Mijailovski, en San Petersburgo. Pero una vez que recibió la bendición del zar, llovieron las donaciones de la aristocracia rusa, de comerciantes, de funcionarios del Estado y de la Iglesia. En enero, otros dos contingentes de enfermeras organizados por la Comunidad llegaron a Sebastopol, el segundo de ellos encabezado por Ekaterina Bakunina, la hija del gobernador de San Petersburgo y prima del anarquista revolucionario Mijaíl Bakunin (en ese momento preso en la fortaleza de Pedro y Pablo de la capital rusa). Como gran parte de la clase alta rusa, Ekaterina había pasado en su infancia los veranos en Crimea, y estaba horrorizada por la invasión de su sitio favorito de vacaciones. «No podía imaginar que este bello rincón de nuestro gran imperio se convirtiera en el brutal escenario de una guerra[444]».

Florence Nightingale tenía un impulso administrativo semejante al de la gran duquesa. Nacida en una familia de exitosos industriales de Derbyshire, había sido mejor educada que la mayoría de los hombres que ocupaban cargos en el gobierno británico, entre los cuales su familia tenía una serie de parientes, aunque debido a su sexo se vio obligada a limitar sus actividades al ámbito de la filantropía. Inspirada por su fe cristiana, se abocó a la enfermería a los 25 años, contra la voluntad de su familia, trabajando primero como reformista social entre los pobres y después en una comunidad religiosa luterana en Kaisersweth-am-Rhein, cerca de Düsseldorf, en Alemania, donde observó al pastor Theodor Fliedner y a sus diaconisas ocuparse de la asistencia de los enfermos. Tras graduarse en Kaiserswerth en 1851, Nightin-

gale llevó los principios de enfermería que había aprendido al hospital de Harley Street, donde asumió el cargo de superintendente en agosto de 1853. Esos mismos principios –básicamente la pulcritud y la buena administración y el orden de las salas– serían los que Nightingale llevaría a Crimea. No había en sus ideas nada nuevo. Los oficiales médicos británicos en Crimea eran perfectamente conscientes del efecto benéfico de la higiene y del orden en el hospital. El principal problema que tenían para convertir esos ideales dictados por el sentido común en una política activa era la falta de capital humano y de recursos, un problema que Nightingale sólo superaría parcialmente.

En su calidad de secretario de Estado de Guerra, Herbert designó a Nightingale superintendente del Establecimiento de Enfermería Femenina de los Hospitales Generales Ingleses en Turquía, aunque no en Crimea, donde Nightingale no tuvo autoridad hasta la primavera de 1856, cuando la guerra estaba próxima a su fin. Su posición era precaria: oficialmente estaba subordinada a la jerarquía militar, pero Herbert le dio instrucciones de que le informara directamente sobre los defectos y fracasos del Departamento Médico del Ejército, y toda su carrera dependería de una lucha encarnizada contra la burocracia de esa institución, que básicamente se oponía a la presencia de enfermeras en el frente o en sus inmediaciones. Nightingale tenía un temperamento dominante por naturaleza, pero además tenía que adoptar un control dictatorial sobre sus enfermeras para poder aplicar los cambios organizativos que anhelaba y ganarse el respeto del sistema militar. No había en Turquía ninguna organización reconocida de enfermeras profesionales de donde pudiera extraer su equipo, de manera que, con la ayuda de la señora Herbert, tuvo que fundar una ella misma. Su criterio de selección era implacablemente funcional: prefería a las mujeres jóvenes de clase baja, porque creía que se adaptarían con menos problemas a la dura tarea y a las atroces condiciones que las esperaban, y puso a un

grupo de monjas con experiencia en enfermería a cargo de la supervisión, considerándolas como una concesión práctica a los católicos irlandeses que constituían un tercio de las filas del ejército. Sin embargo, rechazó cientos de postulaciones de mujeres bienintencionadas de la clase media, porque temía que sus susceptibilidades las harían «menos manejables».

Nightingale y su equipo de treinta y ocho enfermeras llegaron a Scutari el 4 de noviembre de 1854, justo a tiempo para el transporte masivo de los heridos de la batalla de Balaclava. Los franceses ya se habían agenciado de los mejores edificios para sus hospitales y los que habían quedado libres para los británicos ya estaban muy atestados y en pésimo estado, Los heridos y los agonizantes yacían todos juntos, con los enfermos e infectados, en camas y colchones apiñados sobre el suelo sucio. Con tantos hombres que padecían diarrea, los únicos sanitarios disponibles eran, sin embargo, unas tinas de madera colocadas dentro de las salas y en los corredores. Casi no había agua, ya que las viejas cañerías se habían roto, y el sistema de calefacción no funcionaba. A los pocos días de la llegada de Nightingale, la situación empeoró más, ya que otros cientos de heridos de la batalla de Inkerman llegaron al ya atestado hospital. Esos hombres se encontraban en condiciones «verdaderamente deplorables», tal como Walter Bellew, un cirujano asistente del Hospital Hyder Pachá, próximo a Scutari, anotó en su diario: «Muchos desembarcaron ya muertos, varios murieron en el camino a los hospitales y el resto se encontraba en condiciones lastimosas: sus ropas estaban llenas de suciedad y de evacuaciones, sus manos y rostros ennegrecidos por la pólvora y el barro, y sus cuerpos literalmente plagados de parásitos». Los hombres morían a un ritmo de cincuenta o sesenta por día; en cuanto un hombre exhalaba su último suspiro, lo envolvían en su manta, que era cosida, y lo sepultaban en una tumba común cerca del hospital, mientras un nuevo paciente ocupaba su cama. Las enfermeras trabajaban las vein-

ticuatro horas para alimentar y lavar a los hombres, administrarles medicamentos y ofrecerles consuelo en el momento de la muerte. Muchas enfermeras no pudieron soportar la tensión y empezaron a beber copiosamente, algunas de ellas quejándose del temperamento mandón de la señorita Nightingale y de su propio trabajo servil. Nightingale las despidió[445].

Para fines de diciembre, Nightingale ya tenía un segundo equipo de enfermeras a su disposición, y control del Fondo para Crimea de *The Times*, que le permitía comprar suministros y medicamentos para todos los hospitales británicos de Scutari. Podía actuar por iniciativa propia, sin obstrucción alguna de las autoridades militares, que confiaban en que su capacidad financiera y administrativa los rescataría del desastre médico en el que se encontraban. Nightingale era una administradora capaz. Aunque su impacto ha sido sobrestimado (y la contribución de los oficiales médicos, asistentes y boticarios británicos prácticamente ignorada) por aquellos que más tarde la convirtieron en figura de culto, no hay duda de que consiguió poner las cosas en marcha en el hospital principal de Scutari. Reorganizó las cocinas, compró calderas nuevas, contrató lavanderas turcas y supervisó su trabajo, vigiló la limpieza de las salas y, después de trabajar veinte horas por día, hacía sus rondas nocturnas, llevando a los hombres palabras de consuelo cristiano, una actitud por la que fue conocida como la Señora de la Lámpara. Sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, el índice de mortalidad siguió aumentando a un ritmo alarmante. En el mes de enero, el 10 por ciento de todo el ejército británico en Oriente murió a causa de enfermedades. En febrero, el índice de mortalidad de los pacientes de Scutari fue del 52 por ciento, tras haber aumentado desde el 8 por ciento vigente en el momento en que llegó Nightingale, en el mes de noviembre. En total, ese invierno, en los cuatro meses que siguieron al huracán, murieron 4000 soldados en los hospitales de Scutari, casi ninguno de ellos a consecuencia de heridas de com-

bate. El público británico quedó abrumado por la pérdida de vidas humanas. Los lectores de *The Times* exigieron explicaciones, y a principios de marzo llegó a Scutari una comisión sanitaria designada por el gobierno con el propósito de realizar una investigación. Descubrió que el barracón del hospital principal estaba construido sobre un pozo séptico, que las cloacas tenían filtraciones y que las aguas negras se filtraban en el agua potable. Nightingale no había advertido el peligro, porque creía que la infección provenía de los vapores contaminados, pero los servicios sanitarios del hospital eran claramente inadecuados. Los soldados a su cuidado hubieran tenido más posibilidades de supervivencia en cualquier aldea turca que en sus hospitales de Scutari.



En el Reino Unido, Francia y Rusia, el público seguía estos acontecimientos con creciente interés y preocupación. A través de los informes que cotidianamente ofrecían los artículos de los diarios, y las fotos y dibujos publicados en los periódicos, la gente tenía acceso a las últimas noticias sobre la guerra, y una mayor comprensión de sus realidades que en cualquier otro conflicto previo. Su reacción ante las noticias se convirtió en un factor de importancia en los cálculos de las autoridades militares, que estaban expuestas a un grado de crítica pública nunca visto antes en época de guerra. Ésta fue la primera guerra de la historia en la que la opinión pública desempeñó un papel crucial.

El Reino Unido era el país que mostraba mayor apetito por las noticias. Los artículos sobre el sufrimiento de las tropas y la espantosa situación de los heridos y los enfermos habían creado un estado de ansiedad nacional respecto de la situación de los ejércitos aliados acampados alrededor de Sebastopol. La severa helada que azotó al Reino Unido ese invierno sólo sirvió para intensificar aún más la preocupación por los hombres que estaban en Rusia. El Fondo de Crimea de *The Times* suscitó una enorme res-

puesta positiva, así como el Fondo Patriótico Real para ayuda a las esposas y familias de los soldados, y gente de todos los niveles sociales donó dinero, envió paquetes de alimentos y ropa de abrigo tejida en casa (incluidos los «pasamontañas de Balaclava», que se inventaron en este momento). La reina en persona informó al duque de Cambridge que «toda la parte femenina» del castillo de Windsor –ella también– estaba «muy atareada tejiendo para el ejército»[446].

El Reino Unido, más que cualquier otro país del continente, gozaba de libertad de prensa, y esa libertad ahora se hizo notar. La abolición del sellado fiscal de los periódicos en 1855 permitió el desarrollo de medios más baratos, cuya compra incluso los trabajadores podían afrontar. Así como la publicación de cartas de oficiales y soldados, la guerra de Crimea suscitó la aparición de una nueva clase de «corresponsal de guerra», que llevó los acontecimientos del campo de batalla a las mesas del desayuno de la clase media. Durante las guerras anteriores, los periódicos habían confiado en «agentes» aficionados –usualmente diplomáticos u oficiales acreditados de las fuerzas armadas– para que enviaran sus informes (una tradición que duró hasta fines del siglo XIX, cuando un joven Winston Churchill informó sobre Sudán mientras servía en el ejército con rango de oficial). Estos informes eran habitualmente extraídos de los comunicados oficiales y estaban sometidos a la censura de las autoridades; era raro que un agente incluyera un relato de los acontecimientos de primera mano, es decir, de acontecimientos de los que él mismo había sido testigo. La situación empezó a cambiar en la década de 1840, cuando los periódicos comenzaron a emplear corresponsales extranjeros en las zonas de importancia, como por ejemplo Thomas Chenery, el corresponsal de *The Times* en Constantinopla desde el mes de marzo de 1854, quien difundió las noticias sobre las terribles condiciones que reinaban en los hospitales de Scutari[447].

La aparición de los barcos a vapor y del telégrafo permitió a los periódicos enviar a sus propios corresponsales a las zonas de guerra y publicar sus crónicas al cabo de unos pocos días. Las noticias viajaban más rápido durante la guerra de Crimea, a medida que las líneas telegráficas se construían por etapas con el propósito de unir la zona de combate con las capitales europeas. Al principio de la guerra de Crimea, en el mejor de los casos, las noticias llegaban a Londres en cinco días: los dos días que tardaba el vapor desde Balaclava hasta Varna y los tres días a lomo de caballo hasta Bucarest, el lugar más próximo que contaba con líneas telegráficas. En el invierno de 1854, con la construcción francesa de un telégrafo que llegaba a Varna, las noticias podían comunicarse en dos días, y a finales de abril de 1855, cuando los británicos tendieron un cable submarino entre Balaclava y Varna, las novedades llegaban a Londres en cuestión de horas[448].

No sólo era importante la velocidad con la que las noticias llegaban a la metrópolis, sino también la naturaleza franca y detallada de los artículos que el público podía leer en los periódicos cada día. Libres de toda censura, los corresponsales en Crimea escribían extensamente para un público cuyo apetito de noticias sobre la guerra causó un florecimiento de diarios y periódicos. A través de sus vívidas descripciones de la lucha, de las terribles condiciones reinantes y del sufrimiento de los hombres, los corresponsales llevaban la guerra a cada hogar y permitían al público involucrarse activamente en el debate sobre cómo había que encarar la lucha. Nunca había habido tantas cartas de lectores enviadas a *The Times* y a otros periódicos como hubo durante la guerra de Crimea, casi todas ellas conteniendo observaciones y opiniones sobre cómo mejorar la campaña[449]. Nunca tantos miembros de la clase media británica habían experimentado una movilización política semejante. Hasta las zonas rurales más remotas se vieron súbitamente expuestas a los acontecimientos mundiales. En su premiado libro de memorias, el poeta Edmund

Gosse recuerda el impacto de la guerra sobre su familia, unos retraídos miembros de una pequeña secta cristiana de la zona rural de Devon: «La declaración de guerra contra Rusia trajo la primera ráfaga de vida exterior a nuestro claustro calvinista. Mis padres empezaron a comprar el diario cotidianamente, algo que nunca habían hecho antes, y se discutían con entusiasmo los acontecimientos sucedidos en lugares pintorescos que mi padre y yo buscábamos en el mapa»[450].

El apetito público por las vívidas descripciones de la campaña de Crimea era insaciable. Los turistas de la guerra como Fanny Duberly tenían un público bien dispuesto para sus crónicas testimoniales. Pero el mayor interés se reservaba a las imágenes visuales. Las litografías eran un medio suficientemente rápido y barato para emplearlo en las reproducciones de periódicos como el *Illustrated London News*, que gozó de un gran incremento de sus ventas semanales durante la guerra de Crimea. Las fotografías eran lo que más despertaba el interés del público –parecían ofrecer una imagen «realista» de la guerra– y había un importante mercado para los álbumes fotográficos de James Robertson y Roger Fenton, quienes ganaron su fama en Crimea. La fotografía acababa de entrar en escena –el público británico había quedado maravillado por su presentación en la Gran Exposición de 1851– y ésta fue la primera guerra que fue fotografiada y «vista» por el público en el mismo momento en que se desarrollaba. Había habido daguerrotipos de la guerra mexicano-estadounidense de 1846-1848, y calotipos de la guerra de Birmania de 1852-1853, pero eran imágenes borrosas y primitivas comparadas con las fotos de la guerra de Crimea, que parecían tan «precisas» e «inmediatas», una «ventana directa a las realidades de la guerra», como señaló un periódico de la época.

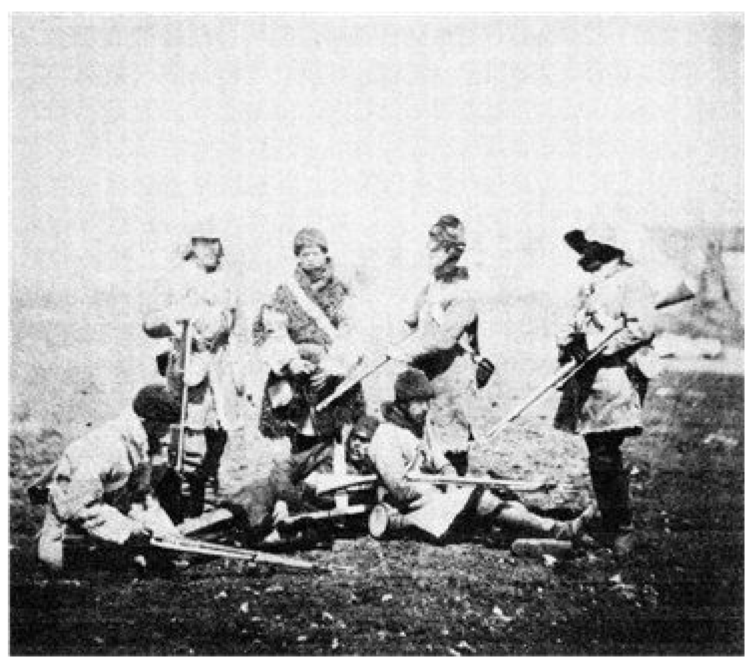


Valle de la Sombra de la Muerte (1855).

En realidad, estaban lejos de ser fieles a la guerra. Las limitaciones del proceso de placa mojada (que requería que la placa de cristal estuviera expuesta durante unos veinte segundos) hacían virtualmente imposible fotografiar el movimiento, aunque las técnicas mejoraron lo suficiente para hacer que esto fuera posible en la época de la guerra civil estadounidense, a principios de la década de 1860). Casi todas las fotografías de Robertson y Fenton son retratos posados y paisajes, imágenes derivadas de géneros pictóricos que atraían el gusto y la sensibilidad de su mercado de clase media. Aunque ambos hombres habían visto muchas muertes, ninguno de los dos mostró nada de eso en sus fotos –aunque Fenton aludió al tema simbólicamente en su imagen más famosa, «El Valle de la Sombra de la Muerte», un paisaje desolado sembrado de balas de cañón (que dispuso en grupos para dar mayor intensidad a la imagen)– porque sus fotos debían concordar con la idea dominante de la sociedad victoriana, que consideraba que se trataba de una guerra justa y justificada. La aséptica pintura de la guerra que ofrecía la obra de Robertson tenía más que ver con presiones comerciales que con cualquier tipo de cen-

sura, pero en el caso de Fenton, un fotógrafo real que había sido enviado a Crimea para contrarrestar de algún modo la imagen negativa de la campaña que ofrecían *The Times* y otros periódicos, había sin duda en sus fotos un elemento de propaganda. Para tranquilizar al público y garantizarle que los soldados británicos disponían de abrigo suficiente, por ejemplo, Fenton tomó una foto de algunos soldados provistos de buenas botas y abrigos de piel de borrego recientemente enviados por el gobierno.

Pero Fenton no llegó a Crimea hasta marzo de 1855, y ese retrato no se tomó hasta mediados de abril del mismo año, cuando ya se habían perdido muchas vidas a causa de las temperaturas bajo cero y no había necesidad de ropas tan abrigadas. Con los 26 grados de temperatura habituales en el mes de abril, los soldados de Fenton seguramente se derretían de calor con tanto abrigo[451].



Hombres del 68.º Regimiento con uniforme de invierno (1855).

Si la cámara de Fenton mentía, no se podía decir lo mismo de los artículos de William Russell publicados por *The Times*, que

no hacían más que informar al público británico sobre las verdaderas condiciones en que se desarrollaba la guerra. Nacido en 1820 en una familia angloirlandesa, cerca de Dublín, Russell empezó a trabajar para *The Times* en 1841, durante las elecciones generales en Irlanda. Sólo había hecho la cobertura de una sola y poco importante guerra fronteriza entre Prusia y Dinamarca en 1850, cuando fue enviado por John Delane, el editor del periódico, con la Brigada de Guardias a Malta, en febrero de 1854. Delane prometió al comandante en jefe del ejército que Russell regresaría antes de Pascua, pero el periodista pasó los siguientes dos años con el ejército británico, comunicando casi a diario las últimas noticias de Crimea y revelando muchos de los fallos de las autoridades militares. El origen angloirlandés daba a Russell cierto distanciamiento crítico con respecto al sistema militar británico, cuya incompetencia condenaba sin vacilaciones. Sus simpatías claramente estaban del lado de los soldados rasos, un tercio de los cuales eran irlandeses, a los que trataba con una afabilidad y naturalidad que los alentaba a hablar. Henry Clifford lo describió como:

> […] un vulgar irlandés de clase baja, un apóstata católico […] pero tiene el don de la conversación y usa la pluma tan bien como la lengua, canta una buena canción, bebe el brandy con agua de todo el mundo y fuma tantos cigarros como los tontos oficiales jóvenes le permiten, y en el campamento todo el mundo lo conoce como «un excelente compañero». Es exactamente la clase de individuo capaz de conseguir información, particularmente de los más jóvenes[452].

Los altos mandos militares despreciaban a Russell. Raglan aconsejó a sus oficiales no hablar con el reportero, alegando que era un peligro para la seguridad. Lo enojaba particularmente la publicación en *The Times* de las cartas de oficiales y soldados que subrayaban las condiciones deplorables en que vivían las tropas. Se rumoreaba que la prensa pagaba esas cartas, algunas de las cuales no habían sido escritas para ser publicadas, sino que los fa-

miliares de los soldados las habían entregado a los periódicos. Las autoridades militares, que daban más importancia a la lealtad y a la obediencia que al bienestar de las tropas, estaban indignadas por las cartas escritas por soldados de todos los rangos. «Los oficiales escriben cartas más absurdas y canallescas que nunca o bien *The Times* las inventa para ellos; de todos modos es una actitud muy mala e indigna de un soldado –rabió el mayor Kingscote, de los Guardias Escoceses y miembro del Estado Mayor–. Sigo sosteniendo que el soldado es un individuo muy alegre y siempre está de buen ánimo. No veo mucho a los oficiales, pero he observado algo, que es que cuanto más aristocrática es la sangre que corre por sus venas, menos protestan, pese a todo lo que afirma *The Times*».

Raglan pasó al ataque. El 13 de noviembre escribió al duque de Newcastle, secretario de Estado de Guerra, alegando que *The Times* había publicado información que podía ser útil al enemigo. De hecho, había informes de que los rusos habían recibido gran aliento moral de los artículos de Russell sobre la escasez de suministros y las malas condiciones en que se encontraban las tropas (hasta el zar mismo los había leído en San Petersburgo). Como respuesta a la carta de Raglan, el fiscal militar segundo William Romaine emitió una advertencia a los periodistas británicos en Crimea, mientras Newcastle se ocupaba de escribir a los editores de los periódicos. Pero Delane se resistió a esos intentos de limitar la libertad de prensa. Consideraba a Raglan un incompetente, y le pareció que era un tema de interés nacional poner en evidencia la mala administración del ejército, por lo que desestimó todas las argumentaciones referidas a la seguridad nacional. El 23 de diciembre, un editorial de *The Times* acusaba al alto mando de incompetencia, de letargo oficial y –tal vez lo más perjudicial de todo en un conflicto que rápidamente se enredaba con una lucha política más amplia entre la idea profesional de meritocracia y el viejo mundo de los privilegios aristocráticos–

de un obvio nepotismo en la designación del personal particular de Raglan (por lo menos cinco de sus ayudas de campo eran sobrinos suyos).

Finalmente, Raglan perdió la paciencia, y el 4 de enero volvió a escribir a Newcastle, acusando directamente a Russell de traición:

> Paso por alto los defectos que el periodista encuentra en cada cosa y cada persona, por calculadas que sean sus críticas con el propósito de provocar el descontento y alentar la indisciplina, pero le pido que considere si un agente a sueldo del Emperador de Rusia podría servir mejor a su Amo de lo que lo hace el corresponsal del periódico de mayor circulación en toda Europa [...]. Dudo mucho, ahora que las Comunicaciones son tan rápidas, de si se podrá mantener durante mucho tiempo un Ejército Británico en presencia de un Enemigo tan poderoso, que tiene a su disposición por medio de la prensa inglesa, y desde Londres a su Caurtel General por medio del telégrafo, cada detalle necesario sobre los números, las condiciones y el equipamiento de la fuerza de su oponente[453].

Newcastle no quedó impresionado por la carta. Para entonces, ya había empezado a sentir la presión política creada por la campaña del *Times*. El escándalo que rodeaba al estado del ejército amenazaba al gobierno. Añadiendo su propia voz a las críticas crecientes contra la administración militar, Newcastle urgió a Raglan a despedir a los generales Airey y Estcourt, respectivamente el intendente y el edecán general del ejército, esperando que eso pudiera satisfacer el deseo público de ver rodar cabezas. Raglan se negó a hacerlo –aparentemente, no creía que nadie del alto mando tuviera la culpa de la difícil situación del ejército–, aunque aceptó con satisfacción el retiro de lord Lucan, a quien culpaba (de manera completamente injusta) del sacrificio de la Brigada Ligera.

Para cuando Lucan recibió su orden de regresar al Reino Unido, el 12 de febrero, el poder de la prensa y de la crítica pública había derrocado al gobierno. El 29 de enero, dos tercios de la

Cámara de los Comunes había votado a favor de una moción del miembro radical del Parlamento John Roebuck, que pedía la designación de un comité selecto que investigara el estado en que se hallaba el ejército y la conducta de los departamentos gubernamentales responsables; de hecho, un voto que expresaba la falta de confianza en el liderazgo por parte del gobierno de la campaña bélica. La intención de Roebuck no había sido derrocar el gobierno –su objetivo principal había sido defender la responsabilidad parlamentaria–, pero las presiones ejercidas sobre el gobierno excedían al Parlamento: provenían del público y de la prensa. Al día siguiente, Aberdeen renunció, y una semana más tarde, el 6 de febrero, la reina convocó a Palmerston, el político por el que sentía menos aprecio, y que ya tenía 70 años, a formar su primer gobierno. Palmerston era la opción favorita de las clases medias patrióticas –por medio de su buena relación con la prensa había cautivado la imaginación del público británico con su política exterior agresiva, que el público había llegado a considerar la encarnación del carácter nacional y de los ideales populares– y ahora confiaban en él para que salvara la campaña bélica de la torpeza de los generales incompetentes.

«En la etapa de la civilización en que nos encontramos –anunció el emperador francés en 1855–, el éxito de los ejércitos, por brillante que sea, es sólo transitorio. En realidad, es la opinión pública la que conquista la última victoria». Luis Napoleón era perfectamente consciente del poder de la prensa y de la opinión pública –en ellas había basado su ascenso al poder– y por esa razón la prensa francesa fue censurada y controlada por su gobierno durante la guerra de Crimea. Usualmente los editoriales eran «pagados» por los partidarios del gobierno, y políticamente solían ser más de derecha que el punto de vista de la mayoría de los lectores del periódico. Napoléon consideraba la guerra como un medio de ganar el apoyo popular a su régimen, y la conducía sin perder de vista la reacción pública. Ordenó a Canrobert (fa-

moso por su indecisión) que no lanzara un ataque «si no estaba perfectamente seguro de que el resultado sería favorable, pero que tampoco lo intentara si el sacrificio de vidas iba a ser grande»[454].

Sensible a la crítica pública, Napoleón ordenó a su policía que recabara información sobre lo que la gente decía acerca de la guerra. Los informantes escuchaban las conversaciones privadas, los sermones de los sacerdotes y los discursos de los oradores, y los resultados de su actividad eran registrados por procuradores y prefectos locales. Según estos informes, los franceses nunca habían estado a favor de la guerra, pero, con el fracaso del ejército, que no había logrado una victoria temprana, cada vez se mostraban más impacientes y contrarios a su prolongación. Gran parte de su frustración se centraba en el liderazgo de Canrobert y en la «cobardía» del príncipe Napoleón, quien había abandonado Crimea después de la batalla de Inkerman y había regresado a Francia en enero, donde (advirtiendo la oposición a la guerra) difundió su opinión de que Sebastopol era «inexpugnable» y de que era necesario levantar el sitio. Para entonces, los prefectos informaban de que era posible que el hartazgo generalizado de la guerra se convirtiera en oposición al gobierno. Henri Loizillon, un ingeniero de las trincheras francesas alrededor de Sebastopol, escuchó a los soldados hablar de una revolución en ciernes, que se planeaba por medio de ataques y manifestaciones en contra de una mayor movilización de tropas en Francia. «Circulan los rumores más alarmantes –le escribió a su familia–. Sólo se habla de revolución: París, Lion, todas las ciudades principales estarán en estado de sitio; en Marsella la gente se sublevará contra el embarque de tropas; todo el mundo quiere la paz, y parece que están dispuestos a pagar casi cualquier precio por conseguirla». En París, un impaciente emperador de los franceses se encontraba justificadamente aterrado por la violencia revolucionaria –sólo habían transcurrido seis años y medio desde que las multitudes

habían ido a las barricadas para deponer a la Monarquía de Julio— y elaboró planes detallados para oponerse a cualquier agitación que se produjera en la capital. Se construyeron edificios en el centro de París «con el propósito de alojar a cierto número de tropas en caso de un levantamiento», informó a la reina Victoria, y «se han pavimentado casi todas las calles para impedir que el populacho usara los adoquines como antes, "*pour en fairedes barricades*"»[455]. Para acabar con las críticas contra la guerra, decidió que había llegado el momento de controlar con mayor firmeza el alto mando, y que debía viajar en persona a Crimea para acelerar la captura de Sebastopol y devolver la gloria al nombre de Napoleón[456].

En Rusia, había muy poca información pública sobre la guerra. Sólo había un único periódico ruso, el *Boletín de Odesa* (Odesskii Vestnik), para toda el área del mar Negro, pero no tenía corresponsal en Crimea, y sólo publicaba las noticias más básicas acerca de la guerra, habitualmente dos o tres semanas después de que se produjeran los acontecimientos. Una censura estricta limitaba lo que podía publicarse. Los artículos sobre la batalla del Alma, por ejemplo, sólo aparecieron en el *Boletín de Odesa* el 12 de octubre, veintidós días después del acontecimiento, cuando la derrota fue descrita como «una retirada táctica ante la amenaza de un número mucho más grande de enemigos sobre ambos flancos y desde el mar». Cuando este lacónico y mendaz boletín no logró satisfacer al público lector, que había oído rumores de la caída de Sebastopol y de la destrucción de la flota del mar Negro, el periódico publicó un informe más detallado el 8 de noviembre, cuarenta y nueve días después del combate, en el que admitía una derrota pero no mencionaba la huida aterrorizada de las tropas rusas, ni la superioridad de los fusileros enemigos, cuyo fuego había superado con creces al de los anticuados mosquetes de la infantería del zar. Simplemente, era imposible decir al público que el ejército ruso había sido mal conducido o

que técnicamente estaba atrasado con respecto a los ejércitos de Europa[457].

Al carecer de información oficial fiable, el público educado prestaba atención a los rumores. Una inglesa que vivía en San Petersburgo advirtió que circulaban algunas «ideas ridículas» sobre la guerra entre las clases altas, a las que «los informes del gobierno mantenían en absoluta ignorancia». Se rumoreaba, por ejemplo, que el Reino Unido intentaba sublevar a Polonia en contra de Rusia, que India estaba a punto de caer en manos de los rusos y que los estadounidenses acudirían en ayuda de Rusia en Crimea. Muchos estaban convencidos de que Rusia había firmado un tratado militar con Estados Unidos[458]. «Parecen considerar al presidente de Estados Unidos con tanto respeto como un marinero a su ancla de la esperanza en medio de una tormenta», escribió la anónima inglesa. En Rusia, los estadounidenses eran celebrados e inundados de honores, «y eso parecía complacerlos grandemente», agregaba.

> Es raro que ciudadanos de una nación republicana como Estados Unidos sientan tanta reverencia por los títulos, las órdenes, las estrellas y otras pompas semejantes […]. El mismo día en que me marché [de San Petersburgo], uno de los agregados de su embajada mostró a mis amigos, con enorme júbilo, los huevos de Pascua con que la princesa Fulana de Tal, la condesa Mengana y varios funcionarios de alto rango de la corte le habían obsequiado; también exhibió los retratos de toda la familia imperial, que se proponía colgar, dijo, como tesoros familiares, en cuanto regresara a Nueva York.

A la policía le costaba contener la propagación de los rumores, pese a que se decía que sus informantes estaban en todas partes. La inglesa contó el caso de dos mujeres convocadas a las oficinas del conde Orlov, jefe de la Tercera Sección, la policía secreta, después de que se las había escuchado en un café expresar sus dudas sobre lo que la prensa rusa publicaba acerca de la guerra. «Me informaron de que les dieron una severa reprimenda, y de que *se*

les ordenó creer todo lo que se publicaba bajo la sanción del gobierno[459]».

La guerra generó diversas respuestas en toda la sociedad rusa. La invasión de Crimea provocó indignación en los círculos instruidos, que se unieron asumiendo como estandarte el recuerdo patriótico de 1812. Sin embargo, irónicamente, la furia de casi todo el público pareció concentrarse en los ingleses más que en los franceses, quienes, como resultado de la victoria rusa sobre Napoleón, eran considerados «como un pueblo demasiado insignificante e incapaz de merecer cualquier otro sentimiento que no fuera la más profunda lástima y compasión», según nuestra desconocida inglesa instalada en San Petersburgo. La anglofobia tenía una prolongada tradición en Rusia. La «pérfida Albión» era acusada de cualquier cosa en algunos círculos de la alta sociedad. «Si se los escucha hablar, una imaginaría que todos los males que existen en el mundo deben adjudicarse a la influencia británica», escribió la inglesa. En los salones de San Petersburgo todo el mundo daba por hecho que el Reino Unido había sido el agresor responsable de la guerra, y que el dinero inglés se hallaba en la raíz del conflicto. Algunos decían que los ingleses habían declarado la guerra para apoderarse de las minas de oro que Rusia tenía en Siberia; otros argumentaban que los británicos querían expandir su imperio hasta el Cáucaso y Crimea. Todos ellos consideraban a Palmerston como el principal generador de la política inglesa y como el autor de sus desdichas. En gran parte del continente europeo, Palmerston era odiado como símbolo de los prepotentes y deshonestos británicos, que predicaban el libre comercio y la libertad como medio de beneficiar sus propios intereses económicos e imperiales en todo el mundo. Pero los rusos tenían una razón especial para despreciar al estadista que había promovido la política antirrusa en toda Europa. Según la inglesa de San Petersburgo, los nombres de Palmerston y de Napier, el almirante a cargo de la campaña en el Báltico, «inspiraban en las

clases bajas tal terror» que las mujeres asustaban a sus hijos para que se fueran a la cama diciéndoles: «¡Ahí viene el almirante inglés!».

> Y entre los hombres de la calle, después de agotar todos los términos oprobiosos que se les ocurrían (y la lengua rusa es singularmente rica en ese aspecto), uno se dirigía a otro y le decía: «¡Eres un perro inglés!». Después se sucedían otros cumplidos semejantes, y ambos terminaban por calificarse mutuamente de «¡Palmerston!», sin tener la más remota idea de lo que significaba la palabra; pero en la cúspide del odio y la venganza, solían aullar «¡Napier!», como si él fuera cincuenta veces peor que Satanás.

Un poema que circulaba ampliamente entre los oficiales rusos captaba el espíritu patriótico predominante:

Y así, con belicoso ardor
el comandante Palmerston
derrota a Rusia sobre el mapa
con su dedo índice.
Galvanizados por su valor,
también los franceses van a la batalla,
blandiendo la espada de su tío
al grito de: «Allons courage!»[460].

Los paneslavos y los eslavófilos eran los partidarios más entusiastas de la guerra. Habían celebrado la invasión rusa de los Balcanes como el principio de una guerra religiosa destinada a lograr la liberación de los eslavos, aunque quedaron desencantados cuando el zar ordenó la retirada del Danubio, y muchos de ellos lo urgieron abiertamente a entablar la guerra por sí mismo contra toda Europa. Pogodin, el editor del periódico de Moscú *Moskvitianin*, extremó aún más sus opiniones paneslavas debido a la retirada, e instó al zar a despojarse de toda cautela y declarar una guerra revolucionaria contra los austríacos además de contra los otomanos, en nombre de la liberación de los eslavos. La invasión aliada de Rusia convirtió sus llamamientos a una guerra europea en realidad, y sus ideas belicosas se concretaron en una oleada de sentimiento patriótico que invadió toda la sociedad.

Pogodin recibió la bendición del zar, que le dio acceso a la corte y la oportunidad de escribir al soberano dándole sus opiniones sobre política exterior. No se sabe bien cuánta influencia ejerció Pogodin sobre el zar, pero su presencia en la corte permitió que la aristocracia pudiera adherirse abiertamente a sus ideas. Según la inglesa de San Petersburgo, «Por mucho que el zar haya procurado disfrazar sus intenciones respecto de Turquía y de Constantinopla, sus nobles no intentaron en absoluto disimularlas, y eso hace ya dos años, mucho antes de que se desatara esta guerra. "*Quant à Constantinople, nous l'aurons, soyez tranquille*"[461], dijo en una oportunidad un noble»[462].

Sin embargo, en los círculos más liberales y prooccidentales de la sociedad, la guerra tenía menos respaldo, y los que tenían acceso a la prensa extranjera se mostraban más críticos con respecto al conflicto. Muchos no veían la necesidad de que Rusia se involucrara en la Cuestión Oriental, por no hablar de enredarse en una guerra presumiblemente desastrosa contra las potencias occidentales. «Toda clase de tretas sucias se justifican en nombre de la Santa Rusia», escribió el príncipe Viazemski, un veterano de la guerra de 1812 contra los franceses, un crítico y poeta de ideas liberales, que había prestado servicio durante veinte años en el Ministerio de Finanzas antes de convertirse en director de la censura en 1856. «¿Cómo acabará todo esto? En mi modesta opinión [...] no tenemos posibilidad de salir victoriosos. Los ingleses aliados con los franceses siempre serán más fuertes que nosotros». En 1854, según los informes de la Tercera Sección, mucha gente de las clases instruidas era básicamente hostil a la guerra y quería que el gobierno continuara las negociaciones para evitarla[463].

Resulta más difícil discernir cuál era la opinión de las clases más bajas. Los comerciantes tenían miedo de perder sus transacciones y tendían a ser hostiles a la guerra. En San Petersburgo, la inglesa anónima apuntó: «No sólo cada calle sino cada casa pro-

porcionaba un atisbo de la lucha a la que están abocados; el comercio estaba casi detenido; casi ninguna tienda tenía clientes; todo el mundo parecía estar ahorrando su dinero para evitar la pobreza futura». Los campesinos siervos fueron los que más sufrieron, pues perdieron hombres jóvenes y fuertes de sus granjas familiares debido al reclutamiento militar y, al mismo tiempo, fueron obligados a soportar el incremento de los impuestos motivado por la guerra. La población campesina se redujo drásticamente –en algunas áreas, hasta el 6 por ciento– durante la guerra de Crimea. Fracasaron las cosechas, en parte debido al mal tiempo, pero también a la escasez de mano de obra y de animales de carga que habían sido requisados por el ejército, y se produjeron alrededor de 300 levantamientos de siervos o graves agitaciones, con ataques físicos contra los terratenientes e incendios de sus propiedades. Entre las clases altas, se extendía el temor a una revolución, escribió la inglesa: «Cuando me marché de San Petersburgo, muchos opinaban que los 80 000 soldados (según decían los rusos) acampados en las calles o alojados en las casas estaban allí más bien con el objetivo de mantener la paz dentro de la ciudad antes que para repeler a un invasor extranjero»[464].

Sin embargo, eran los campesinos quienes consideraban que la guerra era una buena oportunidad para ellos. Durante la primavera de 1854 circuló en las zonas rurales el rumor de que se le había prometido la libertad a cualquier siervo campesino que se ofreciera como voluntario para el ejército o la armada. El rumor tenía origen en la decisión del gobierno de crear una flota de galeras en el Báltico, por medio del reclutamiento de voluntarios campesinos: los terratenientes los liberarían durante el período de servicio siempre que accedieran a regresar a sus fincas más tarde. El resultado fue un precipitado y masivo desplazamiento de campesinos hacia los puertos del norte. La policía bloqueó los caminos, y miles de campesinos fueron encarcelados hasta que pudieran ser trasladados de vuelta, en largas filas unidas por gri-

lletes. Una vez que se propagaron estos rumores de emancipación, los siguientes reclutamientos de tropas fueron interpretados de la misma manera. Sacerdotes, amanuenses campesinos y agitadores contribuyeron a difundir esa idea errónea. En Riazan, por ejemplo, un diácono dijo a los siervos que si se unían al ejército les darían ocho rublos de plata por mes, y que después de tres años de servicio militar, ellos y sus familias serían liberados de la servidumbre.

La historia era igual en todas partes. Los campesinos estaban convencidos de que el zar Batiushka había emitido un decreto que les prometía la libertad si se ofrecían como voluntarios, y cuando les decían que no era cierto, suponían que el decreto había sido escondido o reemplazado por los malvados funcionarios. No resulta fácil afirmar hasta qué punto esa convicción era inocente y hasta qué punto deliberada, una expresión de sus esperanzas de liberación de la servidumbre. En muchos lugares, los rumores se confundían con ideas más antiguas de los campesinos sobre un «Manifiesto de Oro» por el que el zar liberaría a los campesinos y les entregaría toda la tierra. Un grupo de campesinos, por ejemplo, se presentó en un centro de reclutamiento, tras haber escuchado que el zar se encontraba en una «cámara de oro» en la cumbre de una montaña de Crimea: «Da la libertad a todos los que acuden a él, pero los que no acuden o llegan demasiado tarde seguirán siendo siervos de sus señores tal como antes». En otras áreas, los rumores eran reemplazados por la historia de que los ingleses y los franceses liberarían a los siervos que se ofrecieran como voluntarios y se unieran a ellos en Crimea, historia que provocó un éxodo de campesinos hacia el sur. Para los campesinos, el sur estaba vinculado a la idea de tierra y libertad: desde la época medieval los siervos habían huido de sus amos hacia las estepas del sur. Las tradiciones de los cosacos libres seguían siendo fuertes entre el campesinado de las provincias del sur, donde el movimiento de voluntarios había adquirido un carácter

casi revolucionario. Bandas de campesinos marchaban hasta las guarniciones locales, pidiendo que los reclutaran en el ejército y negándose a seguir trabajando para sus terratenientes. Armados con picos, cuchillos y palos, los campesinos tuvieron violentos enfrentamientos con los soldados y la policía[465].



Sin escasez de voluntarios, y con todos los recursos del imperio a su disposición, en esos meses invernales los rusos tenían una oportunidad ideal para atacar y destruir a los ejércitos aliados acampados en los altos helados que circundaban Sebastopol. Pero carecían de iniciativa. El alto mando ruso había perdido autoridad y confianza en sí mismo desde la derrota en la batalla de Inkerman. Sin fe en sus comandantes, el zar estaba abatido y descorazonado, creyendo que no podía ganar la guerra y tal vez lamentando haberla causado en primera instancia. Los cortesanos lo describían como un hombre quebrado, físicamente enfermo, exhausto y deprimido, que había envejecido diez años desde el inicio de la guerra.

Tal vez el zar aún contaba con que sus fiables «generales Enero y Febrero» podrían derrotar a los británicos y los franceses. Mientras los aliados perdieran hombres a causa del frío, la enfermedad y el hambre en las cumbres expuestas, le bastaba con que sus comandantes limitaran sus ataques a pequeñas incursiones nocturnas contra los puestos de avanzada del enemigo. Estas incursiones causaban pocos daños, pero acentuaban el agotamiento de los hombres. «Nuestro zar no los deja comer ni dormir –escribió un cosaco a su familia desde Sebastopol el 12 de enero–. Es una vergüenza que no mueran todos para que no tengamos que luchar contra ellos[466]».

Los rusos tenían problemas de abastecimiento que les impedían desarrollar una estrategia más ambiciosa. Como las flotas

aliadas controlaban el mar, los rusos debían trasladar todos sus suministros desde el sur de Rusia por medio de carros campesinos tirados por caballos o bueyes sobre caminos cubiertos de nieve o lodo. No había ferrocarriles. En el momento del huracán, toda Crimea sufría de escasez de heno; los animales de tiro empezaron a morir a un ritmo alarmante. En la primera semana de diciembre, Pirogov vio «los cuerpos hinchados de bueyes muertos a cada paso, a lo largo de todo el camino» que iba de Perekop a Sebastopol. En enero, el ejército ruso en Crimea tenía apenas 2000 carros para trasladar suministros, sólo un tercio de la cantidad de la que disponía a principios de noviembre. En Sebastopol, las raciones se redujeron drásticamente. La única carne disponible era carne salada y podrida de los bueyes muertos. Transferido a Esky-Ord, cerca de Simferópol, en el mes de diciembre, Tolstoi encontró que allí los soldados carecían de abrigos de invierno, pero no de una generosa provisión de vodka que les habían dado para que entraran en calor. En Sebastopol, los defensores de los bastiones padecían tanto el frío y el hambre como los británicos y los franceses en las trincheras. Durante esos meses invernales, cada día huía al menos una docena de rusos[467].

Pero la razón principal por la que el zar no lanzaba una nueva ofensiva importante en Crimea era su miedo creciente de que los austríacos invadieran Rusia. El cauto Paskevich, el único de sus comandantes de alto rango en el que verdaderamente confiaba tras la derrota de Inkerman, hacía tiempo que venía advirtiéndolo sobre la amenaza de los austríacos contra la Polonia rusa, que, según él, era mucho más grave que el peligro representado por Crimea. En una carta al zar fechada el 20 de diciembre, Paskevich lo persuadía de mantener un importante cuerpo de infantería en las regiones fronterizas de Dubno, Kamenets y Galitzia, para prever un ataque austríaco, en vez de enviar esas fuerzas a Crimea. La amenaza austríaca había quedado de manifiesto dos semanas antes, cuando los austríacos habían sellado una alianza

militar con Francia y el Reino Unido, por la que se comprometía a defender los principados del Danubio contra los rusos a cambio de la promesa aliada de defenderlos contra los rusos y garantizarles sus posesiones en Italia durante el tiempo que durara la guerra. En realidad, los austríacos estaban mucho más interesados en usar su nueva alianza para obligar a las potencias occidentales a negociar la paz con los rusos bajo su propia influencia, en Viena, que en ir a la guerra contra Rusia. Pero el zar aún estaba resentido por la traición de los austríacos, que apenas el verano anterior habían movilizado sus tropas para obligar a los rusos a abandonar los principados del Danubio, y, además, los temía. Entre el 7 de enero y el 12 de febrero, el zar escribió largas notas de su puño y letra en las que planificaba las medidas que adoptaría en caso de que Rusia entrara en guerra con los austríacos, los prusianos y los otros Estados germánicos. En cada memorándum se convencía más y más de que esa guerra era inminente. Tal vez era un síntoma de la desesperación creciente que se apoderó del zar en sus últimos días. Estaba acosado por la posibilidad de que todo el Imperio ruso se derrumbara, que todas las adquisiciones ganadas por sus antepasados se perdieran en esta necia «guerra santa», en el caso de que los británicos y los suecos atacaran Rusia desde el Báltico, Austria y Prusia lo hicieran a través de Polonia y Ucrania, y las potencias occidentales embistieran contra el imperio desde el mar Negro y el Cáucaso. Advirtiendo que era imposible defender todos esos sectores simultáneamente, se atormentó tratando de decidir dónde situar sus defensas y concluyó que, como último recurso, sería mejor perder Ucrania a manos de los austríacos que debilitar las defensas del centro y del «corazón de Rusia»[468].

Finalmente, a principios de febrero, temiendo que las potencias occidentales estuvieran a punto de desembarcar una nueva fuerza invasora que aislara a Crimea del continente en Perekop, el zar ordenó una ofensiva con el propósito de recobrar la proba-

ble base de desembarco en el puerto de Eupatoria, que en ese momento estaba bajo el control de una fuerza turca de alrededor de 20 000 soldados bajo el mando de Omar Pachá, respaldado por la artillería de las flotas aliadas. Los elementos defensivos del puerto, que incluían 34 piezas de artillería pesada, eran formidables, a tal punto que el teniente general barón Wrangel, comandante de la caballería rusa en la zona de Eupatoria, pensaba que su captura era imposible, y se negó a hacerse responsable de la ofensiva. Pero Nicolás insistió en que era necesario lanzar el ataque y entregó el mando al segundo de Wrangel, el teniente general Jrulev, un oficial de artillería que en una oportunidad Gorchakov describió como «un hombre que no tiene demasiado en la cabeza, pero muy valiente y activo, que hará exactamente lo que uno le diga». Cuando Menshikov le preguntó si era posible capturar Eupatoria, Jrulev se mostró confiado en el éxito. Su fuerza de 19 000 hombres (con 24 escuadrones de caballería y 108 cañones) partió al amanecer del 17 de febrero, momento en que el zar había empezado a dudar de lo adecuado de la expedición y había empezado a pensar que tal vez fuera mejor permitir que los aliados desembarcaran sus tropas y atacarlos desde el flanco mientras marchaban hacia Perekop. Pero ya era demasiado tarde para detener a Jrulev. La ofensiva duró tres horas. Las tropas rusas fueron rechazadas con facilidad, sufrieron 1500 bajas y se retiraron a través de terreno abierto hacia Simferópol. Sin refugio, muchos de ellos murieron de frío y de agotamiento, y sus cadáveres congelados fueron abandonados en la estepa.

Para cuando el zar recibió la noticia de la derrota en San Petersburgo, el 24 de febrero, ya se encontraba gravemente enfermo. El zar había caído enfermo de gripe el 8 de febrero, pero había continuado con sus tareas cotidianas de gobierno. El 16, como se sentía un poco mejor, ignoró el consejo de sus médicos y salió sin abrigo de invierno, con temperaturas de 23° bajo cero, a pasar revista a las tropas en San Petersburgo. Al día siguiente

volvió a salir. Desde esa noche su salud empezó a deteriorarse definitivamente, en un cuadro terminal. Contrajo neumonía. Los médicos podían percibir, por auscultación, el líquido que llenaba sus pulmones, un signo que finalmente persuadió al doctor Mandt, su médico personal, de que ya no había esperanzas de recuperación. Muy golpeado por la derrota de Eupatoria, y siguiendo el consejo de Mandt, Nicolás entregó el gobierno a su hijo, el zarevich Alejandro. Pidió a su hijo que despidiera a Jrulev y que reemplazara a Menshikov (quien también estaba enfermo) por Gorchakov en el cargo de comandante en jefe. Pero todo el mundo sabía que Nicolás sólo podía culparse a sí mismo por haber ordenado el ataque, y que se sentía apabullado por la vergüenza. Según el doctor Mandt, quien se encontraba con él en el momento de su muerte, «el sufrimiento espiritual del zar lo quebrantó más que su enfermedad física», y las noticias del revés sufrido en Eupatoria «le asestaron el golpe final» a su ya deteriorada salud[469].

Nicolás murió el 2 de marzo. El público no había sabido nada de la enfermedad del zar (él mismo había prohibido que se publicaran boletines dando cuenta de su estado de salud), y el anuncio de su súbita muerte inmediatamente provocó rumores de que se había suicidado. Se dijo que el zar había quedado tan perturbado por la derrota de Eupatoria que había pedido a Mandt que le administrara veneno. Una multitud se apiñó ante el palacio de Invierno, donde se había izado la bandera negra, y voces furiosas pidieron la muerte del médico de apellido alemán. Temiendo por su vida, Mandt salió disparado del palacio en un carruaje y poco después abandonó Rusia[470].

Empezaron a circular diversos rumores: que Mandt había matado al zar (una versión proporcionada por ciertas figuras de la corte para contrarrestar la idea de que Nicolás se había suicidado); que Mandt había sido recompensado por su lealtad con un retrato del zar con un marco engarzado con diamantes, y que un

médico con el nombre de Gruber había sido encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo por demostrar demasiado interés en la muerte del zar. Los rumores sobre el suicidio del zar fueron rápidamente aceptados por todos aquellos que se oponían a su régimen autoritario; el hecho de que él mismo se hubiera quitado la vida les parecía un reconocimiento tácito de sus pecados. En las últimas décadas anteriores a 1917, académicos distinguidos dieron crédito a esos rumores, incluyendo a Nikolái Shil'der, autor de una biografía del zar en cuatro volúmenes, cuyo padre, Karl Shil'der, había estado en su corte, y todos ellos fueron ampliamente citados por los historiadores del período soviético. Los historiadores de hoy aún consideran ciertos esos rumores[471].

En su diario íntimo de la vida en la corte, Anna Tiutcheva ofrece suficientes detalles sobre las últimas horas del zar como para descartar cualquier posibilidad seria de un suicidio pero Tiutcheva también deja claro que Nicolás estaba moralmente quebrado, que estaba tan lleno de remordimientos por sus errores, por la desastrosa guerra a la que había sometido a Rusia debido a su impulsiva política exterior, que había aceptado la muerte de buen grado. Tal vez pensó que Dios ya no estaba de su lado. Antes de morir, el zar llamó a su hijo y le pidió que le dijera al ejército, y en particular a los defensores de Sebastopol, que «siempre he tratado de hacer lo mejor por ellos, y si fallé, no fue por falta de buena voluntad sino por falta de conocimiento e inteligencia. Les pido que me perdonen»[472].

Ataviado con uniforme militar, Nicolás fue enterrado en la catedral de la fortaleza de Pedro y Pablo, el lugar de sepultura de todos los gobernantes rusos desde Pedro el Grande. Justo antes de que se sellara la tapa de su ataúd, la emperatriz dejó sobre el corazón de Nicolás una cruz de plata con una imagen de la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, «para que en el cielo no olvide orar por sus hermanos de Oriente»[473].

Capítulo 10

Carne de cañón

La noticia de la muerte del zar llegó a París y Londres más tarde el mismo 2 de marzo. La reina Victoria estuvo entre los primeros en enterarse. Reflexionó sobre esa muerte en su diario:

> Pobre emperador, tiene ¡ay!, la sangre de miles sobre su conciencia, pero antes fue un gran hombre, y tuvo grandes cualidades, así como buenas. Lo que hizo fue debido a su errónea y obstinada idea de lo que estaba bien y de lo que tenía *derecho* a hacer y tener. Hace once años estuvo aquí… Todo amabilidad y, por cierto, maravillosamente fascinante y apuesto. Después, durante algunos años, estuvo colmado de sentimientos amistosos hacia nosotros. Nadie puede pretender prever cuáles serán las consecuencias de su muerte[474].

La muerte del zar fue inmediatamente anunciada en teatros, sitios de reunión y otros espacios públicos de todo el país. En Nottingham, la notificación se produjo cuando cayó el telón tras el primer acto de la ópera de Donizetti *Lucia di Lammermoor*. El público vitoreó, la orquesta interpretó el himno nacional y la gente se volcó a las calles para celebrar el hecho. Todo el mundo supuso que se había ganado la guerra, porque Nicolás era quien la había causado con sus políticas agresivas, y ahora que había desaparecido, Rusia finalmente recobraría la cordura y negociaría una paz temprana. *The Times* declaró que la muerte de Nicolás era un acto de intervención divina, el castigo de Dios al hombre responsable del estallido de la guerra, y que se esperaba una

rápida victoria de los aliados. Las acciones subieron en la Bolsa de París y en la de Londres.

La noticia tardó más tiempo en llegar a las fuerzas aliadas en Crimea, y lo hizo por medios inesperados. La noche del 4 de marzo, varios días antes de que llegara el telegrama que anunciaba la muerte del zar, un soldado encontró una nota que envolvía una piedra arrojada desde las trincheras rusas, desde las murallas de Sebastopol. Escrita en francés, la misiva afirmaba representar la opinión de muchos oficiales rusos:

> El tirano de los rusos ha muerto. Pronto se sellará la paz y ya no tendremos más motivos para luchar contra los franceses, a los que estimamos; si Sebastopol cae, será porque el déspota así lo deseó.
>
> Un verdadero ruso,
>
> que ama a su país, pero detesta a los autócratas ambiciosos[475].

Por más que esos rusos desearan la paz, el nuevo zar Alejandro II no estaba dispuesto a dar marcha atrás a la política de su padre. Tenía 36 años cuando accedió al trono, había sido el heredero natural durante treinta años y permaneció firmemente a la sombra de su padre durante su primer año de gobierno. Tenía inclinaciones más liberales que Nicolás, ya que había estado expuesto a la influencia del poeta liberal Vasili Zhukovski, su tutor en la corte, y había viajado mucho por Europa; para gran desencanto de su padre, no le interesaban los temas militares, pero era un nacionalista ruso que había proclamado sus simpatías por la causa paneslava. Al suceder a su padre, Alejandro descartó rápidamente cualquier negociación de paz que considerara humillante para Rusia (la única paz aceptable para los británicos) y juró seguir luchando por la «sagrada causa» de su país y por «la gloria en el mundo». Sin embargo, a través de Nesselrode, también dejó claramente establecido que estaba dispuesto a negociaciones para lograr una paz acorde con «la integridad y el honor de Rusia». Alejandro era consciente de la creciente oposición a la guerra

existente en Francia. El objetivo principal de su iniciativa era alejar a los franceses de la influencia británica ofreciéndoles la perspectiva de un rápido fin de las hostilidades. «Entre Francia y Rusia la guerra carece de odio –escribió Nesselrode a su yerno, el barón Von Seebach, el ministro sajón en París, quien leyó la carta a Napoleón–: Se sellará la paz cuando el emperador Napoleón la quiera[476]».



Alejandro II

Pero durante los primeros meses de 1855, Napoleón estaba cada vez más presionado por sus aliados británicos, que le exigían comprometerse en una guerra más ambiciosa contra Rusia. Palmerston, el nuevo primer ministro británico, hacía tiempo que impulsaba esa actitud, la de no sólo destruir la base naval de Sebastopol, sino hacer retroceder el poder ruso en la región del mar Negro y el Cáucaso, Polonia, Finlandia y el Báltico, atrayendo nuevos aliados y apoyando los movimientos de liberación contra el dominio zarista. Ese ataque contra el Imperio ruso ex-

cedía con mucho los Cuatro Puntos acordados por los británicos y los franceses con los austríacos como la base de los planes de la guerra aliada contra Rusia en 1854, planes que fueron cuidadosamente restringidos por el gobierno de coalición de Aberdeen. Mientras que Aberdeen había querido establecer una campaña bélica limitada para obligar a los rusos a negociar esos Cuatro Puntos, Palmerston, en cambio, estaba decidido a convertir la campaña de Crimea en una guerra de grandes dimensiones contra Rusia, que extendiera las hostilidades a Europa y Oriente Próximo.

Casi un año antes, en marzo de 1854, Palmerston había perfilado su «elevado ideal del resultado de la guerra» en una carta dirigida al gabinete británico:

> Las Aaland (islas en el Báltico) y Finlandia devueltas a Suecia. Algunas de las provincias alemanas de Rusia en el Báltico cedidas a Prusia. Restauración de un sólido reino de Polonia como barrera entre Alemania y Rusia […]. Crimea, Circasia y Georgia arrebatadas a Rusia; Crimea y Georgia entregadas a Turquía, y Circasia, o bien independiente o bien entregada al sultán en calidad de feudo. Es cierto que esos resultados sólo podrían lograrse mediante una combinación de Suecia, Prusia y Austria con Inglaterra, Francia y Turquía, y presuponen grandes derrotas de Rusia. Pero no son imposibles, y no debemos descartarlos de nuestros pensamientos.

En aquel momento, los ambiciosos planes de Palmerston habían sido recibidos con bastante escepticismo en el gabinete británico (como se mencionó anteriormente, Aberdeen había objetado que esos planes involucrarían al continente en una nueva «guerra de los Treinta Años»). Pero ahora que Palmerston era primer ministro, Rusia había sido debilitada y las penurias del invierno estaban tocando a su fin, la perspectiva de una guerra más amplia ya no parecía en absoluto imposible[477].

En el gobierno británico, entre bambalinas, había poderosos partidarios de una guerra europea más amplia contra Rusia. Sir Harry Verney, por ejemplo, el miembro liberal del Parlamento

por Buckingham[478], publicó un panfleto, *Our Quarrel with Russia*, que circuló ampliamente entre diplomáticos y líderes militares durante la primavera de 1855. Stratford Canning, quien claramente simpatizaba con sus ideas, lo envió a Palmerston y Clarendon, así como a sir William Codrington, el comandante de la División Ligera que muy pronto se convertiría en comandante en jefe del ejército de Oriente, entre cuyos documentos aún puede encontrarse. Verney argumentaba que el Reino Unido debía esforzarse más para implicar a los alemanes en una guerra contra Rusia. Alemania tenía mucho miedo de la agresión rusa, porque Berlín se encontraba apenas a unos días de marcha de las fronteras del imperio del zar; era mayoritariamente protestante, por lo que tenía muchas cosas en común con los británicos, y estratégicamente era la base ideal para una guerra destinada a liberar el Occidente cristiano de la «bárbara» amenaza rusa. En unos términos familiares del discurso estándar de la rusofobia europea, Verney argumentaba que los rusos debían ser empujados «hacia el este, más allá del Dniéper, hasta la estepa asiática».

> Rusia es un país que no progresa en ningún propósito intelectual o industrial, y que omite absolutamente hacer sentir alguna influencia benéfica sobre el mundo. El gobierno, desde el nivel más alto hasta el más bajo, es completamente corrupto. Vive basado en las intrigas de los agentes y en los informes de espías muy bien pagados, en el interior del país y en el extranjero. Invade países más civilizados y mejor gobernados que el propio, y se esfuerza por reducirlos a su mismo nivel de degradación. Se opone a la circulación de la Biblia y al trabajo de los misioneros. […] En Turquía, los griegos han mantenido tan poco el carácter cristiano que han perjudicado la cristiandad mucho más de lo que los turcos han logrado hacerlo nunca; son los aliados en todo el Imperio turco en cuya ayuda los rusos confían para conseguir información y para llevar a cabo sus designios. Rusia sólo pretende lograr excelencia en las artes de la guerra, y no hay suma que se niegue a pagar por conseguirla.
>
> Nuestra disputa con Rusia supone la pregunta de si el mundo progresará, según la interpretación más elevada de esa palabra, en el ámbito de la civilización, en todas sus facetas más valiosas. De ese tema depende la libertad religiosa, civil, social y comercial; el imperio de leyes igualitarias; el orden coherente con la libertad; la circulación de la Pa-

> labra de Dios, y la promulgación de los principios basados en las Escrituras[479].

En general, Napoleón simpatizaba con la idea de Palmerston de usar la guerra para redibujar el mapa de Europa. Pero estaba menos interesado en la campaña antirrusa en el Cáucaso, que favorecía principalmente los intereses británicos. Más aún, su miedo a la oposición interna, que había aumentado a niveles alarmantes después del fracaso del ejército en lograr una victoria rápida, lo hacía desconfiar de comprometer a Francia en una guerra larga y de final abierto. Napoleón estaba indeciso. En un nivel práctico, su instinto le llevaba a concentrarse en Crimea, capturar Sebastopol como símbolo de la satisfacción del «honor» y el «prestigio» francés que necesitaba para fortalecer su régimen y después darle a la guerra un rápido y «glorioso» fin. Pero la visión de una guerra de liberación europea según el modelo del gran Napoleón nunca estaba demasiado alejada de la mente del emperador. Coqueteaba con la idea de que los franceses podrían redescubrir su entusiasmo por la guerra si se les ofrecía el viejo sueño revolucionario de una Europa reconstruida a partir de Estados democráticos.

Napoleón quería devolver Crimea al Imperio otomano. Era un firme partidario de la independencia italiana, y creía que la guerra era una oportunidad de imponer esa independencia a los austríacos si se les daba el control de los principados del Danubio como compensación por la pérdida de Lombardía y Venecia. Pero, por encima de todas las cosas, simpatizaba con la causa polaca, el tema más urgente de la política exterior francesa. Pensaba que los austríacos y los prusianos podrían acceder a la restauración de una Polonia independiente que funcionara como Estado de contención entre ellos y Rusia, cuyo expansionismo había quedado demostrado por la guerra, y trató de convencer a Palmerston de que la reinstauración de un reino polaco debía constituirse en requisito de cualquier negociación de paz. Pero los

británicos temían que la recuperación del reino de Polonia pudiera dar nueva vida a la Santa Alianza e incluso desencadenar guerras revolucionarias en Italia y Alemania; si eso llegaba a ocurrir, Europa podría quedar inmersa en otra serie de guerras napoleónicas.

Todos estos factores contribuyeron al fracaso de la Conferencia de Viena, la iniciativa de paz patrocinada por los austríacos en los primeros meses de 1855. Austria se había unido en alianza militar con las potencias occidentales en el mes de diciembre anterior, pero no con el propósito de alentar la posibilidad de una guerra prolongada contra Rusia, que sólo perjudicaría su propia economía y causaría la inquietud de sus minorías eslavas. Más bien, los austríacos esperaban usar la nueva alianza para presionar a los británicos y franceses a fin de que negociaran una paz con los rusos bajo su propio patrocinio, en Viena.

Enero era un buen momento para volver a la diplomacia. El punto muerto militar y los rigores del invierno habían aumentado la presión pública ejercida sobre los gobiernos occidentales para que hallaran alguna conclusión a la guerra. Los franceses, en particular, estaban contentos de explorar las posibilidades diplomáticas. Ministros importantes como Drouyn y Thouvenel habían empezado a dudar de que pudiera lograrse una victoria militar. Temían que cuanto más prolongado fuera el conflicto –y los franceses eran los que soportaban el mayor peso de la lucha–, tanto más intensa sería la reacción pública contra una guerra que, según sentía la mayoría, se estaba combatiendo primordialmente en nombre de los intereses británicos. Esas consideraciones contribuyeron a que Napoleón se inclinara por una iniciativa de paz –esperaba que eso promoviera sus ideales en Polonia y en Italia–, aun cuando siguió siendo aliado de Palmerston, que ni creía en la paz ni la deseaba. Sin embargo, en las primeras semanas de 1855, cuando Palmerston se vio obligado a manifestar cierto grado de moderación para formar un gabinete con los *pee-*

listas, que deseaban la paz, hasta Napoleón se sintió presionado a considerar (o al menos dar la apariencia de considerar) las iniciativas de los austríacos.

El 7 de enero, el príncipe Alexander Gorchakov, embajador del zar en Viena[480], anunció la aceptación rusa de los Cuatro Puntos, incluyendo el polémico tercer punto que ponía fin a la dominación rusa del mar Negro. En sus últimas semanas de vida, Nicolás estaba ansioso por poner en marcha las conversaciones de paz. Con la adicción de Austria a la alianza militar de las potencias occidentales, había sido acosado por la perspectiva de una guerra de toda Europa contra Rusia, y estaba dispuesto a buscar una salida «honorable» del conflicto de Crimea. Los británicos desconfiaban de las intenciones de los rusos. El 9 de enero, la reina Victoria informó a Clarendon, el ministro de Exteriores, de que, en su opinión, la aceptación rusa de los Cuatro Puntos no era más que «una maniobra diplomática» destinada a impedir que los aliados se apoderaran de Crimea. La reina creía que la campaña militar no debía detenerse, que Sebastopol debía ser capturado para garantizar la aceptación rusa de los Cuatro Puntos. Palmerston coincidió con ella. No tenía intenciones de permitir ninguna iniciativa de paz que pudiera reprimir los golpes militares que planeaba desencadenar contra los rusos en la campaña de primavera[481].

Los ministros franceses se mostraban más proclives a tomar al pie de la letra el ofrecimiento ruso y a explorar las posibilidades de una paz negociada. Su disposición positiva se fortaleció grandemente durante el mes de febrero, cuando Napoleón anunció su firme intención –en contra de muchas advertencias de sus ministros y aliados, quienes temían por su vida– de ir a Crimea y hacerse cargo personalmente de las operaciones militares. Palmerston coincidió con Clarendon en que era necesario hacer todos los esfuerzos posibles para disuadir al emperador de su «descabellada» idea, aun cuando eso implicara iniciar negociaciones

de paz en Viena. Por el bien de la alianza, y para conferir seriedad a su gobierno respecto de las conversaciones de paz, tras la renuncia de tres *peelistas* importantes (Gladstone, Graham y Herbert), que habían dudado de su sinceridad cuando apenas hacía quince días que había asumido su cargo, Palmerston designó a lord John Russell como representante británico en la Conferencia de Viena[482].

La designación de Russell, un antiguo partidario del bando belicista, pareció al principio la manera por la que Palmerston pretendía acabar con las conversaciones de paz. Pero Russell pronto se convirtió en defensor de la iniciativa austríaca e incluso llegó a cuestionar los principios y motivaciones de la política británica en la Cuestión Oriental y en la guerra de Crimea. En un brillante memorándum que redactó en marzo, Russell enumeró diversas maneras en las que el Reino Unido podía proteger al Imperio otomano de la agresión rusa –autorizando al sultán a llamar a las flotas aliadas al mar Negro, por ejemplo, o fortificando y acuartelando el Bósforo para prevenir ataques por sorpresa– sin necesidad de una guerra cuyo principal objetivo, concluía, era doblegar a los rusos. Russell también se mostró muy crítico del enfoque doctrinario británico de la reforma liberal de las relaciones entre musulmanes y cristianos en el Imperio otomano, debido a su tendencia a imponer un único sistema reformista basado en los principios administrativos británicos, en vez de trabajar de una manera más conservadora y pragmática con las instituciones locales existentes, las redes religiosas y las costumbres sociales para promover así progresos sobre el terreno. Tales pensamientos eran muy austríacos, e hizo sonar las alarmas en Whitehall. De repente, Palmerston se vio enfrentado a la perspectiva de verse obligado a firmar una paz que no deseaba, bajo la presión de los franceses y del número creciente de partidarios de la iniciativa austríaca, que incluía al príncipe Alberto. A principios de mayo, el príncipe consorte se había convencido

de que una alianza diplomática de las cuatro grandes potencias más Alemania era una mejor garantía de seguridad para Turquía y Europa que la continuación de una guerra contra Rusia.

Cuanto más se prolongaban las conversaciones en Viena, tanto más resuelto estaba Palmerston a interrumpirlas y reanudar la lucha en mayor escala. Pero en última instancia, la decisión sobre la guerra o la paz dependía del vacilante emperador de los franceses. Finalmente, todo era cuestión de si Napoleón escucharía el consejo de Drouyn, su ministro de Exteriores, quien recomendaba un plan de paz basado en las propuestas austríacas para limitar el poder naval ruso en el mar Negro, o si seguiría el consejo de lord Cowley, el embajador británico, quien procuraba convencerlo de que esa propuesta no sustituiría la destrucción de la flota rusa, y que sería una humillación nacional firmar la paz antes de que se alcanzara dicho objetivo. La reunión crucial se llevó a cabo en París el 4 de mayo, y en ella el mariscal Vaillant, el ministro de Guerra, coincidió con Cowley y subrayó que sería una deshonra aceptar la paz sin una victoria militar, y que esa paz ejercería un peligroso impacto sobre el ejército y la estabilidad política del Segundo Imperio. Los planes de paz fueron rechazados y Drouyn pronto dimitió, mientras Napoleón se comprometía a regañadientes con la alianza con los británicos y con la idea de una guerra más amplia y prolongada contra Rusia[483].

No había escasez de nuevos aliados para esa guerra. El 26 de enero Francia y el Reino Unido habían firmado un acuerdo con el reino de Piamonte-Cerdeña –el único Estado italiano que se había liberado del control político austríaco–, según el cual 15 000 soldados, bajo el mando del general italiano Alfonso La Marmora, fueron enviados a Crimea, donde llegaron el 8 de mayo. Para Camillo Cavour, el primer ministro piamontés, el envío de esta fuerza expedicionaria fue una oportunidad de forjar una alianza con las potencias occidentales a fin de promover la causa de la unificación italiana bajo el liderazgo de Piamonte. Cavour

respaldaba la idea de Palmerston de una guerra general contra Rusia y la Santa Alianza con el propósito de redibujar el mapa de Europa, siguiendo pautas liberales nacionales. El compromiso de tropas italianas fue una estrategia arriesgada, no obstante, sin que mediara ninguna promesa formal de ayuda por parte de los británicos o los franceses, que no podían permitirse provocar el disgusto de los austríacos (el 22 de diciembre, los franceses incluso habían firmado un tratado secreto con los austríacos, por el que accedían a mantener el *statu quo* en Italia mientras ambas naciones fueran aliadas en la guerra contra Rusia). Pero los piamonteses no tendrían ningún peso verdadero en la escena internacional mientras no hubieran demostrado su utilidad a las potencias occidentales, y como parecía improbable que los austríacos se unieran a la guerra en calidad de combatientes, para los piamonteses era una oportunidad de demostrar que eran más valiosos que los austríacos. Desde luego, los comandantes aliados pensaban que los sardos eran «individuos excelentes y apuestos» y soldados de primera clase. Un general francés que los vio desembarcar en Balaclava los consideró «bien cuidados y desenvueltos, organizados y disciplinados, e impecables con sus nuevos y relucientes uniformes azul oscuro»[484]. En Crimea, se comportaron bien y con gran valentía.

También los polacos apoyaban la idea de una guerra europea contra Rusia. Con el aliento de Adam Czartoryski y del grupo del hotel Lambert, los franceses y los británicos patrocinaron la creación de una legión polaca bajo el mando de Zamoyski. Constituida por 1500 exiliados polacos, prisioneros de guerra y desertores del ejército zarista, la legión fue equipada por las potencias occidentales pero disfrazada bajo el nombre de «cosacos del sultán», y enviada a luchar contra los rusos en Crimea y el Cáucaso[485]. Según un oficial ruso, que había sido hecho prisionero por los aliados en Kinburn, más de 500 polacos reclutados

por los aliados en la prisión habían recibido dinero para unirse a la Legión Polaca, y los que se negaron habían sido azotados[486].

La Legión no entró en actividad hasta el otoño de 1855, pero el proyecto de su creación y operación había sido debatido infinitamente desde la primavera. El tema se enredó debido a la espinosa cuestión de si las potencias occidentales reconocerían la Legión como una fuerza nacional, lo que implicaría en consecuencia brindar apoyo a la causa polaca considerándola, por lo tanto, un objetivo de la guerra, un punto que en realidad nunca fue examinado ni esclarecido.

Impaciente por alistar más tropas para una guerra más amplia contra Rusia, Palmerston requirió el reclutamiento de mercenarios provenientes de todo el mundo. Hablaba de reunir 40 000 efectivos. «Consigamos tantos alemanes y suizos como podamos –declaró en la primavera–; consigamos hombres de Halifax, alistemos italianos, aumentemos nuestros números sin elevar el estándar. Es lo que hay que hacer. Necesitamos tropas». Sin un sistema de leva para acumular reservas entrenadas, el ejército británico históricamente había dependido de los mercenarios extranjeros, pero las grandes bajas de los meses invernales lo obligaban a confiar más de lo usual en el reclutamiento de una legión extranjera. Las tropas británicas eran superadas por las francesas en una proporción de al menos dos a uno, lo que significaba que los franceses tenían ventaja en cuanto a la decisión de los objetivos y las estrategias de los aliados. Durante el mes de diciembre, una Ley de Reclutamiento Extranjero fue aceleradamente impulsada en el Parlamento. Suscitó una considerable oposición pública, principalmente basada en la desconfianza hacia los extranjeros, lo que obligó a enmendar la ley para establecer que sólo se reclutaría un máximo de 10 000 soldados extranjeros. El mayor grupo de mercenarios provenía de Alemania, alrededor de 9300 hombres, casi todos artesanos y trabajadores agrícolas, la mitad de los cuales tenía entrenamiento o experiencia militar, seguidos

por los suizos, alrededor de 3000 hombres. Llegaron al Reino Unido en abril, y cada hombre recibió la suma de 10 libras. Entrenada en Aldershot, una fuerza combinada de 7000 hombres alemanes y suizos fue enviada a Scutari en noviembre de 1855. Pero, según se reveló, llegaron tarde para unirse a la lucha en Crimea[487].



Los británicos no sólo se enfrentaban al problema que implicaba conseguir nuevos aliados y reclutas para una guerra más amplia contra Rusia, sino también con la cuestión de dónde concentrar su ataque. En la primavera de 1855, las fuerzas rusas se habían dispersado mucho y había muchos puntos débiles en las defensas del imperio, de manera que tenía sentido ampliar la campaña con nuevos ataques contra esos sitios vulnerables. El único problema era decidir dónde. De los más de un millón de soldados rusos desplegados, 260 000 protegían la costa báltica, 293 000 estaban en Polonia y en Ucrania occidental, 121 000 se encontraban en Besarabia y en la costa del mar Negro, mientras 183 000 estaban destacados en el Cáucaso[488].

Tan extendidas eran las defensas rusas, y tanto temían que los aliados pudieran traspasarlas, que se hicieron planes de una guerra de guerrillas siguiendo las líneas de lo ocurrido en 1812. En febrero, el general Gorchakov redactó un memorándum secreto («Sobre la resistencia nacional en caso de que el enemigo invada Rusia»). Gorchakov estaba preocupado por la acumulación de tropas de los ejércitos aliados que se disponían a lanzar una nueva ofensiva en la primavera, y temía que Rusia no tuviera fuerzas suficientes para defender todas sus fronteras contra ellas. Al igual que Paskevich y el zar Nicolás, lo que más temía era una invasión austríaca a través de Polonia y Ucrania, donde estaban apostadas las mayores fuerzas rusas, debido a la composición étnica y religiosa de esas zonas fronterizas: si los austríacos avan-

zaban, era probable que no sólo los polacos se unieran a ellos, sino también los católicos rutenos de Volinia y Podolia. Gorchakov propuso que la línea de defensa partisana de Rusia debía establecerse siguiendo las líneas religiosas en áreas más allá de las fronteras, en las provincias de Kiev y Jersón, donde la población era ortodoxa y sus sacerdotes podrían convencer a los habitantes de que se unieran a las brigadas partisanas. Bajo el mando del Ejército del Sur, las brigadas destruirían los puentes, las cosechas y el ganado, siguiendo las estrategias de tierra quemada usadas en 1812, y después se ocultarían en los bosques, desde donde tenderían emboscadas a las tropas invasoras. Aprobadas por Alejandro, las propuestas de Gorchakov se llevaron a la práctica durante el mes de marzo. Se enviaron sacerdotes a Ucrania. Armados con copias del manifiesto escrito por el zar en su lecho de muerte, instaron a los campesinos ortodoxos a entablar «una guerra santa» contra los invasores. Esta iniciativa no tuvo éxito. Aparecieron bandas de campesinos en la zona de Kiev, algunas de ellas de hasta 700 integrantes, pero casi todas ellas creían luchar por su liberación de la servidumbre, no contra un enemigo extranjero. Marcharon con sus horcas y sus escopetas de caza contra las residencias de sus señores, donde tuvieron que ser dispersados por los soldados de las guarniciones[489].

Mientras tanto, los aliados debatían los objetivos contra los que debían dirigir su ofensiva en la primavera. Muchos líderes británicos habían puesto sus esperanzas en una campaña en el Cáucaso, donde las tribus musulmanas rebeldes, bajo el mando del imán Shamil, ya se habían unido al ejército turco para atacar a los rusos en Georgia y Circasia. En julio de 1854, Shamil había lanzado un ataque a gran escala contra las posiciones rusas en Georgia. Con 15 000 efectivos de caballería e infantería, había avanzado hasta llegar a unos 60 kilómetros de Tiflis, defendida en ese momento por tan sólo 2000 soldados rusos. Pero los turcos no habían desplazado sus tropas desde Kars para unirse al

ataque contra el cuartel general zarista, de manera que Shamil había tenido que retroceder hasta Daguestán. Algunas de las fuerzas de Shamil, bajo el mando de su hijo Gazi Muhammed, atacaron la residencia de verano del príncipe georgiano Chavchavadze, en Tsinandali, e hicieron prisioneras a la esposa del príncipe y a su hermana (nietas del último rey de Georgia) con sus hijos y la institutriz francesa. Shamil había pretendido intercambiarlas por su hijo Jemaleddin, que estaba prisionero en San Petersburgo, pero la noticia de la captura de las mujeres causó una conmoción internacional, y representantes franceses y británicos exigieron su liberación incondicional. Sin embargo, cuando sus cartas llegaron a manos de Shamil, en marzo de 1855, el imán ya había trocado exitosamente a las mujeres y sus hijos por Jemaleddin y 40 000 rublos de plata con la corte rusa[490].

Desde 1853, los británicos habían estado proporcionando armas y municiones a las tribus musulmanas rebeldes, pero hasta el momento se habían mostrado reticentes a comprometerse sin reservas con el ejército de Shamil, y de hecho también con los turcos, en el Cáucaso, ya que miraban a ambos con desdén típicamente colonial. La captura de las princesas no hizo que Shamil ganara amigos en Londres. Pero en la primavera de 1855, instados por la búsqueda de nuevas maneras de doblegar a los rusos, los británicos y los franceses empezaron a explorar la posibilidad de desarrollar nuevas relaciones con las tribus caucásicas. En abril, el gobierno británico envió un agente especial, John Longworth, su excónsul en Monastir e íntimo asociado de David Urquhart, el turcófilo partidario de los circasianos, en una misión secreta con el propósito de establecer contacto con Shamil y alentarlo a unirse a las tribus musulmanas en una «guerra santa» contra Rusia, con la garantía del apoyo militar británico. Los franceses enviaron a su propio agente, Charles Champoiseau, su vicecónsul en Reduktale, en una misión separada cuyo objeto

era contactar con las tribus circasianas establecidas en Sujumi, Georgia[491].

Los británicos se comprometieron a armar al ejército de Shamil y a expulsar a los rusos de Circasia. El 11 de junio, Stratford Canning informó al Foreign Office de que había convencido a la Puerta «para que emita un firmán [decreto] que establece la independencia de Circasia en el caso de que Rusia sea expulsada de ese país» (un concepto dudoso en esa compleja área tribal). Para entonces, Longworth ya había llegado a Circasia, y había informado de que las tribus montañesas estaban bien equipadas con rifles Minié y escopetas de caza. El agente británico pensaba que los turcos podían conducir a las tribus circasianas a la llanura de Kubán, para enfrentarse con Rusia. Mustafá Pachá, el comandante en jefe de las fuerzas turcas en Batumi, se había reunido con los líderes tribales circasianos y «se había convertido virtualmente en el gobernador general de Circasia», según informó Longworth. Había rumores de que Mustafá estaba reuniendo un gran ejército circasiano, de alrededor de 60 000 hombres, para asolar el sur de Rusia desde el Cáucaso. Pero Longworth temía que los otomanos estuvieran usando la situación para reafirmar su poder en el Cáucaso, y advirtió a los británicos que se opusieran a ellos. Los pachás locales estaban aprovechando la renovación de sus vínculos con la Puerta para ejercer un dominio despótico, y eso había hecho que muchas tribus se distanciaran de los británicos y los franceses por ser aliados de los turcos. Longworth también descartó la idea de respaldar el movimiento de Shamil, alegando que había sido infiltrado por fundamentalistas islámicos, especialmente por el emisario (*naib*) de Shamil en Circasia, Muhammed Emin, quien había jurado expulsar a todos los cristianos y había prohibido a los seguidores de Shamil mantener cualquier contacto con no musulmanes. Según Longworth, el *naib* planeaba edificar «un imperio feudal basado en los principios del fanatismo islámico». Las reservas de Longworth respecto de

la posibilidad de prestar apoyo a Shamil eran compartidas por muchos expertos en Oriente del Foreign Office londinense. Todos ellos avisaban contra el empleo de fuerzas musulmanas (especialmente turcas) para oponerse a los rusos en Georgia y en Armenia, argumentando que sólo un ejército europeo podía tener verdadera autoridad entre la población cristiana de esas naciones[492].

Renuentes a enviar sus propias fuerzas al Cáucaso, y temiendo depender de las tropas musulmanas, los británicos y los franceses retrasaron tomar una decisión sobre la clase de política que debían desarrollar en esta área crucial. Con una fuerza propia en el Cáucaso, los aliados podrían haber propinado a Rusia un golpe mucho más rápido y devastador que el que le asestaron sitiando Sebastopol durante once meses. Pero fueron demasiado recelosos como para explotar el potencial de la situación en el Cáucaso.

Los aliados también albergaban grandes esperanzas con respecto a la campaña naval en el Báltico, que se reanudó en primavera. Con una nueva flota de vapores y baterías flotantes, y un nuevo comandante, el contralmirante sir Richard Dundas, en lugar de Napier, quien había sido muy criticado por lo que se consideró el fracaso de la campaña de 1854, se empezó a hablar con optimismo de la conquista de Kronstadt y Sveaborg, las fortalezas rusas que Napier no había atacado, para después amenazar directamente a San Petersburgo mismo. El perito naval e hidrógrafo que fue designado para planear la campaña era el capitán Bartholomew Sulivan, quien había acompañado a Charles Darwin en la expedición del *Beagle*. A partir de sus investigaciones preliminares, Sulivan concluyó que era posible capturar las fortalezas exclusivamente con barcos, sin necesidad de tropas de tierra. A principios de marzo, cuando Clarendon fue a París para intentar disuadir a Napoleón de su intención de ir a Crimea, llevó consigo el informe de Sulivan. El dossier fue recibido positi-

vamente por el emperador, quien pensaba que la decisión de no atacar Kronstadt en 1854 había sido muy desafortunada. Al igual que los británicos, Napoleón creía que la conquista de Kronstadt estimularía a los suecos a unirse a la alianza contra Rusia.

Los primeros barcos de guerra británicos zarparon de Spithead el 20 de marzo, y otros más los siguieron quince días después; la flota francesa, bajo el mando del almirante Pénaud, llegó al Báltico el 1 de junio. En un intento vano de reforzar el bloqueo aliado impuesto al comercio ruso –un bloqueo que era sorteado gracias al comercio a través de Alemania–, la flota británica atacó y destruyó varios destacamentos costeros rusos. Pero sus objetivos principales seguían siendo Kronstadt y Sveaborg. Desde su barco, a 8 kilómetros de Kronstadt, el príncipe Ernest de Leiningen escribió a su prima, la reina Victoria, el 3 de junio:

> Ante nosotros hay una ciudad, con sus numerosas iglesias y chapiteles y sus infinitas baterías que muestran sus dientes prestos a mordernos si les damos oportunidad. La entrada del puerto está protegida por dos enormes fortalezas, Alexander y Menshikov, y para llegar a esos barcos primero hay que pasar las tres hileras de armas (78 cañones) del fuerte Risbank […]. Desde el tope de nuestro palo mayor podemos distinguir claramente las cúpulas doradas y las torres de San Petersburgo, y justo frente a la flota se encuentra el magnífico palacio de Oranienbaum, construido con alguna piedra blanca que se parece mucho al mármol […]. Todavía hace frío aquí tan al norte, pero el tiempo es bueno y casi no tenemos noche, sólo alrededor de dos horas de oscuridad, desde las once hasta la una[493].

Mientras esperaban la llegada de los franceses, Sulivan hizo un detallado reconocimiento de las aguas poco profundas del Báltico, incluyendo la línea costera de Estonia, donde una familia anglófila lo invitó a una cena surrealista en su casa de campo. «Verdaderamente todo parecía un sueño», escribió:

> […] a tres millas de la costa en un país enemigo, y en medio de toda esa escenografía tan inglesa, con una bella dama joven que hablaba un inglés tan bueno como el mío, salvo que con un leve acento extranjero

> […]. Tuvimos una cena espléndida, pero con más carne, caza, etc., de lo que esperaba. El café y el té fueron servidos bajo un árbol, y nos fuimos alrededor de las diez, cuando empezaba a anochecer, y el barón me llevó a toda velocidad en un faetón liviano con caballos ingleses y un lacayo absolutamente vestido a la inglesa, con cinturón de cuero, botas y todo.

A principios de junio Sulivan entregó su informe. Ahora se mostraba pesimista con respecto a la posibilidad de superar las poderosas defensas de Kronstadt, tal como Napier había opinado en 1854. Durante el año anterior, los rusos habían reforzado su flota (Sulivan contó treinta y cuatro cañoneros) y fortalecido las defensas que daban al mar con minas submarinas eléctricas y químicas (descritas como «máquinas infernales») y una barrera construida con marcos de madera, fijada al lecho marino y llena de rocas. Sería muy difícil quitarla sin sufrir grandes bajas a causa de los cañones pesados de la fortaleza. El planeado ataque contra Kronstadt fue abandonado, y con él toda esperanza de cualquier avance importante de los aliados en el Báltico[494].

Mientras tanto, los aliados también pensaron maneras de ampliar su campaña en Crimea. El punto muerto militar de los meses invernales llevó a muchos a concluir que seguir bombardeando Sebastopol desde el sur no produciría ningún resultado mientras los rusos pudieran recibir suministros y refuerzos desde el continente a través de Perekop y del mar de Azov. Para que el sitio funcionara, Sebastopol debía ser rodeado desde el lado norte. Ésa había sido la idea original del plan aliado en el verano de 1854, un plan que había sido revocado por Raglan, quien temía que sus hombres padecerían el calor si ocupaban la llanura de Crimea para aislar a los rusos de Perekop. A fin de año, la necedad de la táctica de Raglan se había hecho evidente para todos, y los líderes militares reclamaban una estrategia más amplia. En un memorándum de diciembre, por ejemplo, sir John Burgoyne, el ingeniero en jefe de Raglan, instaba a la creación de una fuerza aliada de 30 000 hombres junto al río Belbek, «con vistas a ma-

yores operaciones contra Bajchisarái y Simferópol» que aislarían a Sebastopol de una de sus dos rutas de abastecimiento principales (la otra era a través de Kerch, en Crimea oriental[495]).

El ataque ruso contra Eupatoria, en febrero, suscitó la elaboración de más planes para procurar una mayor presencia aliada que interrumpiera las líneas de abastecimiento rusas procedentes de Perekop. En marzo, se enviaron tropas aliadas a Eupatoria para dar apoyo a las fuerzas turcas. Los refuerzos encontraron allí una situación terrible –una verdadera crisis humanitaria–, con alrededor de 40 000 campesinos tártaros viviendo en las calles, sin comida ni refugio, después de haber huido de sus aldeas por miedo a los rusos. La crisis instó a los comandantes aliados a considerar la posibilidad de comprometer más tropas en la llanura del noroeste de Crimea, aunque sólo fuera para proteger y movilizar a la población tártara contra los rusos[496].

Pero sólo en abril los aliados realmente se dedicaron a repensar seriamente su estrategia en Crimea. El 18 de abril, Palmerston, Napoleón, el príncipe Alberto, Clarendon, lord Panmure (el nuevo secretario de Estado de Guerra), Vaillant, Burgoyne y el conde Walewski (el sucesor de Drouyn en el Ministerio de Asuntos Exteriores de París), se reunieron en un consejo de guerra celebrado en el castillo de Windsor. Palmerston y Napoleón estaban decididamente a favor de un cambio de estrategia, que desestimaba el bombardeo de Sebastopol y se concentraba en la conquista general de Crimea, que ambos hombres consideraban como el principio de una guerra más amplia contra Rusia. El nuevo plan tendría la ventaja de contar con los tártaros de Crimea a favor de los aliados. Sobre todo, representaría un retorno a la clase de combate en campo abierto en el que los ejércitos aliados habían demostrado ser técnicamente superiores a los rusos en las batallas del Alma y de Inkerman. Los aliados eran particularmente superiores a los rusos en el manejo y la potencia de fusilería por parte de la infantería, ventajas que contaban muy

poco en acciones como el sitio de Sebastopol. En ingeniería y en artillería, los rusos estaban como mínimo al mismo nivel que los británicos y los franceses.

Napoleón era el más entusiasta respecto del cambio de estrategia. Aunque la ocupación de Sebastopol era uno de sus objetivos centrales, estaba convencido de que la ciudad no caería mientras no estuviera rodeada desde todos lados, y que cuando lo estuviera, caería sin lucha. Propuso que en vez de bombardear la ciudad desde el sur, los aliados debían desembarcar un ejército en Alushta, 70 kilómetros hacia el este, y marchar desde allí hacia Simferópol, desde donde eran transportados casi todos los suministros del ejército ruso. Los británicos accedieron a grandes rasgos con la estrategia de Napoleón, aunque como parte de la negociación consiguieron disuadir al emperador francés de su propósito de ir a Crimea a asumir personalmente el control de las operaciones militares. El «Plan del emperador» (como llegó a conocerse la expedición a Alushta en los círculos franceses) fue incluido como una de tres opciones alternativas para lanzar un ataque contra el interior de Crimea, siendo las otras dos una ofensiva de las tropas aliadas destacadas en Sebastopol contra Bajchisarái y el desembarco de una fuerza en Eupatoria que marcharía a través de la planicie contra Simferópol. Los dos ministros de Guerra firmaron un memorándum sobre el plan acordado, que Panmure envió a Raglan refrendado por la autoridad del gabinete británico. Las instrucciones de Panmure dejaban a Raglan la decisión de elegir entre las tres alternativas, pero establecían claramente que se le ordenaba embarcarse indefectiblemente en una de ellas. Las trincheras de Sebastopol debían quedar en manos de 60 000 hombres (30 000 turcos y 30 000 franceses), cuya nueva tarea sería mantener el bombardeo para impedir que los rusos salieran de la ciudad más que continuar con la ofensiva.

Raglan se mostró escéptico respecto del nuevo plan. Quería proseguir con el bombardeo, que según él estaba a punto de lo-

grar su objetivo, y creía que una ofensiva por tierra no dejaría suficientes soldados para defender las posiciones aliadas frente a Sebastopol. En un acto de abierto desafío, si no de amotinamiento, contra sus superiores políticos, Raglan convocó un consejo de guerra en Crimea, en el que dijo a sus comandantes aliados, Canrobert y Omar Pachá, que el memorándum de Panmure era tan sólo una «sugerencia» y que él (Raglan) podía seguir adelante con las instrucciones o no según le pareciera adecuado. Raglan retrasó el nuevo plan, alegando varias excusas para no distraer a los soldados del sitio, hasta que Canrobert, quien estaba a favor de la campaña ofensiva y que varias veces había ofrecido poner sus tropas bajo el mando de Raglan si éste por fin iniciaba la ofensiva, estalló en un acceso de frustración. «El plan de combate ideado por Su Majestad –informó Canrobert a Napoleón– se ha hecho prácticamente imposible debido a la falta de cooperación del comandante en jefe del ejército británico[497]».

Durante muchos años los franceses culparían a los británicos del fracaso del plan de marchar sobre Simferópol y conquistar el resto de Crimea. Tenían buenos motivos para estar furiosos con Raglan, quien podría haber sido depuesto por Palmerston por insubordinación, e incluso por incompetencia, debido a su negativa a obedecer la orden de atacar en el interior de Crimea. Si se consideraba el poder de fusilería superior y el apoyo de la población tártara de la llanura, había buenos motivos para suponer que un ataque habría conseguido ocupar Simferópol y dejar aislados a los rusos de su principal ruta de abastecimiento a través de la península. Ésa era exactamente la perspectiva que los rusos más temían, y por eso mismo el zar había ordenado el ataque contra Eupatoria en el mes de febrero. Los rusos sabían que eran muy vulnerables si atacaban su línea de aprovisionamiento, y siempre habían considerado la ruta desde Eupatoria como la vía más probable de una ofensiva aliada contra Simferópol o Perekop. Como admitieron más tarde, estaban asombrados de que

los británicos y los franceses nunca hubieran intentado lanzar un ataque semejante[498].

El único esfuerzo serio que habían hecho los aliados por aislar a Sebastopol de sus bases de aprovisionamiento había sido su incursión contra el puerto de Kerch, que controlaba la línea de abastecimiento a través del mar de Azov, aunque la ofensiva había requerido dos intentos para lograr algún éxito. A principios de la campaña se habían propuesto planes para ese ataque, pero la primera orden de acción al respecto sólo se impartió el 26 de marzo, cuando Panmure escribió a Raglan indicándole que organizara «una operación combinada por mar y tierra» para «reducir las defensas de Kerch». Era una propuesta atractiva, en especial porque involucraría a la Royal Navy, que hasta entonces apenas había sido empleada, en un momento en que la contribución británica al esfuerzo bélico aliado era seriamente cuestionada por los franceses. En un principio, Canrobert se mostraba dudoso de la operación, pero el 29 de abril dio su consentimiento para que un escuadrón de buques de guerra franceses bajo el mando del almirante Bruat y 8500 soldados se unieran a la expedición, que sería dirigida por el teniente general Brown, el veterano comandante de la División Ligera. La flota aliada zarpó el 3 de mayo, rumbo hacia el noroeste en dirección a Odesa para disimular sus intenciones ante los rusos, antes de virar nuevamente hacia Kerch. Pero justo antes de que llegara a destino, un buque rápido alcanzó a la flota y entregó la orden de Canrobert de que los barcos franceses regresaran. Poco después de que hubiera zarpado la flota, la nueva línea telegráfica de París había transmitido a Canrobert la orden de Napoleón de que trasladara tropas desde Constantinopla: como para ello los barcos de Bruat serían necesarios, Canrobert decidió, de mala gana, retirarse del ataque a Kerch. La Royal Navy se vio obligada a regresar, y Canrobert quedó deshonrado ante los ojos de los británicos (y también de muchos franceses[499]).

La cancelación de la expedición causó antagonismos en las ya tensas relaciones entre británicos y franceses. En gran medida, provocó la decisión de Canrobert de renunciar al mando el 16 de mayo. El francés sentía que su posición había sido socavada, que había decepcionado a los británicos y que, por lo tanto, no tenía autoridad para forzar a Raglan a llevar a cabo la campaña en el interior. El nuevo comandante en jefe francés, el general Pélissier, un hombre bajo y robusto, de temperamento poco pulido pero eficiente, era más decidido, más un hombre de acción que Canrobert, a quien los ingleses habían apodado hacía tiempo «Robert Can't»[500]. La designación de Pélissier fue recibida con entusiasmo en el bando británico. El coronel Rose, comisionado británico en el cuartel general del ejército francés, quien había estado muy próximo a Canrobert, escribió a Clarendon diciéndole que había llegado el momento de un enfoque de la guerra de «poder hacer más», y que Pélissier era el hombre adecuado para ello:

> El general Pélissier nunca permitiría que sus órdenes se ejecutaran a medias; si algo puede hacerse, debe hacerse. Es de temperamento violento y modales ásperos, pero según creo, justo y sincero, y pienso que en todos los asuntos importantes estas dos cualidades triunfarán sobre la efervescencia de su temperamento. Tiene rapidez mental, mucho sentido común y un carácter decidido, que lo hace pensar en superar las dificultades, no en rendirse ante ellas[501].

Ansioso por reparar las relaciones con los británicos, Pélissier accedió a revivir la operación contra Kerch, aunque coincidía con Raglan en que el principal objetivo de todas las acciones aliadas debía seguir siendo el sitio de Sebastopol. El 24 de mayo, sesenta barcos de la flota aliada zarparon llevando a bordo una fuerza combinada de 7000 soldados franceses, 5000 turcos y 3000 británicos, bajo el mando de Brown. Al ver acercarse la flota, casi todos los habitantes rusos de Kerch huyeron a las zonas rurales. Luego de un breve bombardeo, las tropas aliadas pudie-

ron desembarcar sin oposición. Brown fue recibido por una delegación de civiles rusos que habían permanecido en la población. Le dijeron que los atemorizaban los ataques de la población tártara local y le rogaron que los protegiera. Brown ignoró sus súplicas. Tras ordenar la destrucción del arsenal de Kerch, Brown dejó en la ciudad una pequeña fuerza formada casi por entero de soldados franceses y turcos y marchó con el resto de las tropas hacia el importante fuerte de Yenilake, más allá en la costa, donde continuó el saqueo de las propiedades rusas bajo la supervisión del comandante. Mientras tanto, los buques de guerra aliados entraron en el mar de Azov, navegaron hacia la costa rusa, destruyeron los transportes rusos y arrasaron los puertos de Mariupol y Taganrog[502].



El general Pélissier

Los ataques contra los edificios y posesiones rusas en Kerch y Yenilake muy pronto se convirtieron en desenfreno ebrio, y las tropas aliadas cometieron atrocidades terribles. La peor de ellas

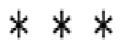
se produjo en Kerch, donde la población tártara local aprovechó la ocupación aliada para tomar una violenta venganza contra los rusos de la ciudad. Ayudados por las tropas turcas, los tártaros saquearon comercios y viviendas, violaron a las mujeres rusas y mataron y mutilaron a cientos de rusos, incluyendo niños y bebés. Entre los excesos se contó la destrucción del museo de la ciudad, con su rica y espléndida colección de arte helénico, una atrocidad sobre la que Russell informó en el *Times* del 28 de mayo:

> Todo el suelo del museo está cubierto por los escombros y los fragmentos de vidrio roto, de jarrones, urnas, estatuas, del precioso polvo de sus contenidos y de trozos de madera y hueso carbonizados, mezclados con las astillas de anaqueles, escritorios y cajas en los que esos objetos estaban preservados. Nada que pudiera ser roto o quemado había quedado a salvo de la maza o la carbonización.

Durante varios días Brown no hizo nada por detener las atrocidades, aun cuando había recibido informes de que un contingente de soldados franceses y británicos había participado en el saqueo. Brown consideraba a los tártaros como aliados, y era de la opinión de que estaban destinados a una «rebelión legítima» contra el dominio ruso. Finalmente, tras haber sido informado de los peores actos de salvajismo, Brown despachó una fuerza minúscula (apenas veinte miembros de la caballería británica) con la misión de restaurar el orden. Eran demasiado pocos para actuar con alguna eficacia, aunque dispararon contra algunos soldados británicos a los que habían atrapado cometiendo violaciones[503].

Según testigos rusos, no fueron solamente los soldados aliados los que participaron en el saqueo, la violencia y las violaciones, sino también los oficiales. «Vi a varios oficiales ingleses llevándose a su barco muebles y esculturas y toda clase de objetos que habían saqueado de nuestros hogares», recordó un residente de

Kerch. Varias mujeres alegaron haber sido violadas por oficiales británicos[504].



El desarrollo de todos esos planes más amplios fue detenido porque, con la llegada de la primavera, las tropas francesas y británicas quedaron una vez más varadas en el sitio de Sebastopol, que aún ocupaba el primer lugar dentro de la estrategia de los aliados. Pese al reconocimiento de que era necesario un cambio de plan para que el asedio resultara eficaz, los aliados seguían empeñados en la idea de que un último embate derrumbaría los muros de Sebastopol y obligaría a Rusia a aceptar una paz humillante.

En términos de combate real, el sitio había pasado por un período de tranquilidad en los meses invernales, mientras ambos bandos se concentraban en reforzar sus obras defensivas. Los franceses hicieron prácticamente toda la excavación de trincheras en el bando aliado, principalmente porque el terreno ocupado por los ingleses era muy rocoso. Según Herbé, excavaron 66 kilómetros de trincheras, mientras que los británicos apenas 15, durante los once meses del sitio. Fue un trabajo lento, agotador, peligroso, excavar el duro suelo con temperaturas bajo cero, dinamitando la roca del subsuelo bajo el fuego constante del enemigo. «Cada metro de nuestras trincheras fue excavado literalmente al precio de la vida de un hombre, y muchas veces de dos», recordó Noir[505].

Los rusos fueron particularmente activos en sus obras defensivas. Bajo la dirección de su genial ingeniero, Totleben, desarrollaron sus reductos y trincheras en un nivel de sofisticación nunca visto en la historia de los sitios bélicos. En las primeras etapas del asedio, las fortificaciones rusas eran poco más que reductos improvisados con mimbre, maderos y gaviones, pero a ellos se

agregaron nuevas y formidables defensas durante los meses invernales. Los bastiones fueron reforzados con la adición de casamatas (emplazamientos de artillería fortificados, excavados varios metros bajo tierra y cubiertos con gruesos troncos y terraplenes que los hacían inexpugnables a los bombardeos más intensos). Dentro de los bastiones más fortificados, el bastión Malajov y el Redan (el Tercero), había un laberinto de búnkeres y habitaciones, incluyendo una, en el Redan, con una mesa de billar y otomanas, y en cada uno de ellos había además una pequeña capilla y un hospital[506].

Para proteger esos bastiones cruciales los rusos construyeron nuevas obras fuera de los muros de la ciudad: el Mamelon (la Luneta de Kamchatka) para defender el Malajov, y los Pozos de la Cantera frente al Redan. El Mamelon fue construido por los soldados del Regimiento Kamchatka (del cual tomó su nombre ruso) bajo el fuego casi constante de los franceses, durante casi todo febrero y principios de marzo. Tantos hombres perdieron la vida construyendo esas obras que no todos pudieron ser evacuados, ni siquiera a cubierto de la noche, y muchos muertos quedaron sepultados allí. El Mamelon era en sí mismo un complejo sistema de fortaleza protegido por los dos reductos gemelos de las Obras Blancas situados en su flanco izquierdo (así llamados por la arcilla blanca que había dejado expuesta la excavación de las defensas). Henri Lozillon, un ingeniero francés, describió la sorpresa de sus camaradas soldados ante todo lo que encontraron dentro del Mamelon cuando lo capturaron a principios de junio:

> En todas partes había refugios en el suelo cubiertos con pesados troncos en los que los hombres se habían puesto a cubierto de las bombas. Además, descubrimos un enorme subterráneo capaz de albergar a varios cientos de hombres, de manera que las bajas que sufrieron fueron mucho menores que las que supusimos. Estos refugios eran aún más curiosos por el sorprendente confort que encontramos en ellos: camas con edredones, porcelanas, servicios de té completos, etc., así

que los soldados no estaban incómodos. También había una capilla cuyo único objeto notable era una bella escultura de Cristo de madera dorada[507].

En medio de estas frenéticas obras de construcción, no había prácticamente combates. Pero los rusos lanzaban esporádicas incursiones nocturnas contra las trincheras británicas y francesas. Algunas de las más audaces eran encabezadas por un marino llamado Piotr Koshka, cuyas proezas eran tan famosas que se convirtió en un héroe nacional en Rusia. Los aliados no acababan de entender cuál era exactamente el propósito de estas incursiones. Rara vez ocasionaban algún daño importante a las obras defensivas y las bajas que causaban al enemigo eran minúsculas, usualmente menores que las sufridas por los propios rusos. Herbé creía que su objetivo era fatigar aún más a los aliados, porque la constante amenaza de un ataque nocturno les impedía dormir en las trincheras (ésa era, en realidad, la intención de los rusos). Según el mayor Whitworth Porter, de los Ingenieros Reales, el primer indicio de un ataque inminente era «el descubrimiento de varias figuras oscuras trepando el parapeto».

Inmediatamente se da la alarma, y en un momento están sobre nosotros. Nuestros hombres, dispersos como están, son tomados por sorpresa, y retroceden paso a paso ante el enemigo que avanza, hasta que al final ellos se mantienen firmes. Y entonces se sucede un duro combate cuerpo a cuerpo. Los vítores, los gritos y los saludos de nuestros hombres; los aullidos de los rusos que braman como locos debido a los efectos del vil licor con el que los han enloquecido antes de la arremetida; los agudos chasquidos de los rifles que resuenan por momentos desde todos lados; las órdenes apresuradamente gritadas; el agudo sonido del clarín de los rusos, que resuena con claridad en medio del estrépito, ordenando el avance… Todo conspira para incrementar la confusión de la escena, capaz de alterar los nervios más sólidos. Cuando a esto se añade la probabilidad de que la lucha se desarrolle en una batería, donde las vigas atravesadas, los cañones y otros obstáculos enmarañan el espacio, se podrá tener alguna idea de la naturaleza de este extraordinario espectáculo. Tarde o temprano, generalmente en el transcurso de muy pocos minutos, nuestros hombres, reunidos ya en número suficiente, realizan una audaz acometida y empujan al enemi-

> go más allá del parapeto. Una descarga cerrada se dispara contra ellos para aumentar la velocidad de su huida, y resuena la ruidosa ovación de los británicos[508]…

Los aliados también lanzaban ataques sorpresa contra las defensas exteriores de los rusos, cuyo propósito no era ocupar las posiciones sino debilitar la moral de las tropas rusas. Los zuavos eran los soldados ideales para realizar esas incursiones: en la lucha cuerpo a cuerpo eran los más eficaces del mundo. En la noche del 23 al 24 de febrero, su celebrado 2.º Regimiento atacó y ocupó brevemente las recientemente construidas Obras Blancas, sólo para demostrar a los rusos que podían capturar esa posición cuando se les antojara, antes de retirarse con un saldo de 203 hombres heridos y 62 oficiales y soldados muertos, a los que transportaron de regreso a sus trincheras, bajo un fuego denso, en vez de dejarlos abandonados a los rusos[509].

A diferencia de lo que ocurría en el caso de las incursiones de los franceses, algunos de los ataques rusos eran suficientemente importantes como para sugerir que su intención era desalojar a los aliados de sus posiciones, aunque en realidad nunca eran bastante poderosos como para lograrlo. En la noche del 22 al 23 de marzo, los rusos lanzaron un ataque de alrededor de 5000 hombres contra las posiciones francesas frente al Mamelon. Era su incursión más importante hasta el momento. La peor parte del ataque fue contenida por el 3.er Regimiento de Zuavos, que se enfrentó en salvaje combate cuerpo a cuerpo con el enemigo en la oscuridad, una escena apenas iluminada por los fogonazos de los rifles y los mosquetes. Los rusos se desplegaron hacia los flancos y capturaron rápidamente las trincheras británicas, pobremente defendidas, que estaban a su derecha, desde donde dirigieron su fuego hacia el lado francés, pero los zuavos siguieron resistiendo con firmeza, hasta que finalmente llegaron los refuerzos británicos, lo que dio lugar a que los zuavos hicieran retroceder a los rusos hacia el Mamelon. La incursión tuvo un alto coste para los

rusos: 1100 hombres heridos y más de 500 muertos, casi todos ellos en las trincheras de los zuavos o en sus proximidades. Cuando el combate concluyó, ambos bandos acordaron un armisticio de seis horas para recoger a los muertos y heridos que colmaban el campo de batalla. Los hombres que habían estado enfrentados apenas unos momentos antes empezaron a confraternizar, hablándose por señas y usando las poquísimas palabras que conocían de la lengua del otro, aunque casi todos los oficiales rusos hablaban bien el francés, la lengua adoptiva de la aristocracia rusa. El capitán Nathaniel Steevens, del 88.º Regimiento de Infantería, presenció la escena:

> Vimos a un grupo de oficiales y hombres ingleses mezclados con algunos oficiales rusos y sus escoltas, que habían traído el estandarte de tregua, y era un espectáculo muy curioso: los oficiales charlaban entre sí con tanta libertad y alegría como si fueran amigos íntimos, y en cuanto a los soldados, los que 5 minutos antes habían estado disparándose entre sí, ahora fumaban juntos, compartiendo el tabaco y bebiendo ron, intercambiando los usuales cumplidos del tipo «bono inglés» y otros; los oficiales rusos tenían el aspecto de verdaderos caballeros, hablaban francés y uno de ellos inglés; finalmente, al mirar los relojes descubrieron que «el tiempo casi se había acabado», de manera que ambos bandos se alejaron gradualmente hacia sus posiciones respectivas, no sin que antes nuestros hombres estrecharan la mano de los soldados rusos y alguno dijera «*Au revoir*»[510].

Aparte de estas incursiones, las tropas permanecieron en sus posiciones respectivas durante los primeros meses de 1855. «El sitio es ahora tan sólo nominal –le escribió Henry Clifford a su familia el 31 de marzo–. Disparamos algunos tiros durante el día, pero todo parece paralizado». Era una situación extraña, ya que había una enorme cantidad de artillería que no se usaba, lo que implicaba casi una pérdida de convicción en el sitio. En esos meses hubo muchas más tareas de excavación que salvas, un hecho que no complació nada a muchos soldados. Según Whitworth Porter, de los Ingenieros Reales, a los soldados británicos

no les gustaba el «trabajo con la pala», porque no lo consideraban digno de soldados. Cita a un irlandés de la infantería:

> «Seguro que no me hice soldao para esta clase de faena. Cuando cogí los cuartos, fue para ser soldado, y hacer mis turnos de guardia, tal y como corresponde, y usar mi bayoneta cuando me lo digan, pero nunca pensé nada como esto. Seguro, una de las cosas por las que me alisté es porque odiaba trabajar con la pala, y el sargento que me apuntó me juró por San Patricio que nunca más volvería a ver una pala, pero, en cuanto llego aquí, me ponen en las manos un pico y una pala, algo tan malo como lo que tenía en la Vieja Irlanda». Y después seguía con su trabajo, refunfuñando sin cesar y jurando que se desquitaría de esto, si es que alguna vez entraba en esa bendita ciudad[511].

A medida que el sitio se convertía en una monótona rutina de intercambio de disparos con el enemigo, en las trincheras los soldados se acostumbraron a vivir bajo un bombardeo constante. Para alguien de afuera, parecían casi despreocupados de los peligros que los rodeaban. En su primera visita a las trincheras, Charles Mismer, un dragón de 22 años de la caballería francesa, se asombró al ver a los soldados jugando a las cartas o durmiendo en las trincheras mientras las bombas y la metralla caían a su alrededor. Los soldados llegaron a reconocer las distintas clases de bombas y obuses por sus diferentes sonidos, que les indicaban qué actitud evasiva debían adoptar: las balas redondas, «que atravesaban el aire con un chillido agudo y fuerte, muy alarmante para los nervios de los soldados jóvenes», como recordó Porter; la descarga de metralla, «que zumbaba con un sonido semejante al de una bandada de pájaros volando a toda velocidad»; el «*bouquet*», un diluvio de pequeños fragmentos de metralla encerrados dentro de una bomba, «y cada uno de ellos dejaba un rastro de luz en su trayecto y, cuando llegaban a destino, iluminaban la atmósfera con breves fogonazos intermitentes, a medida que estallaban en sucesión», y los proyectiles más grandes de los morteros, «que se elevaban grandiosos y con orgullo en el aire, fácilmente discernibles en la noche por el ardiente rastro de su fusible

en llamas, trazando una majestuosa curva a media altura hasta que, tras haber alcanzado su altitud máxima, comienzan a descender, cayendo cada vez más rápido hasta bajar en picado […] haciendo un ruido en el aire como el gorjeo del avefría». Era imposible saber dónde aterrizaría el proyectil de un mortero, o dónde estallarían los fragmentos de metralla, así «que todo lo que uno podía hacer al escuchar ese ruido como de pájaro era tenderse boca abajo sobre la tierra y albergar alguna esperanza»[512].

Gradualmente, a medida que el sitio se prolongaba sin ninguna ventaja para ambos bandos, el intercambio de artillería cobró un carácter simbólico. En los períodos de tranquilidad, cuando los hombres se aburrían, se dedicaban a los deportes. François Luguez, un capitán de los zuavos, recordó que sus hombres solían disputar torneos de tiro con los rusos: un bando levantaba un pedazo de tela atado a la punta de su bayoneta para que el otro bando le disparara, y cada disparo era recibido con risas y vítores si acertaba, y con abucheos cuando fallaba[513].

Como cada vez tenían menos que temer, los piquetes de centinelas empezaron a aventurarse en la tierra de nadie para entretenerse o mantenerse calientes durante la noche. De tanto en tanto se daba alguna confraternización con los rusos, cuyos propios puestos de avanzada estaban más o menos a la distancia de la longitud de un campo de fútbol. Calthorpe registró uno de esos incidentes, cuando un grupo de soldados rusos desarmados se acercó a los piquetes británicos:

> Por señas indicaron que necesitaban lumbre para encender sus pipas. Uno de nuestros hombres se la dio, y después se quedaron unos minutos hablando con nuestros centinelas, o más bien tratando de hablar, ya que la conversación fue más o menos así:
>
> Primer soldado ruso: «Englise bono!».
>
> Primer soldado inglés: «Russkie bono!».
>
> Segundo soldado ruso: «Francis bono!».
>
> Segundo soldado inglés: «Bono!».

Tercer soldado ruso: «Oslem no bono!».

Tercer soldado inglés: «Aah, ah! Turk no bono!».

Primer soldado ruso: «Oslem!». (Haciendo una mueca, y escupiendo en el suelo para expresar su desprecio).

Primer soldado inglés: «Turk!». (Fingiendo huir, como asustado, ante lo que todo el grupo ruge de risa, y después, tras estrecharse la mano, todos regresan a sus posiciones respectivas)[514].

Para pasar el tiempo los soldados desarrollaron una amplia variedad de actividades y juegos. En los bastiones de Sebastopol, señaló Ershov, «se jugaban durante el día entero juegos de cartas de toda clase». Los oficiales jugaban al ajedrez y leían vorazmente. En la casamata del Sexto Bastión había incluso un piano de cola, y se organizaban conciertos con músicos de otros bastiones. «Al principio –escribe Ershov–, los conciertos eran solemnes y ceremoniosos, y se prestaba una atención adecuada a las reglas sobre cómo escuchar música clásica, pero gradualmente, a medida que nuestro estado de ánimo cambiaba, empezó a aparecer una lógica tendencia hacia las melodías nacionales o las canciones y danzas folclóricas. Una vez se organizó un baile de disfraces, y un cadete apareció vestido de mujer para cantar canciones folclóricas[515]».

Los entretenimientos teatrales eran muy populares en el campamento francés, donde los zuavos tenían su propia compañía teatral, un vodevil travestido que entretenía a enormes multitudes de ruidosos soldados en un cobertizo de madera. «¡Imaginen a un zuavo disfrazado de pastora y coqueteando con los hombres (*faisant la coquette*)! –recordó André Damas, un capellán del ejército francés–. ¡Y después a otro zuavo vestido como una joven dama de sociedad, y haciéndose la difícil (*jouant la précieuse*)! Nunca he visto nada tan divertido o tan talentoso como a esos caballeros. Eran comiquísimos[516]».

Las carreras de caballos también eran populares, especialmente entre los británicos, cuya caballería estaba prácticamente ociosa.

Pero no sólo los caballos de la caballería participaban en esas carreras. Withworth Porter asistió a una reunión organizada por la 3.ª División en las colinas. «El día era de un frío glacial», anotó en su diario el 18 de marzo.

> […] con un viento punzante que calaba los huesos. No obstante, la pista del recorrido estaba atestada de rezagados de todos los sectores del ejército; todos los que habían podido conseguir un poni para la ocasión lo habían hecho, y casi todos los animales tenían una apariencia extraña. Vi un enorme espécimen de oficial británico, quien no podía medir menos de seis pies y tres pulgadas sin botas, a horcajadas del poni más pequeño, flaco y desgreñado que había visto en mi vida[517].

Durante esos meses de relativo ocio, se bebió mucho. En todos los ejércitos el exceso de alcohol tuvo como consecuencia un problema general de indisciplina, injurias, insolencias, riñas entre borrachos y violencia, así como actos de insubordinación de los soldados, todo lo cual delataba que la moral de las tropas estaba peligrosamente baja. En el ejército británico (y no hay por qué suponer que el problema allí era más grave que entre los rusos y los franceses), el asombroso número de 5546 hombres (aproximadamente uno de cada ocho de todo el ejército destacado en Oriente) tuvo tan mal comportamiento que fue sometido a corte marcial por diversos actos cometidos en estado de ebriedad durante la guerra de Crimea. Casi todos los soldados bebían un vaso grande de alcohol con el desayuno –vodka en el caso de los rusos, ron en el de los británicos y vino en el de los franceses– y otro con la cena. Muchos bebían también durante el día, y algunos no estuvieron sobrios durante todo el sitio. Beber era la principal recreación de los soldados de todos los ejércitos, incluidos los turcos, a los que les gustaba el dulce vino de Crimea. Henry Clifford recordó la cultura alcohólica de todos los campamentos aliados:

> Casi todos los regimientos tenían una cantina, y ante la puerta de ésta permanecían, no, no lo hacían, porque muy pocos soldados po-

> dían tenerse en pie, sino que se tendían y rodaban, grupos de soldados franceses e ingleses, en todos los estados posibles de ebriedad. Alegres, risueños, llorosos, gritando, bailando, agresivos, sentimentales, afectuosos, cantando, hablando, buscando pelea, atontados, bestiales, brutales y completamente borrachos. Los franceses tanto como los ingleses, y los ingleses tanto como los franceses [...]. ¡Qué gran error pagar demasiado a un soldado! Si se le da un cuarto de penique más de lo que realmente quiere, dará rienda suelta a sus brutales propensiones e inmediatamente se *emborrachará*. [...] Ya sea inglés, francés, turco, sardo, si se le da suficiente dinero se emborrachará[518].

La súbita llegada del cálido clima primaveral levantó la moral de las tropas aliadas. «Hoy es primavera –escribió Herbé el 6 de abril–; hace tres semanas que hay sol, y todo ha cambiado de apariencia». Los soldados franceses plantaron jardines cerca de sus tiendas. Muchos, como Herbé, se afeitaron sus barbas invernales, lavaron su ropa blanca y en general se acicalaron, de manera que «si las damas de Sebastopol ofrecían un baile e invitaban a los oficiales franceses, nuestros uniformes se verían relucientes entre sus elegantes vestidos». Después de un invierno tan cruel, con todo escondido tras el lodo y la nieve, Crimea parecía haberse transformado de repente en un lugar de gran belleza, con una profusión de coloridas flores primaverales en medio de los brezos, campos de hierba de casi un metro de altura y cantos de pájaros por todas partes. «Sólo hemos tenido unos pocos días cálidos», escribió Russell en *The Times* en el mes de marzo.

> [...] y, sin embargo, el suelo, siempre que una flor tiene alguna posibilidad de brotar, deja crecer multitud de campanillas, flores de azafrán y jacintos [...]. Los pinzones y las alondras tienen aquí su propio día de San Valentín, y se congregan en bandadas. Brillantes jilgueros, grandes pinzones, currucas de cresta dorada, alondras, pardillos, herrerillos y tres clases de petroicas, el gorrión común y una hermosa especie de aguzanieves son muy comunes en el Quersoneso, y es raro escucharlos gorjear y trinar entre los arbustos en los intervalos en que no rugen los cañones, y también ver las jóvenes flores primaverales que se abren paso entre las grietas de las pilas de municiones y que asoman en medio de los obuses y de la artillería pesada[519].

En el campamento británico, el ánimo de las tropas mejoró con algunos cambios positivos del abastecimiento de alimentos y otros productos básicos, especialmente como consecuencia de las empresas privadas que aprovecharon la oportunidad ofrecida por la incompetencia del gobierno, que nunca mejoró el suministro de las tropas destacadas en Crimea. En la primavera de 1855, una gran cantidad de comerciantes y cantineros privados habían establecido sus tiendas y puestos en Kadikoi. Aunque los precios eran abusivos, allí se podía comprar cualquier cosa, desde paté de carne y pepinillos en vinagre, cerveza embotellada y *raki* griego, hasta café tostado, latas de bizcochos Albert, chocolate, cigarros, artículos de aseo, papel, plumas y tinta, y el mejor champán de Oppenheim o de Fortnum & Mason, ya que ambas firmas tenían puestos de venta en el bazar principal. Había talabarteros, zapateros, sastres, panaderos y hoteleros, incluyendo a la famosa Mary Seacole, una jamaicana que ofrecía suculentas comidas y hospitalidad, remedios herbales y medicinas en el «British Hotel», que había establecido en un lugar próximo a Kadikoi llamado colina del Manantial.

Nacida en Kingston en 1805, de un padre escocés y una madre criolla, esta mujer extraordinaria había trabajado como enfermera en los destacamentos militares británicos en Jamaica y se había casado con un inglés llamado Seacole, quien murió un año después. Más tarde había dirigido un hotel y una tienda con su hermano, en Panamá, donde hizo frente a brotes de enfermedades contagiosas. Al inicio de la guerra de Crimea, viajó al Reino Unido e intentó ser reclutada como enfermera con el grupo de Florence Nightingale, pero fue rechazada varias veces; sin duda en parte por el color de su piel. Decidida a ganar dinero y ayudar en el esfuerzo bélico como hotelera y cantinera, se asoció con Thomas Day, un familiar lejano de su esposo, para establecer una empresa, «Seacole y Day». Zarparon de Gravesend el 15 de febrero, recogieron mercancías en Constantinopla, donde también

reclutaron a un joven judío griego (al que llamarían «Jew Johnny» [Johnny el Judío]). Aunque con un nombre un tanto grandioso, el British Hotel era en realidad apenas un restaurante y tienda instalado en lo que Russell describió como «un almacén de hierro con cobertizos de madera», pero era un lugar muy querido por los oficiales británicos, que eran su principal clientela, para quienes constituía una especie de club donde podían solazarse y gozar de una buena comida que les recordaba al hogar[520].

Para los soldados rasos, Mary Seacole y las tiendas privadas de Kadikoi tenían menos importancia en lo referido a mejorar la provisión de comida que el celebrado chef Alexis Soyer, quien también llegó a Crimea durante la primavera. Nacido en Francia en 1810, Soyer era el chef principal del Reform Club de Londres, donde llamó la atención de los líderes de los gobiernos *whig* y liberal. Era famoso por su volumen *Shilling Cookery Book* (1854), que se podía encontrar en cada hogar de clase media con afanes de superación. En febrero de 1855 escribió una carta a *The Times* en respuesta a un artículo acerca de las malas condiciones de las cocinas del hospital de Scutari. Ofreciéndose a asesorar al ejército sobre cocina, Soyer viajó a Scutari, pero pronto se marchó a Crimea junto con Nightingale, donde ella visitó los hospitales de Balaclava y enfermó gravemente, a tal punto que se vio obligada a regresar a Scutari. Soyer se hizo cargo de dirigir las cocinas del hospital de Balaclava, cocinando diariamente para más de mil hombres con su equipo de chefs franceses e italianos. La aportación más significativa de Soyer fue la introducción del aprovisionamiento colectivo de comida en el ejército inglés por medio de las cantinas móviles, un sistema practicado en el ejército francés desde las guerras napoleónicas. Diseñó su propia cocina de campaña, la cocina Soyer, que permaneció en servicio en el ejército británico hasta la segunda mitad del siglo XX, e hizo traer 400 cocinas del Reino Unido, suficientes para alimentar a

todo el ejército destacado en Crimea. Estableció panaderías militares y desarrolló un tipo de pan chato que podía durar meses. En cada regimiento entrenó a un soldado cocinero, que debía seguir sus recetas simples pero nutritivas. El genio de Soyer era convertir las raciones del ejército en comida apetecible. Se especializaba en sopas, como ésta, para cincuenta hombres:

1. Poner en el caldero 30 cuartos, 7 galones y medio, o 5 teteras de campamento y media de agua.
2. Añadir 50 libras de carne, de res o de cordero.
3. Las raciones de vegetales en conserva o frescos.
4. Diez cucharadas pequeñas de sal.
5. Hervir a fuego lento durante tres horas, y servir[521].

La construcción de un ferrocarril desde Balaclava hasta el campamento británico en los altos que rodeaban a Sebastopol fue la clave de la mejora del abastecimiento. La idea del ferrocarril en Crimea –el primero en la historia bélica– se remontaba al mes de noviembre anterior, cuando *The Times* publicó por primera vez artículos sobre las terribles condiciones en que vivía el ejército británico, y se hizo evidente que uno de los mayores problemas era el de transportar todos los suministros por el camino enlodado desde Balaclava hasta los altos. Al leer esas noticias, Samuel Peto, un ferroviario que se había convertido en un contratista de la construcción en Londres[522] antes de dedicarse a los ferrocarriles en la década de 1840, reunió, con un subsidio de 100 000 libras del gobierno de Aberdeen, los materiales necesarios para el ferrocarril y reclutó un enorme equipo de peones, mayoritariamente irlandeses y muy revoltosos. Empezaron a llegar a Crimea a fines de enero. Los peones trabajaron a un ritmo frenético, tendiendo hasta medio kilómetro de vías férreas por

día, y a finales de marzo toda la línea férrea de 10 kilómetros de longitud, que unía Balaclava con los depósitos de almacenamiento del campamento británico, estaba terminada. El ferrocarril estuvo listo justo a tiempo para transportar los recién llegados cañones pesados y obuses de mortero que Raglan había ordenado trasladar desde Balaclava a los altos en preparación de un segundo bombardeo de Sebastopol, que los aliados habían acordado iniciar el Lunes de Pascua, el 9 de abril[523].



El plan era machacar Sebastopol con diez días de bombardeo constante, seguido por un ataque contra la ciudad. Con quinientos cañones franceses y británicos disparando durante todo el día, casi el doble que en el primer bombardeo del mes de octubre, éste se convirtió no sólo en el más denso bombardeo del sitio, sino también en el más denso de la historia hasta ese momento. Entre las tropas aliadas, desesperadas por lograr un fin de la guerra, había grandes expectativas sobre el ataque, y todos esperaban con impaciencia el inicio de la operación. «Seguimos con los trabajos de construcción de defensas, como siempre, ¡y casi no avanzamos! –escribió Herbé a su familia el 6 de abril–. La impaciencia de los oficiales y los soldados ha generado cierto descontento, todos se culpan entre sí por los errores del pasado, y se percibe que ahora es necesario un avance importante para restablecer el orden […]. Las cosas no pueden seguir así mucho tiempo más[524]».

Los rusos sabían de los preparativos para un bombardeo. Algunos desertores del campamento aliado se lo habían advertido, y podían ver con sus propios ojos la intensa actividad que reinaba en los reductos enemigos, donde todos los días aparecían nuevos cañones[525]. La noche del Domingo de Pascua, pocas horas antes del momento previsto para el comienzo del bombardeo, se habían elevado plegarias en todas las iglesias de la ciudad. Y tam-

bién hubo rezos en los bastiones. Los sacerdotes marcharon en procesión a través de las defensas rusas con iconos, incluyendo el santo icono de San Sergio, que había sido enviado, por orden del zar, desde el monasterio Troitski, situado en Sergiev Posad. Ese icono había acompañado a los primeros Romanov en sus campañas y había estado con los militares en Moscú en 1812. Todo el mundo era consciente de la importancia inmensa de esos rituales sagrados. Flotaba la sensación generalizada de que el destino de la ciudad estaba a punto de ser decidido por la providencia divina, un sentimiento reforzado por el hecho de que ambos bandos estaban celebrando la Pascua, que ese año caía el mismo día en el calendario ortodoxo y en el latino. «Oramos con fervor –escribió una enfermera rusa–. Oramos con toda nuestra fuerza por la ciudad y por nosotros mismos».

En la misa de medianoche celebrada en la iglesia principal, tan brillantemente iluminada por las velas que se alcanzaba a divisar desde las trincheras enemigas, una enorme multitud se volcó a las calles y permaneció en oración silenciosa. Cada persona sostenía una vela y se inclinaba regularmente para santiguarse, muchos arrodillados en el suelo, mientras los sacerdotes pasaban en procesión con iconos y el coro cantaba. En mitad de la noche se desató una violenta tormenta y la lluvia cayó como un diluvio. Pero nadie se movió: todos creyeron que la tormenta era un acto de Dios. Los fieles permanecieron bajo la lluvia hasta la primera luz del amanecer, cuando empezó el bombardeo y todos se dispersaron, aún vestidos con sus mejores ropas de Pascua, para ayudar en la defensa de los bastiones[526].

Una fuerte tormenta se desató esa mañana, tan intensa que el tronar de los primeros cañones fue «casi acallado por el aullido del viento y por el monótono chapoteo de la lluvia, que seguía cayendo con una violencia que no disminuía», según Whitworth Porter, quien observó el bombardeo desde los altos. Sebastopol estaba envuelto por completo en el humo negro de los cañona-

zos y la bruma matinal. Dentro de la ciudad, la gente no sabía de dónde venían las bombas y los obuses. «Sabíamos que había una enorme flota aliada a la entrada del puerto, justo frente a nosotros, pero no podíamos verla debido al humo y a la niebla, los azotes del viento y la lluvia que caía a cántaros», recordó Ershov. Unas multitudes confundidas y asustadas de personas gritando corrían por las calles en busca de refugio, y muchos se encaminaron hacia el fuerte Nicolás, el único lugar que ofrecía una relativa seguridad, y que empezó a funcionar como un ajetreado gueto dentro de Sebastopol. En el centro de la ciudad había viviendas bombardeadas por todas partes. Las calles estaban llenas de escombros, vidrios rotos y balas de cañón, que «rodaban como pelotas de goma». Ershov advirtió pequeños dramas humanos por todas partes:

> Un anciano enfermo era transportado por las calles en brazos de su hijo y su hija mientras las balas de cañón y los obuses explotaban alrededor, y una anciana los seguía. […] Algunas mujeres jóvenes, vestidas de manera llamativa, apoyadas contra las barandas de la galería, intercambiaban miradas con un grupo de húsares de la guarnición. A su lado, conversaban tres comerciantes rusos, que se santiguaban cada vez que explotaba una bomba. «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Esto es peor que el infierno!», escuché que decían.

En la Asamblea de Nobles, donde estaba instalado el hospital principal, las enfermeras se esforzaban en atender a los heridos, que llegaban por millares. En la sala de operaciones, Pirogov y sus colegas cirujanos siguieron amputando miembros mientras una pared se desmoronaba debido a un cañonazo que la acertó de lleno. Los aliados no intentaron evitar bombardear los hospitales de la ciudad. Abrían fuego indiscriminadamente, y entre los heridos se contaron muchas mujeres y niños[527].

En el Cuarto Bastión, el lugar más peligroso durante todo el asedio, los soldados «casi nunca dormían», según el capitán Lipkin, uno de los comandantes de las baterías, quien escribió a su hermano el 21 de abril: «Lo máximo que podíamos permitirnos

era unos pocos minutos de sueño vestidos con el uniforme completo y las botas puestas». El bombardeo de los cañones aliados, que se encontraban apenas a unos doscientos metros de distancia, era incesante y ensordecedor. Las bombas y los obuses llegaban con tanta rapidez que los defensores no tenían conciencia del peligro que implicaban hasta que aterrizaban. Un movimiento equivocado podía provocar la muerte. El hecho de vivir bajo el fuego constante generó una nueva mentalidad. Ershov, que visitó el bastión durante el bombardeo, se sintió «como un turista inexperto que entraba a un mundo diferente», pese a que era un veterano oficial de artillería. «Todo el mundo corría, parecía reinar la confusión en todas partes, y yo no podía entender ni distinguir nada[528]».

Tolstoi volvió a Sebastopol en medio del bombardeo. Había escuchado las bombas desde el río Belbek, a unos 12 kilómetros de distancia, donde había pasado el invierno en el campamento ruso anexo a la 11.ª Brigada de Artillería. Tras haber decidido que la mejor manera en que podía servir al ejército era con su pluma, y con el deseo de tener tiempo para escribir, se había presentado para unirse como asistente de campo al equipo del general Gorchakov. Pero, en cambio, para su irritación, había sido transferido con su batería al Cuarto Bastión, justo en medio del fragor del combate. «Estoy enojado –escribió en su diario–, especialmente ahora que estoy enfermo [se había acatarrado], por el hecho de que a nadie se le ocurre que yo pueda servir para algo, salvo como *chair à canon* [carne de cañón], y de la clase más inútil».

De hecho, en cuanto se recuperó del resfriado, Tolstoi recuperó el ánimo y empezó a disfrutar de su situación. Cumplía sus deberes de intendente en el bastión cuatro días de cada ocho. Cuando no estaba de servicio, se alojaba en Sebastopol, en un albergue modesto pero limpio, sobre el bulevar, desde donde podía escuchar la música de la banda militar. Pero cuando estaba de

servicio dormía en la casamata, en una pequeña celda equipada con un catre, una mesa colmada de papeles, el manuscrito de sus memorias *Juventud*, un reloj y un icono con su luz de vela. Un poste de abeto sostenía el techo, del que pendía una lona impermeable para contener los escombros que pudieran caer. Durante toda su estadía en Sebastopol, Tolstoi estuvo acompañado por un siervo llamado Alexéi, que había estado con él desde su período en la universidad (figura en más de una de las obras de Tolstoi como «Aliosha»). Cuando Tolstoi estaba de servicio en el bastión, Alexéi le llevaba sus raciones desde la ciudad, una tarea que implicaba considerable peligro[529].

El cañoneo era incesante. Cada día, 2000 obuses caían sobre el bastión. Tolstoi tenía miedo, pero rápidamente consiguió superarlo, y descubrió un nuevo coraje en su interior. Dos días después de haber refunfuñado porque lo trataban como carne de cañón, confió a su diario: «El constante encanto del peligro y mi observación de los soldados con los que vivo, de los marineros, y de los métodos mismos de la guerra es tan agradable que no quiero irme de aquí». Empezó a sentir un gran apego hacia los otros soldados del bastión, uno de los cuales lo recordaría más tarde como un «excelente camarada» cuyas historias «habían captado el espíritu de todos nosotros en el fragor de la batalla». Tal como Tolstoi escribió a su hermano, expresando una idea que sería básica en *Guerra y Paz*, le «gustaba la experiencia de vivir bajo el fuego» con estos «hombres simples y amables, cuya bondad es evidente durante una guerra verdadera»[530].

Durante diez días el bombardeo no cesó. Al final, los rusos contaron 160 000 balas de cañón y obuses que azotaron Sebastopol, destruyeron cientos de edificios e hirieron o mataron a 4712 soldados y civiles. Los aliados también sufrieron lo suyo. Los rusos contraatacaron con 409 cañones y 57 morteros, que dispararon un total de 88 751 balas de cañón y obuses durante los diez días. Pero pronto se hizo evidente que los rusos carecían de mu-

niciones para seguir resistiendo. Los comandantes de las baterías habían recibido la orden de disparar una vez por cada dos disparos del enemigo. El capitán Edward Gage, de la Artillería Real, escribió a su familia la noche del 13 de abril:

> La defensa, en lo referido a las balas de cañón, es tan obstinada como impetuoso es el ataque, y entre los rusos destaca lo que el genio y el valor pueden lograr. Sin embargo, es imposible dejar de advertir que el fuego de ellos es comparativamente débil, aunque su efecto es muy penoso para nuestros artilleros. Hemos tenido más bajas que durante el sitio anterior, pero también es cierto que esta vez atacamos con más hombres y baterías. […] No creo que el fuego dure mucho más de un día a partir de ahora, porque los hombres están completamente exhaustos, ya que han estado en las trincheras con turnos de 12 horas desde que empezó el bombardeo, y los seres humanos no pueden resistir esto mucho tiempo más[531].

La disminución de la respuesta rusa entregó la iniciativa a los aliados, cuyo bombardeo aumentó sin cesar. El Mamelon y el Quinto Bastión estaban casi completamente destruidos. Esperando un ataque, los rusos reforzaron frenéticamente sus guarniciones, y destacaron más defensores en los búnkeres subterráneos, listos para rodear a los grupos enemigos en cuanto entraran. Pero el ataque nunca se produjo. Tal vez los comandantes aliados estaban desconcertados por la valerosa resistencia de los rusos, que reconstruyeron sus bastiones maltrechos bajo un denso bombardeo constante. Pero, además, las opiniones de los aliados también estaban divididas. Durante este período, Canrobert empezó a expresar abiertamente su frustración. Respaldaba la nueva estrategia aliada, que implicaba desatender el bombardeo de Sebastopol para concentrarse en la conquista de toda Crimea, y era reticente a comprometer sus tropas en un ataque que, según entendía, costaría muchas vidas que podrían ser mejor empleadas en el nuevo plan. Y fue aún más desalentado de la idea del ataque por su ingeniero jefe, el general Adolphe Niel, que había recibido una instrucción secreta de París que le ordenaba retrasar cual-

quier acción contra Sebastopol hasta que el emperador Napoleón –quien en ese momento consideraba la posibilidad de viajar a Crimea– se hiciera cargo de dirigir el ataque personalmente.

Poco dispuestos a actuar solos, los británicos se limitaron a hacer una incursión la noche del 19 de abril, contra las trincheras de fusileros del lado este del barranco Vorontsov, que les impedían continuar sus propias obras defensivas hacia el Redan. Las trincheras fueron capturadas por el 77.º Regimiento después de una intensa lucha contra los rusos, pero la victoria tuvo un alto precio, la pérdida de su comandante, el coronel Thomas Egerton, un gigante de más de dos metros, y de su segundo, el capitán Audley Lemprière, que medía menos de un metro cincuenta, tal como lo describió Nathaniel Steevens, que presenció el combate, en una carta a su familia del 23 de abril:

> Nuestra pérdida fue *severa*, 60 hombres muertos y heridos, y *siete oficiales*, entre los cuales el coronel Egerton (un hombre alto y poderoso) y el capitán Lemprière del 77 resultaron *muertos*; el último era muy joven, acababa de recibir su propia compañía y era prácticamente el oficial *más pequeño* del ejército, un gran mimado del coronel, que lo llamaba *mi niño*; lo mataron, pobrecito, en el primer ataque contra la trinchera de fusileros; el coronel, aunque herido, lo alzó en sus brazos y se lo llevó mientras decía: «Jamás se quedarán con mi niño». El coronel regresó luego y lo mataron en el segundo ataque[532].

Por el momento, sin los franceses, eso fue todo lo que pudieron lograr los británicos. El 24 de abril Raglan escribió a lord Panmure: «Debemos prevalecer sobre el general Canrobert para tomar el Mamelon, porque de otra manera no podremos avanzar con ninguna perspectiva de éxito o de seguridad». Era vital para los franceses desalojar a los rusos del Mamelon antes de que pudieran preparar un ataque contra el Malajov, de igual manera que era crucial para los británicos ocupar las llamadas trincheras de la Cantera antes de poder atacar el Redan. Mientras Canrobert estuvo al mando, la acción se retrasó. Pero una vez que el 16 de mayo entregó el mando a Pélissier, que estaba tan decidido

como Raglan a tomar Sebastopol por asalto, los franceses se comprometieron a lanzar un ataque combinado contra el Mamelon y las Canteras.

La operación empezó el 6 de junio con un bombardeo de las defensas exteriores que duró hasta las seis de la tarde siguiente, cuando se había programado que se iniciaría el ataque aliado. La señal para el comienzo de la ofensiva debía ser dada por Raglan y Pélissier, quienes debían reunirse en el campo de acción. Pero a la hora convenida el comandante francés estaba profundamente dormido, ya que se había puesto a hacer una siesta antes del inicio del combate, y nadie se había atrevido a despertar al fogoso general. Pélissier llegó una hora tarde a su cita con Raglan, y para entonces el combate ya había comenzado… Las tropas francesas habían avanzado tumultuosamente en primer lugar, seguidas por los británicos, que habían escuchado sus vítores[533]. La orden de ataque había sido dada por el general Bosquet, en cuyo entorno estaba Fanny Duberly:

> El general Bosquet se dirigió a ellos compañía por compañía, y cuando terminaba cada discurso le respondían con aclamaciones, gritos y canciones. Los hombres mostraban el aire animado de un colectivo invitado a una boda más que el de un grupo que iba a entablar una lucha de vida o muerte. ¡Qué triste espectáculo era para mí! Las divisiones empezaron a avanzar y a llenar el barranco, más allá de la batería francesa, frente al Mamelon. El general Bosquet se vuelve hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas…, y yo no puedo contener las mías cuando él me dice: «*Madame, à Paris, on a toujours la Exposition, les bals, les fêtes; et… dans une heure et demie la moitié de ces braves seront morts!*»[534].

Encabezados por los zuavos, los franceses avanzaron como un huracán, sin ningún orden, hacia el Mamelon, desde el cual una tremenda descarga de artillería los obligó a retroceder. Muchos soldados empezaron a dispersarse llenos de pánico y sus oficiales debieron reagruparlos antes de que estuvieran en condiciones de volver a atacar. Esta vez los atacantes, que corrían a través de una tempestad de fuego de mosquete, llegaron a la zanja situada al

pie de las murallas defensivas del Mamelon, que escalaron, mientras los rusos disparaban sobre ellos o (sin tiempo de recargar sus mosquetes) les arrojaban las piedras del parapeto. «El muro tenía cuatro metros de altura –recuerda Octave Cullet, que estuvo en la primera línea de ataque–; era difícil de escalar y no teníamos escaleras, pero nuestro espíritu era irreprimible»:

> Izándonos unos a otros, escalamos los muros, y superando la resistencia del enemigo en lo alto del parapeto, lanzamos una furiosa avalancha de fuego sobre la turba que defendía el reducto. [...] No puedo describir lo que ocurrió a continuación. Fue una verdadera carnicería. Luchando como locos, los soldados calzaron las bayonetas en sus armas, y los pocos rusos que eran suficientemente valientes como para resistirse fueron masacrados[535].

Los zuavos no se detuvieron en el Mamelon, sino que siguieron su carrera hasta el Malajov –una acción espontánea de los soldados invadidos por el frenesí de la lucha– sólo para ser segados por centenares por los cañones rusos. El teniente coronel St George, de la Artillería Real, que presenció la espantosa escena, la describió en una carta del 9 de junio:

> Entonces, desde la torre del Malajov brotó un fuego como nunca se había visto antes, estoy seguro: lenguas de llamas, con su explosión, se seguían una tras otra en sucesión rapidísima. Los rusos manejaban sus cañones maravillosamente bien (y es mi oficio, así que soy buen juez) y disparaban como demonios sobre la multitud de pobres zuavos, cuyo valor los había llevado hasta el borde de una zanja que no tenían manera de cruzar, y que se quedaron allí, vacilando, hasta que fueron derribados. Era demasiado para ellos, así que flaquearon y retrocedieron hacia el Mamelon, e incluso ese movimiento fue muy peligroso para ellos, y tuvieron que volver a retirarse a sus trincheras. Llegaron refuerzos. Una vez más se lanzaron contra el Mamelon, cuyos cañones ya habían inutilizado, y mataron a sus defensores y, una vez más, neciamente creo yo, se lanzaron una vez más contra el Malajov. Fracasaron por segunda vez y tuvieron que retirarse, pero esta vez tan sólo hasta el Mamelon, que aún sigue en su poder, tras haberlo conquistado con coraje admirable, y dejaron entre 2000 y 3000 muertos y heridos en el campo de batalla[536].

Mientras tanto los británicos atacaron las Canteras. Los rusos habían dejado solamente una pequeña fuerza allí, confiando en su habilidad de recuperar la posición con refuerzos provenientes del Redan en caso de que fuera tomada por el enemigo. Los británicos tomaron las Canteras con facilidad, pero muy pronto descubrieron que no tenían suficientes hombres para defenderlas, cuando oleada tras oleada de rusos los atacaron desde el Redan. Durante varias horas, ambos bandos entablaron una feroz lucha cuerpo a cuerpo, en la que, cuando un bando expulsaba al otro de las trincheras de fusilería, al poco tiempo era obligado a retroceder por los refuerzos del otro bando. A las cinco de la mañana, cuando el último ataque ruso fue finalmente rechazado, había montones de muertos y heridos en la escena del combate.

Al mediodía del 9 de junio una bandera blanca fue izada en el Malajov, y otra apareció en lo alto del Mamelon, ahora en manos de los franceses, lo que indicaba el inicio de una tregua para recoger los cadáveres del campo de batalla. Los franceses habían hecho un enorme sacrificio para capturar el crucial Mamelon y las Obras Blancas, con bajas de casi 7500 muertos y heridos. Herbé fue a la tierra de nadie con el general Failly para pactar los acuerdos con el general ruso Polusski. Tras el intercambio de algunas formalidades, «la conversación cobró un tono amistoso. París, San Petersburgo, las penurias del pasado invierno», anotó esa noche Herbé en una carta a su familia, y mientras los muertos eran acarreados, los oficiales «intercambiaron cigarros». «Se podía creer que éramos amigos que se reunían para fumar en medio de una cacería», escribió Herbé. Al cabo de un rato aparecieron algunos oficiales con una gran botella de champán, y el general Failly, que les había ordenado ir a buscarla, propuso «un brindis por la paz», que fue aceptado efusivamente por los oficiales rusos. Seis horas más tarde, cuando varios miles de cadáveres habían sido retirados, llegó el momento de finalizar la tregua. Después de que ambos bandos tuvieron tiempo de comprobar

que ninguno de sus hombres había quedado en la tierra de nadie, se arriaron las banderas blancas y, tal como había sugerido Polusski, una salva al aire fue disparada desde el Malajov para señalar la reanudación de las hostilidades[537].

Con la captura del Mamelon y de las trincheras de las Canteras, todo estaba listo para un ataque contra el Malajov y el Redan. La fecha establecida para el asalto era el 18 de junio, el cuadragésimo aniversario de la batalla de Waterloo. Se esperaba que una victoria aliada zanjara las viejas divisiones entre los británicos y los franceses y les diera algo nuevo para celebrar juntos en ese día.

La victoria estaba condenada a tener un coste de muchas vidas. Para tomar por asalto los fuertes rusos, los atacantes tendrían que cargar escaleras y correr colina arriba a través de varios cientos de metros de terreno abierto, atravesando zanjas y *abbatis*[538] bajo el fuego compacto de los cañones rusos del Malajov y el Redan, así como descargas desde el flanco provenientes del bastión Flagstaff. Cuando llegaran a los fuertes, tendrían que usar sus escaleras para meterse en la zanja y escalar los muros, bajo el fuego a quemarropa del enemigo, antes de superar a los defensores en los parapetos y resistir a los rusos, emboscados detrás de más barricadas dentro de los fuertes, hasta que pudieran llegar los refuerzos.

Los aliados acordaron que los franceses atacarían primero el Malajov, y después, en cuanto hubieran silenciado los cañones rusos, la infantería británica iniciaría el asalto del Redan. Por insistencia de Pélissier, el asalto se limitaría al Malajov y el Redan en vez de ser un ataque general contra la ciudad. El asalto del Redan probablemente fuera superfluo, porque era casi seguro que los rusos lo abandonarían una vez que los franceses pudieran dirigir contra el bastión su artillería desde el Malajov. Pero Raglan pensaba que era esencial que los británicos asaltaran y ocuparan *algo*, aun con un coste de pérdidas innecesarias, si es que la

batalla debía alcanzar su objetivo simbólico como operación conjunta en el aniversario de Waterloo. Los franceses habían criticado constantemente el hecho de que los ingleses nunca habían igualado el compromiso de las tropas francesas en Crimea.

Se esperaba una gran cantidad de bajas. A los franceses se les dijo que la mitad de los atacantes estarían muertos incluso antes de llegar al Malajov. A los que ocupaban las primeras filas de ataque hubo que ofrecerles dinero o ascenso para convencerlos de que participaran. Entre los británicos, los atacantes fueron llamados Forlorn Hope («Ligera Esperanza»), derivado del holandés *Verloren hoop*, que en realidad significaba «soldados perdidos», pero la mala traducción inglesa era apropiada[539].

La noche anterior al ataque contra el Malajov, los soldados franceses se concentraron en su campamento, cada hombre intentando prepararse para los acontecimientos del día siguiente. Algunos trataron de dormir un poco, otros limpiaban sus armas o conversaban entre sí, y otros buscaron un lugar tranquilo para rezar una plegaria. Había una sensación general de aprensión. Muchos soldados escribieron su nombre y la dirección de su casa en una tarjeta que se colgaron al cuello, para que, si alguien los encontraba en caso de que murieran, pudiera informar a su familia. Otros escribieron una carta de despedida a sus seres queridos y se la entregaron al capellán militar para que la enviara si los mataban. André Damas tenía un gran saco de correo. El capellán quedó impresionado por la calma de los hombres en esos momentos finales anteriores a la batalla. Le pareció que pocos estaban animados por el odio hacia el enemigo o por el deseo de venganza fomentado por la rivalidad entre naciones. Un soldado escribió:

> Estoy calmado y confiado… Yo mismo estoy sorprendido por eso. Ante tamaño peligro, sólo a ti, hermano, me atrevo a decírtelo. Sería arrogante confesárselo a otra persona. He comido para ganar fuerzas.

Sólo he bebido agua. No me gusta la sobreexcitación del alcohol en el combate: de nada sirve.

Otro escribió:

Mientras redacto estas líneas, se oye la llamada a combate. Ha llegado el gran día. En dos horas iniciamos nuestro ataque. Llevo con devoción la medalla de la Santa Virgen y el escapulario que me dieron las monjas. Me siento tranquilo, y me digo que Dios me protegerá.

Un capitán escribió:

Te estrecho la mano, hermano, y quiero que sepas que te quiero. Ahora, Dios mío, ten piedad de mí. Me encomiendo a Ti con sinceridad… ¡Hágase Tu voluntad! ¡Larga vida a Francia! ¡Hoy nuestra águila deberá elevarse sobre Sebastopol[540]!

No todos los preparativos aliados estuvieron dedicados a la planificación. Durante la noche hubo deserciones de los campamentos, tanto el francés como el británico; no sólo de soldados, sino también de oficiales que no tenían coraje para el inminente ataque y se pasaron al enemigo. Los rusos fueron advertidos del ataque por un cabo francés que había desertado de su puesto de servicio en el Estado Mayor y que comunicó a los rusos un plan detallado del ataque francés. «Los rusos conocían, con todo detalle, la posición y la fuerza de nuestros batallones», escribió Herbé, a quien le dijo esto, más tarde, un alto oficial ruso. También recibieron aviso de los desertores británicos, incluyendo uno del 28.º Regimiento (el de North Gloucestershire). Pero, aun sin estas advertencias, los rusos fueron alertados por los ruidosos preparativos de los británicos durante la noche del 17. El teniente coronel James Alexander, del 14.º Regimiento, recordó que «los hombres, excitados, no se fueron a dormir, sino que permanecieron despiertos hasta que nos ordenaron formar a medianoche. Nuestro campamento parecía una feria, iluminado, con un rumor de voces por todas partes. Los rusos seguramente lo advirtieron»[541].

Sin duda lo hicieron. Prokofii Podpalov, un ordenanza del general Golev, en el Redan, recuerda haber notado esa noche la gran actividad que reinaba en las Canteras… El «sonido de voces, de pasos en las trincheras y el retumbar de las ruedas de los carros de los cañones que se desplazaban hacia nosotros», todo lo cual «hacía obvio que los aliados se disponían a dar la orden de ataque». En ese momento los rusos habían estado retirando sus fuerzas del Redan. Los hombres regresaban a la ciudad a pasar la noche. Pero al percatarse de estos signos de ataque inminente, Golev ordenó a sus tropas que regresaran al Redan, donde montaron los cañones y ocuparon sus puestos en los parapetos. Podpalov recuerda el «extraordinario silencio» de los hombres mientras esperaban el inicio del ataque. «El silencio, como de una tumba, tenía algo siniestro: todo el mundo sabía que algo terrible se aproximaba, algo poderoso y amenazante, contra lo que deberíamos entablar una lucha a vida o muerte[542]».

Se había fijado que el ataque francés se iniciaría bastante antes de la primera luz, a las tres de la madrugada, con tres horas de bombardeo seguidas por el asalto del Malajov a las seis de la mañana, una hora antes de la salida del sol. Sin embargo, durante la noche del 17, Pélissier introdujo un repentino cambio de plan. Había decidido que en esos primeros minutos de luz diurna los rusos no podían dejar de ver a los franceses disponiéndose a atacar, y que traerían sus reservas de infantería para defender el Malajov. Esa noche, tarde, emitió una nueva orden para que los atacantes asaltaran el Malajov directamente a las tres de la madrugada, cuando la señal, una bengala, sería disparada desde el reducto Victoria, situado detrás de las líneas francesas y próximo al Mamelon. Y éste no fue el único cambio súbito de esa noche. En un acceso de ira, y procurando asegurarse el éxito esperado, Pélissier también destituyó al general Bosquet, quien había cuestionado su decisión de iniciar el ataque sin un bombardeo. Bosquet conocía en detalle las posiciones rusas y gozaba de la confianza de los

soldados; fue reemplazado por un general que carecía de ambas cosas. Las tropas francesas se inquietaron con esos cambios repentinos, especialmente el general Mayran, el hombre elegido para encabezar el asalto con el 97.° Regimiento, que fue personalmente insultado por el feroz Pélissier en otra discusión, en la que instó a Mayran a que se apresurara a ocupar su puesto diciéndole: «*Il n'y a plus qu'à se faire tuer*». («No queda más que hacerse matar»[543]).

Fue Mayran quien, en su impaciencia, cometió un error fatal cuando confundió la estela de un obús con la señal de ataque de la bengala, y ordenó al 97.° que iniciara el asalto quince minutos antes de lo convenido, cuando el resto de las tropas francesas aún no estaban preparadas. Según Herbé, quien estaba en el 95.° Regimiento, en la segunda columna justo detrás de Mayran, el general había sido provocado por un incidente producido poco después de las dos de la mañana, cuando dos oficiales rusos se habían arrastrado sigilosamente hasta las trincheras francesas y habían gritado en la oscuridad:

> «Allons, Messieursles Français, quand il vous plaira, nous vous attendons». («Adelante, caballeros de Francia, cuando estén dispuestos, los esperamos»). Estábamos estupefactos. Era obvio que el enemigo conocía todos nuestros planes y que encontraríamos una defensa bien preparada. El general Mayran se enardeció con esta provocación audaz, y formó a sus hombres en columnas, dispuesto a atacar el Malajov en cuanto dieran la señal [...]. Todos los ojos estaban clavados en el reducto Victoria. De pronto, alrededor de las tres menos cuarto, se vio cruzar el cielo una estela de luz, seguida de una columna de humo. «Es la señal», exclamaron varios oficiales agrupados alrededor de Mayran. Una segunda estela de luz apareció casi de inmediato. «No hay duda –dijo el general–, es la señal; además, es mejor demasiado pronto que demasiado tarde: ¡Adelante el 97.°!».

El 97.° Regimiento avanzó rápidamente, sólo para ser recibido por una letal descarga de artillería y fuego de mosquete de los rusos, que estaban bien armados y perfectamente listos en todos los parapetos. «De pronto, el enemigo venía hacia nosotros como

una enorme ola», recuerda Podpalov, quien observaba la escena desde el Redan.

> Pronto, en la penumbra, apenas si pudimos distinguir que el enemigo cargaba escaleras, sogas, palas, tablas, etc. Parecía un ejército de hormigas en marcha. Se acercaron más y más. De repente, en toda la línea sonaron nuestros clarines, seguidos del estruendo de nuestros cañones y de los disparos de nuestras armas; la tierra tembló, se oyó un eco atronador, y todo se oscureció tanto por el humo de las armas que era imposible ver nada. Cuando el humo se aclaró, vimos que el terreno, ante nosotros, estaba cubierto por los cuerpos de los franceses caídos.

Mayran se contó entre los que fueron heridos en la primera oleada. Herbé lo ayudó a incorporarse, dado que había recibido una grave herida en el brazo, pero el general se negó a retirarse. «¡Adelante el 95.º!», ordenó a la segunda línea. Los refuerzos avanzaron, pero también fueron diezmados por los cañones rusos. No fue una batalla, sino una masacre. Siguiendo su instinto, los atacantes se tendieron en el suelo, ignorando la orden de avanzar que había dado Mayran, y entablaron con los rusos un combate de fusilería. Al cabo de veinte minutos, cuando el campo de batalla estaba sembrado de sus muertos, los soldados franceses vieron en el cielo la luz de una bengala: era la verdadera señal de ataque[544].

Pélissier había ordenado que se lanzara la bengala en un intento desesperado de coordinar el ataque francés. Pero si Mayran había avanzado demasiado pronto, en cambio sus otros generales no estaban preparados: esperando un inicio tardío, no habían logrado prepararse a tiempo. Los soldados de las líneas de reserva fueron urgidos a unirse al ataque, pero la súbita orden de avanzar los alteró, y muchos de los hombres «se negaron a abandonar las trincheras, donde sus oficiales los amenazaban con los castigos más severos», según el teniente coronel Dessaint, jefe del departamento político del ejército, quien concluyó que los soldados «intuían el desastre que los aguardaba»[545].

Observando la escena desde la cresta Vorontsov, Raglan advirtió que el descoordinado ataque francés era un sangriento fracaso. Una columna francesa, situada a la izquierda del Malajov, había logrado avanzar, pero sus apoyos eran devastados por los cañones rusos del Malajov y el Redan. Raglan podría haber ayudado a los franceses bombardeando el Redan, tal como se había convenido en el plan original de los aliados, antes que lanzar un ataque, pero se sintió obligado por el sentido del deber y del honor a respaldar a los franceses lanzando un asalto inmediato contra el Redan, sin ningún bombardeo preliminar, aun cuando seguramente sabía, aunque sólo fuera por los acontecimientos de la hora anterior, que esa táctica estaba condenada a acabar en un desastre y en el innecesario sacrificio de muchos hombres. «Siempre me cuidé de verme obligado a atacar en el mismo momento que los franceses, y era consciente de que debía tener alguna esperanza de que triunfarían antes de comprometer nuestras tropas en el combate –escribió Raglan a Panmure el 19 de junio–, pero cuando vi con cuánta firmeza los rechazaban, consideré que era mi deber ayudarlos lanzando mi propio ataque [...]. De algo estoy seguro: si los soldados hubieran permanecido en nuestras trincheras, los franceses hubieran atribuido su fracaso a nuestra negativa a participar en la operación»[546].

El ataque británico se inició a las cinco y media de la mañana. Las tropas atacantes corrieron desde las Canteras y las trincheras desde ambos lados, seguidas por grupos de apoyo que cargaban escaleras para escalar los muros del Redan. Muy pronto fue evidente que se trataba de una tarea sin esperanza. «En cuanto los soldados empezaron a dejarse ver más allá del parapeto de las trincheras, empezaron a ser blanco del más criminal fuego de metralla que se había visto nunca», informó sir George Brown, a quien se le había confiado el mando del asalto. La primera salva rusa abatió a un tercio de los atacantes. Desde las trincheras de la izquierda, Codrington observó el devastador efecto de la descar-

ga sobre los soldados que intentaban cubrir corriendo doscientos metros de terreno abierto en dirección al Redan:

> En el momento en que se dejaron ver, se lanzó contra ellos una descarga de metralla –acribilló el suelo– que derrumbó a muchos, el polvo los cegó, y vi que muchos viraban en dirección a las trincheras que se encontraban a su izquierda. Los oficiales después me dijeron que estaban cegados por el polvo levantado por la metralla, y uno me dijo que ya estaba agotado –sin aliento– antes de recorrer la mitad del trayecto[547].

Avasallados por el torrente de metralla, los soldados empezaron a titubear; algunos perdieron el coraje y huyeron, pese a los esfuerzos de los oficiales que pretendían reagrupar a sus hombres profiriendo amenazas. Finalmente, la primera línea de atacantes y los hombres que llevaban las escaleras llegaron a los *abbatis*, situados a unos treinta metros de la zanja del Redan. Mientras luchaban por colarse a través de las brechas de los *abbatis*, los rusos «treparon a los parapetos del Redan y lanzaron sobre nosotros una descarga tras otra», recordó Timothy Gowing:

> Izaron una gran bandera negra y nos desafiaron a seguir adelante. El grito de «asesinos» se escuchaba en el campo de batalla, porque el cobarde enemigo disparó durante horas sobre nuestros compatriotas mientras yacían retorciéndose de dolor y cubiertos de sangre. Como dijeron algunos de nuestros oficiales: «Esto no quedará así… ¡Ya nos vengaremos de ellos!». Les hubiéramos perdonado todo si no hubieran disparado contra pobres hombres indefensos y heridos.

El grupo atacante se redujo a los últimos cien hombres, quienes empezaron a retirarse, desafiando a sus oficiales, cuyas amenazas de disparar contra ellos fueron absolutamente ignoradas. Según un oficial, que había instado a un grupo de soldados a seguir adelante con el asalto, «estaban convencidos de que, si daban otro paso adelante, volarían por los aires; decían que estaban dispuestos a combatir contra cualquier cantidad de hombres, pero que no darían un paso más para que los hicieran volar por los ai-

res»[548]. Por todas partes había circulado el rumor de que el Redan estaba minado.

Mientras tanto, 2000 hombres de la 3.ª División, bajo el mando del mayor general Eyre, que avanzaban el flanco izquierdo, irrumpieron en los suburbios mismos de Sebastopol. Les habían ordenado ocupar algunos puestos de fusilería rusos y, si el ataque contra el Redan lo permitía, seguir avanzando hasta el barranco Casa del Piquete. Pero Eyre había excedido sus órdenes y había seguido adelante con su brigada, derrotando a los rusos en el cementerio, antes de topar con un fuego denso en las calles de Sebastopol. Se encontraron en un callejón sin salida, recordó el capitán Scott, del 9.º Regimiento: «No podíamos avanzar ni retirarnos, y tuvimos que defender nuestra posición desde las 4 de la mañana hasta las 9 de la noche, 17 horas bajo descargas tremendas de balas, obuses, metralla, bombas y el fuego de sus tiradores, teniendo como único refugio unas casas que se desmoronaban a nuestro alrededor con cada salva». Según el teniente coronel Alexander, del 14.º Regimiento, el ataque contra la ciudad se convirtió en algo semejante a una correría, ya que algunos soldados irlandeses «se internaron en partes de Sebastopol, irrumpieron en casas con mujeres, cuadros, caoba, muebles y pianos; también encontraron vino del más fuerte [...]. Algunos de los muchachos irlandeses se vistieron de mujer y así lucharon; otros trajeron a su regreso espejos, mesas... ¡y hasta un arbusto de grosellas con bayas en él!». Para el resto de las tropas, refugiadas en edificios bombardeados que se caían a pedazos debido al fuego enemigo, el día transcurrió sin ninguna de esas diversiones. Sólo a cubierto de la oscuridad pudieron retirarse, cargando cientos de heridos con ellos[549].

La mañana siguiente se pidió una tregua para poder retirar a los muertos y heridos del campo de batalla. Las bajas eran enormes. Los británicos perdieron alrededor de 1000 hombres, entre muertos y heridos; los franceses tal vez seis veces ese número,

aunque la cifra exacta fue censurada. Un capitán zuavo que integraba el equipo enviado a la tierra de nadie para recoger a los muertos describió lo que vio en una carta enviada a su familia el 25 de junio:

> No les contaré todas las sensaciones horribles que experimenté al llegar a ese campo, sembrado de cadáveres que se pudrían con el calor, entre los cuales reconocí a algunos de mis camaradas. Ciento cincuenta zuavos me acompañaban, llevando camillas y botellas de vino. El médico que iba con nosotros nos dijo que nos ocupáramos primero de los heridos que todavía podían ser salvados. Encontramos a una gran cantidad de esos desdichados… Todos ellos pidieron beber y mis zuavos les escanciaron vino […]. Por todas partes se extendía un intolerable olor a putrefacción; los zuavos tuvieron que cubrirse la nariz con un pañuelo mientras cargaban los cadáveres, cuyas cabezas y pies pendían en el aire[550].

Entre los muertos se contaba el general Mayran, que fue hecho culpable de la derrota en el relato que Pélissier hizo a Napoleón, aunque, a decir verdad, el propio Pélissier era por lo menos igualmente responsable por sus cambios de plan de último momento. Desde luego, Raglan creía que el culpable principal era Pélissier, no sólo por las modificaciones del plan, sino por su decisión de limitar el ataque al Malajov y el Redan en vez de intentar un ataque más amplio contra la ciudad, estrategia que hubiera tenido el efecto de dispersar a los defensores rusos, pero que, según creía, Pélissier había desechado por temor a que los soldados franceses «cayeran en el desenfreno» en la ciudad, tal como Raglan explicó en su carta a Panmure.

Pero, sin duda, las críticas de Raglan estaban teñidas por su propio sentimiento de culpa debido al sacrificio innecesario al que había sometido a tantos soldados británicos. Según uno de sus médicos, Raglan cayó en una profunda depresión tras el fracaso del ataque, y cuando estaba en su lecho de muerte, el 26 de junio, no sufría de cólera, tal como se rumoreaba, sino que era «un caso de aguda angustia mental, que le produjo primero una

gran depresión, y luego un completo agotamiento del funcionamiento del corazón»[551]. Murió el 28 de junio.

Capítulo 11

La caída de Sebastopol

«Mi querido padre –escribió el 14 de julio Pierre de Castellane, un ayudante de campo del general Bosquet–, creo que todas mis cartas deberían empezar con las mismas palabras: "Nada nuevo", lo que significa que cavamos, organizamos nuestras baterías, y cada noche nos sentamos para beber alrededor del fuego de campamento; cada día dos compañías de soldados son trasladadas al hospital[552]».

Con el fracaso de los ataques contra el Malajov y el Redan, el sitio retornó a la monótona rutina de excavación de trincheras y disparos de artillería, sin ningún signo de avance. Después de nueve meses de esta guerra de trincheras, cundía una sensación general de agotamiento en ambos bandos, la sensación desmoralizadora de que ese estancamiento podría continuar de manera indefinida. Era tal el deseo de que la guerra terminara que se propusieron toda clase de sugerencias destinadas a desbloquear la situación. El príncipe Urusov, un ajedrecista de primera clase y amigo de Tolstoi, intentó convencer al conde Osten-Sacken, el comandante de la guarnición de Sebastopol, de que había que plantear a los aliados el desafío de una partida de ajedrez por la trinchera más cercana, que había cambiado de manos muchas veces, con un coste de varios centenares de vidas. Tolstoi sugirió que la guerra debería decidirse por medio de un duelo[553]. Aunque ésta fue la primera guerra moderna, un ensayo general de la

guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial, el combate se desarrolló en una época en la que aún sobrevivían algunas ideas de caballerosidad.

La desmoralización pronto cundió en las tropas aliadas. Nadie creía que un nuevo ataque tuviera muchas posibilidades de éxito –los rusos estaban construyendo defensas más impenetrables– y todo el mundo temía que tendrían que pasar un segundo invierno en los altos que rodeaban Sebastopol. Todos los soldados empezaron a escribir manifestando su deseo de volver a casa. «Ya he decidido sin duda que de alguna manera quiero volver a casa –escribió el 9 de julio a su madre el teniente coronel Mundy–. No puedo y no quiero soportar otro invierno. Sé que, si lo hiciera, dentro de un año sería un anciano decrépito e inútil y prefiero ser un burro vivo antes que un león muerto». Los soldados envidiaban a sus camaradas heridos que habían sido enviados de regreso a casa. Según un oficial británico, «muchos hombres perderían con gusto un brazo para marcharse de estos altos y abandonar el sitio»[554].

La desesperanza respecto del final de la guerra llevó a muchos soldados a cuestionar por qué estaban luchando. Cuanto más persistía la matanza, tanto más veían al enemigo como sufridos soldados iguales a ellos mismos, y tanto más absurdo parecía todo. El capellán del ejército francés André Damas citó el caso de un zuavo que acudió a él con dudas religiosas acerca de la guerra. Al zuavo le habían dicho (al igual que al resto de los soldados) que estaban luchando una guerra contra los «bárbaros». Pero durante la tregua destinada a recoger a los muertos y heridos tras el combate del 18 de junio, el zuavo había ayudado a un oficial ruso malherido, quien, como señal de gratitud, se había quitado del cuello y le había dado un colgante de cuero repujado con la imagen de la Virgen y el Niño. «Esta guerra debe acabar –dijo el zuavo a Damas–, es una cobardía. Todos somos cristianos, todos

creemos en Dios y en la religión, y sin eso no seríamos tan valientes[555]».

La fatiga de trinchera fue el mayor enemigo durante los meses de verano. Al décimo mes del sitio, los soldados se habían convertido en ruinas nerviosas a causa de vivir bajo el bombardeo constante; estaban tan exhaustos por la falta de sueño, que muchos de ellos ya no podían soportarlo. En sus memorias, muchos soldados escribieron sobre «la locura de trinchera», una mezcla de enfermedades mentales, por lo que parece, desde la claustrofobia hasta lo que más tarde se llamaría «trauma de bombardeo» o «estrés de combate». Louis Noir, por ejemplo, recuerda muchos casos en los que «compañías enteras» de zuavos endurecidos por el combate «se levantaban súbitamente en medio de la noche, aferraban sus armas y gritaban histéricamente pidiendo a los demás ayuda para combatir a enemigos imaginarios. Estos incidentes de sobreexcitación nerviosa se convirtieron en algo contagioso que afectó a muchos hombres; de manera notable, perjudicó primero a todos aquellos que eran más fuertes física y moralmente». Jean Cler, un coronel de los zuavos, también recordaba a veteranos guerreros que «de repente se volvían locos» y huían al bando ruso, o que no podían seguir soportando la situación y se suicidaban. Los suicidios fueron anotados en muchas memorias. En una se menciona a un zuavo, «un veterano de nuestras guerras africanas», que parecía estar perfectamente hasta que un día, sentado ante su tienda y bebiendo café con sus camaradas, dijo que ya no aguantaba más; cogió su arma, se alejó y se disparó un tiro en la cabeza[556].

La pérdida de camaradas era una tensión importante que ponía a prueba los nervios de los soldados. Era un tema sobre el que los hombres no solían escribir con frecuencia, ni siquiera en el ejército británico, donde no había una censura real de las cartas que los soldados enviaban a sus familias; se esperaba de ellos una aceptación estoica de la muerte en combate, una actitud que tal

vez fuera necesaria para sobrevivir. Sin embargo, en la frecuente manifestación de pesar por la pérdida de amigos, tal vez podamos percibir un atisbo de emociones más profundas y perturbadoras de las que esos corresponsales podían expresar. Por ejemplo, al comentar la correspondencia publicada de otro oficial, su colega Henri Loizillon, Michel Gilbert se muestra impresionado por la angustia y el remordimiento manifestados en una carta que Loizillon envió a su familia el 19 de junio. La carta contenía una larga lista de nombres, un «recuento fúnebre» de los soldados que habían caído en el ataque al Malajov del día anterior y, sin embargo, pensaba Gilbert, a partir de esa fría lista se podía sentir «hasta qué punto el espíritu de Loizillon estaba acosado por el hálito de la muerte (*souffle de la mort*). La lista de nombres sigue y sigue, interminable y desesperada, amigos que desaparecieron, los nombres de oficiales que murieron en combate». Loizillon parece sumido en el pesar y la culpa –la culpa por haber sobrevivido– y sólo con las últimas líneas humorísticas de su carta, en la que describía las fallidas plegarias de un camarada, «reaparecía su vigoroso espíritu de autoconservación»:

> Mi pobre amigo Conegliano [escribía Loizillon], en el momento en que partíamos para atacar, me dijo (es muy religioso): «He traído mi rosario, que bendijo el Papa, y he rezado una docena de oraciones por el general [Mayran], una docena por mi hermano y también por ti!» ¡Pobre muchacho! De los tres, sólo a mí pudieron salvarme sus plegarias[557].

Además de verse afectados por el hecho de ser testigos de tantas muertes, en las trincheras los soldados debieron de haberse deprimido por la horrenda escala y naturaleza de las heridas que todos los ejércitos sufrieron durante el asedio. Hasta la Primera Guerra Mundial, el cuerpo humano no sufriría tanto daño como durante la batalla de Sebastopol. Los progresos técnicos de la artillería y de los rifles causaban heridas mucho más graves que las que se habían infligido a los soldados de las guerras napoleónicas

o de la guerra de Argelia. La moderna bala de rifle, cónica y alargada, era más poderosa que el viejo proyectil redondo, y también más pesada, por lo que atravesaba con mayor facilidad el cuerpo, quebrando cualquier hueso que hallara a su paso, mientras la bala redonda, más liviana, tendía a desviarse al pasar a través del cuerpo, usualmente sin romper ningún hueso. Al principio del sitio, los rusos usaban una bala cónica que pesaba 50 gramos, pero a partir de la primavera de 1855 empezaron a usar una bala de rifle más grande y más pesada, de 5 centímetros de longitud y que pesaba el doble que las balas británicas y francesas. Cuando estas nuevas balas chocaban contra las partes blandas del cuerpo humano, producían un orificio mayor, que podía cicatrizar, pero cuando golpeaban el hueso, lo rompían más extensamente, y si fracturaban un brazo o una pierna, casi seguramente sería necesario amputarlos. La costumbre rusa de mantener el fuego hasta el último momento, y de disparar a quemarropa contra el enemigo, garantizaba que su potencia de fusilería causara el máximo daño[558].

En los hospitales aliados había soldados que habían sufrido heridas truculentas, pero había igual cantidad en los hospitales rusos, víctimas de la artillería y los rifles más avanzados de los británicos y los franceses. Khristian Giubbenet, un profesor de cirugía que trabajó en el hospital militar de Sebastopol, escribió en 1870:

> Creo que nunca vi heridas tan espantosas como las que me vi obligado a tratar durante el período final del asedio. Las peores eran sin duda las frecuentes heridas en el estómago, en las que las entrañas ensangrentadas de los hombres quedaban expuestas. Cuando esos desafortunados eran trasladados a los puestos sanitarios, todavía podían hablar, aún estaban conscientes, y vivían durante unas pocas horas. En otros casos, las entrañas y la pelvis habían sido desgarradas en la espalda: los hombres no podían mover la parte inferior del cuerpo pero conservaban la conciencia hasta que morían unas pocas horas después. Sin duda, la impresión más terrible era causada por aquellos cuyo rostro había desaparecido por las esquirlas de la metralla, lo que les negaba

la imagen de seres humanos. Imagine una criatura cuyo rostro y cuya cabeza han sido reemplazados por una masa ensangrentada de carne y hueso enmarañado… No se ven ojos, nariz, boca, mejillas, lengua, mentón u orejas, y sin embargo esa criatura sigue erguida sobre sus pies, y se mueve y agita los brazos, obligándonos a suponer que aún posee conciencia. En otros casos, en el lugar en el que deberíamos ver un rostro, todo lo que quedaba eran algunos ensangrentados jirones de piel colgante[559].

Los rusos tuvieron más bajas que los aliados. A finales de julio, 65 000 soldados rusos habían muerto o habían sido heridos en Sebastopol –más del doble del número de víctimas de los aliados–, sin incluir las bajas causadas por enfermedades. El bombardeo de la ciudad en junio había agregado varios miles de heridos, no sólo soldados sino civiles, a los ya atestados hospitales (4000 personas fueron ingresadas solamente el 17 y el 18 de junio). En la Asamblea de Nobles «los heridos estaban tendidos en el piso de parquet, no sólo uno junto a otro, sino uno encima de otro –recordó el doctor Giubbenet–. Los gemidos y los gritos de mil hombres agonizantes llenaban la lúgubre sala, que sólo estaba tenuemente iluminada por las velas de los ordenanzas». En la batería Pavlovsk otros 5000 heridos rusos estaban igualmente apiñados en los suelos desnudos de depósitos y almacenes. Para aliviar el amontonamiento, los rusos construyeron un gran hospital de campaña en dirección al río Belbek, a 6 kilómetros de Sebastopol, en julio, al que fueron evacuados los heridos menos graves, tal como lo determinaba el sistema de selección impuesto por Pirogov. Había otros hospitales de reserva en Inkerman, en los altos Mackenzie y en el palacio del antiguo kan en Bajchisarái. Algunos de los heridos eran trasladados a sitios más lejanos como Simferópol, e incluso hasta Jarkov, situado a 650 kilómetros de distancia, en carros tirados por caballos a través de caminos rurales, población en la que todos los hospitales estaban llenos a rebosar de heridos del sitio. Pero ni siquiera eso bastaba para el creciente número de enfermos y heridos. En junio y julio, al menos

250 rusos se agregaron a la lista de bajas diariamente. Durante las últimas semanas del sitio, el número se elevó hasta 800 bajas diarias, el doble de las pérdidas informadas oficialmente por Gorchakov, según revelaron prisioneros rusos que fueron capturados más tarde por los aliados[560].

Los rusos estaban cada vez más presionados. Con la ocupación aliada de Kerch y el bloqueo de sus líneas de aprovisionamiento a través del mar de Azov desde principios de junio, las tropas empezaron a sufrir una grave escasez de municiones y de artillería. Los proyectiles pequeños de mortero eran el mayor problema. Los comandantes de las baterías recibieron la orden de limitar su fuego a un disparo por cada cuatro que recibían del enemigo. Mientras tanto, los aliados estaban alcanzando niveles de concentración de fuego que nunca antes habían sido logrados en un sitio, sus industrias y sus sistemas de transporte permitían que su artillería disparara hasta 75 000 salvas por día[561]. Se trataba de una nueva clase de guerra industrial, y Rusia, con su retrasada economía servil, no podía competir.

La moral había caído peligrosamente. En junio, los rusos perdieron a sus dos líderes inspiradores en Sebastopol: Totleben fue gravemente herido durante el bombardeo del 22 de junio y se vio obligado a retirarse, y seis días más tarde Najimov fue herido por una bala en la cara mientras inspeccionaba las baterías del Redan. Lo llevaron a su alojamiento, donde estuvo inconsciente durante dos días antes de morir el 30 de junio. Su funeral fue una ceremonia solemne a la que asistió toda la población de la ciudad, y fue observada por las tropas aliadas, que interrumpieron el bombardeo para ver el cortejo funerario desfilar a sus pies junto a las murallas de la ciudad. «No encuentro palabras para describirte la profunda tristeza del funeral», escribió una monja enfermera a su familia:

> El mar con la gran flota de nuestros enemigos, las colinas con nuestros bastiones donde Najimov pasó sus días y sus noches… Todo esto

decía más de lo que las palabras pueden expresar. Desde los altos donde sus baterías amenazan a Sebastopol, el enemigo alcanzaba a ver y podía disparar directamente sobre la procesión fúnebre, pero hasta sus cañones permanecieron en respetuoso silencio y no dispararon una sola salva durante el servicio religioso. Imaginad la escena… y por encima de ella las oscuras nubes de tormenta, reflejando la acongojada música, el triste doblar de las campanas y los tristes cantos funerarios. Así fue como los marineros sepultaron a su héroe de Sinope, así fue como Sebastopol entregó al descanso eterno a su propio intrépido y heroico defensor[562].

A finales de junio la situación en Sebastopol se había vuelto tan desesperada –ya que no sólo escaseaban las municiones, sino también los alimentos y el agua–, que Gorchakov empezó a prepararse para evacuar la ciudad. Gran parte de la población ya se había marchado, temiendo morir de inanición, o ser víctima del cólera o el tifus, que se propagaban como epidemias durante los meses estivales. Un comité especial destinado a combatir las epidemias en Sebastopol informó, sólo en el mes de junio, treinta muertes diarias a causa del cólera. La mayoría de los que se quedaron habían sido obligados ya hacía mucho a abandonar sus casas bombardeadas y a refugiarse en el fuerte Nicolás, situado en el extremo de la ciudad, junto a la entrada del puerto, donde los barracones, oficinas y tiendas principales se encontraban protegidos dentro de sus murallas. Otros encontraron albergue seguro en el Lado Norte. «Sebastopol empezó a asemejarse a un cementerio», recordó Ershov, el oficial de artillería:

Con cada día que pasaba incluso sus avenidas más importantes se quedaban vacías y lúgubres… Parecía una ciudad que había sido destruida por un terremoto. La calle Ekaterinskaya, que en mayo todavía era una vía pública animada y bella, en julio estaba solitaria y destruida. Ni allí ni en el bulevar se veía un rostro femenino, ni ninguna persona caminando libremente, sólo grupos de soldados. […] En cada rostro se veía la misma triste expresión de agotamiento y aprensión. No tenía más sentido ir a la ciudad: en ninguna parte había sonidos de alegría, en ninguna parte se encontraba alguna diversión.

En el relato de Tolstoi «Sebastopol en agosto», basado en acontecimientos y personajes reales, un soldado destacado en el río Belbek pregunta a otro que acaba de llegar de la ciudad sitiada si su albergue de Sebastopol sigue entero y en pie. «Mi querido amigo –responde el otro–, el edificio fue bombardeado y quedó en ruinas hace mucho tiempo. No reconocerías Sebastopol ahora: no queda allí una sola mujer, no hay tabernas, ni bandas de música; la última taberna cerró ayer. Es un lugar tan alegre como una morgue[563]».

No sólo los civiles abandonaban Sebastopol. Los soldados desertaban cada vez en mayor número durante los meses de verano. Los que huían y se pasaban al bando aliado afirmaban que la deserción era un fenómeno masivo, y esa afirmación está respaldada por las cifras fragmentarias y comunicados proporcionados por las autoridades militares rusas. Por ejemplo, en agosto, un informe afirmaba que el número de deserciones «se ha incrementado drásticamente» desde junio, especialmente entre las tropas de la reserva que habían sido llamadas a Crimea: cien hombres habían huido de la 15.ª División de Infantería de Reserva, tal como habían hecho tres de cada cuatro refuerzos enviados del Distrito Militar de Varsovia. De la propia ciudad de Sebastopol, cada día faltaban alrededor de veinte soldados, casi siempre durante las incursiones o los bombardeos, cuando los soldados no eran tan estrechamente vigilados por los oficiales al mando. Según los franceses. que recibieron una cantidad constante de desertores durante los meses de verano, la principal razón que los hombres aducían como causa de su abandono de las filas era que prácticamente no recibían alimentos, o que sólo les daban carne podrida para comer. Durante la primera semana de agosto circularon diversos rumores de un motín de los reservistas en la guarnición de Sebastopol, aunque los rusos sofocaron ferozmente la insurrección y eliminaron toda evidencia de ella. «Se dice que cien soldados rusos han sido fusilados cumpliendo una sentencia

de la Corte Marcial de la Ciudad, que los juzgó por amotinamiento», escribió Henry Clifford a su padre poco después. Varios regimientos fueron desarticulados y asignados a la reserva porque se habían vuelto poco fiables[564].



Advirtiendo que Sebastopol no resistiría el asedio mucho tiempo más, el zar ordenó a Gorchakov lanzar un último intento de romper el cerco impuesto por las tropas aliadas. Gorchakov dudaba de que ese movimiento fuera posible. Una ofensiva «contra un enemigo que nos supera en número y atrincherado en una posición tan sólida sería una locura», era el razonamiento del comandante en jefe. Pero el zar insistía en que había que hacer *algo*: buscaba la manera de terminar la guerra en términos aceptables para el honor nacional y la integridad de Rusia, y necesitaba algún éxito militar para iniciar las conversaciones de paz con los británicos y los franceses desde una posición más firme. Alejandro envió tres de sus divisiones de reserva a Crimea y bombardeó a Gorchakov con órdenes de atacar (aunque sin sugerir dónde) antes de que los aliados reforzaran sus tropas, porque ése era el movimiento enemigo que preveía. «Estoy convencido de que debemos lanzarnos a la ofensiva –escribió a Gorchakov el 30 de julio–, porque de otra manera todos los refuerzos que le he enviado, tal como ha ocurrido en el pasado, serán absorbidos por Sebastopol, ese pozo sin fondo[565]».

La única posibilidad de acción que, según creía Gorchakov, podría tener alguna posibilidad de éxito, era lanzar una ofensiva contra las posiciones francesas y sardas del río Chernaya. Al «apoderarse del lugar de suministro de agua del enemigo, tal vez sea posible amenazar su flanco y limitar sus ataques contra Sebastopol, y quizá preparar el camino para otras operaciones ventajosas –escribió al zar–. Pero no nos engañemos, porque esa iniciativa tiene pocas esperanzas de éxito». Alejandro no prestó aten-

ción a las reservas de Gorchakov. El 3 de agosto volvió a escribirle: «Las bajas sufridas diariamente en Sebastopol subrayan lo que ya le he dicho tantas veces en mis cartas: *la necesidad de hacer algo decisivo para acabar con esta espantosa masacre* [las cursivas son del zar]». Alejandro sabía que Gorchakov era esencialmente un cortesano, un acólito del cauteloso Paskevich, y sospechaba que no quería asumir la responsabilidad de una ofensiva. Su carta concluía con estas palabras: «Quiero una batalla, pero si usted, como comandante en jefe, teme asumir la responsabilidad, le pido que convoque un consejo militar para que la asuma por usted»[566].

Un consejo de guerra se reunió el 9 de agosto para debatir la posibilidad de un ataque. Muchos de los comandantes de mayor rango estaban en contra de la ofensiva. Osten-Sacken, que había quedado muy afectado por la muerte de Najimov y que ya estaba convencido de que la caída de Sebastopol era inevitable, argumentó que se habían sacrificado demasiados hombres y que había llegado el momento de evacuar la base naval. Casi todos los otros generales compartían la opinión pesimista de Osten-Sacken, pero ninguno de ellos era suficientemente valiente como para expresarse abiertamente en esos términos. En cambio, se adhirieron a la idea de una ofensiva para complacer al zar, aunque pocos de ellos tenían confianza en algún plan en particular. La propuesta más audaz provino del fanático general Jrulev, quien había dirigido el ataque contra Eupatoria. Jrulev ahora favorecía la destrucción total de Sebastopol (incluso mejorando el ejemplo de Moscú en 1812), seguida por un asalto masivo de las posiciones enemigas, empleando hasta el último hombre disponible. Cuando Osten-Sacken objetó que ese plan suicida originaría decenas de miles de muertes innecesarias, Jrulev respondió: «¿Y qué? ¡Que todos mueran! ¡Dejaremos nuestra marca en el mapa!». Las cabezas más prudentes prevalecieron, y la reunión acabó con un voto a favor de la idea de Gorchakov de lanzar un

ataque contra las posiciones francesas y sardas sobre el Chernaya, aunque el mismo Gorchakov siguió mostrándose extremadamente inseguro de que pudiera tener algún éxito. «Estoy atacando al enemigo porque, si no lo hago, muy pronto Sebastopol estará perdida», escribió en la víspera de la ofensiva al príncipe Dolgoruki, el ministro de Guerra. Pero si el ataque no tenía éxito, «no sería por su culpa», e «intentaría evacuar Sebastopol con las menores pérdidas posibles»[567].

La ofensiva estaba programada para la madrugada del 16 de agosto. La noche anterior, las tropas francesas habían celebrado la *fête de l'empéreur*, y también (no por coincidencia) la Fiesta de la Asunción, una festividad importante para los italianos, quienes, al igual que los franceses, habían estado bebiendo hasta altas horas de la noche. Acababan de irse a la cama cuando, a las cuatro de la madrugada, despertaron con el sonido de los cañones rusos.

Aprovechando la protección de la bruma de la madrugada, los rusos avanzaron hacia el puente Traktir con una fuerza combinada de 47 000 soldados de infantería, 10 000 de caballería y 270 cañones de campaña, bajo el mando del general Liprandi en el flanco izquierdo (frente a los sardos) y del general Read, el hijo de un ingeniero escocés que había emigrado a Rusia, en el flanco derecho (frente a los franceses). Los dos generales habían recibido la orden de no cruzar el río hasta no recibir instrucciones de Gorchakov, el comandante en jefe, quien no estaba seguro de desplegar sus divisiones de reserva, o contra los franceses en los altos de Fediujin, o contra los sardos en la colina Gasfort. Confiaba en que el bombardeo inicial de la artillería expusiera las posiciones del enemigo y lo ayudara a decidirse.

Sin embargo, las primeras descargas rusas no alcanzaron sus blancos. Sólo sirvieron para dar la alarma a los 18 000 soldados franceses y a los 9000 sardos, que se prepararon para el combate, y para que los que se encontraban en la vanguardia se desplazaran hacia el puente Traktir. Frustrado por la falta de progreso,

Gorchakov envió a su ayudante de campo, un tal teniente Krasovski, para que comunicara rápidamente a Read y a Liprandi que «ya era hora de empezar». Para cuando el mensaje llegó a Read, su significado no estaba nada claro. «¿Hora de empezar qué?», preguntó Read a Krasovski, quien no supo responderle. Read decidió que el mensaje no podía referirse a empezar el bombardeo de la artillería, que ya había comenzado, sino a iniciar el ataque de infantería. Ordenó a sus hombres que cruzaran el río y lanzaran un asalto contra los altos de Fediujin, aun cuando las reservas de infantería y de caballería que supuestamente debían respaldarlo aún no habían llegado. Mientras tanto, Gorchakov había decidido concentrar sus fuerzas de reserva sobre la izquierda, alentado por la facilidad con la que los soldados de vanguardia de Liprandi habían desalojado los puestos de avanzada sardos de la colina del Telégrafo (conocida por los italianos como la Roccia dei Piemontesi). Al escuchar el sonido de los mosquetes de los hombres de Read que disparaban frente a Fediujin, Gorchakov redirigió alguna de sus reservas para que les dieran apoyo, pero, como reconoció más tarde, ya sabía que la batalla se había perdido: sus tropas estaban divididas y atacaban en dos frentes cuando la clave de la ofensiva había sido asestar un único golpe poderoso[568].

Los hombres de Read cruzaron el río cerca del puente Traktir. Sin respaldo de caballería o de artillería, avanzaron hacia su casi segura destrucción a manos de la artillería y la fusilería de los franceses, que disparaban sobre ellos desde las laderas de los altos de Fediujin. Al cabo de veinte minutos, 2000 soldados rusos de infantería habían sido abatidos por el fuego. Llegaron reservas, bajo la forma de la 5.ª División de Infantería. Su comandante sugirió que toda la división debía comprometerse en el ataque. Tal vez por el simple peso de los números hubieran tenido así oportunidad de romper las líneas de defensa. Pero Read prefirió en cambio emplear gradualmente la reserva, regimiento por regi-

miento, y cada uno de ellos, por turno, fueron desbaratados por el fuego de los franceses, que para entonces ya confiaban completamente en su capacidad de derrotar a las columnas rusas y no disparaban hasta que el enemigo se hallaba a poca distancia. «Nuestra artillería causó estragos a los rusos», recordó Octave Cullet, un capitán de infantería francés que estuvo en la batalla de Fediujin:

> Nuestros soldados, confiados y fuertes, dispararon contra ellos formados en dos líneas, con descargas calmadas y letales de las que sólo son capaces los soldados veteranos y endurecidos por el combate. Esa mañana, cada hombre había recibido ochenta cartuchos, pero pocos de ellos había sido disparados; nadie prestó atención al fuego que provenía de nuestros flancos, sino que todos se concentraron en las tropas rusas que se aproximaban. […] Sólo cuando los rusos estaban casi encima de nosotros, y amenazaban con rodearnos, iniciamos el fuego… No se perdió ni un disparo realizado contra este vasto semicírculo de atacantes. Nuestros hombres exhibieron una admirable compostura (*sang-froid*) y a nadie se le ocurrió la idea de retirarse[569].

Finalmente, Gorchakov puso fin al desmañado intento de Read y ordenó a toda la división que se uniera al ataque. Durante un rato, los rusos hicieron retroceder a los franceses hacia la cima de la colina, pero las letales descargas de los rifles enemigos acabaron por obligarlos a retirarse y a cruzar el río hasta la otra orilla. Read resultó muerto debido a una esquirla de metralla durante la retirada, y Gorchakov asumió el mando de sus fuerzas, ordenando a ocho de los batallones de Liprandi, que se encontraban a su izquierda, que lo apoyaran en el extremo este de los altos de Fediujin. Pero esas tropas sufrieron un denso fuego de fusilería por parte de los sardos, quienes se habían desplazado desde la colina Gasfort para proteger el flanco abierto, y los rusos tuvieron que retirarse nuevamente hacia la colina del Telégrafo. La situación era desesperada. Poco después de las diez de la mañana, Gorchakov ordenó una retirada general, y con una última salva de todos sus cañones, como para hacer sonar una úl-

tima nota desafiante en medio de la derrota, los rusos se retiraron para lamerse las heridas[570].

Los aliados sufrieron 1800 bajas en el río Chernaya. Los rusos registraron 2273 muertos, casi 4000 heridos y 1742 desaparecidos, casi todos ellos desertores que habían aprovechado la bruma matinal y la confusión de la batalla para huir[571]. Varios días antes de que los muertos y los heridos fueran retirados del campo de batalla (los rusos ni siquiera acudieron a recoger a los suyos), se presentaron muchos visitantes para ver la espantosa escena, no sólo enfermeras que venían a auxiliar a los heridos, sino turistas de guerra, en busca de trofeos en los cadáveres. Al menos dos capellanes del ejército británico tomaron parte en el saqueo en busca de recuerdos. Mary Seacole describe que el campo de batalla «estaba densamente cubierto de heridos, algunos de ellos tranquilos y resignados, otros impacientes y agitados, unos pocos llenando el aire con sus gritos de dolor… Todos ellos pidiendo agua, todos ellos agradecidos con los que se la suministraban». Thomas Buzzard, un médico británico del ejército turco, quedó impresionado por la manera en que casi todos los muertos «yacían boca abajo, literalmente, para usar la expresión de Homero, "mordiendo el polvo"», a diferencia de la manera en que se los mostraba usualmente, boca arriba, en las pinturas clásicas de batallas (casi todos los rusos habían recibido las balas de frente, mientras avanzaban colina arriba, y por eso naturalmente habían caído hacia delante[572]).

De alguna manera, los rusos habían conseguido perder contra un enemigo de menos de la mitad de su tamaño. En su explicación al zar, Gorchakov culpó de todo al desafortunado general Read, arguyendo que el militar no había entendido su orden cuando hizo avanzar a sus hombres contra la posición francesa de los altos de Fediujin. «Resulta doloroso pensar que, si Read hubiera cumplido mis órdenes al pie de la letra, podríamos haber terminado con algo así como un triunfo, y al menos un tercio de

esos valientes soldados que murieron podrían haber estado vivos hoy», escribió al zar el 17 de agosto. Alejandro no quedó impresionado por el intento de Gorchakov de echarle toda la culpa al general muerto. Había querido un éxito para poder abordar a los aliados con propuestas de paz en condiciones favorables, y este revés había arruinado todos sus planes. «Nuestros valientes soldados –contestó a Gorchakov– han sufrido enormes pérdidas *sin ninguna* ganancia [las cursivas son del zar]». La verdad es que ambos hombres eran culpables de la innecesaria matanza: Alejandro por insistir en lanzar una ofensiva cuando en realidad era imposible hacerlo, y Gorchakov por no haberse resistido a la presión ejercida por el soberano para que atacara[573].

La derrota del Chernaya fue una catástrofe para los rusos. Ahora la caída de Sebastopol en manos de los aliados era sólo cuestión de tiempo. «Estoy seguro de que éste es el penúltimo acto sangriento de nuestras operaciones en Crimea –escribió Herbé a sus padres el 25 de agosto, después de haber sido herido en la batalla del Chernaya–: el último será la captura de Sebastopol». Según Nikolái Miloshevich, uno de los defensores de la base naval, después de la derrota «las tropas rusas perdieron toda confianza en sus oficiales y generales». Otro soldado escribió: «La mañana del 16 de agosto era nuestra última esperanza. Esa misma noche ya había desaparecido. Empezamos a despedirnos de Sebastopol»[574].

Sabiendo que la situación era desesperada, los rusos se dispusieron a evacuar Sebastopol, tal como Gorchakov, en la carta que había enviado al ministro de Guerra la víspera del combate, había previsto que harían si eran derrotados en la batalla del Chernaya. El plan de evacuación se centraba en la construcción de un puente flotante sobre las aguas del puerto hasta el Lado Norte, desde donde los rusos tendrían una posición dominante sobre las fuerzas aliadas si éstas ocupaban la ciudad desde el lado sur. La idea de un puente fue propuesta en primer lugar por el general

Bujmeier, un ingeniero brillante, en la primera semana de julio. Fue rechazada por decenas de ingenieros que alegaban que construir un puente de esas características era imposible, especialmente en el lugar sugerido por Bujmeier, entre el fuerte Nicolás y la batería Mijailkov, donde las aguas del puerto tenían 960 metros de ancho (lo que lo convertiría en el pontón más largo que se hubiera construido nunca) y donde los fuertes vientos solían encrespar intensamente las aguas. Pero la urgencia de la situación convenció a Gorchakov para respaldar el peligroso plan, y con varios cientos de soldados para trasladar los troncos en carro desde un lugar tan distante como Jersón, situado a 300 kilómetros de distancia, y grandes equipos de marineros para unirlos a los pontones, Bujmeier organizó la construcción del puente, que finalmente fue terminado el 27 de agosto[575].



Mientras tanto, los aliados se preparaban para otro ataque contra el Malajov y el Redan. A finales de agosto se habían dado cuenta de que los rusos no resistirían mucho tiempo más. La afluencia de desertores que llegaban de Sebastopol se convirtió en un río después de la derrota del Chernaya, y todos ellos contaban la misma historia acerca de las espantosas condiciones que reinaban en la ciudad. Una vez que los comandantes aliados reconocieron que un nuevo ataque probablemente tendría éxito, todos ellos se mostraron absolutamente decididos a lanzarlos lo antes posible. Se aproximaba septiembre, el clima pronto cambiaría, y lo que más temían era tener que pasar un segundo invierno en Crimea.

Pélissier tomó la iniciativa. Su posición se había visto muy fortalecida por el triunfo sobre los rusos en el Chernaya. Napoleón había albergado dudas sobre su política de persistir con el sitio –había estado a favor de una campaña más amplia–, pero con esta nueva victoria dejó de lado sus reservas y prestó todo su

apoyo al comandante para que porfiara en pos del triunfo que el emperador tanto anhelaba.

Adonde los llevara el comandante francés, los británicos estaban obligados a seguirlo: carecían de las tropas o de los antecedentes exitosos necesarios para imponer sus tácticas militares. Después de la catástrofe del 18 de junio, Panmure estaba decidido a impedir una repetición del malogrado ataque británico contra el Redan, y por un tiempo pareció que se había descartado un nuevo asalto que involucrara a los británicos. Pero, con la victoria en el Chernaya, las cosas habían cobrado un aspecto distinto y, por el impulso de los acontecimientos, se desarrolló una nueva lógica que llevó a los británicos a participar en un nuevo ataque.

Para entonces, los franceses ya habían avanzado hasta los *abbatis* del Malajov, situados a apenas 20 metros de la zanja de la fortaleza, y estaban sufriendo muchas bajas producidas por los cañones rusos. Habían cavado hasta llegar a tan poca distancia del Malajov que, cuando hablaban, los rusos alcanzaban a oírlos con toda claridad. También los británicos habían excavado todo lo que pudieron en el rocoso terreno que conducía al Redan –se encontraban a 200 metros de la fortaleza– y también estaban perdiendo muchos hombres. Desde la altura de la biblioteca naval, los rusos podían distinguir las facciones de los soldados británicos en las trincheras abiertas. En el Redan, sus tiradores podían acertarles con facilidad en cuanto alzaban la cabeza. Cada día, los ejércitos aliados perdían entre 250 y 300 hombres. La situación era insostenible. No tenía ningún sentido seguir retrasando el ataque: si no lo conseguían ahora, no lo conseguirían nunca, en cuyo caso la sola idea de continuar el sitio debía ser abandonada antes de que llegara el invierno. Ésa era la lógica por la que el gobierno británico permitió ahora que Raglan fuera reemplazado, y que su sucesor, el general James Simpson, se

uniera a Pélissier en la planificación de un último intento de apoderarse de Sebastopol por medio de un ataque de infantería[576].

Se fijó la fecha de la operación para el 8 de septiembre. Esta vez, a diferencia del frustrado intento del 18 de junio, el ataque fue precedido de un intenso bombardeo de las defensas rusas, que se inició el 5 de septiembre, aunque incluso antes de esa fecha, durante los últimos días de agosto, la intensidad de las descargas de la artillería aliada había aumentado gradualmente. Disparando 50 000 obuses diarios, y desde una distancia mucho menor que antes, los cañones franceses y británicos causaron daños inmensos. En el centro de la ciudad casi ningún edificio quedó en pie, lo que confirió al lugar el aspecto de una zona azotada por un terremoto. Las bajas eran muy numerosas –alrededor de mil rusos murieron o fueron heridos cada día a partir de la última semana de agosto, y casi 8000 en los tres días del bombardeo–, pero los últimos valerosos defensores de Sebastopol ni se atrevían a pensar en abandonar la ciudad. «Por el contrario», recordó Ershov…

> […] aun cuando estábamos defendiendo una Sebastopol semidestruida, esencialmente el espectro de una ciudad, sin ningún significado ya salvo el de su nombre, nos dispusimos a luchar por ella en las calles hasta el último hombre: trasladamos nuestros almacenes al Lado Norte, levantamos barricadas y nos dispusimos a transformar cada edificio en ruinas en una ciudadela armada[577].

Los rusos esperaban un asalto –el bombardeo no había dejado lugar a dudas sobre las intenciones de los aliados–, pero creían que se produciría el 7 de septiembre, el aniversario de la batalla de Borodino, su famosa victoria de 1812 contra los franceses, en la que un tercio del ejército de Napoleón había sido destruido. Cuando el ataque no llegó, los defensores rusos bajaron la guardia. E incluso se sintieron aún más confundidos la mañana del 8 de septiembre, cuando el bombardeo se reinició con feroz intensidad a las cinco de la mañana –los cañones franceses y británicos

disparaban más de 400 obuses por minuto–, hasta que, de repente, a las diez de la mañana, las salvas cesaron. Y una vez más el ataque no se produjo. Los rusos habían previsto que los aliados atacarían al alba o al anochecer, como habían hecho siempre con anterioridad. De manera que interpretaron este nuevo bombardeo como un signo de que el asalto podría producirse al anochecer. Esa idea se reforzó a las once de la mañana, cuando los vigías rusos apostados en los altos de Inkerman informaron de que, según interpretaban, los barcos aliados estaban realizando preparativos ofensivos. Los vigías no estaban errados: el plan aliado requería que la armada se uniera a la ofensiva, atacando las defensas costeras de la ciudad, pero esa mañana se acabó el buen tiempo cálido y un intenso viento del noroeste y un mar encrespado obligaron a que esa parte de la operación fuera cancelada en el último momento; así que los barcos que se habían reunido ante la boca del puerto de mar no parecían estar preparados para lanzar un ataque inminente. Y, sin embargo, eso era precisamente lo que los aliados tenían previsto. Debido a la sabia insistencia de Bosquet, se había establecido que el ataque se iniciara a mediodía, justo en el momento en que los rusos estuvieran haciendo el cambio de guardia, y cuando menos lo esperasen[578].

El plan aliado era simple: repetir las acciones que habían intentado concretar el 18 de junio, pero con una fuerza mayor y sin errores. En esta oportunidad, en vez de las tres divisiones que habían empleado el 18 de junio, los franceses movilizarían diez divisiones y media (cinco y media contra el Malajov y cinco contra los otros bastiones del frente de la ciudad), una enorme fuerza ofensiva de 35 000 hombres, respaldada por 2000 valientes sardos. Los comandantes franceses, que darían la señal de iniciación del ataque, tenían relojes sincronizados para evitar repetir la confusión causada por el general Mayran cuando no identificó la bengala que daba la señal del inicio del ataque. Al mediodía dieron la orden de empezar. Los tambores redoblaron, sona-

ron los clarines, la banda tocó La Marsellesa, y con una sonora aclamación de «*Vive l'Empereur!*», la división del general MacMahon, alrededor de 9000 hombres en total, emergió de las trincheras francesas, seguida por el resto de la infantería francesa. Encabezados por los valerosos zuavos, los soldados corrieron hacia el Malajov y, usando tablones y escaleras para cruzar la zanja, escalaron los muros de la fortaleza. Los rusos fueron tomados por sorpresa. En el momento del ataque la guarnición cambiaba de turno, y muchos soldados se habían retirado a almorzar, al creer que el cese del bombardeo significaba que todo estaba en calma. «Los franceses estaban en el Malajov antes de que nuestros muchachos tuvieran oportunidad de aferrar sus armas –recordó Prokofii Podpalov, que observaba la escena con horror desde el Redan–. En pocos segundos habían llenado el fuerte con cientos de sus hombres, y casi no se produjo ningún disparo de nuestro lado. Pocos minutos más tarde, la bandera francesa fue izada en la torreta[579]».

Los rusos fueron superados por la intensidad del ataque francés. Volvieron la espalda y huyeron, presas del pánico, del Malajov. Casi todos los soldados del bastión eran adolescentes de la 15.ª División de Infantería de Reserva, que no tenían ninguna experiencia de combate. No eran rivales para los zuavos.

Una vez que irrumpieron en el Malajov, los hombres de MacMahon se aglomeraron en las defensas rusas, uniéndose a los zuavos en una pavorosa lucha cuerpo a cuerpo contra los rusos en la batería Zherve (Gervais), en el flanco izquierdo del Malajov, mientras otras unidades atacaban los otros bastiones de la línea defensiva. Los zuavos capturaron la batería Zherve, pero a la derecha no pudieron desalojar al Regimiento de Kazán, que con valor defendió su posición hasta que llegaron refuerzos de Sebastopol, lo que posibilitó a los rusos lanzar un contraataque. A continuación se produjo una de las luchas más feroces de la guerra. «Una y otra vez cargamos con nuestras bayonetas –recordó

uno de los soldados rusos, Anatoli Viazmitinov–. No teníamos idea de cuál era nuestro objetivo, y en ningún momento nos preguntamos si podríamos tener éxito. Simplemente nos lanzamos adelante, totalmente intoxicados por el entusiasmo del combate». En pocos minutos, el terreno que separaba la batería Zherve del Malajov estaba cubierto de muertos, rusos y franceses entremezclados y, con cada carga sucesiva, una nueva capa de muertos se añadía a la pila sobre la que seguían luchando ambos bandos, pisoteando a los heridos y los muertos, hasta que el campo de batalla se convirtió en «un montículo de cadáveres –como lo describió Viazmitinov más tarde–, y el aire se llenó de un denso polvo rojo que subía de la tierra ensangrentada, y que nos imposibilitaba ver al enemigo. Todo lo que podíamos hacer era disparar a través del polvo en dirección a nuestros oponentes, asegurándonos de mantener los mosquetes paralelos a la tierra». Finalmente, como llegaban más tropas todo el tiempo, la infantería de MacMahon abrumó a los rusos con sus rifles de mayor precisión y los obligó a retirarse. Después consolidaron su control del Malajov construyendo improvisadas barricadas –usando los muertos e incluso los heridos rusos como bolsas de arena, junto con los gaviones, travesaños y troneras de las semidestruidas defensas rusas–, tras las cuales colocaron los cañones pesados en dirección a Sebastopol[580].

Mientras tanto, los británicos lanzaron su propio ataque contra el Redan. En ciertos aspectos, el Redan era mucho más difícil de capturar que el Malajov. Los británicos no podían excavar sus trincheras en el terreno rocoso que se extendía ante el fuerte, y por lo tanto debían cubrir a la carrera ese espacio abierto y escalar los *abbatis* bajo el fuego cerrado del enemigo. La amplia forma en «V» del Redan también implicaba que los grupos de ataque estarían expuestos al fuego desde los flancos mientras cruzaban la zanja y escalaban el parapeto. También se rumoreaba que el Redan había sido minado por los rusos. Pero una vez que

los franceses ocuparon el Malajov, el Redan era más vulnerable a un ataque.

Como en junio, los británicos esperaron a que los franceses tomaran la iniciativa, pero en cuanto vieron la tricolor izada sobre el Malajov, embistieron contra el Redan. Corriendo bajo un huracán de obuses, metralla y fuego de mosquetes, un buen número de los mil hombres del grupo atacante consiguió cruzar los *abbatis* y bajar a la zanja, aunque al menos la mitad de las escaleras habían quedado en el camino. Reinó el caos en la zanja cuando los atacantes cayeron bajo el fuego a quemarropa de los artilleros y fusileros rusos apostados en los parapetos, directamente sobre ellos. Algunos empezaron a vacilar, sin saber cómo escalar el parapeto; otros trataron de encontrar refugio en el fondo del foso. Pero finalmente un grupo de hombres logró trepar el muro e irrumpir en la fortaleza. La mayoría murió bajo los disparos rusos, pero dieron el ejemplo, y otros los siguieron. Entre ellos se encontraba el teniente Griffith, del 23.º Regimiento Real de Fusileros Galeses:

> Corrimos salvajemente a lo largo de las trincheras, mientras la metralla pasaba silbando junto a nuestros oídos. Varios oficiales que encontramos mientras regresaban, heridos, dijeron que habían estado en el Redan y que sólo hacía falta un poco de apoyo para completar la victoria. Seguimos adelante, cada vez más obstaculizados por los oficiales y soldados heridos que eran trasladados desde el frente. […] «¡Adelante el 23.º! ¡Por aquí!», gritaban los oficiales. Salimos de las trincheras al terreno abierto. Ése fue un momento aterrador. Corrí por campo abierto recorriendo unas 200 yardas, creo, mientras la metralla no cesaba de caer y los hombres se derrumbaban por todas partes. Cuando llegué a la orilla de la zanja del Redan, encontré a nuestros hombres todos mezclados en confusión pero sosteniendo fuego constante contra el enemigo […]. [En la zanja] había montones de hombres de diferentes regimientos apiñados… Las escaleras colocadas contra el parapeto estaban repletas de los nuestros. Radcliffe y yo aferramos una escalera y subimos hasta la cima del parapeto, donde fuimos detenidos, prácticamente prensados, por los hombres muertos y heridos que caían sobre nosotros… Sin duda era una escena excitante y terrible[581].

El foso y las pendientes que conducían al parapeto pronto se llenaron de recién llegados, como Griffith, que no podían escalar el parapeto por la «presión» creada por la lucha que se producía por encima de ellos. El interior del Redan estaba fuertemente defendido por medio de una serie de barreras ocupadas por los rusos, que llenaban los puestos con los refuerzos que recibían desde atrás; los pocos atacantes que lograron abrirse paso dentro de la fortaleza fueron detenidos por estas barreras, ampliamente superados en número y sometidos a un devastador fuego cruzado que provenía de ambos flancos, en el extremo norte de la «V». La moral de los soldados apiñados en el foso empezó a decaer. Ignorando las órdenes de sus oficiales, que los azuzaban a escalar el parapeto, «los hombres se pegaron, por centenas, a la parte externa del ángulo del saliente», recordó el teniente Colin Campbell, quien observaba la escena desde las trincheras, «aunque fueron barridos por decenas por el fuego proveniente de los flancos». Muchos perdieron por completo el valor y corrieron de regreso a las trincheras, que ya estaban colmadas de hombres que esperaban la orden de atacar. Se perdió toda disciplina. Se produjo una estampida general hacia la retaguardia. Griffith se unió a la huida provocada por el pánico:

> Sintiéndome deshonrado, aunque había hecho todo lo que podía, de mala gana giré para seguir a los hombres. Vi nuestra trinchera a cierta distancia, pero nunca esperé llegar a ella. El fuego era espantoso, y yo no dejaba de tropezarme con los hombres muertos y heridos que literalmente cubrían el terreno. Finalmente, para mi gran júbilo, llegué a nuestras líneas y de alguna manera me dejé caer en la trinchera [...]. Debería haber explicado que en el camino una bala atravesó mi cantimplora, que estaba colgando sobre mi pierna, balanceándose, tras haber derramado toda el agua. Una piedra levantada por la metralla me golpeó en la pierna, pero no me hirió demasiado. Poco después encontramos [...] a algunos hombres y gradualmente reunimos a casi todos los que no habían resultado heridos. Fue muy triste descubrir cuántos faltaban.

Henry Clifford se contó entre los oficiales que intentaron en vano restablecer la disciplina: «Cuando los hombres salieron corriendo del parapeto del Redan. […] desenvainamos nuestras espadas y los golpeamos, y les imploramos que permanecieran allí y no huyeran, porque todo estaría perdido; pero, de todas maneras, muchos de ellos huyeron. La trinchera hacia la que corrieron estaba tan apiñada que era imposible moverse sin pisar a los heridos que yacían a nuestros pies»[582].

No tenía sentido intentar proseguir el ataque con esos soldados invadidos por el pánico, la mayoría de los cuales eran jóvenes reservistas. El general Codrington, el comandante de la Brigada Ligera que estaba a cargo del ataque, suspendió toda acción por ese día… Un día en el que los británicos habían sufrido 2610 bajas, entre ellas 550 muertos. Al día siguiente, Codrington intentó reanudar el asalto con las veteranas tropas de la Brigada Highland. Pero nunca llegó a concretarse. Esa noche, más tarde, los rusos decidieron que no podían defender el Redan de los cañones franceses instalados en el Malajov, y evacuaron la fortaleza. Como un general ruso explicó en lo que tal vez fuera la primera crónica de estos acontecimientos, el Malajov era «tan sólo una fortaleza, pero también la llave de Sebastopol, el sitio desde donde los franceses podían bombardear la ciudad a voluntad, matar a miles de nuestros soldados y civiles y probablemente destruir el pontón para evitar nuestra huida al Lado Norte»[583].

Gorchakov ordenó la evacuación de todo el Lado Sur de Sebastopol. Se hicieron volar las instalaciones militares, se incendiaron los almacenes y multitudes de soldados y civiles se dispusieron a cruzar el puente flotante hasta el Lado Norte. Un buen número de soldados rusos creía que la decisión de evacuar la ciudad era una traición. Habían considerado la lucha del día anterior como una victoria parcial, en la medida en que habían logrado rechazar los ataques enemigos en todos los bastiones salvo el Malajov, y no entendían, o se negaban a reconocer, que lo que

acababan de perder era indispensable para continuar defendiendo la ciudad. Muchos marineros no querían abandonar Sebastopol, donde habían pasado la vida, e incluso algunos protestaron. «No podemos marcharnos, no hay autoridad que pueda darnos órdenes», proclamó un grupo de marineros, refiriéndose a la ausencia de un jefe naval tras la muerte de Najimov.

> Los soldados pueden marcharse, pero nosotros tenemos nuestros propios comandantes navales, y ellos no nos han dicho que nos marchemos. ¿Cómo podríamos abandonar Sebastopol? Sin duda, todos los ataques han sido rechazados, sólo el Malajov ha caído en manos francesas… ¡Pero mañana podemos recuperarlo, y permaneceremos en nuestros puestos! […] Debemos morir aquí, no podemos irnos… ¿Qué diría Rusia de nosotros[584]?

La evacuación empezó a las siete de la tarde y prosiguió durante toda la noche. En el muelle del puerto marítimo de fuerte Nicolás se congregó una enorme multitud de soldados y civiles que iban a cruzar el puente flotante. Los heridos y los enfermos, mujeres con niños pequeños, los ancianos con bastón, todos se mezclaban con los soldados, los marineros, los caballos y la artillería transportada en carros. El cielo nocturno estaba iluminado por las llamas de los edificios incendiados, y el sonido de los cañones de los bastiones distantes se confundía con las explosiones de Sebastopol, los fuertes y los barcos, ya que los rusos hacían estallar cualquier cosa que pudiera ser de utilidad al enemigo e imposible de transportar. Con el temor de que los británicos y los franceses aparecieran en cualquier momento, la gente empezó a ser víctima del pánico y a empujarse entre sí para aproximarse al puente. «Se podía oler el miedo –recuerda Tatiana Tolicheva, quien se hallaba esperando junto al puente junto con su esposo y su hijo–. Había una terrible batahola… La gente gritaba, sollozaba, gemía, los heridos gruñían y los obuses volaban en el cielo». Las bombas caían sobre el puerto constantemente; una de ellas mató a ocho prisioneros de guerra aliados sobre los que im-

pactó directamente en el muelle. Los soldados, los caballos y la artillería fueron los primeros que cruzaron, seguidos por los carros tirados por bueyes y cargados de balas de cañón, pilas de heno y hombres heridos. Todos cruzaron el puente en silencio. Nadie estaba seguro de llegar a la otra orilla. El mar estaba agitado, el viento del noroeste seguía soplando con fuerza y la lluvia caía sobre sus rostros mientras cruzaban el puerto marítimo. Los civiles formaron una fila para cruzar el puente. Sólo podían llevar lo que pudieran cargar en sus brazos. Entre ellos se encontraba Tolicheva:

> En el puente había una enorme aglomeración… ¡Todo era confusión, pánico, miedo! El puente casi se hundió bajo nuestro peso y el agua nos llegó hasta las rodillas. De repente, alguien se asustó y empezó a gritar: «¡Nos ahogamos!». La gente se dio la vuelta e intentó regresar a la costa. Hubo una refriega, con gente pisándose unos a otros. Los caballos se asustaron y empezaron a encabritarse. […] Pensé que moriríamos y recé una plegaria.

A las ocho de la mañana siguiente, todos habían cruzado. Se hicieron señales a los últimos defensores de los bastiones, indicándoles que abandonaran sus puestos y prendieran fuego a la ciudad. Con las escasas piezas de artillería que habían quedado hundieron los últimos barcos de la Flota Rusa del mar Negro que quedaban en el puerto marítimo antes de cruzar al Lado Norte[585].

Desde el fuerte Estrella, Tolstoi observó la caída de Sebastopol. Durante el ataque lo habían puesto a cargo de una batería de cinco cañones, y había sido uno de los últimos defensores de la ciudad que habían cruzado el puente flotante. Era su cumpleaños, tenía 27 años, pero el espectáculo que se extendía ante sus ojos bastó para romperle el corazón. «Lloré cuando vi la ciudad en llamas y las banderas francesas ondeando sobre nuestros bastiones –escribió a su tía–, y en general, en muchos aspectos, fue un día muy triste[586]».

Mirando atrás la ciudad incendiada, también observaba la escena esa mañana Alexandra Stajova, una enfermera dedicada a evacuar los heridos de Sebastopol. El día siguiente, describió la escena a su familia en una carta:

> Toda la ciudad estaba engullida por las llamas… De todas partes llegaba el ruido de las explosiones. ¡Era una escena de terror y caos! […] Sebastopol estaba cubierta de humo negro, nuestras propias tropas incendiaban la ciudad. La escena hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas (rara vez lloro), y el llanto alivió el peso de mi corazón, por lo que se lo agradezco a Dios […]. Qué duro ha sido experimentar y ver todo esto, creo que hubiera sido más fácil morir[587].

El Gran Incendio de Sebastopol –una repetición del de Moscú en 1812– prosiguió durante varios días. Aún ardían algunas partes de la ciudad cuando los aliados entraron en ella el 12 de septiembre. Encontraron allí algunos espectáculos penosos. No todos los heridos habían sido evacuados de Sebastopol –había demasiados para poder transportarlos– y alrededor de 3000 habían sido abandonados en la ciudad, sin agua ni alimentos. El doctor Giubbenet, que había sido responsable de la evacuación de los hospitales, había dejado allí a los heridos presumiendo que los aliados los encontrarían muy pronto. No tenía idea de que transcurrirían cinco días hasta que los aliados ocuparan la ciudad. Más tarde, quedó mortificado al leer los artículos de la prensa occidental, como éste que escribió Russell en *The Times*:

> De todas las imágenes de los horrores de la guerra que se le han ofrecido nunca al mundo, el hospital de Sebastopol presentaba la más desgarradora y repulsiva. Al trasponer una de esas puertas, contemplé una escena que pocos hombres, gracias a Dios, han visto: […] los cuerpos putrefactos y agusanados de los soldados, abandonados para morir en extrema agonía, sin atención, sin cuidados, apiñados tanto como era posible […] saturados de la sangre que manaba y goteaba sobre el suelo, mezclada con las deyecciones de la corrupción. Muchos yacían, aún con vida, con gusanos que reptaban sobre sus heridas. Muchos, casi enloquecidos por la escena que los rodeaba, o buscando huir de ella en su extrema agonía, habían rodado debajo de las camas y miraban con ferocidad a los azorados espectadores. Muchos, con brazos y piernas

quebrados y retorcidos, los huesos astillados que sobresalían de la carne viva, imploraban ayuda, agua, alimento o piedad, o, privados del habla por la cercanía de la muerte o por espantosas heridas en la cabeza o el tronco, señalaban sus lesiones letales. Muchos parecían totalmente dedicados a hacer las paces con el Cielo. Las actitudes de algunos eran tan horrorosamente fantásticas que hacían que uno quedara paralizado por una suerte de horrible fascinación. Los cuerpos de muchos estaban hinchados y deformados en un grado increíble, y sus facciones distendidas hasta un tamaño gigantesco, con los ojos que sobresalían de las órbitas y la lengua ennegrecida colgando fuera de la boca, presionada estrechamente por los dientes que la habían mordido durante las convulsiones finales, y todo eso hacía que uno se estremeciera y sintiera vértigos[588].

La visión de la ciudad devastada sobrecogía a todos los que llegaban a ella. «Sebastopol ofrece el espectáculo más curioso que uno pueda imaginar», escribió el 21 de septiembre el barón Bondurand, el intendente militar francés del mariscal De Castellane.

> Ni nosotros teníamos idea de los efectos de nuestra artillería. La ciudad está literalmente hecha pedazos. No hay ni una sola casa que no haya sido alcanzada por nuestros proyectiles. No queda ni un solo techo, y casi todas las paredes están derrumbadas. La guarnición debe de haber sufrido enormes bajas en este sitio en el que todos nuestros disparos hicieron blanco. Es un testimonio del indiscutible espíritu y entereza de los rusos, que resistieron durante tanto tiempo y que sólo se rindieron cuando su posición se tornó insostenible debido a nuestra captura del Malajov.

Por todas partes reinaba la destrucción. Thomas Buzzard quedó sorprendido por la belleza de la ciudad en ruinas:

> En una de las calles más hermosas había un elegante edificio clásico, que me dijeron era una iglesia, construido en piedra, con un estilo muy semejante al del Partenón de Atenas. Algunas de sus enormes columnas estaban prácticamente hechas pedazos. Al entrar vimos que un obús había entrado por el techo y había explotado en el suelo, infligiendo grandes destrozos. Era raro apartar la vista de esa escena y mirar un jardín verde y pacífico que estaba al lado, con los árboles llenos de follaje[589].

Para las tropas, la ocupación de Sebastopol era una oportunidad para el pillaje. Los franceses organizaron el saqueo que fue aprobado por sus oficiales, quienes se unieron al saqueo de las propiedades rusas y enviaron a casa sus trofeos robados, como si eso fuera una parte completamente normal de la guerra. En una carta a su familia del 16 de octubre, el teniente Vanson hizo una larga lista de los recuerdos que enviaba a sus parientes, incluyendo un medallón de plata y oro, un servicio de vajilla de porcelana y el sable de un oficial ruso. Pocas semanas más tarde, volvió a escribir: «Seguimos saqueando Sebastopol. Ya no quedan curiosidades por descubrir, pero había algo que yo realmente quería, una hermosa silla, y me complace decir que encontré una ayer. Le falta una pata y el tapizado, pero el respaldo está bellamente tallado». Comparados con los franceses, los soldados británicos fueron un poco más sobrios. El 22 de septiembre, Thomas Golaphy escribió a su familia en el reverso de un documento ruso. Contaba que los soldados.

> se llevan todo aquello que encuentran y se lo venden a cualquiera que quiera comprarlo, y hubo algunos artículos espléndidos que se vendieron muy baratos pero aquí no había nadie para comprarlos salvo los griegos, a nosotros no nos permitieron saquear la ciudad como lo hicieron los franceses, que podían ir a cualquier parte, pero a nosotros sólo nos permitieron entrar a una sola parte, frente a nuestras trincheras[590].

Si bien los británicos pillaron menos que los franceses, los superaron ampliamente en cuanto a las juergas alcohólicas. Las tropas de ocupación encontraron en Sebastopol un gran depósito de alcohol, y particularmente los británicos se dedicaron a bebérselo con la autorización que, según suponían, les habían dado sus oficiales como premio por la victoria que habían conseguido con tanto esfuerzo. Las riñas de borrachos, la insubordinación y la indisciplina se convirtieron en un problema importante en el campamento británico. Alarmados por los informes de las «masi-

vas borracheras» de los soldados, Panmure escribió a Codrington, advirtiéndole sobre «el extremo peligro físico que existiría para su ejército si esta perversión no es rápidamente reprimida, así como la desgracia que diariamente acumula sobre el honor de nuestro carácter nacional». Pidió que la asignación de los soldados fuera eliminada y que la ley marcial se impusiera con todo vigor. Desde octubre hasta el mes de marzo siguiente, 4000 soldados británicos fueron sometidos a corte marcial por ebriedad; la mayoría recibió un castigo consistente en cincuenta azotes por su mala conducta, y además muchos de ellos perdieron un mes de paga, pero la embriaguez continuó hasta que se agotó la provisión de alcohol y los soldados abandonaron Crimea[591].



La caída de Sebastopol fue celebrada por las multitudes en Londres y en París. Hubo bailes y brindis y se entonaron himnos patrióticos en las calles. Mucha gente creyó que este acontecimiento significaba el fin de la guerra. La captura de la base naval y la destrucción de la flota del mar Negro del zar habían constituido el objetivo central de los planes bélicos de los aliados, al menos en la medida en que esos planes se comunicaron al público en general, y el objetivo había sido cumplido. Pero, en realidad, en términos militares, la caída de Sebastopol no significaba en absoluto la derrota de Rusia: para lograr vencer a Rusia sería necesaria una invasión por tierra que se apoderara de Moscú, o una victoria en el Báltico contra San Petersburgo.

Si algunos líderes occidentales esperaban que la captura de Sebastopol obligara al zar a negociar la paz, se desilusionaron rápidamente. El Manifiesto Imperial que anunciaba la caída de Sebastopol al pueblo ruso tenía un tono desafiante. El 13 de septiembre Alejandro se trasladó a Moscú, donde entró repitiendo la puesta en escena de la teatral aparición de Alejandro I en la capital «nacional» después de la invasión de Napoleón en julio de

1812, cuando fue recibido por las multitudes que lo aclamaban en su camino hacia el Kremlin. «Recuerde 1812 –escribió el zar a Gorchakov, su comandante en jefe, el 14 de septiembre–. Sebastopol no es Moscú. Crimea no es Rusia. Dos años después del incendio de Moscú, nuestras tropas victoriosas estaban en París. Aún somos los mismos rusos, y Dios está con nosotros[592]».

Alejandro pensó en maneras de seguir adelante con la guerra. A fines de septiembre redactó un plan detallado para lanzar una nueva ofensiva en los Balcanes en 1856: eso trasladaría la guerra contra los enemigos de Rusia a suelo europeo instigando revueltas partisanas y nacionalistas entre los eslavos y los ortodoxos. Según Tiutcheva, Alejandro «reprendía a cualquiera que hablara de negociar la paz». De hecho, Nesselrode estaba a favor de las negociaciones de paz, y dijo a los austríacos que recibiría con beneplácito propuestas de los aliados si eran «compatibles con nuestro honor». Pero, por el momento, en Moscú y San Petersburgo sólo se hablaba de continuar la guerra, aun cuando esas conversaciones y rumores eran en gran parte una treta destinada a presionar a los aliados para que ofreciesen términos de paz mejores. El zar sabía que los franceses estaban cansados de la guerra, y que Napoleón favorecería la paz, una vez que había logrado la «gloriosa victoria» simbolizada por la caída de Sebastopol. Alejandro se dio cuenta de que los ingleses eran los que estarían menos dispuestos a terminar la guerra. Para Palmerston, la campaña de Crimea había sido siempre el principio de una guerra más amplia destinada a reducir el poder del Imperio ruso en el mundo, y el público británico, por lo que parecía, estaba a favor de seguir adelante con la campaña. Hasta la reina Victoria no soportaba la idea de que «el fracaso en el Redan del ejército británico sea –como expresó– nuestro último *fait d'armes*»[593].

Después de descuidar los frentes de Asia Menor y el Cáucaso durante tanto tiempo, la mayor preocupación de los ingleses era el sitio ruso de Kars. Alejandro aumentó la presión sobre la ciu-

dad fortificada turca para fortalecer su posición en las conversaciones de paz con los británicos después de la caída de Sebastopol. La captura de Kars abriría el camino para que las tropas del zar pudieran avanzar hacia Erzurum y Anatolia, y amenazar los intereses británicos en la ruta terrestre hacia la India. Alejandro había ordenado el ataque contra Kars en junio con la esperanza de distraer las tropas británicas y alejarlas del sitio de Sebastopol. Una fuerza rusa de 21 000 soldados de infantería, 6000 cosacos y 88 cañones, al mando del general Murariev, avanzó desde la frontera rusoturca hasta Kars, situada a 70 kilómetros de distancia, donde una fuerza turca de 18 000 soldados, dirigida por el general británico William Williams, que sabía que su derrota era segura en campo abierto, había dedicado todas sus energías a la fortificación de la ciudad. Entre los numerosos oficiales extranjeros de la fuerza turca de Kars –una legión de refugiados polacos, italianos y húngaros de las rebeliones fracasadas de 1848-1849–, había muchos ingenieros capacitados. Los rusos lanzaron su primer ataque el 16 de junio, pero cuando fueron vigorosamente rechazados pusieron sitio a la ciudad, con la intención de forzar a los defensores a rendirse por hambre. Los rusos consideraban el sitio de Kars como una respuesta al sitio de Sebastopol impuesto por los aliados.

Los turcos estaban a favor de enviar una fuerza expedicionaria para ayudar a Kars. Omar Pachá rogó a los británicos y los franceses que le permitieran reubicar sus fuerzas de Kerch y Eupatoria (unos 25 000 soldados de infantería y 3000 de caballería) y «destacar mis fuerzas en algún punto de la costa de Circasia y, al amenazar desde allí las comunicaciones de los rusos, obligarlos a abandonar el sitio de Kars». Los comandantes aliados eran reticentes a tomar una decisión y plantearon el asunto a los políticos de Londres y París, que al principio estaban poco dispuestos a trasladar el contingente turco fuera de Crimea, y que después aprobaron el plan en términos generales, pero debatiendo sobre

la mejor manera de llegar a Kars. Hasta el 6 de septiembre Omar Pachá no abandonó Crimea para dirigirse a Sujumi, en la costa de Georgia, desde donde a su ejército de 40 000 hombres le llevaría varias semanas cruzar el sur del Cáucaso.

Mientras tanto, Muraviev se inquietaba en Kars. El sitio había costado muchas vidas de los defensores de la ciudad, que padecían la escasez de alimentos y una epidemia de cólera; pero Sebastopol había caído, el zar necesitaba Kars con urgencia, y con el ejército de Omar Pachá en camino, no podía esperar a que el bloqueo destruyera la moral de los turcos. El 29 de septiembre los rusos lanzaron un ataque en gran escala contra los bastiones de Kars. Pese a su estado de debilidad, las fuerzas turcas lucharon extremadamente bien, empleando su artillería con muy buenos resultados, y los rusos sufrieron grandes bajas, alrededor de 2500 muertos y el doble de heridos, mientras que los turcos sólo tuvieron alrededor de 1000 bajas. Muraviev volvió a sus tácticas de asedio. A mediados de octubre, cuando Omar Pachá, tras varias dilaciones, apenas iniciaba su larga marcha hacia el sur desde Sujumi, los defensores de Kars se morían de hambre y el hospital estaba colmado de víctimas de escorbuto. Las mujeres llevaban sus hijos a la casa del general Williams y los dejaban allí para que él los alimentara. Los caballos de la ciudad habían sido sacrificados para que su carne sirviera de alimento. La gente estaba reducida a comer hierbas y raíces.

El 22 de octubre llegó la noticia de que Selim Pachá, el hijo de Omar Pachá, había desembarcado con un ejército de 20 000 hombres en la costa norte de Turquía y estaba en camino hacia Erzurum. Pero para cuando llegó a la ciudad, que estaba a unos pocos días de marcha, la situación en Kars se había agravado: morían cien personas al día y los soldados desertaban todo el tiempo. Entre los que aún estaban en condiciones de seguir luchando, la moral era siempre muy baja. A finales de octubre, unas nevadas copiosas impidieron que las tropas de refuerzo tur-

cas pudieran llegar a Kars. El ejército de Omar Pachá fue detenido por un enfrentamiento con fuerzas rusas en Mingrelia, y luego no mostró ningún signo de prisa por llegar a Kars, sino que los soldados descansaron durante cinco días en Zugdedi, la capital de Mingrelia, donde las tropas se distrajeron saqueando y secuestrando niños para venderlos como esclavos. Desde allí, emprendieron un lento avance, bajo lluvias intensas, a través del territorio cubierto de bosques espesos y pantanos. Las fuerzas de Selim Pachá avanzaron aún más lentamente desde Erzurum. Resultó que no contaba con 20 000 hombres, sino con menos de la mitad de ese número, demasiado pocos para poder derrotar por su cuenta a las fuerzas de Muraviev, de manera que Selim Pachá decidió no intentarlo siquiera. El 22 de noviembre, un diplomático británico entregó una nota al general Williams, en la que se le informaba de que el ejército de Selim Pachá no llegaría a Kars. Así, perdida toda esperanza, Williams se rindió a Muraviev y entregó la guarnición al comandante ruso, quien, dicho sea en su honor, se aseguró de que los 4000 soldados turcos enfermos y heridos fueran bien atendidos y distribuyó alimentos entre los 30 000 soldados y civiles que se habían rendido por hambre[594].

Tras haberse apoderado de Kars, los rusos controlaron más territorio enemigo que los aliados. Alejandro consideró su victoria en Kars como contrapartida de la pérdida de Sebastopol y creyó que ya había llegado el momento de intentar hacer la paz con los austríacos y los franceses. A finales de noviembre se estableció un contacto directo entre París y San Petersburgo, cuando el barón Von Seebach, el yerno de Nesselrode, que cuidaba los intereses rusos en la capital francesa, fue contactado por el conde Walewski, primo de Napoleón y ministro de Exteriores. Walewski estaba «personalmente bien dispuesto a negociar la paz» y a entablar conversaciones con Rusia, según Seebach informó a Nesselrode, pero también había advertido de que Napoleón estaba «dominado por su miedo a Inglaterra» y decidido a mantener su

alianza con ese país. Si Rusia quería la paz, tendría que hacer propuestas –empezando por la limitación de su poder naval en el mar Negro– que permitieran a Francia superar la reticencia británica a entablar conversaciones[595].

Eso no iba a ser sencillo. Con la caída de Kars, el gobierno británico estaba aún más decidido a seguir adelante con la guerra y a ampliarla a nuevos escenarios. En diciembre, el gabinete debatió la posibilidad de enviar la mitad de las fuerzas destacadas en Crimea a Trebisonda, para impedir así un potencial avance ruso desde Kars hacia Erzurum y Anatolia. En enero, se prepararon los planes de la operación para dejarlos a la consideración del consejo de guerra aliado. También se habló de una nueva campaña en el Báltico, donde la destrucción de la base naval de Sveaborg el 9 de agosto había demostrado a los líderes aliados lo que se podía lograr con barcos de vapor acorazados y cañones de largo alcance. Más allá de Westminster, había un consenso unánime que suponía que la caída de Sebastopol sería solamente el comienzo de una guerra más amplia contra Rusia. Hasta Gladstone, un firme partidario de la paz, se vio obligado a reconocer que el público británico no quería que se pusiera fin a la guerra. La prensa rusófoba pedía que Palmerston lanzara en la primavera una campaña en el Báltico. Exigía la destrucción de Kronstadt, el bloqueo de San Petersburgo y la expulsión de los rusos de Finlandia: Rusia debía ser destruida porque era una amenaza para la libertad europea y para los intereses británicos en Oriente Próximo[596].

Palmerston y su «partido bélico» tenían su propia agenda de una amplia cruzada contra Rusia. Esa cruzada excedía con mucho el objetivo original de la guerra –la defensa de Turquía–, ya que planeaba la contención y el debilitamiento permanentes de Rusia como rival imperial de Inglaterra. «El objetivo principal y verdadero de la guerra es frenar la ambición agresiva de Rusia –había escrito Palmerston a Clarendon el 25 de septiembre–. No

fuimos tanto a la guerra para mantener al sultán y a sus musulmanes en Turquía, como para mantener a los rusos fuera de Turquía; pero tenemos un interés igualmente alto en mantener a los rusos fuera de Noruega y de Suecia». Palmerston propuso seguir la guerra a una escala paneuropea, así como en Asia, «para poner freno al poder de Rusia». Tal como lo veía, los Estados bálticos, al igual que Turquía, en caso de unirse a esta guerra más amplia, actuarían como «*parte de una larga línea de circunvalación* destinada a limitar cualquier futura expansión de Rusia». Palmerston insistía en que Rusia «aún no había sufrido la mitad de la derrota necesaria», y exigía que la guerra prosiguiera al menos durante un año, hasta que se le hubiera quitado a Rusia Crimea y el Cáucaso y se hubiera conseguido la independencia de Polonia[597].

No se trataba tan sólo de rodear a Rusia de Estados alineados con Occidente, sino de «una guerra de nacionalidades» más extensa, destinada a desarticular el Imperio ruso desde dentro. Palmerston expresó por primera vez esa idea en el memorándum que presentó al gabinete en marzo de 1854. En aquel entonces había propuesto devolver Crimea y el Cáucaso al Imperio otomano; entregar Finlandia a Suecia, las provincias bálticas a Prusia y Besarabia a Austria, y restablecer a Polonia como un reino independiente de Rusia. Esas ideas se habían debatido y habían sido tácitamente reconocidas por varias figuras de la jerarquía de Westminster como los objetivos bélicos no oficiales del gabinete británico durante la guerra de Crimea. La premisa básica, tal como lo explicaba el duque de Argyll en una carta dirigida a Clarendon en octubre de 1854, era que, aunque los Cuatro Puntos eran «buenos y suficientes» como objetivos de guerra en la medida en que permitían «cualquier nivel de cambio y ampliación», el desmembramiento de Rusia se haría deseable y posible «siempre y cuando una guerra exitosa lo ponga a nuestro alcance». Con la caída de Sebastopol, estas ideas volvieron a emerger en los círculos internos del gabinete de guerra de Palmerston. «Sospecho

que Palmerston querría que la guerra se convirtiera de manera imperceptible en una guerra de nacionalidades, como se la llama, pero no le gustaría declararlo abiertamente en este momento», escribió el 6 de diciembre Charles Greville en su diario político[598].

Durante todo el otoño de 1855 Palmerston respaldó la idea de prepararse para seguir la guerra la primavera siguiente, aunque sólo fuera como un medio de mantener la presión sobre los rusos para que aceptaran los punitivos términos de paz que él tenía en mente. Estaba furioso con los franceses y los austríacos por haber iniciado conversaciones directas con los rusos, y por considerar términos relativamente moderados basados en los Cuatro Puntos. Estaba convencido, como escribió a Clarendon el 9 de octubre, de que «Nesselrode y sus espías» estaban «trabajando con los franceses en París y en Bruselas», y de que, «con los austríacos y los prusianos cooperando con las iniciativas de Nesselrode», requeriría «toda nuestra firmeza y pericia evitar ser atraídos a una paz que defraudaría las expectativas del país y no cumpliría con los verdaderos objetivos de la guerra». En la misma nota Palmerston bosquejaba lo que consideraba las condiciones mínimas de un acuerdo: Rusia debía terminar con su interferencia en los principados del Danubio, donde el sultán debía «dar a los príncipes una buena constitución, que previamente debía ser aceptada por Inglaterra y Francia»; Rusia debía ceder el delta del Danubio a Turquía, y los rusos debían perder todas sus bases navales en el mar Negro, junto con «todas las porciones de territorio que están en sus manos y desde las cuales pueden atacar a sus vecinos», territorios entre los cuales incluía Crimea y el Cáucaso. En cuanto a Polonia, Palmerston ya no estaba seguro de si el Reino Unido podría apoyar una guerra destinada a lograr su independencia, pero pensaba que los franceses debían usar la idea, propuesta por Walewski, para presionar más a los rusos a que aceptaran una reducción de su poder en el mundo[599].

Pero los franceses eran menos entusiastas. Tras haber soportado la mayor parte del combate, su opinión tenía por lo menos tanto peso como la de Palmerston. Sin el apoyo de Francia, el Reino Unido no podía siquiera pensar en continuar la guerra, por no hablar de involucrar nuevos aliados entre las potencias europeas, quienes en su mayoría preferían ser liderados más por los franceses que por los ingleses.

Francia había sufrido más la guerra que el Reino Unido. Aparte de las bajas en el campo de batalla, el ejército francés había sido azotado por diversas enfermedades, especialmente el escorbuto y el tifus, pero también el cólera, durante el otoño y el invierno de 1855. Los problemas eran similares a los sufridos por los británicos el invierno anterior: la situación de los dos ejércitos se había invertido. Mientras que los británicos habían mejorado drásticamente su abastecimiento sanitario y médico durante el año anterior, los franceses habían permitido que bajara su nivel a medida que llegaban más tropas a Crimea, ya que carecían de los recursos necesarios para afrontar una demanda creciente.

En estas circunstancias era impracticable que Napoleón pudiera pensar en continuar la lucha. Podía suspender las operaciones bélicas hasta la primavera siguiente, momento en el que su ejército podría haberse recuperado. Pero los soldados ya estaban peligrosamente desmoralizados, como revelaban las cartas que enviaban a sus familias, y no soportarían otro invierno en Crimea. Por ejemplo, en una carta del 13 de octubre, el capitán Charles Thoumas pensaba que existía el riesgo de que el ejército se rebelara si no se enviaba pronto a casa a los soldados. Frédéric Japy, un teniente de los zuavos, también creía que los soldados se rebelarían contra sus oficiales: no estaban en condiciones de seguir adelante con una guerra que, según se percibía ahora, defendía principalmente los intereses británicos. Henri Loizillon temía que una nueva campaña pudiera embarcar a los franceses en una guerra interminable contra un país que era demasiado

grande como para ser derrotado, una lección que, según creía, debía haber sido aprendida en 1812[600].

La opinión pública francesa no soportaría durante mucho tiempo la campaña bélica. La economía francesa había sido muy afectada por la guerra: el comercio había disminuido, la agricultura padecía escasez de mano de obra como resultado del reclutamiento que ya había llevado a 310 000 franceses a Crimea, y en las ciudades había escasez de alimentos, que empezó a sentirse más intensamente en noviembre de 1855. Según los informes de los prefectos y procuradores locales, existía un verdadero peligro de que se desencadenara agitación entre la población civil en caso de que la guerra se alargara durante todo el invierno. Hasta la prensa de provincias, que había llamado a la guerra en 1854, ahora pedía que se le pusiera fin[601].

Siempre sensible a la presión pública, Napoleón pasó el otoño buscando una manera de terminar la guerra sin disgustar a los ingleses. Estaba dispuesto a capitalizar lo más posible, en el ámbito político, la «gloriosa victoria» simbolizada por la caída de Sebastopol, pero no quería poner en peligro su alianza con el Reino Unido, que era la piedra angular de su política exterior. Napoleón no se oponía en principio a la idea de una guerra más amplia. Simpatizaba con la visión de Palmerston, que proponía usar la guerra contra Rusia para redibujar el mapa de Europa, estimulando las revoluciones nacionales para destruir el sistema de 1815 y dejar a Francia en una posición dominante en el continente, a expensas de Rusia y de la Santa Alianza. Pero no estaba dispuesto a involucrarse en una campaña contra Rusia en el Cáucaso y en Asia Menor, donde, según le parecía, prevalecían los intereses británicos. Tal y como lo veía Napoleón, la única manera de justificar la continuación de una guerra a gran escala contra Rusia era si ésta hacía realidad sus grandiosos sueños sobre el continente europeo. El 22 de noviembre, Napoleón escribió a la reina Victoria sugiriéndole tres alternativas: una guerra

defensiva de desgaste; negociaciones de paz sobre la base de los Cuatro Puntos, o «una apelación a todas las nacionalidades, el restablecimiento de Polonia, la independencia de Finlandia y de Hungría». Según explicaba Napoleón, él personalmente estaba a favor de la paz, pero se ofrecía a debatir su gran propuesta de una guerra europea más amplia si el Reino Unido creía que no era aceptable negociar una paz basada en los Cuatro Puntos. «Podría entender una política –escribió a Victoria– que tuviera cierta grandeza y que pusiera los resultados deseados al mismo nivel de los sacrificios que requeriría».

La propuesta de Napoleón era, casi con total seguridad falsa, un ardid inteligente para obligar a los británicos a unirse a las conversaciones de paz. Sabía que éstos no estaban preparados para una guerra napoleónica de liberación nacional en el continente. Sin embargo, hay pistas de que podría haber estado dispuesto a lanzar la gran guerra que proponía si Palmerston, descubriendo su ardid, hubiera aceptado la opción bélica. En 1858, Napoleón diría a Cowley que Francia había querido la paz y que por eso se había visto obligado a terminar la guerra; pero igualmente, si Palmerston lo hubiera forzado a seguir la campaña bélica, él hubiera estado resuelto «a no sellar la paz hasta que no se hubiera conseguido un mejor equilibrio para Europa»[602].

Fueran cuales fuesen las intenciones del emperador, Walewski, su ministro de Exteriores, quien favorecía claramente la opción de una paz inmediata, evidentemente estaba usando la amenaza de Napoleón de apoyar una guerra revolucionaria para lograr que el Reino Unido, Austria y Rusia se avinieran a las negociaciones de paz sobre la base de los Cuatro Puntos. Napoleón participó en este juego de amenazas. Escribió a Walewski para la atención de Clarendon:

> Quiero la paz. Si Rusia accede a la neutralización del mar Negro, sellaré la paz con los rusos pese a las objeciones de Inglaterra. Pero si, en la primavera, Rusia no responde, apelaré a las nacionalidades, sobre

todo a la nación de los polacos. La guerra no tendrá como principio los derechos de Europa, sino los intereses de los Estados individuales.

Si bien la amenaza de Napoleón de lanzar una guerra revolucionaria era casi con seguridad falsa, su amenaza de sellar una paz separada con Rusia sin duda era auténtica. El que había propugnado el establecimiento de un contacto directo con San Petersburgo era el influyente grupo liderado por el medio hermano del emperador, el duque de Morny, un especulador ferroviario que consideraba Rusia como «una mina que Francia puede explotar». En octubre, Morny había establecido contacto con el príncipe Gorchakov –el embajador ruso en Viena y que pronto se convertiría en ministro de Exteriores–, y le transmitió el ofrecimiento de un pacto francoruso[603].

Alarmados por estas iniciativas francesas, los austríacos intervinieron en el asunto. El conde Buol, su ministro de Exteriores, se conectó con Bourqueney, el embajador francés en Viena, y junto con Morny, quien había averiguado a través de Gorchakov cuáles eran los términos que los rusos estarían dispuestos a aceptar, elaboraron un conjunto de propuestas de paz que serían impuestas a Rusia en calidad de ultimátum por parte de los austríacos, con el apoyo francés y británico, «para asegurar la integridad del Imperio otomano». Los términos franco-austríacos eran esencialmente una reformulación de los Cuatro Puntos, aunque Rusia debía ahora entregar parte de Besarabia para quedar así totalmente separada del Danubio, y la neutralización del mar Negro debía concretarse por medio de un pacto rusoturco en vez de a través de un tratado de paz general. Aunque los rusos ya habían aceptado los Cuatro Puntos como base de las negociaciones, se agregaba ahora un quinto punto que reservaba a los poderes victoriosos el derecho de incluir otras condiciones indefinidas en la conferencia de paz, «a favor del interés de Europa»[604].

Las propuestas de paz planteadas por franceses y austríacos llegaron a Londres el 18 de noviembre. El gobierno británico,

que sólo estaba informado del progreso de las negociaciones francoaustríacas, se ofendió por la manera en que las dos potencias católicas habían llegado a un acuerdo. Palmerston sospechaba que la influencia de Rusia había intervenido a fin de suavizar los términos propuestos, términos que estaba decidido a rechazar. En ellos no se mencionaba el Báltico, ni se exigían garantías que impidieran la agresión rusa en el mar Negro. «Nos atenemos a los grandes Principios de Acuerdo que se requieren para la futura seguridad de Europa –escribió a Clarendon el 1 de diciembre–. Si el gobierno francés cambia de opinión, la responsabilidad será suya, y los pueblos de ambos países serán informados de eso». Clarendon fue más cauto, como siempre. Temía que los franceses pudieran sellar una paz por su cuenta y que, si lo hacían, el Reino Unido no estaría en condiciones de luchar solo. El ministro de Exteriores consiguió que se introdujeran algunas enmiendas menores en los términos –la neutralización del mar Negro sería acordada por medio de un tratado general y el quinto punto contendría «condiciones particulares»–, pero, por lo demás, Clarendon estaba a favor de la aceptación de los términos de los franceses y los austríacos. Con la ayuda de la reina, convenció a Palmerston para seguir adelante con el plan, al menos por el momento, para impedir que se sellara una paz franco-rusa independiente, argumentando que era probable que de todas maneras el zar rechazara las propuestas, lo que permitiría al Reino Unido reanudar las hostilidades y ejercer presión para formular términos más duros[605].

Clarendon estaba prácticamente en lo cierto. Durante todo el otoño, el zar estuvo con ánimo beligerante. Según un alto diplomático ruso, estaba «poco dispuesto a pactar con nuestros adversarios» en un momento en el que ellos estaban a punto de experimentar las dificultades de un segundo invierno en Crimea. El deseo de paz de Napoleón insinuaba al zar que Rusia aún podía tener una posibilidad de conseguir un mejor final de la guerra, si

seguía luchando el tiempo suficiente para provocar el estallido de los problemas internos de Francia. En una reveladora carta dirigida a su comandante en jefe, Gorchakov, Alejandro declaraba que no veía ninguna esperanza de una conclusión temprana de las hostilidades. Rusia seguiría en guerra hasta que Francia se viera obligada a firmar la paz por el inicio de la agitación interna del país, generada por las malas cosechas y el creciente descontento de las clases bajas:

> Las revoluciones anteriores siempre empezaron de esta manera, y bien podría ser que haya una revolución general en ciernes. Ésa es la que considero la conclusión más probable de la guerra actual; ni de Napoleón ni de Inglaterra espero un sincero deseo de paz en términos compatibles con nuestro punto de vista y, mientras esté vivo, yo no aceptaré otros[606].

Nadie era capaz de convencer al zar de que abandonara su postura beligerante. Seebach se presentó con un mensaje personal de Napoleón que lo instaba a aceptar las propuestas o correr el riesgo de perder la mitad de su imperio en caso de que se reanudaran las hostilidades contra Rusia. Llegaron noticias de que Suecia finalmente había accedido a firmar un tratado militar con las potencias occidentales el 21 de noviembre, un acontecimiento ominoso para Rusia en el caso de que los aliados lanzaran una nueva campaña en el Báltico. Hasta Federico Guillermo IV, el rey de Prusia, declaró que podría verse obligado a unirse a las potencias occidentales en contra de Rusia, si Alejandro seguía adelante con una guerra que «amenazaba la estabilidad de todos los gobiernos legítimos» del continente. «Te ruego, mi querido sobrino –escribió a Alejandro–, que vayas tan lejos como puedas en tus concesiones, sopesando con mucho cuidado las consecuencias para los verdaderos intereses de Rusia, para Prusia y para toda Europa en caso de que esta atroz guerra persista. Las pasiones subversivas, una vez desencadenadas, podrían tener efectos revolucionarios que nadie sería capaz de calcular». Sin em-

bargo, pese a todas estas advertencias, Alejandro permaneció inflexible. «Hemos llegado al último límite de lo que es posible y compatible con el honor de Rusia –escribió a Gorchakov el 23 de diciembre–. Nunca aceptaré condiciones humillantes y estoy convencido de que cada verdadero ruso siente lo mismo que yo. Sólo nos queda –santiguándonos– seguir marchando directamente hacia delante y defender, con nuestro esfuerzo conjunto, nuestra tierra natal y nuestro honor nacional[607]».

Dos días más tarde Alejandro recibió el ultimátum austríaco con los términos de los aliados. El zar convocó un consejo formado por los asesores en que su padre más confiaba para considerar la respuesta rusa. En esta reunión, realizada en el palacio de Invierno de San Petersburgo, prevalecieron mentes más maduras y más calmadas que la del zar. El discurso clave fue el de Kiselev, el reformista que era ministro de los Dominios del Estado, quien estaba a cargo de los 20 millones de campesinos que eran propiedad del Estado. Resultaba claro que hablaba en nombre del resto de los consejeros. Rusia carecía de los medios necesarios para continuar la guerra, argumentó Kiselev. Las potencias neutrales se estaban desplazando hacia el lado de la alianza occidental y sería imprudente correr el riesgo de luchar contra toda Europa. Incluso una reanudación de hostilidades contra las potencias occidentales era desaconsejable: Rusia no podía ganar, y el resultado sería que los enemigos podrían plantear condiciones de paz aún más duras. Aunque el pueblo ruso compartía masivamente los sentimientos patrióticos del zar, creía Kiselev, había elementos que podrían empezar a vacilar si la guerra se prolongaba; existía la posibilidad de que se produjeran disturbios revolucionarios. Ya había signos de gran inquietud entre el campesinado, que cargaba con el mayor peso de la guerra. No debían rechazar las propuestas austríacas, arguyó Kiselev, sino que les convenía proponer correcciones destinadas a mantener la integridad territorial de Rusia. El consejo coincidía con las opiniones de Kiselev. Se

envió una respuesta a los austríacos, de aceptación de sus términos de paz, pero de rechazo de la cesión de Besarabia y del agregado del quinto punto.

La contrapropuesta rusa dividió a los aliados. Los austríacos, que estaban interesados en Besarabia, inmediatamente amenazaron con romper relaciones con Rusia, pero los franceses no estaban dispuestos a poner en riesgo las negociaciones de paz «¡por unos pocos trocitos de tierra de Besarabia!», como Napoleón explicó a la reina Victoria en una carta del 14 de enero. La reina era de la opinión de que debían postergar las negociaciones para crear divisiones entre Rusia y los austríacos. Era una opinión sensata. Al igual que su padre, Alejandro temía más que nada la perspectiva de una guerra con Austria, y tal vez sólo esa posibilidad podría convencerlo de aceptar las propuestas austríacas. El 12 de enero Buol informó a los rusos de que Austria rompería relaciones con Rusia seis días después si no aceptaban las condiciones de paz. Federico Guillermo manifestó su apoyo a las propuestas austríacas por medio de un telegrama dirigido a San Petersburgo. Ahora el zar se había quedado solo.

El 15 de enero Alejandro convocó otra reunión de su consejo en el palacio de Invierno. Esta vez fue Nesselrode quien pronunció el discurso clave. Advirtió al zar de que en el año siguiente los aliados habían decidido concentrar sus fuerzas en el Danubio y en Besarabia, cerca de la frontera austríaca. Era probable que Austria se uniera a las hostilidades contra Rusia, y esa decisión afectaría al resto de las potencias neutrales, y de manera más decisiva a Suecia y Prusia. Si Rusia se negaba a hacer la paz ahora, corría el peligro de encontrarse en una guerra contra toda Europa. El viejo príncipe Vorontsov, ex virrey del Cáucaso, respaldó a Nesselrode. Hablando con voz cargada de emoción, instó al zar a aceptar las condiciones austríacas, por dolorosas que pudieran resultar. Nada más podría lograrse con la continuación de la lucha, y la resistencia podía conducir a una paz aún más humillan-

te, tal vez a la pérdida de Crimea, el Cáucaso y hasta Finlandia y Polonia. Kiselev estuvo de acuerdo, agregando que los pueblos de Volinia y Podolia, en Ucrania, tenían tantas probabilidades como los fineses y los polacos de sublevarse contra el dominio ruso, en el caso de que la guerra continuara y las tropas austríacas se acercaran a esos territorios fronterizos occidentales. Comparados con estos peligros, los sacrificios exigidos por el ultimátum eran insignificantes. Uno a uno, los funcionarios del zar lo instaron a aceptar los términos de paz. Sólo el hermano menor de Alejandro, el gran duque Constantino, defendió la posibilidad de seguir luchando, pero no tenía ningún cargo en el gobierno, y por patriótica que pudiera haber sonado a los corazones rusos su apelación al espíritu de resistencia de 1812, carecía de la lógica necesaria para hacerlos cambiar de opinión. El zar ya se había decidido. El día siguiente los austríacos recibieron una nota de Nesselrode donde anunciaba su aceptación de los términos de paz[608].



En Sebastopol, las tropas se habían estado preparando para pasar un segundo invierno en Crimea. En realidad, nadie sabía si tendrían que volver a combatir, pero circulaban toda clase de rumores de que los enviarían al Danubio o al Cáucaso o a cualquier otra región del Imperio ruso para llevar a cabo una campaña de primavera. «¿Qué será de nosotros? –escribió el 15 de diciembre el comandante de batallón Joseph Fervel al mariscal De Castellane–. ¿Dónde estaremos el año próximo? Ésa es la pregunta que todos se plantean, pero que nadie puede responder[609]».

Mientras tanto, las tropas estaban ocupadas con las tareas cotidianas que les imponía la supervivencia en los altos que rodeaban Sebastopol. El abastecimiento mejoró y los soldados recibieron mejores tiendas y chozas de madera. Los bares y las tiendas de

Kamiesh y Kadikoi estaban siempre llenos, y el hotel de Mary Seacole hizo un negocio brillante. Había diversiones variadas para mantener ocupados a los soldados: teatro, apuestas, billares, cacerías y carreras de caballos en la llanura siempre que el clima lo permitía. Barcos llenos de turistas llegaron del Reino Unido para ver los famosos sitios de las batallas y llevarse recuerdos: un mosquete o una espada rusa, o un pedazo de uniforme saqueado de los cadáveres de los rusos que quedaron en las trincheras durante semanas y hasta meses después de la caída de Sebastopol. «Sólo a los ingleses se les podrían ocurrir estas ideas», apuntó un oficial francés, atónito ante la morbosa fascinación de estos turistas de guerra[610].

Hacia fines de enero, cuando llegaron las noticias de la inminente paz, los soldados aliados empezaron a confraternizar cada vez más con los rusos. Prokofii Podpalov, el joven soldado que había participado en la defensa del Redan, se contaba entre los rusos acampados junto al río Chernaya, el lugar donde se había llevado a cabo una sangrienta batalla en agosto. «Cada día nos mostrábamos más amistosos con los soldados franceses acampados al otro lado del río –recuerda–. Nuestros oficiales nos dijeron que debíamos ser corteses con ellos. Usualmente, íbamos río arriba y arrojábamos hacia la otra orilla (el río no era ancho) algunas cosas para ellos: cruces, monedas y cosas por el estilo, y los franceses nos lanzaban cigarrillos, bolsas de cuero, cuchillos, dinero. Así era como hablábamos: los franceses decían: "¡Camaradas *russkii*!" y los rusos contestaban: "¡Hermanos *franchyeses*!"». Finalmente, los franceses se aventuraron a cruzar el río y visitar a los rusos en su campamento. Bebieron y comieron juntos, entonaron sus canciones para los otros y conversaron por señas. Las visitas se hicieron regulares. Un día, al marcharse del campamento ruso, los soldados franceses entregaron a los rusos algunas tarjetas en las que habían escrito sus nombres y regimientos, e invitaron a los rusos a visitarlos en su campamento. No regresa-

ron durante varios días, de manera que Podpalov y algunos de sus camaradas decidieron hacer una visita al campamento francés. Quedaron muy sorprendidos por lo que vieron: «Todo estaba limpio y pulcro, hasta había flores que crecían junto a las tiendas de los oficiales», recordó Podpalov. Los rusos encontraron a sus amigos y fueron invitados a sus tiendas, donde bebieron ron con ellos. Los soldados franceses los acompañaron más tarde hasta el río, los abrazaron muchas veces y los invitaron a regresar. Una semana más tarde Podpalov volvió solo al campamento francés, pero no pudo encontrar a sus amigos. Según le dijeron, se habían marchado a París[611].

Capítulo 12

París y el nuevo orden

Se había programado que el Congreso de Paz debía iniciarse en el Ministerio de Exteriores francés, situado en el Quai d'Orsay, la tarde del 25 de febrero. Al mediodía, una gran multitud de espectadores ansiosos se habían reunido junto al Quai d'Orsay para ver la llegada de los delegados. Desde el Pont de la Concorde hasta la calle d'Iéna, los curiosos tuvieron que ser contenidos por soldados de infantería y por la gendarmería para permitir que los carruajes de los dignatarios extranjeros pudieran pasar para detenerse luego ante los edificios recientemente terminados del Ministerio de Exteriores. Los delegados empezaron a llegar a partir de la una, y cada uno de ellos fue vitoreado con gritos de «*Vive la paix!*» y «*Vive l'Empereur!*», en cuanto descendían y entraban al edificio. Vestidos de chaqué, los delegados se reunieron en la espléndida Sala de los Embajadores, donde se había dispuesto para la conferencia una gran mesa redonda cubierta de terciopelo verde y rodeada por doce sillones. La sala era un escaparate para las artes decorativas del Segundo Imperio. De las paredes pendían telas de satén carmesí. Los únicos cuadros eran retratos de tamaño natural de Napoleón III y la emperatriz Eugénie, cuyas miradas dominantes eran para los delegados un constante recordatorio de la nueva posición de Francia como árbitro de los asuntos internacionales. En una consola, sobre la chimenea, había un busto de mármol de Napoleón I, *persona non grata* en los

círculos diplomáticos durante más de cuarenta años. El congreso de París señaló lo que Napoleón III deseaba creer que era el regreso de la Francia napoleónica al Concierto de Europa[612].

La elección de París como sede de la conferencia era un signo de la nueva posición de Francia como el poder preeminente del continente. La única otra ciudad donde podría haberse celebrado era Viena, donde se había firmado el tratado de 1815, pero la idea había sido rechazada por los británicos, quienes desde el principio de la guerra habían sospechado de los esfuerzos diplomáticos de los austríacos. Ahora que el poder diplomático se había trasladado por un breve período a París, Viena parecía una ciudad del pasado. «Nadie podría negar que Francia ha salido más grande de todo esto –le escribió el conde Walewski a Napoleón, tras enterarse de que el emperador sería el anfitrión de la conferencia de paz–. Francia se habrá beneficiado de esta lucha. Hoy goza del primer lugar en Europa».

La conferencia se realizó sólo tres meses después de la finalización de la Exposición Universal, un rutilante acontecimiento internacional que incluso rivalizaba con la Gran Exposición de Londres de 1851. Cinco millones de visitantes habían circulado por los salones de la exposición en los Campos Elíseos. Estos dos acontecimientos situaron a Napoleón en el centro de Europa. Fue una victoria importante para Napoleón III, cuya decisión de participar en la guerra siempre había sido condicionada por su necesidad de conseguir prestigio en el ámbito nacional e internacional. Desde el principio de las conversaciones de paz el otoño anterior, Napoleón había emergido como el actor más importante, de quien dependían las demás potencias para poder satisfacer el cumplimiento de sus intereses. «Me asombra la deferencia general al emperador Napoleón –escribió la princesa Lieven a la baronesa Meyendorff el 9 de noviembre–. La guerra lo ha colocado en alta posición, a él y a Francia: no ha servido para elevar a Inglaterra[613]».

Las conversaciones habían proseguido durante todo el invierno, y para el momento en que los delegados llegaron a París, casi todos los temas conflictivos ya se habían resuelto. El principal escollo era la dura postura de los británicos, que no tenían ninguna prisa en terminar una guerra en la que no habían logrado ninguna victoria importante que pudiera satisfacer su honor y justificar las pérdidas que habían sufrido durante los dieciocho meses anteriores. La captura de Sebastopol, después de todo, había sido un éxito francés. Urgido por una prensa y un público beligerantes, Palmerston reiteró las condiciones mínimas que había establecido el 9 de octubre, y amenazó con seguir adelante con la guerra, empezando por una campaña de primavera en el Báltico, si los rusos no se avenían a los términos de paz exigidos por el Reino Unido. Presionó a Clarendon, su secretario de Exteriores, a no aceptar en el congreso de París nada inferior al completo sometimiento ruso a sus condiciones.

Pese a sus afirmaciones, las demandas de Palmerston no eran definitivas, sino que estaban en permanente estado de cambio. En noviembre, ya había descartado la idea de conseguir la independencia de Circasia: no se había encontrado ningún representante de ese confuso territorio que pudiera firmar un tratado en nombre de la región. Sin embargo, siguió insistiendo en que Rusia debía ser despojada del Cáucaso y de Asia Central, y siguió repitiendo inflexiblemente que la firmeza británica era capaz de hacer cumplir esa condición. Rusia estaba negociando desde una posición débil, escribió a Clarendon el 25 de febrero, y estaba mostrando mucho «descaro» al resistirse a la última versión de las condiciones británicas: la completa remoción de barcos y arsenales rusos del mar Negro y la evacuación «de todas las zonas de territorio turco [incluyendo Kars] actualmente ocupadas por tropas rusas». Estas condiciones, sostenía Palmerston, no eran «deshonrosas para Rusia [...] sino que tan sólo se las consideraba garantías manifiestas y evidentes de la sinceridad de su renuncia a

las intenciones agresivas». Al advertir a Clarendon respecto del conde Orlov, el líder de la delegación rusa en la conferencia de París, Palmerston revelaba sus actitudes rusófobas:

> En cuanto a Orloff, lo conozco bien: aparentemente es amable y cortés, pero en su interior está profundamente empapado de la insolencia, la arrogancia y el orgullo típicamente rusos. Hará todo lo posible por intimidar sin que se note. Defenderá cada punto que crea tener una oportunidad de ganar, y tiene toda la astucia de un salvaje semicivilizado[614].

Los franceses y los italianos estaban disgustados por la conducta de Palmerston (Víctor Manuel, el rey piamontés, lo describió como un «animal rabioso»). Ansiosos por lograr la paz, los franceses no compartían la inclinación británica a castigar a Rusia. Necesitaban un acercamiento con los rusos para concretar los planes de Napoleón en Italia. Solidario con la causa de la unificación italiana, el emperador francés calculaba que podía recuperar Saboya y Niza –capturadas por los franceses en 1792, pero devueltas al Piamonte en 1815 por el Congreso de Viena– si ayudaba a los piamonteses a conquistar Lombardía-Venecia –que estaban en poder de los austríacos– y expulsar a los Habsburgo del resto de Italia. Como necesitaban el apoyo, o la neutralidad militar, de los rusos para derrotar a los austríacos, los franceses eran reticentes a avenirse a las iniciativas punitivas que Palmerston había propuesto contra Rusia. El principal punto de desacuerdo con los británicos se refería a la frontera de Besarabia, un territorio que Rusia debería devolver a la Moldavia otomana. Palmerston, apoyado por Austria, era partidario de la línea dura, argumentando que Rusia no podía tener ningún medio de acceso al Danubio, que era el punto clave de la preocupación de los austríacos. Los rusos querían usar Kars como contrapeso de Besarabia, y los franceses los apoyaban. Sin embargo, bajo la presión de los británicos y los austríacos, Napoleón convenció a Orlov de que aceptara hacer una concesión en París. En total, los rusos

perdían alrededor de un tercio de los territorios de Besarabia que habían arrebatado a los turcos en 1812, incluyendo el delta del Danubio, pero conservaron las comunidades búlgaras de Besarabia y la cadena montañosa, de gran importancia estratégica, que se extendía hacia el sudeste desde Chotin. Los británicos reivindicaron una victoria; Austria celebró la liberación del Danubio, y los rusos consideraron la pérdida de Besarabia una humillación nacional. Era el primer territorio que los rusos habían cedido a los turcos desde el siglo XVII[615].

Sobre todos los otros puntos de importancia las potencias prácticamente se pusieron de acuerdo antes del encuentro en el congreso de París, guiadas por los Cuatro Puntos acordados por los aliados en 1854. Los británicos habían intentado añadir un quinto punto que despojaba a Rusia de todas sus tierras del sur del Cáucaso (Circasia, Georgia, Ereván y Najicheván), pero los rusos insistieron en que poseían esos territorios debido al Tratado de Adrianópolis, y los turcos respaldaron sus reivindicaciones. Sin embargo, los rusos se vieron obligados a entregar Kars. También fueron estériles sus intentos de evitar el efecto pleno del Punto Tercero –la desmilitarización del mar Negro– por medio de negociar una exclusión de Nikolaev (situado a 20 kilómetros tierra adentro de la línea costera, sobre el río Bug) y del mar de Azov.

En lo referido al tema de los dos principados del Danubio (el tema principal del Primer Punto), se produjo un animado intercambio de ideas. Los británicos se pronunciaron intensamente a favor de restaurar el control otomano. Los franceses apoyaron a los liberales y nacionalistas rumanos que querían unir ambos principados para fundar un Estado independiente. Los austríacos se oponían de plano al establecimiento de un Estado nación en su frontera sudeste, ya que tenían en sus territorios significativas minorías eslavas con aspiraciones nacionales propias. Los austríacos sospechaban, y con fundamento, que los franceses respalda-

ban a los rumanos como medio de presionar a los austríacos a abandonar sus intereses en el norte de Italia. Las tres potencias acordaron unánimemente acabar con el protectorado de Rusia sobre los principados del Danubio y garantizar la libre navegación comercial del Danubio (el Punto Segundo). Pero no pudieron acordar con qué reemplazarlo, salvo la garantía colectiva de las grandes potencias bajo la soberanía nominal del Imperio otomano, con vagos planes de elecciones en algún momento futuro, para esclarecer la opinión de las poblaciones de Moldavia y Valaquia.

En cuanto al tema de proteger a los súbditos cristianos del Imperio otomano (el Punto Cuarto), los representantes de las potencias aliadas se reunieron con el gran visir Alí Pachá y con el reformista del Tanzimat Fuad Pachá (los delegados enviados por el sultán a la conferencia de París) a principios de enero en Constantinopla, para hacerles entender claramente la necesidad de que la Puerta demostrara que estaba seriamente dispuesta a conceder plena igualdad civil y religiosa a los súbditos no musulmanes del imperio (incluyendo a los judíos). El 9 de enero, en el informe sobre la conferencia enviada a Clarendon, Stratford Canning se mostró escéptico respecto de las expresiones de compromiso con la reforma manifestadas por los ministros turcos. Pensaba que se sentían resentidos por la imposición extranjera de la reforma, a la que consideraban una agresión contra la soberanía otomana, y concluía que resultaría difícil conseguir que se aplicara adecuadamente cualquier medida de protección de los cristianos. Los turcos siempre habían tenido la convicción de que los cristianos eran inferiores, y ninguna ley emitida por el sultán podría superar ese prejuicio en el breve período calculado por Occidente. «Podemos esperar dilaciones, justificadas en el respeto debido a las antipatías religiosas, los prejuicios populares y la falta de hábitos de asociación entre musulmanes y no musulmanes», escribió el veterano diplomático, quien además advirtió de

que la imposición de las reformas podría ocasionar una revuelta de los musulmanes contra la política occidentalizada del sultán. En respuesta a un proyecto de programa de 21 puntos presentado por los representantes de los aliados, el sultán emitió el decreto Hatt-i Hümayun el 18 de febrero. El decreto prometía a sus súbditos no musulmanes plena igualdad religiosa y legal, derechos de propiedad y libre entrada, por mérito, al ejército otomano y al servicio civil. Los turcos esperaban que la reforma impidiera cualquier otra intervención europea en los asuntos otomanos. Querían que el Hatt-i Hümayun quedara excluido de las conversaciones del congreso de París, alegando como justificación la soberanía otomana. Pero los rusos –a los que el Punto Cuarto mencionaba como una de las cinco grandes potencias que garantizarían la seguridad de los súbditos cristianos del sultán– insistieron en que sí se tratara el tema en París. Finalmente quedaron satisfechos con una solución de compromiso –una declaración internacional en la que participaba la Puerta acerca de la importancia de los derechos de los cristianos en el Imperio otomano–, y en su propaganda interna los rusos incluso usaron ese arreglo como un símbolo de su «victoria moral» en la guerra de Crimea. En cierto sentido tenían razón, en la medida que la conferencia de París restableció el *statu quo* en la iglesia de la Natividad de Belén y en el Santo Sepulcro de Jerusalén, tal como lo había exigido Rusia en nombre de los griegos y en contra de los alegatos de los latinos, un punto en el que el zar había insistido muchas veces. En un manifiesto publicado el día que fue firmada la paz, Alejandro dio las gracias a la Providencia por haber hecho cumplir «el propósito original y más importante de la guerra […] ¡Rusos! ¡Vuestros esfuerzos y sacrificios no han sido en vano!»[616].

Finalmente, estaba el tema no mencionado de Polonia. La idea de devolver a los polacos la independencia de Rusia había sido propuesta por primera vez entre los diplomáticos aliados, duran-

te la guerra, por Walewski, el hijo de Napoleón I y de la condesa polaca Marie Walewska. Tras la caída de Sebastopol, el emperador francés quería hacer algo por Polonia: un reino polaco independiente encajaba con el ideal napoleónico de una nueva Europa basada en Estados nación, que sirviera para desarticular el acuerdo de 1815. Al principio, Napoleón III respaldó el programa de Czartoryski destinado a restablecer la Polonia del Congreso, el reino autónomo establecido por el Tratado de Viena, cuyas libertades habían sido socavadas por los rusos. Más tarde, cuando las conversaciones previas al congreso ya estaban en marcha y se hizo evidente que ninguna de las otras potencias se manifestaría a favor de los polacos, Napoleón dio su apoyo a la recortada lista de condiciones elaborada por Czartoryski que establecía los derechos de la lengua polaca y detallaba la defensa de Polonia contra la rusificación. Pero Orlov no quiso saber nada de eso, alegando que los derechos de Rusia sobre Polonia no se basaban en el tratado de 1815, sino en la conquista rusa de Polonia durante la supresión de la insurrección polaca de 1830-1831. A fin de mejorar sus relaciones con Rusia, cuyo apoyo necesitaría en contra de los austríacos en Italia, Napoleón decidió abandonar su defensa de los polacos. Hasta Palmerston, quien rara vez perdía una oportunidad de enfrentarse a Rusia, aconsejó a Clarendon no plantear el tema de los polacos. «No sería oportuno –le explicó–, exigir a Rusia que restableciera el reino de Polonia».

Los beneficios de los polacos serían muy dudosos; si se los pudiera independizar de Rusia, eso sin duda sería muy ventajoso para los polacos y para Europa, pero la diferencia, tanto para los polacos como para Europa, entre el estado actual del reino de Polonia y el que fue establecido por el Tratado de Viena no merecería todas las dificultades a las que tendríamos que enfrentarnos para poner en vigencia ese cambio. El gobierno ruso diría, como ha dicho en años anteriores, que Polonia se había rebelado y fue conquistada, y que por consiguiente está en manos rusas

por el derecho de conquista, y no por el Tratado de Viena, y que por lo tanto Rusia está liberada de toda obligación establecida por ese tratado. Más aún, los rusos dirían que plantear esa exigencia es interferir en los asuntos internos de Rusia.

> «¡Pobre Polonia! –comentó Stratford Canning a lord Harrowby, uno de los partidarios de Czartoryski–. Su resurgimiento es un verdadero holandés errante. Nunca es… siempre a punto de ser[617]».

Así, con todos los temas importantes resueltos anticipadamente, el congreso de París se desarrolló sin complicaciones, sin ninguna discusión de importancia. Se llegó a un acuerdo en tan sólo tres sesiones. Hubo mucho tiempo libre para una gran variedad de actividades sociales –banquetes, cenas, conciertos, bailes y recepciones, y una celebración especial para conmemorar el nacimiento del príncipe imperial, Luis Napoleón, el único hijo de Napoleón III y la emperatriz Eugenia–, antes de que los diplomáticos finalmente se reunieran para firmar el tratado de paz, a la una de la tarde del domingo 30 de marzo.

En todo París se hicieron anuncios de paz. Los telégrafos funcionaron sin cesar para difundir la noticia a todo el mundo. A las dos de la tarde, el final de la guerra fue señalado por una tonante salva de los cañones de Les Invalides. Las calles se llenaron de muchedumbre vitoreante, los cafés y restaurantes trabajaron sin cesar, y al anochecer el cielo de París se iluminó con los fuegos de artificio. Al día siguiente hubo un desfile en el Campo de Marte. Las tropas francesas desfilaron ante el emperador y el príncipe Napoleón, los comandantes franceses y los dignatarios extranjeros, ante los ojos de miles de parisinos. «La multitud estaba invadida por un eléctrico temblor de entusiasmo –afirmaba la historia oficial del congreso, publicada el año siguiente–, y la gente prorrumpió en una ensordecedora aclamación de emocionado orgullo nacional que llenó el Campo de Marte con más po-

tencia que mil cañones[618]». Ésa era la gloria y la aclamación popular que Napoleón había deseado cuando fue a la guerra.



La noticia de la paz llegó a Crimea el día siguiente (el tiempo que el telegrama tardó en llegar desde París a Varna, desde donde fue transmitido por el cable submarino a Balaclava). El 2 de abril los cañones aliados apostados en Crimea rugieron por última vez, en una salva que celebraba el final de la guerra.

A los aliados se les concedieron seis meses para evacuar sus fuerzas armadas. Los británicos usaron el puerto de Sebastopol, donde supervisaron la destrucción de los magníficos muelles mediante una serie de explosiones, mientras los franceses destruían el fuerte Nicolás. Había una enorme cantidad de material de guerra que debía inventariarse, para cargarlo en los barcos y trasladarlo a Europa: cañones y armas capturadas, municiones, chatarra y suministros de alimentos, y también grandes cantidades del botín saqueado a los rusos. Asignar todo eso a los distintos departamentos de los ministerios de Guerra fue una complicada operación logística, y muchas cosas se abandonaron, fueron vendidas a los rusos o, como en el caso de las cabañas y barracones de madera de los ingleses, fueron ofrecidas a los rusos en calidad de donación con la condición de que fueran usadas «para los habitantes de Crimea que se habían quedado sin techo a causa de la guerra» (los rusos aceptaron la oferta inglesa pero destinaron las cabañas y los barracones al ejército). «Es un enorme esfuerzo trasladar, en apenas unos meses, todo lo que fue traído a Crimea durante un período de dos años –escribió a su familia el capitán Herbé el 28 de abril–. Un gran número de caballos y mulas tendrá que ser abandonado o vendido muy barato a la población de Crimea, y doy por descontado que jamás volveré a ver a mis animales». Los animales no fueron los únicos medios de transporte vendidos privadamente. El ferrocarril de Balaclava fue adquirido

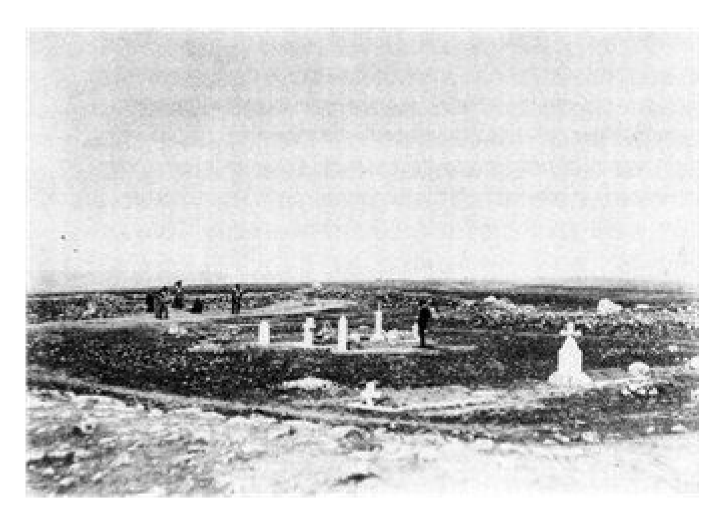
por una empresa establecida por sir Culling Eardly y Moses Montefiore, quienes querían usar el equipamiento para construir un nuevo ferrocarril entre Jaffa y Jerusalén, un medio de comunicación «que civilizaría y desarrollaría los recursos de un distrito hasta ahora salvaje y caótico», según Palmerston, que autorizó la venta. El ferrocarril prestaría servicio para absorber el creciente tráfico de peregrinos religiosos que se dirigían a Tierra Santa. El ferrocarril de Jaffa nunca fue construido, y finalmente la línea de Balaclava acabó por ser vendida a los turcos como chatarra[619].

Teniendo en cuenta el tiempo empleado en trasladar todos estos suministros a Crimea, la evacuación se realizó con mucha rapidez. El 12 de julio, Codrington estaba en condiciones de entregar Balaclava a los rusos antes de partir con la últimas tropas británicas en el barco de Su Majestad *Algiers*. Severo partidario de la etiqueta militar, el comandante en jefe se ofendió por el bajo rango y la apariencia de la delegación rusa enviada a reunirse con él para recibir de sus manos el control de Balaclava:

> Había alrededor de 30 cosacos del Don a caballo, y alrededor de 50 soldados de infantería. ¡Pero qué banda! Jamás hubiera imaginado que los rusos pudieran enviar un contingente tan sucio de sus tropas. Nunca se habían visto semejantes figuras enfundadas en abrigos grises, y además tan mal armadas y de aspecto tan vergonzoso… Todos quedamos sorprendidos y un poco divertidos. Supongo que pretendieron insultarnos enviando a semejantes ejemplares: si es así, la situación debe de haberse invertido cuando escucharon nuestros comentarios. Los Guardias embarcaron, los rusos apostaron sus centinelas, y se completó la evacuación[620].

En Crimea quedaron los restos de muchos miles de soldados. Durante las últimas semanas anteriores a su partida, las tropas aliadas trabajaron duramente construyendo cementerios y monumentos conmemorativos de esos camaradas que dejarían allí. En uno de sus últimos informes desde Crimea, William Russell describió los cementerios militares:

El territorio jersonés está cubierto de tumbas aisladas, con grandes campos de sepulturas, y cementerios independientes desde Balaclava hasta el borde de la ruta a Sebastopol. En barrancas y planicies, colinas y hondonadas, los lados del camino y los valles solitarios, millas y millas a la redonda, desde el mar hasta el Chernaya, estaban presentes esas descarnadas lápidas blancas, aisladas o en grupo, que se erguían en el suelo árido, o que se asomaban por encima de la maleza que crecía sobre ellas. Los franceses se han tomado poco trabajo con sus cementerios. Un cementerio grande fue hecho con gran cuidado y buen gusto cerca del viejo campamento de Inkerman, pero en general nuestros aliados no han cercado sus campos de sepultura. […] El camposanto donde sepultaron a los suboficiales y los soldados de la Brigada de Guardias está rodeado por un muro sólido. Se entra a través de una hermosa puerta doble, ingeniosamente construida con madera, y flejes de hierro rectos, y pintada, con bisagras montadas sobre dos enormes pilares de piedra y remates ornamentales, cada uno de ellos sosteniendo una bala de cañón. Hay seis filas de tumbas, y en cada una treinta o más sepulturas. Sobre cada tumba hay una lápida o un montículo, circundado por filas de piedras blancas, con las iniciales o a veces con el nombre del yacente, escrito en el montículo con guijarros. Frente a la entrada, y cerca de ella, se yergue una gran cruz de piedra… Hay pocas piedras monumentales en este cementerio; una de ellas es una gran cruz de piedra, con la inscripción: «Consagrada a la memoria del teniente A. Hill, del 22.º Regimiento, que murió el 22 de junio de 1855. Este monumento fue erigido por sus amigos en Crimea». Otra es la que dice: «En memoria del sargento mayor Rennie, del 93.º Regimiento de Highlanders. Erigida por un amigo…». Otra está dedicada «al intendente J. McDonald, del 72.º Regimiento, que murió el 16 de septiembre de una herida recibida en las trincheras frente a Sebastopol el 8 de septiembre, a los treinta y cinco años»[621].



El cementerio británico de la colina de Cathcart, 1855

Después de que se marcharon los ejércitos aliados, los rusos, que se habían retirado a Perekop durante la evacuación, regresaron nuevamente a las ciudades y planicies del sur de Crimea. Los campos de la guerra de Crimea volvieron a ser tierras de cultivo y de pastoreo. El ganado deambulaba por los cementerios de las tropas aliadas. Gradualmente, Crimea se recuperó del daño económico producido por la contienda. Se reconstruyó Sebastopol. Se repararon puentes y caminos. Pero en otros aspectos, la península cambió de manera permanente.

Lo más drástico fue que la población tártara había desaparecido casi por completo. Pequeños grupos habían empezado a abandonar sus granjas al principio del conflicto, pero luego se marcharon en números mayores hacia el final de la guerra, a medida que aumentaba su temor a las represalias de los rusos tras la partida de las tropas aliadas. Ya se habían producido represalias por las atrocidades de Kerch, con arrestos masivos, confiscación de propiedades y ejecuciones sumarias de tártaros «sospechosos» por parte de los militares rusos. Los habitantes del valle de Baidar pidieron a Codrington que los ayudara a marcharse de Crimea, porque tenían miedo de lo que podría ocurrirles si sus aldeas caían en manos de los rusos, «ya que nuestras experiencias

pasadas con ellos nos dan pocas expectativas de recibir un buen trato». Escrita y luego traducida al inglés por un amanuense tártaro local, la súplica continuaba:

> A cambio de la amabilidad que nos han demostrado los ingleses, recordaremos tanto como a Dios a Su Majestad la reina Victoria y al general Codrington, por quienes rezaremos las cinco veces al día que la religión mahometana nos ordena pronunciar nuestras plegarias, y nuestras súplicas por su protección y la protección de toda la nación inglesa serán transmitidas a los hijos de nuestros hijos.
>
> Firmado con los nombres de los sacerdotes, los nobles y los habitantes de las doce aldeas siguientes: Baidar, Sagtik, Skelia, Savarka, Baga, Urkusta, Uzunyu, Buyuk Luskomiya, Kiatu, Kutchuk Luskomiga, Varnutka[622].

Codrington no hizo nada por ayudar a los tártaros, aun cuando les habían proporcionado a los aliados alimentos, espías y servicios de transporte durante toda la guerra de Crimea. La idea de proteger a los tártaros de las represalias rusas nunca se les pasó por la cabeza a los diplomáticos aliados, que podrían haber incluido en el tratado de paz una cláusula más contundente sobre el trato que debía dárseles. El artículo V del Tratado de París obligaba a todas las naciones involucradas en la guerra a «conceder pleno perdón a aquellos de sus súbditos que parecían culpables de haber participado activamente en las operaciones militares del enemigo». Una cláusula que se incluía para proteger no sólo a los tártaros de Crimea, sino a los búlgaros y los griegos del Imperio otomano, que habían apoyado a los rusos durante las campañas del Danubio. Pero el conde Stroganov, el gobernador general de Nueva Rusia, encontró la manera de tergiversar esta cláusula alegando que los tártaros habían perdido los derechos especificados por el tratado, en caso de que hubieran violado la ley rusa marchándose de sus lugares de residencia sin la anuencia previa de las autoridades militares, tal como decenas de miles de ellos se habían visto obligados a hacer durante la guerra de Crimea. En otras palabras, cualquier tártaro que hubiera abandona-

do su hogar sin un sello en su pasaporte era considerado un traidor por el gobierno ruso y estaba sujeto a un exilio penal en Siberia[623].

Cuando los ejércitos aliados iniciaron su evacuación de Crimea, también se marcharon los primeros grandes grupos de tártaros. El 22 de abril, 4500 tártaros zarparon de Balaclava hacia Constantinopla con la convicción de que el gobierno turco los había invitado a reasentarse dentro del Imperio otomano. Alarmados por el éxodo masivo, que era una amenaza para la economía agrícola de Crimea, los funcionarios locales rusos pidieron consejo a San Petersburgo, para saber si debían impedir la partida de los tártaros. Tras haber sido informado de que los tártaros habían colaborado de manera masiva con el enemigo, el zar respondió que no debía hacerse nada por impedir su éxodo, agregando que, de hecho «sería ventajoso limpiar la península de esta población nociva» (un concepto revivido por Stalin durante la Segunda Guerra Mundial). Al comunicar la declaración de Alejandro a sus subalternos, Stroganov la interpretó como una orden directa para la expulsión de la población musulmana de Crimea, alegando que el zar había dicho que era «necesario» (y no tan sólo «ventajoso») que los tártaros se marcharan. Se hicieron distintos tipos de presión para alentar su partida: circularon rumores de que se planeaba una deportación masiva hacia el norte, de ataques cosacos contra las aldeas tártaras, de campañas destinadas a obligar a los tártaros a aprender ruso en las escuelas de Crimea, o de que se los forzaría a convertirse al cristianismo. Se aumentaron los impuestos sobre las granjas tártaras, y se les privó el acceso al agua a las aldeas tártaras, lo que obligó a sus habitantes a vender su tierra a los terratenientes rusos.

Entre 1856 y 1863, alrededor de 150 000 tártaros de Crimea y quizás alrededor de 50 000 tártaros de Nogái (aproximadamente dos tercios de la población tártara de Crimea y del sur de Rusia) emigraron al Imperio otomano. Resulta difícil calcular la

cifra exacta, y algunos historiadores han proporcionado cifras mucho más altas. Preocupadas por la creciente escasez de mano de obra en la región, en 1867 las autoridades rusas trataron de calcular, a partir de las estadísticas, el número de tártaros que habían abandonado la península desde la finalización de la guerra. Se informó de que 104 211 hombres y 88 149 mujeres se habían marchado de Crimea. Había 784 aldeas desiertas y 457 mezquitas abandonadas[624].

Junto con la expulsión de la población tártara, después de 1856 las autoridades rusas ejercieron una política destinada a cristianizar la península de Crimea. Más que nunca, como consecuencia directa de la guerra de Crimea, consideraban la península como una frontera religiosa entre Rusia y el mundo musulmán, un territorio sobre el que debían consolidar su poder. Antes de la guerra, el príncipe Vorontsov, el gobernador general relativamente liberal, se había opuesto a la propagación de las instituciones cristianas en Crimea, con el argumento de que «alentarían a los [tártaros] nativos a concebir ideas infundadas sobre la intención de desviarlos del islam y convertirlos a la ortodoxia». Pero Vorontsov se retiró de su cargo en 1855, para ser reemplazado por el agresivo nacionalista ruso Stroganov, que apoyaba activamente los objetivos de cristianización de Innokenti, el arzobispo de la diócesis de Jersón-Táuride, a la que correspondía Crimea. Hacia el final de la guerra de Crimea, los sermones de Innokenti habían circulado ampliamente bajo la forma de folletos e impresiones ilustradas (*lubki*). Innokenti pintaba el conflicto como una «guerra santa» por Crimea, el centro de la identidad ortodoxa de la nación, el sitio en el que la cristiandad había llegado a Rusia. Subrayando la antigua herencia de la Iglesia griega en la península, describía Crimea como un «Athos ruso», un lugar sagrado del «santo Imperio ruso», relacionado por la religión con el centro monástico de la ortodoxia del monte Athos, situado en el noreste de Grecia. Con el respaldo de Stroganov, des-

pués de la guerra de Crimea Innokenti supervisó la creación de un obispado separado de Crimea, así como el establecimiento de varios nuevos monasterios en la península[625].

Para alentar la colonización cristiana de Crimea, en 1862 el gobierno zarista aprobó una ley que otorgaba derechos y subsidios especiales a los colonos procedentes de Rusia y del extranjero. La tierra abandonada por los tártaros fue puesta a la venta para los extranjeros. La afluencia de nuevas poblaciones cristianas durante las décadas de 1860 y 1870 transformó el perfil étnico de Crimea. Las abandonadas aldeas tártaras se poblaron de rusos, armenios, búlgaros, y hasta de alemanes y estonios, todos ellos atraídos por las promesas de tierras baratas y fértiles o por los derechos especiales de ingreso en los gremios y corporaciones urbanos, algo que habitualmente estaba vetado a los recién llegados. Los armenios y los griegos convirtieron Sebastopol y Eupatoria en importantes centros comerciales, mientras que ciudades tártaras más antiguas como Kefe (Teodosia), Gözleve y Bajchisarái entraron en decadencia. Muchos inmigrantes rurales eran búlgaros o refugiados cristianos provenientes de Besarabia, un territorio cedido por los rusos a los turcos después de la guerra de Crimea. Fueron establecidos por el gobierno en 330 aldeas antes ocupadas por los tártaros, y se los ayudó financieramente para que transformaran las mezquitas en iglesias. Mientras tanto, muchos tártaros que habían huido de Crimea fueron reasentados en las tierras abandonadas por los cristianos en Besarabia[626].

A lo largo de las riberas del mar Negro, la guerra de Crimea tuvo como consecuencia el desarraigo y la transmigración de grupos étnicos y religiosos. Traspusieron en ambos sentidos la frontera religiosa que separaba Rusia del mundo musulmán. Después de la guerra de Crimea, decenas de miles de griegos emigraron de Moldavia y Besarabia al sur de Rusia. En sentido opuesto, de Rusia a Turquía, se desplazaron decenas de miles de refugiados polacos y de soldados que habían luchado en la Le-

gión Polaca (los llamados «cosacos otomanos») contra Rusia en Crimea y en el Cáucaso. La Puerta los estableció en tierras turcas de la región de Dobrudja –en el delta del Danubio–, en Anatolia y en otras zonas, mientras que otros terminaron en Adampol (Polonezkoi), la colonia polaca establecida en 1842 por Adam Czartoryski, el líder de la emigración polaca, en los suburbios de Constantinopla.

Del otro lado del mar Negro, decenas de miles de armenios cristianos dejaron sus hogares de Anatolia y emigraron a la Transcaucasia controlada por los rusos tras la finalización de la guerra de Crimea. Temían que los turcos los vieran como aliados de los rusos y tomaran represalias contra ellos. La comisión europea designada por el Tratado de París para determinar la frontera ruso-otomana encontró las poblaciones armenias «semihabitadas» y las iglesias en un estado de «avanzada decadencia»[627].

Mientras tanto, cantidades aún mayores de circasianos, abjasios, y otras tribus musulmanas fueron forzadas a abandonar sus tierras natales por los rusos, quienes tras la guerra de Crimea intensificaron su campaña militar contra Shamil y se dedicaron a una política concertada destinada a lo que hoy se definiría como «limpieza étnica» para cristianizar el Cáucaso. La campaña estaba impulsada por las demandas estratégicas creadas por el acuerdo de París con respecto al mar Negro, donde la Royal Navy británica podía operar libremente y los rusos no tenían medios de defenderse en sus vulnerables áreas costeras en las que la población musulmana era hostil a Rusia. Los rusos se centraron primero en las fértiles tierras de Circasia, en el Cáucaso occidental, por ser territorios próximos a la costa del mar Negro. Las tropas rusas atacaron las aldeas musulmanas, masacraron a hombres y mujeres, y destruyeron granjas y viviendas para obligar a los aldeanos a que se marcharan o murieran de inanición. A los circasianos se les ofreció la opción de trasladarse al norte, a las planicies de Kubán –suficientemente lejos de las zonas costeras como para que

no fueran una amenaza en caso de invasión–, o de emigrar al Imperio otomano. Decenas de miles se reasentaron en el norte, pero un número igualmente grande de circasianos fueron arreados por los rusos a los puertos del mar Negro, donde, tras semanas de esperar en los muelles en condiciones espantosas, fueron cargados en barcos turcos y trasladados a Trebisonda, Samsun y Sinope, en Anatolia. Las autoridades otomanas no estaban preparadas para la masiva afluencia de refugiados, y varios miles de inmigrantes murieron a causa de enfermedades a los pocos meses de su llegada a Turquía. En 1864, toda la población musulmana de Circasia había sido totalmente expulsada. El cónsul británico C. H. Dickson afirmaba que era posible caminar un día entero por los territorios que antes habían sido circasianos sin cruzarse con una sola persona[628].

Después de los circasianos, les tocó el turno a los abjasios musulmanes, en esa época asentados en la región de Sujumi-Kale, donde los rusos iniciaron la campaña destinada a expulsarlos de sus tierras en 1866. Las tácticas fueron esencialmente las mismas que las empleadas en el caso de los circasianos, salvo que esta vez los rusos adoptaron la política de conservar a los trabajadores más robustos y sanos por temor a un derrumbe de la economía, y en cambio expulsaron a sus mujeres e hijos, y a los ancianos. El cónsul británico y arabista William Gifford Palgrave, quien hizo un viaje a Abjasia para reunir información sobre la limpieza étnica, estimó que tres cuartas partes de la población musulmana había sido forzada a emigrar. En general, contando tanto a circasianos como a abjasios, alrededor de 1 200 000 musulmanes fueron expulsados del Cáucaso en la década siguiente a la guerra de Crimea, casi todos ellos para reubicarse en el Imperio otomano, y a finales del siglo XIX los musulmanes de estas dos regiones eran superados en número por los nuevos colonos cristianos en una proporción de más de diez a uno[629].

* * *

En febrero de 1856, como signo de su intención de conceder tolerancia religiosa, el sultán accedió a asistir a dos bailes extranjeros en la capital turca, uno en la embajada británica, el otro en la embajada francesa. Era la primera vez en la historia del Imperio otomano que un sultán aceptaba invitaciones a un acto de esparcimiento cristiano en la casa de un embajador extranjero.

Abdülmecid llegó a la embajada británica luciendo la orden de la Jarretera que le habían concedido unas semanas antes como insignia de la victoria aliada. Stratford Canning, el embajador, recibió al sultán en la entrada de carruajes. Cuando el sultán se apeó de su vehículo, se transmitió una señal telegráfica a la flota británica, fondeada en el Bósforo, que lanzó varias salvas de cañonazos como saludo. Era un baile de disfraces, y en la concurrencia se contaban príncipes, piratas, mosqueteros, falsos circasianos y pastoras. Lady Hornby escribió sus impresiones al día siguiente:

> Me llevaría un día entero enumerar la mitad de los disfraces. Pero todos los que habían ido a los *bals costumés* de la reina coincidieron en que no se aproximaban a éste en magnificencia, porque además de la reunión de oficiales franceses, sardos y británicos, la gente del país apareció ataviada con sus propios espléndidos disfraces, y los grupos eran de una belleza que desafía toda descripción. El patriarca griego, el arzobispo armenio, el rabino mayor judío estaban allí con sus atavíos de gala. Nobles persas, albaneses, kurdos, serbios, armenios, griegos, turcos, austríacos, sardos, italianos y españoles también estaban allí con sus diferentes atuendos, y muchos lucían brazos enjoyados. Abdülmecid entró en el salón de baile silenciosamente con lord y lady Stratford, sus hijas y un glorioso grupo de pachás cerrando la comitiva. Se detuvo con evidente deleite y placer ante la bella escena que se desplegaba ante sus ojos, haciendo inclinaciones hacia ambos lados y sonriendo mientras avanzaba […]. Los pachás beben grandes cantidades de champán, fingiendo no conocer su género exacto, y astutamente lo llaman «*eau gazeuse*».

En el baile de la embajada francesa el sultán apareció luciendo la medalla de la Légion d'Honneur que le había obsequiado Thouvenel, el embajador francés. Recibido con un saludo militar, conversó con dignatarios extranjeros y circuló entre los bailarines, que improvisaron al son de las marchas turcas interpretadas por la banda del ejército[630].

Una de las cosas de estos acontecimientos que más complacieron al sultán fue la apariencia de las mujeres europeas, cuyos vestidos, según él mismo declaró, prefería con mucho a los de las mujeres musulmanas. «Si la relación social con estas mujeres es semejante a su apariencia exterior —dijo a su médico austríaco—, entonces sin duda que envidio a los europeos». Alentadas por el sultán, las mujeres de palacio y las esposas de los altos funcionarios empezaron a adoptar más elementos de la vestimenta occidental: corsés, capas de seda y velos transparentes. Aparecían más a menudo en sociedad y se relacionaban socialmente con hombres con mayor frecuencia.

La cultura doméstica también se occidentalizó, con la aparición de las costumbres europeas en la mesa, cubiertos y vajilla, muebles y estilos decorativos en las casas de las élites otomanas de Constantinopla[631].

En casi todas las esferas de la vida, la guerra de Crimea marcó un hito en la apertura y la occidentalización de la sociedad turca. La afluencia masiva de refugiados del Imperio ruso fue tan sólo uno de los muchos aspectos en los que el Imperio otomano resultó mucho más expuesto a la influencia externa. La guerra de Crimea trajo consigo nuevas ideas y tecnologías al mundo otomano, aceleró la integración de Turquía a la economía global y produjo un gran aumento de los contactos entre turcos y extranjeros. Llegaron más extranjeros a Constantinopla durante y después de la guerra de Crimea que en cualquier otro momento de su historia anterior; los numerosos diplomáticos, financieros, asesores militares y soldados, ingenieros, turistas, comerciantes,

misioneros y sacerdotes dejaron una profunda impresión en la sociedad turca.

La guerra también condujo a una enorme expansión de la inversión de capital extranjero en el Imperio otomano y, por eso mismo, a un incremento de la dependencia financiera de Turquía de los bancos y gobiernos occidentales (los préstamos extranjeros para financiar la guerra y las reformas del Tanzimat aumentaron desde alrededor de 5 millones de libras esterlinas en 1855 a la asombrosa cifra de 200 millones de libras esterlinas en 1877). El conflicto también estimuló el desarrollo de telégrafos y ferrocarriles, y aceleró la emergencia de lo que podría denominarse la opinión pública turca a través de los periódicos y de una nueva clase de escritura periodística que apareció como resultado de la enorme demanda de información que surgió durante la guerra de Crimea. En el caso de los Nuevos Otomanos (*Yeni Osmanlilar*), un laxo grupo de periodistas y potenciales reformistas que brevemente se reunieron formando algo similar a un partido político en la década de 1860, la guerra también desencadenó una reacción contra algunos de estos cambios y estimuló la aparición del primer movimiento nacionalista otomano (turco). La convicción de los Nuevos Otomanos con respecto a adoptar las instituciones occidentales dentro del marco de las tradiciones musulmanas los convirtió, en varios sentidos, en los «padres espirituales» de los Jóvenes Turcos, los creadores del moderno Estado turco[632].

Los Nuevos Otomanos se oponían a la creciente intervención de las potencias occidentales en el Imperio otomano. Estaban en contra de reformas que, según creían, habían sido impuestas a Turquía por los gobiernos occidentales y destinadas a promover los intereses especiales de los cristianos. En particular, desaprobaban el decreto Hatt-i Hümayun de 1856, que efectivamente había sido impuesto por las potencias europeas. El decreto fue redactado por Stratford Canning junto con Thouvenel y luego

presentado a la Puerta como condición para la continuación de los préstamos extranjeros. Reiteraba los principios de tolerancia religiosa expresados en el Hatt-i Sharif de 1839, pero los definía más claramente en términos legales occidentales, sin ninguna referencia al Corán. Además de prometer tolerancia religiosa y derechos civiles a los no musulmanes, introducía algunos nuevos principios, estipulados por los británicos, para el gobierno otomano: presupuestos estrictos que debían ser presentados anualmente; el establecimiento de bancos; la codificación de la ley criminal y civil; la reforma de las cárceles turcas, y la institución de tribunales mixtos para supervisar la mayoría de los casos, tanto los que involucraban a musulmanes como a no musulmanes. Era un exhaustivo programa de occidentalización del Imperio otomano. Los Nuevos Otomanos habían apoyado los principios expresados en el Hatt-i Sharif de 1839 como un elemento necesario para las reformas del Tanzimat; a diferencia de lo que sucedía en el caso del decreto de 1856, el de 1839 tenía en origen interno y no amenazaba la posición privilegiada del islam dentro del Imperio otomano. Pero consideraban el Hatt-i Hümayun como una dispensa especial para los no musulmanes concedida bajo la presión de las grandes potencias, y temían que pusiera en riesgo los intereses del islam y de la soberanía turca.

El origen extranjero y la terminología empleada en el Hatt-i Hümayun suscitaron un resentimiento aún mayor entre los clérigos y los conservadores musulmanes. Hasta el antiguo reformista del Tanzimat Mustafá Reshid –quien regresó para ocupar durante un breve período el cargo de gran visir luego de que Canning insistiera para que fuera designado una vez más en noviembre de 1856– pensaba que el nuevo decreto hacía demasiadas concesiones a los cristianos. Furiosos por el Hatt-i Hümayun, un grupo de teólogos y estudiantes musulmanes tramaron una conspiración contra el sultán y sus ministros, pero fueron arrestados en 1859. Al ser sometidos a interrogatorio, sus lí-

deres afirmaron que el Hatt-i Hümayun era una contravención de la *sharia* (la ley musulmana) porque había concedido a los cristianos los mismos derechos que a los musulmanes. El jeque Ahmet, uno de los principales conspiradores, dijo que los cristianos habían conseguido esos derechos solamente gracias a la ayuda de las potencias extranjeras, y que esas concesiones significarían el fin de la posición privilegiada del islam en el Imperio otomano[633].

Esa opinión era compartida por muchos poderosos y beneficiarios de la vieja jerarquía musulmana –pachás locales, gobernadores, terratenientes y notables, clérigos y funcionarios, recaudadores de impuestos y prestamistas–, quienes temían que las minorías cristianas, mejor educadas y más activas, pronto llegarían a dominar el orden social y político si se les concedía igualdad civil y religiosa. Durante siglos, a los musulmanes del imperio se les había dicho que los cristianos eran inferiores. Ante la pérdida de su posición de privilegio, se insubordinaron cada vez más. En 1856 hubo conflictos y ataques de musulmanes contra los cristianos en Besarabia, en Naplusa y en Gaza, en Jaffa durante 1857, en el Hiyaz en 1858 y también en Líbano y Siria, donde 20 000 cristianos maronitas fueron masacrados por drusos y musulmanes en 1860. En cada uno de estos casos las divisiones económicas y religiosas se reforzaron entre sí: el medio de vida de los musulmanes dedicados a la agricultura y al comercio a pequeña escala se vio directamente amenazado por la importación de productos europeos realizada por intermediarios cristianos. Los alborotadores atacaron las tiendas y las viviendas de los cristianos, las iglesias extranjeras y las escuelas misioneras, incluso las embajadas, tras haber sido incitados por los clérigos musulmanes que se oponían al Hatt-i Hümayun.

En Naplusa, por ejemplo, los disturbios se iniciaron el 4 de abril, poco después de que los líderes musulmanes condenaran el Hatt-i Hümayun en la plegaria de los viernes. Había 5000 cris-

tianos en Naplusa, una ciudad de 10 000 personas, y antes de la guerra de Crimea habían convivido en paz con los musulmanes. Pero la guerra había aumentado la tensión entre ellos. La derrota de Rusia fue considerada «una victoria musulmana» por los palestinos locales, cuyo orgullo religioso fue ofendido por las nuevas leyes de tolerancia dispuestas por el Hatt-i Hümayun. Los cristianos, por su parte, consideraban la derrota rusa como un triunfo de los aliados. Izaron banderas francesas y británicas en sus casas de Naplusa e instalaron una nueva campana en la escuela de la misión protestante. Esas actitudes fueron provocaciones que ofendieron los sentimientos islámicos. En las plegarias de los viernes, los ulemas condenaron esos signos de la dominación occidental, argumentando que pronto los musulmanes serían llamados a la oración por la campana inglesa, a menos que se rebelaran y destruyeran las iglesias cristianas, algo que, según afirmaron, sería «una manera adecuada de rezar a Dios». Llamando a la yihad, las multitudes se volcaron a las calles de Naplusa y se reunieron ante la misión protestante, donde desgarraron la bandera británica.

En medio de esta tensa situación, un extravagante incidente desencadenó la violencia. El reverendo Lyde, un misionero protestante y miembro del Colegio de Jesús, de Cambridge, disparó accidentalmente contra un mendigo que intentaba robarle su abrigo. «La copa del fanatismo ya estaba colmada, y ésta fue la gota que la hizo rebasar», escribió James Finn, el cónsul británico en Jerusalén, quien informó acerca del incidente. Lyde se había refugiado de la ira de la multitud en la casa del gobernador de la ciudad, Mahmud Bek, quien apaciguó a la familia del muerto y se ofreció a darle sepultura. Pero los ulemas no quedaron satisfechos con eso. Después de celebrar un consejo religioso, prohibieron el funeral y suspendieron las plegarias públicas en todas las mezquitas «hasta que se pague el precio de la sangre del islam». Al grito de «¡Venganza contra los cristianos!», una gran multitud

se reunió ante la casa del gobernador y exigió que le entregaran a Lyde, quien se ofreció a sacrificarse, pero Mahmud Bek se negó, ante lo cual la turba se dispersó por la ciudad, saqueando y destruyendo todo lo que halló a su paso. Casas, escuelas e iglesias cristianas fueron saqueadas e incendiadas. Varios funcionarios consulares prusianos fueron asesinados, junto con una docena de griegos, según informó Finn, quien también informó de que «se sabe que once mujeres dieron a luz prematuramente a sus hijos por efecto del miedo». Finalmente se restauró el orden gracias a la intervención de las tropas del sultán, y el 21 de abril Lyde fue sometido a juicio en un tribunal turco de Jerusalén, donde un jurado mixto formado por musulmanes y cristianos lo absolvió de asesinato pero le ordenó pagar una gran suma de dinero a la familia del mendigo, en calidad de compensación[634]. Lyde regresó al Reino Unido en un estado de perturbación mental: estaba convencido de que era Cristo. Los cabecillas de los disturbios musulmanes nunca fueron enjuiciados, y los ataques contra los cristianos de la zona continuaron durante muchos meses. En agosto de 1856 la violencia se extendió de Naplusa a Gaza. En febrero de 1857 Finn informó de que 300 cristianos «aún siguen viviendo en estado de terror en Gaza», porque «nadie podía controlar a los musulmanes fanáticos» y los cristianos no querían testificar por temor a las represalias[635].

Enfrentadas a la perspectiva de esta clase de violencia casi en todas partes, las autoridades otomanas retrasaron la puesta en práctica de las nuevas leyes de tolerancia religiosa impuestas por el Hatt-i Hümayun. Stratford Canning estaba cada vez más frustrado ante la actitud de la Puerta. «Los ministros turcos están muy poco dispuestos a cumplir con las demandas del gobierno de Su Majestad en lo referido al tema de la persecución religiosa –escribió a Clarendon–. Fingen que, si cumplen con el decreto, podrían desencadenar el descontento popular de los musulmanes». La participación turca en la guerra de Crimea había provo-

cado un resurgimiento del «triunfalismo musulmán», informó Stratford. Como consecuencia de la guerra, los turcos se habían vuelto más celosos en la protección de su soberanía, y más susceptibles ante la intervención de Occidente en sus asuntos. Había una nueva generación de reformistas Tanzimat a la cabeza del gobierno turco, más seguros de su postura personal y menos dependientes del patrocinio de las potencias y de los embajadores extranjeros que la generación de reformistas de Reshid de la etapa anterior a la guerra de Crimea. Podían permitirse ser más cautos y más prácticos en la aplicación de reformas, cumpliendo con los requerimientos económicos y políticos de las potencias occidentales, pero sin apresurarse en acatar las promesas religiosas incluidas en el Hatt-i Hümayun. Durante todo su último año como embajador, Stratford instó a los líderes turcos a tomar en serio la tarea de proteger a los cristianos del Imperio otomano: ése era el precio, les dijo, que Turquía debía pagar por la ayuda británica y francesa recibida durante la guerra de Crimea. Estaba particularmente preocupado porque seguían en vigencia las ejecuciones de musulmanes que se convertían al cristianismo, a pesar de las promesas del sultán de acabar con la persecución religiosa de los cristianos y abolir la «brutal costumbre de ejecutar a los conversos». Mencionando numerosos casos de conversos cristianos que habían sido arrestados en sus casas y luego ejecutados, Canning escribió a la Puerta el 23 de diciembre:

> Las grandes potencias europeas no pueden consentir la perpetuación en Turquía, tras los triunfos de sus flotas y sus ejércitos, de la vigencia de una ley [de apostasía] que no sólo representa un insulto hacia ellas, sino también una causa de persecución hacia los cristianos. Tienen derecho a exigir –tal como lo hace claramente el gobierno británico– que los mahometanos convertidos en cristianos no sufran ninguna clase de castigo por esa razón, tal como ocurre con los cristianos que abrazan la fe mahomatana [*sic*[636]].

Sin embargo, para cuando regresó al Reino Unido al año siguiente, la Puerta había hecho muy poco para satisfacer las exi-

gencias de los gobiernos europeos. «Entre los cristianos –informó Finn en julio de 1857–, está creciendo un intenso sentimiento de descontento debido a la lentitud del gobierno turco en la ejecución de la tolerancia religiosa».

> Los cristianos se quejan de que los insultan en la calle, de que en los tribunales públicos no se los considera del mismo nivel que a los súbditos musulmanes, de que son expulsados de todos los cargos públicos y de que no se les permite el honor de prestar servicio militar y en vez de eso deben pagar el doble del viejo impuesto militar.

En las áreas rurales de Palestina, según Finn, el Hatt-i Hümayun no fue observado durante muchos años. Los gobernadores locales eran corruptos, indisciplinados y estaban estrechamente vinculados con los notables, clérigos y funcionarios musulmanes, que mantenían a los cristianos en el viejo estado de sometimiento, y la Puerta estaba demasiado lejos y era demasiado débil para refrenar sus excesos, por no hablar de obligarlos a respetar las nuevas leyes de igualdad[637].

Pero fue en los Balcanes donde el fracaso de la Puerta en hacer cumplir las reformas tendría las consecuencias más duraderas para el Imperio otomano. En toda la región de los Balcanes, los campesinos cristianos seguirían sublevándose contra los terratenientes y funcionarios musulmanes, desde las primeras insurrecciones que se produjeron en Bosnia en 1858. La persistencia del sistema de *millet* generaría movimientos nacionalistas que involucrarían a los otomanos y a las potencias europeas en una larga serie de guerras balcánicas, que alcanzaron su punto culminante en los conflictos que dieron origen a la Primera Guerra Mundial.

* * *

El Tratado de París no introdujo ningún cambio territorial de importancia en el mapa de Europa. En ese momento, para muchas personas, el resultado no parecía digno de una guerra en la

que tantos habían muerto. Rusia cedió el sur de Besarabia a Moldavia. Pero, por lo demás, los artículos del tratado eran más bien declaraciones de principios: las grandes potencias confirmaban y garantizaban la independencia y la integridad del Imperio otomano (la primera vez que la ley internacional reconocía a un Estado musulmán, ya que el Congreso de Viena había excluido específicamente a Turquía de las leyes internacionales que regulaban a las grandes potencias); los poderes signatarios garantizaban la protección de los súbditos no musulmanes del sultán, lo que anulaba el derecho que Rusia se había asignado de proteger a los cristianos del Imperio otomano; el protectorado ruso sobre los principados del Danubio era abolido por un artículo que confirmaba la autonomía de esos dos Estados bajo la soberanía otomana, y, lo más humillante para los rusos, el artículo XI declaraba al mar Negro zona neutral, abierta para la navegación comercial pero cerrada para los buques de guerra en épocas de paz, privando de esta manera a Rusia de sus puertos navales y arsenales en esta crucial frontera costera del sur[638].

Pero si el Tratado de París produjo pocos cambios inmediatos en el mapa europeo, sin duda marcó un hito crucial en las relaciones internacionales y en la política, dado que terminó con el antiguo equilibrio de poder, en el que Austria y Rusia controlaban entre ambas todo el continente, y forjó nuevos alineamientos que prepararían el terreno para la aparición de Estados nación en Italia, Rumania y Alemania.

Aunque Rusia fue la nación castigada por el Tratado de París, a la larga fue Austria la que más perdió a causa de la guerra de Crimea, pese a que apenas participó en el conflicto. Sin su conservadora alianza con Rusia, que nunca la perdonó por su neutralidad armada de 1854 a favor de los aliados, y considerada con igual desconfianza por las potencias occidentales liberales debido a su política reaccionaria y por sus iniciativas «blandas con Rusia» durante la guerra, después de 1856 Austria se encontró cada

vez más aislada dentro del continente. En consecuencia, perdería en Italia (en la guerra contra los franceses y los piamonteses en 1859), en Alemania (en la guerra contra los prusianos en 1866) y en los Balcanes (de donde se retiró constantemente desde la década de 1870 hasta 1914).

Nada de todo esto era todavía evidente en 1856, cuando Austria se unió a Francia y el Reino Unido en una Triple Alianza destinada a la defensa del acuerdo de París. Las tres potencias firmaron un pacto que establecía que cualquier transgresión de las disposiciones del Tratado de París sería causa de guerra. Palmerston lo consideró «un buen seguro adicional y un lazo de unión» contra Rusia, nación que, según creía plenamente, reaparecería a su debido tiempo como una amenaza importante para el continente. Quería ampliar la entente para convertirla en una liga antirrusa de Estados europeos[639]. Napoleón no se mostraba tan seguro. Desde la caída de Sebastopol, se había producido un acercamiento cada vez mayor entre los franceses y los rusos. Napoleón necesitaba a los rusos para poder cumplir sus planes contra los austríacos en Italia. Mientras tanto, para los rusos, y en particular para su nuevo ministro de Exteriores, Alexander Gorchakov, quien reemplazó a Nesselrode en 1856, Francia representaba la potencia que más probablemente respaldaría su propuesta de eliminar las humillantes cláusulas referidas al mar Negro del Tratado de París. Tanto Francia como Rusia eran potencias revisionistas: Rusia quería que se revisara el tratado de 1856 y Francia quería eliminar los remanentes del acuerdo de 1815. Era factible un pacto entre ambas naciones.

A diferencia de Nesselrode, un firme partidario de la Santa Alianza y de sus principios legitimistas, Gorchakov tenía una visión pragmática del papel de Rusia en el continente. En su opinión, Rusia no debía sellar alianzas que la comprometieran a cumplir principios generales, como la defensa de las monarquías legítimas, como había hecho antes de la guerra de Crimea. La

guerra había demostrado que Rusia no podía confiar en absoluto en la solidaridad de las monarquías europeas legítimas. La política de Nesselrode había hecho a la nación vulnerable a las flaquezas de otros gobiernos, en particular de Austria, una potencia que Gorchakov despreciaba desde su época de embajador en Viena. Gorchakov creía, en cambio, que la diplomacia rusa debía concentrarse en sus propios intereses nacionales y aliarse con otras potencias independientemente de su ideología con el propósito de favorecer esos intereses. Se trataba de una nueva clase de diplomacia, la *Realpolitik* que más tarde practicaría Bismarck.

Desde el principio, los rusos pusieron a prueba el Tratado de París, concentrándose en temas menores que podían explotar para crear divisiones en la alianza de Crimea. En mayo de 1856 reclamaron la propiedad de un faro en la diminuta isla de la Serpiente, situada en aguas turcas, cerca de la boca del delta del Danubio, y enviaron allí a siete soldados con un oficial para tomar posesión y establecer su residencia en el faro. Walewski estaba dispuesto a permitir que los rusos se apropiaran de la insignificante isla, pero Palmerston insistió con firmeza en que debían ser expulsados, aduciendo que estaban infringiendo la soberanía turca. Cuando el capitán de un barco británico estableció contacto con los turcos de la isla de la Serpiente, éstos les dijeron que no les molestaba que los rusos estuvieran allí; los consideraban visitantes y estaban satisfechos de venderles provisiones. Palmerston intervino. «Debemos evitar cometer el error fatal de Aberdeen, que permitió que los primeros movimientos e insinuaciones de la agresión rusa pasaran inadvertidos y quedaran impunes», escribió a Clarendon el 7 de agosto. Se prepararon órdenes para enviar los cañoneros que expulsarían físicamente a los rusos, pero John Wodehouse, el enviado británico a San Petersburgo, dudaba de que el Reino Unido tuviera derecho a hacerlo, y la reina compartía esas dudas, de manera que Palmerston retrocedió y en cambio usó la presión diplomática. Gorchakov

insistió en que la isla había sido propiedad de Rusia desde 1833, y apeló a los franceses, quienes, gracias a esa maniobra, quedaron en una posición de mediadores internacionales entre el Reino Unido y Rusia[640].

Mientras tanto, los rusos lanzaron un segundo desafío al Tratado de París, en relación con la frontera entre la Besarabia rusa y la Moldavia controlada por los turcos. Por un accidente cartográfico y una confusión sobre los nombres, los aliados habían trazado la frontera al sur de una vieja aldea llamada Bolgrad, 3 kilómetros hacia el norte de Nueva Bolgrad, una ciudad mercantil situada sobre la costa del lago Yalpuk, que desagua en el Danubio. Los rusos aprovecharon esa falta de claridad, alegando que deberían haberles entregado ambas poblaciones de Bolgrad, y de esa manera también la propiedad conjunta del lago Yalpuk. Palmerston insistió en que la frontera debía mantenerse en la vieja aldea, ya que la intención del tratado había sido privar a los rusos de acceso al Danubio. Instó a los franceses a permanecer firmes y a mostrar un frente unido contra los rusos, quienes de otra manera explotarían las diferencias entre los aliados. Pero los franceses estaban contentos de satisfacer la reivindicación de los rusos como demostración de buena fe, aunque después propusieron que el límite pasara por una angosta franja de tierra entre la ciudad mercantil y el lago Yalpuk, lo que concedía a los rusos más territorio pero los privaba de acceso al lago. Una vez más, los franceses actuaron como intermediarios entre Rusia y el Reino Unido.

A mediados de noviembre, el duque de Morny había convencido a Gorchakov de que depusiera la reclamación rusa de la isla de la Serpiente, siempre que le entregaran Nueva Bolgrad, sin acceso al lago, y una compensación territorial por su pérdida en una forma decidida por el emperador francés. La negociación estaba vinculada con una propuesta del zar y Gorchakov (elaborada con la ayuda de Morny en San Petersburgo) para un acuerdo

francoruso de protección de la neutralidad del mar Negro y de los principados del Danubio, como lo establecía el Tratado de París, pero que ahora era necesario garantizar, alegaban los rusos, «por el hecho de que el tratado ha sido violado por Inglaterra y Austria», que habían «tratado de estafar» a los rusos despojándolos de sus legítimas posesiones en la zona del Danubio. Morny recomendó la propuesta rusa a Napoleón, a quien además le transmitió una promesa hecha por Gorchakov: Rusia respaldaría las adquisiciones francesas en el continente europeo, si Francia firmaba el acuerdo. «Prestemos atención –escribió Morny–, Rusia es la única potencia que ratificará las adquisiciones territoriales de Francia. Ya me lo han asegurado. ¡A ver si podríamos conseguir lo mismo de los ingleses! Y quién sabe, con nuestro pueblo exigente y caprichoso, algún día tendremos que recurrir a Rusia para satisfacerlo». Los detalles de la actitud rusa hacia las adquisiciones territoriales francesas habían sido bosquejados en una orden secreta impartida al conde Kiselev, el exgobernador de los principados del Danubio que se convirtió en embajador en Francia después de la guerra de Crimea: el protocolo requería que un estadista de nota representara la nueva política de amistad del zar hacia Francia. Si Napoleón centraba su atención en la península Itálica, dijeron a Kiselev, Rusia «consentiría de antemano la unión de Niza y Saboya con Francia, así como la unión de Lombardía con Cerdeña». Si las ambiciones de Napoleón se dirigían al Rin, Rusia «emplearía sus buenos oficios» para ayudar a los franceses, mientras continuaba cumpliendo sus compromisos con Prusia[641].

Una conferencia de los representantes de las potencias, realizada en París, produjo una rápida resolución de las dos disputas en enero de 1857: se confirmó la propiedad turca de la isla de la Serpiente, con una comisión internacional encargada de controlar el faro, y Nueva Bolgrad fue entregada a Moldavia, con la compensación a Rusia mediante un cambio de frontera en Besa-

rabia. Aparentemente, los rusos fueron obligados a retroceder en ambos puntos, pero lograron una victoria política al debilitar la unión de la alianza de Crimea. Los franceses habían dejado en claro que para ellos la integridad del Imperio otomano era un tema secundario, y estaban dispuestos a negociar con los rusos para redibujar el mapa de Europa.

Durante los dieciocho meses siguientes, cierta cantidad de visitantes rusos de alto nivel aparecieron en Francia. En 1857, el gran duque Constantino, hermano menor del zar y almirante a cargo de una muy necesaria reforma de la armada rusa después de la guerra de Crimea, hizo un viaje a París, tras haber decidido que una sociedad con Francia era la mejor manera de conseguir la asistencia técnica que Rusia necesitaba para modernizar su anticuada flota (encomendó a empresas francesas todos los encargos que no podían ser satisfechos por los astilleros rusos). En el camino, se detuvo en la bahía de Villafranca, cerca de Niza, donde negoció un acuerdo con Cavour para que la Compañía Naviera de Odesa alquilara una estación de aprovisionamiento de carbón al gobierno de Turín, lo que proporcionaba a Rusia un punto estratégico en el Mediterráneo[642]. Napoleón ofreció una espléndida recepción al gran duque en París, y sostuvo con él conversaciones privadas sobre el futuro de Europa. El emperador francés sabía que el gran duque intentaba afirmarse como una fuerza importante dentro de la política rusa, y que tenía opiniones paneslavas que contradecían las de Gorchakov, de manera que especuló con sus ambiciones políticas. Napoleón aludió específicamente a la posibilidad de un levantamiento italiano contra los austríacos y a la eventual unificación de Italia bajo liderazgo de Piamonte, y habló además de probables insurrecciones cristianas en el Imperio otomano –un tema de gran interés para Constantino–, insinuando que en ambos casos convendría a sus intereses comunes alentar la formación de Estados nación más pequeños[643].

Animado por el gran duque, Napoleón estableció contacto directo con el zar a fin de conseguir su apoyo en una guerra franco-piamontesa contra los austríacos en Italia. Tras reunirse con el zar en Stuttgart en septiembre de 1857, Napoleón ganó tanta confianza en el respaldo ruso que cuando se reunió con Cavour en el mes de julio, en Plombières, para elaborar los planes de la guerra, aseguró al primer ministro piamontés que contaba con la solemne promesa de Alejandro de respaldar sus planes en Italia: tras la derrota de los austríacos en Lombardía-Venecia, un Piamonte ampliado constituiría el reino de Italia del Norte (tal como había existido brevemente en 1848-1849), que se uniría a la Toscana, un reducido Estado papal, y al reino de las Dos Sicilias, para formar una Confederación Italiana. Por sus esfuerzos en nombre de la causa italiana, Napoleón sería recompensado con la devolución de Niza y Saboya a Francia. Cavour había puesto todas sus esperanzas relacionadas con Italia en la alianza franco-británica. Por eso había enviado sus tropas sardas a la guerra de Crimea. En la conferencia de París se había ganado la simpatía de ingleses y franceses por medio de la influencia que ejercía entre bambalinas, y aunque no había conseguido nada tangible, ninguna promesa firme de apoyo para el tema de Italia, seguía creyendo que las potencias occidentales eran su única posibilidad. Como no creía que un zar ruso pudiera dar su anuencia a una revolución nacional, Cavour se dirigió hacia el cercano balneario de Baden-Baden, donde se congregaban los «exhaustos reyes y príncipes» de Europa, para consultar a la gran duquesa Elena Pavlovna (la influyente tía liberal de Alejandro), quien le confirmó que se podría contar con Rusia. «La gran duquesa me dijo –escribió Cavour al general Marmora– que si Francia se uniera a nosotros, la opinión pública obligaría al gobierno ruso a participar[644]».

Pero, en realidad, el zar no sentía ningún deseo de verse involucrado en una guerra. A cambio de la promesa francesa de cancelar su respaldo de las cláusulas referidas al mar Negro del Tra-

tado de París, Alejandro sólo se comprometió a una neutralidad armada, con la movilización de una gran fuerza rusa a la frontera con Galitzia para impedir que los austríacos despacharan tropas hacia Italia. Los austríacos habían usado la neutralidad armada a favor de los aliados durante la guerra de Crimea, y la decisión de Alejandro de emplear la misma táctica le permitía vengarse de la traición austríaca. Napoleón, por su parte, no estaba dispuesto a hacer una promesa firme sobre las cláusulas referidas al mar Negro, porque temía que eso pudiera perjudicar su relación con el Reino Unido, por lo que resultó imposible llegar a un acuerdo formal con los rusos. Pero sí se selló un entendimiento de caballeros entre los emperadores, que fue firmado en marzo de 1859, por el que los rusos se comprometían a adoptar una actitud de «neutralidad benévola» en el caso de que se desencadenara una guerra franco-austríaca, a cambio de los «buenos oficios» de los franceses «en un momento futuro»[645].

Sobre esta base los franceses y los piamonteses iniciaron su guerra contra Austria en abril de 1859, sabiendo que los rusos enviarían 300 000 soldados a la frontera austríaca mientras ellos lanzaban su ataque contra Italia. Apenas unos pocos años antes, Rusia hubiera dado apoyo militar a Austria contra los intentos franceses de modificar el Tratado de Viena. Pero la guerra de Crimea había cambiado toda la situación.

Bajo el mando de Napoleón III y de Víctor Manuel, el ejército franco-piamontés conquistó una serie de rápidas victorias, destruyendo las fuerzas austríacas comandadas por el emperador Francisco José en la batalla de Solferino del 24 de junio, la última batalla importante de la historia en la que todos los ejércitos se encontraban bajo el mando personal de sus monarcas. Para entonces, Napoleón temía que los Estados alemanes pudieran tomar las armas para apoyar a Austria; por lo tanto, sin informar a los piamonteses, firmó un armisticio con los austríacos en Villafranca, por el cual casi toda Lombardía, incluyendo su capital,

Milán, era transferida a los franceses, quienes inmediatamente se la entregaron a Piamonte, tal como habían acordado Napoleón y Cavour en Plombières. El pacto de Villafranca restablecía a los monarcas de los Estados italianos centrales (Parma, Módena y Toscana), que habían sido destronados por las revueltas populares que estallaron al principio de la guerra, una negociación que enfureció a los piamonteses, aunque agradó a los rusos, quienes estaban muy preocupados por la manera en que el movimiento italiano estaba convirtiéndose en una insurrección revolucionaria. El ejército piamontés procedió a la anexión de los Estados centrales. Saboya y Niza fueron transferidas a Francia, como recompensa ya acordada por haber contribuido a la causa italiana. El general revolucionario Giuseppe Garibaldi, un héroe de la guerra contra los austríacos, que había nacido en Niza, se opuso a la cesión de esos territorios. En la primavera de 1860, condujo a sus mil camisas rojas en una expedición destinada a la conquista de Sicilia y Nápoles, para unirlas con el resto de Italia bajo el liderazgo de Piamonte.

La tendencia revolucionaria adoptada por los garibaldinos ejerció una severa presión sobre las relaciones del zar con Napoleón. Le hizo entender que su apoyo a las políticas del emperador francés podría tener consecuencias peligrosas. No había nada que pudiera impedir que la oleada de nacionalismo se propagara en tierras de los Habsburgo, y desde allí a Polonia y otros territorios rusos. En octubre de 1860 Rusia rompió relaciones con Piamonte, en señal de protesta por su anexión de Nápoles. Gorchakov condenó a Piamonte por promover revoluciones, juró oponerse a los cambios territoriales que estaban produciéndose en Italia si no eran aprobados por un nuevo congreso internacional, y ofreció un apoyo cauteloso a los austríacos en Italia (en realidad, no había ninguna posibilidad de que los rusos combatieran para mantener a los Habsburgo en Venecia, el único lugar de la península, junto con la ciudad papal de Roma, que aún no

había sido unificado bajo el control del primer parlamento italiano, que se reunió en Turín en 1861). Cuando Víctor Manuel adoptó el título de rey de Italia, en marzo de ese mismo año, los rusos y los austríacos acordaron negarle el reconocimiento, pese a la presión ejercida por británicos y franceses. Cuando los británicos pidieron a Gorchakov que usara su influencia sobre los prusianos para lograr que reconocieran al rey, el ministro de Exteriores ruso se negó. Según parecía, la Santa Alianza no estaba muerta del todo. Para justificar su negativa a cooperar con los planes británicos para Italia, Gorchakov sostuvo que Austria y Turquía podían ser debilitadas por movimientos revolucionarios si las potencias no frenaban los levantamientos nacionalistas iniciados por los piamonteses. Tal vez con tono irónico, dada la manera en que los británicos habían justificado sus acciones en la guerra de Crimea, Gorchakov informó a lord Napier, el embajador británico en San Petersburgo: «Tenemos dos objetivos cardinales: la preservación de Turquía y la preservación de Austria»[646].

El levantamiento polaco de 1863 fue la ruptura final de la política rusa de amistad hacia Francia. Inspirados por Garibaldi, los estudiantes polacos empezaron sus manifestaciones de protesta en 1861, lo que llevó al general Lambert, el virrey designado por el zar, a imponer la ley marcial. Los líderes polacos se reunieron en secreto, algunos de ellos respaldando la idea de una revolución popular democrática que aunara a campesinos y trabajadores y otros, más conservadores, encabezados por Czartoryski, favoreciendo el establecimiento de un movimiento nacional encabezado por nobles e intelectuales. El levantamiento empezó como una protesta espontánea contra el alistamiento para prestar servicio en el ejército ruso. Pequeños grupos de insurgentes combatieron contra el poderoso ejército ruso desde bastiones guerrilleros, situados mayormente en los bosques de Lituania, Polonia, Bielorrusia y Ucrania Occidental (católica). Algunos de

estos combatientes habían luchado contra los rusos durante la guerra de Crimea, incluyendo a muchos «Zuavos de la Muerte», organizados por François Rochebrune, quien había prestado servicio como oficial en los regimientos de zuavos franceses en Crimea y había participado en la expedición anglo-francesa a China en la segunda guerra del Opio de 1857, antes de establecerse en Cracovia, en la Polonia austríaca, donde fundó una escuela de esgrima. Vestidos con un uniforme negro con una cruz blanca y un fez rojo, y muchos de ellos armados con rifles Minié que conservaban de la guerra de Crimea, los zuavos polacos juraron morir antes que rendirse a los rusos.

Se estableció en Varsovia un gobierno revolucionario clandestino. Declaró a «todos los hijos de Polonia ciudadanos libres e iguales», otorgó a los campesinos la propiedad de las tierras y pidió ayuda a las naciones de Europa. El papa Pío IX ordenó que se rezaran plegarias especiales por la victoria de la Polonia católica sobre la Rusia ortodoxa y se movió activamente para despertar simpatía por los rebeldes polacos en Italia y Francia. Napoleón quería enviar tropas al Báltico para dar apoyo a los polacos, pero fue refrenado por los británicos, quienes temían una renovación de la guerra de Crimea. Finalmente, la invasión francesa de México impidió que se concretara el envío de tropas francesas al Báltico. La intervención diplomática de las potencias occidentales a favor de Polonia enojó a los rusos, quienes se sintieron traicionados por los franceses en particular. Eso infundió a los rusos mayor determinación de aplastar a los revolucionarios polacos. El ejército ruso incendió pueblos y ciudades enteras. Decenas de miles de hombres y mujeres polacos fueron exiliados a Siberia, y cientos de insurgentes fueron ahorcados públicamente.



François Rochebrune

Alarmados por las consecuencias de su política profrancesa, los rusos se alejaron de Francia tras el levantamiento polaco y volvieron a su antigua alianza con Prusia, el otro gobernante de territorios polacos anexionados y la única potencia que había apoyado a Rusia en contra de los polacos (un pacto militar había permitido a los rusos transportar tropas en trenes prusianos). Para Alejandro, que siempre había tenido sus dudas sobre los liberales franceses, Prusia parecía un aliado más fiable y conservador, y un contrapeso para la creciente influencia y el poder de los franceses en el continente. Los rusos ofrecieron considerable apoyo a Otto von Bismarck, el primer ministro prusiano, cuyo conservadurismo había sido advertido por el zar durante el período en que Bismarck fue embajador en San Petersburgo, entre 1859 y 1862. El propio Bismarck adjudicó alta prioridad a sus buenas relaciones con Rusia, que había apoyado sólidamente a Prusia en sus guerras contra Dinamarca (en 1864), Austria (en 1866) y Francia (en 1870). Con la derrota de Francia y el apoyo de una agradecida Alemania, unida por Bismarck, en 1871 Rusia finalmente consiguió que se eliminara el artículo XI del Tratado

de París, y pudo volver a destacar su flota en el mar Negro. Los acontecimientos se produjeron tan rápidamente en los quince años que sucedieron a la firma del tratado que el paisaje internacional era casi irreconocible: con Napoleón III exiliado en el Reino Unido tras su derrocamiento efectuado por las fuerzas de la Tercera República; la pérdida de poder y prestigio de Francia y Austria, y el establecimiento de Alemania e Italia como nuevos Estados. Los problemas y las pasiones de la guerra de Crimea rápidamente quedaron atrás, perdidos en la lejanía.



Rusia no perdió mucho en términos de territorio, pero fue humillada por el Tratado de París. Aparte de la pérdida de su flota del mar Negro y de Besarabia, también perdió prestigio en los Balcanes y sufrió un retroceso de los avances que había hecho en la Cuestión Oriental desde el siglo XVIII. Rusia no recuperó la posición dominante que había tenido en Europa hasta después de 1945.

La desmilitarización del mar Negro fue un importante golpe estratégico para Rusia, que ya no estuvo en condiciones de proteger su vulnerable frontera costera sur de las posibles agresiones de la flota británica o de cualquier otra, en el caso de que el sultán recurriera a esas potencias si se producía otra guerra. La destrucción de la Flota Rusa del Mar Negro, de Sebastopol y de otros puertos navales era una humillación. Con anterioridad, nunca se había impuesto a una gran potencia un desarme obligatorio. Ni siquiera Francia había sido obligada a un desarme después de las guerras napoleónicas. Rusia había sido tratada de una manera que no tenía precedentes en el Concierto de Europa, que supuestamente honraba el principio de que ninguna gran potencia debía ser humillada por las otras. Pero en realidad los aliados no creían que Rusia fuera una potencia europea. Consideraban

que Rusia era un Estado semiasiático. Durante las negociaciones del congreso de París, Walewski había preguntado a los delegados rusos si no sería demasiado humillante para los rusos que las potencias occidentales instalaran cónsules en sus puertos del mar Negro para controlar la desmovilización. Cowley insistió en que no sería humillante, señalando que a China se le había impuesto una condición semejante en el Tratado de Nankín, después de la primera guerra del Opio[647].

En Rusia misma, la derrota de Crimea desacreditó a las fuerzas armadas y subrayó la necesidad de modernizar las defensas del país, no sólo en el sentido estrictamente militar, sino también mediante la construcción de ferrocarriles, la industrialización, la consecución de un sólido sistema financiero y demás. El Ministerio de Guerra perdió la posición privilegiada que había tenido en el sistema de gobierno de Nicolás I y fue eclipsado por los Ministerios de Finanzas y del Interior, aunque inevitablemente siguió recibiendo la parte del león del presupuesto del Estado.

La imagen que muchos rusos tenían de su país –el más grande, el más rico y el más poderoso del mundo– había sido súbitamente destrozada. Había quedado en evidencia el retraso de Rusia. De todos los sectores de la sociedad surgieron peticiones de reforma. Todo se había vuelto cuestionable. El desastre de Crimea había revelado los defectos de todas las instituciones rusas. No sólo la corrupción y la incompetencia de los mandos militares, el atraso tecnológico del ejército y la armada, o los malos caminos y la falta de ferrocarriles que eran responsables de los crónicos problemas de abastecimiento, sino también el penoso estado y el analfabetismo de los siervos que constituían el grueso del ejército, la incapacidad de una economía basada en la servidumbre para sostener un estado en guerra con las potencias industriales y los fracasos del propio sistema autocrático. Las críticas se concentraron en Nicolás I, cuyas políticas arrogantes y obstinadas habían llevado al país a la ruina y al sacrificio de tantas vidas hu-

manas. «La opinión pública desprecia ahora la memoria de Nicolás», anotó Tiutcheva en su diario.

> Con cada nuevo revés cunden amargos reproches contra él. Lo acusan de perseguir una política exclusivamente personal, que en nombre de su propio orgullo y gloria personal renunció a las tradiciones históricas de Rusia, abandonó a nuestros hermanos, los eslavos ortodoxos, y convirtió al zar en el Gendarme de Europa, cuando podría y debería haber conferido nueva vida a Oriente y a la Iglesia.

Incluso dentro de la élite gobernante se reconocía la bancarrota del sistema de Nicolás. «Dios mío, tanta cantidad de víctimas –escribió en su diario el censor zarista Alexander Nikitenko–. Y todo a causa de una loca voluntad, embriagada de arrogancia y de absolutismo. […] No hemos estado en guerra durante dos años, sino durante treinta, manteniendo un ejército de un millón de hombres y amenazando constantemente a Europa. ¿Qué sentido tenía eso? ¿Qué ganancia, qué gloria ha cosechado Rusia de eso?». Pocos años antes, reflexionaba Nikitenko, los nacionalistas paneslavos de Moscú predicaban que Occidente estaba en decadencia, que una nueva civilización eslava, liderada por Rusia, ocuparía su lugar. «¡Y ahora Europa nos ha demostrado, a nosotros, en toda nuestra ignorancia y apatía, en nuestro arrogante desprecio por su civilización, que Rusia es quien sufre una verdadera decadencia! ¡Oh, qué desdichados somos!»[648].

Una de las voces que pedían reforma era la de Tolstoi, cuyos *Relatos de Sebastopol* lo habían catapultado a la fama literaria. La experiencia de Tolstoi en la guerra de Crimea había consolidado sus ideas sobre la vida y la literatura. Había sido testigo presencial de la incompetencia y la corrupción de muchos oficiales, y del frecuente trato brutal que dispensaban a los soldados y marineros rasos, cuyo valor y resistencia le habían servido de inspiración. En su diario de campaña desarrolló por primera vez sus ideas de reforma radical y juró combatir la injusticia con su pluma. En el transcurso de su viaje desde Odesa hasta Sebastopol,

en noviembre de 1854, el piloto de su embarcación le contó cómo había sido el transporte de los soldados: «Cómo un soldado yacía bajo la densa lluvia en la cubierta empapada del barco y se quedó dormido; cómo un oficial golpeó a un soldado por rascarse, y cómo un soldado se pegó un tiro durante el cruce por miedo de haber excedido en dos días su licencia, y cómo fue arrojado por la borda sin funeral ni sepultura». El contraste con la manera en que creía que trataban a los soldados rasos en los ejércitos occidentales le hizo entender la necesidad de un cambio. «Pasé un par de horas conversando con los franceses y los ingleses heridos», anotó en su diario Tolstoi en Esky-Ord, cerca de Simferópol, ese mismo mes.

> Cada soldado está orgulloso de su posición y se respeta a sí mismo, porque siente que es un resorte eficaz de la máquina del ejército. Las buenas armas y la pericia necesaria para usarlas, la juventud, e ideas generales sobre política y las artes les dan conciencia de su propio valor. Entre nosotros, unos estúpidos ejercicios de instrucción de formaciones y armas, unas armas inútiles, la opresión, la edad, la falta de educación y la mala alimentación destruyen la última chispa de orgullo de los hombres, e incluso les hacen concebir una opinión demasiado elevada del enemigo[649].

Resulta dudoso que muchos soldados rasos del ejército francés o inglés tuvieran ideas definidas sobre las artes. Como solía ocurrir con la admiración rusa por «Occidente», había una buena dosis de ingenuidad en la evaluación de Tolstoi, pero esas ideas dieron energía a su celo reformista.

Tras la muerte de Nicolás I, Tolstoi bosquejó «Un plan para la reforma del ejército», y se lo presentó al conde Osten-Sacken, el comandante de la guarnición de Sebastopol, con la esperanza de que se lo presentara al nuevo zar Alejandro, quien, según se decía, favorecía políticas más compasivas.

Basándose en la fuerza de ese rumor, Tolstoi iniciaba su propuesta con una audaz declaración de principios que era cierta en

parte, pero que, no obstante, no podía considerarse un comentario justo sobre los valientes defensores de Sebastopol:

> Mi conciencia y mi sentido de justicia me impiden mantenerme en silencio ante el mal que se perpetra abiertamente ante mis ojos, causando la muerte de millones y minando nuestra fuerza y socavando el honor de nuestro país. […] No tenemos ejército, tenemos una horda de esclavos acobardados por la disciplina, que reciben órdenes de ladrones y traficantes de esclavos. Esta horda no es un ejército porque no posee ninguna lealtad verdadera hacia la fe, el zar y la madre patria –¡palabras que han sido muy mal usadas!–, ni valor, ni dignidad militar. Todo lo que posee es, por un lado, paciencia pasiva y descontento reprimido, y por el otro, crueldad, servilismo y corrupción.

Tolstoi condenaba intensamente el maltrato que se daba a los soldados siervos. En una primera versión de su propuesta llegaba a afirmar que «en cada soldado azotado» había, sepultado, «un sentimiento de venganza» que estaba «demasiado reprimido como para mostrarse todavía como una verdadera fuerza», pero que se preparaba para entrar en erupción («y, oh Dios, qué horrores aguardan a nuestra sociedad si esa erupción se produce»). Más tarde eliminó ese párrafo incendiario, al prever que descalificaría sus ideas reformistas en los círculos gubernamentales. Tolstoi pedía que se pusiera fin a los castigos corporales en el ejército, adjudicando la mala actuación de Rusia en la guerra de Crimea al brutal trato dispensado a las tropas. Presentó planes para la reforma de la artillería, que había demostrado ser totalmente ineficaz frente a los rifles Minié. Al expresar sus ideas acerca de cómo mejorar el mando, enunció una crítica devastadora de los oficiales destacados en Crimea, denunciándolos por ser crueles y corruptos, preocupados tan sólo por las minucias de los uniformes y la instrucción de los soldados, y que prestaban servicio en el ejército tan sólo porque no servían para otra cosa. Pero una vez más eliminó un párrafo exaltado –en el que había afirmado que los comandantes de alto grado eran cortesanos, elegidos tan sólo porque le gustaban al zar y no por su compe-

tencia–, porque suponía que esas declaraciones disminuirían sus posibilidades de que los altos círculos prestaran atención a su plan. Ya se rumoreaba que él era el autor de una satírica canción militar en la que las derrotas de Crimea eran atribuidas a la incompetencia de los oficiales de más alto rango. La balada circulaba ampliamente en el ejército y en la sociedad, y Tolstoi, por ser el presunto autor, recibió una reprimenda del gran duque Miguel Nikolaerich, el hermano del zar, quien alegó que esos versos destruían la moral de los soldados[650]. Aunque la autoría de Tolstoi nunca fue comprobada, se le negó todo ascenso más allá del cargo de teniente segundo, un rango que ya había obtenido antes de llegar a Sebastopol[651].

La experiencia de Tolstoi en la guerra de Crimea lo había instado a cuestionar algo más que el sistema militar. El poeta Afanasy Fet, quien conoció a Tolstoi en el apartamento de Turguénev en San Petersburgo en el invierno de 1855, quedó impresionado por «la automática oposición del joven a todas las opiniones generalmente aceptadas». El hecho de vivir junto a los soldados rasos en Crimea había hecho que Tolstoi reparara en las simples virtudes del campesinado; lo había lanzado en una incansable búsqueda de una nueva verdad, de una manera de vivir moralmente como noble y terrateniente ruso, tras conocer las injusticias de la servidumbre. Ya se había referido antes a esos temas. En *La mañana del terrateniente* (1852), escribió sobre un terrateniente (el propio Tolstoi) que busca una vida de felicidad y justicia en el país y descubre que sólo puede encontrarla en el constante trabajo por el bien de otros menos dichosos que él mismo. Más o menos en la misma época, había propuesto reducir los diezmos de los siervos de su propiedad de Yasnaya Poliana, pero los siervos se mostraron suspicaces de sus intenciones (no estaban habituados a esa benevolencia) y rechazaron su ofrecimiento. Pero sólo en Crimea Tolstoi empezó a sentir un íntimo apego por los siervos uniformados; esos «hombres simples y amables, cuya

bondad se hace evidente durante una guerra de verdad». Se sentía asqueado por su vida anterior, el juego, las prostitutas, los banquetes y la bebida en exceso, el incordio de las riquezas y la falta de cualquier trabajo o propósito verdadero en su vida. Y después de la guerra, se abocó de lleno y con nueva determinación a la tarea de vivir con los campesinos «una vida auténtica»[652].

En el momento del retorno de Tolstoi, flotaba en el ambiente un nuevo espíritu reformista. Entre los nobles más ilustrados y esclarecidos se aceptaba que había llegado el momento de liberar a los siervos. En palabras de Serguéi Volkonski, el famoso decembrista y un familiar lejano de Tolstoi, quien fue liberado de su exilio en Siberia en 1856, la abolición de la servidumbre «era lo mínimo que el Estado podía hacer para reconocer el sacrificio hecho por los campesinos en las dos últimas guerras: es hora de reconocer que el campesino ruso es también un ciudadano». Los soldados campesinos que habían combatido en Crimea esperaban recibir su libertad. En la primavera de 1854, miles de campesinos se habían presentado en las oficinas de reclutamiento tras haber escuchado el rumor de que el zar había prometido la libertad a cualquier siervo que se enrolara voluntariamente en el ejército o en la armada, y se produjeron choques con los soldados y con la policía cuando los rechazaron. Las expectativas de emancipación aumentaron tras la guerra de Crimea. En los primeros seis años del reinado de Alejandro se produjeron 500 levantamientos campesinos y ataques contra la nobleza terrateniente[653].

El nuevo zar creía que la liberación de los siervos era una medida necesaria para evitar una revolución. «Es mejor abolir la servidumbre desde arriba que esperar el momento en que empiece a abolirse sola, desde abajo», dijo a un grupo de nobles de Moscú en 1856. La derrota en la guerra de Crimea había convencido a Alejandro de que Rusia no podría competir con las potencias occidentales hasta que no eliminara su vieja economía basada en la

servidumbre y se modernizara. Los terratenientes no tenían idea de cómo hacer rendir sus tierras. La mayoría no sabía prácticamente nada de agricultura ni de administración. Sin embargo, seguían gastando con tanta prodigalidad como siempre lo habían hecho, acumulando enormes deudas. En 1859, una tercera parte de las fincas y dos terceras partes de los siervos propiedad de los nobles terratenientes habían sido hipotecados al Estado y a los bancos de los nobles. El argumento económico a favor de la emancipación se estaba tornando irrefutable, y muchos terratenientes estaban adoptando, de cualquier manera, el sistema de trabajo libre, contratando a siervos de otros. Dado que el pago de la libertad por parte de los siervos cancelaría las deudas de los nobles, el argumento económico se había tornado irresistible[654].

En 1858 el zar designó una comisión especial para formular propuestas para la emancipación en consulta con comités provinciales de nobles terratenientes. Bajo la presión ejercida por los terratenientes pertinaces, que deseaban limitar la reforma o fijar las leyes de transferencia de tierra en su propio beneficio, la comisión quedó varada en medio de riñas políticas durante casi dos años. Finalmente, los terratenientes reaccionarios fueron derrotados y los reformistas moderados consiguieron prevalecer, en buena medida gracias a la intervención personal del zar. Alejandro firmó el Edicto de Emancipación el 19 de febrero de 1861, que fue leído a los campesinos por sus párrocos. No tenía tanto alcance como esperaban los campesinos. El Edicto daba bastante libertad a los terratenientes para elegir los terrenos que transferirían a los campesinos, y también para establecer las cuotas de amortización que las comunas campesinas deberían pagar, mientras que los campesinos habían esperado que les entregaran la tierra sin tener que pagar nada[655]. En muchas zonas se produjeron rebeliones, a veces después de que circularan rumores de que la ley publicada no era la que el zar había deseado firmar, sino una falsificación urdida por nobles y funcionarios que querían obsta-

culizar la verdadera emancipación, el tan esperado «Manifesto de Oro» en el que el zar liberaría a los campesinos y les entregaría toda la tierra.

Pese a la desilusión del campesinado, la emancipación fue un verdadero hito. Por fin se había concedido al pueblo alguna libertad, por limitada que fuera en la práctica, y había fundamentos para esperar un renacimiento nacional. Los escritores compararon el Edicto a la conversión de Rusia al cristianismo en el siglo X. Hablaron de la necesidad de que la Joven Rusia se liberara de los pecados de su pasado, cuando las riquezas habían sido compradas con la sangre y el sudor del pueblo, de la necesidad de que el amo y el campesino superaran sus viejas divisiones y se reconciliaran gracias a la nacionalidad. Porque, tal como Fedor Dostoyevski escribió en 1861, «cada ruso es en primer lugar y ante todo un ruso»[656].

Junto con la emancipación de los siervos, la derrota de la guerra de Crimea aceleró los planes del zar para reformar el ejército. Tolstoi no fue el único oficial que presentó propuestas de reforma durante la guerra de Crimea. En el verano de 1855, el conde Fedor Ridiger, comandante de los Guardias y los Granaderos, respaldó muchas de las críticas hechas por Tolstoi al cuerpo de oficiales, por medio de un memorándum que envió directamente al zar. Atribuyendo la inminente derrota de Rusia a la crasa incompetencia de los comandantes de alto rango y de la administración del ejército, Ridiger aconsejaba que los oficiales recibieran entrenamiento en la ciencia militar y no en desfiles y revistas, y que aquellos que demostraran talento tuvieran mayor libertad para asumir responsabilidades en el campo de batalla. Poco después, las mismas ideas fueron enunciadas por otro alto miembro de la estructura militar, el edecán general V. A. Glinka, quien también criticó el sistema de aprovisionamiento del ejército. Se presentaron propuestas para la construcción de ferrocarriles, cuya carencia, según coincidían todos, había sido una de las

principales razones de los problemas de abastecimiento durante la guerra de Crimea[657].

El zar creó una «Comisión para la Mejora de la Esfera Militar», bajo la dirección del general Ridiger, pero después empezó a vacilar con respecto a la aplicación de las reformas propuestas, con las que claramente simpatizaba, aunque había aprobado, ya en enero de 1857, los planes de construcción de una red ferroviaria que uniera Moscú y San Petersburgo con los principales centros agrícolas y las zonas fronterizas. Alejandro temía una posible reacción de la aristocracia en un momento en el que necesitaba su apoyo para la emancipación de los siervos. Puso a cargo del Ministerio de Guerra a un hombre famoso por su lealtad y su incompetencia militar, el general Nikolai Sujozanet, quien supervisó un período de mínimas reformas, en general estatutos menores que alteraban la apariencia de los uniformes de los Guardias, pero que incluían dos iniciativas que tendrían más importancia: una revisión del Estatuto Penal Militar que reducía el número de latigazos permisible como castigo corporal (de 6000 a 1500, una cifra que seguía siendo capaz de matar a cualquier soldado), y medidas destinadas a mejorar la educación y el entrenamiento militar de los soldados campesinos, que eran casi analfabetos e incompetentes para la guerra moderna, como había demostrado claramente la guerra de Crimea.

Uno de los resultados de estos intentos de mejorar la educación del ejército fue la creación de un nuevo periódico, *Voennyi sbornik* («Miscelánea Militar»). Su objetivo era atraer a oficiales y soldados ofreciéndoles artículos sobre ciencia militar, relatos, poemas y artículos animados de sociedad escritos con un liberal espíritu reformista. Exento de la censura militar, era de concepción semejante a la «Gaceta Militar» que Tolstoi había propuesto en 1854. Su sección literaria estaba a cargo de Nikolái Chernishevski, editor del enormemente influyente periódico democrático *Contemporáneo*, donde habían aparecido las obras de Tolstoi. El

propio Chernishevski era autor de la novela *¿Qué hacer?* (1862), que serviría de inspiración a varias generaciones de revolucionarios, incluyendo a Lenin. En la década de 1860, *Voennyi sbornik* rivalizaba en ventas con *Contemporáneo*, con más de 5000 suscriptores, lo que demostraba que las ideas reformistas tenían un público receptivo en el ejército ruso después de la guerra de Crimea.

La idea de la creación de *Voennyi sbornik* había sido de Dimitri Miliutin, el principal impulsor de las reformas militares después de la guerra de Crimea. Profesor de la Academia Militar, donde había enseñado desde que había sido gravemente herido en el Cáucaso en 1838, Miliutin era un brillante analista militar que rápidamente interpretó las enseñanzas de la derrota de Crimea: la necesidad de reformar y modernizar el ejército siguiendo el modelo de los ejércitos occidentales que habían aplastado el atrasado ejército de siervos de Rusia. Pronto tuvo oportunidad de aplicar esas lecciones a las luchas que el zar proseguía en el Cáucaso.

En 1856 el zar había designado a su antiguo confidente el príncipe A. I. Bariatinski como virrey del Cáucaso, con poderes extraordinarios para acabar la guerra entablada contra Shamil. Bariatinski era partidario de ampliar la influencia de Rusia en el Cáucaso y en Asia Central, como antídoto a la reducción de su influencia en Europa después de la guerra de Crimea. Alejandro fue persuadido por sus argumentos. Aun antes de que se anunciara el Tratado de París, el zar declaró su intención de intensificar la campaña contra los rebeldes musulmanes en el Cáucaso. Exceptuó a las unidades destacadas en el Cáucaso de la desmovilización militar general, movilizó nuevos regimientos y ordenó que una partida de 10 000 rifles Minié, comprados en el extranjero, fuera enviada a Bariatinski, quien a finales de 1857 ejercía el control de más de una sexta parte del presupuesto militar y disponía de 300 000 hombres a sus órdenes. Bariatinski designó

a Miliutin como su jefe de Estado Mayor, con el propósito de que aplicara las reformas militares que consideraba necesarias en el Cáucaso: si esas reformas eran exitosas allí, reforzarían los argumentos a favor de las reformas del ejército ruso en general. Basándose en las ideas militares occidentales, así como en las propuestas del general Ridiger, Miliutin propuso racionalizar la cadena de mando, dando mayor iniciativa y control de los recursos a los comandantes locales, para que pudieran ejercer su criterio en respuesta a las condiciones locales, una idea basada en una mejora general del entrenamiento de los oficiales[658].

La finalización de la guerra de Crimea había dejado al movimiento de Shamil completamente desmoralizado. Sin la intervención de las potencias occidentales y poca asistencia concreta de los otomanos, el movimiento de guerrillas de las tribus musulmanas perdió toda capacidad de seguir combatiendo contra los rusos. Los chechenos estaban exhaustos por la guerra, y delegaciones provenientes de toda Chechenia rogaban a Shamil que sellara la paz con los rusos. Shamil quería seguir luchando, pero, ante el masivo despliegue de fuerzas militares ejecutado por Bariatinski, no podría resistir demasiado, y finalmente se rindió a los rusos el 25 de agosto de 1859[659].

Debido al triunfo del ejército en el Cáucaso, en noviembre de 1861 Miliutin fue designado ministro de Guerra gracias a la recomendación hecha por Bariatinski al zar. Una vez que fue aprobado el Edicto de Emancipación, Alejandro consideró que finalmente había llegado el momento de llevar a cabo las reformas militares. El paquete legislativo que Miliutin le presentó al zar era una elaboración de sus planes anteriores. La regulación más importante (que sólo fue aprobada en 1874) era la introducción de la leva universal, con el servicio militar obligatorio para todos los varones de veinte años de edad. Organizado por medio de un sistema territorial de distritos militares para el mantenimiento de un ejército activo aun en épocas de paz, el nuevo sis-

tema ruso era similar al de los ejércitos de reclutas de otros Estados europeos, aunque en la Rusia zarista, donde las finanzas eran inadecuadas, y las jerarquías de clase, religiosas y étnicas seguían influyendo en la aplicación de cualquier política, el principio universal nunca fue plenamente concretado. El énfasis principal de la legislación propuesta por Miliutin estaba puesto en la eficiencia militar, pero las preocupaciones humanitarias también estaban presentes en su reforma. Su misión fundamental era conferir nueva forma a la cultura del ejército, para que considerara al soldado campesino como ciudadano y no ya como siervo. Las escuelas del ejército se modernizaron, con un mayor énfasis en la enseñanza de la ciencia y la tecnología militares. La educación elemental se hizo obligatoria para todos los reclutas, de manera que el ejército se convirtió en un importante vehículo educativo para el campesinado. El sistema de justicia militar también fue reformado y se abolieron los castigos corporales, al menos en teoría, ya que en la práctica el soldado ruso siguió sufriendo castigos corporales y a veces incluso era azotado por infracciones disciplinarias relativamente menores. La cultura militar de la servidumbre siguió vigente para los soldados rasos hasta 1917.



La guerra de Crimea reforzó en Rusia un antiguo resentimiento contra Europa. Los rusos se sentían traicionados porque Occidente se había puesto del lado de los turcos y en contra de Rusia. Era la primera vez en la historia que una alianza europea había combatido del lado de una potencia musulmana en contra de otro Estado cristiano en una guerra de importancia.

Nadie estaba más resentido con Europa que Dostoyevski. En la época de la guerra de Crimea, prestaba servicio como soldado en la fortaleza de Semipalatinsk, en Asia Central, tras haber sido liberado de un campo de prisioneros de Siberia, donde había sido exiliado por su involucración en el círculo izquierdista de Petras-

hevski en 1849. En sus únicos versos publicados (y las cualidades poéticas de «Sobre los acontecimientos europeos de 1854» son tales que uno advierte por qué son los únicos que publicó), Dostoyevski describía la guerra de Crimea como «la crucifixión del Cristo ruso». Pero, tal como advertía a los lectores occidentales de su poema, Rusia se levantaría y, cuando lo hiciera, se volvería hacia Oriente para cumplir su misión providencial de cristianizar el mundo.

¿No te queda clara su predestinación?
Oriente… ¡es de ella! Hacia ella un millón de generaciones
tienden incansablemente la mano. […]
Y la resurrección del antiguo Oriente
por obra de Rusia (así lo ha ordenado Dios) se acerca
cada vez más[660].

Tras haber sido derrotada por Occidente, los planes imperiales de Rusia se volvieron hacia Asia. Para Bariatinski y el Ministerio de Guerra, la derrota de Shamil en el Cáucaso debía servir como trampolín para la conquista rusa de los kanatos independientes de Asia Central. Gorchakov y el Ministerio del Interior no estaban tan seguros, temiendo que una política expansionista pudiera hacer fracasar sus intentos de reparar las relaciones con los británicos y los franceses. Atrapado al principio entre estas dos políticas opuestas, en 1856-1857 el zar se inclinó por la idea de que el destino de Rusia se encontraba en Asia y que sólo el Reino Unido se interponía en el camino de su cumplimiento. Profundamente afectado por el clima de mutua sospecha que existía entre Rusia y el Reino Unido después de la guerra de Crimea, este punto de vista definiría las estrategias de Rusia en el Gran Juego, su rivalidad imperial con el Reino Unido por la supremacía en Asia Central.

Al zar le preocupaba la creciente presencia británica en Persia tras la victoria conseguida por los británicos en la guerra anglopersa de 1856-1857. Según las disposiciones del Tratado de París de marzo de 1857, los persas se retiraron de Herat, la ciudad del

noroeste afgano que habían ocupado con respaldo ruso en 1852 y 1856. A partir de su correspondencia con Bariatinski, queda claro que Alejandro temía que los británicos usaran su influencia en Teherán para instalarse en las costas meridionales del mar Caspio. Compartía con Bariatinski la sombría predicción de que «la aparición de la bandera británica en el Caspio sería un golpe fatal, no sólo para nuestra influencia en Oriente, no sólo para nuestro comercio exterior, sino también para la independencia política del Imperio [ruso]».

Alejandro encargó un informe a Sujozanet, «Sobre la posibilidad de un conflicto armado entre Rusia e Inglaterra en Asia Central». Aunque el informe rechazaba la idea de una amenaza militar británica, el zar persistió en su temor de que los británicos pudieran destacar su ejército indio para conquistar Asia Central y expulsar a los rusos del Cáucaso. En la primavera de 1857, el vapor británico *Kangaroo* y varios barcos más pequeños que transportaban suministros militares para las fuerzas de Shamil habían sido avistados en la costa circasiana. Rusia ya no tenía una flota en el mar Negro que pudiera bloquear esos actos de intromisión de los británicos. Alejandro exigió «explicaciones categóricas» al gobierno británico, pero no recibió ninguna. La «indescriptible infamia», como denominó al caso del *Kangaroo*, reforzó la convicción del zar de que Rusia no estaría segura contra la amenaza británica mientras el Cáucaso no fuera conquistado y la estepa de Asia Central no estuviera bajo su control político.

Durante toda la guerra de Crimea los rusos habían considerado varias ideas para impulsar un ataque a través de Asia Central hacia Kandahar y la India, especialmente como medio de distraer a las tropas británicas destacadas en Crimea. Aunque todos esos planes fueron rechazados por considerarlos poco prácticos, los rumores de una invasión rusa circularon ampliamente en la India, donde se les dio crédito y donde algunos panfletos incendiarios convocaban a musulmanes e hindúes a aprovechar el ago-

tamiento sufrido por los británicos en Crimea para sublevarse contra su dominio. El estallido del Motín Indio a principios del verano de 1857 alentó al zar a reconsiderar sus planes para Asia Central. La Royal Navy podía amenazar la línea costera rusa en el Báltico, en el océano Pacífico y en el mar Negro, que ahora se encontraba indefenso debido a la desmilitarización impuesta a Rusia por el Tratado de París. El único lugar en el que los rusos podían pretender montar una contraamenaza era en la India. Los británicos eran extremadamente sensibles a cualquier desafío contra su imperio indio, principalmente debido a su frágil base impositiva, que no se atrevían a aumentar por motivos políticos. Pocos estrategas rusos creían en la posibilidad de una campaña contra la India, pero explotar el nerviosismo británico era una buena táctica.

En el otoño de 1857 el zar encomendó un memorándum estratégico sobre Asia Central a un brillante y joven agregado militar, Nikolái Ignatiev, en quien había reparado tras haber representado a Rusia en el congreso de París en lo concerniente a la disputa fronteriza rusa con Moldavia. Tomando en cuenta la posibilidad de una nueva guerra contra el Reino Unido, Ignatiev argumentó que el único lugar donde Rusia tenía posibilidades de lograr una victoria era en Asia. El punto fuerte de Rusia en Asia Central era ser «la mejor garantía de paz», de manera que Rusia debía explotar la crisis india para fortalecer su posición a expensas del Reino Unido «en los países que separan a Rusia de las posesiones británicas». Ignatiev proponía enviar expediciones para explorar y trazar mapas de «la no descubierta» estepa de Asia Central para beneficio del comercio ruso y de la inteligencia militar. Al desarrollar vínculos comerciales y diplomáticos con los kanatos de Kokand, Bujara y Jiva, Rusia podía convertirlos en estados de contención para defenderse de la expansión británica. El zar aprobó el plan, y envió un grupo de exploración y reconocimiento a Jiva y Bujara, bajo el liderazgo de Ignatiev, quien

selló tratados económicos con los dos kanatos en el verano de 1858. Oficialmente, la misión había sido enviada por el Ministerio de Exteriores, pero extraoficialmente también estaba trabajando para el Ministerio de Guerra, recogiendo información topográfica, estadística y «militar en general» sobre diversas rutas hacia Asia Central. Desde el principio, en la iniciativa rusa hubo una política más directa, apoyada por los seguidores de Bariatinski en el Ministerio de Guerra, con el objetivo claro de establecer protectorados y bases militares en los kanatos, para facilitar la conquista del Turkestán y de las estepas de Asia Central hasta las fronteras de Afganistán[661].

El avance ruso hacia Asia Central fue encabezado por dos veteranos de la guerra de Crimea. Uno de ellos era Mijaíl Cherniaev, quien había combatido contra los turcos en el Danubio en 1853 y se había distinguido por su valor en las batallas de Inkerman y de Sebastopol, antes de ser transferido para defender a los colonos rusos de las incursiones de las tribus de Asia Central en las estepas del sur de Orenburg. Desde 1858 Cherniaev empezó a lanzar sus propias incursiones dentro del territorio de Turkestán, destruyendo Kirghiz y otras poblaciones tribales hostiles y apoyando las rebeliones contra los kanatos de Jiva y Kokand por parte de otras tribus de Asia Central dispuestas a declarar su lealtad a Rusia. Las iniciativas militares de Cherniaev, silenciosamente respaldadas pero no aprobadas oficialmente por el Ministerio de Guerra, condujeron a la furtiva anexión rusa del Turkestán. En 1864, Cherniaev encabezó una fuerza de mil hombres que atravesó las estepas de Turkestán para ocupar la fortaleza de Chimkent. Engrosada por una segunda columna rusa proveniente de Semipalatinsk, esa fuerza se apoderó de Tashkent, situada 130 kilómetros al sur, lo que impuso de hecho el control ruso a esta vital base de poder del comercio del algodón en Asia Central. A Cherniaev se le concedió la Cruz de San Jorge, y además fue designado gobernador del Turkestán en 1865. Después de

furiosas protestas diplomáticas de los británicos, que temían que las tropas rusas pudieran continuar avanzando desde Tashkent hasta la India, el gobernador ruso rechazó toda responsabilidad por la invasión concretada por Cherniaev. El general fue obligado a retirarse en 1866. Pero extraoficialmente fue recibido como un héroe en Rusia. La prensa nacionalista lo proclamó «el Ermak del siglo XIX»[662].

Mientras tanto, la conquista de la estepa de Asia Central fue conducida por el general Kaufman, otro veterano de la guerra de Crimea, que había dirigido el destacamento de minadores en el sitio de Kars, antes de convertirse en jefe de ingenieros de Miliutin en el Ministerio de Guerra. Kaufman reemplazó a Cherniaev como gobernador militar del Turkestán. En 1868 completó la conquista de Samarcanda y Bujara. Cinco años más tarde, Jiva también cayó en manos de los rusos, seguida de Kokand en 1876. Ambas zonas fueron dejadas bajo el control de sus respectivos kanes en lo referido al gobierno interno, pero quedaron sometidas a la supervisión de los rusos en la esfera de las relaciones exteriores, lo que las convertía esencialmente en protectorados al estilo de los Estados Principescos de la India Británica.

Cherniaev e Ignatiev se convirtieron en figuras destacadas del movimiento paneslavo de las décadas de 1860 y 1870. Junto con el viraje de la atención rusa hacia Oriente, el paneslavismo fue la otra reacción de Rusia a su derrota en la guerra de Crimea, ya que su resentimiento contra Europa produjo una explosión de sentimientos nacionalistas. Como la censura se había suavizado gracias a las reformas liberales del nuevo zar, una nueva serie de publicaciones paneslavas expusieron vigorosamente sus críticas a la política exterior de Rusia anterior a la guerra de Crimea. En particular, atacaban las políticas legitimistas de Nicolás I por haber sacrificado a los cristianos balcánicos al dominio musulmán, en cumplimiento de los intereses del Concierto de Europa. «En nombre del equilibrio de Europa —escribió Pogodin en el primer

número de la publicación paneslava *Parus* del mes de enero de 1859–, diez millones de eslavos se ven obligados a gemir, sufrir y agonizar bajo el yugo del más salvaje despotismo, del fanatismo más desenfrenado y de la más desesperada ignorancia.»[663] Con el abandono de Gorchakov de estos principios legitimistas, los paneslavos renovaron sus peticiones al gobierno de que apoyara la liberación de los eslavos balcánicos del dominio turco. Algunos llegaron incluso a afirmar que Rusia debía protegerse contra un Occidente hostil uniendo a todos los eslavos de Europa bajo el liderazgo ruso, una idea propuesta por primera vez por Pogodin durante la guerra de Crimea y que repitió más tarde con mayor insistencia en sus escritos.

A medida que las ideas paneslavas ganaban influencia en los círculos intelectuales y gubernamentales de Rusia, surgió una proliferación de organizaciones filantrópicas para promover la causa paneslava mediante el envío de dinero a los eslavos balcánicos para la construcción de escuelas e iglesias, o por medio del traslado de estudiantes a Rusia. El Comité Benevolente Eslavista de Moscú se estableció en 1858, con filiales separadas que se inauguraron en San Petersburgo y Kiev durante la década de 1860. Fundado por benefactores privados y el Ministerio de Educación, reunió a funcionarios y militares (muchos de ellos veteranos de la guerra de Crimea que habían luchado en los Balcanes) con académicos y escritores (incluyendo a Dostoyevski y Tiutchev, que pertenecían al Comité de San Petersburgo).

Durante los primeros años de la posguerra, los paneslavos se mostraban cautelosos y no enunciaban públicamente sus ideas más radicales sobre la unificación de los eslavos, ni criticaban con demasiada severidad la política exterior del gobierno (las opiniones expresadas por Pogodin causaron la prohibición de *Parus*). Sin embargo, a principios de la década de 1860, cuando Ignatiev se manifestó como partidario del paneslavismo y se convirtió en una figura influyente del gobierno, todos empezaron a expresar

sus opiniones más abiertamente. La influencia creciente de Ignatiev en el ámbito de las relaciones exteriores estuvo generada en particular por su exitosa negociación del tratado chino-ruso de Pekín, firmado en noviembre de 1860, que concedía a Rusia la posesión de las regiones de Amur y Ussuri, así como Vladivostok en el Lejano Oriente. En 1861 Ignatiev se convirtió en director del Departamento Asiático del Ministerio de Exteriores, la oficina responsable de la política rusa en los Balcanes. Tres años más tarde fue designado enviado del zar a Constantinopla, un cargo que ocupó hasta el estallido de la guerra rusoturca de 1877-1878. Durante todos esos años Ignatiev impulsó la idea de una solución militar de la Cuestión Oriental en los Balcanes: levantamientos eslavos contra el dominio turco, apoyados por Rusia y la intervención del ejército zarista, con el objetivo de lograr la liberación de los eslavos y la creación de una Unión Eslava bajo el liderazgo de Rusia.

Las ambiciones paneslavas en los Balcanes se concentraban en primer lugar en Serbia, donde el restablecimiento en el trono del europeizado pero autocrático príncipe Mihailo fue considerado una victoria de la influencia rusa y una derrota más de los austríacos. Gorchakov respaldó el movimiento serbio de liberación contra los turcos, temiendo que si no lo hacía y los serbios conquistaban la libertad por su propia cuenta, acabarían por caer bajo la influencia austríaca o de Occidente. En una carta dirigida al cónsul ruso en Bucarest, el ministro de Exteriores subrayaba que «nuestra política en Oriente procura principalmente el fortalecimiento material y moral de Serbia, para darle la oportunidad de encabezar el movimiento de liberación en los Balcanes». Ignatiev fue incluso más allá, pidiendo una solución de la Cuestión Oriental por medio de una acción militar. Recuperando una propuesta de Mihailo, instó al gobierno ruso a respaldar a los serbios en una guerra contra los turcos y a ayudarlos a constituir

una confederación con los búlgaros, a la que podrían unirse Bosnia, Herzegovina y Montenegro.

Sometido a la presión paneslava, el Ministerio de Exteriores incrementó su apoyo al movimiento serbio. Después de un bombardeo turco de Belgrado, en 1862, los rusos convocaron a una conferencia especial de los signatarios del Tratado de París en Kanlidze, cerca de Constantinopla, y finalmente lograron la eliminación de las últimas guarniciones turcas de Serbia en el año 1867. Fue la primera victoria diplomática importante desde la finalización de la guerra de Crimea. Alentados por este éxito, los rusos otorgaron su apoyo a la intención serbia de crear una Liga Balcánica. Serbia estableció una alianza militar con Montenegro y Grecia y selló un pacto de amistad con la dirigencia rumana, y además estableció vínculos más estrechos con los nacionalistas croatas y búlgaros. Los rusos subsidiaron el ejército serbio, aunque una misión enviada por Miliutin para inspeccionarlo lo encontró en un estado pésimo. Después, en el otoño de 1867, el príncipe Mihailo se echó atrás y no inició la guerra contra los turcos, lo que tuvo como consecuencia que Rusia suspendiera sus créditos bélicos. En el mes de junio siguiente, el asesinato de Mihailo confirmó el final de la cooperación serborrusa y la desaparición de la Liga Balcánica[664].

Los siete años siguientes fueron un período en el que reinó una relativa calma en los Balcanes. Las monarquías imperiales de Rusia, Austria-Hungría y Alemania (la Liga de los Tres Emperadores de 1873) garantizaban la preservación del *statu quo* en los Balcanes. En estos años, la política oficial rusa se basó en un compromiso firme con el equilibrio de poder europeo, y a partir de ello, Gorchakov consiguió una importante victoria diplomática con la anulación de las cláusulas referidas al mar Negro del Tratado de París en una conferencia de las potencias europeas celebrada en Londres en 1871. Pero, extraoficialmente, la política de Rusia siguió patrocinando el movimiento paneslavo en los

Balcanes, una estrategia coordinada por Ignatiev desde la embajada rusa en Constantinopla y ejecutada a través de sus consulados en las capitales balcánicas. En sus memorias, escritas al final de su larga vida en la década de 1900, Ignatiev explicó que su objetivo en los Balcanes, durante las décadas de 1860 y 1870, había sido destruir el Tratado de París, recuperar el sur de Besarabia y controlar los Estrechos Turcos, directamente por medio de la conquista militar o indirectamente por medio de un tratado firmado con una Turquía dependiente, algo semejante a los tratados de los que Rusia se había beneficiado antes de la guerra de Crimea. «Todas mis actividades en Turquía y entre los eslavos –escribió– estuvieron inspiradas por [...] la idea de que Rusia sola podía controlar la península Balcánica y el mar Negro [...]. La expansión de Austria-Hungría tendría un freno, y los pueblos balcánicos, especialmente los eslavos, dirigirían su mirada exclusivamente hacia Rusia y aceptarían que su futuro dependiera de los rusos»[665].

En el verano de 1875, las revueltas de los cristianos contra el dominio turco en Herzegovina se extendieron hasta Bosnia, y luego hasta Montenegro y Bulgaria. Los levantamientos habían sido provocados por un súbito aumento de los gravámenes impuestos por el gobierno turco a los campesinos cristianos, después de que las malas cosechas habían dejado a la Puerta en medio de una crisis financiera. Pero las insurrecciones pronto cobraron el carácter de una guerra religiosa. Los líderes de las sublevaciones buscaron apoyo en Serbia y en Rusia. Alentados por Ignatiev, los nacionalistas serbios de Belgrado pidieron a su gobierno que enviara tropas para defender a los eslavos de los turcos, y reunirlos a todos en una Gran Serbia.

En Bulgaria, los rebeldes estaban mal armados y organizados, pero su odio a los turcos era intenso. En la primavera de 1876 la revuelta degeneró en masacres contra la población musulmana, que había aumentado enormemente desde la guerra de Crimea

como resultado de la inmigración de alrededor de medio millón de tártaros de Crimea y de circasianos que huyeron de los rusos trasladándose a Bulgaria. La tensión con los cristianos se intensificó cuando los recién llegados volvieron a un estilo de vida seminómada, lanzando ataques contra las poblaciones cristianas y robando ganado de una manera que los campesinos de la zona jamás habían experimentado antes. Por carecer de suficientes tropas regulares como para apaciguar a los búlgaros, las autoridades otomanas usaron a los Bashi Bazouks, tropas irregulares reclutadas en general entre la población musulmana local, quienes eliminaron brutalmente a sus vecinos cristianos, masacrando a alrededor de 12 000 personas. En la aldea montañesa de Batak, donde unos mil cristianos habían buscado refugio en la iglesia, los Bashi Bazouks incendiaron el edificio y quemaron vivos a todos salvo a una mujer que sobrevivió para contar la historia[666].

Las noticias de las atrocidades cometidas en Bulgaria se difundieron en todo el mundo. La prensa británica afirmaba que «decenas de miles» de aldeanos cristianos indefensos habían sido asesinados por «musulmanes fanáticos». La actitud del Reino Unido hacia Turquía experimentó un cambio drástico. La antigua política de promover las reformas del Tanzimat con la convicción de que los turcos eran discípulos bien dispuestos a incorporar el tipo de gobierno liberal inglés fue seriamente cuestionada, y para muchos cristianos quedó completamente descalificada por las masacres de Bulgaria. Gladstone, el líder de la oposición liberal cuyas opiniones en el ámbito de la política exterior estaban estrechamente relacionadas con sus principios morales de la Alta Iglesia Anglicana, encabezó la campaña popular destinada a promover la intervención británica en defensa de los cristianos balcánicos para protegerlos de la violencia turca. Gladstone había dado apenas un apoyo cauteloso a la guerra de Crimea. Era hostil, por razones religiosas, a la presencia de los turcos en Europa, y desde hacía tiempo había deseado usar la influencia británica

para conseguir mayor autonomía para los cristianos en el Imperio otomano. En 1856 incluso impulsó la idea de crear un nuevo imperio griego en los Balcanes para proteger a los cristianos, no sólo de los musulmanes de Turquía, sino también de los rusos y del Papa[667].

La reacción más fuerte ante las atrocidades de Bulgaria se suscitó en Rusia. La simpatía por los búlgaros envolvió a toda la sociedad educada con una oleada de sentimiento patriótico, intensificado por el deseo nacional de venganza contra los turcos después de la guerra de Crimea. De todos los sectores surgieron voces que pedían una intervención rusa para proteger a los búlgaros: voces de eslavófilos, como Dostoyevski, que consideraba que una guerra para liberar a los eslavos balcánicos era la concreción del destino histórico de Rusia que debía unir a los ortodoxos; y de occidentalizantes como Turguénev, que creía que el deber del mundo liberal era liberar a la sometida Bulgaria. Era una oportunidad de oro para que los paneslavos concretaran sus sueños.

Oficialmente, el gobierno ruso denunció las revueltas cristianas en los Balcanes. Estaba a la defensiva, tras haber sido acusado por los gobiernos occidentales de instigar la sublevación. Pero la opinión de los paneslavos, y en particular del periódico *Russkii mir* («Mundo ruso»), del que era propietario y editor Cherniaev, el exgobernador de Turkestán, se manifestó a favor de la causa de los cristianos balcánicos y pidió al gobierno que le diera su apoyo. «Si dices apenas una palabra, Rusia –predecía *Russkii mir*–, y no sólo todos los Balcanes […] sino todos los pueblos eslavos […] se alzarán en armas contra sus opresores. En alianza con sus 25 millones de correligionarios ortodoxos, los rusos inspirarán miedo a toda Europa Occidental».

Todo dependía de la actitud de Serbia, «el Piamonte de los Balcanes», según palabras de Cherniaev. El zar y Gorchakov advirtieron a los líderes serbios de que no intervinieran en los le-

vantamientos, aunque en privado simpatizaban con los paneslavos («Hagan lo que quieran siempre que nosotros no estemos oficialmente enterados», dijo el barón Jomini, el jefe en ejercicio del Ministerio de Exteriores ruso, a un miembro del Comité de San Petersburgo). Alentados por Ignatiev y por el cónsul ruso en Belgrado, así como por la llegada de Cherniaev en abril, como voluntario en la lucha por la causa eslava, los líderes serbios declararon la guerra a Turquía en junio de 1876[668].

Los serbios contaban con la intervención armada de Rusia. Cherniaev estaba a cargo de su ejército principal. Junto con su presencia, las promesas de Ignatiev los habían inducido a creer que este conflicto sería una repetición de la guerra de los Balcanes de 1853-1854, cuando Nicolás I había enviado su ejército a los principados del Danubio con la expectativa –que fue defraudada en última instancia– de que podría estimular a los eslavos a declarar una guerra de liberación. En Rusia, la opinión pública era cada vez más beligerante. La prensa nacionalista pedía al ejército que defendiera a los cristianos contra los turcos. Los grupos paneslavos enviaron voluntarios para unirse a la lucha, y alrededor de cinco mil hombres viajaron a Serbia[669]. Se organizaron suscripciones para enviar dinero a los eslavos. Los sentimientos proeslavos inundaron toda la sociedad. La gente hablaba de la guerra como de una cruzada, una repetición de la guerra contra los turcos del año 1854.

En el otoño de 1876 la fiebre bélica se había propagado a la corte rusa y a los círculos gubernamentales del imperio. El ejército de Cherniaev se enfrentaba a una derrota. Respondiendo a sus desesperados pedidos de ayuda, el zar envió un ultimátum a la Puerta y movilizó sus tropas. Eso bastó para obligar a los turcos a terminar las hostilidades contra los serbios, quienes obedientemente sellaron la paz con ellos. Abandonando a los serbios, los rusos trasladaron su respaldo a los búlgaros y declararon su autonomía, algo que los turcos se negaron a aceptar. Con

la neutralidad de Austria asegurada a cambio de promesas de nuevas adquisiciones en Bosnia y Herzegovina, en abril de 1877 Rusia volvió a declarar la guerra a Turquía.

Desde el principio, la ofensiva rusa en los Balcanes asumió el carácter de una guerra religiosa. Recordaba intensamente el inicio de la fase rusoturca de la guerra de Crimea. Cuando los rusos cruzaron el Danubio bajo el mando del gran duque Nicolás, se les unieron irregulares eslavos, búlgaros y serbios, algunos de ellos exigiendo dinero para combatir, pero la mayoría decididos a luchar por su causa nacional contra los turcos. Era la clase de guerra cristiana que Nicolás había deseado cuando sus tropas habían cruzado el Danubio en 1853-1854. Alentado por el levantamiento de los eslavos, Alejandro consideró la posibilidad de avanzar hasta apoderarse de Constantinopla e imponer a los turcos un acuerdo ruso sobre los Balcanes. Estaba apremiado para hacerlo no sólo por la prensa paneslava, sino por su propio hermano, el gran duque Nicolás, quien le escribió después de que sus ejércitos habían capturado Adrianópolis, a poca distancia de Constantinopla, en el mes de enero de 1878: «Debemos ir hasta el centro, a Zargrado, y allí finalizar la sagrada causa que has asumido». Las esperanzas paneslavas habían llegado a su pináculo. «Constantinopla debe ser nuestra», escribió Dostoyevski, quien consideraba que la conquista de la ciudad por los ejércitos rusos era nada menos que la propia resolución divina de la Cuestión Oriental y el cumplimiento del destino histórico de Rusia de liberar a la cristiandad ortodoxa.

> No es sólo el magnífico puerto, no sólo el acceso a los mares y los océanos lo que obliga a Rusia tan fuertemente a dar resolución […] a esta desdichada cuestión, ni tampoco es siquiera la unificación y regeneración de los eslavos. Nuestro objetivo es más profundo, inconmensurablemente más profundo. Nosotros, Rusia, somos verdaderamente esenciales e inevitables, tanto para toda la cristiandad oriental como para todo el destino de la futura ortodoxia sobre la faz de la tierra, para su unidad. Eso es lo que nuestro pueblo y sus gobernantes siempre han entendido. En suma, esta terrible Cuestión Oriental es virtualmente

> todo nuestro destino para los años venideros. Contiene, por así decirlo, todos nuestros propósitos y, principalmente, es nuestra única manera de alcanzar la plenitud de la historia[670].

Alarmados por el avance de las tropas rusas hacia Adrianópolis, los británicos ordenaron a su flota del Mediterráneo que traspusiera los Dardanelos, y el Parlamento aprobó que se recaudaran 6 millones de libras para propósitos militares. Fue una repetición de los movimientos que condujeron a la guerra de Crimea. Bajo la presión de los británicos, los rusos accedieron a firmar un armisticio con los otomanos, pero siguieron avanzando hacia Constantinopla, y sólo se detuvieron ante la amenaza de la Royal Navy en San Stefano, un poblado situado justo en los suburbios de la capital turca, donde el 3 de marzo firmaron un tratado con los turcos. Según el Tratado de San Stefano, la Puerta accedía a reconocer la plena independencia de Rumania, Serbia y Montenegro, así como la autonomía de un gran Estado búlgaro (que incluiría Macedonia y parte de Tracia). A cambio de una estrecha franja de tierra situada al sur del Danubio, Rumania devolvía a Rusia el sur de Besarabia, el territorio que les había quitado a los rusos el Tratado de París. Con la restauración de su estatus en el mar Negro siete años antes, Rusia había conseguido revertir todas las pérdidas que había sufrido después de la guerra de Crimea.

El Tratado de San Stefano fue casi completamente obra de Ignatiev. Era la concreción de una parte importante de sus sueños paneslavos. Pero resultaba totalmente inaceptable para las potencias occidentales, que no habían ido a la guerra en 1854 para detener el acoso de los rusos contra los turcos sólo para permitirles hacer exactamente lo mismo veinticuatro años después. En el Reino Unido, los viejos sentimientos bélicos contra Rusia se expresaron por medio del «jingoísmo», un nuevo estilo agresivo de resolutiva política exterior resumido en la nueva canción de moda en las tabernas y los espectáculos de variedades:

No queremos luchar pero por Jingo lo haremos
Tenemos los barcos, tenemos los hombres, tenemos el dinero
Ya antes luchamos contra el Oso, y mientras seamos ingleses de verdad
Los rusos Constantinopla no tendrán.

Temiendo la intervención británica y una posible repetición de la guerra de Crimea, el zar ordenó al gran duque que retirara sus tropas al Danubio. Durante la retirada, los soldados participaron en venganzas contra los musulmanes de Bulgaria, a los que se unieron los voluntarios cristianos, quienes también solían instigarlas: varios cientos de miles de musulmanes escaparon de Bulgaria hacia el Imperio otomano con la finalización de la guerra rusoturca.

Decididas a detener la expansión del poder ruso en los Balcanes, las grandes potencias se reunieron en el Congreso de Berlín para revisar el Tratado de San Stefano. La principal objeción de los británicos y los franceses era el establecimiento de una Gran Bulgaria, a la que consideraban un caballo de Troya de los rusos que amenazaba el Imperio otomano en Europa. Con acceso directo al mar Egeo en Macedonia, este Estado búlgaro agrandado podía ser fácilmente usado por los rusos para atacar los Estrechos Turcos. Los británicos obligaron a los rusos a acceder a la división de Bulgaria, mediante la devolución de Macedonia y Tracia al control directo de los otomanos. Una semana antes del Congreso de Berlín, Benjamin Disraeli, el primer ministro británico, había concluido una alianza secreta con los otomanos contra Rusia, por la cual al Reino Unido se le permitía ocupar la estratégica isla de Chipre y traer tropas de la India. La revelación de esta alianza, junto con las amenazas de guerra enunciadas por Disraeli, obligaron a los rusos a aceptar estas exigencias.

El Congreso de Berlín acabó con las esperanzas paneslavas de Rusia. Ignatiev fue relevado de su cargo de enviado del zar en Constantinopla y pasó al retiro. Al regresar a Londres, donde recibió una bienvenida de héroe, Disraeli afirmó que había traído

consigo de Berlín «una paz con honor». Comunicó a la Cámara de los Comunes que el Tratado de Berlín y la Convención de Chipre protegerían al Reino Unido y a su ruta hacia la India de las agresiones rusas durante muchos años. Pero las tensiones en los Balcanes no se diluirían. En muchos aspectos, el Congreso sembró las semillas de las futuras guerras balcánicas y de la Primera Guerra Mundial al dejar sin resolver tantas disputas fronterizas. Sobre todo, el problema fundamental de la Cuestión Oriental, el «hombre enfermo de Europa», Turquía, siguió sin cura alguna. Tal como reconoció el secretario de Exteriores británico, el marqués de Salisbury, a su regreso de Berlín: «Estableceremos una vez más una especie de enclenque dominio turco al sur de los Balcanes. Pero no es más que un respiro. Ya no tiene ninguna vitalidad»[671].



En Jerusalén, donde habían empezado todos estos conflictos internacionales, la finalización de la guerra de Crimea se proclamó el 14 de abril de 1856. Una salva disparada por los cañones del castillo anunció que el pachá había sido informado de la paz, y sus tropas se congregaron en la plaza pública situada junto a la Puerta de Jaffa para recitar las plegarias de agradecimiento conducidas por el imán. Era la misma plaza a la que las tropas habían sido convocadas en septiembre de 1853 para ir a luchar por su sultán en contra de Rusia[672]. La historia había descrito un círculo completo en Jerusalén.

Doce días más tarde, el 26 de abril, las viejas rivalidades religiosas volvieron a entrar en erupción. Estallaron riñas entre los griegos y los armenios durante la ceremonia del Fuego Santo celebrada en la iglesia del Santo Sepulcro. Durante varios días antes de la sagrada ceremonia, grupos rivales de peregrinos habían introducido clandestinamente diversas armas en la iglesia y las habían escondido allí. Otros fueron abastecidos de cuchillos y

pinchos de hierro que les arrojaron por una ventana próxima al techo del convento de San Nicolás. No quedó claro cómo se inició la pelea, informó tres días después el cónsul británico Finn, quien fue testigo de la riña, pero «durante el conflicto los proyectiles también fueron lanzados hacia arriba, hasta las galerías, demoliendo filas de lámparas y rasgando cuadros eclesiásticos que representaban a los más sagrados personajes de la fe –el vidrio y el aceite caían sobre sus cabezas– y muchas lámparas de plata sujetas por cadenas de plata fueron descolgadas con violencia y desaparecieron desde entonces». El pachá abandonó su sitio en la galería y ordenó a su guardia que subiera para separar a los combatientes. Pero sufrió una herida grave debida a un golpe recibido en la cabeza y tuvo que ser sacado en andas sobre los hombros de sus guardias –la turba que ocupaba la iglesia era demasiado densa como para permitir otra clase de traslado–. Su secretario también resultó golpeado. Finalmente, un escuadrón de soldados del pachá acorraló a los agitadores, los asistentes eclesiásticos limpiaron el desastre y la ceremonia del Fuego Santo se realizó como siempre, con los monjes de guardia ante la tumba de Cristo, la congregación entonando «El Señor es misericordioso», hasta que apareció el patriarca llevando velas encendidas y, mientras sonaban las campanas de la iglesia, los peregrinos se apiñaron a su alrededor para encender sus antorchas con las llamas milagrosas[673].

Epílogo

La guerra de Crimea en el mito y la memoria

La finalización de la guerra de Crimea fue celebrada con modestas festividades en el Reino Unido. Flotaba una sensación de desilusión generalizada debido a que la paz se había sellado antes de que las tropas hubieran logrado una victoria importante que pudiera igualar a la de los franceses en Sebastopol, y a que el país no había logrado entablar una guerra más amplia contra Rusia. Mezclado con esta sensación de fracaso, también estaba presente un sentimiento de indignación y vergüenza nacional por los errores garrafales del gobierno y de las autoridades militares. «Reconozco que la paz es un nudo en mi garganta –anotó en su diario la reina Victoria el 11 de marzo–, y lo mismo le ocurre a *toda* la nación». No hubo en Londres ningún gran desfile triunfal, ninguna ceremonia oficial para dar la bienvenida a las tropas que regresaban a casa, las cuales arribaron a Woolwich con aspecto muy «tostado por el sol», según la reina. Observando cómo desembarcaban los soldados de varios barcos el 13 de marzo, pensó que eran «la imagen de *verdaderos* luchadores, unos hombres tan altos y fuertes, algunos tan asombrosamente apuestos… y todos ellos con un porte muy orgulloso, noble, soldadesco. […] Todos tenían largas barbas y estaban pesadamente cargados con grandes

mochilas, con sus capas y mantas encima, cantimploras y morrales repletos, y además llevaban sus mosquetes»[674].

Pero aunque no hubo celebraciones jubilosas, sí hubo monumentos conmemorativos. Literalmente cientos de placas y monumentos, pagados en general por grupos privados y erigidos en memoria de los soldados caídos y desaparecidos en los cementerios de las iglesias, los barracones de los regimientos, los hospitales y las escuelas, los edificios municipales y museos, en las plazas de las ciudades y los jardines de las aldeas de toda la nación. De los 98 000 soldados y marineros británicos enviados a Crimea, más de uno de cada cinco no regresó: 20 813 hombres murieron en la campaña, el 80 por ciento de ellos por enfermedad o epidemias[675].

Como reflejo de este sentimiento público de duelo y admiración por el sufrimiento de las tropas, el gobierno encargó un monumento conmemorativo dedicado a los Guardias para honrar la memoria de los héroes de la guerra de Crimea. El enorme conjunto de John Bell –tres guardias de bronce (del regimiento Coldstream, de los Fusileros y de los Granaderos), hechos con el metal de los cañones rusos capturados, haciendo guardia al pie de la figura clásica del Honor– fue inaugurado en Waterloo Place, en la intersección de Lower Regent Street y Pall Mall, en Londres, en 1861. Las opiniones sobre las cualidades artísticas del monumento estuvieron divididas. Los londinenses se referían a la figura del Honor como «el jugador de aros», porque las guirnaldas de hojas de roble que portaba en sus brazos extendidos recordaban los aros usados en ese juego. Muchos pensaban que el monumento carecía de la gracia y la belleza imprescindibles para una obra de tanta importancia (el conde Gleichen dijo más tarde que se veía mejor cuando había niebla). Pero su impacto simbólico no tuvo precedente. Fue, en el Reino Unido, el primer monumento conmemorativo de una guerra que elevó al estatus de héroes a los soldados rasos[676].

La guerra de Crimea produjo un cambio radical de la actitud británica hacia sus soldados. Sentó las bases del moderno mito nacional construido a partir de la idea del soldado que defiende el honor, los derechos y la libertad de la nación. Antes de la guerra, la idea del honor militar estaba definida por la aristocracia. Los atributos de galantería y de valor eran atribuidos a líderes marciales de cuna elevada, como el duque de York, el hijo de Jorge III y comandante del ejército británico contra Napoleón, cuya columna fue erigida en 1833, cinco años después de su muerte, con los fondos recaudados al deducir la paga de un día del salario de todos los soldados del ejército. Las pinturas militares reflejaban las proezas heroicas de deslumbrantes oficiales de la nobleza. Pero el soldado raso era ignorado. Situar el Memorial de los Guardias frente a la columna del duque de York era un símbolo del cambio fundamental de los valores victorianos. Representaba un desafío para el liderazgo de la aristocracia, que había quedado desacreditado por los errores de bulto cometidos en Crimea. Si antes el héroe militar inglés había sido un caballero todo «engalanado con encajes», ahora era un soldado raso, el «cabo Smith» o «Tommy» del folclore («Tommy Atkins»), que combatía valerosamente por el Reino Unido y ganaba las guerras pese a los catastróficos errores de sus generales. Ese relato prevaleció en la historia británica desde la guerra de Crimea y a través de la primera y la segunda guerras mundiales (y ha llegado más allá, hasta las guerras de épocas recientes). Como escribió en 1899 el soldado raso Smith de la Guardia Negra, tras una derrota en la guerra de los Bóeres.

El regimiento tuvo un día tan malo,
que mejor que teman nuestra reacción.
El error pagamos muy caro
que un general cometió en su salón.
¿Por qué nadie citó las trincheras?
¿Por qué el alambre de púas todos ignoramos?
Y por qué avanzamos en columnas,

Tommy Atkins hará estas preguntas certeras […].[677]

Tal como escribió el escritor Nathaniel Hawthorne en sus *Cuadernos ingleses*, el año 1854 «había hecho el trabajo de cincuenta años normales» para debilitar la aristocracia[678].

La mala conducción de la guerra también produjo una nueva seguridad en las clases medias, que se agruparon en torno de los principios de la competencia profesional, la industria, la meritocracia y la autoconfianza, en oposición a los privilegios por nacimiento. La guerra de Crimea les había proporcionado muchos ejemplos de iniciativas profesionales que habían ido al rescate de la mal conducida campaña militar: el trabajo de enfermería de Florence Nightingale, la pericia culinaria de Alexis Soyer, el ferrocarril de Balaclava de Samuel Peto o los albañiles de Joseph Paxton, que fueron enviados a construir las cabañas de madera que protegieron a los soldados británicos de las inclemencias del segundo invierno en los altos de Sebastopol. Gracias a la prensa, a la cual escribían dando consejos prácticos y opiniones, las clases medias se involucraron activamente en la conducción diaria de la guerra. Políticamente, la clase media fue la que verdaderamente triunfó, ya que, en su fase final, la guerra era conducida según principios profesionales. Un signo de su triunfo fue que en las décadas que siguieron, tanto los gobiernos *whig* como los conservadores y liberales aprobaron reformas que promovían los ideales de la clase media: la concesión de franquicias a las clases profesionales y de artesanos; la libertad de prensa; una mayor apertura e información por parte del gobierno; meritocracia; tolerancia religiosa; educación pública, y una actitud de mayor cuidado hacia las clases trabajadoras y los «pobres dignos de ayuda», generada, entre otras cosas, por la preocupación por el sufrimiento de los soldados durante la guerra de Crimea. (Esa preocupación fue el impulso para efectuar una serie de reformas en el ejército, realizadas entre 1868 y 1871 por lord Cardwell, el ministro de Guerra de Gladstone. La compra de cargos fue reem-

plazada por un sistema de promoción basado en el mérito; el período de reclutamiento de soldados rasos se redujo drásticamente; el pago y las condiciones de vida de los soldados mejoraron sustancialmente, y los azotes fueron prohibidos en épocas de paz).

La nueva confianza de la clase media británica fue ejemplificada por el caso de Florence Nightingale. Volvió de Crimea como heroína nacional, y su imagen fue muy vendida en postales conmemorativas, estatuillas y medallones. La revista *Punch* la presentó como Britannia llevando una lámpara en vez de un escudo, una lanceta en vez de una lanza, y con estos versos sugería que Nightingale era más digna de la adoración pública que cualquier deslumbrante noble oficial:

La flotante espuma del elogio público
que una brisa arbitraria lleva a cualquier lado,
se posa en los trofeos, brillantes unos días,
que caen luego en la herrumbre de los siglos.
El corazón público tendrá alimento,
pero no tiene arte para elegirlo,
acepta lo que está más a mano, piedras
por pan, antes que el ayuno, no rechazará.
Por eso el hambre de venerar al héroe
se ancla en los ídolos más bajos, en santuarios
chabacanos, donde Cardigan se florea,
con plumas y encajes, o Hudson reluce en el bronce.
Pero cuando sobre los plebeyos
se lanza un nombre de gloria genuina,
no lo desdeñemos porque tantas guirnaldas
coronan santuarios indignos.
El pueblo, aunque salvaje o débil, aún tiene
nobles instintos que lo guían:
suele encontrar falsos dioses, cuando busca auténticos;
pero los auténticos, si los halla, jamás ha rechazado.
Y ahora, pese a todo lo que, apresurada, indignamente,
se le ofrece al aplauso popular,
el verdadero y profundo corazón inglés

ha ardido por la sagrada causa de esta gran mujer[679].

En las obras teatrales populares y en las baladas de salón, la dedicación patriótica de Nightingale sirvió para compensar el daño infligido al orgullo nacional por el reconocimiento de que la estupidez y la mala conducción habían causado a los soldados un mayor sufrimiento que cualquier acción del enemigo. Por ejemplo, en una obra teatral, *The War in Turkey*, representada en el salón Britannia de Londres, había una serie de escenas cómicas que ridiculizaban la incompetencia de las autoridades británicas, seguidas de una escena en la que aparece «la señorita Pájaro[680]» (Nightingale) y resuelve todos los problemas que nadie resolvió. La escena termina con una enseñanza moral: «En esta joven vemos auténtico heroísmo; el corazón que late en su pecho es capaz de cualquier acción heroica»[681]..

La leyenda de la Dama de la Lámpara se convirtió en parte del mito nacional británico, y fue contada en innumerables historias, textos escolares y biografías de Florence Nightingale. Contenía los elementos básicos del ideal victoriano de clase media: un relato cristiano sobre la devoción, las buenas obras y la abnegación de las mujeres; un relato moral sobre la superación personal y la salvación de los pobres dignos de ayuda; un relato doméstico de limpieza, buena administración del hogar y el progreso de la casa; una historia sobre la determinación individual y la reafirmación de la voluntad con respecto a las aspiraciones profesionales, y un relato público sobre la reforma sanitaria y hospitalaria, a la que Nightingale se dedicaría durante el resto de su larga vida después de su regreso de Crimea.

En 1915, cuando el Reino Unido estaba nuevamente en guerra, esta vez con Rusia de su lado, se añadió una estatua de la Dama de la Lámpara al Memorial de la guerra de Crimea, que fue trasladado nuevamente a Regent Street para poder alojar la nueva escultura. La estatua de Nightingale fue acompañada por otra, traída del Ministerio de Guerra, de un pensativo Sidney

Herbert, el secretario de Estado de Guerra que la había enviado a Crimea[682]. Era un tardío reconocimiento público de un hombre que había sido depuesto de su cargo durante la guerra de Crimea, en parte a causa de sus conexiones familiares con Rusia.



La soleada mañana del viernes 26 de junio de 1857, la reina y el príncipe Alberto asistieron al desfile de los veteranos de Crimea en Hyde Park. Por mandato real del mes de enero anterior, la reina había instituido una nueva medalla, la Cruz Victoria, para recompensar el valor de los soldados, independientemente de su clase o de su rango. Otros países europeos tenían esa clase de premios desde hacía mucho tiempo: los franceses, la Legión de Honor desde 1802; los holandeses, la Orden Militar de Guillermo, e incluso los rusos tenían una medalla al mérito desde antes de 1812. Sin embargo, en el Reino Unido no había un sistema militar de honores destinado a reconocer la valentía de los soldados sobre la base del mérito, sino que tan sólo existía uno para recompensar a los oficiales. Los artículos de guerra escritos por Russell y publicados en *The Times*, y los de otros periodistas, habían concitado la atención del público británico con respecto a muchos actos de valentía de los soldados rasos; esos artículos habían descrito los sufrimientos de los soldados en términos heroicos, lo que generó un sentimiento generalizado de que era necesario crear una nueva condecoración para reconocer sus acciones. Sesenta y dos veteranos de Crimea fueron elegidos para recibir las primeras Cruces Victoria, una pequeña medalla de bronce supuestamente hecha con el metal de los cañones rusos capturados en Sebastopol[683]. En la ceremonia realizada en Hyde Park, cada uno de ellos, por turno, se inclinó ante la reina mientras lord Panmure, el secretario de Estado de Guerra, leía su nombre en voz alta y mencionaba su acto de valor. Entre estos primeros receptores del más alto honor militar inglés, se contaban dieciséis

soldados rasos del ejército, cuatro artilleros y un zapador, dos marineros y tres contramaestres[684].

La institución de la Cruz Victoria no sólo confirmaba el cambio de la idea del heroísmo, sino que también señalaba un nuevo respeto por la guerra y los guerreros. Los soldados que habían recibido la Cruz Victoria descubrieron que sus acciones eran conmemoradas en una multitud de libros de posguerra que exaltaban el valor de los hombres de armas. El más popular, *Our Soldiers and the Victoria Cross*, fue publicado por Samuel Beeton, famoso por haber editado el libro de su esposa, *Mrs Beeton's Book of Household Management*, en 1861. Escrito para inspirar y enseñar a los niños, el prefacio de *Our Soldiers* afirmaba:

> Los muchachos –dignos de ese nombre– son naturalmente valientes. ¡Qué visiones aquellas que aparecen ante los jóvenes… qué palabras valerosas pronunciar, qué acciones valerosas realizar… con cuánto valor… de ser necesario… sufrir! […]. Ésa es la idea principal de este libro sobre soldados… que pretende mantener viva la valentía de la juventud en la experiencia de la edad adulta[685].

El culto didáctico de la hombría animaba dos importantes novelas británicas que transcurrían con el telón de fondo de la guerra de Crimea: *Two Years Ago* (1857), de Charles Kingsley, y *Ravenshoe* (1861), de Henry Kingsley. También era el tema dominante de *Westward Ho!* (1855), de Charles Kingsley, una historia de aventuras en el Nuevo Mundo situada en la época de la Armada española, inspirada por el militarismo y la xenofobia del Reino Unido durante la guerra de Crimea. Su propio autor lo describió en 1854 como «un libro muy despiadado y sanguinario (justo lo que la época pide, según creo)»[686].

La defensa de la guerra también era la espina dorsal de la novela, enormemente influyente, *Tom Brown's Schooldays* (1857), de Thomas Hughes, cuya escena más famosa, la pelea entre Tom y el matón Slogger Williams, claramente pretendía ser leída por el

público como una lección moral sobre la reciente guerra contra Rusia:

> De la cuna a la tumba, luchar, correctamente entendido, es la tarea, la tarea más elevada y honesta de todo hijo de hombre. Cualquiera que valga la pena tiene sus enemigos, que deben ser derrotados, ya sean los malos pensamientos y hábitos propios, o la perversidad espiritual en sitios elevados, o los rusos, o los Rufianes de Frontera[687], o Bill, Tom o Harry, que no lo dejarán vivir en paz mientras no les haya dado una buena paliza. No es bueno que los cuáqueros, o cualquier otro grupo de hombres, alcen su voz contra la lucha. La naturaleza humana es demasiado fuerte para ellos, y no cumplen con sus propios preceptos. Cada uno de ellos está enzarzado en su propia lucha, de alguna manera y en alguna parte. El mundo podría ser mejor sin la lucha, por lo que sé, pero no sería nuestro mundo, y por lo tanto estoy en contra de clamar por la paz cuando no hay paz, y no puede haberla. [...] [Decir «no» a una incitación a luchar es] una prueba del mayor coraje, si se hace por verdaderos motivos cristianos. Es correcto y justificable si se hace por una simple aversión al dolor físico y al peligro. Pero no digas «no» porque temas recibir una paliza y digas o pienses que eso es por temor de Dios, porque no es una actitud cristiana ni honesta[688].

Este fue el origen del culto de la «cristiandad musculosa», el concepto de los «soldados cristianos» que luchaban en guerras justas que llegaron a definir la misión imperial de la era victoriana. En este momento los británicos empezaron a cantar en la iglesia:

Adelante soldados de Cristo, marchando hacia el combate,
con la cruz de Jesús enarbolada al frente.
Contra el enemigo Cristo, el gran General nos guía.
¡Al fragor de la lucha Sus estandartes van!
(1864).

La defensa de la «cristiandad musculosa» fue expresada por primera vez en una reseña de la novela de Kingsley *Two Years Ago*, en 1857, un año en el que la idea del «soldado cristiano» fue reforzada por las acciones de las tropas británicas, que sofocaron el Motín Indio. Pero la idea de entrenar a los muchachos para luchar por las causas cristianas también ocupó un lugar prominente en la secuela de la novela de Hughes *Tom Brown's Schooldays*,

titulada *Tom Brown at Oxford* (1861), donde los deportes atléticos son ensalzados como constructores del carácter viril, del trabajo en equipo, la caballerosidad y la fortaleza moral, cualidades que habían logrado que los británicos descollaran en el combate. «Hasta el último de los cristianos musculosos alberga dentro de sí la antigua convicción caballeresca y cristiana de que el cuerpo de un hombre le es dado para ser entrenado y sometido a sujeción, para ser usado luego para la protección de los débiles, la defensa de las causas justas y el dominio de la tierra que Dios ha concedido a los hijos de los hombres.»[689] El centro de este ideal estaba representado por una nueva concentración en el entrenamiento físico y el dominio del cuerpo como forma de fortalecimiento moral, con el objetivo de librar una guerra santa. Era una cualidad asociada con el vigor y la resistencia de los sufrientes soldados de Crimea.

Pero ese sufrimiento también desempeñó un papel en la transformación de la imagen pública de las tropas británicas. Antes de la guerra, las respetables clases medias y altas habían considerado a los soldados del escalafón interior del ejército británico como poco más que una turba disoluta; hombres borrachos e indisciplinados, brutales e irreverentes, provenientes de los sectores más pobres de la sociedad. Pero el martirio sufrido por los soldados en Crimea había puesto al descubierto sus almas cristianas y los había convertido en objetos de «buenas obras» y de devoción evangélica. La atención religiosa prestada a la tropa aumentó drásticamente durante la guerra. El ejército duplicó su número de capellanes y todos los soldados recibieron gratuitamente una Biblia, cortesía de las donaciones hechas por la clase media a la Sociedad para la Promoción del Saber Cristiano y a la Sociedad Bíblica Naval y Militar[690].

A los ojos de muchos evangélicos, los soldados cambiaron de papel y se transformaron en figuras piadosas, mártires de una causa santa. Entre esos evangélicos se contaba Catherine Marsh,

cuya vívida y sentimental hagiografía, *Memorials of Captain Hedley Vicars, Ninety-Seventh Regiment* (1856), vendió más de 100 000 ejemplares en los primeros años que siguieron a su publicación, y que reapareció en numerosas ediciones abreviadas y juveniles hasta la Primera Guerra Mundial. Compilado a partir del diario de Vicars y de las cartas dirigidas a su madre desde Crimea, *Memorials* estaba dedicado al «noble ideal del soldado cristiano» y ofrecido al público como «una fresca y amplia refutación de aquellos que, aun ante ejemplos que los desmienten, todavía sostienen que la completa entrega del corazón a Dios debe impedir que un hombre se dedique a muchas de las obligaciones activas de la vida y [...] que para hacer a un buen cristiano hay que arruinar a un buen soldado». Vicars es descrito como un soldado santo, un héroe abnegado que lleva la carga de sus compañeros en los altos de Sebastopol, compartiendo con ellos su comida y su tienda, cuidándolos y leyéndoles la Biblia cuando están enfermos. Vicars guía a sus hombres en una «guerra santa» contra los rusos, que son calificados de «paganos», «infieles» y «salvajes». Sufre una herida mortal en la incursión del 22 al 23 de marzo de 1855, y su muerte es comparada con el martirio en el capítulo final del libro de Marsh («Victory»), que tiene como prefacio unos versos de Longfellow (una versión del poeta español Jorge Manrique):

Su alma hacia El que se la dio subió con gozo,
y Dios la llevó a su largo reposo,
¡a su descanso eterno!
Y aunque se había puesto el sol del guerrero,
su luz seguirá alumbrando el mundo entero,
brillante, luminosa, un lucero.

Vicars fue sepultado en Sebastopol, pero en la iglesia de St George, en Bromley Road, de Beckenham, Kent, hay una placa de mármol blanco, tallada con la forma de un rollo de pergamino con una espada envainada detrás, en la que se han inscrito estas palabras:

A la gloria de Dios y a la amada memoria de Hedley Vicars capitán del 97.° Regimiento que por fe en la palabra de Dios de que «la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpiaba de todo pecado», pasó de la muerte del pecado a la vida de rectitud. Cayó en combate, y se durmió en Jesús, la noche del 22 de marzo, 1855. Y fue enterrado ante Sebastopol a los 28 años de edad[691].

Además de la santificación de los soldados y del nuevo ideal viril, el esfuerzo común de la guerra también pareció ofrecer la posibilidad de la unidad nacional y de la reconciliación necesarias para acabar con las divisiones de clase y con los conflictos industriales de las décadas de 1830 y 1840. En el semanario de Dickens *Household Words*, junto con la publicación por entregas de *North and South* (1855), una novela de Elizabeth Gaskell cuyo asunto es la finalización del conflicto de clases, apareció una serie de poemas de Adelaide Anne Procter, la poetisa favorita de la reina Victoria, que incluía «Las lecciones de la guerra»:

Los que gobiernan la nación,
los pobres que ante su puerta se congregan,
con igual ansiedad esperan
la misma noticia grandiosa.
Del pobre, su consuelo y subsistencia,
del rico, su orgullo y alegría,
están luchando lado a lado
en la costa de Crimea, tan sombría[692].

Una idea semejante puede encontrarse en el melodrama poético de Tennyson, *Maud* (1855), en el que un estado de «guerra civil» creado por la «codicia de ganancias» en el país da lugar a un final en el que el narrador considera la guerra en el extranjero como una causa más elevada y devota:

Sea como fuere, advierto los más altos propósitos
de una tierra que ha perdido un poco su deseo por el oro,
y su amor por una paz llena de errores y desdoros,
horribles, odiosos, monstruosos, insólitos;
y que celebra una vez más la bandera del combate.
Aunque muchas luces se apaguen y lágrimas se derramen
por los muertos en el choque entre reclamaciones discordantes,

la justa ira de Dios caerá sobre el que miente,
y muchas sombras a la luz saldrán
y brillarán al engendrar nombres gloriosos,
y bajo el sol será más libre el pensamiento generoso,
y el corazón de un pueblo latirá con igual deseo;
porque la paz, que no era paz alguna, ha terminado,
y ahora en la costa del mar Báltico y del Negro,
y en las letales bocas de las fortalezas arde
el capullo rojo sangre de la guerra, con corazón de fuego.
Que arda o que se extinga, y que la guerra sople como un viento,
ya hemos demostrado que llevamos una causa en el corazón,
que somos nobles todavía.
y yo mismo he despertado, según parece, a un pensamiento mejor:
es mejor luchar por el bien, que clamar contra el mal;
he sentido lo mismo que mi tierra natal, con los míos estoy aunado
me inclino ante el propósito de Dios, y el sino que nos ha asignado.

Los pintores eligieron el mismo tema. En la obra de John Gilbert, *Su Majestad la reina inspeccionando a los guardias Coldstream heridos en el vestíbulo del palacio de Buckingham* (1856), una pintura (lamentablemente perdida) que fue suficientemente popular como para ser reproducida como litografía en colores hasta una fecha tan tardía como 1903, hay un conmovedor patetismo en el encuentro de la reina con los héroes de Crimea heridos que sugiere la perspectiva de una unidad de los más encumbrados y los más humildes del país en la posguerra. La obra de gran tamaño de Jerry Barrett, *Primera visita de la reina Victoria a los soldados heridos* (1856), también apelaba al mismo sentimiento. Este cuadro sentimental de la familia real visitando a los inválidos de Crimea en el hospital militar de Chatham tuvo tanto éxito cuando fue exhibida por primera vez en la galería de Thomas Agnew, en Picadilly, que luego se vendieron varios miles de reproducciones en diversas ediciones, adquiridas por el público a un precio que oscilaba entre las tres y las diez guineas[693].

La propia reina se dedicó a coleccionar recuerdos fotográficos de los veteranos de Crimea. Encargó a fotógrafos comerciales

como Joseph Cundall y Robert Howlett que hicieran una serie de retratos conmemorativos de soldados mutilados y heridos en diversos hospitales militares, incluyendo el de Chatham, para incrementar la colección real en Windsor. Las notables fotografías de Cundall y Howlett llegaron más allá del ámbito de su patrocinadora. Por medio de exposiciones fotográficas y de su reproducción en la prensa ilustrada, transmitieron al público, en términos explícitos, el sufrimiento de los soldados y los costes humanos de la guerra. Estas fotografías, pioneras en su campo, eran muy diferentes de las elegantes imágenes de Fenton. Por ejemplo, en *Tres inválidos de Crimea* (1855), de Cundall y Howlett, los soldados de infantería heridos están sentados en una cama de hospital mostrando su carencia de miembros. En su expresión no se advierte emoción alguna, ni hay romanticismo ni sentimentalismo en su representación, sino que se trata simplemente de la documentación en blanco y negro del impacto de los disparos y de la congelación sobre el cuerpo humano. En sus notas, incorporadas a los archivos reales, Cundall y Howlett identificaron a los hombres como William Young, del 23.º Regimiento, herido en el Redan el 18 de junio de 1855; Henry Burland, del 34.º Regimiento, que perdió ambas piernas por el frío en las trincheras frente a Sebastopol, y John Connery, del 49.º, que también había perdido su pierna izquierda por congelación en las trincheras[694].

La conmemoración de la guerra de Crimea siguió proporcionando un tema atractivo a los artistas británicos hasta bien entrada la década de 1870. El más famoso de los cuadros sobre Crimea era *Pasando lista después de un combate, Crimea (1874)*, de Elizabeth Thompson (lady Butler), que causó sensación cuando fue exhibido en la Royal Academy. Tan numerosas eran las multitudes que iban a verlo que se apostó a un policía para protegerlo. Ya conocida por sus anteriores pinturas sobre temas militares, Thompson había concebido su *Pasar lista* (como se la llegó a co-

nocer popularmente) inmediatamente después de las reformas Cardwell, en un momento en que los temas militares ocupaban un lugar prominente en la vida pública. A partir de detallados bocetos de los veteranos de Crimea, Thompson creó una asombrosa composición, en la que los supervivientes de los granaderos, heridos, helados y absolutamente exhaustos, se reúnen tras el combate para que su oficial a caballo haga el recuento. La pintura era completamente diferente de las imágenes convencionales de la guerra, centradas en las gloriosas hazañas de galantes oficiales: aparte del oficial montado, la tela de dos metros de altura estaba enteramente ocupada por el sufrimiento de la clase de tropa. Despojada de todo viso de heroísmo, la obra permitía que el espectador mirara frente a frente el rostro de la guerra. Después de ser exhibido en la Royal Academy, el cuadro fue enviado a hacer una gira nacional, en la que atrajo inmensas multitudes allá donde recaló. En Newcastle, fue publicitado por hombres anuncio cuyos carteles decían simplemente: «¡Llega *Pasar lista* !».En Liverpool, 20 000 personas vieron la obra en tres semanas, un número enorme de personas para esa época. La gente salía profundamente conmovida por la pintura, que claramente había tocado el corazón de la nación. La reina compró *Pasar lista* a su comprador original, un industrial de Manchester, pero una empresa impresora conservó el derecho de reproducir la obra en una edición popular de grabados. La misma Thompson se convirtió en héroe nacional de la noche a la mañana. Un cuarto de millón de fotografías de la artista, bajo la forma de tarjetas de visita, se vendieron al público, quien la puso al mismo nivel que Florence Nightingale[695].

¿Qué dirán en Inglaterra
cuando se cuente allí la historia
de las grandes hazañas, en los altos del Alma,
de los valientes y su gloria?
¿Y de Rusia, soberbia a media mañana
y a la tarde humillada?

Dirán: «¡Ésta es la vieja Inglaterra!».
Dirán: «¡Muy bien hecho, qué proeza!».
¿Qué dirán en Inglaterra
cuando, callados por el miedo y el respeto,
los corazones amables, en nuestros felices hogares
piensen en los poderosos muertos,
y cavilen, con angustia sin voz,
sobre el padre, el hermano, el hijo?
Dicen en la vieja Inglaterra:
«Se cumplirá la voluntad de Dios».
¿Qué dirán en Inglaterra?
Nuestros nombres, noche y día,
repiten sus corazones y sus labios
cuando ríen, cuando lloran, cuando oran.
Vigilan en la tierra, ruegan a los cielos,
y entonces, ¡directos a la lucha!
¿Quién desfallece, quién tiene miedo
si Inglaterra celebra y Dios defiende a los buenos?
Reverendo J. S. B. Monsell
en The Girls Reading Book (1875)[696].

La guerra de Crimea dejó una profunda impresión en la identidad nacional inglesa. Para los escolares, fue un ejemplo de la actitud del Reino Unido, que decidió luchar contra el Oso ruso para defender la libertad: una simple lucha entre el Bien y el Poder, como la describió en esa época la revista *Punch*. La idea del hombre común corriendo a prestar ayuda a los débiles contra los tiranos y los matones se convirtió en parte del relato esencial del Reino Unido. Muchas de las mismas fuerzas emotivas que impulsaron al país a enzarzarse en la guerra de Crimea entraron otra vez en juego cuando fue a la guerra contra los alemanes en defensa de «la pequeña Bélgica» en 1914 y de Polonia en 1939.

Hoy, los nombres de Alma, Balaclava, Inkerman, Sebastopol, Cardigan y Raglan siguen habitando la memoria colectiva, principalmente por medio de los nombres de calles y *pubs*. Durante decenios después de la guerra de Crimea estuvo de moda bautizar a las niñas Florence, Alma, Balaclava, e Inkerman a los niños.

Los veteranos de la guerra llevaron esos nombres a todos los rincones del mundo: hay una ciudad llamada Balaclava en Australia Meridional y otra en Queensland; hay un Inkerman en Virginia Occidental, en el Australia Meridional y Occidental, en Queensland, en Victoria y Nueva Gales del Sur (Australia), así como en el condado de Gloucester (Canadá); hay Sebastopol en California, Ontario, Nueva Gales del Sur y Victoria, y un monte Sebastopol en Nueva Zelanda; hay cuatro ciudades llamadas Alma en Wisconsin, una en Colorado, dos en Arkansas y otras diez en Estados Unidos; otras cuatro Alma y un lago del mismo nombre en Canadá; dos ciudades llamadas Alma en Australia y un río del mismo nombre en Nueva Zelanda.



«Right Against Wrong». (El bien contra el mal) (Punch, 8 de abril de 1854).

También en Francia los nombres de Crimea se encuentran por todas partes, como recordatorios de una guerra en la que lucharon 310 000 franceses. Uno de cada tres no volvió a casa.

París tiene un puente de Alma, construido en 1856 y reconstruido en la década de 1970, que ahora es famoso principalmente por haber sido el escenario del choque fatal del automóvil de la

princesa Diana en 1997. Hasta entonces, era más conocido por su estatua de un zuavo (la única de las cuatro que fue conservada del viejo puente) por la que los parisinos aún siguen midiendo el nivel del agua (el río se declara innavegable cuando el agua pasa las rodillas del zuavo). París tiene una plaza del Alma y un bulevar de Sébastopol, ambos con estaciones de metro del mismo nombre. Hay un suburbio entero en el sur de París, originalmente construido como una ciudad independiente, que lleva el nombre de Malakoff (Malajov). En un principio llamado «Nueva California», el Malakoff fue construido en la década siguiente a la guerra de Crimea en tierras baratas, de cantera, en el valle de Vanves, por Alexandre Chauvelot, el más exitoso de los promotores inmobiliarios de la Francia del siglo XIX. Chauvelot aprovechó la breve locura francesa por conmemorar la victoria de Crimea construyendo jardines de esparcimiento en el nuevo suburbio, para aumentar así su atractivo para los artesanos y trabajadores del atestado centro parisino. La principal atracción de los jardines era la torre Malakoff, un castillo construido a imagen y semejanza del bastión ruso, edificado en un parque temático con zanjas, colinas, refugios y grutas, junto con un quiosco para las bandas de música y un teatro al aire libre, donde multitudes enormes se reunían para ver las reconstrucciones de las batallas de Crimea o para cualquier otro entretenimiento que se les ofreciera durante los meses de verano. Fue con la aquiescencia de Napoleón que Nueva California fue rebautizada Malakoff, en honor de la primera gran victoria militar de su régimen, en 1858. Desarrollado como solares privados para viviendas, el suburbio creció rápidamente durante la década de 1860. Sin embargo, tras la derrota que Francia sufrió ante Prusia en 1870, la torre Malakoff fue derruida por orden del alcalde Vanves, quien pensó que era un cruel recordatorio de un pasado más glorioso.

Otras torres Malakoff se construyeron en ciudades y aldeas de todas las provincias francesas. Muchas de ellas sobreviven en la

actualidad. Hay torres Malakoff en Sivry-Courtry (Seine-et-Marne), Toury-Lurcy (Nièvre), Sermizelles (Yonne), Nantes y Saint-Arnaud-Montrond (Cher), así como en Bélgica (en Dison y Hasard-Cheratte, cerca de Lieja), Luxemburgo y Alemania (Colonia, Bochum y Hanóver), Argelia (Orán y Argel) y en Recife, Brasil, una ciudad colonizada por los franceses después de la guerra de Crimea. En Francia misma, casi todas las ciudades tienen su calle Malakoff. Los franceses han dado el nombre de Malakoff a plazas y parques públicos, hoteles, restaurantes, quesos, champañas, rosas y *chansons*.

Pero pese a todas esas conmemoraciones, la guerra dejó mucho menos marca en la conciencia nacional francesa que en la inglesa. En Francia, el recuerdo de la guerra de Crimea fue anulado muy pronto por la guerra contra los austríacos en Italia (1859), la expedición francesa a México (1862-1866) y, sobre todo, por la derrota sufrida en la guerra franco-prusiana. En la actualidad, la guerra de Crimea es poco conocida en Francia. Es una «guerra olvidada».

En Italia y Turquía, como en Francia, la guerra de Crimea fue eclipsada por las guerras ulteriores, y rápidamente fue eliminada de los mitos y relatos nacionalistas que llegaron a dominar las formas en que esos países reconstruyeron su historia del siglo XIX.

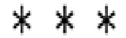
En Italia, hay pocos hitos que recuerden a los italianos el papel que su país desempeñó en la guerra de Crimea. Hasta en Piamonte, donde podría esperarse que la guerra fuera recordada, hay muy poco que sirva para conmemorar a los 2166 soldados que murieron en combate o por enfermedades, según las estadísticas oficiales, aunque el verdadero número de bajas casi sin duda fue mayor. En Turín, hay un Corso Sebastopoli y una Via Cernaia, en memoria de la única batalla importante en la que participaron los italianos. El pintor nacionalista Gerolamo Induno, que fue a Crimea con las tropas sardas e hizo muchos bocetos de

los combates que pudo presenciar, pintó varias escenas de batalla tras su regreso, en 1855, incluyendo *La batalla de Chernaya*, obra encargada por Víctor Manuel II, y *La captura de la torre Malakoff*. Ambos cuadros exaltaron el sentimiento patriótico durante algunos años en el norte de Italia. Pero la guerra de 1859 y todo lo que ocurrió después –la expedición de Garibaldi al sur; la conquista de Nápoles; la anexión de Venecia, arrebatada a los austríacos durante la guerra de 1866, y la unificación definitiva de Italia con la captura de Roma en 1870– pronto eclipsó por completo a la guerra de Crimea. Éstos fueron los acontecimientos definitorios del Risorgimento, la «resurrección» popular de la nación, que permitiría a los italianos ver la construcción de la Italia moderna. Por ser una guerra foránea encabezada por Piamonte y por Cavour, una figura problemática para la interpretación populista del Risorgimento, la campaña de Crimea no gozaba del atractivo necesario para ser conmemorada por los nacionalistas italianos. No hubo manifestaciones públicas a favor de la guerra, ni enrolamiento de voluntarios, ni grandes victorias o derrotas gloriosas en Crimea.

En Turquía, la guerra de Crimea no ha sido tanto olvidada como más bien borrada de la memoria histórica de la nación, aun cuando fue allí donde se inició la guerra y donde se produjeron cuantiosas bajas, unos 120 000 soldados, casi la mitad de las tropas movilizadas, según lo revelan las estadísticas oficiales. En Estambul hay monumentos conmemorativos de los soldados aliados que combatieron en la guerra, pero ninguno dedicado a la memoria de los soldados turcos. Hasta una fecha muy reciente, la guerra fue virtualmente ignorada por la historiografía turca. No encajaba en la versión nacionalista de la historia turca, y cayó entre la temprana «edad de oro» del Imperio otomano y la historia ulterior de Atatürk y el nacimiento del Estado turco moderno. De hecho, pese a la conclusión victoriosa del conflicto para los turcos, la guerra llegó a ser considerada un período ver-

gonzoso de la historia otomana, un punto decisivo de la decadencia del imperio, en el que el Estado incurrió en una enorme deuda y se volvió dependiente de las potencias occidentales, que resultaron ser finalmente falsos amigos. Los libros de texto de historia usados en casi todas las escuelas turcas atribuyen la decadencia de las tradiciones islámicas a la creciente intervención de Occidente en Turquía como resultado de la guerra de Crimea[697]. Y lo mismo puede encontrarse en las historias militares oficiales, como ésta, publicada por el Estado Mayor en 1981, que contiene una característica conclusión que refleja muchos aspectos del profundo resentimiento nacionalista que los musulmanes de Turquía experimentan hacia Occidente:

> Durante la guerra de Crimea Turquía casi no tenía amigos verdaderos en el mundo exterior. Los que parecían ser nuestros amigos no eran verdaderos amigos [...]. En esa guerra Turquía perdió todos sus fondos. Por primera vez se endeudó con Europa. Y peor aún, por participar en esa guerra con aliados occidentales, miles de soldados y civiles extranjeros pudieron ver de cerca los lugares más secretos y las carencias de Turquía [...]. Otro efecto negativo de la guerra fue que algunos círculos semiintelectuales de la sociedad turca empezaron a admirar las modas y valores occidentales, lo que les hizo perder su identidad. La ciudad de Estambul, con sus hospitales, escuelas y edificios militares, fue puesta a disposición de los comandantes aliados, pero los ejércitos aliados permitieron que los edificios históricos se incendiaran a causa de su negligencia [...]. El pueblo turco mostró su tradicional hospitalidad y ofreció sus residencias de la costa a los comandantes aliados, pero los soldados occidentales no mostraron el mismo respeto hacia el pueblo turco o las tumbas turcas. Los aliados impidieron que las tropas turcas desembarcaran en las costas del Cáucaso [para dar apoyo a la guerra de Shamil contra los rusos] porque eso contradecía sus intereses nacionales. En suma, los soldados turcos actuaron desinteresadamente y derramaron su sangre en todos los frentes de la guerra de Crimea, pero nuestros aliados occidentales se atribuyeron toda la gloria[698].



El efecto de la guerra sobre el Reino Unido sólo fue igualado por el impacto que tuvo en Rusia, donde los acontecimientos

desempeñaron un papel importante en la constitución de la identidad nacional. Pero ese papel fue contradictorio. Por supuesto, la guerra fue experimentada como una terrible humillación, que exacerbó resentimientos profundos contra Occidente por haberse puesto del lado de los turcos. Pero también alimentó cierto sentido de orgullo nacional en los defensores de Sebastopol, quienes sentían que los sacrificios que habían hecho y los motivos cristianos por los que habían luchado habían convertido su derrota en una victoria moral. El zar expresó esa idea en su Manifiesto a los rusos, escrito cuando se enteró de la caída de Sebastopol:

> La defensa de Sebastopol no tiene precedente en los anales de la historia militar, y ha conquistado la admiración, no sólo de Rusia, sino de toda Europa. Los defensores son dignos de ocupar un lugar entre los héroes que han cubierto de gloria a nuestra madre patria. Durante once meses, la guarnición de Sebastopol resistió los ataques contra nuestra tierra natal de un enemigo más fuerte, y en cada acción se distinguió por su extraordinario valor [...]. Sus proezas de coraje siempre serán una inspiración para nuestras tropas, que comparten su creencia en la Providencia y en la santidad de la causa rusa. El nombre de Sebastopol, que ha derramado tanta sangre, será eterno, y el recuerdo de sus defensores permanecerá siempre en nuestros corazones junto con el recuerdo de esos héroes rusos que lucharon en los campos de batalla de Poltava y Borodino[699].

El estatus heroico de Sebastopol le debía mucho a la influencia de los *Relatos de Sebastopol* de Tolstoi, que fueron leídos por casi todo el público ruso instruido en 1855-1856. Los *Relatos de Sebastopol* instauraron en la imaginación nacional la idea de una ciudad como microcosmos de ese especial espíritu «ruso» de resistencia y valentía que siempre había salvado el país en las oportunidades en que había sido invadido por un enemigo extranjero. Como escribió Tolstoi en los últimos párrafos de «Sebastopol en diciembre», compuesto en abril de 1855, en el momento culminante del asedio:

Así que ahora ya habéis visto a los defensores de Sebastopol en las líneas de defensa, y volvéis por vuestros mismos pasos, por algún motivo sin prestar atención ya a las balas de cañón y a los proyectiles que siguen silbando en vuestro camino de regreso al teatro demolido [es decir, la ciudad de Sebastopol], y camináis en un estado de calma y de exaltación. La convicción esencial, tranquilizadora que os invade es que es prácticamente imposible que Sebastopol pueda ser capturada por el enemigo alguna vez. No sólo eso: estáis convencidos de que la fuerza del pueblo ruso no puede flaquear nunca, sin importar en qué parte del mundo se la ponga a prueba. Esta imposibilidad la habéis observado, no en la proliferación de travesías, parapetos, trincheras ingeniosamente interconectadas, minas y piezas de artillería de las que no habéis entendido nada, sino en los ojos, las palabras y la conducta –eso que se denomina espíritu– de los defensores de Sebastopol. Lo que hacen, lo hacen de manera tan franca y directa, con tan poca tensión o esfuerzo, que estáis convencidos de que serían capaces de hacer cien veces más […] podrían hacer cualquier cosa. Ahora advertís que el sentimiento que los impulsa no tiene nada en común con esas emociones vanas, mezquinas y absurdas que vosotros mismos habéis experimentado, sino que es de una naturaleza completamente distinta y mucho más poderosa; los ha convertido en hombres capaces de vivir con tanta calma bajo una lluvia de balas de cañón, enfrentados a cien posibilidades de morir, como la gente que, como la mayoría de nosotros, sólo se enfrenta a una sola posibilidad de morir, y capaces de vivir, además, en esas condiciones mientras soportan la falta de sueño, la suciedad y el incesante trabajo duro. Los hombres no soportarán terribles condiciones como esas en nombre de ganar una cruz o un honor, o porque han sido amenazados: deben tener otra motivación más elevada. Esa motivación es un sentimiento que rara vez emerge en los rusos, pero que se halla profundamente arraigado en su alma: el amor por su tierra natal. Sólo ahora lo hace en los relatos de los primeros días del sitio de Sebastopol, cuando no había fortificaciones, ni tropas, cuando no había posibilidad física de conservar la ciudad y no obstante no había la menor duda de que no caería en manos enemigas; los días en que Kornilov, ese héroe digno de la antigua Grecia, decía mientras pasaba revista a sus tropas: «Moriremos, hombres, antes que entregar Sebastopol», y nuestros soldados rusos, nada versados en grandes frases, respondían: «¡Moriremos! ¡Viva!»; sólo ahora los relatos de esos días dejan de ser una bella leyenda histórica y se convierten en una realidad, en un hecho. Debéis experimentar una súbita y clara conciencia de que esos hombres que acabáis de ver son los mismos héroes que en esos días difíciles no permitían que sus espíritus decayeran, sino que más bien sentían que se elevaban mientras se preparaban a morir con alegría, no por la ciudad, sino por su tierra natal. Mucho tiempo persistirán en Rusia los rastros de esta épica de Sebastopol, cuyo héroe fue el pueblo ruso[700].

La «épica de Sebastopol» convirtió la derrota en un triunfo nacional para Rusia. «Sebastopol cayó, pero lo hizo con tanta gloria que los rusos deberían enorgullecerse de esa caída, que tiene el valor de una brillante victoria», escribió un antiguo decembrista[701]. Sobre esta gran derrota, los rusos construyeron un mito patriótico, un relato nacional del heroísmo altruista del pueblo, de su resistencia y de su capacidad de sacrificio. Los poetas lo compararon con el espíritu patriótico de 1812, como lo hizo Alexéi Apujtin en su famosa balada «La canción de un soldado sobre Sebastopol» (1869), que fue aprendida por muchos escolares rusos en las últimas décadas del siglo XIX:

Esta canción que os voy a cantar, muchachos, no es jubilosa;
no es una potente canción de victoria
como la que cantaron nuestros padres en Borodino,
o como la que nuestros abuelos entonaron en Ochakov.
Os cantaré sobre una nube de polvo
que subió en remolino desde los campos del sur,
sobre cómo innumerables enemigos desembarcaron
y vinieron a derrotarnos.
Pero nuestra derrota fue tal que desde entonces
no han regresado a buscarse problemas,
nuestra derrota fue tal que se fueron en sus barcos
con caras largas y la nariz aplastada.
Os cantaré sobre el rico terrateniente que dejó atrás
sus tierras y su hogar para unirse al ejército,
sobre el campesino que, despidiéndose de su esposa,
dejó su choza para servir como voluntario.
Os cantaré sobre cómo creció el poderoso ejército
con guerreros, fuerte como el hierro y el acero,
que sabían que iban a la muerte,
¡y con cuánta devoción murieron!
Sobre nuestras bellas mujeres que fueron enfermeras
para compartir esa amarga suerte,
y sobre cómo nuestros enemigos pagaron con su sangre
por cada pulgada de nuestra tierra rusa.
Sobre cómo entre el humo el fuego, mientras
atronaban las granadas y había quejidos por todas partes,

se alzaron los reductos uno tras otro,
como un sombrío espectro surgieron los bastiones.
Y once meses duró la matanza,
y durante todos esos meses
la milagrosa fortaleza que protegía a Rusia
a sus valerosos hijos sepultó [...].
Que mi canción no sea jubilosa:
es tan gloriosa como la canción de la victoria
que nuestros padres cantaron en Borodino,
que nuestros abuelos entonaron en Ochakov[702].

Éste fue el contexto en el que Tolstoi escribió su propia «épica nacional», *Guerra y Paz*. La concepción de Tolstoi de la guerra contra Napoleón como despertar nacional de Rusia –el redescubrimiento de los «principios rusos» por parte de la nobleza europeizada y el reconocimiento del espíritu patriótico de los soldados siervos como la base de una nación democrática– era un reflejo de su reacción a las actitudes heroicas del pueblo ruso durante la guerra de Crimea. Escrita entre 1862 y 1865, en los años que siguieron a la emancipación de los siervos, cuando la sociedad liberal rusa estaba inspirada por los ideales de reforma nacional y de reconciliación entre las clases terratenientes y los campesinos, *Guerra y Paz* fue concebida originalmente como una novela decembrista situada en el período que siguió inmediatamente a la guerra de Crimea. En la primera versión de la novela («El decembrista»), el héroe regresa tras treinta años de exilio en Siberia para encontrarse con el fermento intelectual presente a finales de la década de 1850. Un segundo reinado alejandrino acaba de comenzar con el ascenso al trono de Alejandro II, y una vez más, como en 1825, hay una atmósfera esperanzada de reformas. Pero cuanto más Tolstoi investigaba a los decembristas, tanto más advertía que sus raíces intelectuales provenían de la guerra de 1812, y por eso situó a la novela en esa época.

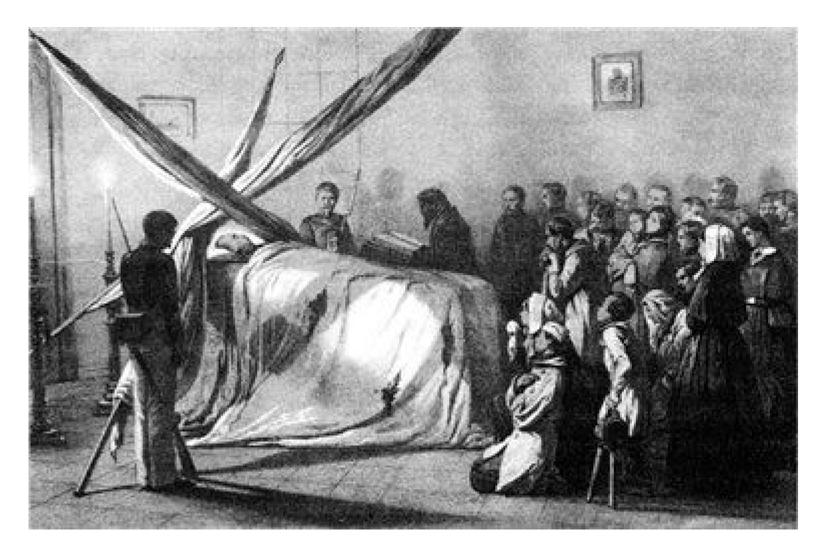
El recuerdo de 1812 fue intensamente cuestionado después de la guerra de Crimea, que había abierto una nueva perspectiva so-

bre el carácter nacional. Demócratas como Tolstoi, inspirados por el reciente sacrificio de los soldados campesinos rusos, veían 1812 como una guerra del pueblo, una victoria conseguida gracias al espíritu patriótico de toda la nación. Por otro lado, para los conservadores, 1812 representaba el sagrado triunfo del principio autocrático ruso, que sin ayuda había salvado a Europa de Napoleón.

La conmemoración de la guerra de Crimea estaba enredada en un conflicto ideológico similar. Los conservadores y los líderes de la Iglesia la describían como una guerra santa, el cumplimiento de la misión divina de Rusia de defender al cristianismo ortodoxo en el mundo. Alegaban que ese propósito se había logrado con la declaración internacional de proteger a los cristianos del Imperio otomano y con la preservación del *statu quo* en los Santos Lugares de Jerusalén y Belén enunciadas en el Tratado de París, como los rusos habían exigido. En sus escritos y sermones sobre la guerra, describían a los defensores de Crimea como altruistas y valerosos soldados cristianos que habían sacrificado sus vidas como mártires en nombre de la «santa tierra rusa». Volvían a subrayar el carácter sagrado de Crimea como el lugar en el que primero había aparecido la Cristiandad en Rusia. Desde el momento en que había terminado la guerra, la monarquía procuró relacionar su conmemoración con el recuerdo de 1812. La visita del zar a Moscú, luego de la rendición de Sebastopol, fue presentada como una nueva versión de la espectacular aparición de Alejandro I en la antigua capital rusa en 1812, cuando había sido recibido por grandes multitudes de moscovitas. En 1856 el zar retrasó su coronación hasta el aniversario de la batalla de Borodino, la victoria de Rusia contra Napoleón en septiembre de 1812. Era un gesto simbólico destinado a compensar la dolorosa derrota de la guerra de Crimea y a reconciliar al pueblo con la monarquía sobre la base de un recuerdo más glorioso[703].

Sin embargo, para los círculos intelectuales democráticos en los que se movía Tolstoi, el hilo que relacionaba la guerra de Crimea con 1812 no era la sagrada misión del zar, sino el patriótico sacrificio del pueblo ruso, que había ofrendado su vida para defender su tierra natal. Sin embargo, resultaba difícil cuantificar ese sacrificio. Nadie sabía cuántos soldados habían muerto. Nunca se habían calculado cifras precisas de las bajas rusas, y cualquier información que revelara grandes pérdidas fue distorsionada o escondida por las autoridades militares zaristas. Sin embargo, las estimaciones de la cantidad de rusos que murieron en la guerra de Crimea oscilan entre los 400 000 y los 600 000 hombres en todos los escenarios del conflicto. Más tarde, el Departamento Médico del Ministerio de Guerra publicó la cifra de 450 015 muertes en el ejército durante los cuatro años que van desde 1853 hasta 1856. Probablemente ésa es la estimación más acertada[704]. Pero, sin cifras precisas, el sacrificio del pueblo creció hasta alcanzar un estado mítico en la imaginación democrática.

Sebastopol mismo fue elevado a la categoría de un lugar casi sagrado en la memoria colectiva. La veneración de los héroes caídos en el sitio se inició en cuanto terminó la guerra, no por iniciativa del gobierno y de los círculos oficiales, sino gracias al esfuerzo popular, por parte de los familiares o los grupos de veteranos que erigían monumentos o fundaban iglesias, cementerios y fondos benéficos con el dinero recaudado de las donaciones públicas. El punto central de este culto democrático era la conmemoración de los almirantes Najimov, Kornilov e Istomin, los héroes populares de Sebastopol. Eran idolatrados como «hombres del pueblo», dedicados al bienestar de sus tropas, que habían muerto como mártires en la defensa de la ciudad. En 1856 se estableció un fondo destinado a pagar la erección de un monumento dedicado a los almirantes en Sebastopol, y hubo iniciativas similares en otras ciudades.



La muerte del almirante Najimov, de Vasili Timm (1856).

Kornilov fue la figura protagonista de numerosos relatos de la guerra. Najimov, el héroe de Sinope y casi un santo en el folclore del sitio de Sebastopol, aparecía en cuentos y grabados como un soldado valeroso y altruista, un mártir de la santa causa del pueblo, que estaba preparado para morir cuando recibió un impacto de bala mientras inspeccionaba el Cuarto Bastión. En 1869 se estableció en Sebastopol, con fondos completamente privados, el Museo de la Flota del Mar Negro. Ante las multitudes que asistieron a la inauguración, se exhibían diversas armas, artefactos y objetos personales, manuscritos y mapas, dibujos y grabados reunidos por los veteranos. Era el primer museo histórico de naturaleza pública que se inauguraba en Rusia[705].

El Estado ruso se involucró en la conmemoración de Sebastopol sólo a finales de la década de 1870, más o menos en el momento de la guerra rusoturca, principalmente como resultado de la creciente influencia de los paneslavos sobre los círculos gubernamentales, pero las iniciativas del gobierno se centraron en los favoritos de la corte, como el general Gorchakov, y prácticamente dejaron de lado a Najimov, el héroe del pueblo. Para entonces, el almirante se había convertido en un icono del movi-

miento nacionalista que el régimen pretendía subordinar a su propia Nacionalidad Oficial por medio de la construcción de monumentos conmemorativos de la guerra de Crimea. En 1905, un año de revolución y de guerra contra Japón, se inauguró un espléndido panorama de *La defensa de Sebastopol* con el objeto de conmemorar el cincuentenario del sitio, en un museo construido exclusivamente con ese objeto en el lugar en el que antes se había erguido el Cuarto Bastión. Los funcionarios del gobierno habían insistido en reemplazar el retrato de Najimov por otro de Gorchakov en el modelo pictórico de tamaño natural realizado por Franz Roubaud, que recreaba los acontecimientos del 18 de junio, cuando los defensores de Sebastopol habían repelido el ataque de los británicos y de los franceses[706].

Najimov no aparecía en el museo, que había sido construido en el mismo sitio en el que el almirante había sido mortalmente herido.

La conmemoración soviética de la guerra de Crimea volvió a poner el énfasis en los héroes populares. Najimov de nuevo representó el sacrificio patriótico y el heroísmo del pueblo ruso en la defensa de su madre patria; un mensaje propagandístico que volvió a cobrar nueva fuerza durante la guerra de 1941-1945. A partir de 1944, los oficiales navales y marineros rusos fueron condecorados con la Medalla Najimov, y fueron entrenados en nuevas escuelas especiales de cadetes que también llevaban el nombre del almirante. En libros y películas, Najimov se convirtió en un símbolo del Gran Líder que congrega al pueblo para oponerse a un agresivo enemigo extranjero.

La producción de la película patriótica de Vsevolod Pudovkin, *El almirante Najimov* (1947), se inició en 1943, cuando el Reino Unido era aliado de la Unión Soviética. Planeada como la contraparte soviética a la película épica de Alexander Korda sobre lord Nelson, *Lady Hamilton* (1941), su primera versión no hacía hincapié en el papel del Reino Unido como enemigo de Ru-

sia durante la guerra de Crimea, centrándose en cambio en la vida privada de Najimov y en su relación con la población de Sebastopol. Pero cuando llegó el momento de que la película pasara por el proceso de edición, quedó atrapada en las primeras escaramuzas de la Guerra Fría, un conflicto que se suscitó en los Estrechos Turcos y en el Cáucaso, los mismos puntos en los que se había iniciado la guerra de Crimea. Desde el otoño de 1945, los soviéticos presionaron para que se sometiera a revisión la Convención de Montreux de 1936, que establecía la neutralidad de los Estrechos. Stalin exigió el control conjunto turco-soviético de los Dardanelos y la cesión a la Unión Soviética de Kars y Ardahan, territorios conquistados por la Rusia zarista pero cedidos a los turcos en 1922. Consciente de la acumulación de tropas soviéticas en el Cáucaso, Estados Unidos envió buques de guerra al Mediterráneo oriental en agosto de 1946. Fue precisamente en ese momento que Stalin exigió cambios en el filme de Pudovkin: el foco central pasó de Najimov como hombre a Najimov como líder militar contra el enemigo extranjero, y el Reino Unido fue pintado como el enemigo de Rusia que había usado a los turcos para promover sus agresivos objetivos imperialistas en el mar Negro, lo mismo que, según Stalin proclamaba, estaba haciendo en las primeras etapas de la Guerra Fría[707].

Una línea patriótica similar fue adoptada por el gran historiador de la era estalinista, Eugeni Tarle, en su historia en dos volúmenes de *La guerra de Crimea* (1941-1943), en su biografía de *Najimov* (1948) y en su libro posterior, *La ciudad de la gloria rusa: Sebastopol en 1854-1855* (1955), publicado para conmemorar el centenario del sitio. Tarle era un agudo crítico del liderazgo zarista, pero glorificaba el coraje patriótico y la resistencia del pueblo ruso, guiado e inspirado por el ejemplo de líderes tan heroicos como Najimov y Kornilov, que dieron sus vidas por la defensa de Rusia contra la «agresión imperialista» de las potencias occidentales. El hecho de que los enemigos de Rusia en la guerra de Cri-

mea (Reino Unido, Francia y Turquía) fueran entonces, en 1955, miembros de la OTAN y adversarios del recientemente establecido Pacto de Varsovia, añadía aún más tensión a la celebración soviética del centenario de la guerra.

El orgullo popular con respecto a los héroes de Sebastopol, la «ciudad de la gloria rusa», sigue siendo una fuente importante para la reafirmación de la identidad nacional, aunque en la actualidad la ciudad esté situada en tierra extranjera, como resultado de la transferencia, ordenada por Nikita Jrushchov en 1954, de Crimea a Ucrania, y de la declaración de la independencia ucraniana en el momento de la disolución de la Unión Soviética en 1991. En palabras de un poeta nacionalista ruso:

En las ruinas de nuestra superpotencia,
hay una gran paradoja de la historia:
Sebastopol, la ciudad de nuestra gloria,
está […] fuera del territorio ruso[708].

La pérdida de Crimea ha sido un golpe severo para Rusia, que ya sufría una merma de orgullo nacional después del derrumbe del imperio soviético. Los nacionalistas se han embarcado en activas campañas destinadas a que Crimea vuelva a manos de Rusia, al igual que los nacionalistas de Sebastopol, que sigue siendo, en el aspecto étnico, una ciudad rusa.

El recuerdo de la guerra de Crimea sigue suscitando profundos sentimientos de orgullo ruso y de resentimiento contra Occidente. En 2006, el Centro de la Gloria Nacional de Rusia organizó un congreso sobre la guerra de Crimea, con el apoyo de la Administración Presidencial de Vladimir Putin y de los Ministerios de Educación y de Defensa. La conclusión del congreso, manifestada por sus organizadores en un documento destinado a la prensa, fue que la guerra no debía ser considerada una derrota de Rusia, sino una victoria moral y religiosa, un acto nacional de sacrificio en una guerra justa; los rusos debían honrar el ejemplo autoritario de Nicolás I, un zar injustamente despreciado por los

círculos intelectuales liberales, al haberse opuesto a Occidente en defensa de los intereses de su país[709]. La reputación de Nicolás I, el hombre que condujo a los rusos a la guerra de Crimea en contra del mundo, ha sido redimida en la Rusia de Putin. Hoy, por orden de Putin, el retrato de Nicolás I está colgado en la antecámara del despacho presidencial en el Kremlin.

Al finalizar la guerra de Crimea, un cuarto de millón de rusos habían sido sepultados en tumbas colectivas en diversas ubicaciones alrededor de Sebastopol. En torno de los campos de batalla de Inkerman y Alma, en el valle de Chernaya, en Balaclava y en Sebastopol hay soldados desconocidos bajo tierra. En agosto de 2006, los restos de catorce soldados de infantería rusos, de los Regimientos de Vladimir y Kazán, fueron descubiertos en las cercanías del lugar donde los mataron durante la batalla del Alma. Junto a sus esqueletos se hallaron sus morrales, sus botellas de agua, sus crucifijos y granadas. Los huesos fueron sepultados nuevamente con honores militares en una ceremonia a la que asistieron funcionarios ucranianos y rusos en el Museo del Alma, próximo a Bajchisarái, y en Rusia hay planes de construir una capilla en el lugar.



Semana Santa en el Santo Sepulcro



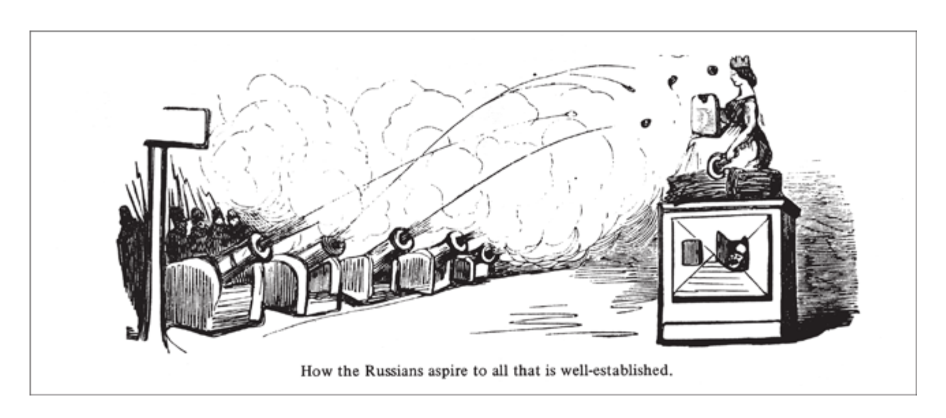
Peregrinos rusos en Jerusalén



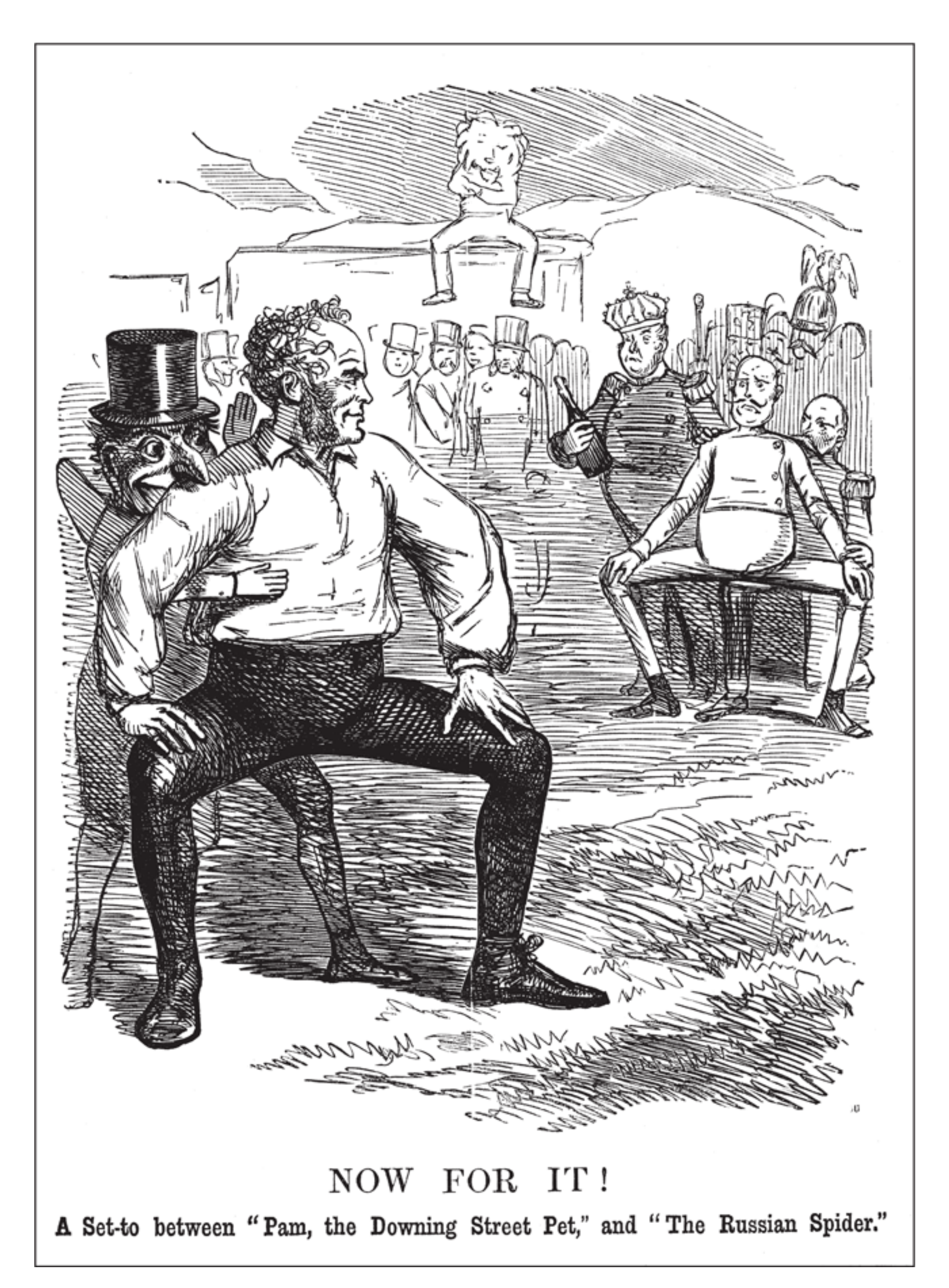
Cañones frente a la mezquita de Nusretiye en Constantinopla, 1854.



Nicolás I, 1852, por Franz Kruger.



Una de las imágenes rusofóbicas de la Historia de la Santa Rusia de Gustav Doré, 1854.



Palmerston y Nicolás I se preparan para una pelea (Punch).



La opinión de Punch sobre Nicolás I.



Tropas turcas en el frente del Danubio, 1854, por Carol Szathmari.



Guardias de Coldstream en Scutari, 1854. El horizonte de Constantinopla es visible en el otro lado del Bósforo.



Parte del campamento británico en las afueras de Sebastopol, 1855.

Puerto de Balaclava, 1855.



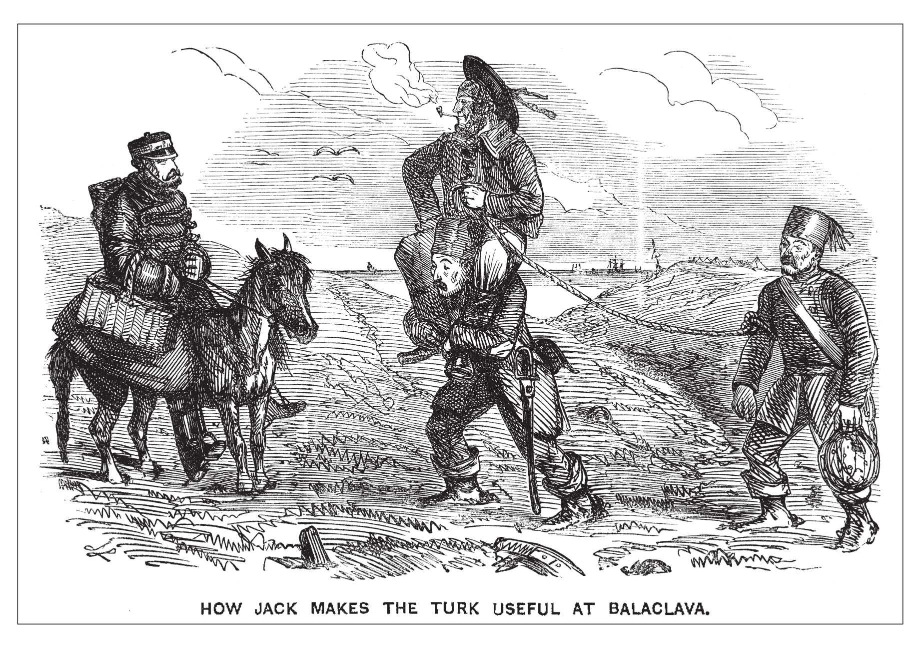
La base francesa en la bahía de Kamiesh, 1855.



Soldados franceses junto a un grupo de zuavos, 1855.



Tártaros de Crimea trabajando en Balaclava, 1855.



HOW JACK MAKES THE TURK USEFUL AT BALACLAVA.

Una ilustración de las actitudes racistas británicas hacia sus aliados turcos de Punch, 1855.

Vista del Malakoff desde el Mamelón, verano de 1855.

Interior del Malakoff tras su captura, septiembre de 1855.



Sebastopol, septiembre de 1855, por Léon-Eugène Méhédin.

Vista de Sebastopol desde el Malakoff, septiembre de 1855.

Sebastopol desde el Redan, septiembre de 1855. Obsérvese el puente de pontones que cruza el puerto marítimo.



El monumento a los guardias (The Guards Memorial). Vista de Waterloo Place hacia la Columna del Duque de York, 1885.

El monumento a los guardias. Los tres guardias y la figura de honor con las estatuas de Florence Nightingale y Sidney Herbert, década de 1940.



Queen Victoria's First Visit to Her Wounded Soldiers (La primera visita de la reina Victoria a sus soldados heridos) (1856), por Jerry Barrett.



Calling the Roll after an Engagement (Pasar lista después de un combate) (1874), por Elizabeth Thompson, Lady Butler.



Tres inválidos de Crimea (1855), por Joseph Cundall y Robert Howlett. Los tres hombres, que fueron visitados por la Reina Victoria en el Hospital de Chatham el 28 de noviembre de 1855, son (de izquierda a derecha) William Young, del 23º Regimiento, herido en Redan el 18 de junio de 1855; el cabo Henry Burland del 34º, con ambas piernas perdidas por congelación; y John Connery del 49º, con la pierna izquierda perdida por congelación en las trincheras.



Sargento de la Compañía Christy (derecha) y Sargento McGifford, Artillería Real, 1856. Fotografiado a petición de la reina Victoria por Howlett.

El puente del Alma, en París, durante la inundación de 1910.

Torre Malakoff de Alexandre Chauvelot, construida en 1856.



Fragmento de la panorámica La defensa de Sebastopol (1905). Los espectadores se sitúan en el centro de los acontecimientos, como si estuvieran en la cima del bastión de Malakoff.



El último superviviente de los rusos que lucharon en Balaclava, Moscú, 1903.

Bibliografía selecta

Aksan, V., *Ottoman Wars 1700-1870: An Empire Besieged* (Londres, 2007).

Akten zur Geschichte des Krimkriegs: Französische Akten zur Geschichte des Krimkriegs, 3 vols. (Múnich, 1999-2003).

Akten zur Geschichte des Krimkriegs: Österreichische Akten zur Geschichte des Krimkriegs, 3 vols. (Múnich, 1979-1980).

Akten zur Geschichte des Krimkriegs: Preussische Akten zur Geschichte des Krimkriegs, 2 vols. (Múnich, 1990-1991).

Alabin, P., *Chetyre voiny: Pojodnaia zapiski v voinu 1853, 1854, 1855 i 1856 godov*, 2 vols. (Viatka, 1861).

Alberti, M., *Per la storia dell'alleanzae della campagna di Crimea, 1853-1856: Lettere e documenti* (Turín, 1910).

Anderson, M., *The Eastern Question* (Londres, 1966).

Anderson, O., *A Liberal State at War: English Politics and Economics during the Crimean War* (Londres, 1967).

—, «The Growth of Christian Militarism in Mid-Victorian Britain», *English Historical Review*, 86/338 (1971), pp. 46-72.

Andriianov, A., *Inkermanskii boi i oborona Sevastopolia (nabroski uchastnika)* (San Petersburgo, 1903).

[Anónimo]. *The Englishwoman in Russia: Impressions of the Society and Manners of the Russians at Home* (Londres, 1855).

Ascherson, N., *Black Sea* (Londres, 1995).

Baddeley, J., *The Russian Conquest of the Caucasus* (Londres, 1908).

Badem, C., «The Ottomans and the Crimean War (1853-1856)», tesis doctoral (Universidad de Sabanci, 2007).

Bailey, F., *British Policy and the Turkish Reform Movement, 1826-1853* (Londres, 1942).

Bapst, E., *Les Origines de la Guerre en Crimée: La France et la Russie de 1848 à 1851* (París, 1912).

Baudens, J., *La Guerre de Crimée: Les campements, les abris, les ambulances, les hôpitaux, etc.* (París, 1858).

Baumgart, W., *The Peace of Paris 1856: Studies in War, Diplomacy and Peacemaking* (Oxford, 1981).

Bayley, C., *Mercenaries for the Crimean: The German, Swiss, and Italian Legions in British Service 1954-6* (Montreal, 1977).

Bazancourt, barón de, *The Crimean Expedition, to the Capture of Sebastopol*, 2 vols. (Londres, 1856).

Berg, M., *Desiat' dnei v Sevastopole* (Moscú, 1855). Bestuzhev, I., *Krymskaia voina* 1853-1856 (Moscú, 1956).

Bitis, A., *Russia and the Eastern Question: Army, Government and Society, 1815-1833* (Oxford, 2006).

Bogdanovich, M., *Vostochnaia voina 1853-1856*, 4 vols. (San Petersburgo, 1876).

Bolsover, G., «Nicholas I and the Partition of Turkey», *Slavonic Review*, 27 (1948), pp. 115-145.

Bonham-Carter, V. (ed.), *Surgeon in the Crimea: The Experiences of George Lawson Recorded in Letters to His Family* (Londres, 1968).

Boniface, E., conde de Castellane, *Campagnes de Crimée, d'Italie, d'Afrique, de Chineet de Syrie, 1849-1862* (París, 1898).

Bostridge, M., *Florence Nightingale: The Woman and Her Legend* (Londres, 2008).

Bresler, E., *Napoleon III: A Life* (Londres, 1999).

Brown, D., *Palmerston and the Politics of Foreign Policy, 1846-55* (Manchester, 2002).

Buzzard, T., *With the Turkish Army in the Crimea and Asia Minor* (Londres, 1915).

Cadot, M., *La Russie dans la vie intellectuelle francaise, 1839-1856* (París, 1967).

Calthorpe, S., *Letters from Headquarters; or the Realities of the War in the Crimea by an Officer of the Staff* (Londres, 1858).

Case, L., *French Opinion on War and Diplomacy during the Second Empire* (Filadelfia, 1954).

Cavour, C., *II carteggio Cavour-Nigradal 1858 al 1861: A cura della R. Commissione Editrice*, 4 vols. (Bolonia, 1926).

Charles-Roux, F., *Alexandre II, Gortchakoff et Napoléon III* (París, 1913).

Cler, J., *Reminiscences of an Officer of Zouaves* (Nueva York, 1860).

Clifford, H., *Letters and Sketches from the Crimea* (Londres, 1956).

Cooke, B., *The Grand Crimean Central Railway* (Knutsford, 1990).

Correspondence Respecting the Rightsand Privileges of the Latin and Greek Churches in Turkey, 2 vols. (Londres, 1854-1856).

Crimée 1854-1846, catálogo de la exposición, Musée de l'Armée (París, 1994).

Cullet, M. O., *Un régiment de ligne pendantla guerre d'orient: Notes et souvenirs d'un officier d'infanterie 1854-1855-1856* (Lyon, 1894).

Cunningham, A., *Eastern Questions in the Nineteenth Century: Collected Essays*, 2 vols. (Londres, 1993).

Curtiss, J., *The Russian Army under Nicholas I, 1825-1855* (Durham, Carolina del Norte, 1965).

—, *Russia's Crimean War* (Durham, Carolina del Norte, 1979).

Damas, R., de, *Souvenirs religieux et militaires de la Crimée* (París, 1857).

Dante, F., *I cattolici e la guerra di Crimea* (Roma, 2005).

David, S., *The Homicidal Earl: The Life of Lord Cardigan* (Londres, 1997).

—, *The Indian Mutiny* (Londres, 2002).

Davison, R. H., «Turkish Attitudes Concerning Christian-Muslim Equality in the 19th Century», *American Historical Review*, 59 (1953-1954), pp. 844-864.

—, *Reform in the Ottoman Empire, 1856-1876* (Princeton, 1963).

—, *Essays in Ottomanand Turkish History, 1774-1923: The Impact of the West* (Austin, Texas, 1990).

Doré, G., *Histoire pittoresque, dramatique et caricaturale de la Sainte Russie* (París, 1854).

Dubrovin, N., *Istoriia krymskoi voiny i oborony Sevastopolia*, 3 vols. (San Petersburgo, 1900).

Egerton, R., *Death or Glory: The Legacy of the Crimean War* (Londres, 2000).

Ershov, E., *Sevastopol'skie vospominaniia artilleriiskogo ofitsera v semi tetradaj* (San Petersburgo, 1858).

Fisher, A., *The Russian Annexation of the Crimea, 1772-1783* (Cambridge, 1970).

—, *The Crimean Tatars* (Stanford, California, 1978).

—, «Emigration of Muslims from the Russian Empire in the Years after the Crimean War», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 35/3 (1987), pp. 356-371.

Florescu, R., *The Struggle against Russiain the Romanian Principalities 1821-1854* (Monachii, 1962).

Gammer, M., *Muslim Resistance to the Tsar: Shamil and the Conquest of Chechnya and Dagestan* (Londres, 1994).

Gershel'man, S., *Nravstvenniielement pod Sevastopolem* (San Petersburgo, 1897).

Giubbenet, J., *Ocherk meditsinskoi i gospital'noi chasti russkih voisk v Krymu v 1854-1856* gg. (San Petersburgo, 1870).

Gleason, J., *The Genesis of Russophobia in Great Britain* (Cambridge, Mass., 1950).

Goldfrank, D., *The Origins of the Crimean War* (Londres, 1995).

—, «The Holy Sepulcher and the Origin of the Crimean War», en E. Lohr y M. Poe (eds.), *The Military and Society in Russia: 1450-1917* (Leiden, 2002), pp. 491-506.

Gondicas, D., e Issawi, C (eds.), *Ottoman Greeks in the Age of Nationalism: Politics, Economy, and Society in the Nineteenth Century* (Princeton, 1999).

Gooch, B., *The New Bonapartist Generals in the Crimean War* (La Haya, 1959).

Gouttman, A., *La Guerre de Crimée 1853-1856* (París, 1995).

Guerrin, L., *Histoirede la dernière guerre de Russie (1853-1856)*, 2 vols. (París, 1858).

Harris, S., *British Military Intelligence in the Crimean War* (Londres, 2001).

Henderson, G., *Crimean War Diplomacy and Other Historical Essays* (Glasgow, 1947).

Herbé, J., *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier français à sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892).

Hibbert, C, *The Destruction of Lord Raglan: A Tragedy of the Crimean War, 1854-1855* (Londres, 1961).

Hodasevich, R., *A Voice from within the Walls of Sebastopol: A Narrative of the Campaign in the Crimea and the Events of the Siege* (Londres, 1856).

Hopwood, D., *The Russian Presence in Palestine and Syria, 1843-1914: Church and Politics in the Near East* (Oxford, 1969).

Ingle, H., *Nesselrode and the Russian Rapprochement with Britain, 1836-1844* (Berkeley, 1976).

Jaeger, P., *Le mura di Sebastopoli: Gli italiani in Crimea 1855-1856* (Milán, 1991).

Jewsbury, G., *The Russian Annexation of Bessarabia: 1774-1828. A Study of Imperial Expansion* (Nueva York, 1976).

Jouve, E., *Guerre d'Orient: Voyage à la suite des armées alliées en Turquie, en Valachie et en Crimée* (París, 1855).

Jrushchov, A., *Istoriia oborony Sevastopolia* (San Petersburgo, 1889).

Kagan, F., *The Military Reforms of Nicholas I: The Origins of the Modern Russian Army* (Londres, 1999).

Keller, U., *The Ultimate Spectacle: A Visual History of the Crimean War* (Londres, 2001).

King, C., *The Black Sea: A History* (Oxford, 2004).

—, *The Ghost of Freedom: A History of the Caucasus* (Oxford, 2008).

Kinglake, A., *The Invasion of the Crimea: Its Origin and an Account of Its Progress down to the Death of Lord Raglan*, 8 vols. (Londres, 1863).

Kovalevskii, E., *Voina s Turtsiei i razryv s zapadnymiderzhavamiv 1853-1854* (San Petersburgo, 1871).

Kozelsky, M., *Christianizing Crimea: Shaping Sacred Space in the Russian Empire and Beyond* (De Kalb, Illinois, 2010).

Krupskaya, A., *Vospominaniia krymskoivoiny sestry krestovozdvhizhenskoi obshchiny* (San Petersburgo, 1861).

Kukiel, M., *Czartoryski and and European Unity 1770-1861* (Princeton, 1955).

Lalumia, M., *Realism and Politics in Victorian Art of the Crimean War* (Epping, 1984).

Lambert, A., *Battleships in Transition: The Creation of the Steam Battlefleet, 1815-1860* (Annapolis, Maryland, 1984).

—, *The Crimean War: British Grand Strategy, 1853-1856* (Manchester, 1990).

—, y Badsey, S., (eds.), *The War Correspondents: The Crimean War* (Stroud, 1994).

Lane-Poole, S., *The Life of the Right Honourable Stratford Canning*, 2 vols. (Londres, 1888).

The Letters of Queen Victoria: A Selection from Her Majesty's Correspondence between the Years 1837 and 1861, 3 vols. (Londres, 1907-1908).

Lettres du maréchal Bosquet à sa mère 1829-58, 4 vols. (Pau, 1877-1879).

Lettres du maréchal Bosquet à ses amis, 1837-1860, 2 vols. (Pau, 1879).

Lettres d'un soldat à sa mère de 1849 a 1870: Afrique, Crimée, Italie, Mexique (Montbéliard, 1910).

Levin, M., «Krymskaia voina i russkoe obshchestvo», en íd., *Ocherki po istorii russkoi obshchestvennoi mysli, vtoria polivina XIX veka* (Leningrado, 1974), pp. 293-304.

Loizillon, H., *La Campagnede Crimée: Lettres écrites de Crimée par le capitaine d'état-major Henri Loizillon à sa famille* (París, 1895).

Luguez, F., *Crimée-Italie 1854-1859: Extraits de la correspondence d'un officier avec sa famille* (Nancy, 1895).

McCarthy, J., *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims 1821-1922* (Princeton, 1995).

MacKenzie, D., «Russia's Balkan Policies under Alexander II, 1855-1881», en H. Ragsdale (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993), pp. 219-246.

McNally, R., «The Origins of Russophobia in France: 1812-1830», *American Slavic and East European Review*, 17/2 (abril de 1958), pp. 179-183.

Markevich, A., *Tavricheskaia guberniia vo vremia krymskoivoiny: Po arjivym materialam* (Simferópol, 1905).

Markovits, S., *The Crimean War in the British Imagination* (Cambridge, 2009).

Marlin, R., *L'Opinion franc-comtoise devant la guerre de Crimée*, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, vol. 17 (París, 1957).

Martin, K., *The Triumph of Lord Palmerston: A Study of Public Opinion in England Before the Crimean War* (Londres, 1963).

Marx, K., *The Eastern Question: A Reprint of Letters Written 1853-1856 Dealing with the Events of the Crimean War* (Londres, 1969).

Masquelez, M., *Journal d'un officier de zouaves* (París, 1858),

Massie, A., *A Most Desperate Undertaking: The British Army in the Crimea, 1854-1856* (Londres, 003).

—, *The National Army Museum Book of the Crimean War: The Untold Stories* (Londres, 2004).

Mémoires du comte Horace de Viel-Castel sur le règne de Napoléon III, 1851-1864, 2 vols. (París, 1979).

Mémoires du duc De Persigny (París, 1896).

Mismer, C., *Souvenirs d'un dragon de l'armée de Crimée* (París, 1887).

Molènes, P., de, *Les Commentaires d'un soldat* (París, 1860).

Moon, D., «Russian Peasant Volunteers at the Beginning of the Crimean War», *Slavic Review*, 51/4 (invierno de 1992), pp.

691-704.

Mosse, W., *The Rise and Fall of the Crimean System, 1855-1871: The Story of the Peace Settlement* (Londres, 1963).

Mrs Duberly's War: Journal and Letters from the Crimea, edición de C. Kelly (Oxford, 2007).

Niel, A., *Siège de Sébastopol: Journal des opérations du génie* (París, 1858).

Nilojkovic-Djuric, J., *Panslavism and National Identity in Russia and in the Balkans, 1830-1880* (Boulder, Colorado, 1994).

Noël, D., *La Vie de bivouac: Lettres intimes* (París, 1860).

Noir, L., *Souvenirs d'un simple zouave: Campagnes de Crimée et d'Italie* (París, 1869).

Osmanli Belgelerinde Kirim Savasi (1853-1856) (Ankara, 2006).

Pavlowitch, S., *Anglo-Russian Rivalry in Serbia, 1837-1839* (París, 1961).

Perret, E., *Les Français en orient: Récits de Crimée 1854-1856* (París, 1889).

Petrovich, M., *The Emergence of Russian Panslavism*, 1856-1870 (Nueva York, 1956).

Picq, A. du, *Battle Studies* (Charleston, Carolina del Sur, 2006).

Pirogov, N., *Sevastopol'skie pis'ma i vospominaniia* (Moscú, 1950).

Plojy, S., «The City of Glory: Sevastopol in Russian Historical Mythology», *Journal of Contemporary History*, 35/3 (julio de 2000), pp. 369-383.

Ponting, C., *The Crimean War: The Truth behind the Myth* (Londres, 2004).

Prousis, T., *Russian Society and the Greek Revolution* (De Kalb, Illinois, 1994).

Rachinskii, A., *Pojodnye pis'ma opolchentsa iz iuzhnoi Bessarabii 1856* (Moscú, 1858).

Ragsdale, H., (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993).

Rakov, V., *Moi vospominaniia o Evpatorii v epohu krymskoi voiny 1853-1856* gg. (Eupatoria, 1904).

Rappaport, H., *No Place for Ladies: The Untold Story of Women in the Crimean War* (Londres, 2007).

Rebrov, Ia., *Pis'ma Sevastopol'tsa* (Novocherkassk, 1876).

Reid, D., *Soldier-Surgeon: The Crimean War Letters of Dr Douglas A. Reid, 1855-1856* (Knoxville, Tennessee, 1968).

Reid, J., *Crisis of the Ottoman Empire: Prelude to Collapse 1839-1878* (Stuttgart, 2000).

Riasanovsky, N., *Nicholas I and Official Nationality in Russia 1825-1855* (Berkeley, 1959).

Rich, N., *Why the Crimean War?* (Nueva York, 1985).

Royle, T., *Crimea: The Great Crimean War 1854-1856* (Londres, 1999).

Russell, W., *The British Expedition to the Crimea* (Londres, 1858).

Saab, A., *The Origins of the Crimean Alliance* (Charlottesville, Virginia, 1977).

—, *Reluctant Icon: Gladstone, Bulgaria, and the Working Classes, 1856-1878* (Cambridge, Massachusetts, 1991).

Sandwith, H., *A Narrative of the Siege of Kars* (Londres, 1856).

Schiemann, T, *Geschichte Russlands unter Kaiser Nikolaus I*, 4 vols. (Berlín, 1904-1919).

Schroeder, P., *Austria, Great Britain and the Crimean War: The Destruction of the European Concert* (Ithaca, Nueva York, 1972).

Seacole, M., *Wonderful Adventures of Mrs Seacole in Many Lands* (Londres, 2005).

Seaton, A., *The Crimean War: A Russian Chronicle* (Londres, 1977).

Shepherd, J., *The Crimean Doctors: A History of the British Medical Services in the Crimean War*, 2 vols. (Liverpool, 1991).

Slade, A., *Turkey and the Crimean War: A Narrative of Historical Events* (Londres, 1867).

—, *Florence Nightingale, Avenging Angel* (Londres, 1998).

Small, H., *The Crimean War: Queen Victoria's War with the Russian Tsars* (Stroud, 2007).

Southgate, D., *The Most English Minister: The Policies and Politics of Palmerston* (Nueva York, 1966).

Soyer, A., *Soyer's Culinary Campaign* (Londres, 1857).

Spilsbury, J., *The Thin Red Line: An Eyewitness History of the Crimean War* (Londres, 2005).

Stockmar, E., *Denkwürdigkeiten aus den Papieren des Freiherrn Christian Friedrich V. Stockmar* (Brunswick, 1872).

Stolypin, D., *Izlic hnyh vospominanii o Krymskoi voinei o zemledel'cheskih poryadkaj* (Moscú, 1874).

Strachan, H., *From Waterloo to Balaclava: Tactics, Technology and the British Army* (Londres, 1985).

Sweetman, J., *War and Administration: The Significance of the Crimean War for the British Army* (Londres, 1984).

Tarle, E., *Krymskaia voina*, 2 vols. (Moscú, 1944).

Taylor, A. J. P., *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford, 1955).

Thoumas, M., *Mes souvenirs de Crimée 1854-1856* (París, 1892).

Thouvenel, L., *Nicolas Ier et Napoléon III: Les préliminaires de la guerre de Crimée 1852-1854* (París, 1891).

Thurston, G., «The Italian War of 1859 and the Reorientation of Russian Foreign Policy», *Historical Journal*, 20/1 (marzo

de 1977), pp. 121-144.

Tiutcheva, A., *Pri dvore dvuj imperatov: Vospominaniia, dnevnik, 1853-1882* (Moscú, 1928-1929).

Tolstoy, L., *The Sebastopol Sketches*, traducción de D. McDuff (Londres, 1986).

Tolstoy's Diaries, edición y traducción de R. F. Christian, 2 vols. (Londres, 1985).

Tolstoy's Letters, edición y traducción de R. F. Christian, 2 vols. (Londres, 1978).

Totleben, E., *Opisanie oborony g. Sevastopolia*, 3 vols. (San Petersburgo, 1863-1878).

Ubicini, A., *Letters on Turkey*, traducción de lady Easthope, 2 vols. (Londres, 1856).

Urquhart, D., *England and Russia* (Londres, 1835).

Vanson, E., *Crimée, Italie, Mexique: Lettres de campagnes 1854-1867* (París, 1905).

A Visit to Sebastopol a Week after Its Fall: By an Officer of the Anglo-Turkish Contingent (Londres, 1856).

Vrochenskii, M., *Sevastopol'skii razgrom: Vospominaniia uchastnika slavnoi oborony Sevastopolia* (Kiev, 1893).

Vyskochkov, L., *Imperator Nikolai I: chelovek i gosudar'* (San Petersburgo, 2001).

Warner, P., *The Crimean War: A Reappraisal* (Ware, 2001).

Wirtschafter, E., *From Serf to Russian Soldier* (Princeton, 1990).

Zaionchkovskii, A., *Vostochnaia voina 1853-1856*, 3 vols. (San Petersburgo, 2002).

Za mnogo let: Zapiski (vospominaniia) neizvestnogo 1844-1874 gg. (San Petersburgo, 1897).

Notas

Abreviaturas

AN	Archives Nationales, París
BLMD	British Library Manuscripts Division, Londres
BLO	Bodleian Library Special Collections, Oxford
BOA	Archivo Başbakanlik Osmanlik, Estambul
FO	National Archive, Londres, Foreign Office
GARF	Archivo Estatal de la Federación Rusa, Moscú
IRL	Instituto de Literatura Rusa, Academia Rusa de Ciencias
NAM	National Army Museum, Londres
PRO	Public Record Office
RA	Royal Archives, Windsor
RGADA	Archivo Estatal Ruso de Leyes Antiguas, Moscú

RGAVMF	Archivo Estatal Ruso de la Flota Naval Militar, San Petersburgo
RGB	Biblioteca del Estado Ruso, Sección de Manuscritos, San Petersburgo
RGIA	Archivo Histórico del Estado Ruso, San Petersburgo
RGVIA	Archivo de Historia Militar del Estado Ruso, Moscú
SHD	Service Historique de la Défense, Vincennes
WO	National Archive, Londres, War Office

[1] «Murieron por la patria. Amigos, algún día volveremos a vernos». (*N. de la T.*). <<

[2] L. Liashuk, *Ofitsery chernomorskogo flota pogubshie pri zashchite Sevastopolia* v 1854-1855 gg. (Simferopol, 2005); G. Arnold, *Historical Dictionary of the Crimean War* (Londres, 2002), pp. 38-39. <<

[3] *Losses of Life in Modern Wars: Austria-Hungary, France* (Oxford, 1916), p. 142; *Histoire Militaire de la France*, 4 vol. (París, 1992), vol. 2, p. 514; D. Murphy, *Ireland and the Crimean War* (Dublín, 2002), p. 104. El mejor panorama reciente de la eficacia y las bajas de los aliados es el texto de T. Margrave, «Numbers & Losses in the Crimea: An Introduction», *War Correspondent*, 21/1 (2003), pp. 30-32; 21/2 (2003), pp.32-36; 21/3 (2003), pp. 18-22. <<

[4] J. Herbé, *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier français à sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892), p. 337;

A. Jrushchov, *Istoriia oborony Sevastopolia* (San Petersburgo, 1889), pp. 157-158. <<

[5] FO 78/446, Finn a Aberdeen, 27 de mayo de 1846; 78/705 Finn a Palmerston, 5 de abril de 1847; H. Martineau, *Eastern Life: Present and Past*, 3 vols. (Londres, 1848), vol. 3, pp. 162-165. <<

[6] Ibíd., pp. 120-121. <<

[7] FO 78/368, Young a Palmerston, 14 de marzo de 1839. <<

[8] Citado en D. Hopwood, *The Russian Presence in Palestine and Syria, 1843-1914: Church and Politics in the Near East* (Oxford, 1969), p. 9. <<

[9] A. Kinglake, *The Invasion of the Crimea: Its Origin and an Account of Its Progress down to the Death of Lord Raglan*, 8 vols. (Londres, 1863), vol. 1, pp. 42-43; N. Shepherd, *The Zealous Intruders: The Western Rediscovery of Palestine* (Londres, 1987), p. 23; Martineau, *Eastern Life*, vol. 3, p. 124; R. Curzon, *Visits to Monasteries in the Levant* (Londres, 1849), p. 209. <<

[10] FO 78/413, Young a Palmerston, 29 de enero y 28 de abril de 1840; 78/368, Young a Palmerston, 14 de marzo y 21 de octubre de 1839. <<

[11] R. Marlin, *L'Opinion franc-comtoise devant la guerre de Crimée*, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, vol. 17 (París, 1957), p. 23. <<

[12] E. Finn (ed.), *Stirring Times, or, Records from Jerusalem Consular Chronicles of 1853 to 1856*, 2 vols. (Londres, 1878), vol. 1, pp. 57-58, 76. <<

[13] FO 78/705, Finn a Palmerston, 2 de diciembre de 1847. <<

[14] Sobre las numerosas interpretaciones del tratado, véase R. H. Davison, *Essays in Ottoman and Turkish History, 1774-1923: The Impact of the West* (Austin, Tex., 1990), pp. 29-37. <<

[15] *Mémoires du duc De Persigny* (París, 1896), p. 225; L. Thouvenel, *Nicolas Ier et Napoléon III: Les préliminaires de la guerre de Crimée 1852-1854* (París, 1891), pp. 7-8, 14-16, 59. <<

[16] A. Gouttman, *La Guerre de Crimée 1853-1856* (París, 1995), p. 69; D. Goldfrank, *The Origins of the Crimean War* (Londres, 1995), pp. 76, 82-3; *Correspondence Respecting the Rights and Privileges of the Latin and Greek Churches in Turkey*, 2 vols. (Londres, 1854-1846), vol. 1, pp. 17-18. <<

[17] A. Ubicini, *Letters on Turkey*, del francés al inglés de lady Easthope, 2 vols. (Londres, 1856), vol. 1, pp. 18-22. <<

[18] S. Montefiore, *Prince of Princes: The Life of Potemkin* (Londres, 2000), pp. 244-245. <<

[19] W. Reddaway, *Documents of Catherine the Great* (Cambridge, 1931), p. 147; *Correspondence artistique de Grimm avec Cathérine II*, Archives de l'art francais, nouvelle période, 17 (París, 1932), pp. 61-62; *The Life of Catherine II, Empress of Russia*, 3 vols. (Londres, 1798), vol. 3, p. 211; *The Memoirs of Catherine the Great* (Nueva York, 1955), p. 378. <<

[20] De acuerdo con las crónicas medievales rusas, las tierras de Jafet fueron colonizadas por los rus y otras tribus después del Diluvio del Libro del Génesis. <<

[21] Davison, *Essays in Ottoman and Turkish History*, p. 37; H. Ragsdale, «Russian Projects of Conquest in the Eighteenth Century», en íd. (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993), pp. 83-5; V. Aksan, *Ottoman Wars 1700-1870: An Empire Besieged* (Londres, 2007), pp. 160-161. <<

[22] Montefiore, *Prince of Princes*, pp. 274-275. <<

[23] Ibíd., pp. 246-248. <<

[24] Los rusos estaban extendiendo firmemente su sistema de fortalezas a lo largo del río Terek (la «Línea del Cáucaso») y usando su nuevo protectorado del reino georgiano ortodoxo de Kartli-Kacheti para construir una base de operaciones contra los

otomanos, ocupando Tiflis y poniendo los cimientos de la Ruta Militar Georgiana destinada a unir Rusia con el sur del Cáucaso. <<

[25] G. Jewsbury, *The Russian Annexation of Bessarabia: 1774-1828. A Study of Imperial Expansion* (Nueva York, 1976), pp. 66-72, 88. <<

[26] M. Gammer, *Muslim Resistance to the Tsar: Shamil and the Conquest of Chechnya and Dagestan* (Londres, 1994), p. 44; J. McCarthy, *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims 1821-1922* (Princeton, 1995), pp. 30-32. <<

[27] M. Kozelsky, «Introduction», manuscrito inédito. <<

[28] K. O'Neill, «Between Subversion and Submission: The Integration of the Crimean Khanate into the Russian Empire, 1783-1853». Tesis doctoral, Harvard, 2006, pp. 39, 52-60, 181; A. Fisher, *The Russian Annexation of the Crimea, 1772-1783* (Cambridge, 1970), pp. 144-146; M. Kozelsky, «Forced Migration or Voluntary Exodus? Evolution of State Policy toward Crimean Tatars During the Crimean War», documento inédito; B. Williams, «Hijra and Forced Migration from Nineteenth-Century Russia to the Ottoman Empire», *Cahiers du monde russe*, 41/1 (2000), pp. 79-108; M. Pinson, «Russian Policy and the Emigration of the Crimean Tatars to the Ottoman Empire, 1854-1862», *Güney-Dogu Avrupa Arastirmalari Dergisi*, I (1972), pp. 38-41. <<

[29] A. Schönle, «Garden of the Empire: Catherine's Appropriation of the Crimea», *Slavic Review*, 60/1 (primavera de 2001), pp. 1-23; K. O'Neill, «Constructing Russian Identity in the Imperial Borderland: Architecture, Islam, and the Transformation of the Crimean Landscape», *Ab Imperio*, 2 (2006), pp. 163-191. <<

[30] M. Kozelsky, *Christianizing Crimea: Shaping Sacred Space in the Russian Empire and Beyond* (De Kalb, Ill., 2010), cap. 3; íd.,

«Ruins into Relics: The Monument to Saint Vladimir on the Excavations of Chersonesos, 1827-57», *Russian Review*, 63/4 (octubre de 2004), pp. 655-672. <<

[31] R. Nelson, *Hagia Sophia, 1850-1950: Holy Wisdom Modern Monument* (Chicago, 2004), pp. 29-30. <<

[32] Ibíd., p. 30. <<

[33] N. Teriatnikov, *Mosaics of Hagia Sophia, Istanbul: The Fossati Restoration and the Work of the Byzantine Institute* (Washington, 1998), p. 3; *The Russian Primary Chronicle: Laurentian Text*, traducción de S. Cross y O. Sherbowitz-Wetzor (Cambridge, Mass., 1953), p. 111. <<

[34] T. Stavrou, «Russian Policy in Constantinople and Mount Athos in the Nineteenth Century», en L. Clucas (ed.), *The Byzantine Legacy in Eastern Europe* (Nueva York, 1988), p. 225. <<

[35] Nelson, *Hagia Sophia*, p. 33. <<

[36] A. Ubicini, *Letters on Turkey*, traducción de Lady Easthope, 2 vols. (Londres, 1856), vol. 1, pp. 18-22. <<

[37] D. Hopwood, *The Russian Presence in Palestine and Syria, 1843-1914: Church and Politics in the Near East* (Oxford, 1969), p. 29. <<

[38] S. Pavlowitch, *Anglo-Russian Rivalry in Serbia, 1837-39* (París, 1961), p. 72; B. Lewis, *The Emergence of Modern Turkey* (Oxford, 2002), p. 31. <<

[39] F. Bailey, *British Policy and the Turkish Reform Movement, 1826-1853* (Londres, 1942), pp. 19-22; D. Ralston, *Importing the European Army: The Introduction of European Military Techniques and Institutions into the Extra-European World, 1600-1914* (Chicago, 1990), pp. 62-63. <<

[40] W. Miller, *The Ottoman Empire, 1801-1913* (Cambridge, 1913),p. 18. <<

[41] V. Aksan, *Ottoman Wars 1700-1870: An Empire Besieged* (Londres, 2007), p. 49 <<

[42] D. Goldfrank, *The Origins of the Crimean War* (Londres, 1995),pp. 41-42. <<

[43] A. Bitis, *Russia and the Eastern Question: Army, Government and Society, 1815-1833* (Oxford, 2006), pp. 33-34, 101-104; Aksan, *Ottoman Wars*, pp. 290-296; T. Prousis, *Russian Society and the Greek Revolution* (De Kalb, Ill., o1994), pp. 31, 50-51. <<

[44] A. Zaionchkovskii, *Vostochnaia voina 1853-1856*, 3 vols. (San Petersburgo, 2002), vol. 1, pp. 8, 19; L. Vyskochkov, *Imperator Nikolai I: Chelovek i gosudar* (San Petersburgo, 2001), p. 141; M. Gershenzon, *Epoja Nikolaia I* (Moscú, 1911), pp. 21-22. <<

[45] A. Tiutcheva, *Pri dvore dvuj imperatov: Vospominaniia, dnevnik, 1853-1882* (Moscú, 1928-1929), pp. 96-97. <<

[46] R. Wortman, *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy*, vol. I: *From Peter the Great to the Death of Nicholas I* (Princeton, 1995), p. 382; D. Goldfrank, «The Holy Sepulcher and the Origin of the Crimean War», en E. Lohr y M. Poe (eds.), *The Military and Society in Russia: 1450-1917* (Leiden, 2002), pp. 502-503. <<

[47] Bitis, *Russia and the Eastern Question*, pp. 167-176. <<

[48] Ibíd., p. 187. <<

[49] Aksan, *Ottoman Wars*, pp. 346-352. <<

[50] P. Schroeder, *The Transformation of European Politics, 1763-1848* (Oxford, 1994), pp. 658-660. <<

[51] A. Seaton, *The Crimean War: A Russian Chronicle* (Londres, 1977), p. 36. <<

[52] Bitis, *Russia and the Eastern Question*, pp. 361-362, 366. <<

[53] FO 97/404, Ponsonby a Palmerston, 7 de julio de 1834; R. Florescu, *The Struggle against Russia in the Romanian Principali-*

ties 1821-1854 (Monachii, 1962), pp. 135-160. <<

[54] F. Lawson, *The Social Origins of the Egyptian Expansionism during the Muhammad Ali Period* (Nueva York, 1992), cap. 5; Aksan, *Ottoman Wars*, pp. 363-367;A. Marmont, *The Present State of the Turkish Empire*, traducción de F. Smith (Londres, 1839), p. 289. <<

[55] Bitis, *Russia and the Eastern Question*, pp. 468-469. <<

[56] Zaionchkovskii, *Vostochnaia voina*, vol. 1, p. 235. <<

[57] FO 181/114, Palmerston a Ponsonby, 6 de diciembre de 1833; P. Mosely, *Russian Diplomacy and the Opening of the Eastern Question in 1838 and 1839* (Cambridge, Mass., 1934), p. 12; Bailey, *British Policy*, p. 53. <<

[58] L. Levi, *History of British Commerce, 1763-1870* (Londres, 1870), p. 562; Bailey, *British Policy*, p. 74; J. Gallagher y R. Robinson, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review*, segunda serie, 6/1 (1953); FO 78/240, Ponsonby a Palmerston, 25 de noviembre de 1834; D. Urquhart, *England and Russia* (Londres, 1835), p. 110. <<

[59] B. Kingsley Martin, *The Triumph of Lord Palmerston: A Studyof Public Opinion in England Before the Crimean War* (Londres, 1963), p. 85. <<

[60] J. Gleason, *The Genesis of Russophobia in Great Britain* (Cambridge, Mass., 1950), p. 103. <<

[61] Ibíd., pp. 211-212, 220. <<

[62] *India, Great Britain, and Russia* (Londres, 1838), pp. 1-2. <<

[63] R. Shukla, *Britain, India and the Turkish Empire*, 1853-1882 (Nueva Delhi, 1973), p. 27. <<

[64] M. Gammer, *Muslim Resistance to the Tsar: Shamil and the Conquest of Chechnya and Dagestan* (Londres, 1994), p. 121. <<

[65] J. Pardoe, *The City of the Sultan; and Domestic Manners of the Turks in 1836*, 2 vols. (Londres, 1854), vol. 1, p. 32. <<

[66] C. White, *Three Years in Constantinople; or, Domestic Manners of the Turks in 1844*, 3 vols. (Londres, 1846), p. 363. Véase también E. Spencer, *Travels in Circassia, Krim-Tartary, &c., including a Steam Voyage down the Danube from Vienna to Constantinople, and round the Black Sea in 1836*, 2 vols. (Londres, 1837). <<

[67] Urquhart, *England and Russia*, p. 86. <<

[68] S. Lane-Poole, *The Life of the Right Honourable Stratford Canning*, 2 vols. (Londres, 1888), vol. 2, p. 17. <<

[69] Ibíd., p. 104. Sobre la francmasonería en el siglo XIX, véanse los numerosos estudios de Paul Dumont, incluyendo «La Turquie dans les archives du Grand Orient de France: Les loges maçonniques d'obédience française à Istanbul du milieu du XIXe siècle à la veille de la Première Guerre Mondiale», en J.-L. Bacqué-Grammont y P. Dumont (eds.), *Économie et société dans l'empire ottoman (fin du XVIIIe siècle-début du XXe siècle)* (París, 1983), pp. 171-202. <<

[70] A. Cunningham, *Eastern Questions in the Nineteenth Century: Collected Essays*, 2 vols. (Londres, 1993), vol. 2, pp. 118-119. <<

[71] B. Abu Manneh, «The Islamic Roots of the Gülhane Rescript», en íd., *Studies on Islam and the Ottoman Empire in the Nineteenth Century* (Estambul, 2001), pp. 83-84, 89. <<

[72] No confundir con Mehmed Alí, el gobernante egipcio. <<

[73] FO 97/413, Stratford a Palmerston, 7 de febrero de 1850; Lane-Poole, *The Life of the Right Honourable Stratford Canning*, vol. 2, p. 215. <<

[74] S. Tatishchev, «Imperator Nikolai I v Londrese v 1844 godu», *Istoricheskii vestnik*, 23/3 (febrero de 1886), pp. 602-604. <<

[75] E. Stockmar, *Denkwürdigkeiten aus den Papieren des Freiherrn Christian Friedrich V. Stockmar* (Brunswick, 1872), p. 98;T. Martin, *The Life of His Royal Highness the Prince Consort*, 5 vols. (Londres, 1877), vol. 1, p. 215. <<

[76] G. Bolsover, «Nicholas I and the Partition of Turkey», *Slavonic Review*, 27 (1948), p. 135. <<

[77] Tatishchev, «Imperator Nikolai», pp. 355-358. <<

[78] Martin, *The Life of His Royal Highness*, vol. 1, p. 224. <<

[79] Tatishchev, «Imperator Nikolai», p. 604; Stockmar, *Denkwürdigkeiten*, p. 98. <<

[80] El nombre volvió a su versión anterior, Copa de Oro, tras el estallido de la guerra de Crimea. <<

[81] Tatishchev, «Imperator Nikolai», p. 604. <<

[82] *The Letters of Queen Victoria: A Selection from Her Majesty's Correspondence between the Years 1837 and 1861*, 3 vols. (Londres, 1907-1908), vol. 2, pp. 16-17; Martin, *The Life of His Royal Highness*, vol. 1, p. 219; Tatishchev, «Imperator Nikolai», p. 609. <<

[83] Martin, *The Life of His Royal Highness*, vol. 1, p. 223; Stockmar, *Denkwürdigkeiten*, pp. 397, 400. <<

[84] Tatishchev, «Imperator Nikolai», p. 615; Stockmar, *Denkwürdigkeiten*, p. 399. <<

[85] Ibíd., pp. 396-399. <<

[86] Esto permite establecer una obvia analogía con la idea occidental de Rusia durante la Guerra Fría. La rusofobia de la era de la Guerra Fría se basó, en parte, en las ideas que venían del siglo XIX <<

[87] H. Ragsdale, «Russian Projects of Conquest in the Eighteenth Century», en íd. (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993), pp. 75-77; O. Subtelnyi, «Peter I's Testament: A Reassessment», *Slavic Review*, 33 (1974), pp. 663-678. <<

[88] Ragsdale, «Russian Projects», pp. 79-80. <<

[89] Ibíd., p. 81. <<

[90] J. Gleason, *The Genesis of Russophobia in Great Britain* (Cambridge, Mass., 1950), pp. 39, 43. <<

[91] R. Wilson, *A Sketch of the Military and Political Power of Rus-siain the Year 1817* (Londres, 1817); Gleason, *Genesis of Russophobia*, p. 56. <<

[92] [Teniente coronel] sir George de Lacy Evans, *On the Designs of Russia* (Londres, 1828), pp. 191, 199-219. <<

[93] *The Portfolio; or a Collection of State Papers, etc. etc., Illustrative of the History of Our Times*, 1 (1836), p. 103. <<

[94] Ibíd., pp. 187-195.Véase más en M. Kukiel, *Czartoryski and European Unity 1770-1861* (Princeton, 1955), p. 236. <<

[95] Hansard, Debate de la Cámara de los Comunes de 23 de febrero de 1848, vol. 96, pp. 1132-1242; Debate de la Cámara de los Comunes de 1 de marzo de 1848, vol. 47, pp. 66-123 (cita de Palmerston en p. 122). <<

[96] *The Times*, 20 de julio de 1831; *Northern Liberator*, 3 de octubre de 1840. <<

[97] Gleason, *Genesis of Russophobia*, p. 126. <<

[98] Kukiel, *Czartoryski*, p. 205. <<

[99] R. McNally, «The Origins of Russophobia in France: 1812-1830», *American Slavic and East European Review*, 17/2 (abril de 1958), pp. 179-183. <<

[100] A. Mickiewicz, *Livre des pèlerins polonais, traduit du polonaise d'A. M. par le Comte C. de Montalembert; suivi d'un hymne à la Pologne par F. de La Menais* (París, 1833). <<

[101] «Cinq millions de Polonais forcés par la czarine Catherine, les czars Paul, Alexandre et récemment Nicolas d'abjurer leur foi religieuse. Eclaircissements sur la question des Grecs-Unis sous le rapport statistique, historique et religieux» (París y Estrasburgo, 1845); *Journal des débats*, 23 de octubre de 1842. <<

[102] *The Nuns of Minsk: Narrative of Makrena Mieczyslawska, Abbess of the Basilian Convent of Minsk; The History of a Seven Years' Persecution Suffered for the Faith, by Her and Her Nuns* (Londres, 1846), pp. 1-16; Hansard, Debate de la Cámara de los Comunes de 9 de marzo de 1846, vol. 84, p. 768; M. Cadot, *La Russie dans la vie intellectuelle francaise, 1839-1856* (París, 1967), p. 464. <<

[103] También influyó sobre la opinión pública británica en la víspera de la guerra de Crimea. En mayo de 1854, «The True Story of the Nuns of Minsk» se publicó en el periódico de Charles Dickens, *Household Words*. La autora del artículo, Florence Nightingale, había conocido a Makrena en Roma en 1848 y había escrito una crónica de su terrible experiencia, que en ese momento no publicó. Después de la batalla de Sinope, en la que los rusos destruyeron la flota turca en el mar Negro, Nightingale desempolvó el artículo, que creyó contribuiría a promover el apoyo popular contra los rusos, y se lo envió a Dickens, quien lo acortó reduciéndolo a la versión que fue publicada en *Household Words*. <<

[104] [Conde]. V. Krasinki, *Is the Power of Russia to be Reduced or Increased by the Present War? The Polish Question and Panslavism* (Londres, 1855), p. 4. <<

[105] Marquis de Custine, *Russia*, 3 vols. (Londres, 1844), vol. 3, pp. 21,353; G. Kennan, *The Marquis de Custine and His Russia in 1839* (Londres, 1971). <<

[106] Cadot, *La Russie dans la vie intellectuelle francaise*, p. 471. <<

[107] S. Pavlowitch, *Anglo-Russian Rivalry in Serbia, 1837-39* (París, 1961). <<

[108] N. Tsimbaev, *Slavianofil'stvo: Iz istorii russkoi obshchestvennopoliticheskoi mysli XIX veka* (Moscú, 1986), p. 36. <<

[109] A. Bitis, *Russia and the Eastern Question: Army, Government and Society, 1815-1833* (Oxford, 2006), pp. 93-97. <<

[110] N. Riasanovsky, *Nicholas I and Official Nationality in Russia 1825-1855* (Berkeley, 1959), p. 152. <<

[111] Ibíd., p. 166. <<

[112] P. Mérimée, *Correspondence générale*, 18 vols. (París, 1941-1965), vol. 5, p. 420; Cadot, *La Russie dans la vie intellectuelle francaise*, p. 516; L. Namier, *1848: The Revolution of the Intellectuals* (Oxford, 1946), pp. 40-42. <<

[113] Cadot, *La Russie dans la vie intellectuelle francaise*, p. 468. <<

[114] R. Florescu, *The Struggle against Russia in the Romanian Principalities 1821-1854* (Monachii, 1962), capítulos 7 y 8. <<

[115] FO 195/321, Colquhoun a Palmerston, 16 de agosto de 1848. <<

[116] FO 195/332, Colquhoun a Stratford Canning, 2 de julio de 1849. <<

[117] Florescu, *Struggle against Russia*, pp. 217-218. <<

[118] En 1850, el público aplaudió la decisión de Palmerston de enviar a la Royal Navy a bloquear el puerto de Atenas en defensa de Don Pacifico, un súbdito británico que había pedido al gobierno griego una compensación después de que su casa hubiese sido incendiada durante una revuelta antisemita en Atenas. Don Pacifico desempeñaba el cargo de cónsul portugués en Atenas en el momento de la agresión (era judío portugués por linaje), pero había nacido en Gibraltar y, por lo tanto, era súbdito británico. Sobre esta base («Civis Britannicus Sum»), Palmerston defendió su decisión de enviar la flota. <<

[119] D. Goldfrank, *The Origins of the Crimean War* (Londres, 1995), pp. 68-71. <<

[120] Sobre la defensa naval británica contra Fracia, véase A. Lambert, *The Crimean War: British Grand Strategy, 1853-56* (Manchester, 1990), pp. 25-27. <<

[121] RA VIC/MAIN/QVJ/1855, 16 de abril. <<

[122] *Mémoires du duc De Persigny* (París, 1896), p. 212. <<

[123] Los austríacos y los prusianos habían accedido a seguir el ejemplo de Rusia, pero después se echaron atrás, temiendo causar una ruptura con Francia. Encontraron un término medio y se dirigieron a Napoleón como «Monsieur mon frère» (mi señor hermano). <<

[124] A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford, 1955), p.49. <<

[125] *Mémoires du duc De Persigny*, p. 225; E. Bapst, *Les Origines de la Guerre en Crimée: La France et la Russie de 1848 à 1851* (París, 1912), pp. 325-327. <<

[126] FO 78/895, Rose a Malmesbury, 28 de diciembre de 1852. <<

[127] K. Vitzthum von Eckstadt, *St Petersburg and London in the Years 1852-64*, 2 vols. (Londres, 1887), vol. 1, p. 38; D. Goldfrank, *The Origins of the Crimean War* (Londres, 1995), pp. 109-110. <<

[128] FO 65/424, Seymour a Russell, 11 y 22 de enero, 22 de febrero de 1853. <<

[129] FO 65/424, Seymour a Russell, 11 de enero, 21 de febrero de 1853; A. Cunningham, *Eastern Questions in the Nineteenth Century: Collected Essays*, 2 vols. (Londres, 1993), vol. 2, p. 136. <<

[130] FO 65/424, Seymour a Russell, 22 de febrero de 1853; FO 65/425, Seymour to Clarendon, 29 de marzo de 1853. <<

[131] Cunningham, *Eastern Questions*, vol. 2, pp. 139-140. <<

[132] FO 65/424, Seymour a Russell, 10 de febrero de 1853. <<

[133] RGAVMF, f. 19, op. 7, d. 135, l. 37; FO 65/424, Seymour a Russell, 7 de enero de 1853; *Correspondence Respecting the Rights andPrivileges of the Latin and Greek Churches in Turkey*, 2 vols. (Londres, 1854-1856), vol. 1, pp. 121-124. <<

[134] RGAVMF, f. 19, op. 7, d. 135, 1. 43; J. Curtiss, *Russia's Crimean War* (Durham, NC, 1979), p. 94. <<

[135] El primer ministro, lord Aberdeen; lord John Russell, líder de la Cámara de los Comunes, el secretario de Exteriores lord George Clarendon; sir James Graham, primer lord del Almirantazgo, y Palmerston, quien era en ese momento secretario del Interior. <<

[136] FO 65/420, Clarendon a Seymour, 23 de marzo, 5 de abril de 1853; Goldfrank, *Origins of the Crimean War*, pp. 136-138. <<

[137] *Mémoires du duc De Persigny*, pp. 226-231; Bapst, *Origines de la Guerre en Crimée*, p. 354. <<

[138] *Mémoires du comte Horace de Viel-Castel sur le règne de Napoléon III, 1851-1864*, 2 vols. (París, 1979), vol. 1, p. 180; J. Ridley, *Napoleon III and Eugenie* (Londres, 1979), p. 365; S. Lane-Poole, *The Life of the Right Honourable Stratford Canning* (Londres, 1888), vol. 2, p. 237. <<

[139] *Correspondence Respecting the Rights and Privileges of the Latinand Greek Churches*, vol. 1, pp. 256-258; Cunningham, *Eastern Questions*, pp. 159-162; Goldfrank, *Origins of the Crimean War*, pp. 147-148, 156-157; A. Saab, *The Origins of the Crimean Alliance* (Charlottesville, Virginia, 1977), pp. 135-137; Lane-Poole, *The Life of the Right Honourable Stratford Canning*, vol. 2, p. 248. <<

[140] BOA, AMD, 44/81, Musurus a Reshid Pachá, 13 de mayo de1853; RGAVMF, f. 19, op. 7, d. 135, 1. 52; C. Badem, «The Ottomans and the Crimean War (1853-1856)», tesis doctoral (Universidad de Sabanci, 2007), pp. 74-76. <<

[141] A. Zaionchkovskii, *Vostochnaia voina* 1853-1856, 3 vols. (San Petersburgo, 2002), vol. 1, pp. 739-740. <<

[142] *Russkii arjiv*, 1891, n.° 8, p. 169; «Voina s Turtsiei 1828-1829 I 1853-1854», *Russkaia starina*, 16 (1876), pp. 681-687; P.

Schroeder, *Austria, Great Britain and the Crimean War: The Destruction of the European Concert* (Ithaca, Nueva York, 1972), p. 76. <<

[143] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5407, ll. 7-11; d. 5451, l. 13-14; Zaionchkovskii, *Vostochnaia voina*, vol. 1, p. 74. <<

[144] *Za mnogo let: Zapiski (vospominaniia) neizvestnogo 1844-1874 gg*. (San Petersburgo, 1897), p. 74; RGBOR, f. 743,T. Klemm, «Vospominaniia starogo-soldata, rasskazannye synu, kadetu VII klacca Pskovskogo kadetskogo korpusa», l. 6. <<

[145] F. Kagan, *The Military Reforms of Nicholas I: The Origins of the Modern Russian Army* (Londres, 1999), p. 221; E. Brooks, «Reform in the Russian Army, 1856-1861», *Slavic Review*, 43/1 (primavera de 1984), p. 64; E. Wirtschafter, *From Serf to Russian Soldier* (Princeton, 1990), p. 24. <<

[146] Brooks, «Reform», pp. 70-71; K. Marx, *The Eastern Question: A Reprint of Letters Written 1853-1856 Dealing with the Events of the Crimean War* (Londres, 1969), pp. 397-398; J. Curtiss, *The Russian Army under Nicholas I, 1825-1855* (Durham, NC, 1965), p. 115; P. Alabin, *Chetyre voiny: Pojod-nye zapiski v voinu 1853, 1854, 1855 i 1856 godov*, 2 vols. (Viatka, 1861), vol. 1, p. 43. <<

[147] Curtiss, *Russian Army*, pp. 248-249. <<

[148] *Za mnogo let*, pp. 34-35, 45-47; RGB OR, f. 743, T. Klemm, «Vospominaniia starogo-soldata», ll. 4, 7-8; Wirtschafter, *From Serf to Russian Soldier*, p. 87. <<

[149] Rumelia era el nombre que los turcos daban a Rumania. (*N. de la T.*). <<

[150] BOA, I, HR, 328/21222; S. Kiziltoprak, «Egyptian Troops in the Crimean War (1853-1856)», en Vostochnaya (Krymskaya). Voina 1853-1856 godov: Novye materialy i novoe osmyslenie, 2 vols. (Simferópol, 2005), vol. 1, p. 49; Lane-Poole, *The Life of the Right Honourable Stratford Canning*, vol. 2, p. 296. <<

[151] A. Slade, *Turkey and the Crimean War: A Narrative of Historical Events* (Londres, 1867), p. 186; E. Perret, *Les Français en Orient: Récits de Crimée 1854-1856* (París, 1889), pp. 86-87. <<

[152] T. Buzzard, *With the Turkish Army in the Crimea and Asia Minor* (Londres, 1915), p. 121; J. Reid, *Crisis of the Ottoman Empire: Prelude to Collapse 1839-1878* (Stuttgart, 2000). p. 257. <<

[153] RGVIA, f. 450, op. 1, d. 33, ll. 4-12; *A Visit to Sebastopol a Week after Its Fall: By an Officer of the Anglo-Turkish Contingent* (Londres, 1856), p. 53; *Vospominaniia ofitsera o voennyh deistviyah na Dunae v 1853-1854 gg.: Iz dnevnika P.B.* (San Petersburgo, 1887), p. 566. <<

[154] M. Chamberlain, *Lord Aberdeen: A Political Biography* (Londres, 1983), p. 476; FO 65/421, Palmerston a Seymour, 16 de julio de 1853; I, vol. 1, p. 400. <<

[155] R. Florescu, *The Struggle against Russia in the Romanian Principalities 1821-1854* (Monachii, 1962), pp. 241-246. <<

[156] FO 65/422, Palmerston a Seymour, 2 de agosto de 1853. <<

[157] *Correspondence Respecting the Rights and Privileges of the Latin and Greek Churches*, vol. 1, pp. 400-404. <<

[158] Goldfrank, *Origins of the Crimean War*, pp. 190-213. <<

[159] *The Greville Memoirs 1814-1860*, edición de L. Strachey y R. Fulford, 8 vols. (Londres, 1938), vol. 1, p. 85. <<

[160] H. Maxwell, *The Life and Letters of George William Frederick, Fourth Earl of Clarendon*, 2 vols. (Londres, 1913), vol. 2, p. 25. <<

[161] Slade, *Turkey and the Crimean War*, pp. 101-102, 107; Saab, *Origins of the Crimean Alliance*, p. 64; Cunningham, *Eastern Questions*, pp. 198-199. <<

[162] Saab, *Origins of the Crimean Alliance*, p. 81; Badem, «The Ottomans and the Crimean War», pp. 80, 90. <<

[163] *The Times*, 27 de septiembre de 1853; *Correspondence Respecting the Rights and Privileges of the Latin and Greek Churches*, vol. 1, pp. 562-563. <<

[164] A. Türkgeldi, *Mesâil-i Mühimme-i Siyâsiyye*, 3 vols. (Ankara, 1957-1960), vol. 1, pp. 319-321; Badem, «The Ottomans and The Crimean War», p. 93. <<

[165] BOA, HR, SYS, 907/5. <<

[166] BOA, HR, SYS, 903/2-26. <<

[167] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5429, ll. 11-17; «Vospominani-iaA. A. Genritsi», *Russkaia starina*, 20 (1877), p. 313. <<

[168] «Vostochania voina: Pis'ma kn. I. F. Paskevicha k kn. M. D. Gorchakovu», *Russkaia starina*, 15 (1876), pp. 163-191, 659-674 (cita, p. 182); E. Tarle, *Krymskaia voina*, 2 vols. (Moscú, 1944), vol. 1, pp. 216-218. <<

[169] «Voina s Turtsiei 1828-1829 i 1853-1854», *Russkaia starina*, 16(1876), pp. 700-701; S. Nikitin, «Russkaia politika na Balkanaj i nachalo vostochnoi voiny», *Voprosy istorii*, 4 (1946), pp. 3-29. <<

[170] A. Zaionchkovskii, *Vostochanaia voina 1853-1856*, 3 vols. (San Petersburgo, 2002), vol. 2, pp. 523-524; «Voina s Turtsiei 1828-1829 I 1853-1854», p. 708. <<

[171] Nesselrode fue apoyado por el barón Meyendorff, el embajador ruso en Viena, quien informó al zar el 29 de noviembre de que los «pequeños pueblos cristianos» no combatirían del lado del zar. En el pasado, nunca habían recibido ayuda alguna de Rusia y los habían dejado «en un estado de indigencia militar», incapaces de ofrecer resistencia a los turcos (*Peter von Meyendorff: Ein russischer Diplomat an den Höfen von Berlin und Wien, Politischer und privater Briefwechsel 1826-1863*, O. Hoetzsch (ed.), 3 vols. (Berlín y Leipzig, 1923), vol. 3, pp. 100-104). <<

[172] Zaionchkovskii, *Vostochnaia voina*, vol. 1, pp. 321-322, 564. <<

[173] «Voina s Turtsiei 1854 g.», *Russkaia starina*, 18 (1877), p. 141; *Correspondence Respecting the Rights and Privileges of the Latin and Greek Churches in Turkey*, 2 vols. (Londres, 1854-1856), vol. 1, pp. 415-418; RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5417, l. 7. <<

[174] RGIA, f. 711, op. 1, d. 35, ll. 1-3; A. Tiutcheva, *Pri dvore dvujimperatov: Vospominaniia, dnevnik, 1853-1892* (Moscú, 1928-9), pp. 129-130, 146-148, 162-163. <<

[175] Una referencia a la fuerza expedicionaria del general Oudinot, que en 1849-1850 atacó la antipapal República Romana y volvió a llevar a Roma al papa Pío IX. Las tropas francesas permanecieron en Roma hasta 1870 para proteger al Papa. <<

[176] En las Guerras del Opio de 1839-1842. <<

[177] Una referencia al asunto de Don Pacifico. <<

[178] En la batalla de Poltava (1709), Pedro el Grande derrotó a Suecia y estableció a Rusia como potencia báltica. <<

[179] Zaionchkovskii, *Vostochanaia voina*, vol. 1, pp. 702-708. <<

[180] Ibíd., pp. 559-561. <<

[181] L. Vyskochkov, *Imperator Nikolai I: chelovek i gosudar'* (San Petersburgo, 2001), pp. 296-297. <<

[182] Zaionchkovskii, *Vostochnaia voina*, vol. 1, p. 535. <<

[183] «Vostochania voina: Pis'ma kn. I. F. Paskevicha k kn. M. D. Gorchakovu», p. 190. <<

[184] M. Pinson, «Ottoman Bulgaria in the First Tanzimat Period the Revolts in Nish (1841) and Vidin (1850)», *Middle Eastern Studies*, 11/2 (mayo de 1975), pp. 103-146; H. Inalcik, *Tanzimat ve Bulgar Meselesi* (Ankara, 1943), pp. 69-71; «Vospominaniia o voine na Dunae v 1853 i 1854 gg.», *Voennyi sbornik*, 14/8 (1880), p. 420; *Rossiia i Balkany: Iz istorii obshchestvenno-politicheskij i kul'turnyj sviazei (XVIII veka-1878 g.)* (Moscú, 1995), pp. 180-182. <<

[185] FO 195/439, Grant a Clarendon, 11 de enero de 1854; FO 78/1014, Grant a Clarendon, 9 de enero de 1854; *Vospominaniia ofitsera o voennyh deistviyah na Dunae v 1853-1854 gg.: Iz dnevnika P.B.* (San Petersburgo, 1887), pp. 531, 535, 543; «Vospominaniia A. A. Genritsi», p. 313; A. Ulupian, «Russkaia periodicheskaia pechat' vremen krymskoi voiny 1853-1856 gg. o Bolgarii i bolgaraj», en *Rossiia i Balkany*, pp. 182-183; A. Rachinskii, *Pojodnye pis'ma opolchentsa iz iuzhnoi Bessarabii 1855-1856* (Moscú, 1858), pp. 8-11. <<

[186] *Vospominaniia ofitsera o voennyh deistviyah na Dunae*, pp. 585-589; A. Baumgarten, *Dnevniki 1849, 1853, 1854 i 1855* (s.l., 1911), pp. 82-87. <<

[187] FO 78/1008, Fonblanque (cónsul en Belgrado) a Stratford Canning, 31 de diciembre de 1853, 11, 17, 24 y 26 de enero de 1854. <<

[188] L. Guerrin, *Histoire de la dernière guerre de Russie (1853-1856)*, 2 vol. (París, 1858), vol. 1, p. 63; J. Koliopoulos, «Brigandage and Insurgency in the Greek Domains of the Ottoman Empire, 1853-1908», en D. Gondicas y C. Issawi (eds.), *Ottoman Greeks in the Age of Nationalism: Politics, Economy, and Society in the Nineteenth Century* (Princeton, 1999), pp. 147-148. <<

[189] Una de las ironías de la guerra de Crimea es que Sidney Herbert, el secretario de la Guerra británico entre 1852 y 1855, fuera sobrino de este general ruso y anglófilo. Mijaíl era hijo del conde Semyon Vorontsov, quien vivió cuarenta y siete años en Londres, casi todos ellos tras retirarse de su cargo de embajador ruso. La hija de Semyon, Catherine, se casó con George Herbert, conde de Pembroke. General durante la guerra contra Napoleón, Mijaíl fue designado gobernador general de Nueva Rusia en 1823. Hizo muchas cosas para el engrandecimiento y consolidación de Odesa, donde construyó un magnífico palacio, promovió el desarrollo de los barcos a vapor en el mar Negro y

combatió en la guerra contra los turcos de 1828-1829. Siguiendo la tradición anglófila de su familia, Vorontsov construyó un fabuloso palacio anglo-moro en Alupka, sobre la costa sur de Crimea, donde se alojó la delegación británica que asistió a la Conferencia de Yalta en 1945. <<

[190] *Shamil' stavlennik sultanskoi Turtsii i angliiskij kolonizatorov: Sbornik dokumental'nyj materialov* (Tiflis, 1953), p. 367; «Voina s Turtsiei 1828-1829 i 1853-1854», p. 696. <<

[191] E. Adamov y L. Kutakov, «Iz istorii proiskov inostrannoy agentury vo vremya Kavkazskij voyn», *Voprosy istorii, II* (noviembre de 1950), pp. 101-125. <<

[192] M. Gammer, «Shamil and the Ottomans: A Preliminary Overview», en V. *Milletlerarasi Türkiye Sosyal ve Iktisat Tarihi Kongresi: Tebligler*. Istanbul 21-25 Agustos 1989 (Ankara, 1990), pp. 387-394; M. Budak, «1853-1856 Kirim Harbi Baslarinda Dogu Anadolu-Kafkas Cephesi ve Seyh Samil», *Kafkas Arastirmalari*, I (1988), pp. 132-133; Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 1, p. 294. <<

[193] B. Lewis, «Slade on the Turkish Navy», *Journal of Turkish Studies / Türklük Bilgisi AraŞtirmalari*, II (1987), pp. 6-7; C. Badem, «The Ottomans and the Crimean War (1853-1856)», tesis doctoral (Universidad de Sabanci, 2007), pp. 107-109. <<

[194] FO 195/309, Slade a Stratford Canning, 7 de diciembre de 1853. <<

[195] A. Slade, *Turkey and the Crimean War: A Narrative of Historical Events* (Londres, 1867), p. 152. <<

[196] BOA, HR, SYS, 1346/38; S. Lane-Poole, *The Life of the Right Honourable Stratford Canning*, 2 vols. (Londres, 1888), vol. 2, pp. 333-335; *Correspondence Respecting the Rights and Privileges of the Latin and Greek Churches*, vol. 1, p. 814. <<

[197] *Morning Post*, 16 de diciembre de 1853; *The Times*, 13 y 18 de diciembre de 1853; *Sheffield and Rotherham Independent*, 17 de

diciembre de 1853; *Chronicle*, 23 de diciembre de 1853. <<

[198] *The Letters of Queen Victoria: A Selection from Her Majesty's Correspondence between the Years 1837 and 1861*, 3 vols. (Londres, 1907-1908), vol. 2, p. 126. <<

[199] RA VIC/MAIN/QVJ/1853, 13 de noviembre y 15 de diciembre. <<

[200] FO 65/423, Palmerston a Seymour, 27 de diciembre de 1853; RAVIC/MAIN/QVJ/1853,15 de diciembre; P. Schroeder, *Austria, Great Britain and the Crimean War: The Destruction of the European Concert* (Ithaca, Nueva York, 1972), p. 122. <<

[201] Ibíd., pp. 123-126. <<

[202] A. Saab, *The Origins of the Crimean Alliance* (Charlottesville, Virginia, 1977), pp. 126-127; A. Lambert, *The Crimean War: British Grand Strategy, 1853-1856* (Manchester, 1990), p. 64. <<

[203] Citado en S. Brady, *Masculinity and Male Homosexuality in Britain, 1861-1913* (Londres, 2005), p. 81; G. Henderson, *Crimean War Diplomacy and Other Historical Essays* (Glasgow, 1947), p. 136. <<

[204] M. Taylor, *The Decline of British Radicalism, 1847-1860* (Oxford, 1995), pp. 230-231; R. Seton Watson, *Britain in Europe 1789-1914: A Survey of Foreign Policy* (Cambridge, 1937), pp. 321-322; RA VIC/ MAIN/QVJ/1853, varias entradas, noviembre y diciembre. <<

[205] RAVIC/MAIN/QVJ/1853, 8 de diciembre; RAVIC/MAIN/ QVJ/1854, 15 de febrero. <<

[206] No hubo una Biblia en ruso –sólo un Salterio y un Libro de Horas– hasta la década de 1870. <<

[207] Saab, *Origins of the Crimean Alliance*, p. 148; id., *Reluctant Icon: Gladstone, Bulgaria, and the Working Classes, 1856-1878* (Cambridge, Mass., 1991), p. 31. <<

[208] O. Anderson, «The Reactions of Church and Dissent towards the Crimean War», *Journal of Ecclesiastical History*, 16 (1965), pp. 211-212; B. Kingsley Martin, *The Triumph of Lord Palmerston: A Study of Public Opinion in England before the Crimean War* (Londres, 1963), pp. 114-115, 164. <<

[209] R. Marlin, *L'Opinion franc-comtoise devant la guerre de Crimée*, Annales Litteraires de l'Université de Besançon, vol. 17 (París, 1957), pp. 19-20; Taylor, *Decline of British Radicalism*, p. 226. <<

[210] Marlin, *L'Opinion franc-comtoise*, pp. 22-23. <<

[211] L. Case, *French Opinion on War and Diplomacy during the Second Empire* (Filadelfia, 1954), pp. 16-24. <<

[212] Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 1, pp. 405-428. <<

[213] Véase por ejemplo V. Vinogradov, «The Personal Responsibility of Emperor Nicholas I for the Coming of the Crimean War: An Episode in the Diplomatic Struggle in the Eastern Question», en H. Ragsdale (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993), pp. 159-170. <<

[214] GARF, f. 678, op. 1, d. 451, l. 306. <<

[215] T. Schiemann, *Geschichte Russlands unter Kaiser Nikolaus I*, 4 vols. (Berlín, 1904-1919), vol. 4, p. 430. <<

[216] E. Boniface, conde de Castellane, *Campagnes de Crimée, d'Italie, d'Afrique, de Chine et de Syrie, 1849-1862* (París, 1898), pp. 75-76; J. Ridley, *Napoleon III and Eugenie* (Londres, 1979), p. 365. <<

[217] Lambert, *The Crimean War*, pp. 64 y ss. <<

[218] Schroeder, *Austria, Great Britain and the Crimean War*, p. 150; lady F. Balfour, *The Life of George, Fourth Earl of Aberdeen*, 2 vols. (Londres, 1922), vol. 2, p. 206. <<

[219] RA VIC/MAIN/QVJ/1854, 6 de marzo; W. Baumgart, *The Peace of Paris 1856: Studies in War, Diplomacy and Peacemaking*

(Oxford, 1981), p. 13; Henderson, *Crimean War Diplomacy*, p. 72; BLO Clarendon Papers, Stratford Canning a Clarendon, 7 de abril de 1854, c. 22; Lane-Poole, *The Life of the Right Honourable Stratford Canning*, vol. 2, pp. 354-358; PRO 30/22/11, Russell a Clarendon, 26 de marzo de 1854. <<

[220] RA VIC/MAIN/QVJ/1854, 26 de marzo. <<

[221] K. Vitzthum von Eckstadt, *St Petersburg and London in the Years 1852-64*, 2 vols. (Londres, 1887), vol. 1, pp. 83-84;A. Kinglake, *The Invasion of the Crimea: Its Origin and an Account of Its Progress down to the Death of Lord Raglan*, 8 vols. (Londres, 1863), vol. 1, pp. 476-477. <<

[222] Véase R. Ellison, *The Victorian Pulpit: Spoken and Written Sermons in Nineteenth-Century Britain* (Cranbury, Nueva Jersey, 1998), pp. 43-49. <<

[223] H. Beamish, *War with Russia: God the Arbiter of Battle. A Sermon Preached on Sunday April 2, 1854* (Londres, 1854), p. 6;T. Harford Battersby, *Two First-Day Sermons Preached in the Church of St John, Keswick* (Londres, 1855), p. 5; J. James, *The War with Russia Imperative and Righteous: A Sermon Preached in Brunswick Chapel, Leeds, on the Day of National Humiliation* (Londres, 1854), pp. 14-15. <<

[224] G. Croly, *England, Turkey, and Russia: A Sermon Preached on the Embarkation of the Guards for the East in the Church of St Stephen, Walbrook, February 26, 1854* (Londres, 1854), pp. 8, 12-13, 26-27, 30-31. Para sermones similares, véase H. Bunsen, *«The War is a Righteous War»: A Sermon Preached in Lilleshall Church on the Day of Humiliation and Prayer* (Londres, 1854); R. Burton, *The War of God's Sending: A Sermon Preached in Willesden Church on the Occasion of the Fast, April 26, 1854* (Londres, 1854); R. Cadlish, *The Sword of the Lord: A Sermon Preached in the Free St George's Church, Edinburgh on Wednesday, April 26, 1854* (Londres, 1854); H. Howarth, *Will God Be for Us? A Sermon Preached in the*

Parish Church of St George's, Hanover Square, on Wednesday, April 26, 1854 (Londres, 1854); *A Sermon Preached by the Rev. H.W. Kemp, Incumbent of St John's Church, Hull, on Wednesday, April 26th: Being the Day Appointed by Her Gracious Majesty the Queen for the Humiliation of the Nation on the Commencement of the War with Russia* (Londres, 1854); J. Cumming, *The War and Its Issues: Two Sermons* (Londres, 1854); J. Hall, *War with Russia Both Just and Expedient: A Discourse Delivered in Union Chapel, Brixton Hill, April 26, 1854* (Londres, 1854); John, obispo de Lincoln, *War: Its Evils and Duties: A Sermon Preached in the Cathedral Church of Lincoln on April 26th, 1854* (Londres, 1854). <<

[225] FO 195/445, Finn a Clarendon, 28 de abril de 1854; E. Finn (ed.), *Stirring Times, or, Records from Jerusalem Consular Chronicles of 1853 to 1856*, 2 vols. (Londres, 1878), vol. 2, pp. 130-131. <<

[226] *Tolstoy's Letters*, edición y traducción de R. F. Christian, 2 vols. (Londres, 1978), vol. 1, p. 38. <<

[227] A. Maude, *The Life of Tolstoy: First Fifty Years* (Londres, 1908), pp. 96-97. <<

[228] «Voina s Turtsiei 1854 g.», *Russkaia starina*, 18 (1877), p. 327. <<

[229] RGADA, f. 1292, op. 1, d. 6, 1. 68; E. Tarle, *Krymskaia voina*, 2 vols. (Moscú, 1944), vol. 1, p. 273; «Vospominaniia kniazia Emiliia Vitgenshteina», *Russkaia starina*, 104 (1900), p. 190. <<

[230] A. Jomiakov, *Polnoe sobranie sochinenii*, 8 vols. (Moscú, 1900), vol. 8, p. 350. <<

[231] FO 78/1014, Cunningham a Stratford Canning, 4, 20, 23 y 30 de marzo de 1854. <<

[232] E. Jouve, *Guerre d'Orient: Voyage à la suite des armées alliées en Turquie, en Valachie et en Crimée* (París, 1855), p. 115; FO 78/1008, Fonblanque a Stratford Canning, 27 de marzo de

1854; FO 78/1014, Cunningham a Stratford Canning, 23 de marzo de 1854. <<

[233] RGVIA, f. 9198, op. 6/264, cb. 6, d. 14, ll. 101, 104, 106. <<

[234] FO 78/1009, Fonblanque a Palmerston, 27 de mayo de 1854; Palmerston a Fonblanque, 10 de julio de 1854. <<

[235] Uno de ellos se encuentra actualmente frente al edificio de la Duma de la ciudad, en el bulevar Primorski. <<

[236] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5417, ll. 41-44; E. Kovalevskii, *Voina s Turtsiei i razryv s zapadnymi derzhavami v 1853-1854* (San Petersburgo, 1871), pp. 203-215; S. Plaksin, *Shchegolovskii al'bom: Sbornik istoricheskij faktov, vospominnii, zapisok, illiustratsii i.t.d. za vremia bombardirovki Odessy v 1854* (Odesa, 1905), pp. 43-47. <<

[237] RGVIA, f. 481, op. 1, d. 89, ll. 1-5; M. Bogdanovich, *Vostochnaia voina 1853-1856*, 4 vols. (San Petersburgo, 1876), vol. 2, pp. 89-93; L. Guerrin, *Histoire de la dernière guerre de Russie (1853-1856)*, 2 vols. (París, 1858), vol. 1, pp. 111-115; J. Reid, *Crisis of the Ottoman Empire: Prelude to Collapse 1839-1878* (Stuttgart, 2000), pp. 255-257; NAM 1968-03-45 («Journal of Captain J. A. Butler at the Siege of Silistria»). <<

[238] Lo mataron el 5 de junio, el día siguiente de la última entrada que aparece en su diario. <<

[239] La determinación de los soldados cobró mayor fuerza religiosa cuando Musa Pachá murió el 2 de junio, a consecuencia de un obús que cayó directamente sobre él mientras estaba conduciendo las plegarias matinales que rogaban por una intervención divina que salvara a Silistria. <<

[240] NAM 1968-03-45 («Journal of Captain J.A. Butler at the Siege of Silistria»); RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5520, cap. 2, l. 62. <<

[241] *Tolstoy's Letters*, vol. 1, pp. 39-40. <<

[242] Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 1, pp. 445-447. <<

[243] Después de la amputación (sin anestesia), Raglan había pedido que le dieran el brazo para poder recuperar un anillo que le había dado su esposa. Ese incidente había sellado su fama de valentía. <<

[244] B. Gooch, *The New Bonapartist Generals in the Crimean War* (La Haya, 1959), pp. 82,109; NAM 1973-11-170 (carta de Kingscote, 15 de mayo, p. 2). <<

[245] J. Herbé, *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier français à sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892), p. 30. <<

[246] El primer batallón de zuavos fue reclutado entre una tribu montañesa bereber llamada Zouaoua. Los posteriores batallones zuavos de franceses adoptaron sus vestimentas moras y sus turbantes verdes. <<

[247] L. Noir, *Souvenirs d'un simple zouave: Campagnes de Crimée et d'ltalie* (París, 1869), p. 222. <<

[248] P. de Molènes, *Les Commentaires d'un soldat* (París, 1860), pp. 58-59. <<

[249] *The Times*, 26 de abril de 1854. <<

[250] C. Bayley, *Mercenaries for the Crimean: The German, Swiss, and Italian Legions in British Service 1954-1956* (Montreal, 1977), p. 20. Sobre irlandeses en el ejército británico, véase D. Murphy, *Ireland and the Crimean War* (Dublín, 2002), pp. 17-25. <<

[251] NAM 1968-07-289 (Raglan a Herbert, 15 de mayo de 1854). <<

[252] Un chacó alto, que llevaba el nombre del príncipe Alberto, quien supuestamente lo había diseñado. <<

[253] NAM 1994-01-215 (carta de Bell, junio de 1854). <<

[254] A. Slade, *Turkey and the Crimean War: A Narrative of Historical Events* (Londres, 1867), p. 355. <<

[255] NAM 1973-11-170 (carta de Kingscote, 29 de abril de 1854, p. 3); Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 212. <<

[256] J. Howard Harris, conde de Malmesbury, *Memoirs of an ExMinister*, 2 vols. (Londres, 1884), vol. 1, p. 412; *The Diary and Correspondence of Henry Wellesley, First Lord Cowley, 1790-1846* (Londres, 1930), p. 54. <<

[257] *Tolstoy's Letters*, vol. 1 pp. 40-41. <<

[258] A. Tiutcheva, *Pri dvore dvuj imperatov: Vospominaniia, dnevnik, 1853-1882* (Moscú, 1928-1929), p. 195; *Akten zur Geschichte des Krimkriegs: Österreichische Akten zur Geschichte des Krimkriegs*, serie 1, vol. 2 (Múnich, 1980), p. 248. <<

[259] Bogdanovich, *Vostochnaia voina*, vol. 2, pp. 107-108. <<

[260] Jouve, *Guerre d'Orient*, p. 121; A. Kinglake, *The Invasion of the Crimea: Its Origin and an Account of Its Progress down to the Death of Lord Raglan*, 8 vols. (Londres, 1863), vol. 2, p. 56; Guerrin, *Histoire de la dernière guerre de Russie*, vol. 1, pp. 123-125. <<

[261] Jouve, *Guerre d'Orient*, pp. 108, 116. <<

[262] *Tolstoy's Letters*, vol. 1, p. 41. <<

[263] Jouve, *Guerre d'Orient*, p. 123; Guerrin, *Histoire de la dernière guerre*, p. 127; FO 195/439, Colquhoun a Clarendon, 13 de agosto de 1854. <<

[264] Tarle, *Krymskaia voina*, vol. I, pp. 454-455, M. Levin, «Krymskaia voina i russkoe obshchestvo», en íd., *Ocherki po istorii russkoi obshchestvennoi mysli, vtoria polovina XIX veka* (Leningrado, 1974), pp. 293-304. <<

[265] P. Schroeder, *Austria, Great Britain and the Crimean War: The Destruction of the European Concert* (Ithaca, Nueva York, 1972), pp. 207-209; R.Florescu, *The Struggle against Russia in the Romanian Principalities 1821-1854* (Monachii, 1962), pp. 284-286. <<

[266] La Vicomte de Noë, *Les Bachi-Bazouks et les Chasseurs d'Afrique* (París, 1861), pp. 9-11; Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 215. <<

[267] Noë, *Les Bachi-Bazouks*, pp. 34, 38-42, 56-68; J. Reid, «Social and Psychological Factors in the Collapse of the Ottoman Empire, 1780-1918», *Journal of Modern Hellenism*, 10 (1993), pp. 143-152. <<

[268] C. Mismer, *Souvenirs d'un dragon de l'armée de Crimée* (París, 1887), p. 34; Molènes, *Les Commentaires d'un soldat*, p. 30; FO 78/1009, Fonblanque a Palmerston, 10 de junio de 1854; C. Hibbert, *The Destruction of Lord Raglan: A Tragedy of the Crimean War, 1854-1855* (Londres, 1961), p. 164; J. Spilsbury, *The Thin Red Line: An Eyewitness History of the Crimean War* (Londres, 2005), p. 26; H. Rappaport, *No Place for Ladies: The Untold Story of Women in the Crimean War* (Londres, 2007), pp. 61-62. <<

[269] M. Thoumas, *Mes souvenirs de Crimée 1854-1856* (París, 1892), pp. 107-109; Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 55. <<

[270] K. Marx, *The Eastern Question: A Reprint of Letters Written 1853-1856 Dealing with the Events of the Crimean War* (Londres, 1969), p. 451. <<

[271] A. Lambert, *The Crimean War: British Grand Strategy, 1853-1856* (Manchester, 1990), p. 106. <<

[272] Los acontecimientos demostrarían que estaba en lo cierto. El 8 de agosto Napier lanzó un ataque aliado contra la fortaleza rusa de Bormasund, en las islas Aland, situadas entre Suecia y Finlandia, principalmente con el objetivo de involucrar a Suecia en la guerra. El respaldo de las tropas suecas era necesario para cualquier intento de ataque contra la capital rusa. Después de un denso bombardeo que dejó la fortaleza en ruinas, el comandante ruso y sus 2000 hombres se rindieron a los aliados. Pero Bormasund fue una victoria menor –no era Kronstadt ni San Petersburgo– y los suecos no quedaron impresionados, a pesar de

los reiterados intentos de los británicos. Hasta que los aliados no comprometiesen mayores recursos en la campaña del Báltico, no había una posibilidad real de implicar a Suecia en la guerra y menos de amenazar San Petersburgo. Pero los aliados estaban divididos respecto de la importancia del Báltico. Los franceses eran mucho menos entusiastas que los ingleses –que Palmerston en particular, quien soñaba con tomar Finlandia como parte de su plan de desmembrar el Imperio ruso– y se mostraban reacios a comprometer más tropas en un objetivo que, según consideraban, favorecería principalmente a los intereses británicos. Para Napoleón, la campaña del Báltico no podía ser más que una diversión de poca envergadura destinada a impedir que el zar enviara un ejército más numeroso a Crimea, que era el centro principal de la campaña francesa. <<

[273] L. Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, pp. 218-219. <<

[274] Lambert, *The Crimean War*, p. 84. <<

[275] WO 28/199, Newcastle a Raglan, 29 de junio de 1854. <<

[276] W. Mosse, *The Rise and Fall of the Crimean System, 1855-1871: The Story of the Peace Settlement* (Londres, 1963), p. 1;W. Baumgart, *The Peace of Paris 1856: Studies in War, Diplomacy and Peacemaking* (Oxford, 1981), p. 13. <<

[277] Schroeder, *Austria, Great Britain and the Crimean War*, pp. 193-194. <<

[278] Ibíd., p. 204; Lambert, *The Crimean War*, pp. 86-87. <<

[279] S. Harris, *British Military Intelligence in the Crimean War* (Londres, 2001), p. 37; H. Small, *The Crimean War: Queen Victoria's War with the Russian Tsars* (Stroud, 2007), pp. 36-37;V. Rakov, *Moi vospominaniia o Evpatorii v epohu krymskoi voiny 1853-1856 gg*. (Eupatoria, 1904), p. 10; FO 881/550, Raglan a Newcastle, 19 de julio de 1854. <<

[280] E. Boniface, conde de Castellane, *Campagnes de Crimée, d'Italie, d'Afrique, de Chine et de Syrie, 1849-1862* (París, 1898),

pp. 90-91; L. de Saint-Arnaud, *Lettres du Maréchal Saint-Arnaud*, 2 vols. (París, 1858), vol. 2, p. 462. <<

[281] Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 59; R. Portal, *Letters from the Crimea, 1854-1855* (Winchester, 1900), pp. 17, 25; FO 78/1040, Rose a Clarendon, 6 de septiembre de 1854. <<

[282] El ejército británico había permitido que cuatro esposas de cada compañía acompañaran a sus cónyuges a Galípoli. Con los suministros del ejército («basándose en la fuerza del ejército») las mujeres prestaban servicios en la cocina y la lavandería. <<

[283] Kinglake, *Invasion of the Crimea*, vol. 2, pp. 148-149. <<

[284] J. Cabrol, *Le Maréchal de Saint-Arnaud en Crimée* (París, 1895), p. 312; L. Noir, *Souvenirs d'un simple zouave: Campagnes de Crimée et d'ltalie* (París, 1869), p. 219; M. O. Cullet, *Un régiment de ligne pendant la guerre d'orient: Notes et souvenirs d'un officier d'infanterie 1854-1855-1856* (Lyon, 1894), p. 68; NAM 2000-02-94 (28 de agosto de 1854). <<

[285] P. de Molènes, *Les Commentaires d'un soldat* (París 1860), p. 5; E. Vanson, *Crimée, Italie, Mexique: Lettres de campagnes 1854-1867* (París, 1905), p. 23; NAM 1978-04-39-2 (carta de Hull, 12 de julio de 1854); NAM 2000-02-94 (carta de Rose, 28 de agosto de 1854). <<

[286] R. de Damas, *Souvenirs religieux et militaires de la Crimée* (París, 1857), pp. 147-148. <<

[287] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5492, ll. 50-51;V. Rakov, *Moi vospominaniia o Evpatorii v epohu krymskoi voiny 1853-1856 gg*. (Eupatoria, 1904), pp. 13-14, 21-22;A. Markevich, *Tavricheskaia guberniia vo vremia krymskoi voiny: Po arjirnym materialam* (Simferopol, 1905), pp. 18-23; A. Kinglake, *The Invasion of the Crimea: Its Origin and an Account of Its Progress down to the Death of Lord Raglan*, 8 vols. (Londres, 1863), vol. 2, p. 166. <<

[288] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5450, ll. 29-32; N. Mijno, «Iz zapisok chinovnika o krymskoi voine», en N. Dubrovin (ed.),

Materialy dlia istorii krymskoi voiny i oborony sevastopolia; Sbornik izdavaemyi komitetom po ustroistvu sevastopol'skago muzeia, vyp. 3 (San Petersburgo, 1872), p. 7. <<

[289] W. Baumgart, *The Crimean War, 1853-1856* (Oxford, 1999), p. 116. <<

[290] R. Hodasevich, *A Voice from within the Walls of Sebastopol: A Narrative of the Campaign in the Crimea and the Events of the Siege* (Londres, 1856), p. 35. <<

[291] Cullet, *Un régiment*, p. 68; Molènes, *Les Commentaires d'un soldat*, p. 45. <<

[292] L. de Saint-Arnaud, *Lettres du Maréchal Saint-Arnaud*, 2 vols. (París, 1858), vol. 2, p. 490. <<

[293] V. Bonham-Carter (ed.), *Surgeon in the Crimea: The Experiences of George Lawson Recorded in Letters to His Family* (Londres, 1968), p. 70. <<

[294] NAM 2003-03-634 («The Diary of Bandmaster Oliver», 15, 16 y 17 de septiembre de 1854); J. Hume, *Reminiscences of the Crimean Campaign with the 55th Regiment* (Londres, 1894), p. 47. <<

[295] La primera baja británica de la lucha fue el sargento Priestley del 13.º regimiento de Dragones Ligeros, que perdió una pierna. Evacuado al Reino Unido, más tarde la reina le regaló una pierna de corcho (A. Mitchell, *Recollections of One of the Light Brigade* [Londres, 1885], p. 50). <<

[296] H. Small, *The Crimean War: Queen Victoria's War with the Russian Tsars* (Stroud, 2007), p. 44. <<

[297] N. Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny i oborony Sevastopolia*, 3 vols. (San Petersburgo, 1900), vol. 1, pp. 215-217; Hodasevich, *A Voice*, pp. 47, 68; Damas, *Souvenirs*, p.11; M. Bot'anov, *Vospominaniia sevastopoltsa i kavkatsa, 45 let spustia* (Vitebsk, 1899), p. 6; Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 235. <<

[298] E. Perret, *Les Français en Orient: Récits de Crimée* 1854-1856 (París, 1889), p. 103. <<

[299] N. Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny*, vol. 1, p. 222; íd., *349-dnevnaia zashchita Sevastopolia* (San Petersburgo, 2005), p. 52;A. Seaton, *The Crimean War: A Russian Chronicle* (Londres, 1977), pp. 75-76. <<

[300] Hodasevich, *A Voice*, pp. 55-56. <<

[301] Perret, *Les Français en Orient*, p. 106; Hodasevich, *A Voice*, p. 32; M. Vrochenskii, *Sevastopol'skii razgrom: Vospominaniia uchastnika slavnoi oborony Sevastopolia* (Kiev, 1893), p. 21. <<

[302] R. Egerton, *Death or Glory: The Legacy of the Crimean War* (Londres, 2000), p. 82. <<

[303] Small, *The Crimean War*, p. 47; N. Dixon, *On the Psychology of Military Incompetence* (Londres, 1994), p. 39. <<

[304] M. Masquelez, *Journal d'un officier de zouaves* (París, 1858), pp. 107-108; Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, pp. 226-228; Molènes, *Les Commentaires d'un soldat*, pp. 232-233; A. Gouttman, *La Guerre de Crimée 1853-1856* (París, 1995), pp. 294-298; RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5575, l. 4. <<

[305] Small, *The Crimean War*, p. 50; Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, pp. 230-231. E. Tarle, *Krymskaia voina*, 2 vols. (Moscú, 1944), vol. 2, p. 20; Hodasevich, *A Voice*, pp. 69-70. <<

[306] Ibíd., p. 70; J. Spilsbury, *The Thin Red Line: An Eyewitness History of the Crimean War* (Londres, 2005), p. 61; A. Massie, *The National Army Museum Book of the Crimean War: The Untold Stories* (Londres, 2004), p. 36. <<

[307] Tras haber dado la orden de atacar, Raglan había tomado la increíble decisión de adelantarse a caballo para tener una mejor visión del ataque. Con su Estado Mayor, Raglan cruzó el Alma y ocupó una posición en una zona expuesta de la colina del Telégrafo, mucho más avanzada que el punto donde estaban las tropas británicas y prácticamente adyacente a los avanzados ru-

sos. «Parece maravilloso que hayamos escapado con vida –escribió desde el Alma, al día siguiente, el capitán Gage, un miembro del Estado Mayor de Raglan–. Los obuses estallaban a mi lado, los disparos pasaban por la derecha, por la izquierda y por encima de mí. Las balas de Minié y de mosquete silbaban junto a mis orejas, los caballos y jinetes del Estado Mayor de lord R. (donde yo estaba) caían, muertos y heridos, a mi lado, y sin embargo yo estoy a salvo y apenas si me doy cuenta de lo que he pasado». (NAM 1968-07-484-I, «Alma Heights Battle Field, Sept. 21st. 1854»). <<

[308] Spilsbury, *Thin Red Line*, pp. 64-65; Kinglake, *Invasion of the Crimea*, vol. 2, pp. 332 y ss.; NAM 1976-06-10 («Crimean Journal, 1854», pp. 54-55). <<

[309] Small, *The Crimean War*, pp. 51-54; Spilsbury, *Thin Red Line*, pp. 65-69; E. Totleben, *Opisanie oborony g. Sevastopolia*, 3 vols. (San Petersburgo, 1863-1878), vol. 1, p. 194. <<

[310] A. Jrushchov, *Istoriia oborony Sevastopolia* (San Petersburgo, 1889), p. 13; Hodasevich, *A Voice*, pp. 73-76;Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 2, p. 20. <<

[311] A. du Picq, *Battle Studies* (Charleston, Carolina del Sur, 2006), pp. 112, 223. <<

[312] Dubrovin, Istoriia krymskoi voiny, vol. 1, pp. 267-268; barón de Bazancourt, The Crimean Expedition, to the Capture of Sebastopol, 2 vols.(Londres, 1856), vol. 1, pp. 260-262. <<

[313] NAM 1974-02-22-86-4 (21 de septiembre de 1872); Bonham-Carter, *Surgeon in the Crimea*, p. 73. <<

[314] S. Calthorpe, *Letters from Headquarters; or the Realities of the War in the Crimea by an Officer of the Staff* (Londres, 1858), pp. 76-77. <<

[315] Una solitaria mujer rusa, Daria Mijailova, se ocupó de los heridos con un carro y suministros que había comprado de su propio bolsillo. Daria era la hija, de 18 años de edad, de un mari-

nero de Sebastopol que había muerto en la batalla de Sinope. En el momento de la invasión, la joven trabajaba como lavandera en la guarnición naval de Sebastopol. Según la leyenda popular, vendió todo lo que había heredado de su padre, compró un carro y un caballo a un comerciante judío, se cortó el cabello y se vistió de marinero, y fue con el ejército al Alma, donde se dedicó a distribuir comida y vino entre los soldados heridos, rasgando incluso sus propias ropas para usarlas como vendas de las heridas, que limpiaba con vinagre. Los soldados distinguieron a Daria bajo su disfraz, pero se le permitió seguir adelante con su heroica tarea en la estación sanitaria de Kacha y luego, durante el sitio, como enfermera en el hospital de Sebastopol. Se difundió la leyenda de la «heroína de Sebastopol». Llegó a simbolizar el espíritu patriótico de la gente común, así como el «espíritu de sacrificio» de las mujeres rusas que poetas como Alexander Pushkin habían idealizado. Al no conocer su apellido, los soldados de los hospitales de Sebastopol la llamaron Dasha Sevastopolskaya, y con ese nombre ha pasado a la historia. En diciembre de 1854, el zar la galardonó con la Medalla de Oro al Fervor, lo que la convirtió en la única mujer rusa que recibió ese honor sin ser de origen noble; la emperatriz le obsequió una cruz de plata con la inscripción «Sebastopol». En 1855, Daria se casó con un soldado herido retirado y abrió una taberna en Sebastopol, donde vivió hasta su muerte, acaecida en 1892. (H Rappaport, *No Place for Ladies: The Untold Story of Women in the Crimean War* [Londres, 2007], p. 77). <<

[316] Seaton, *The Crimean* War, pp. 96-97; J. Giubbenet, *Slovo ob uchastii narodov v popechenii o ranenyh votnaj i neskol'ko vospominanii iz krymskoi kampanii* (Kiev, 1868), p. 15. <<

[317] *The Times*, 1 de diciembre de 1854. <<

[318] Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 234; Egerton, *Death or Glory*, pp. 219-220; H. Drummond, *Letters from the Crimea* (Londres, 1855), pp. 49-50. <<

[319] El departamento de ingeniería del Ministerio de la Guerra no había llevado a cabo un plan, concebido en 1834, destinado a reforzar las obras de defensa de la ciudad, alegando falta de financiación, aunque al mismo tiempo se gastaban millones en la fortificación de Kiev, situada a varios cientos de kilómetros de la frontera. Temeroso de un ataque austríaco en el sudeste, Nicolás I había mantenido una gran reserva de tropas en la zona de Kiev, pero no había visto la necesidad de hacer lo mismo en Sebastopol, ya que desestimó el peligro de un ataque turco o de las potencias occidentales en el mar Negro. Había pasado por alto la enorme importancia de los vapores, que posibilitaban el traslado por mar de grandes ejércitos. <<

[320] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5450, ll. 41-42; H. Elphinstone, *Journal of the Operations Conducted by the Corps of Royal Engineers* (Londres, 1859), pp. 21-22; J. Curtiss, *Russia's Crimean War* (Durham, Carolina del Norte, 1979), pp. 302-305; Totleben, *Opisanie*, vol. 1, pp. 66 y ss. <<

[321] Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny*, vol. 1, pp. 268-269. <<

[322] Según una fuente rusa, los espías tártaros fueron fusilados por órdenes de los británicos cuando se descubrió la verdad. (S. Gershel'man, *Nravstvennyielement pod Sevastopolem* [San Petersburgo, 1897], p. 86). <<

[323] *Den' i noch' v Sevastopole: Stseny iz boevoi zhizni (iz zapisok artillerista)* (San Petersburgo, 1903), pp. 4-5; Gouttman, *La Guerre de Crimée*, p. 305. <<

[324] Egerton, *Death or Glory*, p. 92. <<

[325] NAM 1989-06-41 (diario de Nolan, p. 35). <<

[326] Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 239; Perret, *Les François en Orient*, pp. 119-120. <<

[327] Un término turco peyorativo para designar a un cristiano de los Balcanes. <<

[328] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5492, ll. 62-63; Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny*, vol. 1, pp. 293-302; Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 2, p. 23; Hodasevich, *A Voice*, pp. 119-121. <<

[329] Después de que los rusos anexaron Crimea, el clan Giray había huido al Imperio otomano. A principios del siglo XIX, los Giray habían prestado servicio como administradores de los otomanos en los Balcanes y habían entrado en el ejército. El Imperio otomano tenía varias unidades militares formadas por emigrados de Crimea. Esas unidades habían luchado contra los rusos en 1828-1829, y formaban parte de las fuerzas turcas desplegadas en el frente del Danubio en 1853-1854. Mussad Giray estaba apostado en Varna. Allí fue persuadido por los comandantes aliados de que debía acompañarlos a Crimea para conseguir el respaldo tártaro de la invasión. El 20 de septiembre los aliados enviaron a Mussad Giray de regreso a los Balcanes, con elogios por sus esfuerzos y la consideración de que había cumplido con su tarea. Después de la guerra de Crimea, los franceses le concedieron la medalla de la Legión de Honor. <<

[330] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5492, ll. 57-58; Markevich, *Tavricheskaia guberniia*, pp. 9-10; «1854 g.», *Russkaia starina*, 19 (1877), p. 338; Rakov, *Moi vospominaniia*, pp. 16-39; Molènes, *Les Commentaires d'un soldat*, pp. 46, 71-72. <<

[331] T. Royle, *Crimea: The Great Crimean War 1854-1856* (Londres, 1999), p. 244. <<

[332] Balaclava (originalmente Bella Clava, «bello puerto») fue bautizado por los genoveses, que construyeron gran parte del puerto y lo vieron florecer hasta que los turcos los expulsaron en el siglo XV. Saqueada por los turcos, la ciudad quedó convertida virtualmente en una ruina hasta el siglo XIX, aunque había un monasterio situado en las montañas que dominaban la ciudad y algunos soldados griegos estacionados allí, que fueron expulsados por los aliados. <<

[333] J. Herbé, *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier français à sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892), p. 104. <<

[334] Una bebida caliente hecha con miel y especias. <<

[335] Carruaje ruso, bajo, pequeño y abierto. (*N. de la T.*). <<

[336] L. Tolstoy, *The Sebastopol Sketches*, traducción de D. McDuff (Londres, 1986), pp. 39, 42-43. Con permiso de reproducción. <<

[337] M. Vrochenskii, *Sevastopol'skii razgrom: Vospominaniia uchastnika slavnoi oborony Sevastopolia* (Kiev, 1893), p. 9; N. Berg, *Desiat' dnei v Sevastopole* (Moscú, 1855), p. 15. <<

[338] Tolstoy, *Sebastopol Sketches*, p. 43; E. Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia artilleriiskogo ofitsera v semi tetradaj* (San Petersburgo, 1858), p. 29. <<

[339] M. Bot'anov, *Vospominaniia sevastopoltsa i kavkatsa 45 let spustia* (Vitebsk, 1899), p. 6. <<

[340] E. Totleben, *Opisanie oborony g. Sevastopolia*, 3 vols. (San Petersburgo, 1863-1878), vol. 1, p. 218; *Vospominaniia ob odnom iz doblestnyj zashchitnikov Sevastopolia* (San Petersburgo, 1857), p. 7; *Sevastopol' v nyneshnem sostoianii: Pis'ma iz kryma i Sevastopolia* (Moscú, 1855), p. 19; WO 28/188, Burgoyne a Airey, 4 de octubre de 1854; FO 78/1040, Rose a Clarendon, 8 de octubre de 1854. <<

[341] *Tolstoy's Letters*, edición y traducción de R. F. Christian, 2 vols. (Londres, 1978), vol. 1, p. 44. La escena fue reproducida en *Sebastopol Sketches* (p. 57). <<

[342] S. Gershel'man, *Nravstvennyi element pod Sevastopolem* (San Petersburgo, 1897), p. 84; R. Egerton, *Death or Glory: The Legacy of the Crimean War* (Londres, 2000), p. 91. <<

[343] Cestos altos de mimbre llenos de tierra, usados para la defensa. <<

[344] E. Tarle, *Krymskaia voina*, 2 vols. (Moscú, 1944), vol. 2, p. 38; Gershel'man, *Nravstvennyi element*, pp. 70-71;Totleben, *Opisanie*, vol. 1, pp. 198 y ss.; J. Herbé, *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier français à sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892), p. 133. <<

[345] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5613, l. 12; N. Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny i oborony Sevastopolia*, 3 vols. (San Petersburgo, 1900), vol. 2, p. 31. <<

[346] NAM 1968-07-292 (Cathcart a Raglan, 27 de septiembre de 1854); NAM 1983-11-13-310 (12 de octubre de 1854). <<

[347] Piezas de artillería de cañón corto lanzadores de obuses. (*N. de la T.*). <<

[348] E. Perret, *Les Français en Orient: Récits de Crimée 1854-1856* (París, 1889), pp. 142-144; barón de Bazancourt, *The Crimean Expedition, to the Capture of Sebastopol*, 2 vols. (Londres, 1856), vol. 1, pp. 343-348. <<

[349] NAM 1982-12-29-13 (carta, 12 de octubre de 1854). <<

[350] H. Clifford, *Letters and Sketches from the Crimea* (Londres, 1956), p. 69; E. Wood, *The Crimea in 1854 and 1894* (Londres, 1895), pp. 88-89. <<

[351] S. Calthorpe, *Letters from Headquarters; or the Realities of the War in the Crimea by an Officer of the Staff* (Londres, 1858), p. 111. <<

[352] *Sevastopol' v nyneshnem sostoianii*, p. 16. <<

[353] V. Bariatinskii, *Vospominaniia 1852-55 gg*. (Moscú, 1904), pp. 39-42; A Seaton, *The Crimean War: A Russian Chronicle* (Londres, 1977), pp. 126-129. <<

[354] 17. NAM 1969-01-46 (diario personal, 17 de octubre de 1854); *Den' i noch' v Sevastopole: Stseny iz boevoi zhizni (iz zapisok artillerista)* (San Petersburgo, 1903), pp. 7, 11. <<

[355] A. Jrushchov, *Istoriia oborony Sevastopolia* (San Petersburgo, 1889), p. 30;WO 28/188, Lushington a Airey, 18 de octubre de 1854. <<

[356] *Mrs Duberly's War: Journal and Letters from the Crimea*, edición de C. Kelly (Oxford, 2007), p. 87. <<

[357] *Sevastopol' v nyneshnem sostoianii*, p. 16. <<

[358] WO 28/188, Burgoyne a Raglan, 6 de octubre de 1854; J. Spilsbury, *The Thin Red Line: An Eyewitness History of the Crimean War* (Londres, 2005), p. 138. <<

[359] Término turco que designa a una mujer vestida de manera impropia. En el período otomano se empleaba para describir a una mujer no musulmana y tenía connotaciones sexuales, ya que implicaba que la mujer dirigía un burdel o era ella misma una prostituta. <<

[360] Calthorpe, *Letters*, p. 125; NAM 1968-07-270 («Letters from the Crimea Written During the Years 1854, 55, and 56 by a Staff Officer Who Was There») p. 125; H. Rappaport, *No Place for Ladies: The Untold Story of Women in the Crimean War* (Londres, 2007), pp. 82-83. <<

[361] D. Austin, «Blunt Speaking: The Crimean War Reminiscences of John Elijah Blunt, Civilian Interpreter», *Crimean War Research Society: Special Publication*, 33 (s. f.), pp. 24, 32, 55. <<

[362] Es una suerte de misterio por qué los rusos, enfrentados a una fuerza defensiva tan pequeña, no lanzaron un ataque más rápido y poderoso contra Balaclava. Más tarde, varios comandantes rusos alegaron que carecían de suficientes tropas para capturar Balaclava, que sólo se había tratado de una operación de reconocimiento, o que fue un intento de distraer a las fuerzas aliadas y alejarlas de Sebastopol más que un intento de capturar el puerto. Pero todas eran excusas para su fracaso, que tal vez podría explicarse por su falta de confianza para enfrentarse a los aliados en el

campo de batalla después de la derrota sufrida por las fuerzas rusas en el Alma. <<

[363] *Mrs Duberly's War*, p. 93; NAM 1968-07-270 («Letters from the Crimea Written During the Years 1854, 55, and 56 by a Staff Officer Who Was There»), pp. 119-120;W. Munro, *Records of Service and Campaigning in Many Lands*, 2 vols. (Londres, 1887), vol. 2, p. 88. <<

[364] H. Franks, *Leaves from a Soldier's Notebook* (Londres, 1904), p. 80; NAM 1958-04-32 (carta de Forrest, 27 de octubre de 1854). <<

[365] Spilsbury, *Thin Red Line*, pp. 155-156; H. Small, *The Crimean War: Queen Victoria's War with the Russian Tsars* (Stroud, 2007), pp. 71-72. <<

[366] Small, *The Crimean War*, pp. 73-82. <<

[367] R. Portal, *Letters from the Crimea, 1854-55* (Winchester, 1900), p. 112. Para una versión de los hechos en la que Nolan intenta redirigir el ataque, véase D. Austin, «Nolan Did Try to Redirect the Light Brigade», *War Correspondent*, 23/4 (2006), pp. 20-21. <<

[368] Spilsbury, *Thin Red Line*, pp. 161-162. <<

[369] S. Kozhukov, «Iz krymskij vospominanii o poslednei voine», *Russkii arjiv*, 2 (1869), pp. 23-25. <<

[370] G. Paget, *The Light Cavalry Brigade in the Crimea* (Londres, 1881), pp. 73. <<

[371] *Mrs Duberly's War*, p. 95. <<

[372] Small, *The Crimean War*, pp. 64, 86-88; RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5585, l. 31; Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny*, vol. 2, pp. 144-147. <<

[373] N. Woods, *The Past Campaign: A Sketch of the War in the East*, 2 vols. (Londres, 1855), vol. 2, pp. 12-14;Austin, «Blunt Speaking», pp. 54-56. <<

[374] N. Dubrovin, *349-dnevnaia zashchita Sevastopolia* (San Petersburgo, 2005), p. 91;A. Tiutcheva, *Pri dvore dvuj imperatov: Vospominaniia, dnevnik, 1853-1882* (Moscú, 1928-1929), p. 161. <<

[375] A. Kinglake, *The Invasion of the Crimea: Its Origin and an Account of Its Progress down to the Death of Lord Raglan*, 8 vols. (Londres, 1863), vol. 5, pp. 1-24. <<

[376] NAM 1963-11-151 (carta, 27 de octubre de 1854); NAM 1986-03-103 (carta, 31 de octubre de 1854). <<

[377] Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 2, p. 140. <<

[378] B. Gooch, *The New Bonapartist Generals in the Crimean War* (La Haya, 1959), p. 145. <<

[379] NAM 1994-02-172 (carta, 22 de febrero de 1855). <<

[380] Soimonov se basaba en un mapa naval, que carecía de indicaciones en tierra. Un miembro de su Estado Mayor le indicó el camino marcando con el dedo la ruta a seguir en el mapa. (A. Andriianov, *Inkermanskii boi i oborona Sevastopolia (nabroski uchastnika)*. [San Petersburgo, 1903], p. 15). <<

[381] Jrushchov, *Istoriia oborony Sevastopolia*, pp. 38-42; Seaton, *The Crimean War*, pp. 161-164. <<

[382] A. Andriianov, *Inkermanskii boi i oborona Sevastopolia (nabroski uchastnika)* (San Petersburgo, 1903), p. 16. <<

[383] Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny*, vol. 2, pp. 194-195; Spilsbury, *Thin Red Line*, pp. 196-198. <<

[384] NAM 1968-07-264-1 («The 95th Regiment at Inkerman»). <<

[385] Ibid. <<

[386] Andriianov, *Inkermanskii boi*, p. 20. <<

[387] P. Alabin, *Chetyre voiny: Pojodnye zapiski v voinu 1853, 1854, 1855 i 1856 godov*, 2 vols. (Viatka, 1861), vol. 2, pp. 74-75; Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny*, vol. 2, pp. 203-205. <<

[388] Spilsbury, *Thin Red Line*, pp. 211-212. <<

[389] G. Higginson, *Seventy-One Years of a Guardsman's Life* (Londres, 1916), pp. 197-198; Kinglake, *Invasion of the Crimea*, vol. 5, pp. 221-257. <<

[390] R. Hodasevich, *A Voice from within the Walls of Sebastopol: A Narrative of the Campaign in the Crimea and the Events of the Siege* (Londres, 1856), pp. 190-198; Seaton, *The Crimean War*, p. 169. <<

[391] L. Noir, *Souvenirs d'un simple zouave: Campagnes de Crimée et d'Italie* (París, 1869), p. 278. <<

[392] J. Cler, *Reminiscences of an Officer of Zouaves* (Nueva York, 1860), p. 211; *Historique de 2e Régiment de Zouaves 1830-1887* (Orán, 1887), pp. 66-67. <<

[393] Spilsbury, *Thin Red Line*, p. 214, <<

[394] Higginson, *Seventy-One Years*, p. 200; Spilsbury, *Thin Red Line*, p. 232. <<

[395] Seaton, *The Crimean War*, pp. 175-176. <<

[396] M. O. Culler, *Un régiment de ligne pendant la guerre d'orient: Notes et souvenirs d'un officier d'infanterie 1854-1855-1856* (Lyon, 1894), p. 112. <<

[397] Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, pp. 281-283. <<

[398] Woods estaba equivocado: no había Guardias rusos entre los regimientos destacados en Crimea. <<

[399] Woods, *The Past Campaign*, vol. 2, pp. 143-144; Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 278; Cler, *Reminiscences*, p. 216; A. de Damas, *Souvenirs religieux et militaires de la Crimée* (París, 1857), p. 70. <<

[400] RA VIC/MAIN/F/1/38. <<

[401] Cler, *Reminiscences*, pp. 219-220. <<

[402] Un error razonable en medio de la densa niebla y las malezas de las laderas, donde los soldados que no estaban heridos se

tendían en tierra para emboscar al enemigo. <<

[403] RAVIC/M AIN/F/1/36 (coronel E. Birch Reynardson a coronel Phipps, Sebastopol, 7 de noviembre); H. Drummond, *Letters from the Crimea* (Londres, 1855), p. 75; *A Knouting for the Czar! Being Some Words on the Battles of Inkerman, Balaklava and Alma by a Soldier* (Londres, 1855), pp. 5-9. <<

[404] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5634, l. 11-18; Bazancourt, *The Crimean Expedition*, pp. 116-117; Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, pp. 278-279; Kinglake, *Invasion of the Crimea*, vol. 5, pp. 324, 460-463. <<

[405] FO 78/1040, Rose a Clarendon, 7 de noviembre de 1854. <<

[406] Small, *The Crimean War*, p. 209. <<

[407] NAM 1984-09-31-63 (carta, 7 de noviembre de 1854); *Vospominaniia ob odnom iz doblestnykh zashchitnikj Sevastopolia*, pp. 11, 15; RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5629, l. 7; d. 5687, l. 1; Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny*, vol. 2, p. 384. <<

[408] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5450, ll. 34-42; d. 5452, cap. 2, ll. 16-18; Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny*, vol. 2, pp. 272-273; Tiutcheva, *Pridvore dvuj imperatov*, p. 165. <<

[409] Tolstoi cita las cifras oficiales que los censores militares autorizaron para su publicación. Las bajas auténticas sufridas por los rusos duplicaron esa cifra. <<

[410] *Tolstoy's Diaries*, vol. 1: 1847-1894, edición y traducción de R. F. Christian (Londres, 1985), p. 95. <<

[411] H. Troyat, *Tolstoy* (Londres, 1970), pp. 161-162. <<

[412] *Tolstoy's Letters*, vol. 1, p. 45; A. Opul'skii, L. N. *Tolstoi v krymu: Literaturno-kraevedcheskii ocherk* (Simferópol, 1960), pp. 27-30. <<

[413] Troyat, *Tolstoy*, p. 162. <<

[414] *Tolstoy's Letters*, vol. 1, pp. 44-45. <<

[415] NAM 1988-06-29-1 (carta, 17 de noviembre de 1854). <<

[416] *Mrs Duberly's War: Journal and Letters from the Crimea*, edición de C. Kelly (Oxford, 2007), pp. 102-103; NAM 1968-07-288 (Cambridge a Raglan, 15 de noviembre de 1854). <<

[417] Ia. Rebrov, *Pis'ma Sevastopol'tsa* (Novocherkassk, 1876), p. 26. <<

[418] *Lettres d'un soldat à sa mère de 1849 à 1870: Afrique, Crimée, Italie, Mexique* (Montbéliard, 1910), p. 66; L. Noir, *Souvenirs d'un simple zouave: Campagnes de Crimée et d'ltalie* (París, 1869), p. 288;V. Bonham-Carter (ed.), *Surgeon in the Crimea: The Experiences of George Lawson, Recorded in Letters to His Family* (Londres, 1968), p. 104. <<

[419] WO 28/162, «Letters and Papers Relating to the Administration of the Cavalry Division». <<

[420] NAM 1982-12-29-23 (carta, 22 de noviembre de 1854); D. Boulger (ed.), *General Gordon's Letters from the Crimea, the Danube and Armenia* (Londres, 1884), p. 14; *K. Vitzthum von Eckstadt, St Petersburg and London in the Years 1852-64*, 2 vols. (Londres, 1887), vol. 1, p. 143. <<

[421] J. Herbé, *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier français à sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892), p. 144. <<

[422] J. Baudens, *La Guerre de Crimée: Les campements, les abris, les ambulances, les hôpitaux, etc*. (París, 1858), pp. 63-66; Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 248. <<

[423] Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 151; *Mrs Duberly's War*, pp. 110-111. <<

[424] NAM 1968-07-270 («Letters from the Crimea Written During the Years 1854, 55 and 56 by a Staff Officer Who Was There»), pp. 188-189. <<

[425] I. G. Douglas y G. Ramsay (eds.), *The Panmure Papers, Being a Selection from the Correspondence of Fox Maule, 2nd Baron Pan-*

mure, afterwards 11th Eart of Dalhousie, 2 vols. (Londres, 1908), vol. 1, pp. 151-152; B. Gooch, *The New Bonapartist Generals in the Crimean War* (La Haya, 1959), pp.159-160. <<

[426] C. Mismer, *Souvenirs d'un dragon de l'armée de Crimée* (París, 1887), pp. 59-60, 96-97. <<

[427] Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 291; Herbé, *Français et russes en Crimée*, pp. 225-226. <<

[428] *Mrs Duberly's War*, p. 118. <<

[429] Tan incompetente era la intendencia, que aceptó remesas de granos de café verdes y sin tostar, en vez de té, la infusión usual de un imperio basado en el comercio del té. El proceso de tostado, molido y preparación del café era demasiado laborioso para los soldados británicos, que preferían deshacerse de los granos. <<

[430] Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 288; H. Rappaport, *No Place for Ladies: The Untold Story of Women in the Crimean War* (Londres, 2007), p. 38; Bonham-Carter, *Surgeon in the Crimea*, p. 65. <<

[431] NAM 1996-05-4-19 (carta de Pine, 8 de enero de 1855); Mismer, *Souvenirs d'un dragon*, pp. 124-125; NAM 1996-05-4 (carta, 8 de enero de 1855). <<

[432] NAM 1984-09-31-79 (4 de febrero de 1855); NAM 1976-08-32 (carta de Hagger, 1 de diciembre de 1854); G. Bell, *Rough Notes by an Old Soldier: During Fifty Years' Service, from Ensign G.B. to MajorGeneral, C.B.*, 2 vols. (Londres, 1867), vol. 2, pp. 232-233. <<

[433] K. Chesney, *Crimean War Reader* (Londres, 1960), p. 154; Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 343. <<

[434] Baudens, *La Guerre de Crimée*, pp. 101-103; John Shepherd, *The Crimean Doctors: A History of the British Medical Services in the Crimean War*, 2 vols. (Liverpool, 1991), vol. 1, pp. 135-136, 237; *Health of the Army in Turkey and Crimea: Paper, being a*

medical and surgical history of the British army which served in Turkey and the Crimea during the Russian war, documentos parlamentarios 1857-1858, vol. 38, parte 2, p. 465. <<

[435] N. Pirogov, *Sevastopol'skie pis'ma i vospominaniia* (Moscú, 1950), pp. 28-37, 66, 147-148, 220-223; *Za mnogo let: Zapiski (vospominaniia) neizvestnogo 1844-1874 gg*. (San Petersburgo, 1897), pp. 82-83; J. Giubbenet, *Ocherk meditsinskoi i gospital'noi chasti russkih voisk v Krymu v 1854-1856 gg*. (San Petersburgo, 1870), p. 2. <<

[436] N. Berg, *Desiat' dnei v Sevastopole* (Moscú, 1855), pp. 17-19; R. Hodasevich, *A Voice from within the Walls of Sebastopol: A Narrative of the Campaign in the Crimea and the Events of the Siege* (Londres, 1856), p. 129; E. Kovalevskii, *Voina s Turtsiei i razryv s zapadnymi derzbavami v 1853-1854* (San Petersburgo, 1871), p. 82; Pirogov, *Sevastopol'skie pis'ma*, pp. 151-152. <<

[437] Ibíd., pp. 155-156, 185. <<

[438] L. Tolstoy, *The Sebastopol Sketches*, traducción de D. McDuff (Londres, 1986), pp. 44, 47-48. <<

[439] Giubbenet, *Ocherk*, pp. 5, 7. <<

[440] La actitud expresada por la expresión inglesa «to keep a stiff upper lip», literalmente, «mantener el labio superior inmóvil». (*N. de la T.*). <<

[441] H. Connor, «Use of Chloroform by British Army Surgeons during the Crimean War», *Medical History*, 42/2 (1998), pp. 163, 184-188; Shepherd, *The Crimean Doctors*, vol. 1, pp. 132-133. <<

[442] Nacida como la princesa Charlotte de Württemberg, se convirtió a la Iglesia ortodoxa rusa y se le dio el nombre de Elena Pavlovna antes de casarse con el gran duque Mijaíl Pavlovich en 1824. <<

[443] Pirogov, *Sevastopol'skie pis'ma*, p. 27; *Istoricheskii obzor deistvii krestovozdvizhenskoi obshchiny sester' popecheniia o ranenyj i*

vol'nyj k voennyj gospitaliaj v Krymu i v Jersonskoi gubernii c i dek. 1854 po i dek. 1855 (San Petersburgo, 1856), pp. 2-4; *Sobranie pisem sester Krestovozdvizhenskoi obshchiny popecheniia o ranenyj* (San Petersburgo, 1855), p. 22. <<

[444] *Gosudarstvennoe podvizhnoie opolchenie Vladimirskoi gubernii 1855-56: Po materialam i lichenym vospomionaniiam* (Vladimir, 1900), p. 82; Rappaport, *No Place for Ladies*, p. 115-117. <<

[445] NAM 1951-12-21 (diario de Bellew, 23 de enero de 1855); Rappaport, *No Place for Ladies*, pp. 101, 125. <<

[446] G. St Aubyn, *Queen Victoria: A Portrait* (Londres, 1991), p. 295. <<

[447] A. Lambert y S. Badsey (eds.), *The War Correspondents: The Crimean War* (Strand, 1994), p. 13; S. Markovits, *The Crimean War in the British Imagination* (Cambridge, 2009), p. 16. <<

[448] Los telégrafos eran de uso militar; a los periodistas no se les permitía colapsarlos con largos artículos, de manera que existía una demora entre los titulares y las líneas de resumen, que llegaban por cable, y el artículo detallado, que llegaba más tarde por vapor. Con frecuencia había informes falsos debido a este hecho (el más famoso es el caso de *The Times*, del 2 de octubre de 1854, cuando anunció la caída de Sebastopol de acuerdo con la comunicación telegráfica de la victoria del Alma y del primer despacho de Russell desde Crimea, que informaba sobre el desembarco de las tropas aliadas). Sólo el 10 de octubre llegó a Londres el artículo completo de Russell sobre la batalla del Alma, y para entonces la situación ya había sido esclarecida por otros informes telegráficos. <<

[449] El vicario Joseph Blakesley, quien se apodaba «Un interesado de Hertfordshire», escribió tantas cartas extensas a *The Times*, ofreciendo su saber sobre cualquier cosa asociada con la guerra, desde el clima de Crimea hasta el carácter ruso, que se ganó reputación de historiador popular, y más tarde incluso fue

designado titular del Regio Profesorado de Historia de la Universidad de Cambridge, pese a su carencia de credenciales académicas. <<

[450] E. Gosse, *Father and Son* (Oxford, 2004), p. 20. <<

[451] M. Lalumia, *Realism and Politics in Victorian Art of the Crimean War* (Epping, 1984), p. 120. <<

[452] H. Clifford, *Letters and Sketches from the Crimea* (Londres, 1956), p. 146. <<

[453] NAM 1968-07-284 (Raglan a Newcastle, 4 de enero de 1855). <<

[454] Gooch, *The New Bonapartist Generals*, p. 192. <<

[455] «Para hacer barricadas con ellos». (*N. de la T.*). <<

[456] L. Case, *French Opinion on War and Diplomacy during the Second Empire* (Filadelfia, 1954), pp. 2-6, 32; H. Loizillon, *La Campagne de Crimée: Lettres écrites de Crimée par le capitaine d'état-major Henri Loizillon à sa famille* (París, 1895), p. 82; RA/MAIN/QVJ/1856, 19 de abril. <<

[457] *Za mnogo let*, pp. 75-78. <<

[458] Existían ciertos fundamentos de los rumores sobre Estados Unidos. La opinión pública estadounidense era en general prorrusa durante la guerra de Crimea. Los abolicionistas del Norte simpatizaban con las potencias occidentales, pero el sur esclavista estaba firmemente del lado de Rusia, una economía basada en la servidumbre. Había una simpatía general hacia Rusia, considerada una nación inferior que luchaba contra el Reino Unido, el viejo enemigo imperial, así como el miedo de que, si el Reino Unido ganaba la guerra contra Rusia, tendería a interferir una vez más en los asuntos de Estados Unidos. Las relaciones entre Estados Unidos y el Reino Unido habían sido conflictivas durante los últimos años, a causa de la preocupación de Londres por las reclamaciones territoriales estadounidenses sobre Canadá y por sus planes de invadir Cuba (Clarendon había dicho al gabi-

nete británico que, si Cuba era invadida, el Reino Unido se vería obligado a declarar la guerra a Estados Unidos). Aislados en Europa, los rusos desarrollaron relaciones con Estados Unidos durante la guerra de Crimea. Ambas naciones se acercaron debido a su enemigo común –los británicos–, aunque entre los rusos se sospechaba de los estadounidenses republicanos y, del lado estadounidense, de la despótica monarquía zarista. Se firmaron contratos comerciales entre rusos y estadounidenses. Una delegación militar estadounidense (que incluía a George B. McClellan, el futuro comandante del ejército del Norte en las primeras etapas de la Guerra Civil) fue a Rusia para asesorar al ejército. Los ciudadanos estadounidenses enviaron armas y municiones a Rusia (el fabricante de armas Samuel Colt incluso ofreció enviar pistolas y rifles). Algunos voluntarios estadounidenses fueron a Crimea a luchar o a servir como ingenieros en el bando ruso. Cuarenta médicos estadounidenses se agregaron al departamento médico del ejército ruso. Fue en ese momento que Estados Unidos propuso por primera vez la compra de la América rusa, tal como era conocido entonces el territorio de Alaska, una venta que se realizó en 1867. <<

[459] *The Englishwoman in Russia: Impressions of the Society and Manners of the Russians at Home* (Londres, 1855), pp. 292-293, 296-298. <<

[460] Ibíd., pp. 294-295; *Za mnogo let*, p. 73. <<

[461] «En cuanto a Constantinopla, será nuestra, puede estar segura». <<

[462] E. Tarle, *Krymskaia voina*, 2 vols. (Moscú, 1944), vol. 1, pp. 454-459; *The English woman in Russia*, p. 305. <<

[463] A. Zaionchkovskii, *Vostochanaia voina 1853-1856*, 3 vols. (San Petersburgo, 2002), vol. 2, p. 76; GARF, f. 109, op. 1, d. 353 (*chast*‘ 2), l. 7. <<

[464] I. Ignatovich, *Pomeshchichie krest'iane nakanune osvobozhdeniia* (Leningrado, 1925), pp. 331-337; *The Englishwoman in Russia*, pp. 302-303, 313. <<

[465] J. Curtiss, *Russia's Crimean War* (Durham, Carolina del Norte, 1979), pp. 532-546; D. Moon, «Russian Peasant Volunteers at the Beginning of the Crimean War», *Slavic Review*, 51/4 (invierno de 1992), pp. 691-704. Sobre un fenómeno similar en las regiones de Kiev, Podolia y Volinia a comienzos de 1855, véase RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5496, ll. 18-52. <<

[466] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5452, cap. 2, l. 166; Rebrov, *Pis'ma Sevastopol'tsa*, p. 3. <<

[467] Pirogov, *Sevastopol'skie pis'ma*, p. 148; A. Markevich, *Tavricheskaia guberniia vo vremia krymskoi voiny: Po arjivnym materialam* (Simferópol, 1905), pp. 107-151; A Opul'skii, *L. N. Tolstoi v krymu: Literaturnokraevedcheskii ocherk* (Simferópol, 1960), p. 12; Hodasevich, *A Voice*, pp. 24-25; RGVIA, f. 9198, op. 6/264, sv.15, d. 2. <<

[468] «Vostochania voina: Pis'ma kn. I. F. Paskevicha k kn. M. D. Gorchakovu», *Russkaia starina*, 15 (1876), pp. 668-670;Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 2, pp. 224-228. <<

[469] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5450, ll. 50-54; RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5452, cap. 2, ll. 166, 199-201; «Doktor Mandt o poslednij nedeliiaj imperatora Nikolaia Pavlovicha (iz neizdannyj zapiskok odnogo priblizhennogo k imperatoru litsa)», *Russkii arjiv*, 2 (1905), p. 480. <<

[470] *Poslednie minuty i konchina v boze pochivshego imperatora, nezabvennogo i vechnoi slavy dostoinogo Nikolaia I* (Moscú, 1855), pp. 5-6; «Noch' c 17-go na 18 fevralia 1855 goda: Rasskaz doktora Mandta», *Russkii arjiv*, 1 (1884), p. 194; «Nekotorye podrobnosti o konchine imperatora Nikolaia Pavlovicha», *Russkii arjiv*, 3/9 (1906), pp. 143-145;Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 2, p. 233. <<

[471] Véase por ejemplo V. Vinogradov, «The Personal Responsibility of Emperor Nicholas I for the Coming of the Crimean War: An Episode in the Diplomatic Struggle in the Eastern Question», en H. Ragsdale (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993), p. 170. <<

[472] A. Tiutcheva, *Pri dvore dvuj imperatov: Vospominaniia, dnevnik, 1853-1882* (Moscú, 1928-1929), p. 178. <<

[473] Ibíd., pp. 20-21. <<

[474] RA VIC/MAIN/QVJ/1856, 2 de marzo. <<

[475] L. Noir, *Souvenirs d'un simple zouave: Campagnes de Crimée et d'ltalie* (París, 1869), p. 312. <<

[476] F. Charles-Roux, *Alexandre II, Gortchakoff et Napoléon III* (París, 1913), p. 14. <<

[477] *The Later Correspondence of Lord John Russell, 1840-1878*, edición de G. Gooch, 2 vols. (Londres, 1925), vol. 2, pp. 160-161; lady F. Balfour, *The Life of George, Fourth Earl of Aberdeen*, 2 vols. (Londres, 1922), vol. 2, p. 206. <<

[478] En 1857Verney se casó con Parthenope Nightingale, hermana mayor de Florence Nightingale, y permaneció muy cerca de ella y de Florence durante toda su vida. <<

[479] H. Verney, *Our Quarrel with Russia* (Londres, 1855), pp. 22-24. <<

[480] No debe ser confundido con Mijaíl Gorchakov, su comandante en jefe. <<

[481] G. B. Henderson, «The Two Interpretations of the Four Points, December 1854», en íd., *Crimean War Diplomacy and Other Historical Essays* (Glasgow, 1947), pp. 119-122; *The Letters of Queen Victoria: A Selection from Her Majesty's Correspondence between the Years 1837 and 1861*, 3 vols. (Londres, 1907-1908), vol. 3, pp. 65-66. <<

[482] La renuncia de Herbert del gabinete (de su cargo de secretario de las Colonias) se produjo tras semanas de duras críticas xenófobas publicadas en la prensa británica, que se habían centrado en sus relaciones familiares con Rusia. En el *Belfast-News Letter* (del 29 de diciembre de 1854) se dijo, por ejemplo, que lady Herbert era hermana de un príncipe que tenía «un espléndido palacio en Odesa», el cual había sido deliberadamente respetado por los británicos durante el bombardeo de esa ciudad (de hecho, el palacio de Vorontsov había sufrido graves daños durante el bombardeo de Odesa). En el *Exeter Flying Post* (del 31 de enero de 1855), Herbert fue acusado de intentar «obstruir la acción [del gobierno] y favorecer los designios del zar». <<

[483] P. Schroeder, *Austria, Great Britain and the Crimean War: The Destruction of the European Concert* (Ithaca, Nueva York, 1972), pp. 256-277. <<

[484] P. Jaeger, *Le mura di Sebastopoli: Gli italiani in Crimea 1855-1856* (Milán, 1991), p. 245; C. Thoumas, *Mes souvenirs de Crimée 1854-1856* (París, 1892), p. 191. <<

[485] Muchos polacos desertaron del ejército ruso y se unieron a las fuerzas del sultán, algunos de ellos oficiales de alto rango que adoptaron nombres turcos, en parte para evitar ser reconocidos por los rusos: Iskander Bey (más tarde Iskander Pachá), Sadyk Pachá (Micha Czaykowski) y también «Hidaiot». (Hedayat), quienes se integraron en el ejército de Omar Pachá en la zona del Danubio; el coronel Kuczynski, jefe del Estado Mayor del ejército egipcio en Eupatoria, y el mayor Kleczynski y el mayor Jerzmanowski, que se unieron al ejército turco en Crimea. <<

[486] RGVIA f. 846, op. 16, d. 5855, ll. 36-37. <<

[487] H. Bell, *Lord Palmerston*, 2 vols. (Londres, 1936), vol. 2, p. 125; Hansard, Debate de la Cámara de los Comunes de 21 de mayo de 1912, vol. 38, p. 1734; C. Bayley, *Mercenaries for the*

Crimean: The German, Swiss, and Italian Legions in British Service 1954-6 (Montreal, 1977). <<

[488] F. Kagan, *The Military Reforms of Nicholas I: The Origins of the Modern Russian Army* (Londres, 1999), p. 243. <<

[489] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5496, ll. 1-4, 14, 18-19, 22-28. <<

[490] C. Badem, «The Ottomans and the Crimean War (1853-1856)», tesis doctoral (Universidad de Sabanci, 2007), pp. 182-184. <<

[491] FO 881/1443, Clarendon a Cowley, 9 de abril de 1855. <<

[492] FO 881/1443, Clarendon a Cowley, 13 de abril de 1855; Straford a Clarendon, 11 de junio de 1855; Longworth a Clarendon, 10 de junio, 2 y 26 de julio de 1855; FO 881/547, memorándum de Brant sobre Georgia, 1 de febrero de 1855; L. Oliphant, *The Transcaucasian Provinces the Proper Field of Operation for a Christian Army* (Londres, 1855). <<

[493] RA/VIC/MAIN/F/2/96. <<

[494] T. Royle, *Crimea: The Great Crimean War 1854-1856* (Londres, 1999), pp. 377-378; B. Greenhill y A. Giffard, *The British Assault on Finland* (Londres, 1988), p. 321. <<

[495] WO 28/188, Burgoyne a Raglan, diciembre de 1854. <<

[496] A. de Damas, *Souvenirs religieux et militaires de la Crimée* (París, 1857), pp. 149-150; NAM 6807-295-1 (sir Edward Lyons a Codrington, marzo de 1855). <<

[497] H. Small, *The Crimean War: Queen Victoria's War with the Russian Tsars* (Stroud, 2007), pp. 125-133. <<

[498] V. Rakov, *Moi vospominaniia o Evpatorii v epohu krymskoi voiny 1853-1856 gg*. (Eupatoria, 1904), pp. 52-56; E. Tarle, *Krymskaia voina*, 2 vols. (Moscú, 1944), vol. 2, p. 217; *The Times*, 14 de junio de 1856, p. 5. <<

[499] WO 6/74, Panmure a Raglan, 26 de marzo de 1855; Royle, *Crimea*, p. 370. <<

[500] «Robert No Puede». (*N. de la T.*). <<

[501] FO 78/1129/62, Rose a Clarendon, 2 de junio de 1855. <<

[502] Taganrog tenía fuerzas militares insuficientes para defenderse, apenas un batallón de infantería y un regimiento cosaco, además de una unidad de 200 civiles armados, en total alrededor de 2000 efectivos, pero nada de artillería. En un esfuerzo desesperado por salvar a la ciudad de un bombardeo, el gobernador envió una delegación para recibir a los comandantes de la flota aliada con el ofrecimiento de decidir la suerte de la ciudad por medio de un combate en campo abierto. Incluso ofreció que el enfrentamiento fuera de fuerzas desiguales, para reflejar la ventaja de los aliados en el mar. Fue un extraordinario acto de caballerosidad que podría haber salido directamente de las páginas de la historia medieval. Los comandantes aliados, sin embargo, no quedaron impresionados y volvieron a sus barcos para iniciar el bombardeo de Taganrog. Todo el puerto, la cúpula de la catedral y muchos otros edificios fueron destruidos. Entre los numerosos habitantes que huyeron de la ciudad sitiada se contaba Eugenia Chejova, la madre del futuro escritor Anton Chejov, quien nació en Taganrog cinco años más tarde. (L. Guerrin, *Histoire de la dernière guerre de Russie (1853-1856)*, 2 vols. [París, 1858], vol. 2, pp. 239-240; N. Dubrovin, *Istoriia Krymskoivoiny i oborony Sevastopolia*, 3 vols. [San Petersburgo, 1900], vol. 3, p. 191). <<

[503] A. Kinglake, *The Invasion of the Crimea: Its Origin and an Account of Its Progress down to the Death of Lord Raglan*, 8 vols. (Londres, 1863), vol. 8, pp. 48-55; E. Perret, *Les Français en Orient: Récits de Crimée 1854-1856* (París, 1889), pp. 287-289; *The Times*, 28 de mayo de 1855. <<

[504] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5563, l. 322; N. Dubrovin, *Istoriia krymskoi voiny i oborony Sevastopolia*, 3 vols. (San Petersburgo, 1900), vol. 3, p. 179. <<

[505] J. Herbé, *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier françaisà sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892), p. 337; Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 314. <<

[506] *A Visit to Sebastopol a Week after Its Fall: By an Officer of the Anglo-Turkish Contingent* (Londres, 1856), p. 34. <<

[507] M. Vrochenskii, *Sevastopol'skii razgrom: Vospominaniia uchastnika slavnoi oborony Sevastopolia* (Kiev, 1893), pp. 77-84; H. Loizillon, *La Campagne de Crimée: Lettres écrites de Crimée par le capitaine d'état-major Henri Loizillon à sa famille* (París, 1895), pp. 106-107. <<

[508] Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 199; RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5452, ch. 2, l. 166; W. Porter, *Life in the Trenches before Sevastopol* (Londres, 1856), p. 111. <<

[509] E. Boniface, conde de Castellane, *Campagnes de Crimée, d'ltalie, d'Afrique, de Chine et de Syrie, 1849-1862* (París, 1898), pp. 168-173. <<

[510] Noir, *Souvenirs d'un simple zouave*, p. 313; E. Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia artilleriiskogo ofitsera v semi tetradaj* (San Petersburgo, 1858), pp. 167-173; NAM 1965-01-183-10 (carta de Steevens, 26 de marzo de 1855). <<

[511] H. Clifford, *Letters and Sketches from the Crimea* (Londres, 1956), p. 194; Porter, *Life in the Trenches*, pp. 64-65. <<

[512] C. Mismer, *Souvenirs d'un dragon de l'armée de Crimée* (París, 1887), p. 140; Porter, *Life in the Trenches*, pp. 68-69. <<

[513] F. Luguez, *Crimée-Italie 1854-1859: Extraits de la correspondence d'un officier avec sa famille* (Nancy, 1895), pp. 61-62. <<

[514] J. Cler, *Reminiscences of an Officer of Zouaves* (Nueva York, 1860), pp. 233-234; S. Calthorpe, *Letters from Headquarters; or the*

Realities of the War in the Crimea by an Officer of the Staff (Londres, 1858), pp. 215-216. <<

[515] Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia*, pp. 224-230. <<

[516] Damas, *Souvenirs*, p. 265. <<

[517] Porter, *Life in the Trenches*, p. 127. <<

[518] WO 28/126, registro de la corte marcial; Clifford, *Letters and Sketches*, p. 269. Para algunos de los voluminosos informes sobre el alcoholismo en el ejército ruso, véase RGVIA, f. 484, op. 1, dd. 398-403. <<

[519] Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 225; *The Times*, 17 de marzo de 1855. <<

[520] M. Seacole, *Wonderful Adventures of Mrs Seacole in Many Lands* (Londres, 2005), p. 117. <<

[521] A. Soyer, *Soyer's Culinary Campaign* (Londres, 1857), p. 405. <<

[522] Peto & Grissell, la empresa que dirigía junto con su primo Thomas Grissell, construyó muchos famosos edificios londinenses, incluyendo el Reform Club, el Oxford & Cambridge Club, el Lyceum y la Columna de Nelson. <<

[523] B. Cooke, *The Grand Crimean Central Railway* (Knutsford, 1990). <<

[524] Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 223. <<

[525] RGVIA, f. 481, op. 1, d. 18, ll. 1-8. <<

[526] V. Kolchak, *Voina i plen 1853-1855 gg.: Iz vospominanii o davno perezhitom* (San Petersburgo, 1904), pp. 41-42;Vrochenskii, *Sevastopol'skii razgrom*, p. 113; *Sobranie pisem sester Krestovozdvizhenskoi obshchiny popec heniia o ranenyj* (San Petersburgo, 1855), pp. 37-40; Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia*, p. 91. <<

[527] Porter, *Life in the Trenches*, p. 144; Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia*, pp. 97-107; *Sobranie pisem sester*

Krestovozdvizhenskoi obshchiny, pp. 49-55; N. Pirogov, *Sevastopol'skie pis'ma i vospominaniia* (Moscú, 1950), p. 62. <<

[528] *Vospominaniia ob odnom iz doblestnyj zashchitnikov Sevastopolia* (San Petersburgo, 1857), pp. 14-18; Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia*, p. 34. <<

[529] H. Troyat, *Tolstoy* (Londres, 1970), pp. 170-171; *Tolstoy's Diaries*, vol. 1: 1847-1894, edición y traducción de R. F. Christian (Londres, 1985), p. 103;A. Maude, *The Life of Tolstoy: First Fifty Years* (Londres, 1908), pp. 111-112. <<

[530] *Tolstoy's Diaries*, vol. 1, p. 104;V. Nazar'ev, «Zhizn' i liudi bylogo vremeni», *Istoricheskii vestnik*, 11 (1890), p. 443; M. Vygon, *Krymskie stranitsy zhizni i tvorchestva L. N. Tolstogo* (Simferópol, 1978), p. 37. <<

[531] Vrochenskii, *Sevastopol'skii razgrom*, p. 117; N. Dubrovin, *349-dnevnaia zashchita Sevastopolia* (San Petersburgo, 2005), pp. 161-167; NAM 1968-07-484 (carta de Gage, 13 de abril de 1855). <<

[532] J. Jocelyn, *The History of the Royal Artillery (Crimean Period)* (Londres, 1911), p. 359; NAM 1965-01-183-10 (carta, 23 de abril de 1855). <<

[533] Este incidente es el origen de la famosa frase, originalmente acuñada por Totleben: «El ejército francés es un ejército de leones conducido por burros». Más tarde, fue usada para describir al ejército británico en la Primera Guerra Mundial. <<

[534] Mismer, *Souvenirs d'un dragon*, pp. 179-180; *Mrs Duberly's War: Journal and Letters from the Crimea*, edición de C. Kelly (Oxford, 2007), pp. 186-187. <<

[535] M. O. Cullet, *Un régiment de ligne pendant la guerre d'orient: Notes et souvenirs d'un officier d'infanterie 1854-1855-1856* (Lyon, 1894), p. 165-166; Herbé, *Français et russes en Crimée*, pp. 260-265. <<

[536] NAM 1974-05-16 (carta de St George, 9 de junio de 1855). <<

[537] A. du Casse, *Précis historique des opérations militaires en orient de mars 1854 à septembre 1855* (París, 1856), p. 290; Herbé, *Français et russes en Crimée*, pp. 267-272. <<

[538] Una barrera de alrededor de 2 metros de altura, construida con árboles talados, leños y maleza. <<

[539] Cullet, *Un régiment*, p. 182; J. Spilsbury, *The Thin Red Line: An Eyewitness History of the Crimean War* (Londres, 2005), pp. 278-279. <<

[540] Cullet, *Un régiment*, pp. 278, 296-299. <<

[541] Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 285; NAM 1962-10-94-2 (carta de Alexander, 22 de junio de 1855). <<

[542] V. Liaskoronskii, *Vospominaniia Prokofiia Antonovicha Podpalova* (Kiev, 1904), p. 17. <<

[543] Small, *The Crimean War*, p. 159. <<

[544] Herbé, *Français et russes en Crimée*, pp. 280-281; Liaskoronskii, *Vospominaniia*, p. 17. <<

[545] Boniface, *Campagnes de Crimée*, p. 235. <<

[546] Kinglake, *Invasion of the Crimea*, vol. 8, pp. 161-162. <<

[547] A. Massie, *The National Army Museum Book of the Crimean War: The Untold Stories* (Londres, 2004), pp. 199-200. <<

[548] T. Gowing, *A Soldier's Experience: A Voice from the Ranks* (Londres, 1885), p. 115; Spilsbury, *The Thin Red Line*, pp. 282-286; *A Visit to Sebastopol*, pp. 31-32. <<

[549] NAM 1966-01-2 (carta de Scott, 22 de junio de 1855); NAM 1962-10-94-2 (carta de Alexander, 24 de junio de 1855). <<

[550] F. Luguez, *Crimée-Italie*, pp. 47-49. <<

[551] NAM 1968-07-287-2 (Raglan a Panmure, 19 de junio de 1855); NAM 1963-05-162 (Dr. Smith a Kinglake, 2 de julio de

1877). <<

[552] E. Boniface, conde de Castellane, *Campagnes de Crimée, d'Italie, d'Afrique, de Chine et de Syrie, 1849-1862* (París, 1898), p. 247. <<

[553] A. Maude, *The Life of Tolstoy: First Fifty Years* (Londres, 1908), p. 119. <<

[554] NAM 1984-09-31-129 (carta, 9 de julio de 1855); NAM 1989-03-47-6 (carta de Ridley, 11 de agosto de 1855). <<

[555] A. de Damas, *Souvenirs religieux et militaires de la Crimée* (París, 1857), pp. 84-86. <<

[556] L. Noir, *Souvenirs d'un simple zouave: Campagnes de Crimée et d'Italie* (París, 1869), p. 282; J. Cler, *Reminiscences of an Officer of Zouaves* (Nueva York, 1860), pp. 231-232; C. Mismer, *Souvenirs d'un dragon de l'armée de Crimée* (París, 1887), p. 117. <<

[557] H. Loizillon, *La Campagne de Crimée: Lettres écrites de Crimée par le capitaine d'état-major Henri Loizillon à sa famille* (París, 1895), pp. x-xi, 116-117. <<

[558] J. Baudens, *La Guerre de Crimée: Les campements, les abris, les ambulances, les hôpitaux, etc*. (París, 1858), pp. 113-115; G. Guthrie, *Commentaries on the Surgery of the War in Portugal […] with Additions Relating to Those in the Crimea* (Filadelfia, 1862), p. 646. <<

[559] J. Giubbenet, *Ocherk meditsinskoi i gospital'noi chasti russkih voisk v Krymu v 1854-1856 gg*. (San Petersburgo, 1870), pp. 143-144. <<

[560] Ibíd., pp. 10, 13, 88-90; RA/MAIN/QVJ/1856, 12 de marzo. <<

[561] M. Vrochenskii, *Sevastopol'skii razgrom: Vospominaniia uchastnika slavnoi oborony Sevastopolia* (Kiev, 1893), pp. 164-169;W. Baumgart, *The Crimean War, 1853-1856* (Londres, 1999), p. 159. <<

[562] E. Tarle, *Krymskaia voina*, 2 vols. (Moscú, 1944), vol. 2, p. 328. <<

[563] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5732, l. 28; E. Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia artilleriiskogo ofitsera v semi tetradaj* (San Petersburgo, 1858), pp. 244-245; L. Tolstoy, *The Sebastopol Sketches*, traducción de D. McDuff (Londres, 1986), p. 139. <<

[564] RGVIA, f. 9196, op. 4, sv. 2, d. 1, cap. 2, ll. 1-124; f. 9198, op. 6/264, sv. 15, d. 2/2, ll. 104, 112; f. 484, op. 1, d. 264, ll. 1-14; d. 291, ll. 1-10; Boniface, *Campagnes de Crimée*, p. 267; Loizillon, *La Campagne de Crimée*, pp. 105, 139; H. Clifford, *Letters and Sketches from the Crimea* (Londres, 1956), p. 249. <<

[565] A. Seaton, *The Crimean War: A Russian Chronicle* (Londres, 1977), p. 195. <<

[566] Ibíd, p. 196. <<

[567] A. Jrushchov, *Istoriia oborony Sevastopolia* (San Petersburgo, 1889), pp. 120-122; Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 2, pp. 344-347; Seaton, *The Crimean War*, p. 197. <<

[568] M. O. Cullet, *Un régiment de ligne pendant la guerre d'orient: Notes et souvenirs d'un officier d'infanterie 1854-1855-1856* (Lyon, 1894), pp. 199-203; Seaton, *The Crimean War*, p. 202; D. Stolypin, *Iz lichnyh vospominanii o krymskoi voine i o zemledel'cheskih poryadkaj* (Moscú, 1874), pp. 12-16; I. Krasovskii, *Iz vospominanii o voine 1853-56* (Moscú, 1874); P. Jaeger, *Le mura di Sebastopoli: Gli italiani in Crimea 1855-56* (Milán, 1991), pp. 306-309. <<

[569] Cullet, *Un régiment*, pp. 207-208. <<

[570] Seaton, *The Crimean War*, p. 205; J. Herbé, *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier français à sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892), p. 318. <<

[571] En un intento de impedir las deserciones, los oficiales rusos habían dicho a sus hombres que, si se pasaban al enemigo, les cortarían las orejas y se las entregarían a los turcos (que tenían la

costumbre militar de cortar orejas para recibir una recompensa), pero ni siquiera esa amenaza había impedido que las tropas rusas desertaran en gran número. <<

[572] Jaeger, *Le mura di Sebastopoli*, p. 315; Loizillon, *La Campagne de Crimée*, pp. 168-170; M. Seacole, *Wonderful Adventures of Mrs Seacole in Many Lands* (Londres, 2005), p. 142;T. Buzzard, *With the Turkish Army in the Crimea and Asia Minor* (Londres, 1915), p. 145. <<

[573] Seaton, *The Crimean War*, pp. 206-207. <<

[574] Herbé, *Français et russes en Crimée*, p. 321; N. Berg, *Zapiski ob osade Sevastopolia*, 2 vols. (Moscú, 1858), vol. 2, p. 1. <<

[575] Vrochenskii, *Sevastopol'skii razgrom*, p. 201. <<

[576] H. Small, *The Crimean War: Queen Victoria's War with the Russian Tsars* (Stroud, 2007), pp. 169-170; Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia*, pp. 157, 242-243; Cullet, *Un régiment*, p. 220. <<

[577] *Za mnogo let: Zapiski (vospominaniia) neizvestnogo 1844-1874 gg*. (San Petersburgo, 1897), pp. 90-91; Giubbenet, *Ocherk*, p. 148. <<

[578] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5758, l. 57;Vrochenskii, *Sevastopol'skii razgrom*, pp. 213-220; Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 2, pp. 360-361. Sobre la inteligencia rusa de los prisioneros aliados, véase RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5687, l. 7. <<

[579] A. Niel, *Siège de Sébastopol: Journal des opérations du génie* (París, 1858), pp. 492-502; E. Perret, *Les Français en orient: Récits de Crimée 1854-1856* (París, 1889), pp. 377-379; Herbé, *Français et russes en Crimée*, pp. 328-329;V. Liaskoronskii, *Vospominaniya Prokofiia Antonovicha Podpalova* (Kiev, 1904), pp. 19-20; *Tolstoy's Letters*, edición y traducción de R. F. Christian, 2 vols. (Londres, 1978), vol. 1, p. 52. <<

[580] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5758, ll. 58-60; A. Viazmitinov, «Sevastopol' ot 21 marta po 28 avgusta 1855 goda»,

Russkaia starina, 34 (1882), pp. 55-56; Ershov, *Sevastopol'skie vospominaniia*, pp. 277-279. <<

[581] J. Spilsbury, *The Thin Red Line: An Eyewitness History of the Crimean War* (Londres, 2005), p. 303. <<

[582] Spilsbury, *The Thin Red Line*, p. 304; C. Campbell, *Letters from Camp to His Relatives during the Siege of Sebastopol* (Londres, 1894), pp. 316-317; Clifford, *Letters and Sketches*, pp. 257-258. <<

[583] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5758, l. 65. <<

[584] M. Bogdanovich, *Vostochnaia voina 1853-1856*, 4 vols. (San Petersburgo, 1876), vol. 4, p. 127. <<

[585] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5758, l. 68; T. Tolycheva, *Rasskazy starushki ob osade Sevastopolia* (Moscú, 1881), pp. 87-90. <<

[586] *Tolstoy's Letters*, vol. 1, p. 52. <<

[587] *Sobranie pisem sester Krestovozdvizhenskoi obshchiny popecheniia o ranenyj* (San Petersburgo, 1855), pp. 74, 81-82. <<

[588] Giubbenet, *Ocherk*, pp. 19, 152-153; *The Times*, 27 de septiembre de 1855. <<

[589] Boniface, *Campagnes de Crimée*, pp. 295-296; Buzzard, *With the Turkish Army*, p. 193. <<

[590] E. Vanson, *Crimée, Italie, Mexique: Lettres de campagnes 1854-1867* (París, 1905), pp. 154, 161; NAM 2005-07-719 (carta de Golaphy, 22 de septiembre de 1855). <<

[591] WO 28/126; NAM 6807-379/4 (Panmure a Codrington, 9 de noviembre de 1855). <<

[592] S. Tatishchev, *Imperator Aleksandr II: Ego zhizn' i tsarstvovanie*, 2 vols. (San Petersburgo, 1903), vol. 1, pp. 161-163. <<

[593] RGVIA, f. 481, op. 1, d. 36, ll. 1-27;A. Tiutcheva, *Pri dvore dvuj imperatov: Vospominaniia, dnevnik, 1853-1882* (Moscú,

1928-1929), p. 65; W. Mosse, «How Russia Made Peace September 1855 to April 1856», *Cambridge Historical Journal*, II/3 (1955), p. 301;W. Baumgart, *The Peace of Paris 1856: Studies in War, Diplomacy and Peacemaking* (Oxford, 1981), p. 7. <<

[594] Tarle, *Krymskaia voina*, vol. 2, pp. 520-524; H. Sandwith, *A Narrative of the Siege of Kars* (Londres, 1856), pp. 104 y ss.; *Papers Relative to Military Affairs in Asiatic Turkey and the Defence and Capitulation of Kars: Presented to Both Houses of Parliament by Command of Her Majesty* (Londres, 1856), p. 251; C. Badem, «The Ottomans and the Crimean War (1853-1856)», tesis doctoral (Universidad de Sabanci, 2007), pp. 197-223. <<

[595] Mosse, «How Russia Made Peace», pp. 302-303. <<

[596] Baumgart, *The Peace of Paris 1856*, pp. 5-7. <<

[597] BLMD, manuscrito adicional 48579, Palmerston a Clarendon, 25 de septiembre de 1855. <<

[598] Duque de Argyll, *Autobiography and Memoirs*, 2 vols. (Londres, 1906), vol. 1, p. 492; *The Greville Memoirs 1814-1860*, edición de L. Strachey y R. Fulford, 8 vols. (Londres, 1938), vol. 7, p. 173. <<

[599] BLMD, manuscrito adicional 48579, Palmerston a Clarendon, 9 de octubre de 1855. <<

[600] C. Thoumas, *Mes souvenirs de Crimée 1854-1856 (París, 1892), pp. 256-260; Lettres d'un soldat à sa mère de 1849 à 1870: Afrique, Crimée, Italie, Mexique* (Montbéliard, 1910), pp. 106-108; Loizillon, *La Campagne de Crimée*, pp. XVII-XVIII. <<

[601] A. Gouttman, *La Guerre de Crimée 1853-1856* (París, 1995), p. 460; L. Case, *French Opinion on War and Diplomacy during the Second Empire* (Filadelfia, 1954), p. 39-40; R. Marlin, *L'Opinion franc-comtoise devant la guerre de Crimée*, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, vol. 17 (París, 1957), p. 48. <<

[602] W. Echard, *Napoleon III and the Concert of Europe* (Baton Rouge, Luisiana, 1983), pp. 50-51. <<

[603] Gouttman, *La Guerre de Crimée*, p. 451; A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford, 1955), p. 78. <<

[604] Mosse, «How Russia Made Peace», p. 303. <<

[605] BLMD, manuscrito adicional 48579, Palmerston a Clarendon, 1 de diciembre de 1855; Baumgart, *The Peace of Paris*, p. 33. <<

[606] Mosse, «How Russia Made Peace», p. 304. <<

[607] Ibíd., pp. 305-306. <<

[608] Ibíd., pp. 306-313. <<

[609] Boniface, *Campagnes de Crimée*, p. 336. <<

[610] D. Noël, *La Vie de bivouac: Lettres intimes* (París, 1860), p. 254. <<

[611] Liaskoronskii, *Vospominaniia*, pp. 23-24. <<

[612] E. Gourdon, *Histoire du Congrès de Paris* (París, 1857), pp. 479-482. <<

[613] W. Baumgart, *The Peace of Paris 1856: Studies in War, Diplomacy and Peacemaking* (Oxford, 1981), p. 104. <<

[614] P. Schroeder, *Austria, Great Britain and the Crimean War: The Destruction of the European Concert* (Ithaca, Nueva York, 1972), p. 347; BLMD, manuscrito adicional 48579, Palmerston a Clarendon, 25 de febrero de 1856. <<

[615] Schroeder, *Austria, Great Britain and the Crimean War*, p. 348; W. Echard, *Napoleon III and the Concert of Europe* (Baton Rouge, Luisiana, 1983), p. 59. <<

[616] FO 78/1170, Stratford Canning a Clarendon, 9 de enero de 1856; Baumgart, *The Peace of Paris 1856*, pp. 128-130. <<

[617] Ibíd., pp. 140-141; BLMD, manuscrito adicional 48579, Palmerston a Clarendon, 4 de marzo de 1856; M. Kukiel,

Czartoryski and European Unity 1770-1861 (Princeton, 1955), p. 302. <<

[618] Gourdon, *Histoire*, pp. 523-525. <<

[619] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5917, ll. 1-2; J. Herbé, *Français et russes en Crimée: Lettres d'un officier français à sa famille pendant la campagne d'Orient* (París, 1892), p. 402; BLMD, manuscrito adicional 48580, Palmerston a Clarendon, 24 de marzo de 1856. <<

[620] NAM 1968-07-380-65 (carta de Codrington, 15 de julio de 1856). <<

[621] *The Times*, 26 de julio de 1856. <<

[622] RGVIA, f. 846, op. 16, d. 5838, ll. 10-12; NAM 6807-375-16 (agradecimiento a Codrington, s. f.). <<

[623] M. Kozelsky, «Casualties of Conflict: Crimean Tatars during the Crimean War», *Slavic Review*, 67/4 (2008), pp. 866-891. <<

[624] M. Kozelsky, *Christianizing Crimea: Shaping Sacred Space in the Russian Empire and Beyond* (De Kalb, Ill., 2010), p. 153. Para más estadísticas sobre la emigración, véase A. Fisher, «Emigration of Muslims from the Russian Empire in the Years after the Crimean War», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 35/3 (1987), pp. 356-371. El cálculo reciente más elevado es de «al menos 300.000», en J. McCarthy, *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims 1821-1922* (Princeton, 1995), p. 17. <<

[625] Kozelsky, *Christianizing Crimea*, p. 151. <<

[626] Ibíd., p. 155; A. Fisher, *Between Russians, Ottomans and Turks: Crimea and Crimean Tatars* (Estambul, 1998), p. 127. <<

[627] BLMD, manuscrito adicional 48580, Palmerston a Clarendon, 24 de marzo de 1856. <<

[628] FO 195/562, «Report on the Political and Military State of the Turkish Frontier in Asia», 16 de noviembre de 1857; FO 97/424, Dickson a Russell, 17 de marzo de 1864; *Papers Respect-*

ing Settlement of Circassian Emigrants in Turkey, 1863-1864 (Londres, 1864). <<

[629] McCarthy, *Death and Exile*, pp. 35-36. <<

[630] FO 78/1172, Canning a Clarendon, 31 de enero de 1856; *Journal de Constantinople*, 4 de febrero de 1856; Lady E. Hornby, *Constantinople during the Crimean War* (Londres, 1863), pp. 205-208; C. Badem, «The Ottomans and the Crimean War (1853-1856)», tesis doctoral (Universidad de Sabanci, 2007), p. 290; D. Blaisdell, *European Financial Control in the Ottoman Empire* (Nueva York, 1929), p. 74. <<

[631] Badem, «The Ottomans», pp. 291-292. <<

[632] Ibíd., pp. 281-283; R. Davison, «Turkish Attitudes Concerning Christian-Muslim Equality in the 19th Century», *American Historical Review*, 59 (1953-1954), pp. 862-863. <<

[633] Ibíd., p. 861. <<

[634] Los acusadores de Lyde alegaban que había disparado deliberadamente contra el mendigo, pero los únicos testigos del hecho eran tres mujeres. El testimonio de mujeres era inadmisible en un tribunal turco. <<

[635] FO 195/524, Finn a Clarendon, 10, 11, 14 y 29 de abril, 2 de mayo, 6 de junio de 1856; 13 de febrero de 1857; E. Finn (ed.), *Stirring Times, or, Records from Jerusalem Consular Chronicles of 1853 to 1856*, 2 vols. (Londres, 1878), vol. 2, pp. 424-440. <<

[636] *Correspondence Respecting the Rights and Privileges of the Latin and Greek Churches in Turkey*, 2 vols. (Londres, 1854-1856), vol. 2, p. 119; FO 78/1171, Stratford a Porte, 23 de diciembre de 1856. <<

[637] FO 195/524, Finn a Stratford, 22 de julio de 1857; Finn, *Stirring Times*, vol. 2, pp. 448-449. <<

[638] Véase H. Wood, «The Treaty of Paris and Turkey's Status in International Law», *American Journal of International Law*, 37/2 (abril de 1943), pp. 262-274. <<

[639] W. Mosse, *The Rise and Fall of the Crimean System, 1855-1871: The Story of the Peace Settlement* (Londres, 1963), p. 40. <<

[640] BLMD, manuscrito adicional 48580, Palmerston a Clarendon, 7 de agosto de 1856; Mosse, *The Rise and Fall*, pp. 55 y ss. <<

[641] Ibíd., p. 93. <<

[642] Desde esa época Niza se convirtió en un centro de vacaciones favorito de la aristocracia rusa, un «Brighton ruso», según lo definió la prensa británica, que se alarmó ante la aparición de barcos mercantes rusos en el Mediterráneo, un mar dominado por la Royal Navy. Había signos funestos de una intriga entre Rusia y las potencias católicas. Cuando más tarde, en 1858, circularon rumores de que los rusos pretendían establecer puestos de aprovisionamiento de carbón en otras partes del Mediterráneo, Palmerston (quien para entonces ya no ocupaba su cargo) abogó por una demostración de fuerza contra los sardos. Pero el gobierno conservador de lord Derby no compartía su preocupación, dado que sólo veía el acuerdo ruso con Cerdeña como un pacto comercial. El contrato de Villafranca estuvo vigente hasta 1917. <<

[643] G. Thurston, «The Italian War of 1859 and the Reorientation of Russian Foreign Policy», *Historical Journal*, 20/1 (marzo de 1977), pp. 125-126. <<

[644] C. Cavour, *II carteggio Cavour-Nigra dal 1858 al 1861: A cura della R. Commissione Editrice*, 4 vols. (Bolonia, 1926), vol. 1, p. 116. <<

[645] Mosse, *The Rise and Fall*, p. 121. <<

[646] K. Cook, «Russia, Austria and the Question of Italy, 1859-1862», *International History Review*, 2/4 (octubre de 1980), pp. 542-565; FO 65/574, Napier a Russell, 13 de marzo de 1861. <<

[647] A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford, 1955), p. 85. <<

[648] A. Tiutcheva, *Pri dvore dvuj imperatov: Vospominaniia, dnevnik*, 1853-1882 (Moscú, 1928-1929), p. 67; A. Kelly, *Toward Another Shore: Russian Thinkers between Necessity and Chance* (New Haven, Connecticut, 1998), p. 41. <<

[649] *Tolstoy's Diaries*, vol. 1: 1847-1894, edición y traducción de R. E. Christian (Londres, 1985), pp. 96-97. <<

[650] En 1857, esa canción militar fue publicada por el socialista exiliado Alexander Herzen en su periódico *La Estrella Polar*. La balada era famosa en los círculos estudiantiles revolucionarios de la década de 1860, y más tarde fue incluso citada por Lenin. De hecho, Tolstoi no era completamente responsable de la canción, que expresaba un descontento ampliamente extendido en el ejército. La balada tuvo origen en un grupo de oficiales de artillería, incluyendo a Tolstoi, que se reunía casi diariamente en torno al piano en las habitaciones de su comandante, para beber y cantar y componer canciones. Como Tolstoi ya era conocido por sus escritos, y sin duda desempeñó un papel importante en la composición de los versos, cargó con toda la responsabilidad. <<

[651] M. Vygon, *Krymskie stranitsy zhizni i tvorchestva L. N. Tolstogo* (Simferópol, 1978), pp. 29-30, 45-46; H. Troyat, *Tolstoy* (Londres, 1970), p. 168. <<

[652] Kelly, *Toward Another Shore*, p. 41;Vygon, *Krymskie stranitsy*, p. 37. <<

[653] IRL, f. 57, op. 1, n. 7, l. 16; RGIA, f. 914, op. 1, d. 68, ll. 1-2. <<

[654] Según los términos de la emancipación, los campesinos estaban obligados a pagar una amortización por las tierras que se les transferían. Estos pagos, calculados por comisiones compuestas de nobles, debían ser amortizados durante un período de cuarenta y nueve años, con cuotas entregadas al Estado, que a su vez

compensó a los nobles en 1861. De esta manera, en realidad, los siervos compraron su libertad pagando las deudas de sus amos. Los pagos se hicieron cada vez más difíciles de cobrar, en especial porque los campesinos los consideraron injustos desde el principio. Finalmente fueron cancelados en 1905. <<

[655] En total, tal vez la mitad de las tierras cultivables de la Rusia europea fue transferida por los terratenientes y pasó a ser propiedad de las comunas campesinas, aunque la proporción precisa dependía casi exclusivamente de la voluntad de cada terrateniente. <<

[656] F. Dostoyevski, *Polnoe sobranie sochinenii*, 30 vols. (Leningrado, 1972-1988), vol. 18, p. 57. <<

[657] N. Danilov, *Istoricheskii ocherk razvitiia voennogo upravleniia v Rossii* (San Petersburgo, 1902), *prilozhenie 5; Za mnogo let: Zapiski (vospominaniia) neizvestnogo 1844-1874* gg. (San Petersburgo, 1897), pp. 136-137. <<

[658] E. Brooks, «Reform in the Russian Army, 1856-1861», *Slavic Review*, 43/1 (primavera de 1984), pp. 66-78. <<

[659] Shamil fue enviado a San Petersburgo para una reunión con el zar. Allí, fue tratado como una celebridad por el público ruso, que durante años había vivido escuchando relatos sobre su coraje y su audacia. Exiliado a Kaluga, Shamil padeció el frío. En 1868 lo trasladaron al clima más cálido de Kiev, donde le concedieron una mansión y una pensión, y donde vivió bajo la laxa vigilancia de las autoridades. En 1869 le permitieron hacer una peregrinación a La Meca con la condición de que dejara a sus hijos mayores en Rusia en calidad de rehenes. Después de completar su peregrinación a La Meca, murió en Medina en 1871. Dos de sus hijos se convirtieron en oficiales del ejército ruso, pero otros dos lucharon para los turcos, en contra de los rusos, en 1877-1878. <<

[660] Citado en J. Frank, *Dostoevsky: The Years of Ordeal, 1850-1859* (Londres, 1983), p. 182. <<

[661] E. Steinberg, «Angliiskaia versiia o "russkoi ugroze" v xix-xx vv», en *Problemy metodologii i istochnikovedeniia istorii vneshnei politiki Rossii, sbornik statei* (Moscú, 1986), pp. 67-69; R. Shukla, *Britain, India and the Turkish Empire, 1853-1882* (Nueva Delhi, 1973), pp. 19-20; *The Politics of Autocracy: Letters of Alexander II to Prince A. I. Bariatinskii*, edición de A. Rieber (La Haya, 1966), pp. 74-81. <<

[662] Ermak Timofeevich, el líder cosaco del siglo XVI y héroe folclórico que empezó la exploración y la conquista militar de Siberia. <<

[663] Petrovich, *The Emergence of Russian Panslavism, 1856-1870* (Nueva York, 1956), pp. 117-118. <<

[664] D. MacKenzie, «Russia's Balkan Policies under Alexander II, 1855-1881», en H. Ragsdale (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993), pp. 223-226. <<

[665] Ibíd., pp. 227-228. <<

[666] Lord P. Kinross, *Ottoman Centuries: The Rise and Fall of the Turkish Empire* (Londres, 1977), p. 509. <<

[667] A. Saab, *Reluctant Icon: Gladstone, Bulgaria, and the Working Classes, 1856-1878* (Cambridge, Mass., 1991), pp. 65-67. <<

[668] Ibíd., p. 231. <<

[669] Incluyendo al personaje de Vronski en el final de la novela *Anna Karenina*, de Tolstoi. <<

[670] F. Dostoyevski, *A Writer's Diary*, traducción de K. Lantz, 2 vols. (Londres, 1995), vol. 2, pp. 899-900. <<

[671] Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe*, p. 253. *The Times*, 17 de julio de 1878. <<

[672] Finn, *Stirring Times*, vol. 2, p. 452. <<

[673] FO 195/524, Finn a Canning, 29 de abril de 1856. <<

[674] RA VIC/MAIN/QVJ/1856, 11 y 13 de marzo. <<

[675] T. Margrave, «Numbers & Losses in the Crimea: An Introduction. Part Three: Other Nations», *War Correspondent*, 21/3 (2003), pp. 18-22. <<

[676] R. Burns, *John Bell: The Sculptor's Life and Works* (Kirstead, 1999), pp. 54-55. <<

[677] T. Pakenham, *The Boer War* (Londres, 1979), p. 201. <<

[678] N. Hawthorne, *The English Notebooks, 1853-1856* (Columbus, Ohio, 1997), p. 149. <<

[679] «Florence Nightingale», *Punch*, 29 (1855), p. 225. <<

[680] Nightingale significa «ruiseñor» en inglés. (*N. de la T*). <<

[681] S. Markovits, *The Crimean War in the British Imagination* (Cambridge, 2009), p. 68; J. Bratton, «Theatre of War: The Crimea on the Londres Stage 1854-55», en D. Brady, L. James y B. Sharatt (eds.), *Performance and Politics in Popular Drama: Aspects of Popular Entertainment in Theatre, Film and Television 1800-1976* (Cambridge, 1980), p. 134. <<

[682] M. Bostridge, *Florence Nightingale: The Woman and Her Legend* (Londres, 2008), pp. 523-524, 528; M. Poovey, «A Housewifely Woman: The Social Construction of Florence Nightingale», en íd., *Uneven Developments: The Ideological Work of Gender in Victorian Fiction* (Londres, 1989), pp. 164-198. <<

[683] Más tarde se demostró que, de hecho, el metal provino de antiguos cañones chinos (J. Glanfield, *Bravest of the Brave: The Story of the Victoria Cross* [Londres, 2005]). <<

[684] W. Knollys, *The Victoria Cross in the Crimea* (Londres, 1877), p. 3. <<

[685] S. Beeton, *Our Soldiers and the Victoria Cross: A General Account of the Regiments and Men of the British Army: And Stories of the Brave Deeds which Won the Prize «For Valour»*. (Londres, s. f.), p. vi. <<

[686] Markovits, *The Crimean War*, p. 70. <<

[687] En la década anterior a la guerra civil de Estados Unidos, algunos activistas proesclavitud se infiltraron en el territorio de Kansas desde el vecino estado esclavista de Misuri. Los abolicionistas, que querían que Kansas fuera admitida en la Unión como estado libre, los denominaron «Rufianes de Frontera». (*N. de la T*). <<

[688] T. Hughes, *Tom Brown's Schooldays* (Londres, s. f.), pp. 278-280. <<

[689] T. Hughes, *Tom Brown at Oxford* (Londres, 1868), p. 169. <<

[690] O. Anderson, «The Growth of Christian Militarism in Mid Victorian Britain», *English Historical Review*, 86/338 (1971), pp. 46-72; K. Hendrickson, *Making Saints: Religion and the Public Image of the British Army, 1809-1885* (Cranbury, Nueva Jersey, 1998), pp. 9-15; M. Snape, *The Redcoat and Religion: The Forgotten History of the British Soldier from the Age of Marlborough to the Eve of the First World War* (Londres, 2005), pp. 90-91, 98. <<

[691] *Memorials of Captain Hedley Vicars, Ninety-Seventh Regiment* (Londres, 1856), pp. x, 216-217. <<

[692] Citado en Markovits, *The Crimean War*, p. 92. <<

[693] M. Lalumia, *Realism and Politics in Victorian Art of the Crimean War* (Epping, 1984), pp. 80-86. <<

[694] Ibíd., pp. 125-126. <<

[695] Ibíd., pp. 136-144; P. Usherwood y J. Spencer-Smith, *Lady Butler, Battle Artist, 1846-1933* (Londres, 1987), pp. 29-31. <<

[696] Mrs. H. Sandford, *The Girls Reading Book* (Londres, 1875), p. 183. <<

[697] Véase por ejemplo R. Basturk, *Bilim ve Ahlak* (Estambul, 2009). <<

[698] Genelkurmay Askeri Tarih ve Stratejik Etüt Baskanligi, «Selçuklular Döneminde Anadoluya Yapilan Akinlar 1799-1802 OsmanliFransiz Harbinde Akka Kalesi Savunmasi 1853-1856 Osmanli-Rus Kirim Harbi Kafkas Cephesi» (Ankara, 1981), citado en C. Badem, «The Ottomans and the Crimean War (1853-1856)», tesis doctoral (Universidad de Sabanci, 2007), pp. 20-21 (traducción modificada por razones de claridad). <<

[699] A. Jrushchov, *Istoriia oborony Sevastopolia* (San Petersburgo, 1889), p. 159-156. <<

[700] L. Tolstoy, *The Sebastopol Sketches*, traducción de D. McDuff (Londres, 1986), pp. 56-57. <<

[701] N. Dubrovin, *349-dnevnaia zashchita Sevastopolia* (San Petersburgo, 2005), p. 15. <<

[702] A. Apujtin, *Sochineniia*, 2 vols. (San Petersburgo, 1895), vol. 2, p. iv. Traducción de Luis Sundkvist y del autor. <<

[703] M. Kozelsky, *Christianizing Crimea: Shaping Sacred Space in the Russian Empire and Beyond* (De Kalb, Ill., 2010), pp. 130-139; R. Wortman, *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy*, vol. 2: *From Alexander II to the Abdication of Nicholas II*, (Princeton, 2000), p. 25; O. Maiorova, «Searching for a New Language of Self: The Symbolism of Russian National Belonging during and after the Crimean War», *Ab Imperio*, 4 (2006), p. 199. <<

[704] RGVIA, f. 481, op. 1, d. 27, l. 116; M. Bogdanovich (ed.), *Istoricheskii ocherk deiatel'nosti voennago upravlennia v Rossii v pervoe dvatsatipiatiletie blagopoluchnago tsarstvoivaniia Gosudaria Imperatora Aleksandra Nikolaevicha (1855-1880 gg.)*, 6 vols. (San Petersburgo, 1879-1881), vol. 1, p. 172. <<

[705] La Biblioteca y Museo Rumiantsev, que se inauguró en Moscú en 1862, no era una colección pública en este sentido. Fue donada al público por un noble. <<

[706] S. Plojy, «The City of Glory: Sevastopol in Russian Historical Mythology», *Journal of Contemporary History*, 35/3 (julio de 2000), p. 377. <<

[707] S. Davies, «Soviet Cinema and the Early Cold War: Pudovkin's *Admiral Najimov* in Context», *Cold War History*, 4/1 (octubre de 2003), pp. 49-70. <<

[708] Citado en Plojy, «The City of Glory», p. 382. <<

[709] Los documentos de la conferencia están disponibles en internet: **http://www.cnsr.ru/projects.php?id=io.** <<

ÍNDICE